Andalucía

Andalucía

A. Perea

35 cm
R 77.593
BIBLIOTECA DE ANDALUCÍA Granada

Andalucía

Costumbres y Recuerdos

Por

M. Martínez Barrionuevo



Ilustraciones

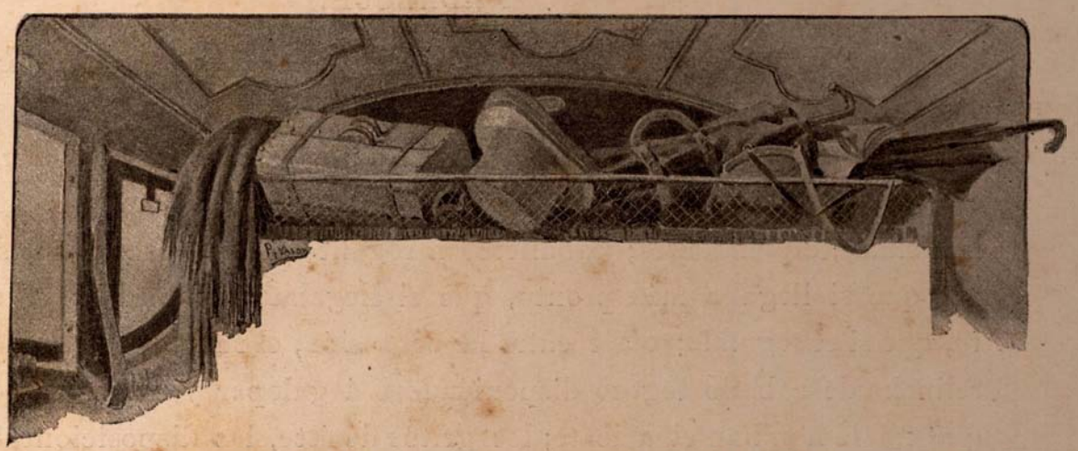
de

Aranjo
Pelayo-Perea-Oliva
Lizcano-Mejía
Huertas-Cecilio Pla
Méndez Bringa
Pla y Valor-Gatner
y otros

Editor
RAMÓN MOLINAS

Es propiedad del editor

Gran establecimiento tipolitográfico editorial de Ramón Molinas: calle de las Cortes, 365 á 371.-Barcelona





CAPITULO I

El sol de Andalucía y la dama belga

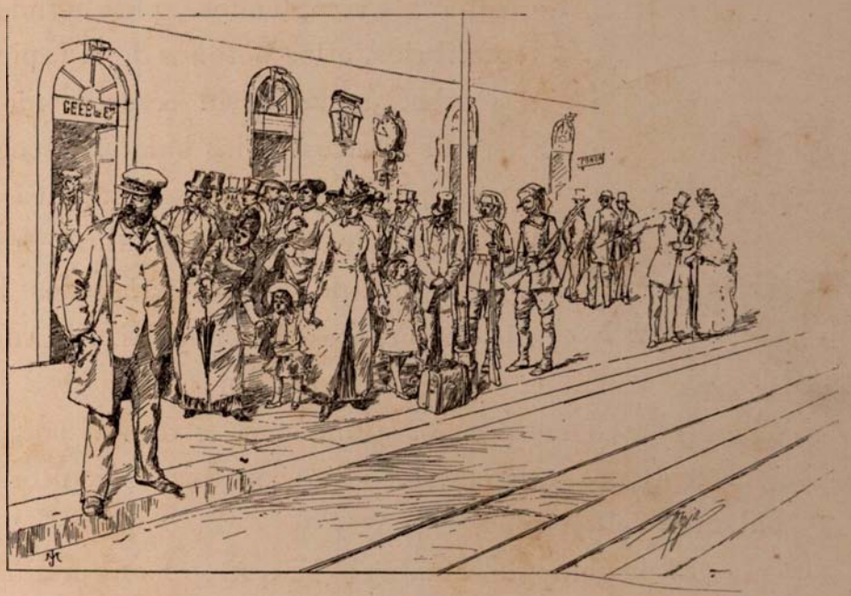
No sé qué nubes tenía yo en los ojos del alma que me impedían ver el sol de mi tierra. No hace tanto tiempo—tres años á lo sumo,—que atravesé las llanuras de la Mancha, dejándome atrás, como el que huye de la muerte, los bellísimos campos andaluces. No recuerdo cómo lucía el sol, porque dejó de lucir hacía muchos años en mi camino. Bajo el cielo de Castilla, quise en muchas ocasiones, darme cuenta de cómo fuese el sol famoso, y apareció en mi idea como gran esferoide, negro y brillante, con la negrura de la desgracia y con el brillo siniestro de las pupilas del demonio. Pensaba yo todo esto tristemente, paseando á la par en el andén de la estación. La afluencia de la multitud era grandísima. Esperábase á un personaje que no quiero nombrar y que llegó

algunas horas después de la en que el público creía. Se apresuraban los dependientes, corriendo de un lado para otro, sin hacer nada y sólo por contonearse: jamás he visto *troupe* de más ínfulas que los criados de las compañías ferrocarrileras españolas. Vi, entre la gran concurrencia, señoras bellísimas, esplendentes; caballeros arrogantes. Unos decían que sí, otros que no; que si llegaba más pronto, que si llegaba más tarde; que si el minuto, que si el segundo; oíase entre la confusión, el ruido de las calderas, como relincho de caballo fogoso disponiéndose á galopar y ardiendo de furia porque no le hundían el acicate; los gritos de éste, las disposiciones de aquél... ¡Qué jaleo, Dios de gloria! Y allí, entre todo el tropel fantástico y mareador, el comisario del Gobierno, granducho, espetado, tonto, con su recia barba, con su tieso bigote, con su pantalón azul, con su chaleco azul, con su levita azul, con su gorra prusiana azul, llena de galones, dándose pisto, poniendo los ojos en blanco al hablar y sin saber lo que decía.

Me llegó á mí la hora... la hora de partir, se entiende. Me metí en el vagón más cercano. ¡Dios, qué casualidad! ¡Estaba vacío! Vacío, precisamente, no. Veréis: había en un rincón una mujer medio liada en gran pañuelo de alfombra: el diablo de la hembra, quería ahogarse sin duda: creedme: más bien hacía calor que frío; pero, como no me importaba aquello, dejé que el demonio se la llevase. ¡Con buen ánimo estaba yo, por el recuerdo del sol dichoso de mi tierra, para permitirme pensar en otras cosas! Nadie más entró en el coche. Tocó el mozo la campana, silbó el pito del jefe, silbó luego el de la locomotora y se oyó un clamoreo más confuso que el de antes, en la estación. Arrancó el tren lentamente en un principio, como enorme monstruo que clava las uñas en el suelo para arrastrarse; aligeró después, aligeró más, aligeró más aún; perdióse el andén á lo lejos, perdiéronse los empleados, perdióse el público, y el tren siguió, vertiginoso, cual si quisiese alcanzar el horizonte. Parecía un loco desesperado corriendo detrás de la luna. Silbaba el pito, con estrépito, de minuto en minuto; las ruedas arrancaban también un silbido de acero al resbalar estruendosas; y producían golpes, grandes, rápidos, febriles y acompasados, al pasar sobre las junturas de los rails, á semejanza del tictac de un reloj inmenso como la tierra.

Pasé las horas meditabundo, sin mirar á la dama del coche, que no dió, por otra parte, señal alguna de vida. Ningún viajero nos molestó tampoco con su presencia, y esto contribuyó mucho á que yo siguiese entregado á las melancólicas elucubraciones que me surgían al recordar el sol.—Pero ¿es posible, Dios, que á este punto de insensibilidad llegue mi alma, que no me permita ver lo que ven otros, en ese país privilegiado de Andalucía? Pero ¿es posible, Señor

divino de la tierra y de los cielos, que así sufra mi corazón por esta causa? ¡Virgen bendita y excelsa, atiéndeme por caridad y no me olvides, yo te lo pido! ¿No dicen que sale el sol para todos? ¿Por qué, entonces, no sale para mí? ¿Por qué no le veo? ¿Por qué no le siento? ¿Por qué no le oigo? Porque verás, Virgen mía: el sol se ve y se siente... No es extraño: se ve, quedándose uno medio ciego, y se siente, pillando un tabardillo. Lo de que oigamos al sol es ya más dudoso: yo, por mi parte, lo dudé toda mi vida; pero ¡hay quien dice tantas cosas del sol! ¡Hasta aquello de que *nos habla*... al corazón, al sentimiento, y á otra infinidad de cosas. ¡Virgen, Virgen Santísima! ¡Concédame el sol sus favores,



siendo tú la medianera! ¡Concédamelos, y que me hable! ¡Que me hable por caridad! ¡Mira que yo no le oí nunca!

En estas súplicas fervientes estaba yo, sin pensar en la señora, ni en nadie. Iba oscureciendo. Sentí, al parar en una estación, grandes porrazos en la cubierta del coche: era el mozo que encendía las luces. Se iluminó vagamente el departamento, y á su claridad dudosa me fijé, distraído, en la mujer, en el bulto informe que parecía mujer, para decir las cosas como fueron. En aquel instante, puse la atención en una cosa en que no me fijé á la luz del día, y esto prueba claramente la inquietud de mi ánimo: me fijé en que la viajera debía tener una estatura extraordinaria.

Bueno: ¿y qué? En la gran estatura de la señora ¿había motivo para que yo me alegrase? ¿Era acaso el sol, la señora, y el sol de Andalucía, sobre todo, que era el que yo necesitaba? No y no. ¡Fuérase la mujer con todos los demonios!

Me relié hasta la cabeza, en mi manta, de un humor terrible. Procuré dormir y no pude: un mal agüero, porque yo siempre dormí en marcha como un lirón. Rebujado así, como si me diese por parodiar á mi compañera, de igual modo que antes me pareció ridícula, quedé algún tiempo. ¡Ay, Dios! De una manera y de otra, es decir, reliada la cabeza en la manta y cerrados los ojos fuertemente, contemplé, revolviéndose delante de mí, una figura microscópica, de boca adusta y pupilas llameantes. Si estaba yo hacia arriba, bailábame la figura en el estómago; en poniéndome de un lado, sentía sus pataditas en el hombro; me volví hacia el testero, y, filtrándose mi visual por el tejido de la manta, después que taladró los párpados apretadísimos, contemplé la figurita de siempre, dando volteretas y cogiéndose, para ayudarse en sus equilibrios, á los botones de la tapicería. Danzaba, danzaba sin cesar, como los espectros blancos de las baladas escocesas; pero no era dulce ni fantástica la figura: airado el gesto, sombría, irascible, rugosa la frente, crispados los puños, chispeantes las pupilas... ¡Angel de mi custodia! Era el editor.



Desesperado ya, me puse otra vez hacia arriba, y el espectro entonces, me dijo con voz estrepitosa, como la balumba del tren:

—¡El demonio del hombre! ¿V. qué se ha figurado? ¡A trabajar, señor mío, á trabajar, que para eso le atiborro la bolsa! ¡Estaría bueno! Andando se entra en calor; andando, sí, que todo el mundo espera: fotógrafos, dibujantes, grabadores, cajistas, y yo que soy el último.

Tan poseído estaba yo, de que era verdad lo que oía, que grité para excusarme:

—¡Hombre, no meta V. tanta bulla!

—¿Cómo bulla? ¡Ay, señor...! Conque bulla, ¿eh? ¡Si hace dos meses que debió V. entregar los primeros originales! ¡A trabajar, repito! Sevilla, primero; después, Córdoba; después, Málaga; después... En fin, Andalucía toda, de cabo á rabo.

—Pero déjeme V. pensarlo, siquiera. ¡Tenga V. caridad!

—¡Qué caridad ni qué ocho cuartos! ¿La tiene V. de mí para poner precio á su dichoso libro?

Empecé á contestarle como merecía, y no pude acabar: sentí un fuerte golpe en un brazo; me levanté, y pregunté despavorido:

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

—Que habla V. solo, y eso me pone nerviosa, —contestó la viajera, mal humorada.

Yo ponía á la par una mano en el sitio del dolor, y la señora entonces, exclamó con negligencia:

—Fué un aviso.—Y me enseñó la maldita un pie tremendo, levantado hacia mí.

—Señora: ¿y avisa V. á patadas?

Tuve tentaciones de hacerla tal pregunta: me contuvo la prudencia que la mujer olvidó. En su acento, además, había comprendido que no era española, y fuí más prudente aún. No repliqué, por lo tanto: mantúveme en silencio, y otra vez fuí metiéndome en mis elucubraciones con la figurita microscópica, que siguió bailando sobre mi cuerpo.

—Señor,—le dije respetuosamente:—yo creo que hablé entonces muy bajo para no molestar á la dama.—Señor: desearía que V. comprendiese lo que me ocurre. Es verdad: yo me he comprometido á escribir esa obra; pero al escribir la obra que V. desea, es preciso mojar la pluma en los rayos de aquel sol, para que cada una de sus páginas sean una ola resplandeciente de luz. Y ¿qué hago yo, si el sol no me alumbra, si me falta la *tinta?* V., permítame que se lo afirme, no comprende jota de eso. V. se escandaliza, porque yo digo que el sol de Andalucía no me alumbra, y piensa que es cosa de loco; porque alumbra de verdad, y hasta quema, haciéndose sentir su quemadura con la misma fuerza casi del gran pie de esta dama que viene conmigo. Lo que yo quiero expresar, no es que no alumbre, no: es que ha perdido para mí su alegría, sus fulgores misteriosos; es que no tiene fuerza para llegar á mi corazón y herir sus fibras, las fibras delicadas que yo necesito que vibren para cantar el poema de Andalucía, que es el poema de los cielos. No sé qué pensar; no sé qué decir; no tengo inspiración, no tengo ideas: y lo noto más, cuando más me aproximo á esos campos andaluces, esplendentes, rebosando aromas y vida, como la naturaleza en el tiempo mismo en que Adán...

Detúvose el tren, y sentí yo de nuevo el golpe en el brazo; pero siguió á continuación otro, y después otro. ¡Era el pie del gigante!

—¡Señora, por Dios, que me está V. reventando!

—Alcázar de San Juan,—decía la señora, magullándome aún.—Despiértese usted, que aquí hay fonda.

—Bueno, pues que haya,—dije;—¿á mí qué me cuenta?

—¡Despiértese V.!—Y seguía el pateo.—Despiértese V., para cenar.

—¡No quiero despertarme, ea! —grité, amostazado del todo. —No me

importa Alcázar de San Juan, ni V. tampoco: no ceno porque no me conviene.

—Es V. un grosero.

—Soy lo que me da la gana.

—Español había V. de ser.

—Un español que se ve tratado á coces por una...

—Por una dama belga, caballero, por una dama belga.

—¿Belga? Bueno: expresiones.

Y me volví del otro lado, quedándome dormido á poco. Me dormí sonriente, porque concebí de pronto una esperanza: pisando la tierra andaluza, viendo sus campiñas aromosas, y el sol, motivo de mis penalidades, tal vez me impresionaría; tal vez ardiera en mi corazón y en mi cerebro una ráfaga que diese vida á otra, logrando así mi salvación. Me dormí sonriente, y soñé con el sol y con mi madre...

No sé cuánto tiempo pasó. Abrí los ojos y no pude ver. Me lo estorbó la manta. Sentí que me latía el pecho fuertemente y no me atreví á descubrirme. ¡Dios divino! ¿Habríamos llegado á Andalucía? Esperé inquieto. ¡Oh! ¡El sol! ¡Iba á ver el sol! Detúvose el tren, y escuché temblando.

—¡Espeluy!—gritó un mozo.

¡Espeluy!... Andalucía. ¡Ya estamos! Me deslié de la manta con precipitación febril. ¡El sol, Dios mío, el sol! Me arrojé á la ventanilla del coche... ¡Oh cólera! ¡Estaba lloviendo!

Me eché desalentado en el almohadón y estuve á punto de llorar. No lo hice, porque me estaba mirando la señora belga, y temí que se burlase de mi dolor. Me miraba con un descaro, no para escrito, sino para verlo. Yo quería sostener aquella mirada: érame imposible. Sentí el rostro encendido y estoy seguro de que fué de rubor: ¡tengo yo un genio tan tímido! No lo pude remediar nunca. La miré de hito en hito, como dicen los novelistas *de por* entregas, y fuí estudiándola muy despacio. Yo me decía:—En cuanto me hable, la mando al demonio y se concluyó.—Por una cosa me iba siendo agradable: porque no me parecía partidaria de la conversación. Sin embargo, ¡tenía yo un miedo! Figúrense: dos veces que me habló, fué á puntapiés. ¡Ya veis si me consolaba su mutismo!

Érase la belga una señora especialísima: ya me habéis oído hablar de mis cálculos, referentes á su gran estatura. Los comprobé, porque se levantó para colocar su inconmensurable pañuelo de alfombra sobre la red. ¡Dios bendito, qué cuerpo! Largo, muy largo, pero no maldito lo que valgo, como decimos por *la tierra:* un cuerpo largo y airoso á la vez, de carnes proporcionadas: tenía contornos suaves y cintura modeladísima. La miré el rostro ahora con alguna

fijeza, haciendo de tripas corazón, y calculé su edad: treinta y seis años tendría, á lo sumo. Con toda su gran prolongación y su cara verdaderamente excepcional, no parecía antipática la dama belga. Tenía los pómulos salientes, sumida un poco la boca y la nariz enorme, afernandada, inmensa, de ventanillas que me parecieron ventanas de verdad y todo esto lo afirmo, aunque la perjudique físicamente, por no mentir. Los ojos eran grandes, enormes también: no había diferencia ninguna en el tamaño de la nariz y de los ojos; las pupilas, oscuras como el cielo en noche tormentosa; como las nubes que previenen la borrasca; eran unos ojos sombríos, como la pasión y como el crimen; eran de un negro sin brillo, no como el azabache que pulimentaron, ni como el carbunclo:



era un negro espantoso; era un negro dándose de testarazos y luchando fieramente contra la blancura mate de la cara, una blancura delicadísima y dulce, como las virginidades de las rosas. La boca era vulgar; la frente, pronunciada en las cejas y deprimiéndose atrás, como una rampa de granito para subir al cabello, y el cabello, ni negro, ni oscuro, ni castaño: dudoso; así, como la emanación que se desprendía de toda ella y de aquel cuerpo, esbeltísimo, con languideces y elasticidades, flexible y duro á la vez, delgado, incitador, de atavío gentil y movimientos extravagantes. Tenía los brazos desnudos hasta el codo, y eran blanquísimos, como la cara; redondos, de piel fina, con ajorcas de gran precio en las muñecas. Cogió un abanico y movíalo con suavidad, como el demonio mueve las llamas del infierno para abrasar á los espíritus condenados. Era un abanico japonés, grande, terrible, monstruoso como su nariz y como las ideas que debió de inspirar siempre esta mujer originalísima. En la otra mano, tenía un cigarrillo que encendió al sentarse. Fumaba con placidez, clavando sus

criminales pupilas con fijeza de muerto en el humo del cigarro que subía, subía en espirales blancas y dulces, como se eleva al Cielo la plegaria de la Virgen y como sube á Dios el tremendo demonio que se rebela, para caer luego y revolcarse como salamandra maldita, en las convulsiones del pecado.

Siguió abanicándose lentamente, con gran asombro mío.—¿Será una loca? —me pregunté de pronto. Era imposible: no la iban á dejar suelta de ese modo. Pero vamos á ver: ¿y lo de estar reliada en el mantón, como si tiritase de frío, para quitárselo de pronto conforme amaneció, y aparecer con los brazos desnudos, hasta el hombro casi?

Mi carácter andaluz, se sobrepuso á todo cuando observé esto, y pregunté tímidamente:

—¿Va V. de recepción, señora?

—Voy de como me da la gana.

Así me contestó, con un descaro que me pareció de una cigarrera, de las de gesto más retorcido. Me estuve callado, y me tragué la píldora. Con la misma respuesta y la misma *expresión,* le contesté yo antes. Me dió vergüenza de recordar aquello, acusándome yo mismo, por mi grosería. No me encontraba excusa, ni con mis penas referentes al sol. Quise hablar algo que me pusiese en buen lugar á sus ojos, y quedáronse las palabras sin salir.

Dejó ya de mirarme. Permanecía indiferente, despidiendo más humo que una chimenea, por aquella boca. Daba con el meñique á la ceniza del cigarro, y de tiempo en tiempo, ponía ahora sus ojos en los míos con la misma fijeza con que miraba el humo. Me pregunté de nuevo si estaría loca al pensar, no en el mantón solamente, sino en los brazos desnudos, en el cigarro y en el abanico que me echaba aire de sobra para coger una pulmonía. Otra vez me escondí en la manta del todo, resguardándome prudentemente del abanico. ¡Eso faltaba: una enfermedad!

—Señora,—le pregunté con mucha cortesía;—y ¿cómo es que no viaja en un reservado?

—Porque no necesito que nadie me reserve: me basto yo á mí misma.— Y me echó en los ojos una bocanada de humo, así, como si ella no lo hubiera advertido.

¡Hombre! ¡Estaba bueno! ¡Y que me viese yo precisado á resistir tales cosas! Indudablemente estaba loca. Otro consuelo, á pesar de todo, iba apoderándose de mí: se contentaba ya con ahumarme al hablar y no recurría á los pies. La miré conmovido de gratitud, y estuve á punto de dar las gracias á la señora belga, por su favor de echarme viento y humo solamente.

—¿A dónde va V.?—me preguntó de pronto.

—A Sevilla,—contesté con dulzura.

—Y ¿á qué va V. á Sevilla?—añadió, tocando con la uña del meñique la candela del *plajandí*.

Ya me iban entrando deseos de contestar á la preguntona, con el conveniente «á lo que me da la gana» de costumbre: pero quise conocer más á fondo á la señora belga, y repliqué con más dulzura aún:

—Voy á estudiar esa población un poco, y las otras de Andalucía después, para escribir una obra con ese título.



Conforme iba yo hablando, abría la dama los ojos y cerrábalos con rapidez. Comenzó á removerse con impaciencia, se levantó, se sentó, tiró el cigarro, soltó el abanico, lo volvió á coger. No estoy seguro, pero me parece que la nariz se le fué asimismo de un lado para otro, doblándose, irguiéndose, según las emociones distintas que en pocos segundos la dama experimentó.

—¡Ah! Lo que V. decía cuando hablaba solo esta noche ¿era referente al asunto de su obra?

—Sí, señora,—repuse, encantado de su penetración;—me sucede esto y esto...

Y así empecé, contándola mi cuita. Yo creí que soltaría la carcajada, pero no: se mantuvo muy seria, oyéndolo todo con un silencio que me llenó de placer.

Siguió, mientras yo iba hablando, en sus febriles y misteriosas inquietudes. Las tenebrosas pupilas negras, á dúo con la nariz, habían comenzado también un trabajo grandísimo: iban y venían chispeantes, relampagueando. A pesar de aquella nariz enorme, estaba hermosísima la dama belga en aquel instante. Me

sentí yo cohibido y como asustado ante aquella fastuosidad de carne, de vida, de calentura; ante aquellos ojos sombríos y resplandecientes, ante aquellas extravagancias de sus ademanes, y me callé. Me callé, sabiendo decir sólo, para terminar mi relato:

—En fin, señora, que no sé, no sé cómo empezar; no sé qué escribir; no he visto Sevilla ni por el forro.

La dama belga entonces, dió un salto que tuvo mucho de tigre, me saludó luego en las rodillas con un fuerte golpe de su terrible japonés, y, como en un estallido, rompió así su habla, que se deslizó después en torrente desbordado, estruendoso, sin dique, avasallador, gigante:

—¿Que no sabe qué decir, caballero? No sea V. bruto. Quien no sepa lo que Sevilla es y lo que ha sido, no tiene perdón de Dios, como decís vosotros los de España. Es ciudad de primer orden. Se sitúa al Sur de la Península, entre los 36° 9' 32 y 38° 5' 27 de latitud, y entre 0° 52' 12" y 2° 37' 15 de longitud occidental del meridiano de Madrid...

La interrumpí, diciéndola vivamente:

—Señora: que me aturde V.; que los números me vuelven loco; que yo no podré nunca conservar eso en mi memoria.

¡Cualquiera podía contener el torrente asolador! No hizo caso: no se detuvo para respirar siquiera. ¡Dios... qué atrocidad!—Tiene de extensión 442'40 leguas cuadradas de 20 al grado (2) ó sean 1.371,440 kilómetros, ó sean 2.229,706 fanegas. Confina por el N. con Badajoz, por el E. con Córdoba, por el S. con Málaga y Cádiz y por el O. con Huelva. Es una bellísima ciudad; rodéase de quintas, huertas, naranjales en gran profusión, y figura como metropolitana. Sus grandes murallones romanos, tenían ciento sesenta y seis torres y quince puertas; tendrá hoy como seiscientas y pico de calles, que son callejones más que calles: unos callejones misteriosos, y en general llenos de melancolía, que nos pone el alma en otras épocas. Tiene fama por sus jardines y sus patios, más lindos y poéticos aún que los patios y los jardines cordobeses, malagueños y granadinos; son muy buenas sus aguas, y en las construcciones abunda el mármol blanco; son nueve sus arrabales y muchas sus parroquias y edificios grandiosos, que figuran como monumentos. Macarena y Triana, son los barrios de más población: sus industrias son afamadas, y su catedral, de orden gótico, y su alcázar árabe, su ayuntamiento, su palacio arzobispal, su lonja, consulado hoy, su aduana, su casa de la moneda, su palacio de San Telmo, de la propiedad de Montpensier...—¡Señora, por caridad, por compasión, que me aturdo, que me vuelvo loco! ¡Deténgase un momento!—Pero el torrente seguía desbordándose; me ahogaba: yo no podía con él: sentí mareos, escalofríos y calentura, ¡Dios santo!—...detrás del

palacio de San Telmo, el de Medinaceli; detrás, toda la enumeración de sus parroquias, la colegiata, los hospitales, los hospicios, la casa de expósitos, los teatros del Duque, de Cervantes, de Eslava, de San Fernando; los ocho cuarteles, la casa de reclusión, la universidad, la plaza de toros, la fábrica de tabacos, las escuelas, las sociedades científicas... Oiga V.,—exclamó de pronto la terrible dama belga. Se le empinó la nariz, chispearon sus pupilas, me dió un fuerte abanicazo, tomó resuello.—Oiga V.,—repitió nuevamente:—en Sevilla nació Rioja, nació Herrero, nació Murillo, nació Velázquez, nació el cardenal Wiseman, autor ilustre de Fabiola; y nacieron centenares de miles que ilustraron al mundo con su genio: ¿V. lo sabe?—Sí, señora... es decir, no, señora; pero no quiero enterarme tampoco.—¿Tampoco?—rugió la dama hinchando las narices.—Pues sabe V. que nació también en Sevilla, Antonio Ulloa, nació Sánchez Gordillo, nació Lope de Rueda, nació Valdés, el ilustre marino; nació Ortiz de Zúñiga, nació el marqués de Mina, y Feijóo, y Fernando Contreras, y Gustavo A. Becquer...—¡Señora, seño... que me tiro por la ventanilla, de cabeza!



Iba á desmayarme, pero de un tremebundo abanicazo, me volvió á la vida, sin que me diera tiempo de perder el sentido del todo. La extravagante dama belga estaba furiosa y bellísima á la vez. Y el torrente continuó zumbando: —Caballero, no lo olvide V. nunca: Sevilla se hizo notar poderosamente durante la guerra de César y sus hijos; hízola Augusto colonia romana; le concedió privilegio de batir moneda con su nombre; sábese mucho de una grande pasión que César tuvo por la hermosa hija de un menestral de la Bética, y eso,

juro que lo sé yo sola y muy pocos sujetos más. Cayó Sevilla en poder de los pueblos del Norte, fué ocupada por los vándalos, y cuéntase que Alarico fué el rey primero que allí vivió. Reinó más tarde San Hermenegildo en Sevilla, porque se la cedió su padre, y después de los disturbios entre los dos reyes, ninguno la erigió ya en corte; formándose el gran califato de Córdoba, quedó ya reducida á su gobierno solamente. Creció el poder de los nazarenos poco á poco, San Fernando la conquistó...—¡Señora dama ó señor demonio! ¡Qué cometo una barbaridad! ¡Que me mato ó la estrangulo!...

—¡Hombre grosero!—gritó la mujer, deteniéndose un instante como para resollar.—¡Avergüéncese de que una extranjera sepa la historia de su patria mejor que V.! Algún día reclamará V. mis favores para que le ilustre sobre ella: yo me vengaré. ¡Ni lástima encontrará en mí siquiera! Su ignorancia tendrá siempre mi desprecio.

—¡Ah! ¿De modo, señora mía, que le parece poca venganza, después de haberme encajado la retahila esa de barbaridades?

—¿Barbaridades? ¡Santa Gúdula!

—Sí, barbaridades, barbaridades; porque no entendí una palabra; porque eso se dice de otro modo, ya que lo ha querido V. decir; porque está V. lela, porque tiene V. un sentido menos.

—Menos, ¿eh? Pues ahora verá: son los barrios de Sevilla, la Macarena, que tiene el hospital de las Cinco Llagas; San Bernardo, que tiene la estación de Cádiz, la fundición de artillería, la pirotecnia militar y el matadero. Rosalana, Carretería y Baratillo, que tiene la maestranza de artillería, el parque, el hospital de la Santa Caridad y la plaza de toros; está el barrio de los Humeros, y San Roque de la Calzada, y Triana y la Cestería; y son las plazas más importantes de Sevilla, la del Triunfo, de San Fernando, de Ponce de León, del Duque de la Victoria, de la Gadivia, del Museo, del Cardenal Lluch, de San Francisco, de las Atarazanas, de Alfaro, de San Bartolomé, de Santa Cruz, de Victoria y Altozano, del Salvador, del Pacífico, de Mendizábal, de Argüelles, de Pumarejo, de San Lorenzo, de Pilatos; y sus ferias más notables son...

Me tapé los oídos con fuerza, no sabiendo ya de qué modo valerme. Le dió un bote la nariz y funcionó el japonés sobre mis manos. ¡Tuve que abandonar este último medio de salvación! Tuve que presenciar todo el despeñadero de las ferias más notables: la de Abril, la de San Miguel, la de Navidad, la del Calzado viejo, la de Pájaros, la del Jueves, la de Caballerías, la del Rastro y la del Boquete. Vinieron después las veladas: de San Agustín, de San Lorenzo, de la Virgen de los Reyes, de la Virgen de los Angeles, de San Bernardo, de San Roque, de Santa Ana, de San Juan y San Pedro, del Carmen, de San Antonio,

de la Virgen de las Aguas; y la romería del Rocío, seguidamente, y la de Torrijos...

Me levanté, loco, desesperado; me arrojé á la ventanilla, eché el cristal; preparábame para abrir la portezuela y que Dios me llevase. ¡Oh dicha! Aflojó el tren la marcha, se detuvo: oí un grito en el andén: «—¡Córdoba!» Fuí á lanzarme con la maleta solamente; sin equipaje: no quise ver más á la señora; ya lo recogería un mozo. Ansié, sin embargo, una pequeña venganza: noté entonces que se había levantado, viniéndose detrás, como si fuese á bajar conmigo: quedó en silencio, mirando el barullo de la estación; yo aproveché el instante, y haciéndola un gesto expresivo, dije á la vez, alto, para que me oyese:



—Ahora se lo sigue V. contando á su tía.

—¡Insolente!—gritó.

—Mejor para mí.

—¡Bárbaro! ¡Descortés!

—¡Huuú, rabía, que no oigo más!

—¡Ignorante! ¡Necio!

Me eché á reir. Iba á saltar al andén pero ella me cogió por un brazo. ¡Jesucristo, qué fuerza! ¡Dios mío... y yo que quería vengarme! ¡Cualquier prójimo podía escapar de la argolla! No fué lo peor aquello, sino que siguió gritando la dama con febril rapidez:

—Los relojes públicos son catorce. Están repartidos entre San Pablo, la catedral, el ayuntamiento, la universidad, San Marcos, San Lorenzo, plaza del Duque, San Telmo, fundición de artillería, fábrica de tabacos, plaza de Abastos, de la Encarnación, San Roque, Capilla del Puente. La catedral tiene veinticinco campanas, y Sevilla veinticinco parroquias.

Me eché fuera de un tirón que estuvo á punto de dejarme el brazo dentro del coche. Salí á escape del andén, dispuesto á permanecer en Córdoba

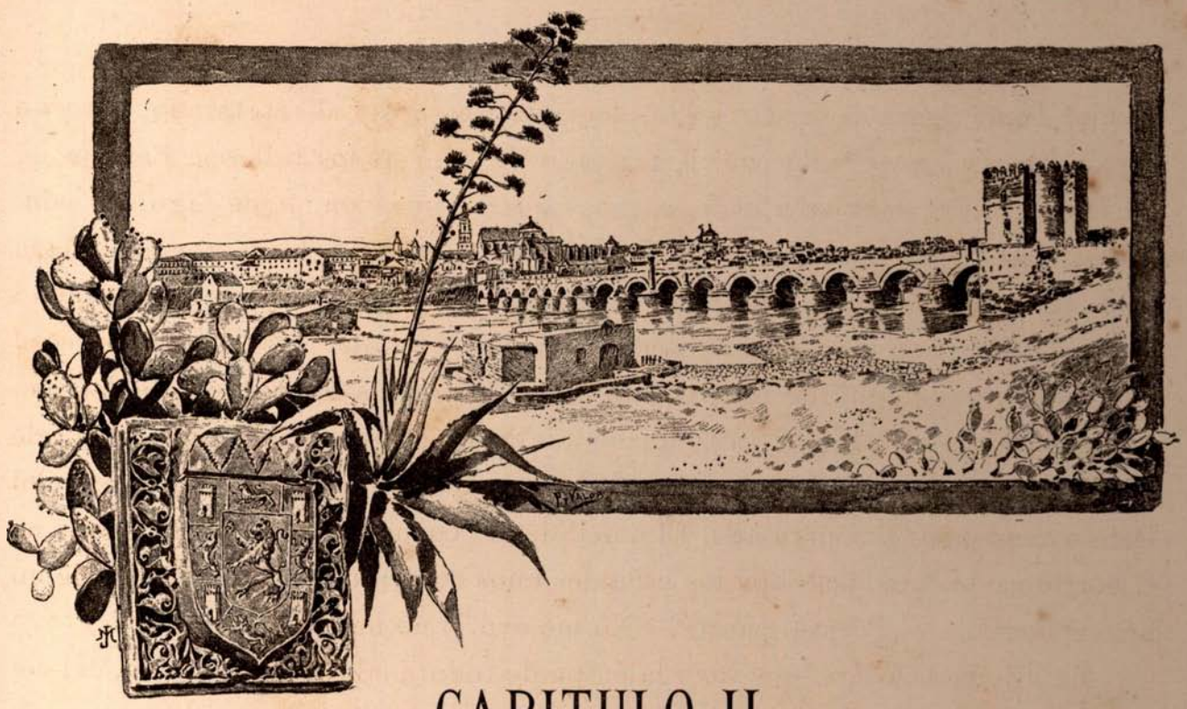
hasta que se fuese de mí, no sólo la dama belga, sino su recuerdo. Cogiéronme el equipaje y me marché callandito. Salía de la estación y oí grandes voces:

—¡Caballero! ¡Caballero!

Volví la cara en la creencia de que era yo el aludido, y se me acercó un mozo. A mi gesto interrogador, díjome:

—Sí, es á V. De parte de la señora con quien V. venía.—Y me entregó una tarjeta, en cuyo respaldo habían escrito con lápiz:





CAPITULO II

Coche, cochero, caballo y viajero. - Córdoba en cinco minutos. - La hermana de caridad. - Sueños y fantasmas. - La noche eterna. - ¡El sol!... - Á Sevilla



Confieso francamente que mi terror no se pudo disipar en muchas horas: volvía yo la cara á un lado y á otro, como si algún espectro, visible sólo para mi espíritu, me tirase de los faldones. Quedé un instante con la tarjeta entre los dedos. Ni quise fijarme siquiera en el nombre de la señora de la nariz, y guardé la tarjeta sin mirarla más. Caí de pronto en que pudiese la dama perseguirme, y se me erizó el cabello; palidecí, indudablemente,—casi estoy por jurarlo, aunque yo no me pude ver.—Me metí presuroso en un coche como si huyera con algo robado, y al maldito del cochero parece que se lo contaron á la oreja: todavía no acabé de sentarme y partió el jaco en carrera precipitada.

¡Señor! ¿Podía darse más desdicha? ¿Era, acaso, mi destino, tropezar con locos, en mi excursión por Andalucía? Porque es tan cierto como tú lees, lector, estas páginas, que el cochero partió, sin preguntar á dónde tenía que llevarme y sin permitirme que se lo dijera. ¡También daba gusto de ver el ca-

rruaje! Tenía figura de landó, y era chiquitín, raquítico, destartalado; pero no vayáis á creer: nuevo, muy nuevo, acabado de salir de los talleres. Parecía mi landó un enanito muy saludable, mimoso y sin educación. ¡Qué digo, sin educación! ¡Un cascarrabia! La parte de cristal de la portezuela, la tenía doblada sobre el otro acristalado delantero, y ocurría una cosa: las calles de la ciudad de los Califas, son empedradas, pero un empedrado que mete susto: parecen marmolillos que plantaron unos contra otros. Entre las hendiduras de dos piedras de cualquier calle... se introduce el pie de un prójimo á lo mejor, y no sale de allí en una semana. ¡Dios bendito! ¡Figúrense cómo iría yo en el cochezuelo! Dando tumbos de acá para allá. El muellaje del coche, parecía de madera, y en el horroroso bacheo, pegaban los cristales unos contra otros. Yo gritaba de un humor horrible:—¡Párate, párate!—No me oyó, ó no me quiso oir.

Maldije de la belga, que tuvo la culpa de todo; maldije del cochero, del coche y del jaco. ¡Miren el jaquito también, con aquel aspecto sencillote como de no quebrar una fuente! ¡Miren el carita dulce, la irritación que me estaba haciendo pasar! Ni el cochero me oyó ni se detuvo el animalucho. Seguía, seguía siempre, avanzando, imperturbable y majestuoso como el tiempo. Seguí, pues, dando botes en el carruaje; parecía yo una pelota manejada por las furias: dos veces me di con la cabeza en el techo y me caí de boca sobre el almohadón de enfrente. No desperdicié por esto los minutos, y seguía gritando que parara, á cualquiera de los dos animales que primero me oyese. A mis gritos y al estrépito del carruaje al rodar sobre los bloques del empedrado, asomábanse á las puertas las curiosas vecinas: me fijé yo en la novedad, y me irrité más aún. Fijándome en estas cosas me cogió desprevenido uno de los enormes barquinazos: boté como nunca en el asiento, caí de espalda después; al levantarme, introduje un codo por el cristal de la derecha; se partió, como supondréis, con su compañero de la puertecilla; cayeron los cristales con gran ruido y con mucha risa y mucha algazara de unas comadres y unas mozuelas próximas. Volvió el cochero la cabeza, vió la rotura y se paró súbitamente. Saltó como una ardilla del pescante, y exclamó, mirándome y sonriendo, como los ángeles á la Virgen:

—Eso no es na, ceñorito.—Iba á subir al pescante de nuevo, y le detuve furioso:

—Pero, animal: ¿á dónde ibas?—Y juro á Vds. que me contestó así:

—¡Por vía la Vigen! Pos no m' había cordao.—Quedó mirándome el muy truhán, y preguntó luego, chasqueando el látigo perezosamente:

—¿En drónde quieros te il, ceñorito?

—¿Tú sabes al Hospital de Crónicos?

—¡Digo! ¡Po y no he de sabel!

—Andando, entonces.

Saltó al pescante la ardilla, y partió el animalejo, escapado; corrió el coche estruendosamente, seguí yo dando tumbos en la queja y quedé pensando á la par en las peripecias que ya encontré en mi viaje: aparte de damas belgas, había encontrado ya caballos de coche de alquiler que corrían!



No tuve tiempo de fijarme en ningún lugar de aquellos que atravesábamos, con mi perturbación de los incidentes referidos. Lo que recuerdo de fijo, en todo aquel marasmo destructor de la carrera precipitada, de los encontrones, de los cristales rotos, de los cabezazos en el techo y de las comadres burlonas que sonreían de mi desesperación;—lo que recuerdo, digo, entre toda esa acumulación de cosas,—es que el sol de mi tierra no asomaba la nariz por ninguna parte; hubiera querido contemplarle, aun sin nariz. ¡Chato!... ¿Y qué? Lo que yo quería era verle.

Di aquella dirección al cochero, porque el director del Hospital de Crónicos es un buen camarada mío, y quise sorprender á mi camarada en su misma oficina. Por dar esquinazo, como decimos allí, á la terrible dama belga, me quedé en Córdoba, con intento de partir al día siguiente para Sevilla; á los otros amigos, ya les vería más tarde, cuando volviese á Córdoba.—Pero, señor, y ¿á dónde me llevan *estos?*—Aludía yo al cochero y al caballo.—Señor, ¿dónde me llevan?—Seguían corriendo como nunca, dejándose atrás calles y plazas. Aquello era un torrente, como el de la palabrería de la dama belga, y amenazaba no acabar, lo mismo que el otro.

Detúvose al fin, y respiré... para ahogarme de nuevo inmediatamente. Traspasé la portada del edificio, encontrándome á los pocos segundos con una hermana de la caridad. ¡Dios, qué hermana! Tenía unos ojos más grandes que el portalón de entrada, y una cintura más fina que los alicatados de la catedral.

Cuando pregunté por mi amigo, me dijo la hermana, sonriendo, que venía equivocado: que podía verle en el *Hospital de Crónicos*.

—Pero y éste, ¿qué hospital es?

—El Real.

Me volví para el cochero, y me encontré su cara complaciente y cariñosa.

—¿Qué hase falta, ceñorito?

—Granuja: ¿qué hospital es este?

—¡Toma! ¡Po el hospitá riá!

—Me gusta, hombre, y ¿qué hospital te dije yo?

—El hospitá de crónico; pero como éste es más güeno y más bonito... ¡aquí le traje yo!

Contuvo mi cólera aquella hermana de caridad de los tremendos ojos y la alicatada cintura. Avergonzábame mostrar la ira que me carcomía el pecho, delante de la buena y dulce mujer—¡demasiado buena y demasiado dulce!—y el maldito cochero, me miraba en tanto con un aire socarrón... Yo no he trabajado en mi vida como esta vez, para no desahogarme á trompicones con un cochero. Esto de guardar la forma es, en ocasiones, el más terrible de los suplicios.

Me despedí de la hermana, y me atreví á ofrecerla mi mano pecadora. Sonrió la mujer afablemente, y la apretó entre la suya. ¡Válgame la Virgen, qué mano más hermosa, más suave y más tibia, tenía la hermana de caridad! Yo he soñado alguna vez que estaba herido en el corazón, y para contener la sangre ponían allí una mano blanca como una rosa, fina como un terciopelo y caliente como un nido.

Cuando volví al coche, habíame pasado ya el mal humor. Miré al cochero atentamente y no me atreví á dirigirle la palabra: siguió él mirándome, y crujió el látigo. ¡Cómo sonreía el truhán, Dios bendito! Leí en su sonrisa:—¿Qué tal? ¿Gusta la hermana? ¡Po límpiate, que estás de huevo!—Y en las ondas caprichosas que hacía la fusta en el aire para crujir, creí ver la figura afable y aristocrática de la hermana de caridad, con su limpia toca de nieve y su aseada faldamenta azul.

Llovía á cántaros, y no me acordé de ello hasta que estuvimos muy distantes de la casa benéfica. Era una tarde oscura y triste como las de Pérez Escrich y Parreño: pero no había en ningún quicio de puerta mujer alguna, joven ni gua-

pa, amparándose contra el temporal y amparando al correspondiente niño bajo el roto mantón: nada, nada de Pérez Escrich. Sucedía simplemente, que llovía una barbaridad, que corría el caballejo desbocado y que yo pensaba en la hermana de caridad como un descocido.



Vi últimamente á mi camarada Miguel, y tuve la acogida que yo había pensado: me trató como á rey: el más exquisito manjar, el más blando lecho y la sonrisa más afable, todo fué para mí. No tuve ganas de exhibirme por Córdoba, y me acosté muy temprano. Sentía el agua repiquetear en el techo, como las ruedas de mi célebre landó por las calles. Bajo esta impresión me quedé dormido, y por esto, sin duda, soñé cosas estupendas. A la dama de la nariz se le estiró el

cuello, poniéndosele con la longitud de un poste telegráfico; la nariz le había crecido también, hasta tropezar con cualquier objeto un cuarto de hora antes de llegar la dama al sitio con que la nariz tropezó. Esto ponía en grave inquietud á la señora, por impedirle hablar lo necesario para su reposo. Chispeaban á la terrible belga las pupilas como dos enormes candelabros, y vi muerto de susto, que á pesar de la largura del cuello atizaba perfectamente las candelillas con el pico de la nariz. Desapareció aquel fantasma tenebroso de mi sueño, para dejar sitio á otras rarezas. Llovía, llovía, el Guadalquivir estaba desbordándose; todos nos ahogábamos: yo me encontré ya sin respiración: tenía estertores ronquísimos. En las ansias de la muerte me cogí con fuerza á una nubecita azul que surgió en el cielo, oscuro y tormentoso. ¡Ay, felicidad mía! Aquella nube hermosa y poética, que flotaba suavemente en los espacios, era la falda azul de la hermana de caridad. Vi, entonces, la sonrisa de la santa mujer, dulce como los misterios gloriosos del cristianismo y hermosa como la luz del sol, que tan lejos estaba de mí. Con el recuerdo del sol, borróse precipitadamente la celestial imagen de la dulce hembra, consolación del afligido, y me encontré con ligereza inexplicable en suntuoso alcázar, iluminado como por un incendio. En un magnífico salón, vi dos graves señores, paseándose del brazo, con mucha amistad y mucho mimo al parecer. Pregunté á un portero quiénes eran, y me dijo que el más viejo,—uno de frac y de pantalones que no eran tales, sino enagüillas valencianas de las que usan los obreros del campo,—se llamaba Júpiter.—No sabe osté,—siguió el portero, cuando me hubo dicho el nombre,—á mí no me gusta mormorá de naide; pero el tío ese tiene un genio que á Dios tira de espalda: no le vide más regañón; viene á visitar á mi amo, que es el otro. También tiene su geniesillo, no vaya osté á cree, pero ¡cómo va á comparase! Y ademá, se pué resistí, porque e un güen mozo, y mu caballero, y mu cumplío, y la presona ma desente de toitico el mundo.

—Y tu amo, ¿cómo se llama?—pregunté con mucha curiosidad.

Escupió el portero.—Dispénsemos te,—dijo cuando escupió.—Pero me tengo que limpiá la boca pa nobralo: se llama Apolo.

—¿Cómo? ¡Apolo! ¡Dios bendito, el sol!—Eché á correr en dirección de Apolo, sin hacer caso de los gritos del portero. Me puse á las plantas del brillante joven, y sonrió con dulzura. El viejo me miró á la par adustamente, porque le interrumpí, sin duda, en su coloquio. No vi en mi vida un viejo más fantasmón.

La sonrisa agradable de Apolo me dió aliento, y arrodillado respetuosamente á sus plantas, como dije, le expuse mis cuitas. Yo quería verle y sentirle... pero no así, dentro de su casa, como á un Juan particular, sino en todo su poderío y su esplendor.

Júpiter sonrió desdeñosamente y cortó mi súplica para despedirse de Apolo. Todavía se detuvieron algo, porque Apolo estuvo preguntando á Júpiter, dónde compró unos zapatos nuevos que llevaba, pues quería él otros iguales.

Se puso Júpiter sobre la frente una corona de rayos, muy parecida, en la forma, al casquetón que llevaba mi cochero. Se dieron un besito los dos personajes, para despedirse. Cogió Júpiter un látigo y montó majestuosamente en su carroza de fuego. Tronó en la inmensidad Júpiter, rodando con su carroza... ¡Dios, qué carroza! ¡Si era mi landó! Es decir, el del cochero que ya conocéis.

Me desperté muy fatigado. La habitación estaba á oscuras completamente. Me vestí á tientas, recordando todas las extravagancias de mi sueño, y muy preocupado á la verdad, con el asunto de mi obra. ¿Y el sol, Dios mío? ¿Y el sol? Un resto de esperanza tenía: la de inspirarme, viéndole. Latíame el pecho con fuerza, de pensar en que muy pronto sabría lo que el porvenir me deparaba. Dependía todo del tiempo que yo echase en abrir el postigo del balcón de mi cuarto. ¿Habría sol? Ninguna luz entraba por los intersticios de las puertas y de los balcones. ¿Estaría lloviendo? Ningún ruido particular oía yo que lo anunciase. Estaba sumergida la casa en silencio profundo, y tuve una duda. ¡Gran Dios! ¿Será de noche aún? Encendí un fósforo y miré el reloj... Las diez... las diez y media de la mañana: no tuve la precaución de dejar una luz encendida. Tenía miedo, además, de abrir claraboya ninguna por no recibir un desengaño ó porque no me matase la alegría; porque la verdad, el estado de mi espíritu era triste, muy triste... y muchas cosas además de triste: era éste:—Si abro el postigo y está lloviendo, yo no sé lo que será de mí; si abro el postigo y hay sol, me muero de placer... pero si hay sol y no le encuentro todo lo que yo necesito encontrarle para desenvolver con su luz prodigiosa el maremagnum terrible que anda en mi cerebro, iluminándome é inspirándome, entonces sucumbo de repente con la fuerza del pesar.

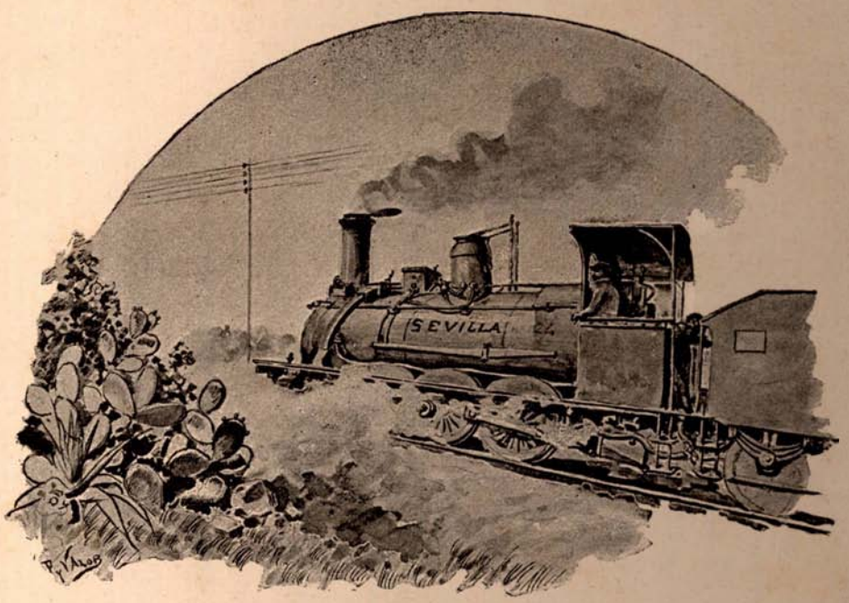
En mi inquietud, no quise encender más fósforos. Me peiné y me lavé en tal situación, perdiendo la cuenta de los tropezones que di. Llegué hasta el balcón, y rastreando las manos por las maderas, logré encontrar el cerrojo pequeñín de uno de los postigos. Allí me quedé parado, como fantasma, y confieso que no me he visto en situación más anómala desde que tengo uso de razón. ¿Abro, ó no abro? ¡Dios poderoso de las cosas! ¡Qué suplicio! Cuando menos lo pensaba, tiré por un movimiento nervioso. Se abrió la puertecita, y me eché para atrás, como el pecador ante la esplendorosa omnipotencia divina del juez soberano que ha de juzgarle. Quedé deslumbrado como el hombre al contemplar á Dios frente á frente por vez primera, antes de la falta. Quedé conmovido, como la madre—extenuada aún por las angustias del dolor, y con las carnes

partidas—al contemplar por vez primera al hijo que concibe. No comprende el hombre su culpa, sino cuando llega al juicio; no mide la soberana majestad de nuestro Creador, sino cuando el milagro prodigioso se la pone de manifiesto; no comprende la madre, del todo, su amor al hijo, sino cuando le mira en el instante de nacer; cuando no se han extinguido aún en su cuerpo, los dolores terribles, que son como el grandioso é inconmensurable poema de la carne que se identifica con el del espíritu, haciendo la unión sagrada del amor materno.



Todo esto lo sentí yo, al abrir el postigo, por un rayo de sol que había dado en mis ojos. ¡Oh, Dios mío, qué esplendidez y qué hermosura! ¿Por qué yo, no vi antes, hacía algunos años, lo que contemplaba ahora en el sol de Andalucía? Estático quedé ante aquel torrente maravilloso de luz. ¡Ay! Lo comprendí entonces: yo no pude ver antes el sol verdadero de Andalucía, porque entre el sol y yo hubo un velo tupido de lágrimas; de lágrimas más ardientes que el sol, y más tristes y más sombrías

aún que las mismas negruras de la noche. Bajo aquella impresión fuerte y feliz, todos mis pensamientos cambiaron como el corazón de la tierra cambia por una sacudida geológica. Donde había escritas visiones fantásticas, vi resplandecientes aureolas: los diablos, tristes y escudriñadores, de la duda, de cuernos retorcidos y amarga sonrisa, convirtiéronse á la par en ángeles felices, de alas de oro y sedosas vestiduras de armiño. Sentí la juventud en el cerebro primeramente y en el corazón después, como saturándose ambos en unas oleadas de vida que caían envueltas entre las caricias del sol. Las pasiones se levantaron en mi alma como las aturdidas diosas del paganismo en el momento feliz de la saturnal: todo lo encontré bello, vigoroso, resplandeciente, fácil. La inspiración abrió sus compuertas de nieve y fuego, y oro y luz, para que salieran por allí musas á granel que bailaron en redor mío no sé qué danzas simbólicas, donde sonaron palillos y guitarras. Vi en las musas, como unas bayaderas celestiales, de pie pequeño, fino, cara gachona, pelo oscuro como las tentaciones, encaracolado hacia las sienes, faldas con volantes, medias finas, brazos desnudos, sedosos como las vestiduras de aquellos ángeles de que hablé. El sol iluminaba todo aquello, como diciéndome:—Para que tú veas. —Yo me creí por un momento grande como Dios, sólo por ser andaluz, y, sin embargo de mi grandeza, lloré de sentimiento: enjugué mis lágrimas, para gritar en un arranque de pasión y de entusiasmo:—¡A Sevilla!





CAPITULO III

En marcha.—De la estación de Córdoba á las Cuatro Naciones.—«Salle à manger.»—La alegría de la tierra.—El de las cosas de oro, el de la carta, el de la barriga y el de los mondadientes.

Con un sol hermosísimo salí de Córdoba. Salí alegre, dichoso. Me despedí de los amigos que había en el andén, como un ingrato. Ellos salían á acompañarme á la estación, aunque yo quería que nadie me viese en Córdoba, y yo me alejaba de ellos sin pena, sin cuidado ninguno, con ansiedad tal vez de perderlos de vista. ¡El egoísmo de siempre en el hombre! Lo que tenemos, lo que nos debe alegrar y enorgullecer, se desprecia por algo baladí á que se aspira. Yo les pido perdón á todos, y me lo darán, seguramente, cuando estas páginas lean.

Sentía yo en el alma no sé qué comezón por alejarme de Córdoba y ver la campiña. Luego me pude explicar la causa de este deseo: ver la campiña, sí, pero verla acariciada por aquel sol espléndido que tanto me hizo padecer y soñar. No sé en qué marasmo me metí durante el camino: pasaban ante mis curiosas pupilas, como tropel vertiginoso de espectros, las grandes acacias con sus hojas amarillentas, los manchones de tierra, gris aquí, blanca allá, roja en otro sitio; las chumbas de pencas retorcidas á todos lados, como hocicos de viejas

gazmoñas; las pitas y los olivares célebres de esta comarca, los matojos, las florecillas silvestres, los melancólicos riachuelos; todo alegre, joven, embriagante, y de un color de oro vivo y espléndido, con el abrazo de sol que abarcaba todas las partes de la campiña como una madre cariñosa coge en apretado haz y de un solo abrazo á los pequeñines de su alma.

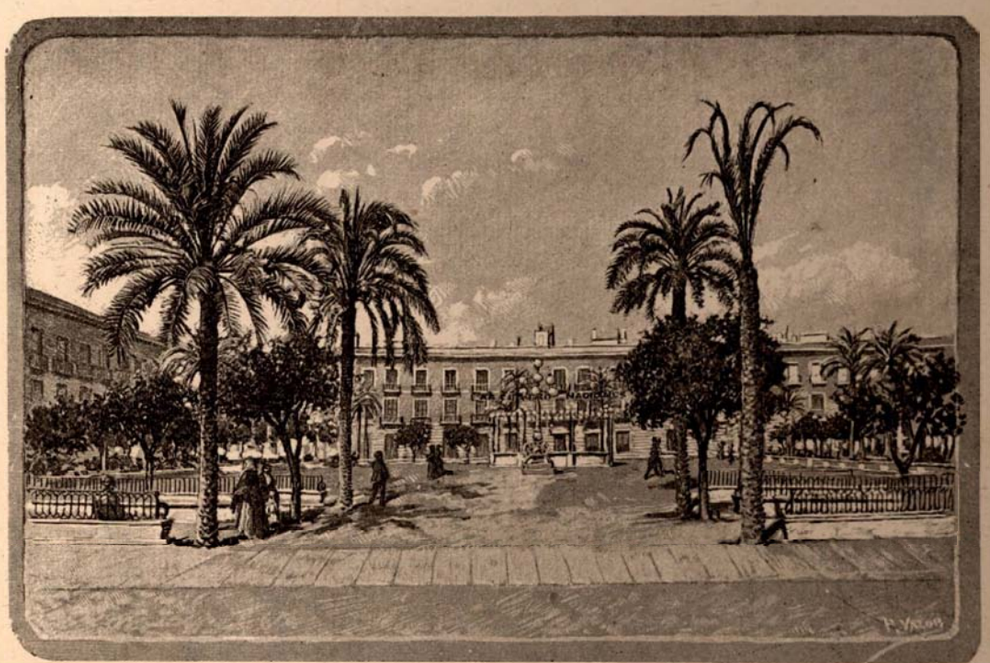
Me sacó de mis embelesos una gran sacudida del coche. Detúvose el tren á poco. Pregunté desde la ventanilla á uno de los empleados por el nombre de la estación en que nos detuvimos.—Sevilla,—contestó. ¡Demonio! En dos circunstancias pude fijarme entonces: en lo grande de mis abstracciones por el



camino, puesto que no me di razón de las tres horas de traqueteo; y en lo fea y destartalada que es aquella estación: una casucha de madera, asquerosa, horrible, que dice muy poco en favor de la Compañía y de los sevillanos, que la consienten. Me dijeron que la de Cádiz era igual, y no quise ir por aquel sitio mientras estuve en Sevilla, porque me entraron náuseas del pensamiento.

Desde algunos kilómetros antes de llegar á Sevilla, empezó un gran nublado, y hasta llovía un poco al entrar en la población; pero se me importaba un bledo. Al sol, patrono de mi viaje y de mi obra, le tenía ya cogido desde que asomó la nariz por el balcón de mi dormitorio de Córdoba. Quise entrar á pie en Sevilla, y envié á la fonda, por adelantado, el equipaje. Orientándome con la guía, y preguntando alguna vez, emprendí el camino: saliendo de la estación famosa, vi á derecha é izquierda, hasta dar en la calle de la Rábida, unos jardines raquíticos; la ictericia, sin duda, pegada de la estación. Entré por la calle á

que aludí, arbolada y sucia, con lodo, que no podía pedirse más, efecto, indudablemente, de lluvias anteriores y del continuo paso de carruajes y caballerías á los muelles de la estación. Dejando atrás la de los Reyes Católicos y Julio César, entré por la puerta de Triana. Me dijeron que se llamaba así, pero yo no encontré inscripción alguna, en ningún sitio, que lo justificase. Entré por la puerta de Triana, digo, en la calle de San Pablo, buena, pero tortuosa como las de Sevilla; salí á la plaza de la Magdalena, poblada de naranjos, y emboqué por la de Méndez Núñez, estrecha, de buen piso, de buenas casas, con gran jaleo de



tranvías y Rippert, con unos conductores, de bocinas horriblemente grandes y más atronadoras que la voz de la dama belga.

Al pensamiento de la dama, se me paralizó la sangre: yo también, como supondréis, me quedé parado y en muy poco estuvo que no me atropellase un carromato de aquellos. ¿Sería posible, gran Dios, que yo no pudiese vivir tranquilo sin la memoria de mi espectro? Yo, la verdad, no era precisamente á la dama á quien temía... ¡Si hubiera sido muda! ¡Si se hubiera callado á lo menos, con una súplica mía! Acordábame también algunas veces de su pie; me traían á mí sin cuidado sus dimensiones, con tal que no diera á la dama por divertirme con el expresivo lenguaje que usó en Alcázar de San Juan. Pero ¿quién respondía de esto? Me resigné anticipadamente: yo soy sumiso, y por rara casualidad dejo de conformarme con las evoluciones á que mi buena ó mala estrella me conduce.

En tales pensamientos llegué á la plaza de San Fernando—plaza Nueva—y quedé agradablemente sorprendido. En mis viajes por España no vi jamás una plaza lo mismo, de espaciosa y alegre. Recordé las de Barcelona, las de Santiago, las de Córdoba, las de muchas poblaciones en fin: las recordé, grandiosas algunas, pero sombrías, tristes y destartaladas. En uniformidad, y hasta en majestad si se quiere, ninguna como la de la Constitución, de Barcelona; pero Sevilla, es la ciudad de las plazas: en lo más vistoso, frente del Ayuntamiento, se sitúa la fonda de las Cuatro Naciones, grandísima, como tuve luego ocasión de ver, bien alhajada, y con su correspondiente y primoroso patio detrás de la cancela. A la izquierda del patio, sobre el frontis de una gran puerta corrida de cristales, vi esta inscripción: *Salle à manger*. Esto trajo á mi memoria que no había comido desde por la mañana, y entré en el comedor sin subir á mi cuarto siquiera.

Un mozo muy complaciente, que me hizo recordar á mi cochero de Córdoba, se vino á mí, preguntándome:

—¿Qué desea V., señorito?

—La lista de viajeros,—repliqué prontamente. Habíame acordado otra vez de la dama belga, y para prevenirme, procuré indagar ante todo, si se hospedaba allí.

El camarero quedó mirándome como irresoluto. Sin duda estaba alarmado: me vió entrar de la calle, directo al comedor, saludando apenas al dueño; por la invasión rápida á la pomposa *Salle à manger,* supuso que yo llevaba un hambre canina; y al pedirle la lista de viajeros, ante todo, tuvo la seguridad de que yo iba á comerme uno, como aperitivo.

—Vamos: ¿qué haces? La lista de viajeros.

Salió prontamente y volvió con ella á poco. Me miraba con inquietud, con la misma inquietud que yo miraba la lista; pero el mozo y yo nos tranquilizamos á la vez: yo porque no olí nada belga en la lista, y el mozo porque no tuvo necesidad de exponer ningún viajero á mi voracidad.

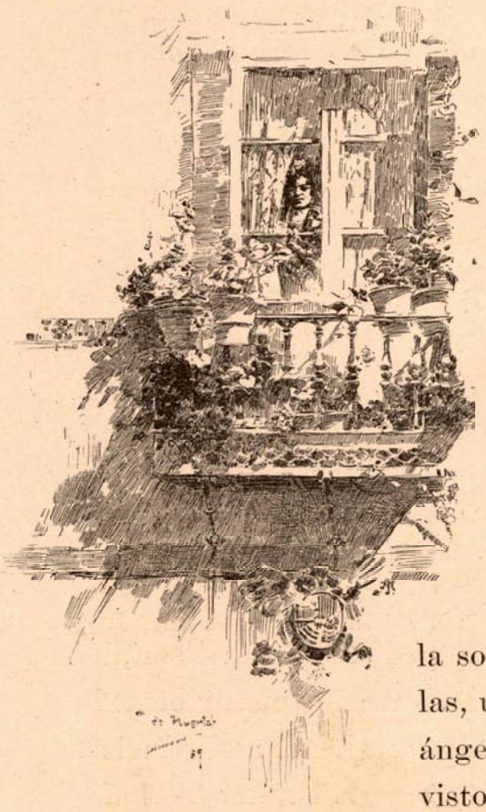
—¿Cómo te llamas?—pregunté al mozo, devolviéndole la lista.

—*Seferino,*—me contestó. No lo extrañéis: en Sevilla no se habla más que con la *s,* de la misma manera que en Córdoba sólo se pronuncia con la *c*. Parece que la gramática de estas dos ciudades andaluzas, tienen por patronos las primeras letras del nombre de la respectiva ciudad. La pronunciación de Sevilla me gusta, pero me gusta también la de Córdoba: tiene para mí la de Córdoba algo de la sierra, montaraz, rudo, salvaje. Esto no quiere decir que los cordobeses lo sean, no, que son los mejores y más atentos del mundo. Sevilla tiene en su habla mucho de la melosidad de los italianos. Más que en ninguna

parte, pude comprobar esto en mis excursiones por el Guadalquivir; aquellas noches del Guadalquivir, eran agradables y poéticas como las dulces noches de estío sicilianas. Mi barquero para los paseos nocturnos, llamábase *Chano*... es decir, nombre no, apodo: el apodo no se lo quita nadie á un andaluz del pueblo. Me gustaba mucho oirle, por la dulzura de su lenguaje. Remaba con negligencia de rey, y al compás de los remos me contaba mil anécdotas y patrañas de Sevilla, con especialidad de la Sevilla de los moros. No sé de dónde sacó tantísimo embuste: me creí muchas veces trasportado á Venecia en nubes mágicas de ilusiones. No, no era un barquero del Guadalquivir el que remaba: era un meloso gondolero de las calles de la señora del Adriático. ¡Oh, *Chanito!* Desde mi mesa escritorio, á la luz del quinqué que ilumina mis cuartillas, yo te saludo. Tú no te acordarás de mí, seguramente, porque no sabías la impresión que me causabas: yo me acordaré siempre de ti, como de una de las cosas más agradables de Sevilla.

Pues, señor, me dijo su nombre *Seferino,* y yo le pedí de comer. Comí, leí después un par de gacetillas de cada periódico, y, como decían unas y otras lo mismo, me cansé prontamente. Los periódicos de allá son hermanos gemelos. Habéis oido que las gacetillas eran iguales todas. Pues ¿y los títulos? *La Andalucía, La Andalucía Moderna, El Eco de Andalucía*... Salí á la plaza y pregunté por la calle de las Sierpes. La calle de las Sierpes, en Sevilla, es la Puerta del Sol en Madrid, la calle de Fernando VII en Barcelona, la de Granada en Málaga... En fin, que me entró aburrimiento: esta calle la había yo visto miles de veces, sin haber estado allí nunca. Pero ¿y la alegría de la tierra? Esto me traía preocupado ya, lo mismo que antes me preocupaba el sol. La alegría de la tierra andaluza, después que el sol y á la par que el sol, si me apuran, es la mujer. ¿Y las mujeres de Sevilla? ¿Y aquellas decantadas mujeres, famosas en todo el mundo por su belleza y su donaire? ¡Qué me las traigan! ¡Que si quieres! Empezó á llover entonces como no he visto llover en mi vida. Me puse como una sopa, y me decía yo con tristeza:—Anda, niñito: toma mujeres sevillanas.

Volví á la fonda cariacontecido, me encerré en mi cuarto y me puse á escribir. ¡Bueno estaba yo para escribir ni un palote! Tiré la pluma, y jamás tuve más aburrimiento ni más horror á la soledad. Hubiera visto impávido, en aquel instante, aparecer sobre mis narices á la dama belga. Levanté un visillo del balcón para mirar á la calle, y me eché para atrás deslumbrado, más deslumbrado aún que cuando me dieron en la cara los rayos del sol en mi alcobita cordobesa. ¡Madre de mi alma, qué mujer! Había levantado un visillo á la par que yo, en el balcón de enfrente, y le echó abajo al instante, cuando observó que yo la



observé. ¡Divino Dios! ¿Cómo no me volví yo tarumba aquella tarde? Allí, detrás de su visillo quedó mi vecina, y tras del mío quedé yo, muy recatado para no espantarla con mi presencia. No digo que estaba ella detrás del visillo, suponiéndolo; aunque no la veía, unos finísimos dedos delatores, quedaron allí, cogiendo el encaje. Así permanecimos algún tiempo, y empezó á oscurecer. Se perdía lentamente en la oscuridad aquella dulce y suave conformación de los dedos, asomados al limpio cristal y sujetando la cortina; difundíase lentamente entre el cristal y la cortina, como la ilusión que se va perdiendo. Oscureció más, quedó todo borrado, y en la sombra del aposento, sentí yo errar ante mis pupilas, unas estrellitas doradas como las cabelleras de los ángeles. De aquel relámpago de mujer, sólo había yo visto el busto, la cabeza, un brazo y los dedos, como blanquísimos demonios juguetones que se enredaban á la cortina. El brazo estaba desnudo, y caían por él, como rayos de luz, los flecos de un pañolón de seda que envolvía su pecho. Era una garganta la suya, gruesa, viril, sin ningún adorno: mal cerrado el pañuelo, dejaba entrever gran parte de la piedra rica del busto. Era gentil la cabeza, airosa, y el oscuro cabello, levantándose sobre la frente y traído por los lados hasta los ojos, en abultadísimo y marañoso bucle: parecía el pelo así, un sombrío arco ojival de aquellos que se admiran en los alcázares sevillanos, sobre un fondo resplandeciente de nácar. Vi además unas pupilas dilatadas, negras y chispeantes, y no pude ver más. Es imposible, por lo tanto, seguir hablando de ella. No pude ver más, digo; pero me pareció bastante, porque la fe entró de nuevo en mi alma como el sol en mi alcoba.

No se apartó de mi cerebro, durante la noche, aquella figura espléndida y fugaz. Lo que me producía más encanto, era haber sorprendido á esta mujer en traje de casa; más aún, de trapillo, como allí se dice, con la única vestimenta de su pañolón de picos atados atrás. Es el modo terrible que tienen estas diosas de *echarse* el mantón. Parécenos, al verlas, que están desnudas, y pensamos después, con dolor, que nada vimos. Creo inútil decir que supondréis mi deseo de ver á mi vecina más despacio. Llamé á *Seferino,* y acudió ligero como una corza. Le pregunté por la familia de enfrente.

—Un matrimonio con dos niños,—me contestó.—Ella es una flamencona que hasta allí. El hombre, un güenaso: ni siente, ni consiente... y á mí que no me digan: es que s'ha quedao siego de lo sojo, de tené tan cerquita una hembra tan circustante y de tanto brillo.

No quise preguntarle más. Yo tampoco estaba enamorado de la flamencona. No se enamora uno así de lo primero que sale, aunque valga mucho, porque entonces estaría uno ya crucificado. Una obra del arte ó de la naturaleza, se



admira, y quedamos con la dulce impresión de lo bello, que vigoriza y educa el espíritu. Yo me hacía estas reflexiones, pero no dejaba de pensar en los dedos que sujetaban el visillo.

Bajé al comedor por la mañana. Había veintidós comensales; entre ellos, dos señoras. Caían muy lejos las señoras y no pude verlas detenidamente. Comían todos sin chistar, dale que dale al tenedor y dale que le doy á la cuchara. Yo hice lo mismo; y, por este maldito defecto de estar fijándome siempre en lo que me importa y en lo que no me importa, no dejaba de mirar á unos y á otros, de vez en cuando, de una manera furtiva. El comedor es larguísimo, y la mesa, naturalmente, como el comedor. Observé á todos, y todos me parecieron muy excelentes personas. Allá, en un pico de la mesa, había un señor apuestísimo, como

de cuarenta años, con anillo de oro, y cadena de oro, y botonadura de oro, muy peinado, muy lavado, muy retorcido y muy puesto: parecía de oro todo él. A mi lado, un señor, moreno, de cara bondadosa: junto al plato tenía una carta abierta, de seis ó siete líneas de escritura. Al concluir un plato cogía el papel, y, leyendo, leyendo, estábase hasta que el buen *Seferino* le metía el otro plato por las narices. Cuando yo me fuí, empezó por séptima vez la lectura. Enfrente, es decir, muy cerquita, porque la mesa era angosta, vi un caballero que llamó bastante mi atención. Conocí á la legua que usaba peluca, y, aunque no le vi de pie, supuse también que sería pequeñito. Tenía unas pesadísimas gafas de oro y un vientre grande, terrible, descomunal. En el vientre no tuve ocasión de reparar entonces, porque se lo ponía, para comer, debajo de la mesa. Comía este hombre con una majestad olímpica, y era digno de estudio. Comía con lentitud, como si no comiese, y desaparecían los atestadísimos platos que era una maravilla. En la otra parte de la mesa, y enfrente del caballero de los botones y la cadena y la sortija de oro, ostentábase un señor calvo, que hablaba y comía, sin quitarse el mondadientes de la boca. En lo de comer, no he podido explicarme nunca su manejo, pero el mondadientes no se le caía. En reserva, me contó más tarde *Seferino,* que al caballero calvo había que poner todas las noches á la cabecera de la cama una docena de palillos, porque de otro modo no podía dormir con tranquilidad. ¡Se comía todos los palillos durante la noche! Los cuatro personajes que mencioné, merecieron mi particular atención, desde el principio, por lo amables, por lo discretos...

Seferino, el inocente *Seferino,* conoció bien pronto que me daba gusto de saberlo todo, por insignificante que fuese la cosa, y me puso al corriente, *c* por *b,* de lo que en la casa y á todos los huéspedes de la casa sucedía. Me reí mucho, porque llegó á echarme embustes horrorosos, en fuerza del malhadado compromiso que se había impuesto, de tener á todas horas algo que contar. Siempre que entraba *Seferino* en mi cuarto, sorprendíame detrás del visillo, en acecho de mi vecina. ¿Creeréis que no me había sido posible verla aún, en cinco días? Pero, en cambio, tuve ya ocasión de ver unas mujeres... ¡Poderoso Dios! Yo iba ya bobo por la calle; no sabía qué decir, ni qué pensar. Son unas mujeres, que no satisface á uno echarlas una flor, ni quitarse la capa al estilo de la tierra y extenderla á su paso donairosamente para que marquen allí, en el paño dichoso las dulces huellas de las flores de sus pies. No, no basta eso: á mí á lo menos no me podía bastar; y, en fuerza de querer demostrar mi entusiasmo... ¡nada, no demostraba nada! Sí recuerdo, que mis demostraciones últimamente, eran muy ridículas y hacían reir mucho á mis amigos.

—¡Mira qué mujer, mira!—me dijeron muchas veces. Por mirar á otro sitio,



yo no me había fijado antes en la mujer que me señalaban: volvía yo el rostro y, al verla... ¡puff! como si me hubiesen dado una bofetada. ¡Ay, Dios, qué mujer! Y me detenía en mitad de la calle, asombrado y hasta como loco de terror, de ver tanta belleza. Así estaba, y me decían prontamente:—Otra, otra: mira esa.—Volvía los ojos rápido, y, viéndola, encogíame como por tremendo y súbito dolor de tripas, quedándome así, paralizado, sin acción, mudo, pálido de asombro, hasta que me daban el aviso de la tercera, y de la cuarta, y de la quinta... y el delirio.

Llamé al mozo una tarde y le dije:

—Ven acá, tú.

—¿Qué quierosté, señorito?

—*Seferino,* tú vas á ser mi Ciutti.

—Bueno, señorito.

—Pero ¿tú sabes quién fué Ciutti?

—No, pero es igual, señorito.

—Yo quiero que tú me lleves á un lugar, donde yo pueda distraerme algo; que haya mujeres... pero nada malo: ¿oyes?—Esta aclaración la hice, viendo un guiño en los ojos picarescos del sátrapa.—Un lugar bello, que me guste mucho, donde haya alegría y donde pueda vernos todo el mundo.

Seferino pensaba, pensaba... Llamáronle, y se fué, haciéndome seña con un dedo, de que ya buscaría.

Por la tarde llegó á mí.—Mañana es domingo: mañana po la tarde iremos.

Me conformé, y no quise preguntarle nada. Quería ver si *Seferino* me comprendió: me pareció, por otra parte, que tenía él su amor propio en sorprenderme, y por eso no hablé más.

Salí el domingo con la grata y honrosa compañía de mi criado. ¡Qué contento iba yo! No tenía que abstraerme con las atenciones de los unos y las majaderías de los otros, porque hay personas que en fuerza de ser finas resultan horribles.

Tomé un coche, y confieso que si *Seferino* subió al pescante fué porque le dió la gana. Me llevó por el muelle, á orillas del Guadalquivir, empezando á encontrar muy de mi gusto la cosa. Entramos en las Delicias, costeando por la derecha el palacio de San Telmo. Seguimos á la izquierda una larguísima calle de árboles, y se detuvo el coche ante una especie de tabernucho...

—Y esto ¿qué es?—pregunté á *Seferino,* desabridamente.

—La Eritaña, señorito.





CAPITULO IV

La venta de la Eritaña

A los que no conozcan la venta de la Eritaña, dedico este párrafo. Se sitúa enfrente del gran recreo de Cruz. Su entrada, á primera vista, y á segunda también, si se quiere, es un tabernucho. Luego van acostumbrándose los ojos y el pensamiento á este lugar, y parece menos antipático. Si se llega á los cenadores, huye la prevención del todo; y en aquel casuco, viejo y pintarrajado, se está perfectamente, y hasta se piensa con pesar que tarde ó temprano llegará la hora de partir. No se me diga que los merenderos de la Eritaña tienen parecido ninguno con las célebres

ventas del Espíritu Santo. No creáis tampoco esta afirmación, ni sospecha siquiera de que aquello de Madrid me guste más: encuentro yo una pureza y un ambiente en la Eritaña, que no lo hay en ningún lado de Madrid, y eso que en Andalucía han degenerado las costumbres, los tipos, y hasta el clima.

Es el local viejísimo, pero muy remozado en todas partes con el escobón y la lejía, como cuerpo rugoso y resplandeciente á la par, de vieja solterona. Está bien puesta la casa, limpia, como en adobo, con lindos aparadores y grandes baterías de exquisitos embotellados. Tiene hacia la parte de atrás preciosos merenderos, que se levantan con cuatro palitroques, y forman, sin embargo, un poético y misterioso nido, con paredes de hojas verdegueantes y campanillas blancas y azules. De entre la tupida red de hojas, surgen los mecheros de gas, que resplandecen de noche entre la feracidad rústica del pabellón, como la musa de nuestro siglo en lucha fuerte con la naturaleza. Hay allí, entre los restantes cenadores, como tienda de campaña de un generalísimo, otro pabellón que construyeron de corcho; su vista picó mucho mi curiosidad. Observé que estaban las paredes formadas con pedacitos de la madera que mencioné. El techo era de paja, como las chozas de los campos de Castilla, y pude ver allí una veleta de hierro, que pintó de blanco, en legendaria época, algún artista no comprendido. Quise entrar en el pabellón, y lo conseguí con mucho esfuerzo, porque no estaba allí el recinto encantado para el primer intruso que llegase. Era octógono su interior: una mesa redonda, había en medio, de roble; banquetas rústicas rodeaban el lugar aquél, que me pareció más fantástico y poético que una alcoba morisca. Cada una de las ochavas tenía abierto un tragaluz, tosco, rudo; el tragaluz se cubría discretamente con vidrios de colores que dibujaban, con el sol moribundo de la tarde, melancólicas y extrañas fantasías en los mosaicos del suelo.

Me impresionó muy agradablemente aquel sitio, y así lo dije á mi modesta compañía; pero se lo dije con cierta prevención, como queriendo advertir que para aquello nada más no me habría llevado. El muy granuja de *Seferino,* sonrió como mi cochero de Córdoba. No tenía látigo: de tenerlo, me parece que lo hubiera crujido con la misma indolencia y descaro especial que distingue á todos estos dichositos andaluces de mi corazón.

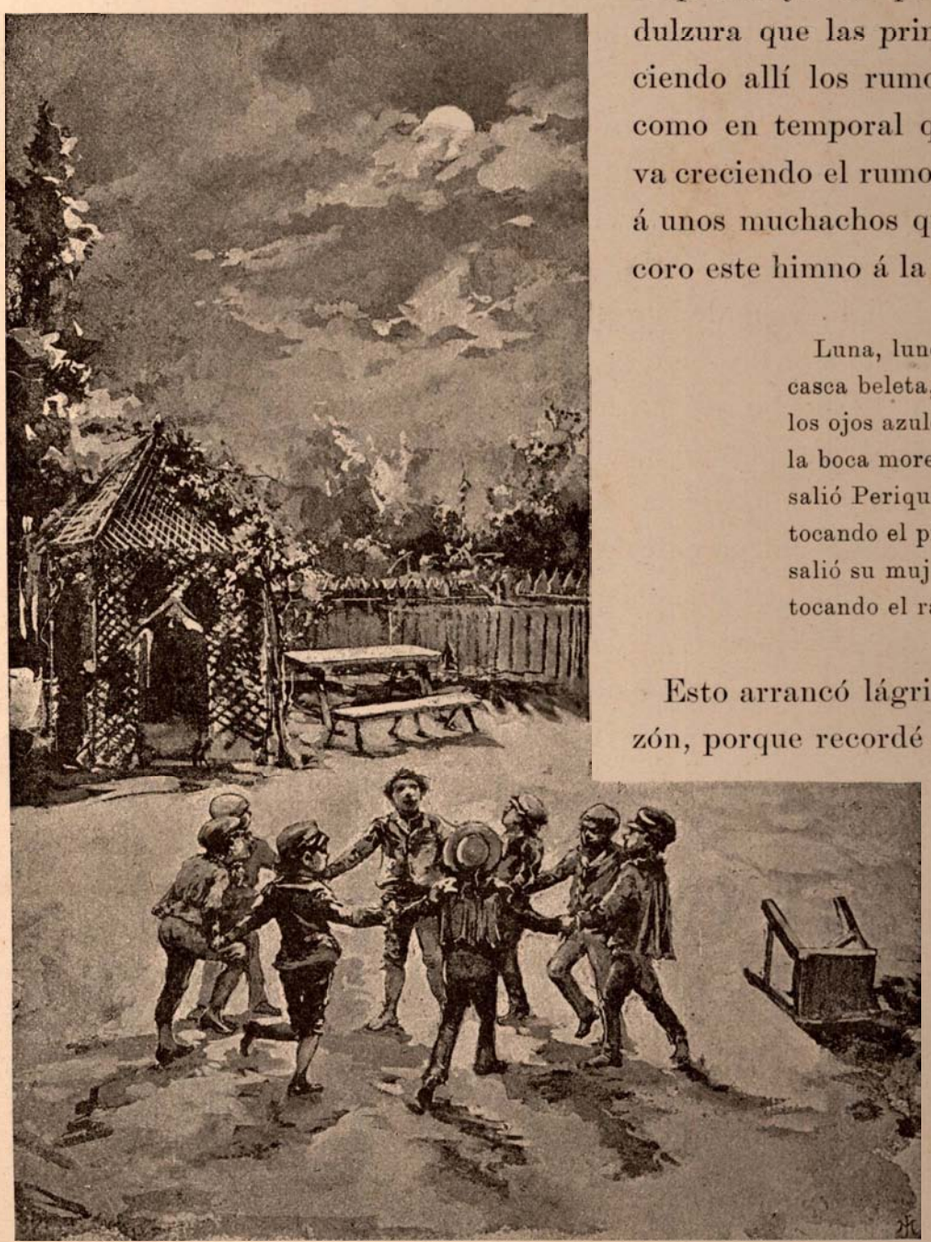
Disponíame á contestar á la sonrisa de *Seferino* rudamente, pero me detuve al oir una voz muy dulce de mujer.

—Pero ¡no ve tú, chiquiya! ¡Si aquí no hay nadie!—Y otra no menos dulce, contestó inmediatamente:

—Pero oye: ¡po vaya contigo! ¿No ve que e mu temprano, hija mía?

Volví la cara á *Seferino;* aquella sonrisa de Rinconete, no se había extinguido en su boca.

Iba oscureciendo entonces. La luna empezó á salir muy despacio, con su eterno rostro de pazguata y su cargamento de leyendas y tradiciones. Entre las voces dulcísimas que antes oí, habíanse mezclado otras por otros sitios, aunque no responda yo de que tuviesen igual dulzura que las primeras. Iban creciendo allí los rumores de la vida, como en temporal que se presenta, va creciendo el rumor de las olas. Oí á unos muchachos que entonaban á coro este himno á la luna:



Luna, luneta,
casca beleta,
los ojos azules,
la boca morena,
salió Periquillo
tocando el pitillo,
salió su mujé
tocando el rabé.

Esto arrancó lágrimas de mi corazón, porque recordé mis tiempos infantiles: ese maremágnum de palabras solía yo entonarlo á coro con una caterva de chiquillos todas las noches al salir la luna. También estaba saliendo ahora... ¡Oh, Andalucía! ¡Dulce patria de mi alma! Ni te conocen, ni te comprenden. A pesar de la fama de que gozas, no han llegado todavía á tu corazón, como llegamos nosotros, los que nacemos de tus entrañas. Sí, también salía ahora la luna, como cuando yo entonaba mis nocturnos en mitad de la calle con mis compañeros de coro. Sus rayos suaves introducíanse, como

el perfume, entre las verdes hojas de los cenadores, poniendo en las paredes y en el suelo alfombras y tapices de misteriosos dibujos. Se oyó el puntear de una guitarra, y reinó á seguida una calma de muerte. Se interrumpió otra vez aquel silencio pavoroso y agradable á la par, con el punteo de las cuerdas. ¡Dios, qué efecto me hizo! Como un martillazo en el corazón. Escuché ávidamente: la guitarra seguía llenando los corazones con sus purísimos ecos. Conocíase que toda la gente que había ido entrando después de nosotros, experimentó impresión igual, por el silencio que reinaba. No vimos al *tocaor,* no veíamos el instrumento, y la ilusión era así más grande. No eran notas las que salían de las cuerdas: eran suspiros, lágrimas, llantos, maldiciones, plegarias; eran rugidos de amor y ayes de alegría. Volví yo el rostro á *Seferino*, y noté que la sonrisa no existía ya. Chispeábanle los ojos, y se le contraían los labios, oyendo el concertante divino del poema de la guitarra. ¡Era andaluz también!

Seguí observando aquellos lugares, animadísimos por grados á cada segundo que trascurría. Respírase allí un ambiente puro que fortifica y embriaga: la luna, los cánticos, los perfumes, el melancólico gemir de las cuerdas, el susurro de las hojas y el de alguna fuente inmediata, predisponen á los entusiasmos del amor, de la patria y de la poesía. Hay grupos aquí, grupos allá, semblantes risueños, miradas que chispean. Oyese el dicho agudo, el requiebro saleroso, la risa fresca y juguetona de la mujer andaluza; y todo esto, entremezclado con el ruido de copas, de bandejas, de arrastrar de faldas; el charloteo de pájaro de los chiquillos, el repicar de unos lindos pies sobre la mesa en vigoroso jaleo, el bronco gemido, á lo mejor, del hombre que sale entonando su compla, y la música de la guitarra; la música de la guitarra, sin cesar, dominándolo todo, temblorosa, doliente, dulce, con llantos y risas, con maldiciones y rezos, quejumbrosa como mujer sin amor, y triste y afable como la luna.

Me senté con *Seferino* junto á una mesita apartada y confundida casi en la sombra. Pedimos de beber, y un *zagalillo* churretoso y hurañón, se presentó muy listo, con dos *chatos* de manzanilla. Le dije á *Seferino* que bebiera, y estuvo haciéndose el meticuloso por la cortedad que le daba. No creáis eso de la cortedad de *Seferino:* son voces que él corrió por ahí. Extasiábame yo, contemplando á lo lejos aquella confusión fantástica y resplandeciente, con los reverberos pródigos de luz. De vez en cuando, heridas por la luz, resplandecían en el fondo las pupilas de una mujer, como la ráfaga de una centella; á mi espalda oíase á la par un concertante de gritos infantiles, un clamoreo estruendoso que se convertía con frecuencia en recitados, con este animadísimo picadillo:—¡Mira!... ¡Trae!... ¡Amo á jugá!... ¡La lleva!... ¡Tú has perdío!... ¡Toma!... ¿Y tu hermano?... ¡Eso no vale!... ¡Salta mejó!... ¡No me tire del pañá!... ¡Oye!... ¿No ve?... ¡Ese

me está pegando!... ¡Amo á jugá á otra cosa!...—Y así todos los chicos, discutiendo á la vez, corriendo, dando gritos, dando volteretas... Y á lo mejor: —¡Fulanooooo! —Un grito agudo de tal ó cual mujer, de allá, del fondo, para llamar á un chiquillote de la turba. Hubo un instante en que aumentó el alboroto bárbaramente: discutíase la clase de juego que comenzaría. Llegó, al fin, la unanimidad: habíase optado por el juego de *los ladrones*. Se echó china, y el primero que se salió lanzó un grito agudo de placer y necesitó dar diez y ocho volteretas lo menos, para calmarse. Se apartó, después, de los otros que seguían echando china. Algunos armaron jarana, y fué preciso echar china dos y tres veces para ellos. El que se salió primeramente y dió el grito y las volteretas y se apartó de los otros, se había alzado cuanto pudo sobre la punta de los pies. Alzó también un brazo, cerró el puño á excepción del dedo meñique, y, mostrando el dedo, decía:



Pollito... pollito
el que se salga
que s' agarre al albolito.

Ibanse cogiendo allí los otros meñiques privilegiados, hasta que un jugador se quedó con la china. Se habían salido todos, pero sólo estaba una parte terminada. Ahora había que echar china para el capitán de ladrones, puesto envi-

diadísimo, porque *el quedado* fué la *Justicia*. La misma maniobra hubo que hacer hasta que salió el capitán: quedó la *Justicia* sola y fuéronse los otros con el capitán. Se iban escondiendo por todas partes bajo el patronato del superior. Ya habréis supuesto que los que se escondían eran los ladrones. Así que estuvieron todos, gritó el caporal de los ladrones sin esconderse:

—¡Yaaa!

Era aviso de que la *Justicia* podía presentarse. Iba la *Justicia* buscando, y el capitán junto á la *Justicia*. El capitán gritaba á menudo, con voz que se metía en los oídos como un punzón:

—¡Hilóooo... verdé!

Y la *Justicia* tenía que contestar en el mismo tono:

—¡Hilóooo... encarnao!

Y, entonces, la réplica del capitán:

—¡Quietecitóooo... mi ganao!

Esto era un aviso á los ladrones para que ninguno se moviese. ¿Qué muchacho no recuerda sus tiempos infantiles? ¡Cómo palpita el corazón cuando se escuchan los pasos de la *Justicia!* Lo mismo, lo mismo que deberá latir á los criminales de verdad... Y así iban, caminando, caminando: cuando la *Justicia* hallábase lejos de los que se escondían, á su «¡Hilo encarnao!» replicaba entonces el capitán, gritando con frenesí:

—¡Que salga mi ganao!

Y todos salían en carrera precipitada, dando voces, traspiés y *armándose* de *jocico:* á veces el que era cogido antes de llegar al puesto, tenía que hacer de *Justicia*... y vuelta á las andadas.

No sé yo cuánto tiempo hubiese permanecido allí, en contemplación estática, como los musulmanes, pegados á las columnas de sus mezquitas en divinal éxtasis. Me distrajo la prosa de *Seferino,* manifestándose esta prosa en un tirón de mangas.

—¿Qué hay?—le pregunté.

—Allí dicen que vá na bailá el jaleo.

Di un salto, y salí presuroso. Oíase gran algazara en el merendero que me indicó *Seferino*. Me detuve súbitamente: se me hacía difícil entrar sin conocer á nadie, y me di por satisfecho con meter la mirada avariciosa por el verde y blando muro.

Era la estancia pequeñita y había mucha gente. Llenábase la mesa de chatos olorosos, y los bancos, de mujeres y hombres, guapas ellas, garridas, el color muy pálido, los ojos muy negros: los hombres, con sombrero de ala muy tiesa, cuellecito bajo, americana y pantalón entre Pinto y Valdemoro, es decir, ni muy ancho ni muy estrecho. Lo pongo así, en detalle, para que se vea que no es verdad todo lo que dicen algunos, de fajas y colorines, y de calzón estrecho, y de chulapería estúpida.

La animación era grandísima, y noté con mucho gusto que las dos hem-



bras de la voz estaban en el javoz! Me fijé entonces en ellas, y quedé conmovido á la contemplación de sus encantos. Eran unas divinas caras. Así como la soñadora y resplandeciente arquitectura árabe dejó su sello estampado en la España de Andalucía, haciéndonos ver en sus monumentos, perfectamente, las grandezas contemplativas de los orientales: así en estas mujeres refléjase la dulce y ardiente Fathima; la Fathima de las largas crenchas y grandes ojos melancólicos; la que pasa el día en contemplación, recostada con indolencia en sus cojines de damasco; la que se consume en los propios fuegos de su espíritu, como los mártires cristianos consumíanse en las hogueras que de propio intento hacían levantar, alimentando con la santa predicación el odio de sus perseguidores.

dulce, que yo había oído hablar antes, leo. ¡Como que pude conocerlas por la

Todos pedían á una que bailase, y hacíase ella la remolona: negábase á

bailar el jaleo, pretextando que no lo sabía. Era un gran compromiso, y yo estuve tentado de gritar, también, desde mi escondite, pidiendo que lo bailase.

—Pero, hija, ¡si yo no lo sé!—dijo medio enfadada.

—¡Anda ayá, y quítate daí!—gritó la otra,—¡que te hace de rogá má que la virgen cuando no quiere que llueva!

—Bueno, mejó. Ca una tiene su parecé. ¡Cualquiera me hacía á mi bailá esta noche con la sangre como la tengo!

—¡Anda con Dio!—exclama otra.—Ya pareció el motivo... Pero, chiquiya, ¿qué e lo ca ti te pasa?

—Que me deje ya, que no quiero bailá ni hablá tampoco: ya lo sabe.

—¡Válgame la pollinica! ¡Ea! ¡Ya s' acabó toíyo! ¡Bailo yo si ésta no quiere! Pero yo solita ¿eh? que no quiero estorbo: andandín. Venga daí, hombre: maneosté esos deos y suene la guitarra...

La animación entonces creció extraordinariamente. Se puso la niña en actitud, pero no había sitio.

—¡Que baile en la mesa!—gritó uno.—¡En la mesa!—gritaron todos.—Dudó la muchacha, y un hombretón de aquellos se le abalanzó, cogiéndola por la cintura, para subirla en la mesa.—¡Ay, ay! ¡No!—decía la moza, retorciéndose en los brazos del otro con grandes barcas de risa.—¡Que si quieres!—Quitó cada uno su vaso del tablero, y el mozo la bandeja, y fué allí puesta la niña, á quien brotaron, no sé por qué, dos grandes rosas de fuego en la cara. Allí quedó, inmóvil en un principio, medio asustada, medio risueña, caído el mantón... me pareció la virgen que prepararon á muerte libidinosa, rodeándose, en el altar del sacrificio, de los sacerdotes de la alegría. Pasó pronto la turbación, enardeciéndosele la sangre con los gritos, las palmas y el guitarreo. Enarcó los brazos lentamente, como si no se atreviera aún, y miró á un lado y á otro, sonriendo. Dió un repique en la mesa con las puntas de los pies y los talones, y quedó parada.—¡Eso e pa probá!—gritó uno.—¡Venga daí, moza güena!...—¡Olé!—gritó otro.—¡Vivan los pie del salero y las pataíta de los santo en el altá!

Y al estruendo de la guitarra, de los palillos, de la risa, del barullo, del canturreo de las muchachas, del fiero *jalear* de los mozos, y la bullanga y el jaraneo, con el espolazo de la sangre que ya le rugía, saltó la mujer como un tigre sobre la mesa. Entreabiertos los labios, el rostro encendido, el corazón latiéndole con celeridad, como al malestar extraño de no satisfechas ansiedades, seguía y revolvíase; enroscaba los brazos á su cuerpo, arqueándolos por encima de la cabeza y formándose con ellos marco de nácar para su rostro fino, suave, gachón... Y más sigue, y más se revuelve, y más avanza: doblégase,

gira, se enrosca, salta con movimientos livianos al par que puros, retrechera, *jacarandosa,* aérea, vértigo en forma de visión, nuncio de voluptuosidades terribles, presentimientos de castas melancólicas, afanosa, palpitante, representando con todo su esplendor y exuberancia, la vida, la juventud, el gracejo, el donaire de la trinitaria de Málaga y la macarena de Sevilla: las que tienen como rocío de la gloria, amapolas en la cara, en el andar gentileza, garbo en el cuerpo, en la boca ambrosías, sal en la frase, infierno en los ojos y en el corazón tormentos: las que llevan terciado el mantón de Manila, corales en el cuello, la falda corta, la media fina, el pie sutil, el zapatito bajo de charol, el brazo en la cadera, la risa y el dicho agudo en los labios, y la peina y las flores en el pelo, caminando dichosas, con bofetadas para quien las ofende, consuelo para el que sufre, para el que pide, limosna, y para el mozo á quien camelan, amor, celos, tempestades, locura, alma, vida y la gloria de Dios en un beso...

El mosto pareció haberse fundido en las cabezas, y estaban todas las imaginaciones acaloradas; los rayitos de luna caían sobre los chaparros y las higueras, como quebrados hilos de luz suave. Lanzaba el grillo sus agudas notas entre las zarzas, y una brisa fresca y saturada de finísimos perfumes acariciaba con dulzura á mujeres y hombres, que parecían respirar ansiosos, como fatigados del placer de la fiesta.





CAPITULO V

Caminito de la gloria. - Un cuento de Chano

Dulces recuerdos de la Eritaña, nunca os borraréis de mi corazón! Yo os guardo en él, como se guarda el beso de la primera novia y la acción noble del primer amigo. Yo me impresioné hondamente en las grandezas inconmensurables de Dios, vistas desde las alturas del Tibidabo, en las vegas de Barcelona; vi á Córdoba desde el sillón del obispo, como una mariposa gris en la fimbria del manto de la sultana de Occidente; vi desde las torres bermejas las puras aguas de río de oro, vi las olas del Mediterráneo besar amantes las playas malagueñas, y nunca sentí impresión tan agradable como al recordar los signos misteriosos que en el semblante pálido de la *bailaora* sevillana ponía la luna, entrando con dulce placidez por el artístico enrejado de las hojas.

Aquella noche, y todas las que siguieron, estuvo *Seferino* muy amable. Ya iba el hombre *calando* cuál era la misión que á Sevilla me llevaba, y hubiera infundido celos al mismísimo Matías del candoroso caballero Washington. Me habló en una semana de Sevilla más que Lutero habló en toda su vida de religiones. Mirábame al ir y venir, con ojos de inteligencia, como diciéndome:—¿Se acuerda V. de esto? ¿Se acuerda V. de aquello?

Intenté yo á lo último rehuir sus miradas delante de las gentes, y me era imposible. En su afán de mirarme, tropezó en dos ó tres ocasiones, sirviendo la mesa. Una de las veces, volcó un plato de pringue en la solapa de raso del caballero de la sortija, de la cadena y de la botonadura. Hubo entonces la de Dios es Cristo. De las maldiciones *cultas* que sobre el infeliz *Seferino* cayeron, hago yo gracia al lector por lo mucho que le estimo. El señor de los mondadientes se interrumpió en el juicio crítico verbal que estaba haciendo de la ópera que cantaron la anterior noche. Supe en aquella ocasión que el señor de los mondadientes era muy filarmónico. El caballero de la cara bondadosa dejó asimismo de leer la carta. Curioso como soy, en aquella ocasión tuve tiempo de leer en la carta, como cabecera:

«Jaén, 13 mayo. Querido esposo.»

En cuanto al caballero pequeñito del abdomen, de ése no hay que decir: quedó mirando á unos y á otros con mansedumbre celestial, moviendo á la vez las mandíbulas lentamente, y aplastando medio panecillo y media gallina á cada encuentro de los huesecitos maxilares.

Mientras el caballero manchado echaba sapos y culebras por su boca de oro, *Seferino* me miró como nunca. ¿Cómo acudir yo en su defensa? Me fué imposible, y fingí no haber visto nada. Luego se vengó *Seferino* cumplidamente del caballero dorado. Con pretexto de arreglar mi cama, entró cuando estaba yo en la alcoba. ¡Demonio, qué cosas dijo! Llamábase el tal D. Salustiano, y sólo tenía facha y fecha, pero le notó siempre gran escasez de ficha. Le dije que me aclarase aquel logogrifo, y me lo aclaró de muy buena voluntad: facha, significa representar lo que no es; fecha, estar demasiado viejo; y ficha, no tener conquibus. Todo aquello de la cadena, de la botonadura y de la tumbaga, era un puro embrollo.—Metá, y na más que metá: figuresosté: ¡cómo que podrá á mí engañarme ese, cuando soy yo perro viejo! La verdá, señorito: la gente rumbosa se conoce á legua. Cuando yo le vi á osté dentrá por la puerta, dije: «¡Este caballero sí que da propina!» Pero ¿D. Salustiano?... ni un soplo en un ojo, y pa eso regañando siempre como si fuera un príncipe... ¡Príncipe! Un empleaíllo de la Administración de Hacienda! Yo no paré de haceme cruce cuando me lo contaron: lo meno en tres día estuve como lelo: lo que e á mí no me da el timo.

Me sorprendió mucho también aquello de que fuese el de las solapas pringosas empleadillo de Hacienda, pero tuve que resignarme á creerlo, porque era verdad. Francamente, *Seferino* era para mí de más mérito moral que el simpático caballero de las cosas de oro.

Hablando estaba *Seferino*, y escuchábale yo distraídamente, mirando con disimulo, por entre una abertura del visillo, los visillos del balcón de enfrente.

Se convirtió mi vecina en un problema que no me era posible resolver. Estuve espiándola un día y otro, y una noche y otra... es decir, espiándola no, espiando la ocasión de verla: nada, no lo había conseguido aún, y por esto me interesé más: aquellos flecos rojos del mantón que le caían por la nieve de los brazos como hilos de luz, habíanse convertido, según mi creencia, en unos cordelitos muy delicados puestos en mi pecho. Yo no sé quién demonios tiraba á lo mejor de los cordeles mágicos; pero á cada tirón retumbaba en todo mi ser una campana inmensa que me dolería el espíritu, envolviéndole á la par en nu-



bes de inciensos misteriosos y tranquilos llantos, esas lágrimas que se vierten con apacible dulzura á la memoria de los muertos queridos.

Interrumpió al criado en su palabrería la entrada de un amigo á quien yo debí de estar esperando aquella noche, pero del cual me acordé en aquel punto.

—¿Estás dispuesto?—me preguntó.

—Sí: vamos.

Se trataba de una excursión á San Juan de Aznalfarache, por el Guadalquivir, á la luz de la luna y en el bote de Chano. Chano esperaba ya, junto al vaporcito *La villa de Coria*. Parecía su bote, pintado de blanco, una piedra clavada en el mismo río: tan sereno estaba el río y tan inmóvil la barquilla. Embarcamos, y Chanito nos recibió con su melosidad de costumbre. Dijo muchas agudezas, refiriéndose á la calma de la noche, á la trasparencia de la

luna y á la excursión que emprendíamos. Empuñó los remos y empezó á bogar: entre chascarrillos, anécdotas, cuentos, tradiciones, deteniéndonos un poco en tal ó cual misteriosa penumbra formada por los mimbres arqueados hacia el agua, bogando con más fuerza para adelantar lo perdido, y empinando el codo gentilmente, á lo mejor, hicimos un viaje muy feliz.

Tratábase á Chano como á *hijo de Dios* también, y bebía y hablaba como nosotros: he dicho mal: bebía y hablaba más que nosotros, cosa que me supo muy bien, en la parte última principalmente. Una de las veces que dejó la botella para volver á los remos, nos preguntó si queríamos quedarnos en Coria mejor que en Aznalfarache.—En Aznalfarache e mejó,—dijo antes que se le contestara;—osté verá allí gente de caliá.

—Pero ¿qué clase de gente?—pregunté con cierta zozobra.

—Gente güena, gente güena y guapota: yo tengo allí mucho trato.

—Y ¿es bonito el pueblo?

—Le diré á osté: como bonito, yo no lo he reparao mucho, pero á mí me gusta; y yo he llevao la mar de extranjeroz de fuera, pa que se enteren allí de to.

Mi amigo, entonces, inspirándose en la fértil campiña y la luz de la luna, indudablemente, me contó el argumento de un drama romántico, que fué la única contrariedad que aquella noche sufrí. Yo le dije con franqueza que me parecía detestable, y mi amigo estuvo casi para convencerse de que yo tenía razón; pero Chanito, que oyó todo aquello del traidor, y del conde, y de la dama, todas esas cosas, en fin, del uso para esta clase de producciones; Chano, digo, que oyó todo esto, emitió su parecer cuando el otro estaba casi vencido; emitió su parecer, diciendo que lo que contó el señorito era una verdad, y que á él, á Chano, le gustaban mucho aquellas cosas.

¡Nunca hubiera dado nuestro barquero su autorizada opinión! El dramaturgo se sintió fuerte por esta causa para combatirme, y yo creo que no abrazó á Chano por miedo de volcar el bote al ponerse de pie para ir hasta el barquero. Se agrió nuestra discusión: yo le llamé periodistilla y él me llamó novelista perdido. Chano cortó aquello, diciéndonos que iba á contarnos *una cosa* para que yo la pusiera en mis libros.

Tuve yo curiosidad de oir lo que contase, porque Chano era un gran tipo, y me preparé.—Anda,—le dije;—comienza.

—Po ayá va. Cuento y cuento po la mayó mentira er mundo, que á porrazo te jundo, que este era un matrimonio. La mujé se llamaba Prijca y el marío Pelote, y era zapatero remendón, y ma honrao que Pijolí. Cuando estaba como la uva, se enreaba á lo mejó á mojicone con la Prijca, creyendo que batía la suela ó daba lejnaso á un sapatón roto: y repartía loz coscorrone á la

Prijca de mu buena fe y como si estuviera de verdá en lo der sapato.

Vivía el matrimonio en mi pueblo. Po señó, vamos, ja que llegó un día el cosario del pueblo á su casa, con un sapato roto... ¡Várgame Dio, qué sapato! Pué llegó á la casa mi hombre y le dijo á su mujé, dijo, dise:

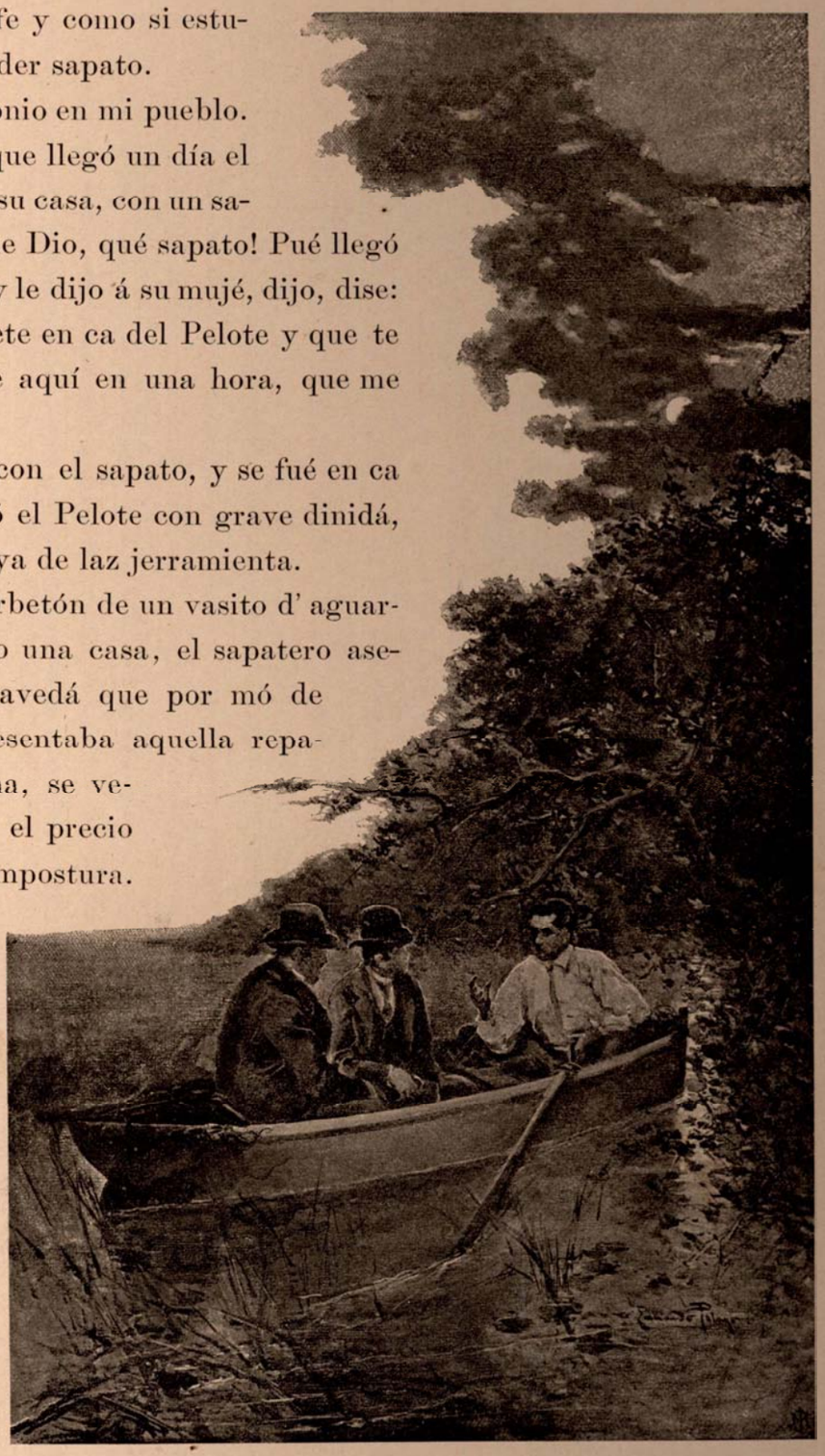
—Mira, anda: vete en ca del Pelote y que te componga eso en de aquí en una hora, que me tendré que dir.

Cargó la mujé con el sapato, y se fué en ca el Pelote. La recibió el Pelote con grave dinidá, sentaíto en e l'arquiya de laz jerramienta.

Entre sorbo y sorbetón de un vasito d'aguardiente, grande como una casa, el sapatero aseguró con mucha gravedá que por mó de lo s'escoyo que presentaba aquella reparación de obra prima, se vería precisado á subí el precio má que en otraz compostura.

—Y ¿en cuánto la tasa?—preguntó la mujé.

—En do riale... ¡ja de miz muerto!



Se interrumpió aquí Chanito para empinar el codo nuevamente. Nos habíamos parado en un sitio agradable. La luna parecía poner allí su más profundo y más enamorado beso. Crecían los juncos en el borde del río, y, entrando la luna en ellos, ponía en el agua una enredadera de luz y sombra muy extravagante y fantástica á la par. Extendíase por aquella parte la corriente como una sábana inmensa y luminosa, puesta por Dios en el campo de Sevilla para que cayesen allí los colo-

res de su cielo. Parecía entonces el Guadalquivir el camino de la gloria.

—Ha de sabé osté,—siguió Chanito,—que tenía la maña Pelote de decí á ca instantico, cuando hablaba co nalguien: «—¡Ja de miz muerto!»—Y cuando es-



taba mu encoraginao, añaía: «—¡Ja de miz muerto, que son ma de milentos!» Esa parte der cuento no se debe esolviá nunca.

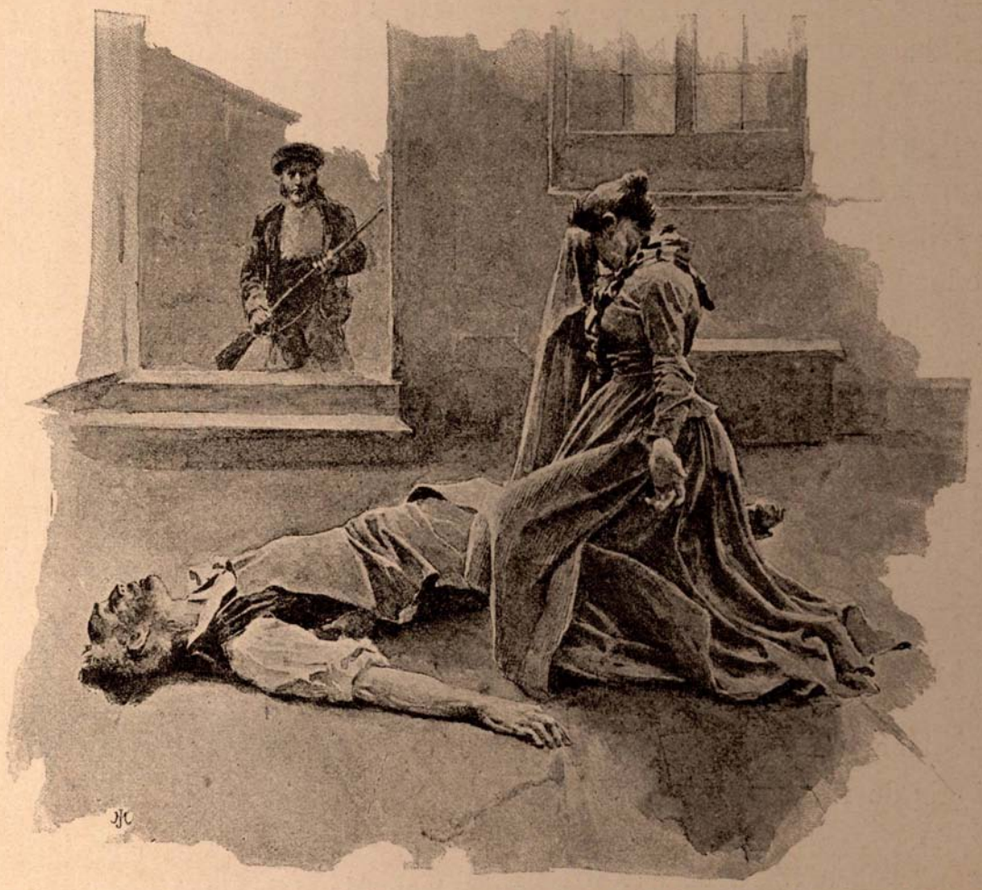
—Conforme,—dijimos los dos, echándonos á reir.

—Ma de milentos, por si ostés no lo saben, quiere desí que son mucho siento de mile.

—Conforme,—repetimos otra vez.

—Po señó, que oye Maruja aquello de lo do riale,—porque se yamaba Maruja la mujé der cosario,—y echándose al aire la faltriquera, contó esatamente loz perro, y pagó anticipao pa mayó estímulo der Pelote.

—¡Ja de miz muerto!—dijo er, mu grave.—Y ofreció, bajo palabra de milisiano que había sío, pa serví á Dio y á la señora reina,—que la compostura estaría acabá en el término de do sora.



Acababa de trasegá Pelote e lúltimo sorbo del vaso, cuando se fué Maruja; y como primero e lo primero, mandó al instantico á la Prijca, su mujé, con loz do riale á mercá aguardiente. Cuando gorvió Maruja po er sapato, encontró tendío á Pelote, cuan largo era, sin habé cumplío su palabra de militá.

—¡Pelote! ¡Pelote!—gritó Maruja.—Mira que mi marío e mu bruto y er mismo venirá po er sapato.

Prijca, la mujé de Pelote, no gustó de loz grito de Maruja y se descompuso. Viniéronse laz do á laz mano, de laz mano á loz pelo, de loz pelo á la cajne, de la cajne á otra porsión de cosa, y Pelote, arregüélcase que s'arregüelca. Era má robusta la Prijca que la Maruja, y la Maruja queó mal pará. Cuando puo

la Maruja escabullirse, corrió al cosario jecha una lástima y le puso la cabeza como oya de griyo. S' amontonó el cosario, cogió la escopeta, se jué pan ca de er Pelote, con un sapato *sí* y otro *no*. Le vió la Prijca, le temblaron laz cajne, sabiendo lo bruto que era, llegó escapá al marío y le dijo... dise:

—¡Pelote! ¡Pelote! ¡Que viene el cosario con la escopeta!

—¡Ja de miz muerto!—dijo Pelote, serenándose de pronto. Sabía también lo bruto que era el cosario.

—¡Que viene! ¡Que ya está ahí!—desíale la mujé, espavoría.

—¡Que son má de milento! ¡Ja de miz muerto, que son má de milento!—Y temblaba Pelote también como un asogao.

—¡Que ya está ahí! ¡Que ya está ahí!...

Era verdá. Sintió Pelote un sapato *sí* y otro *no*.

—Dile que me he muerto.—Asina le habló Pelote á su mujé. Se tendió en mitá e loz ladriyo, serró lo sojos y queó mu estirao y mu seriote.

Se echó á llorá la Prijca á listantico, y asina, con lo enmadejaos pelo á la esbandá, hinchaos loz carriyo po lo gorfetones de Maruja, comenzó á lamentase lastimeramente.

—¡Ay mi Pelotico de mi sentraña! ¡Ay, aqueya rosa fina e mayo, que de güeno que era no gastaba calsetine pa que yo no loz tuviera que lavá! ¡Ay, mi Peloooote! ¡Probetico mío e mi corasón, qué güeno que era y cuánto que me quería!—Y á to esto, lagrimones como puñoz van, y lagrimones como puñoz vienen, y restregamiento de ojos, y dale que le doy.

Pue señó, que yega el cosario, mira á Pelote, y dijo... dise:

—Güeno: aquí, á su verita me pongo, y d' aquí no me separo hasta que me dé miz do riale, ó le doy un tiro en cuanto resueye: ¡ea! que llamen á la Perroquia.

Dicho y hecho: avisan á la Perroquia, traen la caja, meten ar defunto, se van toz al sementerio y el cosario detrá, cantando á ca istante este reponso:

—O me da loz do riale, ó le meto un tiro como resusite.

Como hubo ante siertas comersasiones, de si er muerto estaba ó no bien muerto, se eterminó que Pelote juera puesto en la iglesia venticuatro hora. El cosario, ni comía, ni bebía, ni se bajaba de su burra; y como no se bajaba de su burra, se subió al púlpito: cuando se jué la gente y se quearon solo, apuntando con la escopeta á Pelote, dijo... dise:

—No hay má remedio, nene: loz do riale ó un tirito.—Do riale... Y ¿aónde iba Pelote por do riale?

Al muerto un coló se le iba y otro se le venía. Pue señó, que vamo, ja que, en esto estaban el cosario y Pelote, cuando cátate que de repente se abre la

puerta mu despasito, y uno detrá de otro jueron entrándose unoz ladrone, que habían hecho un gran robo. Vamo ja que, como esidieron repartirse allí la riquesa robá, por se un sitio aonde nadie molestaría, jueron soltando á la vera mizmo de la caja de Pelote, puñaoz de onsa, puñaoz de biyete, puñaoz de diamante, y una talega, y otra talegaa, y otra talegaaa, y otraaaa y otraaaaa... en fin, la mar de tesoro.

Y dijo un ladrón, dise:

—Pero ¿no vei qué muerto má feo?

Y Pelote, aguantao; y el otro der púlpito, má aguantao otavía.

Y dijo otro ladrón, dise:

—Ahora que caigo, yo tengo un puñá nuevesito: me gustaría estrenalo en el muerto, á ve si pone la cara má fea.

El muerto empesó á morise de verdá: rezpiró un poco, cuando otro ladrón dijo, dise:

—No, hombre: eso no e de valiente.

Y rezpiró ma otavía, cuando el ladrón der puñá nuevo si n' estrená, dijo, dise:

—Güeno. ¡Probetiyo! ¿A qué sirve matalo otra ve?

Con esta y con la sotra, el cosario ni chistaba tan siquiera, estándose allí quietesito en el púlpito con la escopeta prevenía y apuntando á Pelote.

Pue señó, que pasa un rato, y ya loz ladrone s' habían repartío el dinero y lo iban á guardá, aqueyoz tan grandez monte de plata, de oro, de biyete, de piedraz preziosa, en fin, la mar de tesoro... Pero cátate que de repente se levanta otra ve el ladrón der puñá nuevo si n' estrená y dijo, dise:

—Lo que e yo, me salgo con la mía. Lo que e mi cuchiyo se estrena co ner muerto.

Temblaba Pelote como asogao dentro de la caja, y le costaba mucho trabajo contenese y no invocá suz muerto, como en loz grande apuro. Porque Pelote desía:

—Si me estoy quieto, este ladrón me ensarta: si no me estoy quieto, el otro bruto me pega un tiro.

Loz demá ladrone no pudieron convensé ar der cuchiyo nuevo si n' estrená: se jué pa el muerto con el cuchiyo levantao, y ¡aquí te quiero, escopeta! Iba ya á metelo en la cajne de Pelote, cuando se levanta Pelote de un salto y grita desencajadamente:

—¡Ja de miz muerto, que son má de milento!

Asustaoz loz ladrone aprietan á corré, olviándose de to. Pelote, que loz ve alejase, y ve igualmente que to aquel dinero puee ser suyo, se olvía tamién de

que el cosario le amenasa con una barbaridá. Tírase ar suelo y con avarisia loca empiesa á cogé puñaoz de oro, de plata, de piedraz fina, sin oí en su locura al cosario, que le grita esesperamente, apuntándole con la escopeta:

—¡Miz do riale, charrán, aparta miz do riale, ó te doy un tiro!

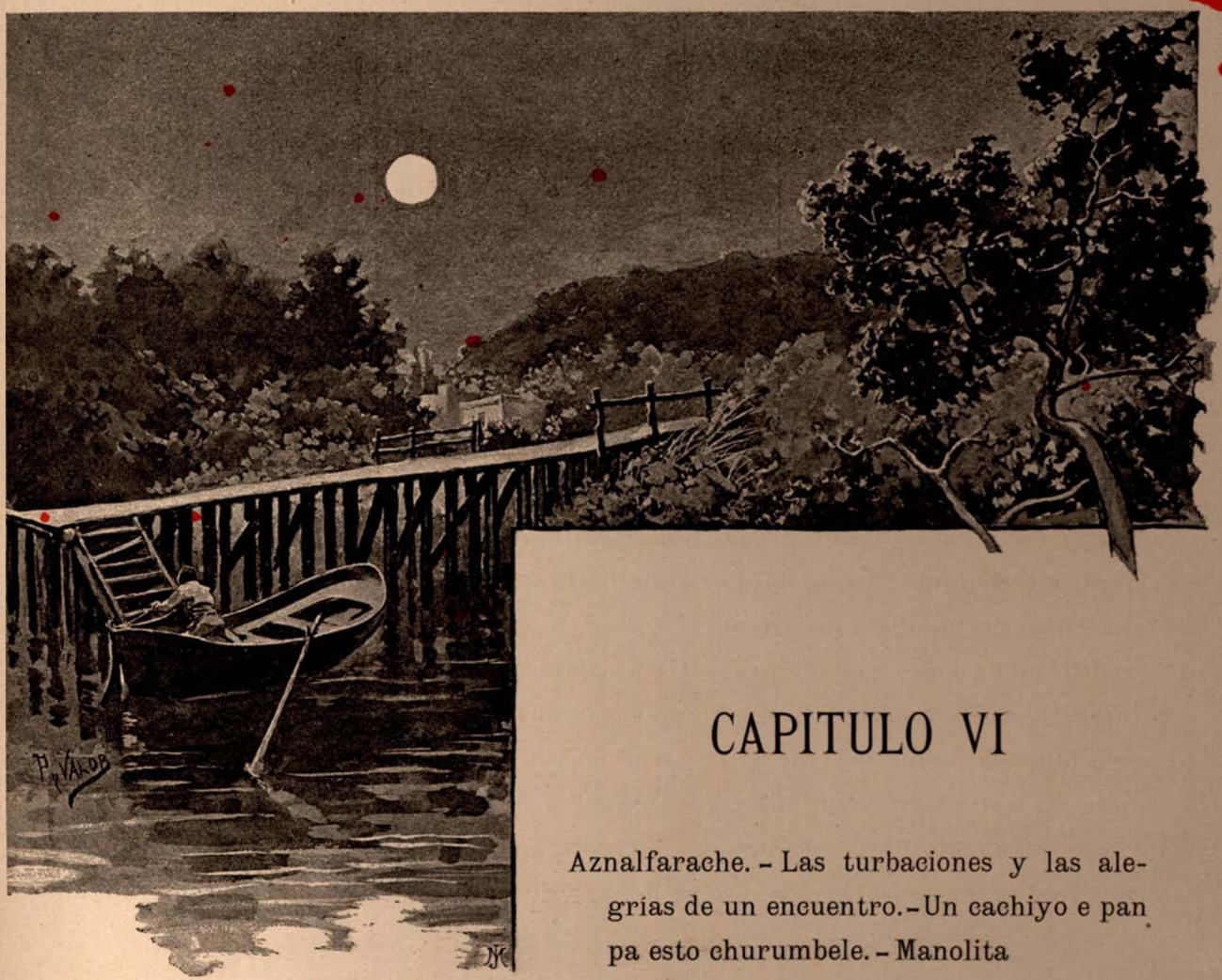
En esta trifulca estaban, cuando se etienen de pronto loz ladrone, se quean reflesivo, y avergosándose de corré d' un muerto, echan pie atrá y se dirigen á la iglesia en paso cauteloso; pero sienten al llegá una tremenda algasara:

—¡Charrán, aparta miz do riale! ¡Charrán, granuja! ¡Miz do riale, ó te pego un tiro! ¡Dame eso, charrán, ladrón! ¡Piyo! ¡Los do riale mío!...

Y escuchando esta algarabía, apartan á juí otra ve, ma espantaoz que nunca, y el que iba elante gritaba:

—¡Digo! ¡Si haberá muertoz, que no tocan ni á do riale!





CAPITULO VI

Aznalfarache. - Las turbaciones y las alegrías de un encuentro. - Un cachiyo e pan pa esto churumbele. - Manolita

La una y media sería de la madrugada, cuando arribamos á San Juan. El cielo estaba límpido y trasparente como velo de monja; perfumábase el aire con ese aroma embriagador y lascivo de los campos andaluces, y el Guadalquivir se deslizaba en apacible y suave corriente. Me dió pena dejar el río en aquel momento: sentíame impresionado con los murmullos misteriosos de sus aguas, que me parecían entonces himnos fantásticos por las historias muertas que guarda en su profundo seno. Me sumergí en reflexiones, que hoy no recuerdo nunca sin melancolía; parecíame ver deslizarse sobre la superficie llana y resplandeciente del río, visiones de personajes de otras épocas, como fantasmas de la historia.

Nos detuvimos para desembarcar en el atracadero, una gran saliente de madera que parte de la orilla, sosteniéndose con estacas. Dimos en tierra después de atravesar aquella especie de puente sin barandales, y entramos en el

pueblo. Compónese de una calle sola, hablando apropiadamente, una calle larga, ancha á veces, de casitas pobres, blancas y aseadísimas.

La entrada de San Juan de Aznalfarache es un callejón de cañas verdes empinándose con gallardía. A la derecha, parte de allí un caminejo de herradura que conduce á Sevilla. Aunque era tarde ya, velaban los del pueblo con motivo de no sé qué fiesta. El efecto de luna era bellísimo. Las mozas sentábanse en las puertas, muy vestidas de limpio y muy llenas de flores. Daba gusto contemplarlas, perfumando el aire, é iluminando como el sol, con su palabrería aguda y sus ojos árabes, negros y resplandecientes.

—¡Ay! ¡Mira qué señoritos van ahí! ¡Mira qué señoritos!

Eso dijo cierta voz argentina, cuando pasábamos por delante de una de las puertas, en que había un grupo numerosísimo de mozos y mozas. Volví la cara al mismo tiempo, porque había llamado alguien mi atención dándome un golpecito en un hombro: me encontré con un mozuelo como de veintiún años, delgadito, nervioso, amarillento, de cara fina, de grandes ojos relucientes, de bigotillo que empezaba á crecer; y, en la cuestión de traje, el sombrero de alas sevillano, la polonesa, como en Córdoba se dice; la camisa, muy blanca; la corbata de *chalina,* en gran lazo; el pantalón á listas, y las botas de charol, á las cuales arrancaba la luna mágicos destellos, como el destello de los ojos de enormes pestañas, y adormecidos, de las mujeres. Tenía el mozo una copa de vino en la mano, y exclamó:

—¡A la salú de toas esas hembras de caritas de ángeles!—Señaló á las mozas á la par y me dió el vaso. Bebí con alegría después que hube brindado. A mi amigo ocurrió igual, y bebió en el vaso que otro mozuelo le presentaba.

—Y ¿á dónde bueno por aquí?

—A curiosear,—contesté, echándome á reir de la franqueza del atento mozo.

—¿Quiéren ostés sentase un poquito?

Mi compañero contestó que íbamos á ver el pueblo á la luz de la luna; que á la vuelta tendríamos un rato de placer con su compañía.

El oficioso mocito no se arredró poco ni mucho con lo que le contestaron.

—Vamo, señó,—dijo maliciosamente;—que no será eso puñalá de pícaro. No se vayan ustés, que aquí hay gloria de Dio en cante y baile...—Y luego, como si le ocurriera un pensamiento luminoso, gritó con férvido entusiasmo, dirigiéndose á sus compañeros del grupo:—¡Ea! ¡Arriba tos! En marcha, que vamos con estos señores á donde quieran.

El otro, que dió de beber á mi amigo, cogió como suya la idea.

—¡Vamos!—gritó también.—¡Vamos!

Fué aplaudido el pensamiento. Hubo gran algazara de ir y venir. Las muje-



res buscaron sus mantones.
¡Dios, qué cuadro aquel! Confuso, extraño, extravagante, animadísimo, lleno de misterios á la par, de penumbras y fantasmagorías: el ruido de las enaguas en las hembras, el voleo de los mantones al ponérselos, las risas reprimidas, las voces regañonas de las viejas, las carcajadas de los

mozuelos; cuchicheábanse las parejas al oído no sé qué cosas importantísimas. Algunas mujeres querían ir á cuerpo, y daban el mantón de Manila al novio: terciábaselo éste al brazo, y los flecos arrastrábanse por tierra como ilusiones perdidas. El perfume fué más pronunciado en la confusión, como si removiera alguien de pronto una montaña de rosas. La luna, suave compañera de todo lo bello, iluminaba vigorosamente aquel cuadro de fantásticas alegrías.

Aquella aglomeración de hombres y mujeres, dispersos acá y allá, fuése ordenando sabiamente, con uniformidad asombrosa, cuando se comenzó la marcha. El coronel de aquella tropa era el corazón, que dividió rápidamente el ejército en parejas. Así salimos por la calle Real, armando gran jaleo, y aseguro que fueron las de aquella noche las horas más felices que pasé en mi vida. Habíanse dividido en parejas, como antes afirmé: cada mujer iba con un hombre. Nada de filadelfias ni música: eso de ir de bracete quedábase para los señoritos. Allí no iba de bracete nadie: lo más que se hacía como una mozuela se cansase de caminar, era cogerla en brazos durante el resto del camino.

Ocurrió esta vez lo de costumbre donde hay mujeres y hombres reunidos: ocurrió que allí había más mujeres que hombres: después que cada mozo escogió para compañía la moza de su gusto, aun quedaban algunas sin galán. Mi amigo se aproximó á la más inmediata. Hubo mujeres todavía para el de la caseta de consumos, para los guardia civiles del puesto, para Chanito. Iban juguetonas, alegres. Reíanse á carcajadas. Una muy resuelta se pegó á Chanito, gritando con un gracejo sin igual:

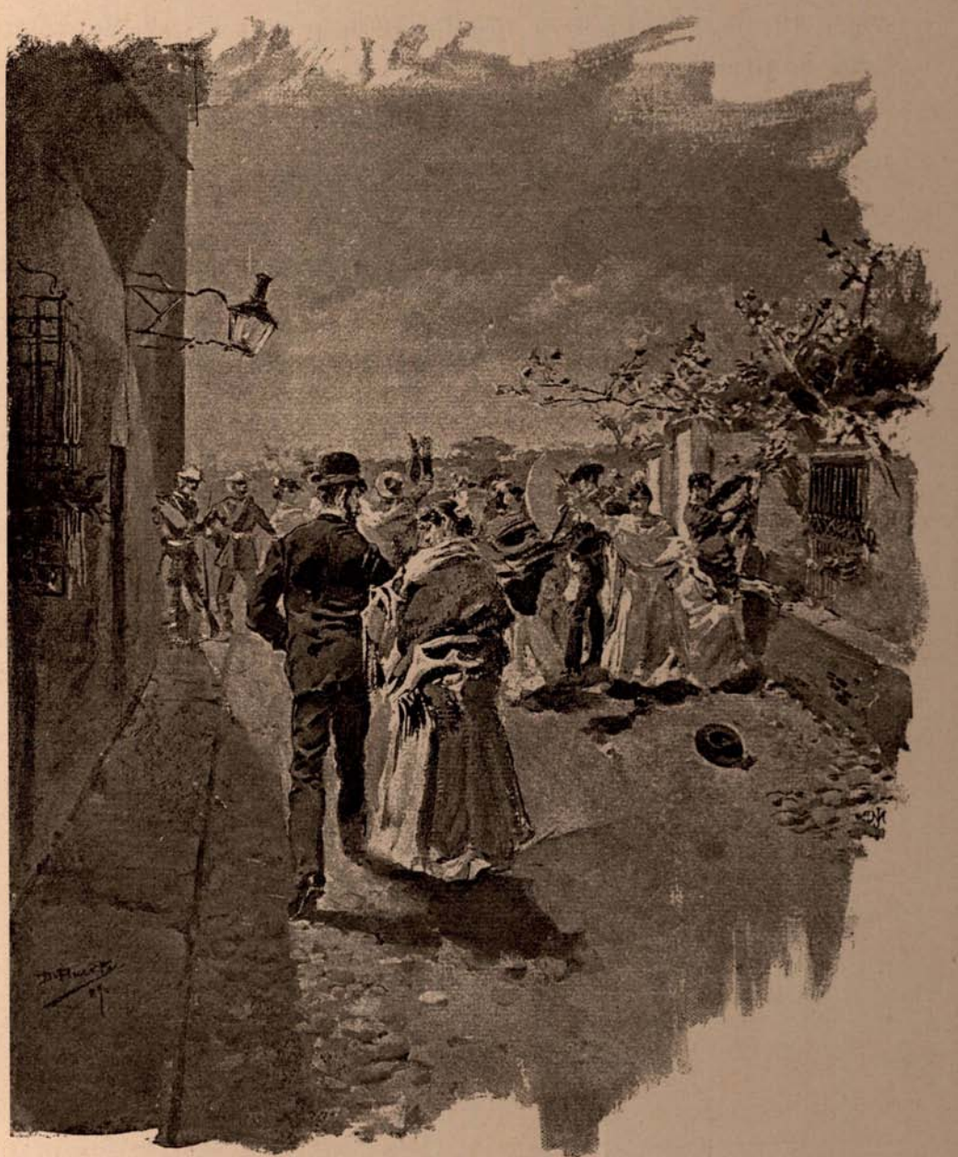
—¡Ea! Que no es tan malo: tome el pobre lo que le den y calle.

—Y el autor, ¿qué hacía entretanto?—preguntaréis.

El autor estaba como entontecido viendo tales y tan bellas cosas. Escondíme allí, en un extremo donde la luna no podía meterse. Como no desplegaba mis labios, abstraído en lo que veía, pasé desapercibido en los primeros instantes. Desfilaron las parejas, calle arriba, en procesión loca de risas y cantos. La bota de vino la tenía el mozo de cabecera, y, conforme la procesión caminaba hacia arriba, caminaba la bota hacia abajo, á la par, como perro que anda el camino dos veces.

Cuando las últimas parejas comenzaron á andar también, pude notar entonces que no obstante la guardia civil, los empleados de consumo y mi barquero Chano, quedó una muchacha sin compañía. En la confusión no se notó esto; cuando la procesión estuvo en marcha, nadie pensó en ello tampoco; y no he visto en mi vida mozuela que haya hecho papel más desairado. Encontrábase la joven de espaldas, y no la vi el rostro en un principio; pero me pareció adivinar su confusión y su vergüenza: quizá adivinar allí, bajo los rayos

melancólicos de la luna, el poema eterno y terrible de la mujer, manifestándose por el amor propio y el sentimiento heridos. Creí yo que á un leproso se hubiera agarrado en aquel instante por no ir sin pareja en la turba. Volvió entonces el rostro, y vi centellear sus pupilas, con el brillo de unas lágrimas que aun no brotaron, pero que se arrancarían de allí, con el dolor mismo que se arranca el corazón del pecho. Me aproximé más, me sintió ella, me adivinó; sin dejarme llegar, corrió á mí como debiera correr el moribundo por la vida, y las lágrimas salieron, sí, pero no de dolor ya: fueron de gratitud.



Aunque allí no se estilaba dar el brazo, ella se cogió al mío en el primer ímpetu aquel de franqueza; pero no me fijé yo en ello ciertamente, por haberme fijado en otra cosa que me llenó de turbación y sobresalto. Mientras vino á mi encuentro y se cogió, pude ver su cara perfectamente, y recordé muy conmovido el arco negro árabe sobre un fondo de nácar, de la cabeza de mi vecina: aquel arco y aquel fondo del cabello y de la frente que yo no pude olvidar un instante. Pero ¡ay, esta mujer era rubia! «¿Sería ella de verdad? Me equivoqué yo antes, creyéndola de cabello negro. ¿Sería ella de verdad?» Latíame el corazón

considerando que así fuese, y no tuve palabras en algunos minutos con que poner á mi pareja en conocimiento de las dudas que me asaltaron desde el principio. Iba ella silenciosa también, no atreviéndose á levantar la cabeza. Yo intenté mirarla muchas veces de un modo furtivo, con la intención de asegurarme, por algún recuerdo de su rostro, de que era mi vecina en efecto; pero no pude conseguirlo: la miraba con mucho trabajo con el rabillo del ojo: iluminábala la luna de perfil por el lado opuesto, y lo que yo podía ver envolvíase en sombras.

Componíamos la última pareja, y, por las circunstancias que ya referí, nos retrasamos un poco. Oíanse en el camino, allá lejos, las risas, las canciones, la guitarra, los palillos y la confusión de la parranda. Se salió ya de *lo del rey,* y estábamos en el campo. A la derecha, la campiña accidentada, los árboles llenos de hojas, el cañaveral, las pitas, y el suelo todo cubierto por una altísima alfombra de verdura llena de rocío, á la que arrancaba la luz suaves irradiaciones. Al otro lado se deslizaba el río, murmurador y bullicioso, copiando en su terso y bruñido cauce la blanca luna y los juncos y mimbres de la ribera. Todos aquellos ruidos llegaban á nosotros, vagos, perdiéndose casi, como el clamoreo confuso de las oraciones de las catedrales. Oimos con perfección nuestro aliento mismo, el tenue roce de las hojas acariciadas por un aire lleno de perfumes y el rodar de las piedrecillas con que tropezaba el diminuto pie de mi pareja.

No sé cuánto tiempo hubiéramos permanecido así, en aquel mutismo que parecía de muerte: me era imposible, por más que yo tratase de esforzar mi cerebro, tener la convicción de que fuese aquella la cara de mi vecina. Lo más fácil de todo hubiera sido preguntárselo, pero se me figuraba aquello una obra más grande que la de Dios mismo al haber creado á la brava hembra que conmigo iba. No dije brava, como alguien supondrá, porque me refiera á valentía ni cosa que le asemeje, no; que era tímida mi pareja, tímida y delicada como aquellos juncos y aquellos mimbres que crecían sobre el remanso: era brava por su hermosura y por su gentileza... No sé, decía, cuánto tiempo hubiéramos permanecido callados si ella no hubiese roto el fuego. Dijo una tontería, es verdad: el primero que habla, siempre dice algo tonto, en situaciones como la nuestra. Dijo una tontería, pues; pero no oí jamás una voz tan graciosa, un tono tan modulado, un ceceo tan peregrino, ni una incorrección en el decir, tan llena de gracejos y suavidades.

—¡Ay, Jesú, qué lejos van ya! Apretemos el paso.

—Como V. quiera, hija,—contesté, mirándola de nuevo y con más franqueza.

Ella agachó los ojos y no habló más; pero yo había cobrado alientos sólo con oirla, y pregunté entonces:

—¿Se molestará V. si le pregunto una cosa?

Me miró ella afablemente, y contestó, confiada:

—Y ¿por qué me he de molestá? Pregunte V. lo que quiera.

—¿Usted es de aquí, ó de Sevilla?

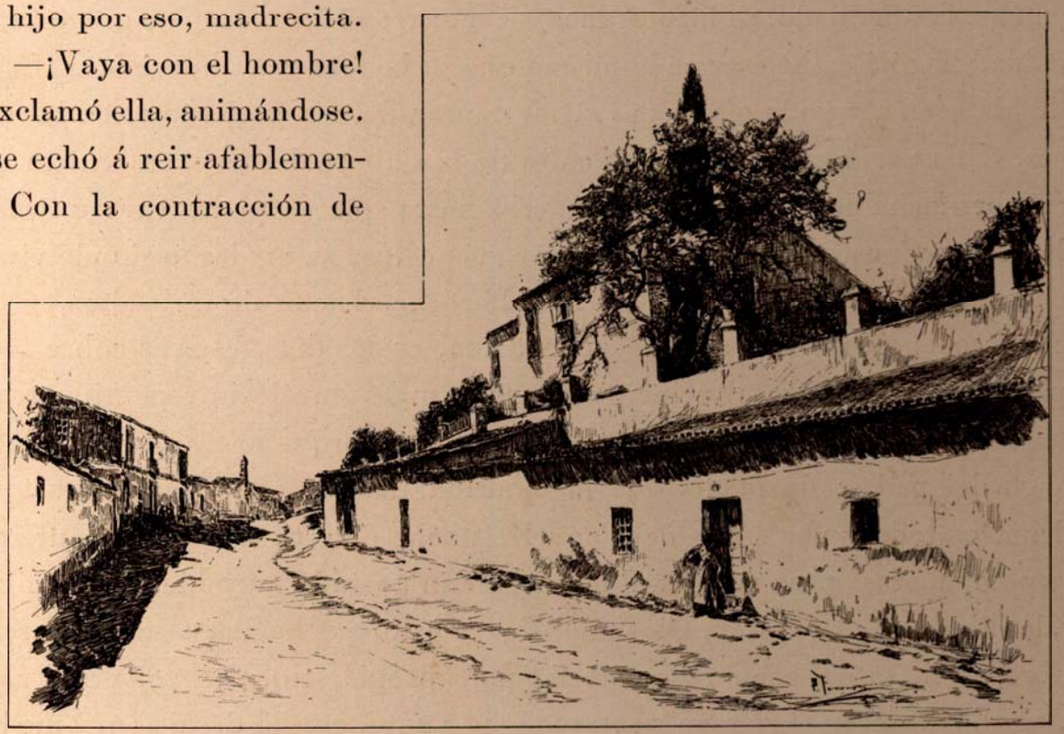
—¡Vaya! ¡Pues de Sevilla!

—¿Vive V. aquí, entonces?

—¡Qué he de vivir, hijo mío! Me moría yo en tres semanas.

—Pero no me diga usted hijo por eso, madrecita.

—¡Vaya con el hombre! —exclamó ella, animándose. Y se echó á reir afablemente. Con la contracción de la risa pareció su rostro una gran rosa entreabriéndose al beso de la luna.



Yo la miré embobado y le dije luego balbuciente, como si mi lengua se hubiese convertido de pronto en una gamuza:

—En Sevilla será, entonces, donde V. vive.

—Pues en Sevilla, hijo. ¿Dónde quiere usté que sea? Allí, junto á la plaza misma de San Fernando.

Era ella, era ella. Mi turbación y mi alegría crecieron extraordinariamente; pero no puedo decir qué cosa era más grande: si la alegría ó la turbación. A todo esto, yo estaba seguro de que mis sentimientos por la famosa vecina no eran alarmantes en el sentido verdadero del amor. Los hombres que aman el Arte suelen encontrarlo á veces preconizado en una mujer, y se entregan á la admiración como ante una estatua. Pero ¡ay! admirando la estatua se encuentran metidos, á lo mejor, en un berengenal de donde salen para la vica-

ría. Con todas mis turbaciones, cortedades y embelesamientos, aun me creía yo un admirador del Arte, encarnado en aquella mujer, de rarísima y bella conformación de alma y de cuerpo.

Habíanse remontado mis ideas á las nubes, y, tanto como mi vecina calló al principio, se estuvo desquitando después, mientras yo volaba por otros mundos. Tenía yo para ella el encanto del favor que la hice haciéndome su caballero. Fué una acción que no olvidará nunca, estoy seguro. Por esta causa, cuando cayó abajo aquel muro primero de la cortedad en dos personas que nunca han hablado, se hizo franca, se mostró alegre, aguda, graciosa: su jovialidad llegó á embelesarme lo mismo que su belleza y su honradez. Hablaba, hablaba ella, y yo la oía, como el murmurar del río y el rumor de las oraciones. «Ella nació en Sevilla, en la calle de la Cabeza del Rey, enfrentito casi de la tabernucha del Candilejo. Allí se crió hasta que su padre tuvo un cargo en las Casas Consistoriales, y, para estar más cerca, se mudaron donde vivían entonces. Su madrina habitaba en Aznalfarache, hacía algunos años, y con mucha frecuencia iba ella á ver á su madrina, en los días festivos sobre todo. Su papá la acompañaba al principio, pero después envejeció repentinamente. Su mamá tampoco pudo acompañarla entonces, porque le era preciso quedar á cargo del padre; de modo, que la madrina iba por ella. Dábale gusto su madrina en todo y por eso la dejó aquella noche divertirse honestamente con otras compañeras; pero ¡mal año! no se habían portado muy bien sus amigas. ¡Ay, las mujeres, cómo están, Dios mío! En cuantito que huelen cosa que parezca hombre, ya no saben cómo arreglárselas por apropiárselo. ¡No volverá á suceder, si Dios quiere, el que yo venga más por aquí, con el desaire que me han hecho! ¡Fortunita que me vi de pronto con usté, como llovido de lo alto! ¡Ay, Dios, qué gana tengo ya de verme en Sevilla!

La franca, la expansiva volubilidad de la linda muchacha, cesó de repente: guardó silencio, y yo esperé en vano que hablase. Habíase encerrado en un mutismo desconsolador para mi alma, porque aquel agudo y gracioso charlateo era para mí como una lluvia agradable y bienhechora de impresiones brillantes y nuevas, como las que experimentan los niños. Me estuvo pareciendo, durante su peroración, que nacía yo otra vez.

Apretó ella el paso, y yo hice lo mismo, sin decirle una palabra. Las voces de los mozos oíanse ya mucho más próximas, y experimentaba yo, así, como una especie de extraño desconsuelo de no oir nuevamente á mi pareja en la deliciosa intimidad de nuestro solitario paseo nocturno.

—¿En qué piensa V.? ¿En Sevilla?—la interrogué de pronto.

—En Sevilla, sí,—contestó como un eco.

—¡Qué suerte más grande la del hombre que la haga á V. pensar!

Alzó la cabeza, y sus pupilas, oscuras y diáfanas, se clavaron en mis ojos con esa terrible fijeza del candor, que hace temblar á todo hombre.

—Y ¿por qué me dice usté eso?—interrogó á su vez, sin contestarme.

—Perdóneme V.: me pareció, cuando la vi tan pensativa; me dió pena de que pensase V. ya en ciertas cosas. Creo á V. muy niña.

—No tan niña, hijo, que tengo diez y siete años.

Suspiré al oir esto, y sonreí pensando cómo quería echársela de mujer. ¡Ay! Sin duda que mi vecina tenía ya secretos en su corazón. Algo negro pareció que empezaba á enlutar el mío.—¡Bah! Y ¿qué me importa?—pensé de pronto. Traté de tranquilizarme, y pregunté á la muchacha, que había quedado silenciosa otra vez:

—Y ¿cómo es su nombre? ¿Lo quiere V. decir?

—¿Qué nombre? ¿El mío?

—Ese. ¿Por cuál otro preguntaría yo? De seguro que piensa V. en otra persona.

Alzó la cabeza otra vez, me miró como antes, y, aunque trató de disimularlo, observé que suspiraba. Luego dijo con lentitud:

—Me llamo Manolita.

—¡Por Dios, Manolita, tocaya mía!—la dije alegremente.—Anímese V.: la van á ver triste cuando nos acerquemos, y pueden figurarse que yo tuve la culpa.

Me miró entonces de una manera afable, cariñosa. Yo no sé: me pareció aquella mirada una bendición del cielo. Apretó mi brazo tiernamente sobre su corazón, y dijo:

—No: nadie pensará eso, y yo no lo pensaré nunca, tampoco; porque me parece que V. nunca será capaz de darme un disgusto.

Le agradecí mucho que me dijese aquello, pero no la pude contestar: una algazara inmensa de la multitud bulliciosa de festejantes, me lo impidió. Habíanse detenido, y por esto nos incorporamos á la multitud, antes aún de lo que yo pensé.

Estábamos en la explanada, y formábase allí un gran corro. Nos aproximamos al círculo curiosamente, y, con Manolita del brazo, me metí entre la multitud de los alocados festejantes. Dentro del círculo, había una familia de gitanos. Componíase de un hombre de luengos cabellos grises que le caían sobre las solapas rotas y grasientas del chaquetón, en guedejas enmarañadas. Parecía el hombre como rendido por la edad. Llevaba un capote burdo echado al hombro, y un tremendo báculo en el que se apoyaba ahora. Tan próximos estuvimos á aquella

gente, que tanto á Manolita como á mí, nos fué muy fácil observarlos con detención. Colgábale por la espalda un zurrón, atestado de mendrugos tal vez, aunque decía el viejo que no, que era de trapos sucios y cristales rotos. La gitana era mucho más joven, de ojos grandes, negros y resplandecientes como los ojos de la Virgen; pero no había en aquellas pupilas diafanidad y ternura, como en las de la Madre del Señor, sino abismos y tormentas. Tenía el cabello negro también, y le caía desmelenado. Recuerdo que conservaba, por casualidad sin



duda, una guedeja recogida en caracol sobre la sien izquierda. Tenía las facciones correctísimas, los labios rojos, los dientes que le resplandecían. Colgábasele del pecho, con las manitas negras y con la boca avara, un chiquillo que tenía por vestimenta única el pico del mantón, hecho pedazos, de la gitanilla. Otro zurrón, como el del viejo, colgábale á la espalda. En aquel zurrón no había mendrugos, seguramente, pero tampoco había trapos viejos ni vidrios rotos: lo sé de buena tinta, porque asomó por allí una cabeza negra de otro chiquillo de la misma edad casi del que mamaba. Cuando llegamos Manolita y yo, decía la gitana, en voz pedigüeña, extendiendo la mano que le quedaba libre:

—Un cachiyo e pan pa esto churumbele.

Callaba el gitano, lloraba el chiquitín de atrás, chupeteaba el delantero,

reíanse á voz en grito mozos y mozas, mecíanse los juncos y los mimbres blandamente, murmuraba no sé qué cosas el río, y Manolita, cogida á mi brazo aún, miraba con piedad á los miserables.

Observó la mujer aquella mirada, me vió á mí, y, lanzándose á Manolita, le cogió una mano:

—Po eso sojo que tú tiene, niña e mi alma, que me dé un perrico pa este viejo calcama y pa estos clavos que me apuñalan con su jambresica.

Quedó Manolita confusa: quiso retirar la mano, pero se la retuvo la otra y dijo lacrimosamente:



—Deja la mano, salá,
te iré la güena ventura:
la gitaniya te jura
que ha je sé afortuná.
Ha je se mu bien casá
y mare de cuatro hijo.
Ha je tené sei cortijo
que Dió jenarbolará.
Tu hijo, er ma jergao,
será pare e la iglesia,
un talego e desencia,
y los demá ajorcao.
Ahora, la gitaniya,
si le da una limosniya
te acertará un secretiyo:
tus sacáis, enamoraos
andan po un serraniyo
que se yama Joseiyo:
mira si te lo asertao.



CAPITULO VII

Supersticiones de Manolita. - Despechos de su acompañante. - El fin de la fiesta

APENAS hubo concluído la gitana su buenaventura, prorrumpieron todos en risas locas. Yo quedé contemplando á Manolita, y observé con pena lo que los otros no pudieron observar, embebidos en sus gozos. ¡Ay! Manolita quedó meditabunda al principio y después muy triste. Yo creo ¡Dios me perdone! que se hubiera echado á llorar si hubiese estado sola. Quiso, cuando acabó la gitana, socorrerla con algunos cuartos; pero me adelanté galantemente y lo hice por ella.

Cuando la gitana cogió los perros, exclamó con exaltación que parecía de verdad, aunque no lo fuese:

—Mira tú, mozo plantao: acuérdate de la gitaniya, que to lo sabe, y mira con merecimiento á esa estreyita de las güenas mozas. ¡Arrastrao te vea, si no, y con la chola estorniyá po los querele!

Allá se fué la gitana cuando dijo esto. Cada uno de los mozos dirigió su cuchufleta á los pobres gitanillos, y yo seguí del brazo con Manolita.

—Todo lo que dicen esas mujeres es mentira,—exclamó después que hubieron pasado algunos instantes.—¿No le parece á usté?—Y me miró con sus ojos afables, que me parecieron entonces preñados de súplicas. Sí: me pareció ver en su mirada la súplica de que pensase como ella, porque de otro modo iba á sufrir mucho.

—¿Quién hace caso de tales patrañas?—respondí prontamente.

—No: es que...—Se detuvo, pareció fluctuar y me miró luego llena de rubores.

—¿Qué iba V. á decir? Prosiga.

Agachó entonces los ojos y dijo muy bajo:

—Es que mi novio se llama Pepe.

Creo que temblaba cuando pronunció este nombre, pero que temblaba de amor, con ponerlo en sus labios nada más. Yo temblé también. Estoy seguro de que empezaba á enfriarse la noche, en aquel momento, por la humedad del río. Se lo dije á Manolita, pero ella se echó á reir, contestándome:

—¡Si yo estoy ardiendo, hijo! Toque, toque mi mano y verá usté.

Toqué yo su mano con la mía helada, y pareció como que se le enfrió el corazón á Manolita al tocarme. Me miró con susto.

—¡Jesú, hijo, que tiene usté mano de muerto!

Yo me eché á reir con toda mi fuerza: me parece que estaba muy nervioso. Se animó algo Manolita, cuando la dije luego, muy afable:

—Vamos á ver. Yo creo que V. no será supersticiosa. ¿Qué quiere decir eso de que su novio se llama Pepe?

—¿No se acuerda usté, entonces, de que la gitana dijo que me iba á acertar un secreto y que el hombre á quien yo quería se llamaba José?

—Pero, hija,—contesté echándome á reir ahora, francamente:—¡Si esa buenaventura la saben los gitanos de memoria y es una relación que dicen á todos y que está escrita en los libros, de diferente manera!

—¡Ay, Jesú! ¡Me tranquilizo un poco!—exclamó Manolita, respirando.

—Pero, otra cosa: ¿V. quiere tanto y tan de verdad á su Pepito?—Esto la pregunté. ¿Sabéis la contestación que dió á mi pregunta? Un gran suspiro, donde parecía que iba envuelto algo de sus entrañas, y estas frases con el suspiro:

—¡Qué malditos y qué malos son los hombres!

La miré con tristeza. ¡Pobre Manolita! ¡Pobre virgen de diez y siete años! Me convencí ya de que aquel corazón tierno y juvenil estaba corroído y flagelado por la pasión y por la lucha. Alarmábame yo mismo de pensar aquellas cosas y de que tales pensamientos se me ocurriesen por aquella muchacha. Quería yo hacerme la ilusión de que todo aquello de Manolita me importaba un bledo. Sin embargo, la dije con mucha timidez:

—¡No debía V. hablar de ese modo de los hombres! Si habla así ahora, ¿qué quedará para cuando sufra por ellos verdaderamente?

—Mire usté, señor,—contestó ella con cierta precipitación. —Yo no digo que los hombres son malos: yo me refiero á uno no más, y Dios me libre de decir cosa que les dañe, porque ni ese es malo tampoco. Con ser hombre nada más, tiene bastante el hombre para que una sufra por él, sin que tenga él la culpa. Yo no me expliqué bien si usté creyó otra cosa. Bueno: ya lo sabe usté. ¿A qué negarlo como si fuera acción mala? Pepito es mi novio y yo le quiero bastante, él me quiere mucho más, y vamos á casarnos muy pronto. Ya sabe usté que aquí la gente se casa muy *tiernesita*. El está muy contento: yo también lo estoy; pero no sé yo lo que nos pasa á Pepito y á mí: yo creo que sufrimos de tanto querernos. Figúrese usté, señor, que se vuelve loco, que sufre, que se desespera por adivinar lo que yo estoy pensando, por saber si le quiero de verdad, como yo se lo digo; y se pone malo con la sospecha no más de que alguno pueda mirarme. Yo le quiero de otro modo, porque sus rarezas me dan coraje. Yo no me puedo asomar al balcón, ni hablar con un hombre lo que es preciso para que no digan de una que no tiene educación. Yo no he de ir á misa si él no viene conmigo ó no lo sabe antes; yo no he de ir al teatro, ni al paseo, ni á una fiesta; yo no me puedo asomar á la ventana, ni para ver si viene cuando me parece que tarda mucho. Como yo le quiero con mi corazón, todo eso que él hace me gusta, porque me parecen cosas del cariño suyo. Pero cuando se me olvida alguna vez, se me ponen unas nubes muy negras delante de los ojos. ¡Nada! Son cosas de la sangre que se le sube á una á la cabeza como un rayo. Bueno: anteayer pasó una cosa así. Estuvo muy tontón: me dijo yo no sé qué barbaridades, y yo me eché á llorar de oirlas. Se fué muy fosco y yo me quedé muy triste. Esperé con el alma partida que llegase la noche: quería yo ver á mi Pepe contento. Llegó mi parienta, y se lo contó mi madre todo, mientras yo lloraba. «—¡A San Juan, á San Juan, conmigo!—dijo la otra cuando lo oyó.—Ese te va á volver loca y yo no quiero que te vuelva. Así, mantente durita, para que él sepa también lo que son tragos.» Que quise que no quise, me trajo con ella. Así es la verdad, y no lo que yo conté antes, cuando no conocía á usté. ¡Ay,

Dios! ¡Esta noche habrá estado allí Pepe! ¿Qué habrá dicho cuando no me vió? ¿Qué habrá hecho?

No tuve una frase siquiera para consolarla, y me pareció su palabrería insustancial y estúpida. Aquel Pepito representábaseme de mil formas diversas, extravagantes y ridículas: no he pensado jamás en deformidades y engendros tan horrorosos como los que yo quería ver en el novio de Manolita.



Notando mi silencio, levantó ella los ojos: la luna iluminaba entonces de lleno su semblante. Lo que vió en mí yo no lo sé: yo pude ver en ella que enrojecía hasta los ojos. Para casos del corazón, la mujer más ignorante es una sibila: la novia de Pepito me había adivinado.

¡Aquella sí que fué una situación violentísima! Comprendiendo yo, á mi vez, lo que sucedía en el corazón de mi pareja, no me atrevía verdaderamente á desplegar los labios. Parecíamos caminar los dos sobre ascuas. Arrepentíase ella, sin duda, de sus expansiones, y yo me arrepentí hasta de haber nacido. En fuerza

de la situación en que nos puso mi simpatía hacia ella, me fué odiosa en aquel instante; porque, á todo esto, yo estaba cargado conmigo mismo de profesar simpatía, fuese de la clase que fuese, á una hija de un empleado de Ayuntamiento que tenía un novio como el Pepito que yo me forjé en mi idea para mí solo.



Apresuré el paso cuanto pude, haciendo caminar á la pobre Manolita con bárbara rapidez. Todo mi cerebro lo tenía yo embargado entonces con las elucubraciones y discursos misteriosos é invisibles que allí ardían y chispeaban, saltando y enroscándose como salamandras en el fuego, y encaminados todos á buscar la fórmula digna de poder desprenderme de mi pareja en alcanzando á los otros. Esto lo quería yo hacer sin que comprendiese nadie que la abandonaba por disgusto, despecho ó desavenencia. En último caso, los demás de la alegre y revoltosa comitiva me importaban poco: lo que yo quería, principalmente, era que Manolita no sospechara que yo deseé alejarme de su lado.

La verdad, yo quedé despechadísimo de aquella historia de Manolita, y me irritaba y me despechaba, además, el pensamiento de que una cosa tan insulsa, baladí y estrafalaria pudiese despecharme. En fin, yo era un lío que nadie podía desenredar, ni yo tampoco; y como me pasó entonces, que no me lo podía explicar, me pasa ahora no pudiendo explicarlo á Vds.

Me siguió ella sin dirigirme ya una palabra: iba colgada de mi brazo, por las dificultades que encontraba al seguir con sus piececitos endebles el tremendo compaseo de mis zancas.

Cuando llegamos nuevamente hasta los otros, la dirigió una de las jóvenes algunas frases. Aproveché yo la oportunidad, y, mientras Manolita contestó, saqué precipitadamente mi libro de memorias y comencé á simular que tomaba algunos apuntes á los clarísimos y poéticos rayos de la luna. Para que saliese mi papel con más propiedad, di una voz á mi amigo, llegó, le entretuve con un pretexto, la pareja de mi amigo se aproximó entonces á Manolita, siguieron ellas hablando juntas, y yo me acogí como á tabla salvadora á los faldones de mi amigo, apretándoselos fuertemente para que no se me escapara.

Yo no sé por dónde anduvimos antes, ni por dónde anduvimos después: sólo puedo decir que siempre llevábamos el río á la izquierda, acompañando el confuso clamoreo de aquella romería improvisada, con su melancólico murmullo, muy semejante al eterno rezo de un gran espíritu en pena. Nos metíamos por entre malezas y cañas, doblábanse los juncos gentilmente como las finas cinturas de nuestras compañeras, y los mozos enamorados, con la punta de su cuchillo, ponían el nombre suyo y el de la novia, formando cruz, en la verde penca erizada de sutiles pinchos. Volvieron á la calle Real. Yo iba martirizando á mi amigo con una historia que me costaba á mí más esfuerzo inventar que á él oirla. Diciendo que fuí no sé por dónde y que al volver ocurrió lo mismo, es prueba suficiente de que nada ó muy poco podré decir del pueblo. No creo yo, por otra parte, que de ponerme, hubiera tenido mucho que decir, por sanísimas que fueran mis intenciones.

Manolita y la pareja de mi amigo hicieron lo que era de presumir: pusiéronse á charlar, como nos habíamos puesto nosotros, y quedó así la cosa. Sentía yo un secreto alivio, pensando que tal vez la novia de Pepe estaría resentida de mi abandono; y como el hombre es egoísta y todo lo contempla por el cristal velado con el humo negro de su egoísmo, ahí tenéis que aquella idea del disgusto problemático de Manolita fué mi consuelo.

Mi amigo me contó, á la par, lo que había hablado con su pareja. Estaba muy desconsolado el pobre, porque le tocó una mujer fea hasta lo horrible, que también las hay en Andalucía. Era, en cambio, su conversación chispeante y graciosa, y hacía reir como un demonio. No pudo echar á la mujer requiebros ni *tontear* con ella, pero se divirtió mucho con lo que contaba de unas y de otras. Le habló también de Manolita, de su padre, de su madre, de su novio, de su casa, de sus muebles, de sus vestidos, de su carácter: habló de todo con una ligereza y un desparpajo que daba gusto. El padre era un viejo bobo; la

madre una lechuza arisca; el novio un simple, un papanatas, empleadillo en la fábrica de tabacos; la casa era oscura y chiquitina; los muebles antiguos; los trajes cursis; y Manolita antipática, tonta, filadélfica, larguirucha, con un cuello *así,* y una espalda *azao,* y unas manos de esta manera, y unos pies de la otra... ¡Qué demonio! ¡Qué manera de morder y destrozar!...



—Y ¿por qué te habló tanto de Manolita?—pregunté ya, sin paciencia para reprimirme.

—¡Toma! Porque tú vas con ella. Al hablar nosotros de ti, habló mi pareja de la tuya. Son envidias seguramente.

Envidias eran. Lo creí entonces, y después supe que mi pobre amigo fué víctima de una gran burla. El modo de hablar que tuvieron de Manolita los otros me hizo comprender la superioridad de ella. Aquello me inspiró cólera: hubiera querido entonces á Manolita como la pintó la otra fea de los diablos, de quien habló mi amigo.

En estas cosas, fué adelantando la noche, ó la madrugada, mejor dicho. Los mozos de quienes hablé al comienzo, no cesaron en su alegría y sus atenciones. Volvimos á la casa, y allí fué el jaleo más grande. Creo que hubo hasta fiebre ya en los que se festejaban: las voces eran roncas y el guitarreo destemplado; el vino espumaba en todos los cerebros, la hirviente palabra en todos los labios y la pasión férvida en todos los corazones. No obstante, ya era ficticio todo: creía notar yo allí, en hombres y mujeres, algo de la lucha insensata del fatalismo contra la voluntad; algo de la pena terrible del gladiador que sucumbe despedazado por el hacha, con el cerebro lúcido y el corazón valiente, para reflexionar que moría su cuerpo cuando más el espíritu embravecíase. ¡Cansancio! Aquella alegría loca, aquel ronco gritar, aquella risa atronante, aquel copleo á coro y aquella barahunda infernal, era el último grito de placer de la naturaleza que se rendía.

Un cuarto de hora después había terminado la fiesta. Cada uno se escurrió por su lado sin decir palabra. Los corteses mozuelos que nos ampararon algunas horas antes, cuando íbamos por allí, habíanse escabullido por no sé dónde. Yo no sabía á dónde acudir tampoco, ni de quién despedirme. Como la fiesta fué en la misma calle, no habíamos tenido anteriormente ocasión de entrar en la casa: esto nos quitaba, á mí por lo menos, el privilegio de poder entrar ahora. Escondíase la luna entre las brumas, nuncio del amanecer, y yo estaba apuradísimo: no quería ser desatento despidiéndome á la francesa. Después he pensado muchas veces una cosa que me ruboriza: he pensado que quizás me importaba muy poco el despedirme ó no de aquellos señores: que era mi sentimiento ó mi inquietud por no dar á Manolita el último adiós.

Me decidí, pues, con bastante pesadumbre, á dejar aquellos lugares con la compañía de mi amigo y *Chano*. Lancé una mirada última sobre los cascos rotos de botellas y la guitarra que había en el escalón: fué aquella mirada, como el adiós postrero á una ilusión que moría apenas comenzada á nacer, y me parece que sentí algo de lo que siente el marino cuando deja para siempre lejana tierra que fué su refugio y su consuelo, como cruz y símbolo de Dios puesto contra las roncas potestades del mar.

¿Por qué sentía yo y por qué pensaba tales cosas? Me encogí de hombros, haciéndome esta pregunta. Es que los hombres son necios hasta lo inconcebible. «¡Vaya con Manolita! ¡Qué tipo!» Estaban las sillas en desorden, cogiendo casi hasta la mitad de la calle; íbanse las otras puertas cerrando, se sumía todo en quietud profunda, los guardias y el de consumos alejáronse hacía tiempo: salieron unas mozas entonces á coger las sillas para meterlas en la casa, dimos

las buenas noches y nos alejábamos; mi amigo y *Chano* delante, yo detrás. Oí en esto una voz muy dulce:

—¿Se va usté ya, tocayo?

Volví la cara prontamente. La luna habíase escondido del todo: la calle estaba á oscuras. En el portal de la casa había un velón con grandes mecheros, cuyos resplandores ponían en la calle el cuadro de luz que formaba la puerta. En la puerta, de pie, en el escalón, vi á Manolita: á no haberla conocido antes por la voz, la hubiera conocido ahora por el cuerpo, cuya silueta negra destacábase vigorosa y suave á la vez, fantástica y pura, en el cuadro de luz tendido en la calle.

—¿Acaso tiene usté algún enojo conmigo?—me preguntó, muy tímida, Manolita.

Volví hasta ella presuroso y la cogí una mano.

—No tengo ninguno,—dije;—no hay causa. Aunque la hubiese, ¿cómo enojarme con V.? Yo no podría.

—Se iba usté sin despedirse siquiera,—replicó ella, á su vez, plácidamente.

—Me iba sin despedirme porque no sabía qué hacer ni á quién hablar: á nadie veía.

Se echó á reir ella y me riñó porque no entré. Di mis excusas y ella excusó á los otros porque se fueron de tan inesperada manera.

—Adiós, Manolita.

—Adiós,—dijo, retirando su mano.—Si yo me atreviese, ofrecería á usté la casa en nombre de mi papá, pero...

—Pero no es su papá lo que la detiene, sino que podía disgustarse su Pepito de V.

Quedó ella callada. La había yo sorprendido en su idea más recóndita: la había desarmado. Se mostró muy confusa. La escasa claridad me impidió ver su semblante: debió encenderse de rubor. Me pareció entonces que estuve grosero y sentí súbitamente gran calor en la cara. Sin duda fué asimismo, de vergüenza por mi acción.

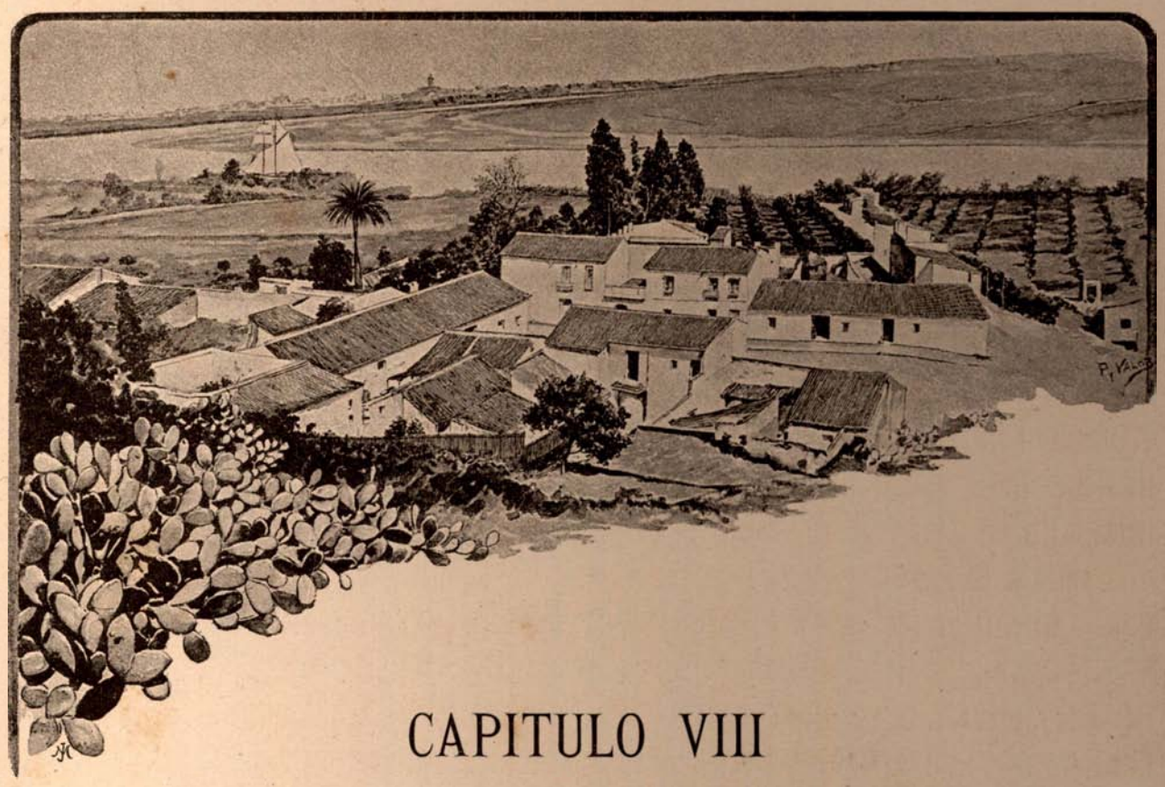
—Adiós,—dije ya, únicamente.

—Adiós,—repitió ella.

De la misma palabra que yo empleé hizo ella uso, y, sin embargo, me hirió su tono: me pareció seco unas veces y de mofa otras. No repliqué y anduve con mis compañeros calle arriba. Volví la cabeza de tiempo en tiempo, y siempre vi el cuadro de luz en la calle y la inmóvil silueta de Manolita. Volví últimamente el rostro, y habían desaparecido la luz y la silueta: ya no había luna. Todo

oscuro, todo fantástico: tuve frío, y el rumor de nuestros pasos repercutíase pavorosamente en el cerebro. Sentí muy próximo un toque de campana, me acometió, así, como una especie de malestar inexplicable, y quise permanecer en San Juan: *Chanito* se fué con su bote después de habernos buscado albergue en la taberna de la Fábrica de Olmedo.





CAPITULO VIII

Alarmas y confusiones de un autor medio dormido.-Rubio y Mecha.-La viuda de Mechotas.-«La Villa de Coria» y su cargamento.-Estudios del natural.

Me pusieron un camistrajo malísimo, y no conviene seguir hablando de él, por la cuenta del lector y de la mía. Las horas que estuve allí tendido me parecieron eternidades pasadas en un sepulcro. Revolvíame y revolvíame desesperado, y casi estoy por asegurar que, posteriormente, me acordé más de mi cama que de la novia de Pepito; hasta tal punto me acardenaló aquel colchón de los demonios.

Había salido ya el sol, cuando me quedé un poco traspuesto, á *dormivelá*, como allí se dice. Me despertó gran ruido: desperezábame ya y sentí un terrible rebuzno que salía de debajo de mi misma cama; así, por lo menos, me lo figuré yo al pronto. Pegué un salto, despavorido, y quedé en mitad del cuartucho sin saber lo que me sucedía, lleno de asombro y en la facha que supondréis. Siguió el rebuzno, estruendoso; y como parecía con trazas de no acabar, y sentíalo yo cerca, registré, al fin, debajo de la cama, en la convicción de que el burro estaba allí metido. Nada, no había nada: era para volverse

loco. Miré, indagué, registré por todas partes, y el burro sin presentarse. Abrí una ventanilla que daba al patio,y no di tampoco con el animal. A todo esto el rebuzno seguía como al principio, retumbante, cavernoso, sopla que sopla hacia adentro, hacia fuera. ¡Dale que le doy, pim, pam! Yo iba á enloquecer: retemblaba la habitación ante las gigantescas y destempladísimas notas. Sentíame ya con bárbaro ataque de nervios de oir el desahogo del animal, y de oirlo tan cerca que me ensordecía. Y á todo esto sin saber de dónde partía el rebuzno y sin poderle callar tampoco. Salí á los corredores, me asomé á la calle, y nada: el borrico encantado no parecía. Calló de pronto: yo empecé á tranquilizarme; pero antes de pensar siquiera que la tranquilidad vendría, empezó el infame, de nuevo.

Bajé á la taberna, casi furioso. Como los escalones estaban desvencijados, llegué al último en un traspiés horrendo. Esta desgracia acabó de enfurecerme; pero cuando me di cuenta de lo que veía, no tuve más remedio que deponer la cólera. Hallábame en una sala que servía de taberna: el mostrador estaba á un lado; ante él, dos grandes borricos, macilentos, melancólicos, seriotes, acariciando las tablas del mostrador con la lengua; jinetes, uno en cada borrico, había dos gitanotes, negruchos y andrajosos, y bebíanse un vaso de vino respectivamente, con una calma y una majestad que parecía imposible. Reflejábase allí con todo su valor incontrastable la manera de ser de los andaluces, y del gitano andaluz especialmente: el abandono de sí mismo y de lo demás, el pensamiento de lo actual, el desprecio del mañana y su apatía de los éxtasis orientales. Aquellos gitanos se metieron en la taberna á beber dos copas, y entráronse hasta el mismo mostrador, subidos en sus burros, para no tener que apearse, puesto que tenían que subir otra vez.

Me hice cargo, entonces, del sitio en que me encontraba. El piso de la habitación era, perdonándoseme la manera de señalar, como el de las calles de Córdoba; algunos bancos de pino pegábanse á la pared; en un extremo vi un monte indefinible de guiñapos y carne. No me costó trabajo comprender lo que era aquello, y tuve que recordar á Manolita: aquel monte de guiñapos y carne amojamada y negra, eran la gitana joven, el gitano viejo y los *churumbelillos* del zurrón de delante y de atrás. Parecían dormir la joven, los nenes, y el viejo sobre todo, por la manera de roncar que tenía. He reflexionado después en alguna ocasión, con mucho tiento y muy gravemente, que tal vez lo que me pareció á mí rebuzno de borrico fuese roncar de gitano. Es una cosa que no pude esclarecer todavía, y crean Vds. que lo siento mucho.

Junto á otra pared, inmediata al mostrador, vi unos aparejos destrozadísimos y sucios de otros borricos, invisibles entonces para mí. Detrás del mos-

trador había un chiquillote por el estilo del zagalón de la Eritaña, y observé una particularidad que me dió mucho gusto: aquel chiquillote venía á ser como representante de tabernero, y era chato hasta donde puede un hombre serlo; chatos eran también de una manera escandalosa los gitanos que bebían, *chatos* llaman allí á las copas en que sirven los néctares, y, con mi propensión á la *chatería*, hasta me parecieron chatos los borricos que acariciaban con la lengua el tablero del mostrador.



No se ocuparon los jinetes bebedores de volver la cabeza al sentirme bajar los peldaños á traspiés y tumbos: seguían bebiendo y hablando con pausas solemnes. Yo quise enterarme de algo de lo que hablaban, y me asomé á la puerta como para mirar á la calle, pero con el oído puesto al interior.

Grande y solemne debió de ser el asunto, porque se apearon entonces para continuar; chocaron las copas. Por lo que pude comprender, había vendido uno de ellos su animalucho al otro, y con aquel golpe de los dos *chatos*, se ponía el sello á la escritura de venta. Después, como si continuase una conversación interrumpida, exclamó así uno:

—No tenga tú cuidao, Mecha, que jeso no se queará ansina; primero me

corto el gañote que consentilo. ¡Anda, y que le coman lo sojo las vígoras á esa arrastrá!

—¡Quer señón te ascuche, Rubio! Porque la mu endina, dende que se queó viua de su marío, está comuna cabra, co neste quiero, co nelotro no quiero, pa arriba y pa bajo, y va y viene, y bulle y jarrebulle, quitándomo la jonra del endividuo de la familia. Tú jace mu poca semana que está jaquí, y no pué risolvete de lo que ven mi sojo y lo que ven lo sojo de toitica laz presona.

—¡Puerca! ¡Cochina! ¡En cuantico la pille la eslomo der primé trancazo! ¡Pa eso me queó á mí la presonaliá, mesmísimo! Pero cuéntame tú cómo se murió aquer esavorio de Mechota, con la cara que la tenía aniguá qu' un embuste.

—Po tú verá lo que pasó.—Y conforme dijo esto, empezó la historia del *defunto marío,* con sus pelos y señales. Recordó como estaba el cielo el día de la muerte del otro, el amigo que se encontró y el número de borricos que tenía ya esquilados en la hora en que ocurrió la catástrofe; lo que había almorzado, los calzones que llevaba puestos; resultando de aquí una historia grande con otras mil historias chiquitas pegadas á ella. Escapábasele entre palabra y palabra un *¡po señó!* ó un *¡po vamo ja que!...* y seguía siempre á tales aditamentos una interjección fuertísima. Túvose así, que la historia entera, con sus mil historillas, resultó, con ser tan pesada ya, mucho más aún. Añádase ahora la lentitud con que vertía cada una de las frases, la solemnidad, la importancia de que las revistió; después, los gestos, la acción, el volver de ojos, el remangar de labios, el crujir de dedos, el escupir, el paladear el néctar, el delirio; en fin, lo interminable, la eternidad. Lo que contó el gitano en dos horas y medias juntas, fué lo siguiente:

Meses anteriores, había estado un inglés en Córdoba, á lo que van allí muchos, y con mucha frecuencia: ávidos de conocer las viejas hermosuras de la Andalucía árabe. Entró en la catedral con su cicerone. El cicerone era el gitano... el *defunto* de la *viua* Locares; un descendiente de Geth, más ladrón que el primero y más granuja que todos. Le enseñó la catedral, las capillas, y subió luego á la torre. Había columbrado que el inglés era rico, y, como nadie casualmente, les vió subir, en lo alto de la torre, intentó escamotearle. El inglés, impasible siempre, se puso en guardia, porque sospechó del gitano; se preparó, y cuando el otro quiso echársele encima, una bala le desbarató la cabeza. El inglés estuvo detenido algunos días, y puesto después en la calle, libre y sin costas.

Conforme iba un gitano contando, quedábase el otro como suspenso, caritriste, con los ojos mortecinos y la boca contraída por el asombro y el dolor, sin duda. Al acabar el gitano la relación de la *mala hora* del *defunto*, sin soltar

el vaso que tenía en una mano, sacó el otro, que escuchaba, un pañuelo de *yerbas,* del ancho alón vuelto hacia arriba del sombrero de felpa acaticado; lo desdobló cogiéndole de un pico, y dando un gran sollozo se limpió una lágrima mucho menos dulce y menos poética que las de Manolita cuando se cogió á mi brazo la noche antes. Dió, por último, otro gran sollozo, al que respondió su borrico con un rebuzno, y exclamó á compás de las notas del rebuzno en prolongadísimo berreo:



—¡Ay, probetico Mechota! ¡Probetico e mi pechooo!... ¡Que murió en lo alto e la torre como la jaguiliyaaa!...

Aquella comparación me arrancó una carcajada. No pude contenerme, y reí con verdadera furia. Volviéronse los gitanos hacia mí, recelosos y mohinos, y callaron de pronto. Salieron sin chistar y sin despedirse de los otros gitanos, que se arrinconaban allí, contra la pared, como un montón de ropa despedazada y grasienta.

Había avanzado bastante el día cuando salimos de San Juan. Al comienzo de la calle, junto á la caseta de consumos próxima al embarcadero, volví la cabeza instintivamente. Allá, en lo hondo, vi la casa de la fiesta; pero ¡no ardía el velón poniendo el cuadro de luz en la calle! ¡no se destacaba la dulce y fantástica silueta de Manolita en aquel marco luminoso!

Resumen: ¿qué había visto en San Juan de Aznalfarache? Nada. Tal pregunta me hice, y tal respuesta me di, sobre las tablas mal unidas del andamio que entra sobre una parte del río. Nada vi, verdaderamente; pero estoy también en que nada hay que ver allí. Precisábame evacuar un asunto en Sevilla aquella mañana, y no me detuve á ver el convento que se distinguía á la derecha sobre un montículo. Aquel edificio grande y ruinoso me pareció, viéndolo á la luz del sol, tan fantástico ó más que si le hubiese visto á los rayos de la luna, que es cuando estos antiguos restos negruchos y carcomidos aparecen como santos cadáveres que surgen de la tierra para representación de otros siglos. Vi, pues, bañándose en la lumbre del sol, aquellos murallones revestidos de yedra, la cruz de hierro de la torrecilla tumbada á un lado, los grandes cipreses que el lugar circundan y la vigorosa y accidentada vegetación de su campiña.

El vaporcito en que nos embarcamos llamábase *Villa de Coria.* Estaba muy sucio y atestado de cachivaches. Iban multitud de personas en él, de los pueblos inmediatos, y tropecé, cuando menos lo esperaba, con una gran colección de tipos: confundiéronme en el primer instante por su variedad, por su carácter, por su abigarramiento. Fuí observando los más próximos detenidamente, y los grabé entonces en mi cerebro sin violencia ninguna. Reinaba gran confusión: hablaban todos á gritos y á la vez. En esto del hablar distinguíase el capitán *general* del barco. Era panzudo este hombre, panzudo y regañón como no se ha conocido capitán en el mundo. Tenía gorra prusiana, un cigarrote en los labios, gordo y larguísimo como un mástil; chaqueta azul, de bombacín; cadena de hierro para el reloj, que estoy seguro se la quitaron al ancla de la *Villa de Coria* porque resultó demasiado gruesa.

Recreándome estaba yo en el capitán, cuando sentí el pito de la máquina. Echó á andar el barco: hubo risas, gruñidos, denuestos: de unos, porque les parecía muy pronto; de los más, porque tardó mucho en salir. Había á mi lado una mocita de gran trapío, dicharachera, jacarandosa. Tenía unas montañas de salerosos pelos cayéndole por la frente, como para decir á las niñas de los ojos: —¡Aquí está Sevilla!—Este símil lo hizo en un piropo un muchacho trianero de gran sandunga que iba sentado en frente de la moza. Es verdad que con los ojos podía inspirar á cualquiera: tremendísimos, oscuros y resplandecientes, como los rizos que le servían de dosel. Llevaba la mujer una botella de manzanilla: durante el camino la destapó á menudo. Hacía un trinquis en el mismo casco, teniéndose con esto que el sol de sus ojos poníase en pugilato de quién más puede con el sol de arriba. Inspiraba, así, como grandes pensamientos eróticos, la contemplación de aquel semblante bellísimo, cuando, después de echar el trinquis, bajaba otra vez, encendido como la grana, de la sangre que no circu-

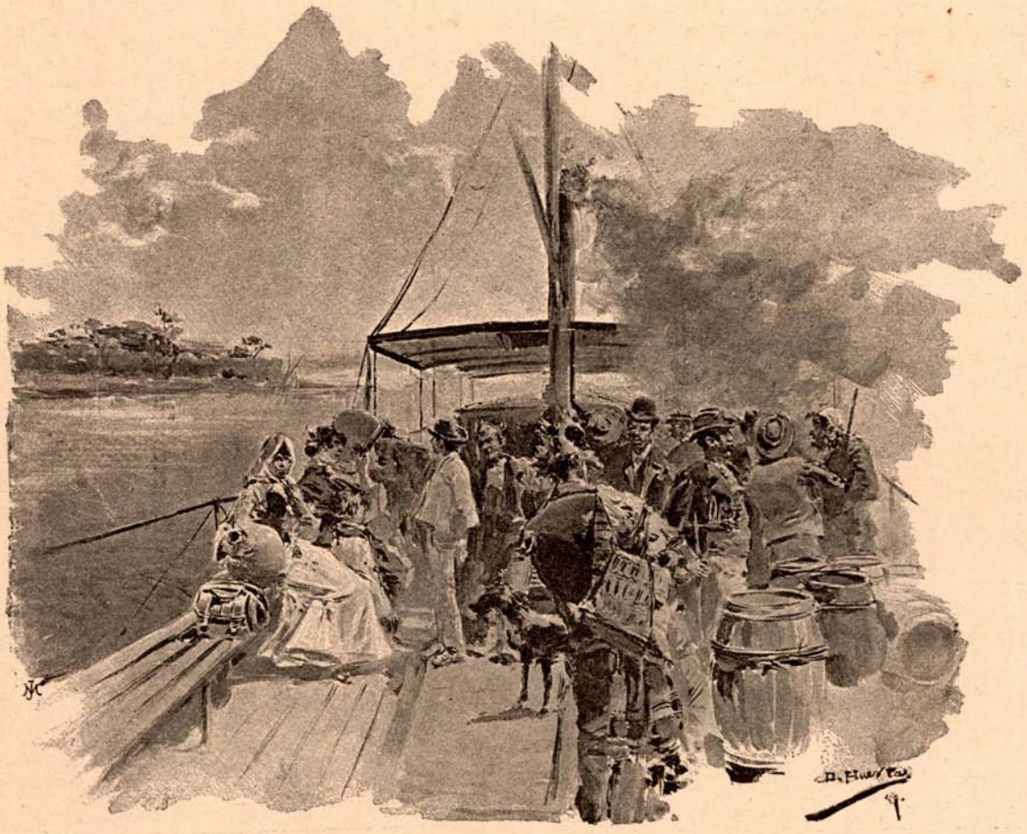
ló mientras bebía, por el arco violento de la garganta hacia atrás. Chispeábanle entonces los ojos como nunca, y la hubiera yo detenido gustosamente para que no secase con el dorso de la mano redonda, nacarada y graciosísima, unas gotas de vino que chispeaban como amarillos diamantes en labios rojos.

Así bebió, como dije, una vez y otra, sin decir oste ni moste. Daba alguna vez un traguito con la misma botella á un chiquitín monísimo, como de tres años, que la acompañaba; cuidando del niño, miraba con el rabillo del ojo al galante mozuelo. Aquello de dar vino al chiquitín me gustó mucho, porque pude comprender que en Sevilla se educa á los hombres convenientemente desde su más tierna edad. Debo decir que el angelito de Dios bebía manzanilla como si tuviese el gaznate más ancho y el estómago más hondo que el estómago y el gaznate de la hembra del barco. Dejé al mocito que galantease á la mozuela para observar á otros sujetos. Por lo demás, el mocito galanteador no me abstraía, porque ya les vi yo iguales en Madrid: era idéntico al chulo, con su blusa y su gorra, y esto no me parece que es muy común en Sevilla, ni típico, por lo tanto. Lo único que hizo fijar mi atención en el mozuelo, fué la manera de ponerse el cigarro en la boca: poníaselo á un lado, pero de tal modo, que estoy por jurar que se quemó la oreja aquella tarde con el fuego del cigarro mismo.



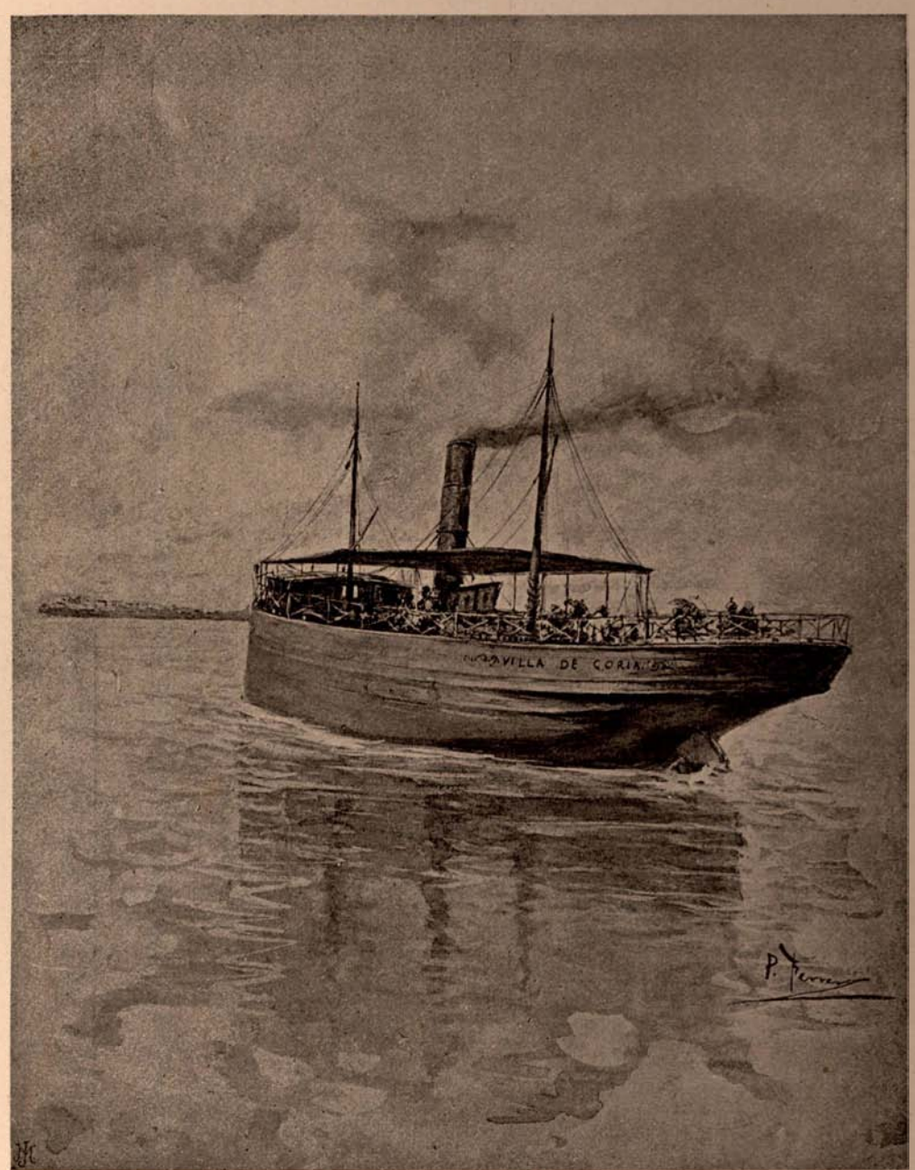
A mi otro lado tenía un viejo que regañaba más aún que el patrón, y sabía más de marina que Méndez Núñez. Un pillastrillo daba trechas sobre un enor-

me promontorio de baúles de ropa, cajas de pasa, espuertas de bacalao, pipas de vino y sacos muy negros, atestadísimos de no sé qué cosas que olían muy mal. Vi también un grupo de gitanos, y me alarmé por aquello que dicen de que *muchos gitanos crían gusanos.* Era mucha casualidad que no hiciese yo un movimiento sin tropezarme con gente de aquella: por la noche, cuando iba con Manolita; por la mañana, al despertar; y en el río, al embarcarme. Estos del grupo, departían filosóficamente sobre un borrico garañón que com-

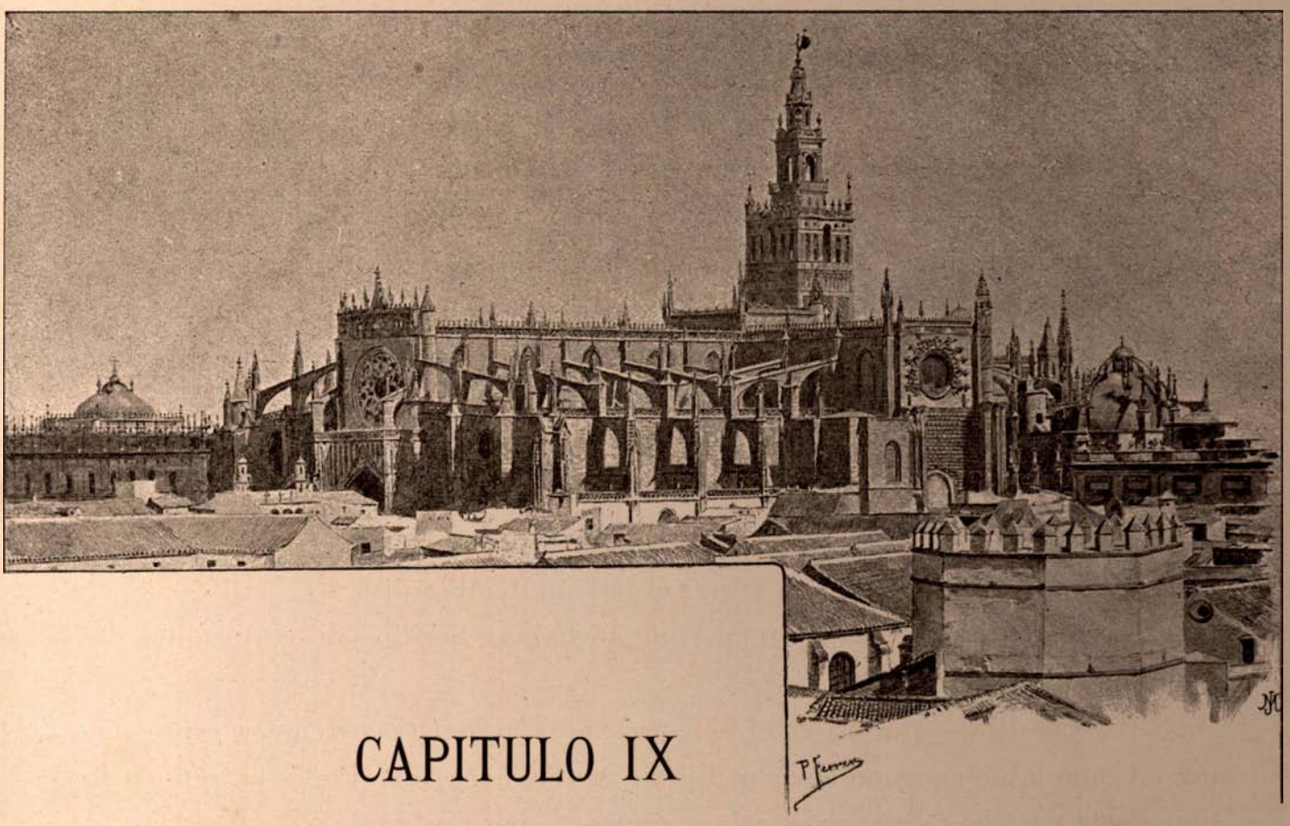


pró uno el día antes. El borrico, según pude sacar por lo que escuché, era cojo, tuerto, manco y sin *talento* ninguno. «El *Alcusa* no supo lo que se hizo cuando compró aquello.» Escuchaba á los gitanos, y al viejo regañón que sabía más que Méndez Núñez, un marinero fornido, seriote, morenucho, con su gran pipa en la boca, que echaba tanto humo como la chimenea del vapor. Otro grupo de hembras había más allá, compuesto de ocho ó nueve, la mayor parte con su mamón colgado al pecho, y otros chiquillos mayores que daban gritos y dábanse porrazos. Se hablaba, en esta reunión de mujeres, del *marío* de una, que le daba unos palizones como para ella sola. Discutían allí el modo de poner remedio al conflicto de la compañera; pero no me es posible decir en lo que se convino porque interrumpió el conciliábulo la presencia de un vejete que se aproximó, vi-

niendo cauteloso desde la popa. Anchísima canasta colgábale del brazo izquierdo: compartíase en diferentes casillas, que se atestaban de *torraos,* avellanas, rosquetes, arropías, castañas pilongas, caramelos. Pregonó el tío sus mercancías delante de las mujeres, y entonces fué cuando el conciliábulo se interrumpió con el jaleo de los mamones, pidiendo *lo de la canasta:* el que hablaba ya, á grito pelado; y el que no sabía aún, en llanto desgarrador; formándose con esto, y con el vocear del patrón y los regaños de las hembras, y el gemir de los chicos mayores y el estruendo de la hélice, un furioso concertante de los diablos.



Encontrábase entonces el vapor en el gran recodo que forma el río entre Sevilla y San Juan de Aznalfarache, y me sorprendí al contemplar la magnificencia del río en aquel lugar. Extiéndese ancho y majestuoso, con su festón poético de mimbres en una orilla y de *tarajil* en la otra. Hendía el barco la corriente con suaves susurros, cadenciosos, y el sol resplandecía sobre las ondas como relampaguean los ojos de las mujeres andaluzas.



CAPITULO IX

El diagnóstico de Ceferino. - Mis comensales y el sabio de la barriga. - El viejo de la nariz. - Los combatientes. - Lápidas é inscripciones

Me propuse ser verídico en todo, y lo seré aunque resulte en contra mía. No acababa yo de definir qué elucubraciones eran las de mi pensamiento desde el punto en que me despedí de Manolita en San Juan. Aquella figura melancólica, dibujada en el cuadro de luz de la calle, no dejó un momento de dar vueltas junto á mis ojos, como las bayaderas de la muerte bailan en el misterio de las pagodas indias. No quise ir á ningún lado, y dejé pasar una semana lo menos en deplorable inercia. ¡Qué horas más aburridas! Mi distracción única reducíase á espiar, por la rendija del visillo de mi balcón, el balcón de Manolita. ¡Nadie! Nunca vi allí á nadie. ¡Parecía increible, Señor, que un hombre tan estúpido como era Pepito, sin duda, alcanzase tener así encastillada por su voluntad propia á una hembra, fuese de la índole que fuese, y mucho menos una hembra tan superior como Manolita! ¡Oh, sí! Ya estaba yo enterado del por qué mi encantadora pareja de Aznalfarache no asomaba ni la nariz al balcón. Me lo dijo ella misma, ya os acordaréis: porque Pepito se incomodaba. ¡Hombre, y no caía un rayo que partiese á Pepito!

Mandé á *Seferino* á paseo en muchas ocasiones. Se había empeñado en hacerme creer que motivaba mi tristeza el agua de Sevilla, que, según él, me había sentado mal desde el principio. Confieso francamente que no sé los síntomas que halló en mí *Seferino* para tal diagnóstico: yo, que era el interesado, nada sentía. Con los médicos debe ocurrir á la humanidad lo que á mí con *Seferino*.

Además, estaba yo hecho un energúmeno contra mi compañero de la Eritaña. No quise, por lo pronto, dárselo á entender; pero un día no tuve ya calma: le cogí de una oreja, tirando de él hacia el balcón:

—Vamos á ver, embusterísimo,—le dije:—¿no me contaste que ahí enfrente vivía un matrimonio, con dos niños, y que la mujer era una flamencona hasta allí y el hombre un *güenaso* y todo lo demás que ensartaste? Contesta, embusterísimo, contesta.—Y le señalaba á la par el balcón de Manolita.

Seferino se puso muy serio, porque le habían herido en su dignidad llamándole mentiroso.

—Creí,—dijo,—que era en el balcón de al lado, porque osté no se espresificó más. Como la flamencona que yo dije se asoma á ca instante y la señorita á quien osté se debe referí, no se asoma nunca... ¡por eso!

—Y ¿por qué no he visto yo á la flamencona de tu novela, y miro allá, no obstante, con mucha frecuencia?

Seferino sonrió entonces, como preparándose á confundirme, y me dijo después:

—Porque se mudó hace dos ó tres semanas. Lo supe ayer tarde por casualidá...

Quedé convencido, y le interrogué, aprovechando la ocasión, si era rubia ó morena la señorita á quien se había referido.

—Rubia,—me contestó.

—Podría confundirse con la flamencona.

—¡Ca! Hay la misma distancia que de un lucero á la luna llena. La flamencona es más gorda y más alta.

—Y ¿cuál te gusta más de las dos?

—¡Toma!—exclamó, poniendo los ojos en blanco.—¡La luna!

—¡Animal! ¡Vete de aquí!

Por aquello que hablé con *Seferino*, no dudé ya que me había equivocado creyendo morena y de cabellos negros á Manolita. Muchas veces he pensado en esto después de mi equivocación: recordé que vi á Manolita el tiempo no más de la duración de un relámpago, que estaba lejos, que era tarde y el día lluvioso y oscuro.

Comí solo, dos días. Mi soledad acabó de entristecerme. Quise animarme, y

al tercero bajé á la *Salle à manger*. Vi al de las cosas de oro, al de los mondadientes, al de la carta y al de la barriga. El de las cosas de oro hablaba muy acalorado al de los mondadientes, y el de los mondadientes hablaba también, como si nadie estuviese hablando: ni se entendían ellos, ni les entendíamos nosotros. No obstante el dúo de la peroración de ambos, ni al uno se le caían los palillos de la boca, ni el otro dejó un segundo de dar vueltas á las sortijas, en los dedos, para que chocasen las piedras con las miradas de los demás. Miré furtivamente al de la carta. Como supondréis, estaba leyendo entonces. Leí de refilón lo de costumbre: «Jaén, 13 mayo. Querido esposo.» Aquello era terrible. Cambiáronle el plato al querido esposo, y puso la carta sobre la mesa mientras comía. No contento aún, entre cucharada y cucharada, dirigía al papel famosísimo una miradita de carnero moribundo. Ya me estaba dando á mí qué pensar la esposa de este hombre: forjábame en el cerebro mil ideas de su carácter, de su físico. Me distrajo repentinamente de mis meditaciónes un rumor particular que me llenó de alarma, porque tenía mucho contacto con el rebuzno de los borricos de San Juan. Volví la cara rápidamente, y me expliqué lo que sucedió: el caballero de la barriga guardada bajo la mesa había suspirado. ¿Por qué suspiró? ¡Quién sabe! ¿Quién adivina los hondos, indescifrables arcanos de la humanidad? ¿Le dolería la cabeza? ¿Le dolería el vientre?

—¿Está V. malo, señor?—le pregunté muy pesaroso.

Le oí hablar entonces por vez primera. ¡Gran Dios, yo lo juro! Su voz no era voz: no, no me equivoco. Su voz, su terrible voz, era la del respetable burro que lamía lánguidamente las tablas del mostrador en la taberna de Olmedo.

—¿Quién? ¿Yo?—dijo la voz atronadora.—Yo no estoy malo, caballero. Muchas gracias por su amabilidad.

—Oí el suspiro,—exclamé turbado.

—¿Qué suspiro? ¡Ca, hombre! Fué que detuve un poco el resuello, porque se me echó un nudo.

—Y ¿qué es un nudo, si le place?

—¡Toma! Que se nos atraganta el bocado y no corre para adentro ni para afuera. Falta la respiración entonces, y V. no puede figurarse qué fatiga da.

Yo iba á contestarle:—Eso debe ocurrir á los tragones como V.—Pero no me dejaba el hombre: continuó diciendo que iba á escribir ahora un tratado sobre ese asunto.—Llamaré la atención, seguramente. ¿No lo cree V. así? Le voy á titular *El nudo de la garganta en el momento crítico del bocado*. Yo soy de ese modo: conforme encuentro una dificultad que entorpece hasta un punto que podría ser serio la marcha progresiva de la humanidad, al punto culminante de la civilización, entonces escribo un folleto y hago el servicio á mis seme-

jantes de arreglarlo todo en dos palabras. V. dirá que es mucha mi filantropía. No, no señor: es modestia que V. me supone. Yo soy así: no lo puedo remediar. Luego ¡es facilísimo! Yo tengo alguna noción de todas las cosas, y, como escribo con mucha facilidad... V. no sabe, V. no sabe con la facilidad con que yo escribo. No es de ahora eso: hace ya muchos años. Era yo muy chiquito aún, y ya demostré un día, sin saberlo, lo que con la edad podría conseguir en eso de coger la pluma y sembrar de renglones en un periquete lo menos treinta cuartillas.

Me quedé asombrado de tanta facilidad y tanta sabiduría, y aturdido también de aquel terremoto de su voz. Algunos huéspedes me miraron con cierta lástima,—así me pareció á lo menos,—lástima de verme cogido entre las manos de aquel sabihondo. Mi admiración de escucharle no me impedía ver la manera terrible que tenía el dichoso hombre de engullir: mascaba y mascullaba como un desesperado, y, al tragar, parecíame que estaban los ojos para saltársele, según los desesperados esfuerzos que hacía, por el gran tolondrón que por el túnel del gaznate se le iba deslizando.

Lanzó un erupto, el sabio, que me pareció un estampido, y yo salté en mi silla temblando de miedo. Sin querer me acordaba, desde hacía algunos instantes, de la dama belga. El caballero de la barriga tenía el rarísimo privilegio de atraer á mis ojos con su presencia la imagen, casi borrada ya, de aquel terrible demonio que me despertó á puntapiés y que me volvió tarumba por el camino. Desde que yo vi al señor de la barriga, unas ideas vagas, indefinibles aún, fuéronseme apoderando, que tenían misteriosa relación con otro sujeto. Cuando traté ya un poco al sabio, me acordé entonces de mi celebérrima dama, aunque sólo como punto de relación, porque esta mujer, con sus extravagancias, sus genialidades y su desenvoltura, resultaba siempre fina, flexible y aristocrática.

Decía que el caballero barrigón hizo un erupto y que yo salté despavorido de mi asiento. Así fué, y salí del comedor dejando á mi hombre con la palabra en la boca: esto es, la palabra, y con la palabra un enorme tasajo, medio panecillo y seis aceitunas.

Pude ver, al levantarme, que el caballero de al lado leía pacientemente, en su mohosa epístola con fecha 13, el eterno «Querido esposo.» Al volver la cabeza, tropezó mi mirada, inconscientemente, con la del caballero de las cosas de oro. ¡Qué empleadito de Hacienda más fatuo! Decía al de los mondadientes, que estaba escribiendo una revista teatral para sacudir recio á la Mantilla, que trabajaba en la compañía de ópera del Teatro de San Fernando. ¡Qué hombre más estúpido! No lo digo precisamente por lo de pegar á la Mantilla, porque otras acciones menos justas se cometen. En cuanto á lo demás, no hay duda

que tendría que ver el artículo de crítica del caballero de las cosas de oro.

Subí á mi cuarto á vestirme. Durante el almuerzo concebí la idea de ir á la catedral aquella misma mañana. Mientras me vestí, miré no sé cuántas veces por el cristal, levantando con disimulo la punta de un visillo. El otro balcón estaba como siempre, ¡solitario! ¡Era mucho Pepito aquel!



Salí á la calle de muy mal humor, y aumentó cuando llegué á la basílica. Tan desdichado fuí que no pude entrar á causa de los hundimientos recientes. La prohibición era terminante y absoluta.—Vamos á ver,—dije:—y ¿qué hago yo ahora?—No hay cosa que dé más coraje que disponer un plan para distraerse cuando se está aburrido, y que *la cosa* no se pueda llevar á cabo después. Me detuve, y quedé mirando á una y otra parte como un tonto, sin saber qué haría ni á dónde ir. Se me ocurrió de pronto un pensamiento: ¡La Giralda! ¡Subir á la Giralda! ¿Cómo no lo había pensado antes? Eché á andar entonces resueltamente, muy ligero, contoneándome mucho, como hombre aburrido á quien por dicha cayó qué hacer. Una idea me inquietaba: la de no llevar con-

migo alguna persona que disfrutase de las gratas impresiones que yo disfrutaría; ¡nadie con quien comunicar mis sentimientos; nadie á quien yo pudiese confiar las expansiones de mi alma, con motivo de las cosas grandes que iba á ver! Lo sentí mucho al principio, pero es muy verdad aquello de que no se consuela quien no quiere. Yo me consolé al instante, pensando que estaría mejor solo: mi aislamiento sería mayor. Ningún humano turbaría mi silenciosa contemplación de la inmensidad que vería desde la Giralda.

Quise dar la vuelta á la catedral buscando la entrada á la torre, y pasé por delante de una puerta que llamó mi atención por el gran patio de naranjos que se veía. La puerta del Lagarto es á la que me refiero. Tiene tal nombre por el gran bicho que cuelga del techo, á la entrada. Es un lagarto de madera, con muchas pinturas y muchos arambeles, que imita en todo lo posible al animal que mencioné. Había tenido yo ocasión de ver de estas cosas en algunas catedrales é iglesias inferiores; pero nunca me lo pude explicar, aunque os extrañe mi ignorancia.

Pero allí, en la catedral de Sevilla, antes de entrar en el patio de los naranjos, á la izquierda, *debajito* del mismo lagarto, causa de estas digresiones, allí estaba escrito que yo saliese de mi ignorancia escandalosa y poco moral; allí debían esclarecérseme las ideas para que nunca más en mi vida pecadora dudase de lo que el bicho significa; y esto fué porque llamaron poderosamente mi atención otras prendas que con el lagarto había colgadas del testero, á poca distancia del animal, que pendía majestuosamente, atado á los lomos con fuertísima cadena. Las prendas á que aludo eran una vara de hierro, un bocado de hierro también, que sabe Dios en qué boca de fuerte alazán estuvo la vez última, y un gran colmillo de elefante, amarillento por unos lados y renegrido por otros.

En serio digo, aunque os riáis, que no me explicaba lo que aquello podía significar; en serio repito, igualmente, que pregunté con la candorosidad de un niño, á un viejo que entró cuando yo miraba:

—Y eso ¿qué quiere decir?

—¿Qué?—me interrogó afablemente.

—Eso.—Y señalé con un dedo el lagarto.

Señaló el lagarto con un dedo, lo mismo que yo lo hice, y, mirándome con desconfianza,

—Esa e la Prudencia,—dijo.

—¿La Prudencia?—Yo hice esta exclamación, pasmándome de verdad, de ver á la Prudencia colgando del techo; y el viejecito me miró todavía, como si dudase. No he visto gente más escamona que la de Sevilla: son retrecheros,



La guitarra es un suspiro de Oriente encerrado en el capullo de una rosa de Andalucia.

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

maliciosos y burlones, unos y otros, chicos y grandes, machos y hembras, y juzgan naturalmente á los demás de igual modo que son ellos. Por esta causa, aquel viejín, arrugado y descalachidito, mirábame con tal prevención, temiendo, sin duda, que yo me burlase.

Hubo de comprender mi buena fe, á lo que creo, porque se decidió al fin y me lo explicó todo circunstanciadamente. El lagarto significaba Prudencia, una de las virtudes cardinales.

—¿Oté está viendo aquer colmillo de alifante natura? Po eso e la Fortale-

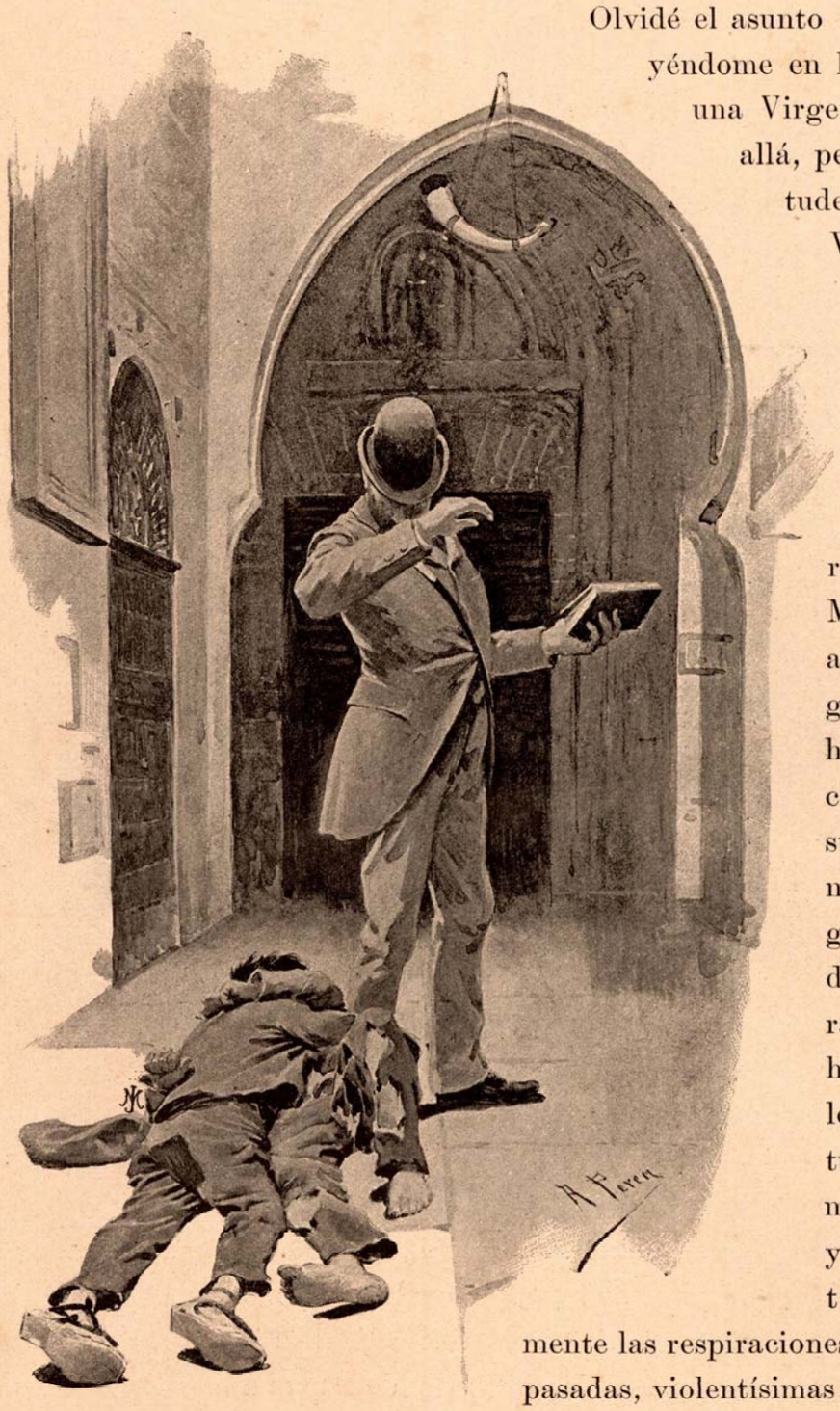


za; la vara e jierro que está allí apegotá al tabique, la Justicia; y el bocao pa la boca e la bestia, e la Templanza.

En Dios y en mi ánima, como dicen algunos escritores de ahora para ser castizos, que aquello me divirtió bastante. Será inocencia en mí, será todo lo que gustéis; pero nada de aquello sabía yo, y me alegré de saberlo.

El viejo de las explicaciones tenía una nariz particular: tan chata era, que las ventanillas me parecieron otros dos ojos: tan de frente á los míos daban: figuraos hasta dónde se levantaría la nariz del viejo. Me miró atentísimo con los ojos suyos naturales y los ojos de *la nariz,* por haberme yo limitado sencillamente á decirle que le agradecía la explicación. Me miró de una manera singularísima: después he comprendido que aquella mirada fué de cólera, de desprecio, de ilusiones que volaron, de decepción y muerte. ¡Ay! Fué una mirada de

no haber recibido propina. Me dió coraje de ser así mirado y me hice el sueco. ¡Bien sabe Dios que no fué por la miseria de un par de reales!



Olvidé el asunto muy pronto, abstrayéndome en la contemplación de una Virgen que hay al fondo, allá, pegandito con las virtudes de marras: era una Virgen...

Pero como yo rompo aquí el párrafo, así me interrumpió á mí súbitamente un gran golpe que recibí en las piernas. Miré asustadísimo, antes de hacerme cargo de otra cosa, y hallé á mis pies dos chiquillos andrajosos, sucios, como de ordenanza en la clase de granujas distinguidos. ¡Dios, qué quimera! ¿Cómo entraron hasta mí sin que yo les sintiese? Daban tumbos bárbaros, se mordían, arañábanse, y todo esto sin chistar; oyéndose solamente las respiraciones de los dos, descompasadas, violentísimas, y el rumor sordo de los cuerpos al arrastrarse. Acudí á separarlos á un impulso de piedad no comprendida por los testarudos combatientes, y estaré arrepintiéndome hasta que me muera de aquel arranque de mi corazón piadoso. Mientras detenía los arrebatos de uno, viéndome negro para conseguirlo, el otro desahogaba su furia sobre mí, dándome puñetazos más gordos

que la catedral. Iba á defenderme de sus locas arremetidas, y el segundo, entonces, me mordía, me pegaba. ¡Jesús, qué mala hora! El viejecito de las virtudes cardinales, tuvo buen corazón y acudió en mi auxilio. Poco podía, pero la intención fué bastante, y yo conseguí desprenderme de aquellos dos cachorrillos de pañales rotos y calzones remangados. Huyeron los dos, y, deteniéndose en la misma puerta, sacó uno *del buche* un medio limón y lo disparó contra nosotros. Así nos pagaban aquellos malos bichos nuestra acción de impedir que se estropeasen. ¡Oh, niños precoces! ¡Vosotros sois los hombres del porvenir! ¡En vosotros fijan su mirada curiosa, inquisitorial y llena de ansiedades, los grandes genios presentes de la matutería y del timo; los guapos, los valentones, la carne podrida de la sociedad española!

Así pensaba yo, limpiando mi ropita, mientras el viejo, despidiéndole centellas los ojos y echando sapos y culebras por la melladísima boca, arreglaba su mugriento sombrerete, de las abolladuras que le infirió el limonazo del *chavea*.

Todo lo que yo sufrí en aquel trance quedó compensadísimo,—Dios me lo perdone,—con la impresión de hilaridad que me causó una lapidita que vi en la pared, abajo, contra el suelo casi.

ESTAS TRES SEPULTU
RAS SON DE LOS PEO
NES DE ESTA SANTA IGLE
SIA: Y ALBAÑILES.

La lectura de esta inscripción me consoló sobremanera de lo que me había impresionado la acción que vi en los chiquillos. Valía más ser niño sin educación y sin responsabilidad de sus actos, que hombre serio y piadoso, que consienta allí aquellas barbaridades de la gramática, exponiendo á los desdichadísimos peones que trabajaron en la obra piadosa de la iglesia, á la impiedad y la chacotería de los curiosos indiferentes.





CAPITULO X

La mujer del escobón.—Desde lo alto
Una familia de «touristes»

No quise pensar más en aquello, y volví á mi idea de subir á la torre. Así lo hice; y ahora sabréis las cosas curiosísimas que allí pasaron. Conforme iba yo aproximándome, recordé la historia de esta fábrica. Según los eruditos, comenzaron las obras de la Giralda el año 1000, bajo la dirección del moro Hever, á quien algunos consideran como autor del álgebra. Hay una nota curiosa que indica el celoso fanatismo de los sarracenos: bajo los cimientos de la Giralda, se colocaron todas las reliquias de los héroes

de la cristiandad, de que pudieron hacerse, formándose así, en sus ardientes imaginaciones dadas á lo simbólico, la idea de que los cimientos levantados sobre reliquias cristianas, era la significación grande del poderío de la Media Luna sobre la Cruz. Tenía de alta la torre 36'659 metros y concluía en un chapitel. De mayor á menor, sosteníanse superpuestas sobre el chapitel—construído de azulejos—cuatro esferas doradas que derribó un huracán el día 24 de agosto de 1396. Tres siglos más tarde, se le añadieron cuatro cuerpos, y dirigió estas obras el maestro mayor Fernando Ruiz. En el primer cuerpo están las campanas, en el segundo está la campana del reloj. Este cuerpo es de orden dórico, y dando vueltas al friso, hay, en el exterior, una inscripción latina que se traduce:

En nombre del Señor es torre firmísima.

Pensando en la Giralda iba yo, y en las generaciones y generaciones que aquel gigante había visto nacer y morir con la impasible calma del no ser. ¡Cuántas arbitrariedades! ¡Cuántas tiranías! ¡Qué multitud de extraños sucesos habrán ocurrido, no ya en el mundo, no ya en Europa, no en España, sino en Sevilla no más, desde que los alarifes de Fernando Ruiz dieron su última mano á la famosa torre!

Aquí estaba mi pensamiento, cuando entré por una puertecilla abierta en el muro. Anduve algunos pasos, deseoso de llegar á la primera rampa; pero una mujer, vestida de luto y escobón en mano, salió á mi encuentro y me detuvo sin ceremonia de ninguna clase.

Por este carácter mío, cortado y bonachón, que me da tantos disgustos, quedé yo, así, como quien ve visiones y sin atreverme á dirigir la palabra á la mujer que me detuvo. Era alta, delgaducha, pecosa, de rostro macilento y compungido. Barría cuando llegué, y, á guisa de valla, atravesó el escobón delante de mí, diciéndome muy seria:

—No se permiten grupos de menos de una persona.

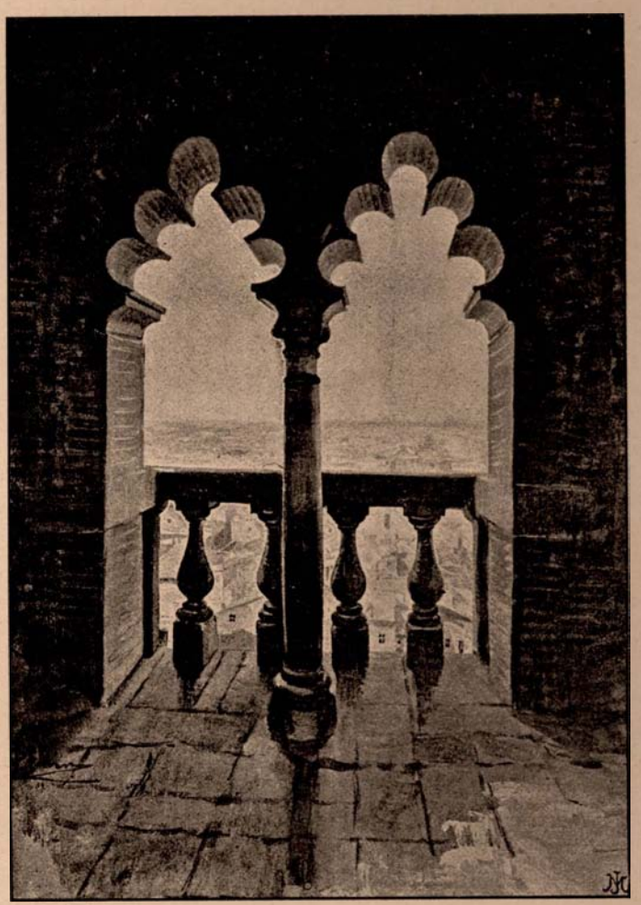
No me espanté de aquella barbaridad, porque no podía espantarme ya nada, desde que la señora belga me despertó á puntapiés sin conocerme y desde que disertó el sabio de la fonda de sus pasmosas facilidades para redimir á la humanidad.

—Señora,—le dije con mucha calma;—no entiendo lo que V. quiere decir.

—Que man mandao que nadie suba solo. Yo, ya ve usté, no hago más que lo que me mandan.

—¡El demonio que te lleve!—iba yo á gritar; pero me contuve, y quise ir de buenas. Hubiese tenido un gran disgusto no subiendo á la torre aquel día, y á toda costa procuré captarme el aprecio de la celosísima cancerbera.

—Yo no sé por qué habrán mandado eso,—dije, y sonreí afablemente y con mucha timidez.—Yo creo que esa orden no rezará conmigo. Si V. quiere, yo se lo agradeceré á V. mucho, porque he de marchar mañana.



Logré suavizar sus rigores, porque repuso:

—Bueno: suba usté; pero mucho cuidao.

¿Por qué me encargó el cuidado? No me lo he podido explicar aún.

Eché á andar con cierta zozobra de verme detenido otra vez por algún otro obstáculo, y fué, por desdicha, mi zozobra muy fundada. Se cuadró ante mí la hembra, que ya me iba resultando feroz, y me dijo con gran lisura:

—No, señorito, no: eso cuesta dos reales.

—Bueno, señora.—Ya estaba yo impaciente.—Bueno: yo no lo pongo en duda, ya se le darán.

Me cogió de un hombro:

—No: es que se pagan anticipados.

—¡Cómo anticipados, buena mujer!—grité colérico.—¡Hombre, me gusta! ¡Anticipados! Pero, señora, ¿V. se ha creído que yo me voy á tirar por la torre para irme sin pagarle?

Y ella, entonces, con la mayor llaneza, contestó:

—Pues por eso; porque se han tirado algunos, y yo me quedé sin mis dos reales.

¡Jesucristo! ¡Y yo creí que no podía espantarme ya! Di una peseta, y me

alejé presuroso. La enlutada siguió barriendo como si *tal cosa,* y yo subí por aquellas rampas de Dios, pensando en que *tales cosas* me pudieran suceder.

De verdad, no parece que la dichosa torre tenga ya cerca de novecientos años: esto se le ocurre hoy á todo el mundo conforme va subiendo. Todo respira allí modernismo, y aun elegancia. Las puertas de las habitaciones situadas en el centro, son nuevas, barnizaditas; las estancias limpias, las paredes todas blancas, los balconajes de piedra restaurados y aun nuevos. Subí muy despacito, encantado y curioseándolo todo. A la derecha, por los ajimeces de cada una de las rampas, veía un lado distinto de Sevilla, de esa Sevilla que enamora y atrae como los ojos candentes de una mujer meridional. La pendiente es suavísima y permite el acceso con suma comodidad. Son treinta y cinco rampas. No dudo yo que por allí hayan subido á caballo los Reyes Católicos, según dicen los historiadores.

Los otros dos cuerpos de la Giralda son seculares: uno de orden jónico y otro que pertenece al corintio. Remata en una cúpula, y sobre la cúpula descansa la enorme veleta, representando la estatua de la Fe, vulgo *el Muñeco.* Según datos que después he visto, este muñequín pesa 1,288 kilogramos.

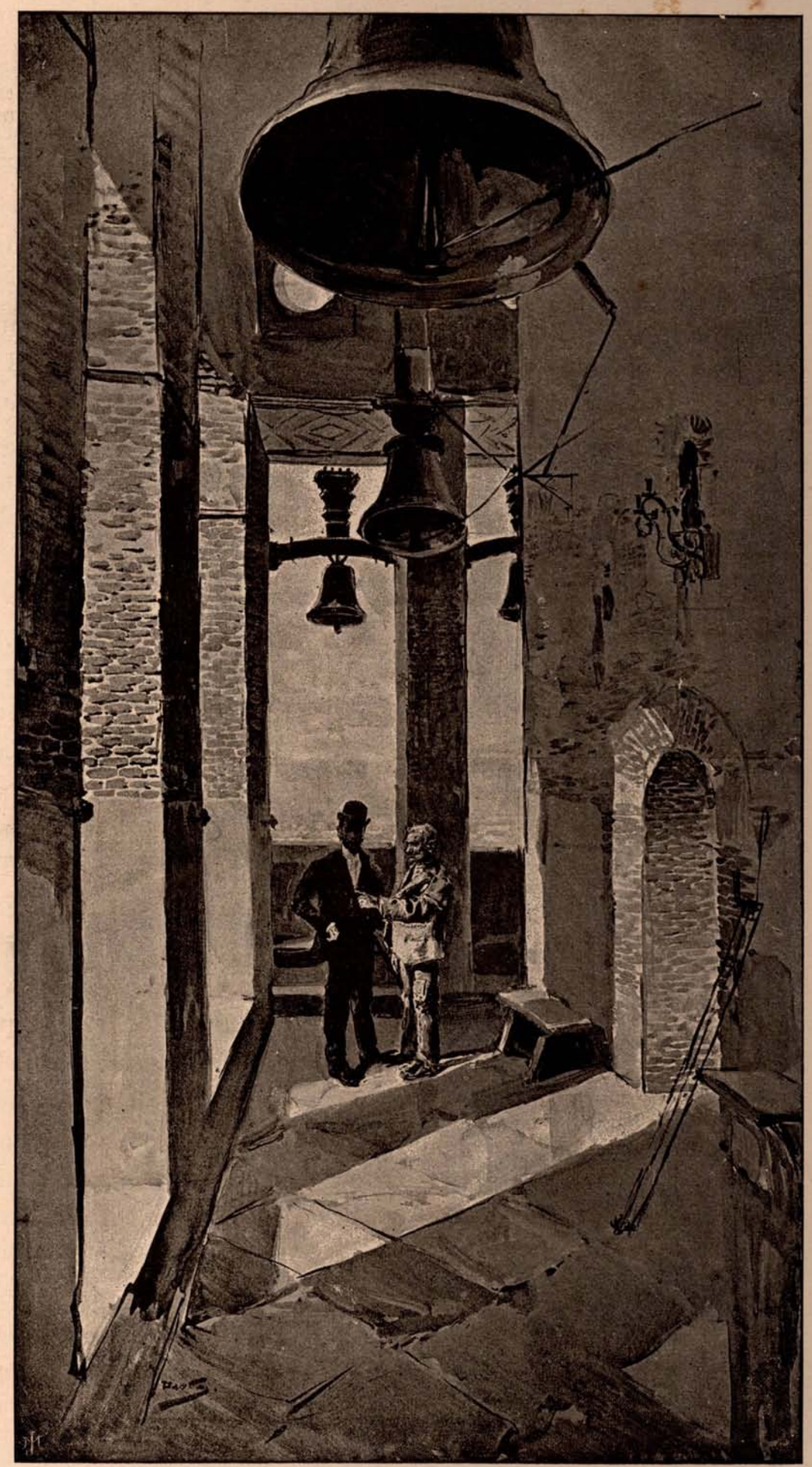
Dirigiendo la vista á una parte y á otra, á la derecha recreándola en la ciudad y en el campo, y á la izquierda para curiosear en las habitaciones de que antes hablé, que están allí como empotradas en la parte central del cuadrado torreón; distrayéndome así, digo, llegué al final del cuerpo primero, donde se encuentran las campanas. Están en profusión que no hay más que pedir.

Veinticinco parroquias
tiene Sevilla;
veintinco campanas
la Giraldilla.

Esa copleja, que se canta allí en todas partes, os dice el número de campanas: la mayor de todas llámase Santa María, pero se la conoce hoy por el vulgo con el apodo de *la Gorda.* Un ciego, salido de no sé dónde, se me arrimó para decirme eso, y añadió después una retahila de los demonios.—Costó Santa María 10,000 ducados, la subieron en 1688... fué elevada á mayor altura en 1886...

Me estremecí involuntariamente, oyendo la cháchara del buen hombre: aquella historia que barbotaba de sus labios como río sin dique, me hacía recordar la relación de la dama belga en el tren; pero ahora, á lo menos, podíame yo consolar diciendo al hombre que callase cuando me diera la gana.

Así como odiamos aquello que se nos impone, así sobrellevamos mil veces yugos fuertísimos por el solo placer de sobrellevarlos. De ahí la causa de que á mí me diese entonces por oir al ciego con toda la tranquilidad del mundo. Acordándome de la dama belga, me turbé un poco, y no pude retener nada de lo que el otro decía en su hablar precipitado. Me serené con las anteriores ideas, y ya en mis sentidos le cogí al vuelo algunas cosas. Apuntando las fe-



chas, sobretodo, conforme el ciego hablaba, y dos palabritas por cada quinientas suyas (no creáis que exagero), puse luego en claro que descargó en la última decena de abril del año 84 una gran tormenta: cayó un rayo en la Giralda y ocasionó desperfectos grandísimos hacia la parte del sur de la torre, que recorrió, desde el primer cuerpo hasta el suelo mismo de la Catedral, por la puerta de Palos. Estropeó campanas, muros, pavimentos, rampas y bóvedas; los balcones de las rampas 29, 25 y 21, destruídos completamente. Se hizo un proyecto de pararrayos por el arquitecto Fernández Casanovas: estando en curso el expediente, otra chispa eléctrica entró en 1885, causando también grandes deterioros. Se agitó el expediente por esta causa, se aprobó el proyecto, y la obra de la colocación de los ocho pararrayos quedó terminada en 1886.

Como yo soy así, se me fué de pronto el santo al cielo con mis reflexiones, y se me fué, á la par, gran parte de lo que el ciego decía. Lo sentí mucho, pero mi vanidad me hizo creer luego que lo que yo había pensado valía, poco más ó menos, lo que valiesen las historias del hombre sin vista. Pensé yo en el expedienteo de las oficinas españolas del Estado. ¡Válgame Dios divino! ¡Qué cosa quería uno más para desconsolarse, y sufrir y morirse de pena con motivo, al pensar en las cosas de esta España! Cayó el primer rayo en la torre y se hizo el proyecto: al año estaba el expediente en curso aún, y fué preciso que cayera otro rayo para que lo resolviesen. ¡Oh Dios bendito de los buenos! ¡Oh Madre Santísima de las misericordias! ¡Tened piedad de nosotros los pacíficos ciudadanos españoles! ¿Qué va á ser de España si para resolver cada uno de los expedientes que hay en las oficinas del reino caen dos rayos? Habría de sobra con un rayito no más que partiera á quien tiene la culpa. Esa, esa sería la madre del borrego...

En tales reflexiones estaba yo, sin pensar en la palabrería del otro. Juro que, mientras yo pensé todo eso, nada pude comprender de lo que dijo. Le pesqué al pronto la palabra *cordero,* y, por avenirse algo con aquello de borrego en que yo iba antes, se me quedó un poco fija. Súbitamente, se agarró á esta palabra del ciego, otra, y otra á la otra, y así fué apartándose mi mente de los rayos para pensar en lo que oía, hasta que seguí enterándome en lo de Cordero; lo pongo así porque es un apellido. Referíase mi ilustrador á un religioso lego franciscano, Fr. José, á cuya habilidad prodigiosa se debió, hace ciento veintitrés años, el reloj que en la Giralda existe, que fué hecho para sustituir al que se colocó en 17 de enero de 1400, primer reloj público que se conoció en España. La colocación de este reloj se hizo con grande y solemnísimo aparato, y con asistencia, para más gala, del señor rey D. Enrique III.

Todo lo que ya dije, y otras muchas cosas que no vienen á qué, decía el

ciego. Oíale yo sin mirar otro punto que su cara afeitadota y movidísima. Andaba por allí como Pedro por su casa, y me dió algún que otro susto á lo mejor, haciéndome creer, sin saberlo, que iba á desnucarse contra un tabique. Pero ¡ca! ni un tropezón siquiera. Recuerdo que vi después el reloj aludido. Estaba cubierto de cristales como santo en su urna. La máquina no es de gran complicación, y quédase allí uno pensativo al recuerdo de las horas buenas y las horas malas que habrá hecho sonar un reloj que tantos años tiene. No he dicho aún que, hablando, hablando, abrió el ciego con enorme llave la



fuerte cancela que obstruye la subida al cuerpo último. Ascendí por unas suntuosas escaleras de mármol con barandales de bronce. No contrasta mucho la escalera con la vetustez de la torre, porque ya tiene uno la vista y el pensamiento acostumbrados desde el fondo, por el sello que en todas partes se encuentra de restauración y de modernismo. Cualquiera diría que está la torre acabada de construir. Allí lo único que hay viejo es la mujer del escobón y un si es no es el cegato de las campanas.

Figúraseme que estaba yo febril cuando me hallé en el piso del último cuerpo de la Giralda. Miré con grandes ofuscaciones á un lado y otro sin poder orientarme de maldita la cosa. Torrentes de luz hirieron mis pupilas, que giraron sin concierto, atraídas á la vez por las múltiples bellezas que en todas partes se me presentaban, surgiendo como suaves visiones de lo profundo, para llegar hasta mí, pobre mortal, que en aquellas alturas se creyó rey absoluto de lo

creado. Hablé, en un segundo, más que la dama belga y más que el ciego de la campana pudiesen hablar juntos en un año. Fuí de acá para allá, palpitante de orgullo; y, si no hubiese interrumpido aquel frenesí de mis nervios gran clamor de voces que venía del fondo de la escalera, yo no sé lo que habría ocurrido.

Me apoyé de brazos en el enorme barandal. De lo que me hice cargo primero, fué de la calle de Alemanes, con su puerta al patio de los Naranjos, antiguo, grande y poético, á semejanza de todos los que ornamentan las catedrales españolas, con la capillita del Señor del Gran Poder, el Sagrario enfrente, cuya puerta cae á la calle del Capitán, y el abigarrado caserío después, que le separa de la Plaza de Toros: á seguida, las aguas coloradas del río, y el puente de Isabel II un poco á la derecha. Síguese con el anteojo, desde la plaza, por la calle de Ardoy; con el río, el muelle; el barrio de Triana más allá, y, más allá aún, el campo, los montes, microscópicos caseríos blancos, que arrancan reflejos, como si su blancura se ornamentase con mosaicos de estrellas. Dando lentamente la vuelta al balconcillo, concluye ante la vista la cordillera montañosa, para dar con otro cordón, azul, blanquecino y medio confuso: es un hilo de montañas también, cuyas siluetas se pierden vagorosas en el horizonte; algo así como la ilusión que se evapora, que se aleja, dejándonos en el alma una dulce melancolía de desengaños. Después de esta parte de los montes, especie de muralla fantástica de crespón onduloso que parece rodear los campos de Sevilla, como los dilatados y resplandecientes muros de oro envuelto en brumas de la leyenda, al descender de los montes, recréanse el corazón y el alma en la vista de la Cartuja, con su feraz campiña y el río á sus pies; grandísima profusión de arbolado, el castillo de la Macarena, los talleres del ferrocarril de Madrid; y todo, rodeando, rodeando siempre por el balconcillo de la torre, á cada uno de cuyos costados encuentra la imaginación nuevas grandezas de que señorearse y nuevas puras alegrías que llevar al espíritu para que adore á Dios de rodillas en el altar de la conciencia.

Siguiendo allí mi pensamiento, subyugado y rendido, bañábase en las aguas cristalinas de aquellas huertas, perfumábase perezosamente con éxtasis divinos en las esencias de sus naranjos, para venir luego como diablillo sin educación á colgarse alegremente, como los vencejos y las lechuzas, en las campanas de las iglesias del Salvador y San Juan de Dios y otro gran número de torres que sobresalen sobre los tejados, como ejército venerable de dueñas quintañonas, para vigilar y guardar la alegría, el garbo, la gracia y la eterna juventud de la arrogante y pura doncella á quien el artista llama *cielo* y á quien los hombres llaman *Sevilla*.

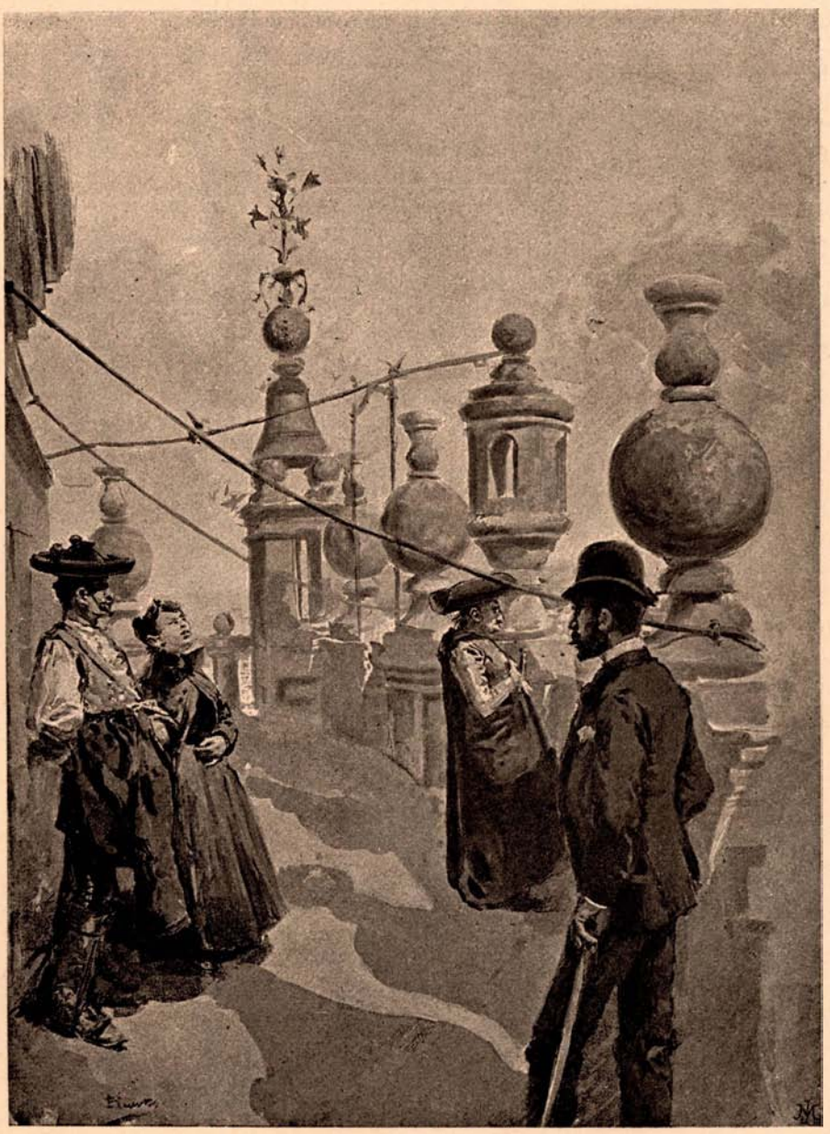
Desde la torre de San Juan de Dios, allá va de un salto el pensamiento, porque ha visto otra vez el cordón confuso de montañas, con sus casitas resplandecientes como las estrellas. Encuéntrase, bajando, en el Prado de San Sebastián, famosísimo por sus ferias de abril y setiembre: de allá surgen las chimeneas de la Pirotecnia, y, viniendo acá, la Fábrica de Tabacos, que me separa del Guadalquivir. Abstraídos ahora el pensamiento y la mirada, formando estrecha comandita, tiéndense por los patios llenos de verdor, las columnas, los verdinegros, las fachadas blanquecinas, los medios puntos y arcos sombríos de tejadillos, algún caserón ruinoso, para caer en la plaza del Triunfo, desconcertada, melancólica, vieja, metida para adentro como de un martillazo por la esquina de la catedral; los muros del Alcázar, los gruesos paredones de la Lonja y los arquitos y las agujas; en fin, aquel vetusto ejército de centinelas, viejísimos, inquebrantables, que figuran pasear silenciosos, como tropel de fantasmas, sobre el techo oscuro, resbaladizo y abovedado de la Basílica.

Como en el Tibidabo de Barcelona, como en las Ermitas cordobesas, como en los Gaitanes de Málaga, pensé en Dios, pensé en lo infinito y pensé en mi madre: admirando esas grandes é imponentes manifestaciones de la Naturaleza, hay que pensar en grandiosidades también. El exaltado espíritu voló luego, como llevado por genios invisibles en andas de oro y luz, á la época en que San Fernando cercaba á Sevilla, y vi en aquellas dilatadas llanuras, concentrándose en un segundo, todas las guerras sostenidas durante gran número de siglos por el odio de dos razas, los grandes hechos de los héroes de la cristiandad y el sombrío y celoso fanatismo de los sectarios de la Media Luna.

Me sacó de mi éxtasis el clamoreo que antes oí: subían cuatro personas que hablaban á la vez. Yo sólo vi una, al principio. Llamó mucho mi atención, y llamará la de vosotros, seguramente, cuando la conozcáis. Era un cura bajito, regordetín, con manteo sin manchas, pero muy lustroso ya. El correspondiente sombrero de teja muy chiquitín y recortadito como toda la persona de mi hombre; una melenilla gris caíale sobre el cuello del manteo, dándole un brillo doble que en lo restante de la ropa, porque era de la grasa del cabello en conjunto con el lustre de los años. Tenía una cara angulosa, tersa, brillante: no se veía allí ese lustre con ligero viso azulado que deja la cuchilla del rapabarbas en el descañoneo, no: era un rostro de doncella que nunca tocó mano alguna profanadora. La nariz era grande, larga, rectísima, inclinándose hacia abajo con la misma pendiente que un *pasero:* la punta de la nariz le tapaba por completo la boca; eran chicos los ojos, azules, movibles, revoltosos como dos peloticas de azogue. Tenía medias negras y zapatos de becerro un poquito volcados,

como las dinastías en las épocas revolucionarias. Esta fué la primera figura que escupió la escalera al sitio donde yo me encontrabà.

Saludó cortesmente con media sonrisa, porque la otra media se la tapaba la punta de la nariz, y yo me quedé absorto en la contemplación de aquel



tipo. Los ojos le relampaguearon al ver el panorama inmenso de paisajes, montañas, ríos, torres y los espléndidos oleajes de sol que parecían ahogar en lluvias de oro todo cuanto la naturaleza creó. Según las impresiones que vi en su carilla de doncellueca, debía tener un gran corazón el curita de mi historia.

Llevaba un gran catalejo, que colocó sobre el balconcillo para no molestarse, sosteniéndole al mirar. Como el hombre era chiquitín, venía perfectamen-

te, no teniendo que inclinar el cuerpo. Cuando pasó su impresión primera, exclamó á gritos:

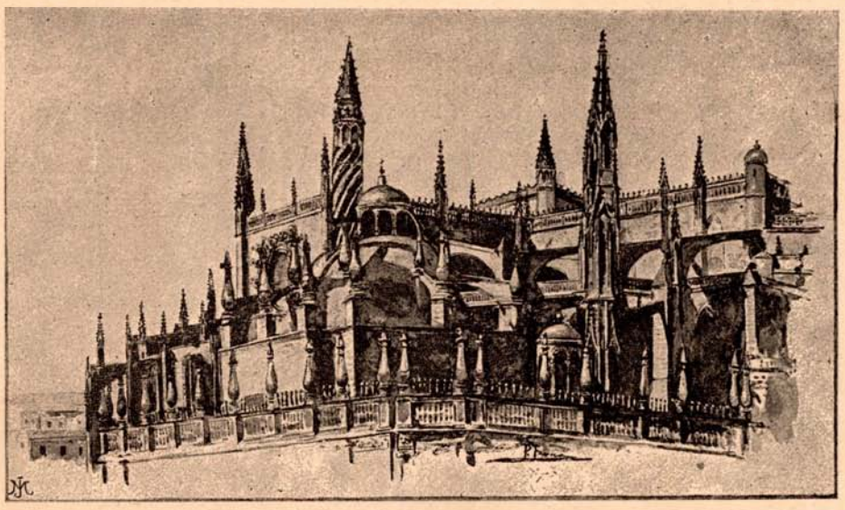
—¡Cuidado, señora!

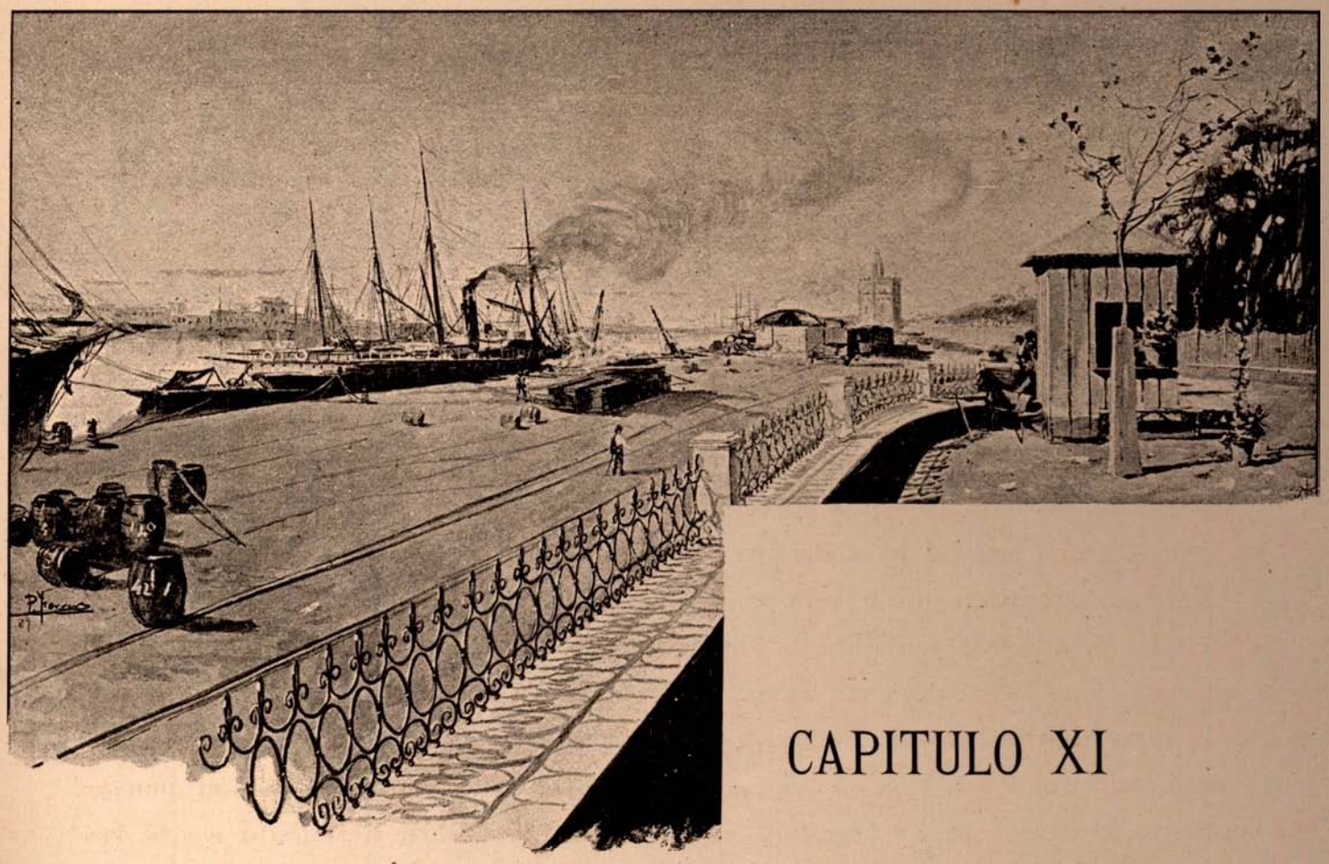
¿Estaría loco también? Pero, Señor, ¿qué destino era el mío? Lanzó aquella exclamación sin volver la cara, y creí que el hombre, calenturiento como yo cuando me encontré allí de pronto, hablaba con algún ser imaginario. Quedé mirándole y volvió la cara de pronto hacia la embocadura de la escalera: comprendí, con este movimiento, que se dirigía á otra persona á quien se adelantó. No queriendo perder segundo en su contemplación estática, se limitó á gritar de nuevo:—¡Cuidado, señora!—Y no volvió más la cabeza.

Ya tenía yo deseos vehementísimos de ver á la esperada señora. Me acerqué á la escalera y no vi á nadie. Me iban entrando bascas de preguntar al cura, cuando allá, en el fondo, vi una gran mole de carne. Lo bueno de todo fué que de su exclamación dichosa hizo el cura estribillo, y de minuto en minuto se oía:—¡Cuidado!—A todo esto la gran señora, porque era muy grande, nada oyó aún, y subía con esfuerzos inexplicables. Un terrible mozo iba detrás: un mozo enorme, zancudo, con sombrero de felpa, anchísimo como sombrilla, acatitado un poco y con gran borla en el ala; camisa muy limpia, con broches plateados; chaleco; sobre el chaleco, faja oscura, calzón corto y polainas de becerro. El orondo jayán tenía rollizos mofletes, ojos sin expresión, y llevaba al brazo la chaqueta. Me pareció un arrendatario, cortijero, de arca *jonda*.

Cuando estaba yo en mi estudio de los dos individuos que subían, oyó la robusta hembra por primera vez el *¡Cuidado, señora!* del distraído cura. Le oyó, digo, y quedó parada y suspensa, errantes los acobardados ojos y como si la Giralda se le cayese encima. Viéndose estaba allí, claramente, que la mujer no vió á Sevilla, ni subió otras *escaleras* que las del tálamo. Encontrábase sorprendida, asustada, llena de terrores sin explicación, pero grandes, como la inmensidad de aquel angostísimo cañuto.—¡Cuidado, señora!—le gritó la voz del cura otra vez. Y ella quedó indecisa de nuevo, se cogió al barandal fuertemente, y fueron necesarias las exhortaciones del mozo, que las echó de perdonavidas, para conseguir que se moviese. Subió, subió con lentitud, con majestad; subió con tantas dificultades como subió la *gorda*, de los 10,000 ducados: la vi ya perfectamente. Era una cara grande, redonda, mofletuda, sanguínea, inmensa, con los ojos muy chicos, la boca muy chica, y la nariz más chica que los ojos y que la boca. ¡Dios mío, qué nariz! Tenía la mujer igual anchura que longitud: parecía una de las torres chatungas de los esquinazos de la Lonja. Conforme iba ensanchándose el cielo ante sus míseros ojos, la expresión de su cara aparecía más

estúpida, su ademán más lento y su cobardía más grande: iba aproximándose á Dios conforme subía escalones, y su naturaleza brutal, cerrada con grandes murallas de tocino á esos cauces misteriosos por donde la idea pasa vibrando en chispas de luz, no pudiendo comprenderla, aterrábase de la inmensidad de Dios.





CAPITULO XI

La familia de «touristes.»—Los palomos de la torre.—Venganza de un malvado.
¡Horror! ¡Terror! ¡Furor!

PREGUNTARÉIS vosotros:—Y ¿quién será la cuarta persona, si dijo el autor que eran cuatro?—Lector de mi alma, no te lo dije aún, porque me apena contarte yà tantas desdichas. La cuarta persona era el sapientísimo prehistoriador que almorzó á mi lado por la mañana.

Me pareció, al principio, que iba con el cura y los cortijeros. Me equivoqué: iba solo el hombre, y se alegró mucho cuando me echó la visual. «¡No, pues si creía que yo estaba para aguantar ciertas cosas, flojo que iba á ser el desengaño!» ¡Hombre, parece mentira! ¡Tan contento como yo estaba en mi soledad! Ardía ya en ganas de escabullirme por no ver al sabio, con perdón de su persona; ardía en ganas de escabullirme, digo, pero el cura, el jayán y la mole de carne me detuvieron allí, como incrustado en el suelo. A la verdad, que eran muy dignos de estudio.

Cuando la mujer estuvo en lo alto y le dió en la cara de pronto todo aquel golpe de cielo, su pavura no tuvo límites: yo vi en su expresión, en las contrac-

ciones de su rostro, en la manera de girar las pupilas, que se le había figurado que el mar se remontó de repente á las alturas y que todas sus aguas iban á caer en junto y de una vez para que ella se las tragase. Le afluyó á la cabeza toda la sangre; enormes gotas de sudor le corrían por el cuello y la frente...

—¡Ay, Jesú! ¿Qué me pasa? ¿Qué me pasa?...

Esto dijo gritando, y se echó para atrás como para hundirse por el escotillón de la escalera: sin duda prefirió rodar y reventarse á beberse toda el agua del mar que se había desarreglado, poniéndose patas arriba.

Sostúvola afortunadamente el tremendo mozo en sus grandes manoplas, quedando los dos en trágica postura, como los amantes de las tragedias. Acudió el cura en auxilio de la sin fortuna, y la abanicó furiosamente con el sombrero; no por interés de la señora, sino porque cuanto más pronto volviera en sí, más pronto estaría él libre de entregarse á sus estáticas contemplaciones. Me gustaba á mí mucho el cura aquel. Mi vecino, el prehistoriador, contemplaba el grupo filosóficamente. No quise preguntárselo para ver si me equivocaba, pero estoy seguro de que en tal momento bullía en su imaginación el pensamiento trascendental y filantrópico de escribir un libro destinado á que las mujeres gordas no se desmayasen al subir á la Giralda. Lo que me dolía á mí de todo esto, era que un tan lindo traje fuese llevado por tan estrafalaria mujer; pero de todo debe uno consolarse en la vida. Mientras estuvo sin sentido ó pareció estarlo, yo me entretuve en la travesura de desnudarla con el pensamiento, y ponía á otra muchacha cualquiera del campo, jovencilla, gallardota y con gracejo, el ajustado corpiño de la gorda y descomunal mujer, la corta falda, el zapato bajo, la media finísima, la pañoleta con vivos de colores, el delantal oscuro, las gargantillas de colores, las arracadas de plata y el peinado de cortinas recogido atrás en enorme rodete. En una chica robusta y pizpereta, de ojos negros, labios gordos y mejillas rojas, este traje es una bendición que hay que recibir arrodillado.

Fué volviendo en sí la celebérrima señora, y, en cuanto el cura halló un resquicio, se levantó, como si lo ganara y no le pagasen, y, con el catalejo á guisa de bastón, allá fué nuevamente. Se le aproximó mi vecino, mirándole con la misma atención y curiosidad que uno de consumos á persona sospechosa, y oí que se encaraba con él, y, sin encomendarse á Dios ni al diablo, le dijo así:

—Eso que está V. mirando á nuestros pies es el Al-Xaraf: parece una interminable alcatifa de verdor...

Comprendió el cura que era con él la cosa y quedó mirando al otro con insistencia. Los ojillos iban de arriba abajo, en busca de todo lo que aquel individuo exteriormente pudiera revelar, que lo retratase por dentro á lo *caló,*

sin duda, porque volvió á su contemplación de la vega sin decir palabra.

Me distraje yo un poco al oir unas tremendas risotadas: eran de la descomunal señora. Reíase de aquel modo viendo un pobre pichoncillo que no podía colocarse en el barandal por muchos esfuerzos que hacía. Arrullaba quejumbroso una vez y otra, y comprendíase, desde luego, que se lastimó en algún sitio poco antes, causando esto su torpeza. Apareció entonces una paloma gris, cuyo plumaje brillantísimo arrancaba reflejos al sol: dió vueltas revoloteando por allí, se posó algunas veces más arriba, y bajaba luego hasta el pichón. Metíale el pico entre el plumaje, y parecía querer decirle luego con su tierno arrullo: —Pero vamos, vamos á ver: ¿por qué has cometido esta calaverada, hombre? ¿Cómo te has venido tan alto si no tienes todavía alas para ello?—Y el pichoncillo, entonces, marrullero, testarudo é imprudentón, con flaquezas de gente moza, intentó nuevamente volar, sacudiendo las alas con inútil resultado. Viendo su imbecilidad la paloma, quiso castigarle con su abandono: tendió las alas, y bajó como una flecha. Arrepentida más tarde y pareciéndole cruel su abandono, dobló hacia arriba y pasó junto al mustio pichoncillo, que la contemplaba envidioso. Dió tres ó cuatro vueltas y se plantó en un hombro de la estatua de la Fe. Pareció que desde allí imponía condiciones al loco mozuelo:—Como no tengas juicio me voy para siempre y te quedas ahí. ¿Tendrás juicio?—Y al arrullo de la paloma contestaba el otro arrullo del pichón, bajo, muy bajo, quejumbroso, como la arrogancia que se resigna:—Sí,—decía



el arrullo;—sí, tendré juicio.—Y allá fué la paloma de nuevo, bajó lentamente con majestad de reina, y desapareció del todo la severidad. Cuando estuvo al lado del triste, de nuevo metió el pico entre su plumaje y de nuevo empezó el maternal arrullo melancólico.

Habíame conmovido yo hondamente sin explicarme la causa. Extendíase por el cielo un tono azul, claro, igual, monótono. El Guadalquivir destellaba á lo lejos con las reverberaciones del sol, entre las arboledas y la campiña, como enorme lengua de cristal partida á trechos. Todo parecía envuelto en una calma y una languidez de muerte. Allá en lo hondo, como santo aviso, escuchábanse las campanas de un convento, y cerca de mí repetíanse las risotadas de la gorduncha.

Me puse rabioso.—Pero, vamos á ver,—me preguntaba;—¿por qué esta tía se ríe así, cuando hace un momento estuvo para morirse?—Y era hijo aquello, sin duda, de su propia imbecilidad. Seguía riéndose porque el palomo no pudo subir á la perinola: por esto no más, que ella, como supondréis, no había visto la historia que yo vi en las idas y venidas de la paloma. Sí, seguía riéndose, riéndose y mirando al otro jayán, pedazo de bruto, cuya satisfacción era únicamente la de reir cuando la mujer reía, y poner cara de aflicción cuando se malhumoraba. ¡Hombre... y luego dicen que no hay andaluces tontos!

Pero como noté que el sabio prehistoriador había vuelto á la carga con el cura, me fuí hacia ellos disimuladamente. Oí que decía:

—Aquella torre que está V. viendo allí, es la Torre del Oro: ahí estuvo preso D. Pedro *el Cruel* durante el reinado de Enrique de Trastamara; y detrás, allí, por el otro lado del río, verá nuevamente el Al-Xaraf, que *parece una interminable alcatifa de verdor*. Cuando San Fernando puso cerco á Sevilla ahí estaban las tropas...

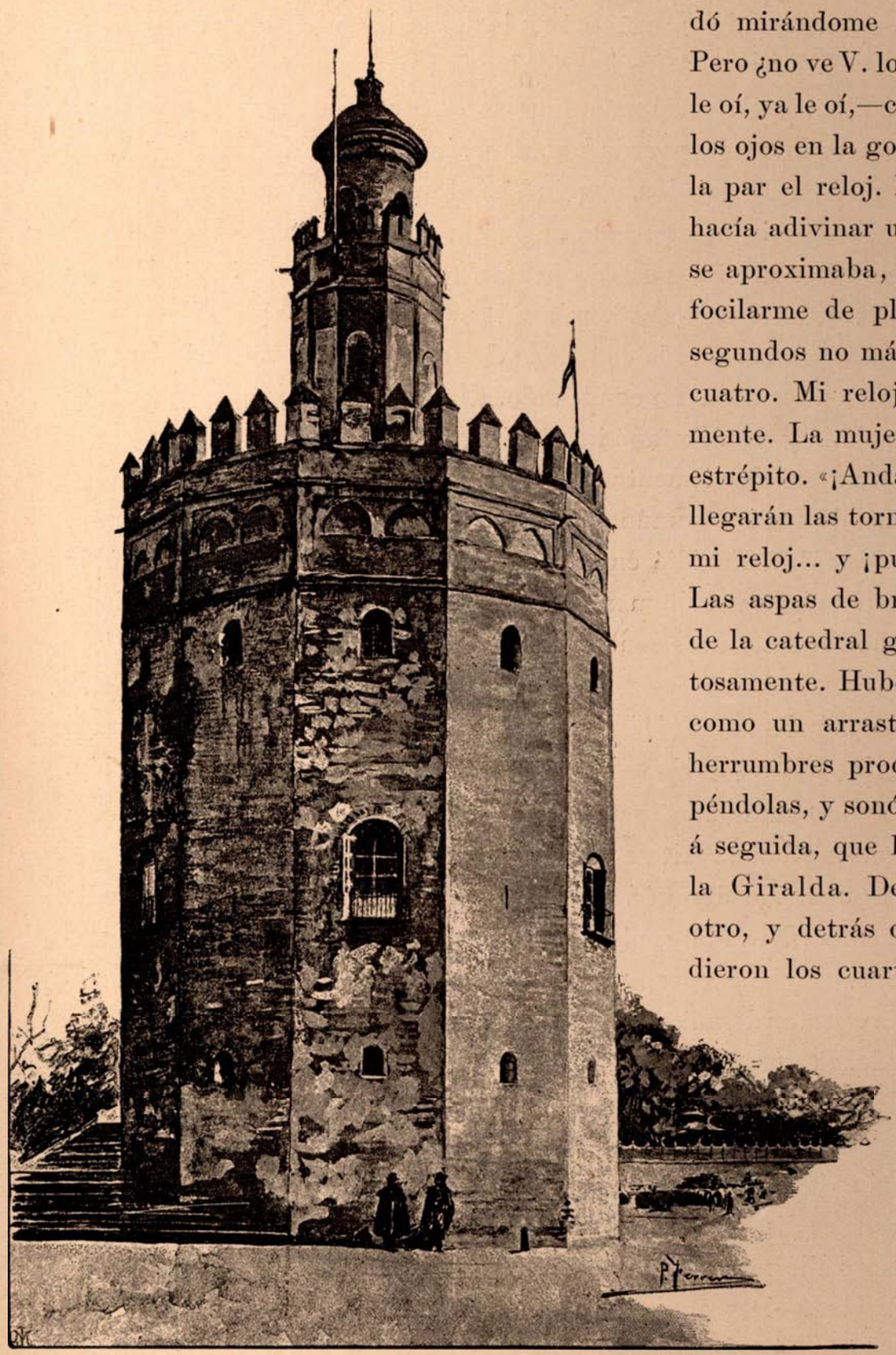
Se volvió el curita de pronto y preguntó apaciblemente:

—¿Usted quién es?

—¿Que quién soy?—dijo el otro muy picado, no sé de qué.—Aquí está este caballero, que me conoce.—Y señaló hacia mí.—Me llamo D. Antonio Rabanal: tengo grandes inclinaciones para todo y especialmente por la prehistoria: cuando V. guste le daré una conferencia de prehistoria. Actualmente escribo un folleto...

—Señor mío,—dijo el cura interrumpiéndole;—no necesito que jure lo de ser muy inclinado á la prehistoria. Se conoce, porque no ha tenido V. tiempo de consagrar á la historia un momento siquiera.—Y le volvió la espalda. ¡Cuando yo dije que me gustaba el curita!

Se fué el cura muy serio hacia la cortijera, que no había cesado de reirse.—



¿Vámonos?—dijo. El sabio quedó mirándome muy atento.—Pero ¿no ve V. lo que dice?—Ya le oí, ya le oí,—contesté. Y puse los ojos en la gorda, sacando á la par el reloj. El instinto me hacía adivinar una escena que se aproximaba, y empecé á refocilarme de placer. Algunos segundos no más y darían las cuatro. Mi reloj iba perfectamente. La mujer reía, reía con estrépito. «¡Anda, anda, que ya llegarán las tornas!» Miraba yo mi reloj... y ¡pum! las cuatro. Las aspas de bronce del reloj de la catedral giraron estrepitosamente. Hubo á la vez, así, como un arrastre inmenso de herrumbres producido por las péndolas, y sonó un cañonazo, á seguida, que hizo retemblar la Giralda. Detrás de aquél otro, y detrás otro, hasta que dieron los cuartos. A seguida las horas, por si no hubo bastante. ¡Qué estropicio, gran Dios, y qué risa á la par! ¡Entonces sí que iba de veras!

Desde el estruendo de las aspas al girar, había palidecido la mujer gorda espantosamente. ¡Qué cosa grave era la que ocurría en las alturas! Miró á unos y otros como demandando piedad, y en esto sonó la primer campanada,

en su misma oreja casi. El grito que lanzó fué estentóreo, tremendo: llegó á los abismos, subióse á las cumbres, señoreó en los espacios y en el mar y en las entrañas de la tierra. Después del primer golpe de campana, otro grito espantoso, formidable. El mozuelo acompañante puso la correspondiente carátula de aflicción; pero ahora la puso de verdad, y, agarrándose á la hembra, quedaron los dos estremecidos, desencajados, cogiéndose el uno al otro como si la salvación la tuvieran, respectivamente, cada uno en la del compañero.

—¡Señón cura, señón cura, por Dio ji María Santisima!—Así gritaban los dos, despavoridos; pero el cura era hombre de muchos nervios y estaba que no podía sujetarse á sí mismo: á cada cañonazo de aquellos se le encabritaban los diablillos y estremecíase como un condenado. El prehistoriador, por poco si cae de espaldas al primer golpe. Se tapó instantáneamente los oídos con las yemas de los índices, y apretó fuertemente como si quisiera clavarse allí los dedos. Fué el único acto de sentido común que le vi cometer mientras duró nuestro trato. ¡Se tapó los oídos! Envidié entonces á este varón singular, que tenía la dicha de no comprender que la humanidad doliente hallábase con él en el mismo caso que él se hallaba entonces con las campanadas dichosas del reloj de Fray Cordero.

En aquella confusión, me fuí sin que me notaran. El único agradable era el cura, con su nariz y todo. ¡Quién sabe! Tal vez le encontraría en otra ocasión. Una cosa tengo que contar aquí para descargo de mi conciencia y expiación pública y vergonzosa de una falta cometida. Es la siguiente:

Con todo lo ocurrido después, no se me pasó á mí el recuerdo de aquella enlutada del escobón. Ni su luto, ni su escobón, ni su cara, llena de dificultades, hubieran sido suficientes para yo mantener tan vivo mi recuerdo. No: lo que yo no podía apartar de mi corazón era la negra pesadilla de haberme hecho pagar adelantado. Pregunté al ciego de las campanas por ella, y me dijo esto y lo otro, y lo de más acá y lo de más allá, que si tenía un primo, que si tenía un tío, que si daba escándalos, que si no daba, que si era mujer de un sacristán, que si el sacristán vivía de momio y de engaño, y, en fin, que tuve que detener al hombre, porque se disparó ya de una manera que no sé yo á dónde hubiera llegado si no estoy allí para contenerle.

—Y ¿dónde vive?—le pregunté.

—¡Quién! ¿La sacristana?

—La sacristana.

Y entonces el ciego tomó carrera, resolló recio, y salió escapado otra vez, con que si la sacristana vivía ó no vivía, que si antes la recibieron de limosna en casa de unos parientes viejos, que si después no quiso ella seguir porque

era una tía descastada, sin rey ni Roque; que si por aquellos días tenía un cuarto de las rampas...

—¿En qué rampa?—grité cuando llegó ahí.

—En la número tantos. Di la propina al ciego y empecé á bajar las rampas. Los cuartos estaban abiertos casi todos. En uno había un zapatero de viejo que me saludó con la misma elegancia y compás de un caballero de *minué:* era un zapaterillo muy simpático. En las otras habitaciones, no sé quién habitaría, ni me interesaba. La habitación de la mujer del luto era lo que yo quería. Llegué, la vi: estaba abierta, sola. Como todas las demás, caía frente á uno de los balcones. Estaba la salita llena de trastos, como si no cupiesen allí. El gran hueco del balcón, también lo tenía ocupadito. Pues ¡no servía de cuarto de vestir á la mujer de Dios el hueco aquel! Vi allí un lavabo de madera, pintadito de negro todo él, á excepción del tablero gris, que estaba muy sucio. Había ropas aquí, ropas allí, la tabla del lavabo llena de peines rotos, marañas de pelo y agua sucia, un espejillo roto con marco de pino mugriento. ¡Oh venganza, venganza de la que estoy con todo mi corazón arrepentido! ¡Oh malvada y cruel criatura! ¡Tuve un instante fatalísimo de ofuscación y cólera! Cogí unas faldas viejas que había en la habitación y las eché en mitad de la rampa; cogí la jofaina del lavabo, llena de agua, y la volqué más arriba, poniéndola luego en un rincón; tiré los peines, cogiéndolos con un papelito para más aseo; la borla de los polvos rodó por la pendiente hasta que se detuvo contra la pared frontal del ángulo, no deteniéndome ya nadie en mi obra de destrucción y saqueo; puse las sillas al revés, la mesa boca abajo. Asaltábanme ya los remordimientos por aquella acción que cometía, y, para acallar el tremendo grito de la conciencia, hice el desbarajuste mayor aún, como el criminal que se embriaga con la sangre de sus víctimas para seguir destruyendo. Ya no había nada que hacer y huí espantado de mí mismo... ¡Justicia de Dios! Me encontré en la última rampa á la mujer del luto, barriendo todavía. Quedó suspensa, mirándome, y en sus ojillos resplandecientes creí ver puñales agudos que se hundían en mi corazón. En presencia de aquel juez inocente vi mi culpa mayor aún, y estuve tentado de confesarla: faltáronme las fuerzas, y, como lenitivo de mis grandes dolores, eché mano y le di una propina bastante regular. Ella me rindió homenajes entonces con toda la elegancia y distinción que pudo. Llegó conmigo hasta la salida, me saludó con la cabeza, con las manos, con el escobón, y yo me alejé, aliviado de un peso enorme con el otro gran contrapeso de la propina.

Llegué á mi casa á las cuatro y media: corrí al visillo, miré al balcón de enfrente. Nadie: no había nadie. Me aburrí como nunca y no quise estar solo. Salí

de nuevo, y en la plaza de San Fernando me encontré con el prehistoriador: fué un pechugazo espantoso.—¡Caballero!—gritó.—¡Vaya V. al diantre!—dije. Pero ¿qué hago, Señor? ¿Qué es lo que hago para encontrar una persona de mi gusto, que me distraiga, que me anime, que me ayude á conocer á Sevilla?... Una idea luminosa ardió en mi cerebro: al Guadalquivir, al río. Y anduve precipitadamente, como si buscara el río, desesperado, para precipitarme.

Llegué y me olvidé de todo ante aquel espectáculo bellísimo. El sol había perdido ya su fuerza: caía sobre las aguas muy dulce, como una caricia de amante. El muelle estaba animado: botecillos acá y acullá adornaban la superficie del agua, tranquila y suave como el cielo. Hice llamar á Chanito, y apareció éste á poco, ágil, alegre, corretón, como en todas ocasiones. Me saludó con su risotada de granuja, y atracó el bote al muelle.

—Mira, Chanito: vamos á subir allá, hasta la Cartuja.

—Güeno, señorito; andosté pa entro.

Salté al barco, y Chanito bogó con fuerza. Son los recuerdos de las excursiones por el Guadalquivir los que tengo yo más grabados en mi alma. Nos alejamos un poco, y ya mi pensamiento empezó á remontarse á unas alturas infinitas, á mucha más elevación, por cierto, de lo que yo estuve en la Giralda aquella tarde. Avanzaba el bote rápidamente, y, sin embargo, parecía inmóvil. Así es la vida y así la humanidad: pasa el tiempo, y nos sorprende la vejez cuando se nos figura que aun estamos en el primer escalón. Yo no podré nunca desechar de mi alma la impresión de aquellas tardes del Guadalquivir; la impresión vaga, indefinible, de mi espíritu, al deslizarse el bote silencioso bajo las frondas y los ramajes que bordean en tal ó cual punto la corriente. Aquel silencio de sepulcro, contrastando con el ruido de la gran población próxima; aquella calma ideal, rota á lo mejor por el estruendo febril del tren arrastrándose vertiginoso por el puente solitario que me cobijaba entonces. Recuerdo que, ante aquella sorprendente novedad, cerré los ojos dispuesto á morir, como mi gorda heroína de aquella tarde en la torre del moro Hever y Fernando Ruiz.

Siguió el bote avanzando hacia la puerta de los Humeros. En aquel instante procuré yo, como no lo hice nunca, definir verdaderamente mis impresiones de Sevilla. Es una mescolanza de vida y muerte lo que en mi organismo señorea. Pero ¡qué raro contraste, qué disparidad y qué locura de sensaciones! ¡Qué vida y qué muerte más extrañas! Una vida que languidece, que cae, que toca á su fin, y que se alimenta del espíritu y del recuerdo; una vida de tradición legendaria, de épocas fabulosas, de endriagos, de brujas; las siluetas tristes y sombrías de aquellos monumentos renegridos como santos mausoleos de la

historia; las calles solitarias, tortuosas, estrechas; la mujer misteriosa de los ensueños, de las nostalgias, de las dulzuras; toda la dicha del ser encerrado en un sepulcro lleno de flores y joyas santas; la vida en la muerte, en fin, es lo que yo siento vibrar en mi corazón, como si muriera en un lento y dulce estertor, sin que llegara jamás la última hora. Por eso allí, como en Granada, el espíritu es egoísta, y goza, y vuela, y se deslumbra á sabiendas, y toca con sus alas el fuego sagrado; porque le da valor y fortaleza la convicción de que no



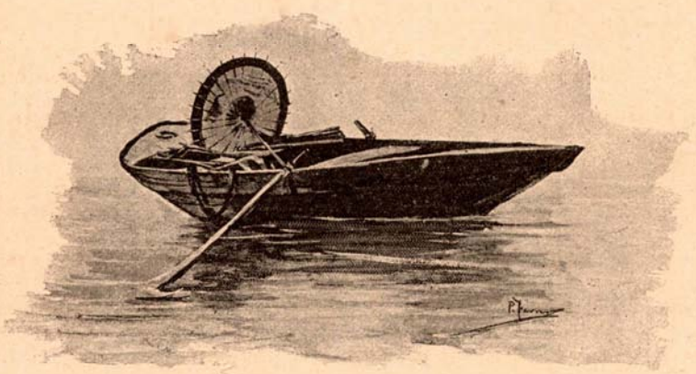
ha de morir, de que encuentra campo siempre en aquel cielo, en aquel clima, y en aquellas hermosuras, para volar, sin ahogarse, gozando por cada emoción nueva otra mayor, y encontrando, por cada cielo á donde llega, otro más deslumbrante aún, que abrirá sus puertas de oro solamente con que llame allí con las alas.

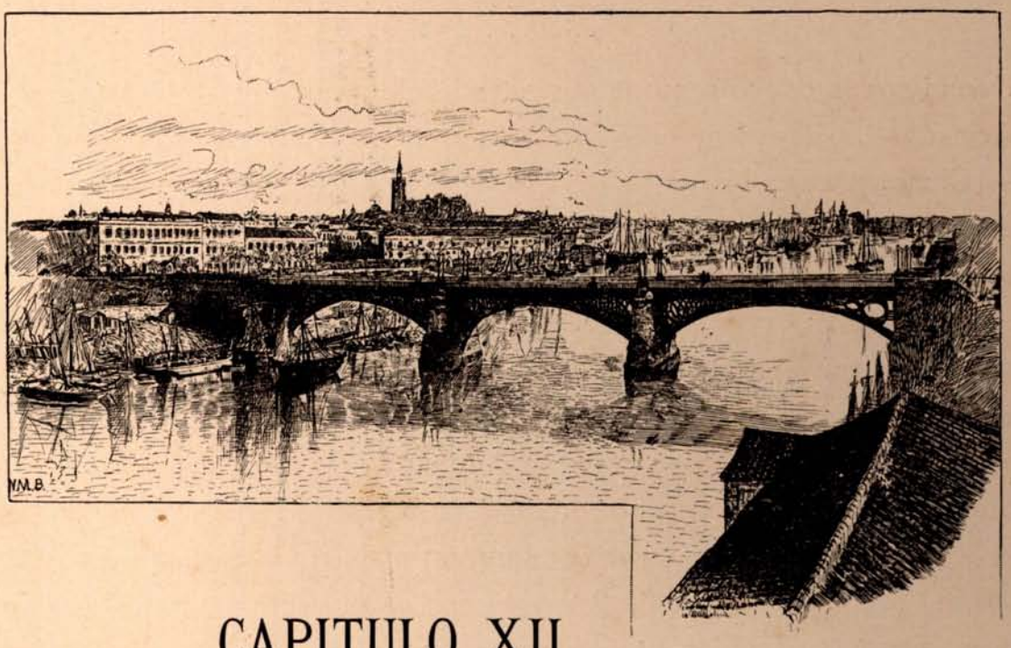
Iba yo tan pensativo que perdí noción de todo. Hallábame como el muerto de la leyenda, muerto de placer y con la convicción de que iba á resucitar cuando quisiese. Para quedar convencido de mi superioridad sobre la muerte, abrí los ojos, que había cerrado por un instante. Al momento de abrirlos nada vi, porque obstruyó mi vista un tropel extraño de imágenes, y recuerdo que pare-

cían brotar del río para llegar y rodearme como las fantásticas ninfas del mar en los cuentos de oro. Vi á la señora belga, el tren que corría, el abanico de la dama, la nariz, los pies, todo por separado, formando cada cosa un ser aparte que daba tumbos ante el bote; vi á Manolita, al editor, á los gitanos de Aznalfarache, la bailadora de la Eritaña, los chiquillos jaleosos, y la luna, iluminando con dulce placidez un conjunto extravagante de seres y objetos, dándole tonos verdaderamente fatídicos. Vi hundirse todo aquello súbitamente y con gran estrépito, desde lo alto de la Giralda, en el patio de las Banderas, y enroscarse allí, como otros tantos trofeos de la locura, á los árboles perfumadores; y allá, desde la torre también, contemplaba al propio tiempo el jardín del convento de San Leandro con sus tristes cipreses y su campanario chiquitín, de esquiloncillo bullicioso y atronador.

Pasó todo y volví á lo real. Yo soy supersticioso, y aquello me pareció augurio de alguna interesante novedad próxima. Siguió el bote rápidamente, y me embebí oyendo á Chanito cantar unas *playeras* á compás del remo. Cantábalas muy bien el maldito. Oíale yo muy contento, y el muy granuja se calló de pronto para pedirme *pa un pa* de cañitas.

Oímos en esto grandes voces. Volví la cara, y partían las voces de un grupo de personas que había hacia la puerta de los Humeros, en el borde del río. Vi un bote vacío á poca distancia de nosotros, y algunos hombres que desde la orilla se echaron al agua. Chanito lo comprendió todo. Una persona había caído al fondo desde el bote. Yo quedé suspenso y conmovido. Estaba el bote muy cerca de nosotros, y la persona debió caer allí. Rápido como el rayo, se arrojó Chanito. Yo cogí los remos, y bogué, bogué. Salió á poco el valiente Chano acompañándose de la persona que cayó. Me dispuse á ayudarla á embarcar en nuestro bote, y, cuando la vi, súbitamente lancé un grito de espanto. ¡Jesucristo! ¡Era la dama belga!





CAPITULO XII

Otra heroicidad de Chano.-Toma la palabra la dama de la nariz

¡Bueno! ¡Bien! ¡Muy bien! ¡Perfectísimamente bien! ¡Conque otra vez en mi camino la dama belga! ¡Conque otra vez expuesto á sufrir en mi corazón los clavos terribles de su palabrería espantosa! Volví los ojos á Chano queriendo matarle de una mirada, y seguramente que le hubiera destruído á poder. Pero ¡ca! no somos nadie: quisiéramos á lo mejor hundir al mundo, y el mundo se queda tan fresco; se nos pasa todo como una nubecilla blanca, de esas que ni son bastante para ocultar un átomo de sol, y amén. Maldito si Chano se fijó en aquella mirada mía de muerte.

Estaba el hombre muy abstraído en la tarea de dirigir el bote y prestar auxilio en la orilla á la dama de la nariz. Pero ¡qué auxilio ni qué niño muerto!... Antes que el barquero diese ocho palitrocazos en el agua, ya estaba la mujer como si tal cosa y protestando á voces de que se hubiera ella salido del Guadalquivir sin ayuda de nadie.

No dió señales la mujer de haberme conocido: nada, nada en absoluto que lo pudiera indicar; pero de más comprendí yo, para desdicha mía, que me conoció de sobra, sólo que siguió hablando conmigo como si estuviéramos aún en la estación de Córdoba, así, como si no hubiese intermedio ninguno, como si yo no hubiera estado en Sevilla, ni en la *salle à manger*, ni en la Giralda, ni en Aznalfarache... ¡Oh Dios! ¡Como si yo no hubiese conocido á Manolita!

Desembarcamos, y pregunté por su domicilio á la dama de la nariz, para conducirla á él.

—¡Cómo! ¡Qué es lo que dijo!—exclamó prontamente.—¿Irme yo, cuando vine á dar un paseo por el Guadalquivir? ¡Nunca!—Y se dirigió á Chano:—Oiga, —añadió;—vaya V. á tal parte,—y le dió las señas,—y que le dén *una muda* para mí de todo el traje. Corra, hombre.—Chanito amarró el bote y salió escapado. —¿Dónde hay por aquí cerca una casa donde yo pueda estar mientras vuelve? ¿Quién de vosotros me guía?—gritó así á los del corro.—Yo... Yo...—dijeron aquí y allí.—Donde esté más cerca.—Conmigo.—Y allá traspuso, chorreando y lacrimosa, como una terrible y extravagante pitonisa de Neptuno.

Yo fuí detrás, porque me parecía desatento y hasta poco humanitario abandonarla entonces. Me pareció luego cruel no ir á su lado y servirla de caballero. Me aproximé; aceptó mi brazo sin vacilar. Por el camino fuí enterándome de cómo ocurrió el accidente. Llegó la dama á la orilla: había dos boteros: calcularon que pagaría bien y los dos se fueron para ella.—Si me aturdís, ninguno viene conmigo,—gritó;—yo me basto y me sobro.—Calláronse los pícaros y ella se metió en un bote. El bote era pequeñín: ella grandonaza y despreocupadísima. Empezó á remar. No encontrándose bien en la postura que tomó primero, se levantó para cambiar de sitio, se cargó á un lado al levantarse, se balanceó el barco fuertemente, con el balanceo perdió el equilibrio, al perder el equilibrio cargó más de aquel lado y con más fuerza, volcó el bote rápidamente, cayó la mujer al agua, dió algunos tumbos el barquillo aún, volvió otra vez á quedar á flote, y acabó la historia.

La dama de la nariz estaba irritadísima: avergonzábase, según pude comprender, de que hubieran tenido que echarse al río por ella, cuando nadaba más que un pez. No había contado la orgullosa con el lastre que llevaba encima de catalejo, álbum, silla de campaña, caja de pintura, cartera, saco de manos y quitasol.

Ya que llegó en una casita próxima al río, se desnudó, se metió en la cama, esperando así á Chano. Cuando estuvo en la cama me *ordenó* que entrara, y la vi allí encogida para que las piernas no le saliesen por los pies del colchón. El filo del embozo llegábale á la boca y resaltaba por él la nariz enorme bajo las eternas gafas de armazón de oro.

—Y ¿qué tal la obra?—me preguntó tranquilamente.

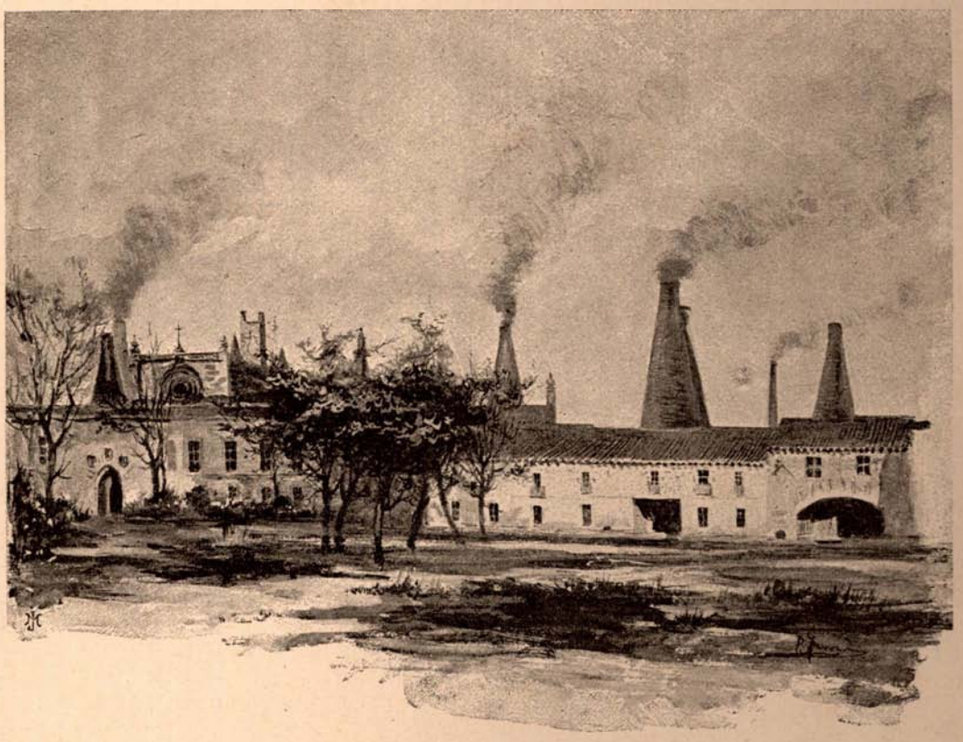
—No escribí un renglón, ni sé lo que escribiré tampoco.

Se deshizo ella entonces en protestas y denuestos, regañó como si hubiese tenido algo que ver conmigo ni con mis asuntos, se lamentó de que no hubiese un libro de condiciones que diese á conocer á España y al extranjero lo que es

Andalucía, pero Andalucía de verdad, y no esas montañas de barbaridades que por ahí circulan como si fueran genuinamente andaluzas, para que tuviesen en todas partes una idea equivocada de Andalucía.—Anímese por Dios, hombre, que á V. le toca eso: V. verá cómo yo le ayudo...

—¡Que V. me ayuda!—dije espantado del porvenir que aquella frase me podía deparar.—¡Ah! No, señora: gracias, muchas gracias: sería gran molestia para V.

No contestó, aunque presumí lo que hubiera contestado. No contestó por-



que la presencia de Chanito cortó nuestro diálogo. Salimos, se vistió ella prontamente, salió otra vez cargada con todos sus maldecidos trebejos; parecía, la dama de la nariz, con tanto cachivache, una buhonera. Propinó al dueño de la salita donde estuvo y volvimos al Guadalquivir.

—Al paseo ahora, pero en su bote de V., que es más grande.—Esto me dijo, y entró primero sin más ceremonia. Tuve resignación: entré también. Entró Chanito, cogió sus remos y el bote se deslizó con rapidez en dirección del muelle.

La dama belga no se quitaba de los ojos el largo catalejo.

—¿Usted ve?—me dijo, señalando á la derecha.—Eso es la Cartuja.

—Ya lo sabía yo,—contesté con mucha vanidad.

—Bueno; pero no sabría V. que se fundó por D. Carlos, primer marqués de Pickman, uno de los comerciantes de más fama de Sevilla, por su riqueza, su generoso corazón y su actividad. Murió este ilustre hombre en 4 de junio del año 84, y fué entonces, el gran establecimiento de cerámica, de su viuda la excelentísima señora D.ª Josefa Pickman y Martínez de la Vega. El local de la fabricación es un antiguo monasterio muy notable. Yo, que soy aquí extranjera, en mi país lo alabo todo como los catalanes; pero no estando en mi país, elogio únicamente lo que vale de verdad. Podéis decir los andaluces, y los sevillanos sobre todo, que tenéis la más famosa fábrica de Europa, en esta industria.

—Bueno, señora,—contesté muy tranquilo;—pues todo eso lo sabía yo también.—La frescura del curita de la Giralda, con el sabio, me había hecho criar desvergüenza á mí.

La dama hizo un gesto.—¡Va muy despacio el bote!—gritó á Chano.

—Sí, despacito como una bala,—contestó él socarronamente.—Po... y ¿no vosté, mujé de Dios, como arrechucha?—Empujó más los remos y fuimos entonces con verdadera rapidez. Dejamos atrás la Cartuja con sus chimeneas cenizosas, como enormes hormigueros rodeados de mimbres: descollaban sobre las chimeneas los álamos blancos y los perales en gran profusión. Encontrábamos frecuentemente en esta margen gruesos troncos de ciprés clavados en el suelo, y dijo Chanito que era para centralizar la corriente. Por entre los huecos de los árboles veíanse más abajo las paredes blanquecinas de la estación del ferrocarril de Triana á Huelva, y el puente de igual nombre después, rojizo, como ensangrentado por el esfuerzo de su inclinación hacia adelante para mantenerse firme contra las aguas con la ayuda de sus puntos, sus columnas y su red de hierro.

Siguió el bote rápidamente. Allá vimos el barrio de Triana, el famoso barrio de las maravillas, el saleroso y el *juncá,* vuelto de espaldas al río, como para no mojarse el picaresco y típico rostro. Enfrente y á la derecha, la fábrica de Portilla, grande, espaciosa, con su multitud de chimeneas; y más acá, en el borde del río, los barcos primorosos, gallardos, flamantes, con sus alegres ventanitas y sus graciosas chimeneas pintadas de negro y rojo. La *Pescadería* allá, y sobre sus tejados las agujas esbeltísimas que rodean los últimos pisos, y el mirador del cónsul francés con sus vidrios de colores. Allí está ahora el otro puente con su gran ojo de piedra y tres de hierro, como un titán de la mitología; y no quiero hablar ahora de los estiércoles y las fealdades que en este punto dejábamos por la orilla derecha. Tuvimos que apretar la nariz con los dedos. Aquello es una vergüenza de Sevilla, de los sevillanos y del forastero

que lo ve. Yo olí mucho: lo recuerdo, y lo deploro; pero consuélame la idea, y lo digo con todo el respeto y la estimación debida, de que la dama belga no llevaría de seguro la peor parte con aquella poderosa nariz que tenía para andar por casa. Como un contraste poético, distínguese desde allí, con más perfección que en ningún otro lado, la torre de la iglesia de la O, pequeña, modesta, azul y blanca, con su cruz de hierro y sus perinolas enrojecidas. Allí está, melancólica y triste, la torre de la O, como dulce viejecita, bonacho-



na, que lanza al río su última mirada de amor antes de caer muerta en sus brazos y hundirse en su seno para cantar allí, en eternas alegrías, las tradiciones gloriosas y fantásticas de los guerreros y las doncellas de la ciudad de San Fernando.

Bajo el puente de Isabel II, que ya mencioné, íbamos entonces. Es una magnífica construcción.

Dejamos atrás el puente con sus farolillos pareados, allá, en la altura, cuyas luces parecen, de noche, palomitas doradas revoloteando sobre las aguas serenas del río.

Aquel día me resultó Chano dos veces héroe, y me agradó sobremanera la tranquilidad con que salvaba la vida á sus semejantes. Primero hizo *nacé,* como allí se dice, á la dama de la nariz, porque para todo el que la vió en el río es-

taba ya ahogada. Bueno: á esa acción honradísima, que le agradeció mucho la dama, aunque no quería demostrarlo; á esa acción, digo, unió otra no menos digna de que la Historia la consigne en una de sus más resplandecientes páginas. Había un gato sobre una de las barandas del puente, y un feroz y sanguinario chico le empujó cuando pasaba el bote. Faltó una cuarta no más para que el gato cayese sobre la cabeza de la dama, y, de figurárselo Chanito no más, estuvo á punto de reventar de risa dos ó tres veces. Ella también reía á más y mejor, dicho entre nosotros. No podéis figuraros lo agradable que esta mujer parecía cuando no hablaba, ó por lo menos cuando, abstraída por algún pensamiento oculto, limitábase á no hablar más de lo conveniente.

No tuvo Chano que arrojarse al agua como la otra vez: puso el remo convenientemente, y el gato se cogió á él como el triste á la esperanza. Siguió por el remo arriba, mayando que era un primor, y Chanito le dirigió, para consolarle, las palabras más pintorescas y más extravagantes de su repertorio.—¡Cáyate la boca, que ya está jen sarvo, home!—Seguía el animal con sus lamentosos maullidos, y el otro, consolándole:—¡Por vía e Dio! Mira que te voy á da uñate, y otra ve: ¿te quiees cayá?—Divertíame yo con las tareas del gato y de Chanito, sin acordarme de la dama belga, y sentí de repente tremebundo golpe en un hombro: creí que otro gato había caído de las alturas y que me cogió á mí. Alcé la cabeza primero... No: del puente no, porque ya estábamos á distancia. Volví los ojos después á la dama como interrogándola... ¡Oh, Dios! Me la encontré allí, con el inmenso lente preparado otra vez para descargar el golpe en mi hombro. ¡Jesucristo! Pero ¡qué manera de avisar!

—¡Basta, basta por Dios, señora!—grité alarmado.—¿Qué quiere V.?

—Dicen unos,—exclamó tranquilamente,—que el Guadalquivir, llamado por los fenicios Bætid y Guad-el-quivir por los árabes, tiene su nacimiento en la región occidental de Tierra Segura. Dicen otros que nace en un lugar cercano á Huesca, lugar que se denomina Vertiente. Este río tiene una cuenca de 1.978,047 hectáreas. Desemboca en el Océano por Sanlúcar de Barrameda. La provincia de Sevilla encuéntrase enclavada en la última región de esta cuenca. El río pasa por el centro, de NE. á SO., y por un lado recoge en su curso los ríos de Bembezar, Huezna, Biar, Huelva y Guadiana; y por el derecho, que es el otro, Genil, Corbones y Guadaira. Todos estos ríos son los principales afluentes del Guadalquivir.

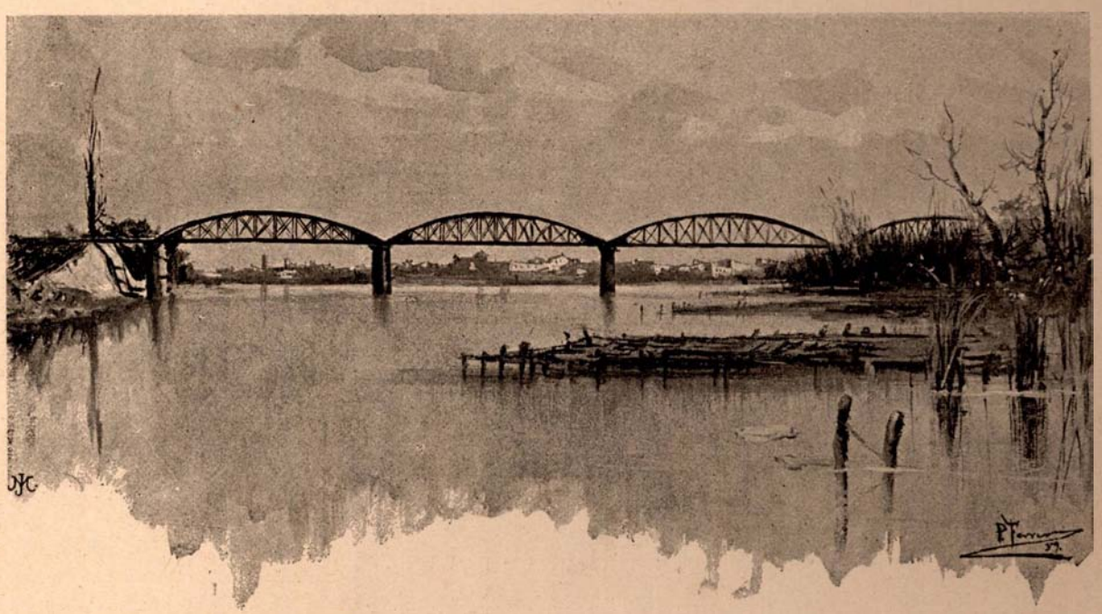
Quedó callada la señora, y yo quedé encantadísimo porque no alargó su discurso. ¡Aquello, aquello sí que era agradable! Yo me llené de afabilísimos

solazamientos. ¡Ah, si la señora belga se hubiese limitado á hablar muy poco ó contestar á lo que yo la preguntara! Pensando esto concebí yo lo lógico de su ayuda para mi libro.

Quise probar con mucha cautela y para intentarlo,

—Y vamos á ver, señora: V. que lo sabe todo ¿podría decirme si este paso continuo y caudaloso de aguas por medio casi de la población puede influir de un modo perjudicial en el clima?

—No sea V. majadero,—dijo la dama prontamente.—No, no influye. Ocurriría lo mismo en muchas ciudades de España. ¿Lo dirá V., acaso, por la hu-



medad que algunas noches se siente? Pues no, señor; que no perjudica la salud, y quien crea perjudicársela que se meta en su cama y no esté en la calle. La extraña variación climatológica que se conoce desde algunos años, no ya en esta población, sino en el resto de Andalucía y Málaga especialmente, tiene su fundamento en las inmensas talas de los bosques y en el descuaje de las tierras.

—Y de la riqueza de Sevilla ¿qué puede V. decirme, amable señora?—le dije con gran dulzura, porque me acordaba del catalejo.

—Hombre, puedo decir á V. todo lo que haya que decir: que la Administración de Hacienda fijó la riqueza de la provincia, para el ejercicio económico de 1887 á 1888, en la suma de 38.478,520 pesetas, clasificada así: riqueza rústica y colonial, 23.526,240 pesetas; riqueza urbana y pecuaria, 14.952,280 pesetas, que hacen el total anterior; y corresponden como contribución líquida al Tesoro 8.555,430 pesetas; en industria y agricultura...

Ya estaba yo temblando, porque vi en la dama los síntomas alarmantes de su hidrofobia parlanchina. La miré atentamente, arrepentido de haber hecho la pregunta. Pero, hombre, ¿por qué me meteré yo á preguntar cuando debía presumir lo que está ocurriéndome? Y, en efecto, el torrente se desbordó del todo... «En industria y agricultura era Sevilla muy importante. Se dedica á la labor para el cereal el terreno de regadío y secano; también se apropia á los olivos y viñedos. Son los pastos abundantísimos, y hay mucho monte: críase el ganado caballar, asnal, cabrío, de cerda, lanar y vacuno. La recolección en la provincia fué de 1.599,588 hectolitros de trigo, 674,918 de cebada, 45,714 de maíz, 157,551 de aceite, 184,899 de habas, 1.996,686 de hortalizas y 1.150,200 kilogramos de patatas. El valor anual de las cosechas en la provincia asciende á 34.355,007 pesetas. Y lo que es como industria que no dijeran: había fábricas de aguardientes, de cerveza, de chocolates, de fideos, de algodón, de bayetas, de cordoncillo, de hilares, de jabón, de paños, de curtidos...»

—¡Señora, por los clavos de Nuestro Señor!...

—¡Que si quieres! Había telares de hilo y seda, fábricas de lozas, de tabacos, de cañones, de fusiles, de velas de cera y sebo, de petacas, de extracto de orozuz; ebanisterías, molinos de aceite, lagares, molinos harineros, hornos de cal, alfarerías, herrerías y fundiciones; extracción de esencias, de aceite de orujo; fábricas de carbón económico, de alcohol, ladrillos y tejas; tintas...

—¡Chano, por compasión, húndenos en el río!

—¿Si? ¡Pues toma! Hay minas de hierro, de carbón de Villanueva; las piritas de hierro cobrizas de Aznalcollar; de hierro también, en término de Pedroso, de Cazalla y San Nicolás del Puerto; de hematitas rojas en Morón, y de plomo en Costantina; las aguas minerales en las villas de Lora y Marchena, en las cercanías del monasterio de Tardón, en la Campana, en Ronda; y dentro del mismo Sevilla está el pozo famosísimo llamado *de Polvero;* hay salinas en los partidos de Morón, Osuna y Natreras; hay...

No sé lo que habría más porque no la oí.

Miré á lo largo del río: por la derecha aquel estúpido anuncio, en letras gordas, del *Feo Malagueño:*

Por las fatigas que pasan
los marinos en el mar,
le venderé muy barato,
pero nada de fiar.

Y al otro lado el muelle y la legendaria Torre del Oro, octógona, anchísima por abajo, quebrada más arriba, en los alminares, y delgadita ya y corta como cañón partido á cercén por el reborde de la segunda camisa, y puesta hacia lo alto con una bala de oro en la boca para lanzarla al cielo.





CAPITULO XIII

La fiesta del Guadalquivir, y el nido encantado.—Unos aristócratas andaluces y el misterio de una sorpresa.

Iba á oscurecer muy pronto. Un tono general azul, extraño, muy oscuro, extendióse por el cielo, copiándose en el río, bañando con sus tintas dulces y misteriosas las fachadas de los edificios, las torres, la multitud del muelle que dejábamos atrás, los grandes barcos y las lanchas, que se mecían suavemente. Fué aquel un instante rápido de luz que en otros países parecería sobrenatural; fué como un hálito vagoroso metido entre el día y la noche para dulcificar el contraste de las dos luces. Nos impresionó á la dama extranjera y á mí aquel fantástico color azul del cielo y el agua. Chanito, el sin igual Chanito, parecía también impresionarse: suspendió los remos unos minutos sobre el borde del barquillo y quedó suspenso. El barco aflojó su marcha y pareció que por un instante nos acometía á todos aquel desmayo suavísimo del crepúsculo vespertino.

Empezábanse ya á confundir los objetos en la sombra, que no tenía la luna aun fuerza suficiente para romper; sentíanse como surgidas del fondo mismo del río las voces de maniobra en los buques surtos cerca del mismo parador del

muelle, y vibraba estrepitosamente allá el pito del vapor *San Antonio,* que volvía de sus viajes por los pueblecillos de la costa. En medio de aquellas vagas melancolías sentimos confuso rumor, que se convirtió á poco en gran ruido de coplas y guitarreo. Momentos después se deslizó, á tres varas de nosotros, un gran bote cargado de mozuelas y mozos. Iban seis mujeres remando, jóvenes graciosas, bellísimas; otra moza y un gallardo zagalón bailaban dificultosamente allí dentro, bamboleándose á un lado y á otro, no sé si por los tumbos del bote ó por la manzanilla que ya se consumió. También era digno de ver, sobre las aguas bulliciosas del río, aquel desordenado concierto de la zambra andaluza. Por lo que Chano contó, y por algunas frases de los alegres excursionistas, aquella fiesta venía de allá de un pueblo de la campiña, y celebraban así la vuelta del servicio del mozo *tocaor*. Allá fué el barco dirigido por aquellos seis capullos de rosa; allá iban las seis mozuelas remando cadenciosamente, encendidos los rostros por la plétora de su alegría, con las cabezas sembradas de claveles y dejando flotar al aire los picos de sus pañuelos de crespón, de largos flecos de colores.

Seguimos también nosotros algo más, y volvimos hacia el muelle, después, teniendo á la derecha el jardín del palacio de San Telmo, aquel bosque de cipreses y palmeras, eucaliptos y álamos negros, rodeados de rosales cuyo perfume venía hasta nosotros con el aire puro y salutífero del campo; y allá el río, siempre sereno y murmurador.

Desembarcamos y la dama no quiso que me marchase. De todas maneras yo debía acompañarla á su alojamiento como á la urbanidad correspondía. No, pero la dama quiso más: quiso que cenase con ella, y esto me contrarió grandemente: tuve que acceder.

No sé por dónde se metió la dama ni por dónde salimos. Iba yo pensando en cosas bien distintas: aquella tarde y aquellas melancólicas dulzuras de las noches del Guadalquivir, habíanme traído á la imaginación, con sus perfumes vagorosos, el recuerdo de Manolita. Entré con la señora de la nariz en una casa de portal anchísimo, con suelo de baldosas azules y blancas, y una reja de bronce pulimentada y brillantísima, con primorosos calados y finísimos cristales. Era la casa de rica apariencia, y los amos, según la señora me dijo, unos excelentes viejos, parientes lejanos de su difunto marido. Entonces tuve esta primera noticia de la vida privada de mi verdugo. Digo la vida privada, porque la pública ya la sabía yo: viajar mucho por todas partes para reventar á puntapiés, abanicazos y palabrería á los compañeros de viaje que el destino le deparara.

Abrió la reja una criada que me pareció una señorita. Era elegante y airosa



...y moviase la embarcación con el dulce desmayo de una danza del dia.

como todo lo que de aquella casa parecía emanar. Estábamos en el patio, y pensé, al verle, en la fama de los patios de Sevilla. Había junto á los testeros, grandes macetones de plantas y enredaderas que subían como finas serpientes hasta el techo acristalado, cubriendo las paredes de un tapiz de verdura; en un hueco de la enredadera había un piano con tiestos de claveles al pie, en un lado y otro; una mesa grande en el centro, y mecedoras alrededor. Al través de las finas y verdes hojas que acariciaban los muros, distinguíase hasta regular altura un zócalo de finísimos azulejos: había dos jaulas de exquisita labor, con pájaros dentro que en grande algazara parecían entonar el canto de despedida para abandonarse al sueño.

Había en todo aquello sencillez y riqueza, lujo y poesía: las condiciones menos á propósito para encontrarse juntas en el mismo lugar ó en una misma persona. Lo que yo vi del patio era bastante para hacer juicio del buen gusto de los señores de la casa, y esto empezó ya á hacerme menos antipático el pensamiento de la señora belga de comer en su compañía. Otra idea estaba torturándome ya, porque á lo mejor se preocupa uno de lo que menos importancia tiene: sentía yo dentro del patio aquel una sensacion inexplicable de bienestar y confusión, algo de ese primer sentimiento indeciso de inquietud y agrado que el hombre siente ante una mujer elegante y joven, de refinado gusto y de vigorosa instrucción, á quien por vez primera se habla. Respirábase allí el aroma de la juventud y de la vida: algo moderno y suave como la eterna gracia de las ondinas del mar. Había una mujer joven allí, tal vez, aunque la dama belga ni una palabra me dijo de tal cosa. Yo, sin embargo, no me avenía con que toda aquella galanura y buen gusto y alegría y juventud del patio, fuese únicamente por solaz y contentamiento de los aviejaditos señores, parientes lejanos del difunto de la dama.

Todo esto lo vi yo y lo pensé en los segundos que la criadita echó en cerrar la cancela. La dama belga se sentó, sin decirme más palabra, en una de las mecedoras, después que hubo colocado en el suelo el almacén de sus trastos. Se quitó el sombrero y balanceábase fuertemente. Yo seguí de pie hasta que la criadita me brindó un asiento señalándome otra mecedora. La dama pareció acordarse de mí en aquel momento, y dijo de muy mal humor:

—Pero, hombre, ¿por qué no se ha sentado V.? ¿Es posible que nunca acabe V. de dejar esa carátula de resignación? Quisiera verle á V. franco y alegre. En fin, si no es ahora, puede que lo consiga más adelante. V. no me conoce á mí todavía.

Aquel *más adelante* fué para mí como la embestida de un toro. Quedé callado,

muy calladito. Si digo entonces una palabra, me parece que sobre la palabra me hubiera contestado treinta barbaridades.

—¿Y los señores?—preguntó la dama.

Salieron á las cuatro, y volverán muy pronto, — contestó la criadita, inclinándose con mucha cortesía. — Han debido volver ya, y, si no quiere V. esperarlos, la serviré la comida.



—No: esperaremos. Lea V.,—me dijo bruscamente, echándome á la cara un periódico que había cogido.—Yo juro á Vds. que si no hubiéramos estado en una casa desconocida, le contesto rotundamente:—No me da la gana de leer, señora.

No había yo todavía pasado el nudo que la nueva brusquedad de la dama me echó en el cuello; no lo había pasado aún, cuando se sintió en la calle gran ruido de herraduras y rodaje de coche. La criadita escapó á la cancela y abrió prontamente. El coche se había detenido: los señores venían allí. A través de la cancela, vi parte del coche desde el sitio donde yo estaba: un landó nuevo elegantísimo, de faroles con cristales relucientes como espejos. No pude seguir viendo, porque cerraron la puerta, los señores, al entrar. Me

levanté, fué á ellos la dama, y, sin dar las buenas noches, gritó señalándome:

—Aquí, aquí le tenéis:—Y pronunció mi nombre. Yo sentí subírseme á la cara toda la sangre: cegué por un momento. Tal confusión y tal vergüenza me produjo aquella presentación que hizo de mí la dama. Luego que me repuse, comprendí que habría hablado de mi humildísima personalidad con aquellos señores; pero, con esta humildad mía y todo, deseé en aquel instante que la señora belga diese un estallido. Me hizo, á la par, la presentación de los dos ancianos, y por Dios digo que jamás una mujer se expresó con más soltura ni se produjo con más señorío dentro de su alocada ligereza.

D. Andrés llamábase el viejo y D.ª María su esposa. Parecía lo que eran efectivamente: un matrimonio oriundo, por ambos apellidos, de la antigua nobleza andaluza. Me parecía respirar, al verles, un tufillo de mayorazgos y progenituras con mezcla de moruno y andaluz que no había más que pedir. El hombre tenía ya muchos años: era afable y severo, bien portado y sencillo. La mujer, con su carita de pasa medicinal por lo arrugada y morena, me resultó muy agradable y simpática también. Me está vedado por completo revelar el apellido de esta familia por causas que tal vez sabréis más adelante. Por ahora he de decir que me acogieron con mucha afabilidad y que lo agradecí con el corazón. Hubo palabritas de buenas formas, eso es de rigor; pero en aquellas mismas palabras que se pronuncian siempre en estos casos, adivinábase en los benignos señores un fondo de sinceridad y de nobleza que me conmovía á mí, que tengo la flaqueza de la gratitud.

Efectivamente: como yo supuse al principio, habíase hablado ya de mí en la casa. Aquel demonio de hurón (aludo á la señora de la nariz), en los días que estuvimos sin vernos, con saber mi nombre no más, tuvo bastante para corretearlo todo. Me halló mis libros y los leyó, haciendo, quieras que no, que los leyesen á la par en aquella casa, muy especialmente los que hablan de costumbres andaluzas. Se me recibió, pues, como á un amigo viejo, y tuviéronseme atenciones que no viviré bastante para agradecer como debiera. Yo estaba padeciendo horriblemente, y un color se me iba y otro se me venía con los pomposos elogios á unos libros que no valen nada, y me contuve para no saltar de gusto cuando la misma dama, con su volubilidad de siempre, cambió de conversación preguntando por la niña.

—¡Ah!—pensé.—Ya pareció aquello.—Ya estaba allí la sílfide de aquel patio primorosísimo y bello como una jaula de oro y de cristal adornada de flores. Puse mucha atención y quedé suspenso. Aquella pregunta de la dama me hizo, sin que yo me lo explicase, gran impresión.

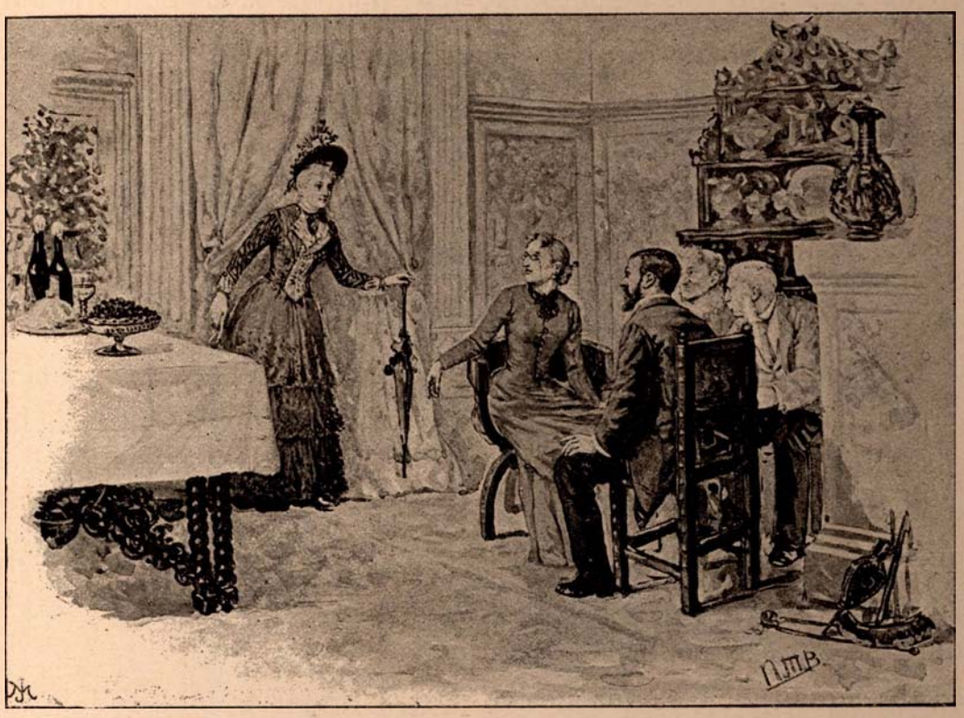
—La niña,—dijo D.ª María afablemente,—debió salir después que nosotros. —Miró á la doncella, como interrogándola, y la doncella hizo una señal de afirmación.—Debió salir,—prosiguió la otra,—con unas amigas que vinieron por ella. No sabemos nada de que se quedase á comer allá, de modo que vendrá al instante. Sube, Julia, y que dispongan la comida...



¡Qué afabilidad! ¡Qué maneras! ¡Qué distinción! ¡Qué señora más agradable! Se levantó y le di el brazo: el marido se lo dió á la dama. Subimos unas escaleras anchas de piedra, con peldaños muy bajitos: parecían aquellos peldaños pulimentadísimos terrones de nieve. Había en la meseta, única que la escalera tiene, una gran estatua representando á Momo, con un candelabro en la cabeza. La luz del candelabro extendíase con suavidad por la escalera como el rayo de luna sobre las aguas cristalizadas de los mares árticos. Vi unos corredores anchísimos, suntuosos, y á los seis ó siete pasos entré en el comedor con la amable señora que me guiaba.

Quisieron que se comiese en nuestro honor sin aguardar á la persona que faltaba; pero yo protesté calurosamente, pidiendo á la par que esperásemos. La

dama belga fué de mi opinión, y vi con entera claridad la gratitud de D.ª María y D. Andrés para con nosotros por la deferencia que guardábamos á la ausente. D.ª María aprovechó con este motivo la ocasión para hablar de su hija, y escuchábala el marido con sonrisa inefable. Era una niña muy buena, á la que amaban mucho por ser el menor de los ocho hijos que tuvieron y el único que vivía. Había que amarla también por su carácter dulce y su condición angelical. Calló la viejecita suspirando, y la dama de la nariz confirmó todo lo dicho



y añadió mucho más que la modestia de la madre ocultó dignamente. Era, la joven de quien se trataba, hermosa, espiritualísima, elegante hasta la majestad, y sencilla y dulce como una violeta.

Se oyó un campanillazo en esto.—Ahí está,—dijo la madre.—Crujió la cancela, oyéronse algunas voces, unas pisaditas suaves subiendo los peldaños, un roce de vestido y enaguas después, y una visión gloriosa de luz y belleza entró en el comedor. ¡Jesucristo! Quedé confuso, aturdido, loco. Pero ¡Dios mío! ¿qué significaba lo que vi? Aquella mujer era Manolita.

Volvieron á ella el rostro, y por esta causa no comprendieron mi alteración y mi sorpresa. Me levanté, y daba vueltas ante mis ojos el comedor y los viejos, y la dama de la nariz y Manolita: Manolita, con un traje muy distinto de aquellos dos en que ya tuve ocasión de verla desde mi balcón y en Aznalfara-

che. No: no era aquel el pañolito de seda rojo con flecos que caían como ilusiones; no era tampoco el vestido modesto y limpio de percal de la graciosa mocita sevillana á quien yo di el brazo entre la turba de la fiesta; no era el atavío aquel de la muchachita que oyó la buenaventura de la gitanilla de los churumbeles. ¡Oh, Dios!

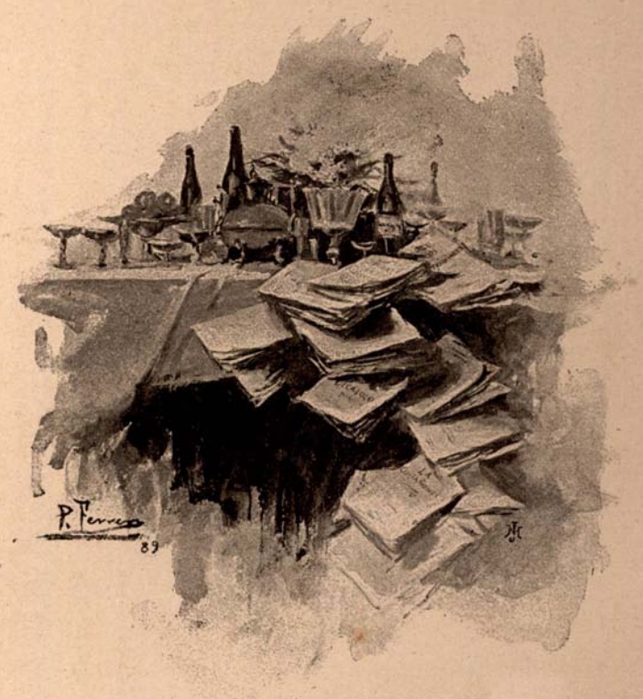
Se hizo nuestra presentación con todo el rigorismo que las formas exigían, y se excusó después por breves momentos para ir á mudarse. Desapareció la visión de luz por varios minutos, en los cuales tuve yo tiempo de hacer mi composición de lugar, previniéndome á lo que pudiera sobrevenir. Manolita no aparentó conocerme, y debía yo, por lo tanto, guardar prudentísima reserva. Decidí esperar á que la hija del *empleado del Ayuntamiento* explicara su misteriosa conducta conmigo en Aznalfarache, y usar con ella, en tanto, de todas las atenciones que la educación exige con una señorita de respeto. Volvió la moza muy pronto, como indiqué, y, como una distinción al huésped que agradecí mucho, me colocaron entre ella y la dama de la nariz. Estaba yo casi repuesto del golpe que había recibido con la presentación inesperada de mi pareja de San Juan, y tengo la idea de que cumplí bien. Acabó de serenarme una mirada, una sola mirada que me lanzó Manolita en cierta ocasión, porque leí claramente que me dijo en aquella mirada:—¡Ah, tocayo! ¿Se acuerda V. de nuestra excursión nocturna?

Aquello me agradó y me tranquilizó mucho: Manolita era buena, Manolita no me negaba, y, no negándome, seguía demostrando el buen corazón y la bondad de que su rostro bellísimo era espejo.

De sobremesa tuve otra vez motivo para sonrojarme multitud de veces. Se habló otra vez de literatura y de la novela. La dama de la nariz tronó furiosamente contra el romanticismo: era apasionada terrible del pasado en sus manifestaciones artísticas; pero aquel pasado tenía sus bellezas actuales, que eran una realidad dulce y consoladora. ¡La realidad, la realidad siempre, con sus puras grandezas y sus sencillas contemplaciones! Las novelas trascendentales le daban asco, y las novelas realistas descarnadas inspirábanle asco también, y hablaba tanto de la novela, fijándose sólo en aquello, porque estaba siendo actualmente, y lo sería pronto de una vez, la regeneración completísima y grande de la literatura.

Ya sabéis vosotros lo que la dama de la nariz era en tomando la palabra: habló mucho y largo de todos los autores de todos los países. Al llegar mi turno, hablando de novelistas, me elogió en las descripciones y echó pestes contra lo demás. ¡Dios! Me puso como un trapo, y confieso que sentía yo entonces menos rubor que cuando me elogiaba: me trató despiadadamente.

Aquello fué un huracán devastador. ¡Qué tajos y qué mandobles! ¡Oh placer! A Manolita le dió lástima, sin duda, y salió á mi defensa. ¡Qué modo de expresarse! ¡Qué dejillo andaluz, y qué encanto de sus maneras! Su rostro, suavemente sonrosado, tenía una expresión burlona y dulce á la par. Desde aquella noche hice las paces con la dama belga, alzándole en mi corazón un santuario de gratitud. ¡La dama belga me hizo conocer á Manolita!





CAPITULO XIV

La gloria de vivir. - En el campo. - Las melodías de una muchacha andaluza

¡Qué agradable es la vida! Se rejuvenece la carne, y el espíritu flota vagoroso é invisible en unos suavísimos cielos de aromas y luz. Venga luego la intranquilidad, la zozobra, las inquietudes en los negocios, y la alza y baja de la lucha por la existencia; venga después el cansancio y el aniquilamiento: todo martirio será poco, toda inquietud escasa, todo torcedor dulce, con los recuerdos que de estos días tendré.

¡Quién había de decirme que todo este bienestar y esta placidez sibarítica y egoistona de alma y de cuerpo iba yo á debérselos á mi modesta y dulce parejita de Aznalfarache! Sí: tres semanas han trascurrido ya desde que estoy en el campo. ¿Sabéis vosotros lo que es un cortijo de las campiñas andaluzas? ¿Sabéis vosotros las costumbres extrañas, poéticas y tradicionales? ¿Conocéis sus tipos, habéis oído sus cuentos y sus leyendas moras de tesoros y fantasmas?

Seguí yendo á casa de los padres de Manolita, que me parecieron, cuando les traté un poco, más simpáticos y más nobles aún que el primer día. Me humanicé con la dama belga de un modo bastante pronunciado: sus largas y pre-

cipitadísimas conversaciones me parecieron agradables ya; oíla con amor siempre, y con deseo de que no terminase nunca, cuando Manolita, reclinada en su mecedora, con un periódico ó un abanico en la mano: oíla también, con su eterna y dulce sonrisa que se metía en el corazón como flecha aguda. A los seis ó siete días se habló del campo y de pasar allí una corta temporada, no sé con qué objeto. Después pude comprender hasta donde llegaron la amabilidad y las atenciones de aquella familia conmigo. Se decidió ir á la *hacienda* sólo para que yo tomase allí nota de los tipos, y estudiase algo, si me convenía, de los caracteres y de las costumbres. Se me invitó, pues, y nos llevó el tren una mañana á Utrera, en poco más de una hora. La posesión á que nos dirigíamos dista de Utrera una hora también, pero no en ferrocarril ni en diligencia: había que contentarse con ir á caballo. Los padres de Manolita no estaban en edad, como supondréis, de meterse en tales trotes; Manolita andaba también algo *maluca;* y por eso se opinó hacer la hora aquella de marcha en unos preciosos borriquillos retozones que prepararon al efecto. La dama belga, por su parte, juró y perjuró que iría á pie como no fuese á caballo. Noté entonces una cosa que me hizo mucho reir: esta mujer singular y varonil, que parecía brava como una fiera y fuerte como un gladiador, tenía un miedo invencible á montar en borrico: de oir la palabra aquella no más, palidecía notablemente, y hubiera dado su alma al demonio por que desaparecieran del mundo todos los borricos.

Cierro los ojos hoy, y, en unas grandes esferas oscurísimas que dan tumbos en mi cerebro, diviso allá, lejano, muy lejano, un puntito negro, de color amarillento unas veces, azul otras, y tomando las más un encendido color de púrpura que se destaca como mancha de sangre. Aquel puntito misterioso es la silueta microscópica de Manolita, con su precioso traje gris, sentada sobre el borriquillo chicuelo y retozón. Tenía un junco en la mano y arreaba con él á la cabalgadura. Empinaba el animal las orejas y subía corriendo y dando saltos como una gatita regañona. No sé cómo Manolita podía sostenerse allí, sentada en aquel aparejo, duro como el granito y sin *jamuga* ni sostén de ninguna clase. Iba yo al lado de Manolita, los papás en sus pacíficos jumentos detrás de nosotros, y, delante de todos siempre, como un guía de las montañas, la señora belga á pie, erguida, fuerte, incansable, dando zancadas tremendísimas y oculta bajo su eterno baratillo de catalejos, silla de campaña, carteras de apuntes, libros, cajas de pinturas y otra infinidad de trastos chicos y grandes, cuyos usos y aplicaciones yo no podía comprender, aunque ella me juró siempre que con la falta de un solo chisme de aquellos era imposible viajar.

Yo no había tenido ocasión, hasta entonces, de hablar á solas con Manolita. No procuré buscarla tampoco. Hubiera sido indigno y de villano aprovechar-

me de la hospitalidad noble que en su hogar me dieron, para que yo la hiciera meterse en dar cuentas que no quería ó no podía dar. Ella, con un tacto y una comprensión de mujer dignos de admiración, comprendió lo que sucedía interiormente á su chasqueado caballero de Aznalfarache, y agradeció mucho el proceder mío. De lo que sí estaba yo satisfecho era de que la dulce niña no procuró nunca hacerse la melindrosa ni de nuevas: en algunas ocasiones me dió ya alegrías como estas:



Yendo una tarde por un sitio de Sevilla que no recuerdo, se acercó á nosotros una gitana, y quiso decir á Manolita la buenaventura. Ella se negó rotundamente y la dió una limosna. La dama de la nariz echó á la gitanilla con alguna destemplanza porque insistió en decir su buenaventura.—No,—dijo Manolita;—me la dijeron una vez y no me la dirán más.—Me miró sonriendo, y dijo después:—¡Qué hermosa luna hacía aquella noche!—En otra ocasión en que se hablaba de fiestas y bailes de palillos, dijo mirándome á mí:—Recordaré siempre una noche en que no se hallaban parejas ni con *candí*...—¿Qué misterio era entonces aquel de Manolita? ¿Y aquel dichoso Pepito? Sería también, la historia de Pepito, como la del padre, empleado del Ayuntamiento?

Nos alojamos al fin, y trascurrieron días y días sin coger la pluma. Venía algunas tardes hasta mí una brisa caliente y lánguida como los efluvios pesa-

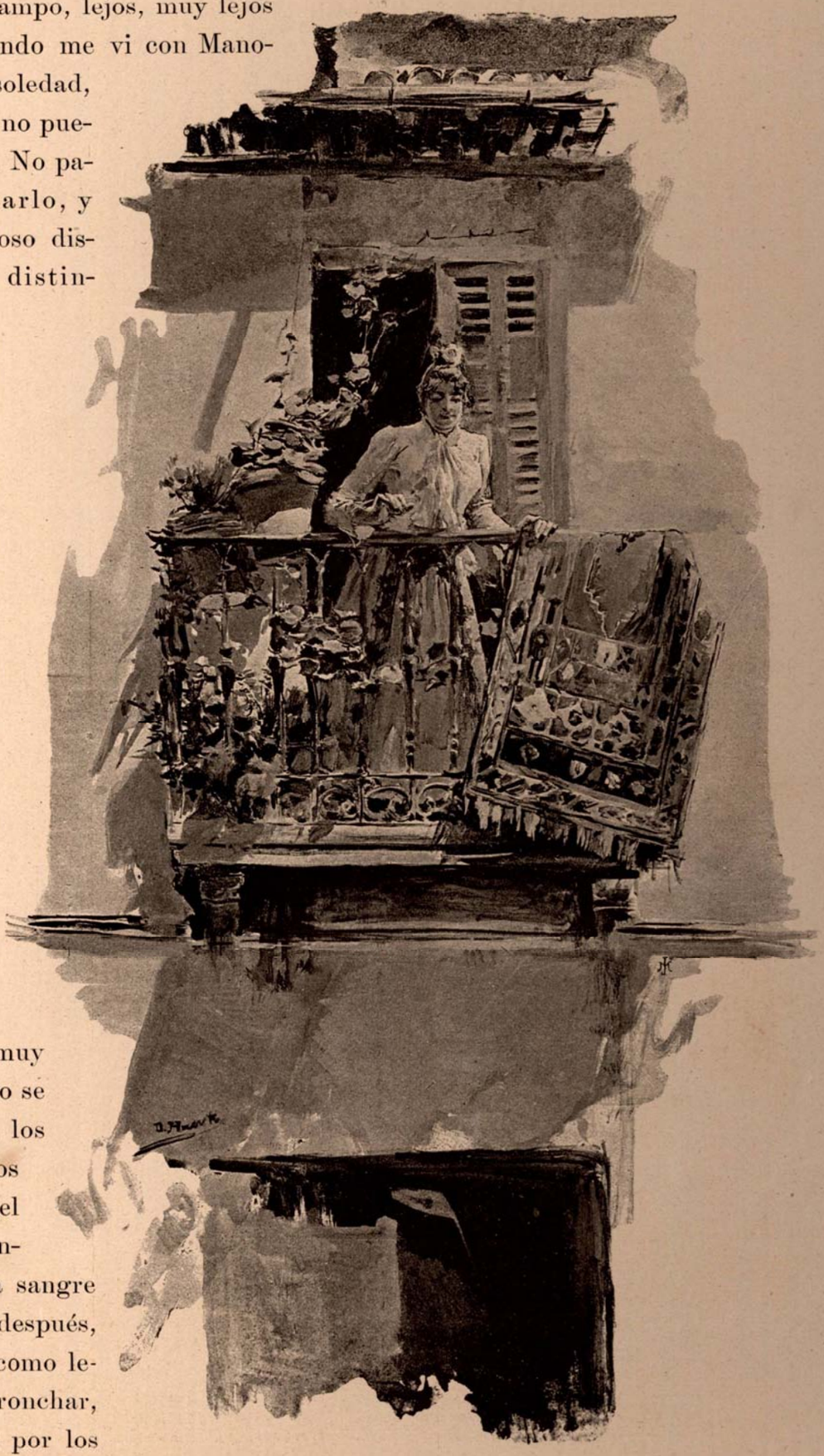
dísimos del *siroco*. Levantábame comunmente al salir el sol. Eran unas mañanas frescas y saturadas de perfumes. Respirábanse con ansia aquellas brisas que parecían vigorizar los pulmones para disponerlos á la batalla de la tarde contra aquellos alientos de horno. Es una hermosa posesión *la Tejilla*, tiene muchas *fanegas* de terreno y enclávase el edificio en el centro casi de la propiedad; rodéase la casa de jardines umbrosos con grandes arboledas; descuellan con los cipreses y con los plátanos, los rosales y las madreselvas; corren arroyos invisibles con rumores de risas juguetonas; y allí, como en el patio de mis nobles huéspedes, las verdes enredaderas subían hasta los balcones de la alcoba de Manolita.

¿Quién no ha visto alguna vez, al acabarse de levantar, en el campo, las flores bañadas aún con el rocío matinal? Así vi yo á Manolita, en la mañana del día tercero de mi hospedaje allí, en su balcón, fresca, hermosa, franca, como aquellas flores sin malicia de los huertos. Los grandes ojos azules los clavó en mí afablemente, y, sin hablar, me hizo una seña de que esperara. Se retiró del balcón y volvió á parecer á los pocos minutos entre unos árboles: llegó á mí, se me cogió del brazo invitándome á pasear.

—Pero aquí no,—dijo;—quiero más extensión, más horizonte. V. no sabe la gana que yo tenía de venir al campo ya.—Hizo un gracioso mohín de niña, y añadió:—La ciudad no me gusta más que en el invierno, y eso por los teatros, que me distraen mucho: de reuniones no me hable V.,—dijo,—porque me atacan á los nervios; y de bailes, tarín tarán, ni mucho ni poco: una cosa que se pueda sobrellevar.

Estaba yo encantado de oir á mi pareja. Seguramente que aquella palabrería no tuvo semejanza jamás con la palabrería de la señora de la nariz. Seguí oyéndola sonriente. Sin pretender Manolita echárselas de graciosa, tenía ese desparpajo y gracejo natural de las mujeres andaluzas: llenaba sus conversaciones de imágenes, que resultaban picarescas algunas veces, sin ella pretenderlo, y sólo por su natural condición. Era observadora y exponía tal cual observación con su correspondiente comentario, pero sin mala fe: había siempre en sus frases y y en su manera de decirlas, fuese con motivo de lo que fuese, un fondo de dulce jovialidad, acusadora de un temperamento privilegiadamente equilibrado. Tenía intuición delicadísima, que es talento de las mujeres, y tenía talento además de intención. Yo quisiera acordarme fielmente de todo cuanto aquella mañana habló, porque sus palabras fueron un retrato moral, muy completo, que hizo de sí misma. Lo que me admiraba, llenándome á la par de una satisfacción interior inexplicable, era que aquella vocecita ligera, pastosa, apagadita, con su gracioso dejillo andaluz, dijese tales y tan atinadas cosas.

Salimos al campo, lejos, muy lejos de la casa. Cuando me vi con Manolita en aquella soledad, me dió susto, y no puedo decir de qué. No pareció ella notarlo, y siguió su gracioso discurso: todo lo distinguía, en todo se fijaba. —Da gusto esto de vivir en el campo,—repitió otra vez.—Por la mañana, muy tempranito, ya estoy *pina*, como se dice por los pueblos de Granada, ó *de punta*, como decimos nosotros: en fin, que ya estoy levantada. Se lava una con agua fresca, muy fresca, y con eso se quita el frío á los pocos momentos si estamos en el invierno, ó se enfría un poco la sangre en el verano; después, rozagantita, como lechuguino sin tronchar, á escabullirse por los



vericuetos, triscando como alegre cabrilla: en todas partes me meto y en todas partes me quieren. Cuando se me hace tarde, como las migas en la choza con los pastores, que se alegran de verme; ó el gazpachuelo en el cortijillo próximo. No vi nunca asunto más mono para un cuadro que un chiquitín negrote y sucio, sin babero y con las alpargatitas rotas, irse medio arrastrando, porque todavía no anda firme, hasta que alguien lo coge en los brazos. La madre regaña, porque no la dejan hacer la comida, á los gañanes del apero, que comen como unos diablos, y yo, muchas veces, para que no griten más, recojo á los chiquillos: me apena verlos arrastrándose como florecillas sucias, y me pongo á retozar con ellos. En las costumbres y en los tipos hay cosas muy lindas que contar; pero yo no sabría, y V., por sí mismo, podrá verlo y estudiarlo. Me distrae mucho ver á lo lejos las grandes yuntas de bueyes, unas detrás de otras, caminando lentas para abrir el surco, y parándose de vez en cuando como en procesión solemne. Los ojos mansos de los animales de las yuntas dan á mi espíritu una nota de melancolía que no puedo desechar, pero que me agrada y me conmueve al mismo tiempo. Esta impresión se disipa con el canto alegre del gañán, que camina con el pie sobre la *mancera* para hundir más el pico de la reja en el surco con el peso de su cuerpo. Yo soy muy aficionada á los cantos de mi país, pero nunca he podido poner en un cantar la expresión de sentimiento de ternura ó de fiereza que estas mujeres y estos hombres, como si cada verso que improvisan fuera un pedazo del corazón que se arrancan.

Me miró Manolita sonriendo, y prosiguió después picarescamente:—De que yo no sepa cantar así, ya sé lo que tiene la culpa: yo me he educado en el extranjero, para que V. vea qué cosa más bonita. Hay que convenir, para salvación de mi responsabilidad, que cuando me dieron tole para llevarme con los *franchutes,* no entendía yo jota de nada, porque era muy chiquitina; que, si no, ¡corriendo me hubiera yo ido! Pues V. razone y tome apuntes, porque esto que voy diciendo me tiene orgullosa en la creencia de que tal vez le sirva para su libro. Son datos curiosos, porque son generales. Igual que pasa conmigo, pasa con otras muchas; sólo que no todas tienen la suerte de ser tan apegadas á su tierra como yo soy.

Dijo con tal salero las últimas frases, que yo quedé mirándola embobado y me eché á reir luego. Ella me miró también, se puso muy colorada de modestia, y dijo con más gracia aún:

—Sí, hijo: ¿á qué negarlo? A mí me gusta mucho mi tierra; pero, en fin, que nos mandan al extranjero desde niñas. Nos educarán bien, no lo dudo; aunque se me figura que mejor que una madre no puede educar ningún nacido. Pero

en esa edad de cuando somos chiquititos es cuando se pegan más al pensamiento las cosas y dejan allí más claridad y más holgura; es cuando nos deben tener más metiditas en nuestro país, en nuestro hogar, en nuestras familias; que veneramos nuestros mayores, su lenguaje, su manera de ser y de hacer, sus costumbres y todo, y esto parece después que no influye sobre nosotras para que seamos las verdaderas andaluzas. Una señorita de acá resulta, comparándose con una moza del pueblo, tontona, ridícula y llena de estupidez. Sabrán enseñarnos á hacer los honores de un salón y de una comida, pero, mientras, perdemos *nuestro sabor* y la *hechura* que nos da la madre tierra. Venimos aquí, y, como á la postre, ni en un salón ni en un convite se llevan las cosas con el rigorismo del extranjero, porque á lo mejor se derrite la nieve del ceremonial con el calor de la franqueza de este país, quedamos con que lo que aprendimos no nos hace falta. Esto en primer lugar. En segundo que no sabemos lo que saben las otras. Aprendí en Bélgica á tocar el piano y otros instrumentos rarísimos, y tuve que venir aquí para aprender un poco la guitarra. De bailes andaluces no me hable V.: no sabía ni jota; y no sabe V. cómo se me iban los ojos viendo bailar á una buena moza con su pareja. Se me encendía la sangre, y eso que parece que yo tengo la sangre de horchata. No tuve más remedio que aprender. Por supuesto que V. creerá, sin que yo se lo jure, que aprendí en tres semanas, de bailes andaluces y de guitarra y palillos, más que en cinco años en Bélgica pudieron enseñarme de ceremonias que se me figuran del arte retrospectivo.

Y Manolita imitaba, al hablar así, la voz regañona y cascada de su profesora, haciendo adorables mohines.—¡Ay, Jesú! ¡Cuánto mejor no es que una viva y crezca entre sus flores y con su cielo! Allí está una como gallina en corral ajeno... digo, yo por mi parte, así estuve.

Quedó callada un poco, y yo no sabía qué decir: sentíame tan inferior á esta niña que temí algunas veces hablar, por miedo de cometer algún disparate. Sin embargo, tuve que hacer de tripas corazón, y usé de la palabra, poniendo las cosas de otro color. No debía tomar ella el asunto tan á pecho. Se sabe además que en el extranjero hay excelentes centros de educación y verdaderas capacidades para dirigirlos. Además, estar cinco ó seis años fuera del país en que se ha nacido no me parecía suficiente para que uno se desnaturalice de él, y no le comprenda luego, y no le ame, y no se apasione de su historia y de sus costumbres, y no admire sus tradiciones y su belleza...

—Pero ¿ve V.?—dijo Manolita, deteniéndose y mirándome entre impaciente y risueña.—¿Lo ve V.? Eso se dice y es muy bonito; pero ¿y la práctica y la realidad? ¿Y lo que se ve y se hace? No me diga V. que no, porque yo lo estoy vien-

do todos los días, y, sin ir más lejos, en dos ó tres de las mismas compañeras que estuvieron allí. V. verá: todo eso que V. dice puede ser una excepción, y la excepción la tiene V. delante, porque es su amiga Manolita. ¡Santa Madre! Pero las otras vinieron de allá y nadie puede resistirlas: no hablan si no es para criticar las cosas de su tierra. Allí era todo mejor y valía más, allí las cosas más ricas, allí más grandes, allí más buenas, allí más aristocráticas. Se estrena una un vestido.«—Si te lo hubieran hecho allí...»—Va una al teatro.«—¿Te acuerdas de aquellos teatros? ¡Qué paseos aquellos, qué elegancia aquella!»—¡Jesús mío! Y van encogidas de hombros porque así se llevan los hombros en Francia ó en Londres; y van metidas de espalda, á pique de echar las tripas por la boca, porque en París ó en Londres está de moda llevar las espaldas metidas para adentro. Al hablar tiene una que esmerarse y pronunciar muy bien, que suenen mucho las palabras, y que la *s* silbe bastante. ¡Bendito sea Dios que yo estuve seis años allá y me conservó mi dejillo andaluz! ¡Ande V., hijo; si el dejo de una criatura es una cosa, así, como el perfume y el sabor de su tierra!

Manolita se echó á reir, y luego añadió muy seria:—Mire V., la verdad: yo no le echo la culpa á ninguna y se la echo á todas. Con los hombres pasa lo mismo. Y ese despego, esa especie de frialdad por nuestro país, es causa de que se le vayan pegando las cosas de los otros que son feísimas, y así todo degenera con el tiempo y todo se olvida. Las costumbres pierden su carácter verdadero, la tradición muere sin el dulce calorcito de la credulidad de los contemporáneos, y se acabó mi cuento.

Aquello me preocupó bastante: quitando un poco de pasión á todo lo que Manolita dijo, estuvo muy cuerda y muy oportuna. Pero ¡bah! no debe darnos susto ese extranjerismo que se filtra por todas partes de Andalucía, tanto más que en el resto de España.—Por cada señorita andaluza metida de espaldas y encogida de hombros, ¿cuántos millones de Manolitas no hay allá como grandes manojos de rosas que deja Dios caer desde el cielo?—Todo esto le dije yo para animarla, y ella, afable de suyo y sin ánimos nunca para combatir, me dió las gracias, lamentándose entonces de que se había salido de lo que estaba diciendo antes.

—¡Ay, Jesú, qué cabeza tengo! Contándole á V. cómo echaba el día afuera, en el campo, me fuí por los cerros de Úbeda, por aquello de que no sé cantar como los pobres campesinos. Bueno: sí, es verdad que me pasa eso, por las mañanas: por las tardes, allá en los tiempos de la canícula, me tiendo perezosamente á la bartola y leo un libro cuyo autor me guste. Así me quedo dormida como un pajarito. Pero deje V., que todavía hay más: viene *la fresca,* porque el sol ya se pone, y me voy á la era cercana. No sabe V., amigo,

qué ganas de llorar me entran algunas veces cuando veo una puesta de sol. Si alguna vez podemos, me alegraría de verdad que estuviésemos juntos en una tarde así: V. que siente y sabe de esas cosas, lo explicaría mejor que yo. La melancolía de la luz dorada y dulce contrasta con los alegres gritos de las mozuelas y los mozos que en ese punto acaban la trilla para comenzar la faena. Parece el campo una sábana de oro sin fin, llena de vaguedades misteriosas allá en el lejano horizonte. Se oyen las campanillas de los collarines, y el chascar de los latigos, y el duro cencerreo de los rebaños que se meten en su redil...

Se calló Manolita de pronto, se detuvo también, me miró profundamente, y me pareció (Dios me perdone) que las pupilas se le velaron de lágrimas. Señaló una era solitaria que se distinguía á lo lejos, y dijo tristemente:

—En una tarde de esas, allí, mientras las mozas reían y las campanillas sonaban, ofrecí yo á Pepito amarle siempre.





CAPITULO XV

Al soto de la «Rosca».-El campesino andaluz y el alma de Manolita.-¡Tocayo!

Quedé confuso, sin explicarme la causa de aquella última revelación de Manolita. Analizándome luego profundamente á mí mismo, hube de comprender luego que no fué mi confusión porque me impresionase desabridamente aquel nombre en que yo no pensaba por cierto, embobado en las suavidades y dulzuras de la conversación de mi pareja. Fué por otro motivo, y confieso que me sentí orgulloso de sorprender y analizar así mis sensaciones. Sí: me había confundido la idea de que tal vez, sin yo quererlo, habría obligado con imprudentes ligerezas á Manolita, poniéndola al fin en el trance de dar una explicación que no tenía derecho á dar, y menos á mí, que era, en último caso, una persona desconocida.

—Vámonos allá,—dijo Manolita;—allá por el soto de la *Rosca*. Por allí pasa *La Independencia* siempre, antes de almorzar, y nos iremos juntos: charlaremos un rato mientras.—No podéis figuraros la risa que me dió cuando, después de preguntarle lleno de curiosidad, me dijo que *La Independencia* era la señora de la nariz, ni os podéis figurar tampoco el gracejo con que añadió Manolita:
—Es un mal nombre que yo le puse para mi uso particular, porque siempre que

la veo se me pone en el magín un periódico que hay en Bruselas que está siempre en todas partes y que se mete en todo lo que no le importa: se llama el periódico *La Independencia Belga;* y como el periódico y Gúdula son paisanos, por eso se me ocurrió.

Quedó callada un momento, y luego prosiguió con ligereza:—Mire V.: yo veo las cosas de modo muy extraño. Voy á poner una comparación, y V. va á reirse de mí; pero no le hace, porque, yo lo comprendo, debe ser una enfermedad como otra cualquiera. No puedo ver nunca una cosa sin compararla con otra que me parece igual, enteramente igual. Hay luego también que yo hago estas comparaciones dentro de mí misma, sin yo quererlo, sin apartar mi atención de nada de lo que me preocupe; que es imposible no hacerlo, que no puedo remediarlo. Voy por una calle y veo la muestra de una tienda, y aquello lo comparo con lo que menos se le iguale: con una casa ó con el aldabón de un postigo. Un sombrero se me puede figurar á veces que tiene analogía con una cama, y una torre con un pozo, y un niño con una aguja, y de esas y como esas lo suficiente para no encontrarle el fin. Y como ya le dije, esto es inevitable, es imposible desechar de mí esa manera de ser mía; se me coge á mí como una parte de mi propio ser, y no me deja nunca, por nadie ni por nada, y creo que me dice: «—Pero ¡déjame á mí estar! ¿Yo te molesto? ¿No haces tú lo que te da la gana sin que yo me oponga?» Y es verdad, se lo repito: todas esas ideas tontas se me ocurren cuando estoy hablando con los demás, sin distraerme de las conversaciones; cuando leo, sin apartarme la atención de la lectura; cuando sufro por algo y lloro, sin que mi dolor sea más pequeño ni mis lágrimas menos tristes. Yo no sé: otra persona lela, vana y estúpida hay dentro de mí: me asusto algunas veces. ¿Me iré yo á volver loca? Luego me pasa también que juzgo y comento y hago comparaciones como las gentes; porque lo del periódico belga y nuestra amiga es bien comparado: asemé-janse como una gota de agua á otra.

Yo me eché á reir de aquella dulce y graciosa verbosidad de Manolita. Todo aquello que dijo tal vez os parezca tonto como ella creía. ¡Cuán lejos estuve ni estoy de pensarlo yo así!

—Amiga mía,—le dije;—no se preocupe V. de esas cosas. Si yo fuese médico se lo explicaría científicamente; pero le contentará á V. el modo con que yo se lo explico, consolándose con la idea de que es enteramente cierto. V. tiene un envidiable temperamento nervioso sanguíneo y una organización superior. Todo funciona admirablemente, fácil, dulce, sin esa laboriosidad de los organismos gastados ó deficientes. Tiene una riqueza de sangre singularísima, y una susceptibilidad nerviosa tan grande que la lleva á todo eso que us-

ted dice. Su pensamiento es agudo, sutil y vigoroso á la vez: alcanza á todo, lo comprende con facilidad, ve claro en todas partes. Tiene V., en una palabra, la vida intelectual que necesita. Y todo eso que V. dice de ideas extravagantes consiste en esa susceptibilidad nerviosa que la lleva á V. á lo último que encuentra por medio de la visión y la analogía natural que existe entre los seres y las cosas que se parecen, sí, aunque V. lo dude, no con la materialidad plástica que necesita ver el pensamiento obtuso, sino porque lo vemos siempre, todos los días, porque nos asimilamos á ellos y se nos asimilan, lo que tienen, en fin, para que se parezcan sin que se parezcan, es el medio, es el ambiente mismo que nos rodea á todos.



Manolita comprendió, en lo que yo le dije, más aún de lo que le había dicho, probándome así que no me había equivocado, y haciéndome admirarla más aún. Sin contestar, movió la cabeza afirmativamente y quedó muy pensativa. Yo quedé callado también, y se me ocurrieron muy tristes reflexiones. Pensé por un momento en la muerte, y sentí frío en el alma y una congoja terrible é instantánea en medio de aquella majestuosa tranquilidad de la naturaleza. No, yo no soy egoísta: no pensé con horror en la muerte por mí: pensé en la muerte por ella. Estas imaginaciones privilegiadas, estos seres superiores, estos modelos riquísimos y grandiosos de la vida y del ser, en la estética del alma y la estética del cuerpo; esta mujer, en fin, esta niña, de un alto espíritu, de una innegable bondad suprema, de un sentimiento profundo moral, de un cuerpo bellísimo y vigoroso como su alma, había de morir también, había de envejecer, había de gastarse con los desengaños y con el tiempo, había de morir también, había de estar encerrado su cuerpo en las tablas del ataúd y metido en la tierra como se mete como un sarcasmo la semilla que ha de dar fruto. ¿Por qué, Dios mío, como las semillas de las flores raras en los invernaderos, por cada justo que muere no

surgen de su tumba otros mil para ornamentación de la humanidad? Y, sin embargo, al tender en aquel instante la mirada por la campiña, tuve que decir dentro de mi alma:—¡Qué grande es Dios!—Perdíase la mirada en un dilatado é interminable horizonte. Una inmensa y alegre nota azul extendíase por el cielo, y envolvíase la campiña en la suave luz del sol de las mañanas otoñales. Hacían contraste con el verde del suelo las casitas blancas, sobresaliendo en las laderas, y los cuadros cruzadísimos de terrenos de colores. Allá, á lo lejos, divisábase una larga fila de hombres inclinados todos hacia adelante, como si quisiesen sorprender á una el secreto de la tierra, y formaban un largo festón blanquecino, que parecía lindero de dos hazas: eran los peones braceros de las faenas del campo. Por la vereda de un declive próximo iba un cura, orondo, caballero en un macho de buena alzada, rubio como las candelas y melancólico á semejanza del amor primero. Era el cura que iba á decir la misa del domingo en la pequeña iglesia del término. Se perdió á poco el pacífico jinete con su grave cabalgadura, y por el otro lado vimos á la par un zagalote como de once años, con sombrero anchísimo, pantalón ancho también, de paño burdo, alpargatas de esparto y medias sin talones. Iba en mangas de camisa. Llevaba un atroz garrote en una mano, un gran caracol en la otra, un zurrón á la espalda y un capote al hombro.

—A la pa je Dios, zeñore,—dijo al pasar.

El campesino andaluz es atento y comedido como una damisela. Se cree ofendido cuando no contestan á su saludo, pero no deja de saludar por eso. Encontráis á un gañán en una cañada ó en un vericueto, y entre aquella salvaje rudeza del monte quebrado y sombrío y la feroz frondosidad del terreno, os extraña ver cómo aquel gañán, rústico y salvaje como todo lo que le rodea, se quita el sombrero cortesmente, y á este saludo, que tiene algo de ceremonioso, ayuda también otro verbal, deseándoos buen viaje. Haciendo un estudio detenido de los caracteres de Andalucía, se encuentra, tratándose del campesino, cosas muy extrañas. En esos mismos saludos que en la soledad del campo os dirige se retrata perfectamente. No sólo es el campesino cortés, sino cristiano.
—A la pa je Dio, zeñore. La Malena sus guíe... Güen viaje y Dio mediando.
—Toda esta fraseología del saludo campesino demuestra el cuidado que tiene en armonizar todas sus obras y sus palabras con el pensamiento de Dios. El campesino de Andalucía en nada se parece al alegre y franco andaluz de las ciudades, tan decantado por unos y tan zaherido por otros en las demás tierras españolas. El campesino andaluz es prudente, reservado y comedido, supliendo así lo que le falta de ilustración. Es, además, justiciero, y hasta tiene algo de sibila en su manera de ser, adivinando lo que adivina con la doble potencia de

la vista de los místicos. Es parco en sus elogios, desconfía por sistema y vive prevenido siempre como un gran maestro en las cosas y en las vicisitudes de la vida. Hay otra forma de saludo en estas gentes que acusa también una gran nota característica:—Vaya con Dio la gente honrá.—Siempre saluda el campesino; pero ¿sabe él, acaso, á quién saluda? ¿Le conoce? ¿Sospecha, acaso, que no puede ser un buen sujeto? Se hace, pues, su reflexión de que no priva del saludo al transeunte, pero á condición de que sea honrado.—Vaya con Dio la gente honrá.—Así saluda sin soltar prenda, como el clérigo que procura absolver sin responsabilidades:—Si no es gente honrá la que pasa, no irá con Dio.

La soledad le hace reflexivo, y el poco trato con las gentes, huraño. Estas dos cualidades características las demuestra principalmente en la ciudad. Va receloso y prevenido. Le asusta el movimiento y la animación, como á los de las ciudades la grandiosa é imponente calma de la campiña desierta. Yo no encontré en mi vida á un campesino por las calles á la media noche, y conozco á muchísimos de la ciudad que no tienen bríos para asomar las narices á la puerta de la casa de campo cuando ya oscureció: el recelo, la desconfianza y la prevención que tiene el campesino con el de la ciudad, creyéndole allá, en lo último de su apretado cerebro, superior á él, es causa de que se afane y medite á su manera y haga sus cálculos y resulte maestro en el tejemaneje de su gramática parda, que da cien vueltas á las gramáticas de todas las academias de Europa. En el campo está el campesino en su centro, desaparecen sus prevenciones y se muestra como es verdaderamente porque alterna con sus iguales. Es alegre, decidor, travieso, vivaracho, y hallan las mozuelas en él más virtudes y más encantos que en el señorito más buen mozo que anda por el mundo.

Yo soy andaluz, conozco mi país, le amo; estuve mucho tiempo sin verle, y por eso me impresionaba cualquier detalle ó cualquier punto, trayéndome á la memoria escenas de la niñez é historias dulces. Pensando en esas historias y acordándome de las pintorescas y extrañas costumbres del campesino de Andalucía, anduve un buen trecho: de cuando en cuando, sobre todas aquellas idas y venidas de mi pensamiento, como cabrillas triscadoras por los campos y las ciudades andaluzas, venían todas las palabras dichas anteriormente por mi graciosa pareja, como diablillos microscópicos, ágiles y retozones que no cesaban de dar vueltas con los otros pensamientos. Al fin todos aquellos diablillos, cogidos á mi ser y tirando á una de mí para llevarme entero de cuerpo y de alma á Manolita, consiguieron su objeto y me consagré á ella enteramente, sin acordarme más entonces de Andalucía ni de los andaluces.

—Va V. muy callada,—la dije.

—Porque fuí una tonta, y ya no lo seré más. Estuve diciendo antes un tro-

pel de majaderías por hablar algo: ahora prefiero callar á seguir hablando de ese modo.

La vi indecisa, titubeando; quería hablar, y deteníala, sin embargo, alguna cosa grande, poniéndosele en la garganta y haciéndole humedecer los ojos.



Ibamos llegando á la *Rosca,* sitio que Manolita indicó antes. Avanzamos por un caminejo de herradura, pizarroso y resbaladizo con la humedad de la noche. Un fuerte olor acre de tierra mojada y perfume de los matojos se introducía en los pulmones dándoles savia y vida. Formaba aquel caminejo profunda cañada, sombría, feraz y envuelta así como en una especie de poesía terrible y siniestra. Allí encontramos la *Rosca,* una gran mole de granito que no sé por qué será así designada.

Se mostró Manolita algo nerviosa y quiso llegar pronto. Adiviné yo claramente lo que por ella pasaba. Manolita no sabía ocultar aún las luchas de su corazón. Manolita era noble y franca, y no comprendió aún lo que gana la mujer no mostrando nunca lo que con verdad siente. Sí: yo lo sabía, yo lo adivinaba todo, y luego me confesó que no estuve equivocado. Manolita intentó desde el principio explicarme su presencia, á media noche, lejos de su casa, en un pueblo de Sevilla, sola, y queriendo ocultar su distinción bajo el gracioso vestido de una muchacha del pueblo. Intentó explicármelo, pero se le

hacía fuerte porque eran cosas de su corazón y le costaba trabajo arrojarlas así á la calle, del altar donde estuvieron siempre santificadas y ocultas. Dolíale hacer la revelación, y le dolía lo mismo pensar que yo pudiese pensar mal de ella, no justificándose. Mi silencio sobre aquel punto parecíale muda protesta unas veces, y delicadeza y caballerosidad otras. Me tenía gratitud por el respeto hacia ella que en mi mutismo le parecía entrever, y queriendo hablar costábale más esfuerzo aún, sin que yo lo hiciese antes. De aquí el que ahora estuviera triste, y de pronto alegre, locuaz y decidora en un punto, y pensativa y muda súbitamente en otro.

Veía yo todo lo dicho en el alma de Manolita y sonreíame gratamente complacido de estudiar aquel carácter sin doblez que con tanta franqueza se prestaba al estudio, igual que los héroes de la antigüedad se entregaban ellos mismos á sus perseguidores. Andaba Manolita con dificultad por las asperezas de los riscos. Este inconveniente y sus preocupaciones, que parecían más hondas desde que pronunció las últimas palabras, la ocasionaron el sufrir un mal rato y de que yo también lo sufriese. Se la dobló un pie, dió un ligero grito y cayó hacia atrás. Las sinuosidades del terreno nos impedían ir muy juntos y no me fué posible estar pronto á sostenerla. Me daba horror el pensamiento de que se hubiese hecho daño. Por la noble confianza que sus padres me hacían dejándola ir sola conmigo, creíme yo responsable de todo cuanto la pudiera ocurrir. No sé qué mundos pasaron por mi imaginación en los instantes brevísimos que trascurrieron desde que lanzó el ¡ay! hasta que estuve á su lado y la vi allí sobre aquellos pedruscos desigualísimos, en aquel lugar triste, deshecho el peinado y la punta de un pie metido en la charca que intentó saltar.

La ayudé á levantar prontamente, y ella me pagó con una sonrisa. Su primer ademán fué para arreglarse los cabellos caídos en graciosas bandas. Con las manos hacia atrás, en la cabeza, arreglándose el peinado, quiso continuar el camino. Lanzó entonces otro ¡ay! agudo. Cayeron otra vez las bandas, y yo la sostuve á ella para que no cayese al igual. ¡Qué linda y extraña figura representó en aquel instante, desbandado el cabello, encogida un poco, pálida y apretadillos los labios y los ojos por la contracción del dolor!—¡Ay, mi pie! ¡Ay, mi pie!—decía. La roca estaba á unas quince varas. Cogí á Manolita en mis brazos con toda la delicadeza que pude, y la llevé allí, dejándola sobre la gran piedra como una figurita en peana enorme. Confieso ingenuamente que al peso de la dulce carga no sentí ninguna impresión que pudiese ofender á Manolita. Se me figura que esta mujer no ha podido inspirar á nadie en el mundo otra sensación que esa que invade el espíritu del más indiferente cuan-

do ve en las poéticas penumbras del templo el rostro resignado y puro de la Madre de Dios.

Sentada ya sobre la piedra, miró así como con azoramiento á un lado y á otro. Su semblante, pálido anteriormente, parecía ahora una mancha roja: le subía el color de la vergüenza hasta la frente y bajábale al cuello. Yo creí leer en aquel rubor y aquellas inquietudes:—¡Oh, si Pepito supiera que un hombre me tomó en sus brazos!

—Pero, vamos, Manolita,—la dije con el tono dulce y regañón que con los niños se tiene;—¿qué es eso? ¿qué cosas se le ocurren?

Alzó ella los ojos velados de lágrimas. Me miró sonriendo, y exclamó así con una dulce mescolanza de tristeza y mimo que recordaré toda mi vida:

—¡Ay, tocayo! ¡No se disguste V. por Dios!





CAPITULO XVI

Confidencias de Manolita. Quién era Pepito.—Angela y Luis.

¡Tocayo! No me llamó así nunca Manolita desde que estuvimos juntos en Aznalfarache. La palabra, y el tono con que la pronunció, me hicieron recordar otra vez todos los incidentes de aquella noche de recuerdos gratos. Ella se quedó mirándome de aquel modo picaresco é infantil, á la par, que la hacía tan simpática. Mirábame así Manolita, porque estaba pensando entonces en todas las vueltas que habría yo dado en mi pensamiento—aunque me mostré indiferente—á las causas que habrían concurrido para que á ella, la elegante y mimada señorita, la pudiese yo encontrar como una de tantas, entre la turba de alegres y despreocupadísimas mozuelas del pueblo.

Ya no pudo resistir más, y me dijo con aquel mismo tono de antes, entre burlón y triste:

—¿Está V. disgustado conmigo?

—¿Yo? No es V. buena. ¿Por qué me trata así, creyendo que podría ofenderme ó disgustarme con V.?

Entonces ella habló, habló mucho, y yo seguí oyéndola como en éxtasis. Aquella verbosidad no cansaba; aquel donaire y gracejo en el decir, aun dentro de su misma tristeza, cautivaban y atraían. «Ya conocía yo á Pepe. Cuando yo vi que no era verdad aquello de su posición modesta y lo del empleo en el Ayuntamiento, de su padre, creería también que no era verdad lo de Pepito; pero me engañé, me engañé, sí: había un Pepito de Dios, de carne y huesos, que la iba á consumir á ella á disgustos dejándola en los huesos y sin carne.»—¡Jesús! ¡Qué hombre! Y V. no se puede figurar lo noble y lo bondadoso que es, y lo mucho que sabe. No le ha visto V. porque está en Madrid: fué á doctorarse de Derecho. Ni me escribe ni le escribo. No se vaya V. á figurar, tengo mis berrinches muy callandito, porque estamos así, sin escribirnos, como dos almas muertas; pero, por otra parte, me da un gusto y consuelo que no se puede V. imaginar. ¿Sabe por qué? Porque de escribirnos, sería para estarnos diciendo barbaridades el uno al otro; es decir, el uno al otro no: él, que es así y tiene ese carácter. Yo no hago más que llorar y decirle que le quiero; pero ahí está, ahí está: diciéndole eso, es como le digo las barbaridades también, porque debía estar muy callandita y no consentirlo de esa manera; y no consintiéndolo con tantísimo halago y tanto mimo, no sería él así.

Calló un poco, suspiró después levemente, mirando al cielo, y me preguntó la hora que era. Vi el reloj, se lo dije, y me miró entonces, sonriendo á la par, de aquel modo triste y alegre á la vez.

—*La Independencia*,—exclamó,—pasará muy pronto. ¡Cómo se va á poner cuando me vea así, tan sucia con el barro y tan descompuesta!—Habíase arreglado el pelo con una precipitación que tenía algo de febril.—¡Pobrecilla!—siguió.—¡Cómo me quiere! Por supuesto, que no hace más que pagar... ¡Ay, por Dios, que no se entere mi papá que yo la llame pobrecilla, porque sería capaz el muy tonto de ponerse malo! Tiene unos miramientos y unas cosas con ella, que parece una princesa disfrazada y que él sólo lo sabe. Siempre que me oye hablar con Gúdula, está diciéndome: «—Niña, cuidado, niña: ¿qué confianzas son esas? Niña, repórtate; niña por aquí, niña por allí...» ¡Ay, Jesús, con tanto niña, que parece mi papá un maestro de escuela...! Pues V. verá: hace dos ó tres meses me pidió Pepito que no viniera yo aquí más; aquí... al campo. Figúrese V.: decirme á mí eso es quitarme un pedacillo de alma, porque el

campo me da la vida en haciendo calor y haciendo frío y en cualquiera estación. Yo le dije: «—Bueno, no iré.» Y se me moría el corazón de pena diciéndolo. Se fué más tarde á Granada por yo no sé qué papeles. Yo, la verdad, como no estaba él en Sevilla, y como estaba ya más de un mes sin venir al campo, vine. ¿Qué daño le hacía yo á nadie? ¿Verdad?

Yo moví la cabeza negativamente.—Ninguno, hija.

—Pues V. verá. Se enteró, y no quiero acordarme de las cosas que me dijo: que yo no le quería, que yo le engañaba, que mi comportamiento no era noble, que él obraría lo mismo que yo y con libertad entera: furioso, hijo, furioso. Yo ¡qué hacer! llorar y más llorar, y mis padres muy disgustados de vernos así; porque, no vaya V. á creer, Pepito entra en la casa y todo: claro, ¡es tan bueno, tan fino, tan noble...! Sólo que tiene eso, que es muy celoso: ¿ha visto V. qué lástima?

Yo me eché á reir.—Esa enfermedad,—le dije,—V. misma puede curársela.

—¡Sí, curar!—exclamó con un mohín.—¡Ya estoy yo fresca! Se fué muy descompuesto. No sabe V. la angustia que me da de verle así. No venía por casa y esto me puso con una inquietud... ¡Es claro! Mi pobrecito padre está muy viejo y envejecíase más sólo de verme, y se estaba muy callandito; pero lo conocía yo: aquí, dentro de Sevilla, me ahogaba. Al campo no quise irme, porque hubiera sido poner llamas en el horno. ¡Ay, Dios, si no podía estar! Vino una tarde una mujer que me quiere mucho: figúrese V., me tuvo á los brazos, porque fué mi nodriza. Para respirar un poco nos fuimos en un bote. Tenemos confianza en esa mujer como en nosotros mismos. Permitió mi padre que quedase allí, y dijo á todos, la mujer, que yo era sobrina suya. Allí me tienen por tal, porque de otro modo no se atreverían á jugar y á ser francas conmigo. Como yo soy tan sosa, y me quedo así, como quien mira á los santos, y no digo una palabra, ningún mozuelo me mira. Ya vió V. aquella noche: me quedé tan sola que no sabía lo que hacer. Por supuesto, que no iré más. Vi á V. aquella noche, hablamos un poco... «—¡Ay Dios!—dije.—¡Si éste es el señor de quien *La Independencia* murmura tanto!» Ya le conocía yo á V. por sus libros. Quieras que no, me los hizo ella leer, porque hablaban de Andalucía, y ya sabe V. que Andalucía es la cuerda floja de *La Independencia*. Bueno, pero yo no quise decir á V. nada, temiendo que V. extrañase que una chiquilla, así, del pueblo, estuviera tan al corriente en cosas de lectura. Todo lo que allí le dije de Pepito es verdad, y le hice aquella confianza porque me pareció V. bueno y porque Gúdula tenía hecho juramento de echar á V. mano en donde le encontrase y llevarlo con nosotros. En fin, para que vea V. si tengo mala suerte, cuando volví á casa supe que había estado allí Pepito. Se fué disgustadísimo, y de pensarlo yo nada más, quedé como muerta. Al otro día salió para Madrid y hasta hoy no

he vuelto á verle. ¿Ha visto V. qué hombre? ¿Ha visto? Por supuesto, si yo no lo quisiera tanto... ¡ay! Dios me perdone: iba á decir un disparate. No, yo nunca me portaré mal, porque sé que me quiere también mucho. Pero ¡Dios mío! si no tuviera ese genio... En fin, ya se lo conté allá. No he visto novio que hile más delgado: no puedo ir á ninguna parte, ni hacer nada, ni tener una amiga, ni salir un rato en carruaje, ni nada, nadita: sobre todo lo de salir. Un día salí sin que lo supiera, porque no le vi á tiempo para decírselo. Me encontró en la calle y vi que se ponía amarillo como un muerto: estuvo malo tres días, doliéndole tanto el corazón, que me horroricé. ¡Pobrecillo! Y yo me pregunto muchas veces: «—Pero ¿qué va á ser de nosotros así?»

Quedó callada y movió la cabeza con desaliento: yo me puse triste porque recordé una historia:—Mire V., Manolita,—la dije;—cuatro años hace de lo que le voy á contar; cuatro años hace y no lo olvidé un solo momento. Tuve yo un amigo desde la niñez. Este amigo tuvo una novia, una novia á quien quería con toda su alma y que le quería como V. quiere á Pepito. Este amigo tenía un carácter noble, fogoso, y, sin embargo, lleno de dignidad y de mesura. Siempre que le oí hablar, me enamoraba por sus aspiraciones nobles y sus ideales santos. Por eso le quise, consagrándole verdaderamente toda la amistad y todo el cariño de mi corazón. Llegó el día de su enamoramiento con Angela. Ella comprendió su talento, su generosidad, su delicadeza, sus afabilidades. Le halló noble, distinguido, caballero; le estimó primeramente, le comprendió después, y acabó por adorarle con locura. Yo visité mucho tiempo, con anterioridad á estas relaciones, la casa de Angela. La conocía, pues; conocía también á mi amigo; y conociéndoles á los dos, fuí verdadaderamente dichoso por ambos. Era lo cierto que nunca, ni buscada con candil, se hubiese encontrado pareja más igual, más galana y más hermosa.

La verdad es, Manolita, que no hay seres perfectos; la verdad es que en la existencia cada hombre procura conocer y estudiar al hombre que tiene más cerca, sin que se estudie y se conozca ese mismo que quiere conocer á los demás: esa, esa es la causa de que no seamos como debemos ser. Gran parte de nuestras desperfecciones nos la debemos á nosotros mismos. Luis, mi querido Luis, el novio, rendido, generoso y apasionado de Angela, se presentó ante la sociedad de sus conocidos, de sus amigos y de todo el mundo, con un nuevo carácter no esperado por nadie, que hizo sufrir á los que verdaderamente le amaban, que hizo encoger de hombros á los indiferentes y que hizo reir á sus conocidos. El defecto del pobre Luis era el de amar demasiado. ¿Cómo se explica esto? ¿Cómo se comprende? ¡Qué misterios indescifrables son los de la vida de la humanidad y los del espíritu de sus criaturas! La alegría mayor, la

felicidad más completa, el goce más supremo, entre dos racionales que se adoran, ¿no debe ser el de adorarse más á cada día que pasa y á cada hora y cada minuto? Pues no. ¡Pobre Luis! Empezó á ser más desgraciado cuanto más crecía su cariño y más pruebas dábale, la mujer elegida de su corazón, de merecerle.



Analizando bien esto, no vaya V. á creer que tales aberraciones obedecen, como á su raíz principal, á eso de los temperamentos, ni al calor de la sangre meridional, ni á que los protagonistas de esta historia que le voy contando fuesen ó no andaluces: no, no crea V. eso nunca. El hombre, celoso y apasionado, lo mismo deja calcinar su espíritu entre la bruma fría y serena del Norte que entre las llamas abrasadoras de los soles del Meridión. Conozco yo andaluces fríos y dorados como *gentleman;* en Andalucía conozco yo mujeres de piedra; en Castilla, por ejemplo, las hay que parecen andaluzas de raza, trigueñas, seductoras, arrogantes, animosas, terribles, como esperando el peligro con ansiedad de muerte para arrojarse á él y morir sin defensa; mujeres de labios pedigüeños de caricias, aunque no hablen, y de ojos como rayos que deslumbran y matan. No, amiga mía: esta Angela y este desgraciado Luis existen en todas partes.

Al principio se mostró él despreocupado, como debía, para ciertas pequeñeces que no merecían siquiera el nombre de tales; esas nubecillas que son

tampoco. No contestó, no dijo una palabra: quedó lívido, silencioso, inmóvil. Un mundo inmenso, desprendido de dos lejanos, pareció caer de pronto sobre su cabeza para aplastársela y sobre su corazón para rompérselo. Mantúvose callado, y se alejó sin hablar con nadie, jurándose á sí mismo no volver á casa de Ángela, ni verla más en su vida. Pero á la noche siguiente ya estaba allí, cariñoso, solícito, bueno, adorándola tiernamente y respetándola como á la Virgen y como á Dios. Pasaron muchos días sin que una nube eclipsara aquel nuevo idilio en que entraron. Luis pareció ya otro, y Angela parecía feliz de aquello. No obstante, no había que afianzarlo enteramente. Se disgustó Luis una noche porque al día siguiente salía Angela con su madre. Se marchó; y al volver, en la tarde del otro día, encontró á su novia en la escalera. Iba sola, elegante, hermosísima.



—¿A dónde vas?—le preguntó asombrado.



Corre, corre, mulita, que la noche se viene
ya *pa* la *parba*, y amo regaña.

—A la calle.

—¿A la calle?

—A la calle.

—¿Sola?

—Sola.

—Pero ¿á qué vas?

—De tiendas.

—Y ¿no te acompañan?

—¿Para qué? Ahora se estila ir sin rodrigones.—Y se marchó sin decir más.

—Y ¿qué ocurrió luego?—preguntó Manolita ansiosamente.

—¡Oh, Manolita! Una cosa que la hará á V. daño, porque la hará comprender un poco más lo que es el hombre, lo que es la mujer, lo que es el corazón, lo que somos los humanos.

—Pero ¿qué fué?

—Que Luis pidió perdón á Angela, que Angela se lo concedió; que Luis se regeneró con aquella conducta de su novia, desaparecieron aquellas debilidades, fué generoso y sencillo como siempre, completándose de esta manera y pudiendo hacer verdaderamente la dicha de una mujer amada. Pero Ángela...

—¿Ángela?—interrogó Manolita, febril.—¿Qué hizo Ángela?

—Ángela no quiso ya á Luis cuando Luis fué como debía ser.

Manolita lanzó una exclamación de sorpresa:—¿Es posible eso?

—Sí, posible: no le quiso ya. Ella, que tantas cosas grandes había hecho por el amor de Luis y no dejó de amarle cuando él cometía sus errores, buscó luego un pretexto fútil para terminarlo todo. Se casó algunos meses después con otro hombre.

—¿Y Luis?

—Luis la despreció.





CAPITULO XVII

Comentarios de la historia. El cuadro de la Virgen del Campo.-Pedrón y el cuento de Pedrón.

Quedó Manolita silenciosa: no se le ocurrió una palabra en el primer momento. Fijas las pupilas en la punta de su pie diminuto, que asomaba como risilla de un diablo por el vuelo de la falda; fija la vista allí, digo, abstraídamente, como si tuviera que descifrar alguna cosa importante de la punta de su pie, pareció insensible, al pronto, á las palabras que le había dirigido. Alzó la cabeza, y pude ver entonces su lindo rostro, pálido, muy pálido.

—Pero ¡Dios mío!—exclamó al fin, mirándome estremecida.—¿Cómo puede una mujer, por mucho que la aconsejen y mucho que la obliguen, desechar así de su corazón la imagen de un hombre, único á quien creía amar? ¿Cómo es posible que haga esto para poner allí mismo, inmediatamente, la imagen de otro hombre? ¿Cómo vive después, cómo piensa, cómo satisface su espíritu, cómo palpita su corazón después al lado de otro hombre, á quien no puede amar como amó al primero? Turbarán su pensamiento, sin duda, feas visiones, y turbarán sus sueños también malos espíritus. ¡Ay! Yo no tengo experiencia de estas cosas, pero se me estremece el cuerpo de frío á la horrible idea de que yo, que no siento y que no pienso como no sea con el corazón y con la idea de Pepito, que así me convertí de niña en mujer, que así sorprendió él todos los secretos sencillos y puros de las primeras ilusiones de mi alma, que así me formó á su modo y me amoldó á su figura moral por defectuosa que sea, que así dejó caer en el espíritu mío toda la luz del suyo; ¡cómo es posible que yo, habiendo sucedido esto, una vez y otra y un mes y un año, pueda luego de pronto, á las pocas semanas, viviendo él, viéndome, encontrándomelo todos los días en la calle, en el salón, en el teatro, tuviese valentía de ir con otro hombre y ser suya, y que tuviese todos los derechos sobre mí, sin tener Pepito ninguno. ¡Qué dolor y qué vergüenza, Jesús!

Yo sonreí tristemente, y dije para animarla:

—Y ¿cómo se haría entonces, mi pobre amiga? La vida es así: hay que filosofar un poco y resignarse.

—No, eso nunca,—dijo ella alzando la cabeza y mirándome ahora resueltamente.—Yo podré renunciar á Pepito, cuando esté convencida de que sería el unirnos una desgracia para los dos. Yo podría ser cobarde hasta el punto de tener valor para verle llorar y desesperarse á mis pies cuando supiera mi determinación; pero ni mis amigos... ¡qué digo mis amigos!... ni mi padre ni mi madre, cuyo amor es para mi alma tan necesario como el aliento para vivir, ni mi padre, ni mi madre, en las conveniencias, ni la soledad si mis padres muriesen, ni todo lo del mundo, fuera bastante para que yo pudiera dar un día á Pepito el espectáculo escandaloso de que me vea al brazo de otro hombre.

Había algo de santidad y de misticismo en la firmeza y en la fe de las palabras de Manolita. Inclinó la frente, y aquellos ojos bellísimos se deshacían en lágrimas, hijas de su corazón franco. No había yo visto jamás el curioso espectáculo de una mujer espontánea hasta que vi á mi pareja aquel día. Estuvo así algunos instantes: sentada sobre el pedrusco y yo de pie ante ella contemplándola, cariñoso é inquieto por su porvenir. Yo no tenía ánimos para romper aquel silencio.

Secó de pronto su llanto, clavó en mí su mirada, llena de curiosidades y dudas, y dijo:

—Pero, vamos á ver, ¿es posible eso que V. me contó? ¿No lo ha inventado como un ejemplo, hijo de su experiencia, pero exagerado, para que yo me guíe y pueda atenerme á él? Dígame con verdad si esa mujer existe. Dígame si es feliz, digámelo todo, para que yo me convenza. Ó estará siempre muriéndose de dolor, ó será una infame.

—Pero ¡qué vehemencia! ¡qué exaltaciones! ¡Yo que estaba admirado de su templanza y su buen equilibramiento que no la ponían nunca en este caso! Sí, es verdad que existe esa mujer: no es una historia fantástica que yo he inventado. De si es feliz ó es dichosa, ¿cómo es posible que yo pueda asegurárselo á V.? Allá ella: yo tenía la intención solamente de citar á V. el ejemplo, y eso es lo que hice. Además, sin que esto sea una afirmación gratuita, sino una figuración, yo pienso que esa mujer ni es infeliz ni es infame. No hay que extremar las cosas, amiga: en el mundo hay que guiarse por la generalidad, por lo corriente, por lo sencillo, por la vulgaridad de las cosas. Esa mujer se casó: la primera vez que vió al novio, yendo ella con su marido, pasaría un mal rato, ¡quién lo duda! hasta pudo haberse desmayado, que es lo que se usa; pero después habrá ido acostumbrándose á la idea, y, como ya con el mero hecho de haber consentido en casarse con otro, acusaba su predisposición á olvidar al primero, poco le habrá costado quedar en un saludable y bienhechor indiferentismo. Ya ve V.: es lo más lógico, lo natural, lo verosímil. Ya no se muere nadie por un amor contrariado. Hay que vivir.

—Bueno,—dijo Manolita, mirándome profundamente.—Y ¿V. cree que yo podría quedar en ese indiferentismo? ¿V. cree que yo viviría en esa afable tranquilidad de estúpido, como si no tuviese pensamiento y como si no tuviese alma?

Quedó mirándome, llena de anhelos, esperando la contestación; y me apresuré á decir, en tono convencido, porque era verdad que lo sentía:

—¡Ah! No, Manolita: V. nunca podrá hacer eso.

—Pero ¿no acaba de decirme que es lo general, que es lo que ocurre, que hay que atenerse á lo que se ve todos los días?

—Sí, si V. se casara con otro. Casándose, sería el punto principal para asemejarse á las otras. Haría después lo que las demás hacen. La superioridad de V. sobre las otras consiste en que no se casaría.

Estrechó Manolita mi mano con efusión y me dió las gracias conmovida. Yo me turbé de aquella demostración de afecto. Allá muy lejos, muy profundo, en lo hondo de mí mismo, sentía yo un horror invencible y un odio desespe-

rado hacia aquel Pepito, causa de las inquietudes de Manolita. ¿Por qué odiaba yo á Pepito? No, no es por lo que ya vosotros estaréis pensando. Yo sentía junto á esta mujer un bienestar y un consuelo inexplicable; pero no inexplicable por lo grandioso y lo elevado y lo fuera del orden, no: inexplicable por lo sencillo y nada más: sentía yo, junto á ella, algo así parecido á ese desmayo de placer que siente el viajero en fiera tarde canicular, cuando chispea más el sol y nos abrasa el cerebro, y encuentra de pronto la sombra dulce de una palma sobre el remanso de un río murmurador y brillante: todo arde y centellea á la espalda y á un lado y á otro del viajero: todo arde y cruje, con la caricia de fuego del sol de Mediodía: sopla el aire caliente, mueren los pájaros asfixiados, y el viajero tiene á sus pies el agua cristalina, y sus vapores fríos suben y le penetran hasta el corazón. Este sensualismo del alma experimentaba yo al lado de Manolita: su ingenuidad, su franqueza, aquellas serenidades límpidas, todo iba á ser destruído con los desengaños y con las penas del amor de Pepito, del odiado Pepe.

El silencio del campo fué interrumpido entonces por las notas vocingleras de un esquiloncillo. Yo miré á Manolita, y me dijo, algo más tranquila ya, que era la campana de una iglesia próxima. El cura que vimos pasar antes, decía la misa allí. Por otro lado vibró otro ruido ronco y prolongado, lleno de monotonías. Me dijo Manolita, sonriendo, que era la caracola del muchacho que también pasó:—Toca el zagal la caracola, avisando así á los trabajadores de este lado y aquel, para reunirlos al almuerzo. Se interrumpió de pronto para decir:—Mire V., mire V.: por allí viene. Se subió sobre la piedra, y allí quedó, aérea, delicada y hermosa, puesta una mano en los ojos á manera de pantalla contra el sol, flotándole ligeramente los rizos con la brisa agradable y llena de perfumes.

Aproximábase á nosotros la señora de la nariz. Venía con mucha lentitud. Me pareció, al principio, que su lentitud en el andar obedecía á lo difícil del camino. Pero no andaba así porque era de su agrado: lo afirmo, porque tengo mis razones. Apenas nos divisó, echó á correr como cabra por llano, y eso que iba, como siempre, cargada de cachivaches: el histórico abanico japonés y el gran quitasol chino figuraban en primer término; colgábale de un brazo el catrecillo de campaña; de una correa, un catalejo enorme, á modo de sable; bajo el otro brazo llevaba una cajita de colores en un tablero de dobleces, con papel *sepia*.

Apresuró el paso, como dije, y nos echamos á reir de verla. Conforme se aproximaba, hacía señales incomprensibles para nosotros, lanzando á la par tremendos gritos.

—Pero ¿qué dice?—preguntábase Manolita, sin saber á qué atenerse.—Gúdula, con todo, corría como una corza entre aquellos peñascos. No pudiendo hacerse entender con las grandes voces que pegaba, y faltándole la paciencia por el eterno desequilibrio de sus nervios, hacía señas á Manolita con el catrecillo de campaña, que enarboló muchas veces como si nos lo fuera á disparar.

—Pero ¿qué está V. diciendo?—grité poniéndome las manos en la boca á manera de bocina. La entendimos entonces.

—¡Que se esté quieta!—decía.—¡Que se esté quieta!

Aludió á Manolita, sin duda, y ella me miró con asombro.

Corría la dama en tanto: la oímos ya perfectamente.

—¡No te muevas de ahí! ¡Así, así! ¡Espérate!

Llegó á nosotros, se aproximó á Manolita luego, la miró, se retiró después algunos pasos mirándola aún, así, como si la enfocara.

—¡Así, así! ¡Quieta!—dijo.

Y después, dirigiéndose á mí, añadió agriamente:

—Pero, hombre, ¿V. no ha visto eso?

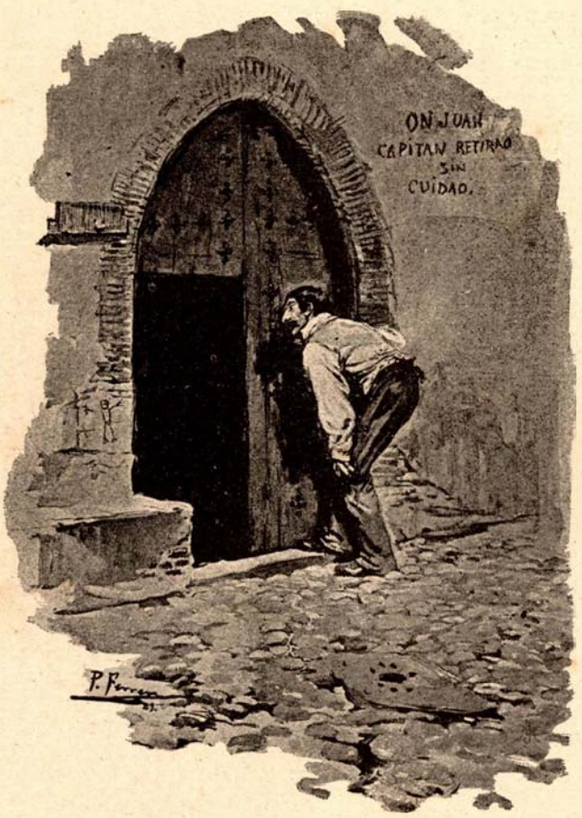
Colocó el catrecillo, se sentó sin cuidarse de aliviar un poco su cuerpo de aquella carga, preparó el tablero ligeramente, los pinceles, la cajita de colores...

—Quieta, así, quieta.—Y se puso á pintar.

¡Qué extravagante, pero qué excelente y generosa mujer! A la agria reflexión que me había dirigido, miré yo á Manolita. La dama de la nariz aludió indudablemente al precioso cuadro que representaba á aquella figura, elegante y graciosa, con lindo gesto curioso, sacada un poco la cabeza, y una mano junto á la sonrosada y menuda oreja, como la hoja de una flor; su vestido diáfano, airoso y elegante, su descompuesto peinado, y el donaire y el gracejo que parecía emanar toda ella. Estaba allí en aquella gran piedra como una extraña diosa del paganismo en el altar sagrado, con aquella inmensidad del cielo azul como fondo, los áridos pedruscos á sus pies, y á su espalda un larguísimo festón de pitas agudas y amenazadoras, como terrible ejército de lanzas para defender aquella dulce y misteriosa virgen del campo.

Había ido tranquilizándose Manolita, y la presencia de Gúdula, de aquel modo inesperado, la distrajo un poco. Se le animó el semblante, le chispeaban los ojos de vida, de juventud. Había dicho muy bien Manolita en aquello de que le quitaban el ser quitándola del campo. Después de aquella conversación desagradable que tuvimos, aquella conversación que hizo despertar en su cerebro ideas adormecidas de un porvenir desgraciado, y en su alma sentimientos opresores de amor y agonía; después de aquel rato de dolor y de llanto que pa-

reció quemarle las mejillas; al resbalar una leve ráfaga de aquel airecillo sutil, aromoso y cargado de oxígeno, y una nota divina de los azules de aquel cielo, eran bastantes para restaurarla y tranquilizarla en sus aflicciones y en sus incertidumbres. Lentamente fué imperando en ella su carácter sereno, y la quietud y la paz parecían extender sobre su rostro, de suave dorado con el beso del sol del Mediodía, una afable oleada de placer bendito, como el de los ángeles. Aquella alegría serena, que se detuvo un momento por un hervor de su valiente y vigorosa sangre, reapareció con nuevos y divinos matices, y otra vez la dulce jovialidad de su corazón templado me hizo pensar con deleite en aquella niña extraordinaria. ¡Cuántas ocurrencias felices! ¡Qué giros más deliciosos y agudos! ¡Qué extraña fraseología andaluza contando la manera de decir de fulano y las costumbres de la casa de mengano! ¡Qué primorosa é intencionada manera de sacar á relucir las faltas de unos y las sobras de otros! La novia del garañón era así y así, y garañón hablaba con este dejo ó con aquel... ¡Qué epigramas, qué intención, qué gracejo, qué tipo andaluz tan deslumbrante, qué palabras aquellas tan sonoras como arroyo bullidor de pedrería sobre una plancha de acero! La dama de la nariz reía unas veces á rabiar, y quedábase mirando otras á Manolita, como quien mira algo del otro mundo, llena de admiración y llorando de alegría; y á todo esto, ella, Manolita, con su mano puesta junto al oído, y colocada allí aún, sobre el gran pedrusco; y la dama pinta que pinta, y yo admiradísimo también, y como si no hubiese ante mis ojos y ante mi alma otra vida material y espiritual que la vida vigorosa del cuerpo y del alma que vertía sus destellos de aquella gran figura de Manolita, levantada sobre su pedestal de piedra.



Hablaba Manolita entonces de los arrendadores del cortijo, de sus padres, del refajo de Maruja y de la faja de Pedrón. A este nombre de Pedro, la dama belga dijo prontamente:

—Un cuento de Pedrón, un cuento de Pedrón.

No se hizo rogar Manolita, y exclamó así con malignidad hechicera:

—¿Un cuento de Pedrón? Con todo mi corazón.

—Lo mismo,—exclamó la dama belga dirigiéndose á mí;—lo mismo: así empieza siempre Pedrón sus cuentos: con el mismo tono, con iguales palabras y giros...

Manolita, en tanto; seguía así:

—Este era un rey que le gustaba mucho de cazá. Po señó, vaya, que un día pasaba po un puebro y vió un letrero en una puerta que decía:



On Juan,
capitán
retirao
sin cudiao.

El rey, como era de tanta curiosidá, ¿qué va y jace? Le ice á su mayoldomo: «—Mira, vamo á entrá en esa casa, que quiero dale cudiao á ese hombre.» El pobretillo e on Juan sa torruyó de ve de entrá á tan grande cabayero. El rey va y le dice que por qué tenía aquello apuntao en la puerta, y on Juan salta, y dice: «—Po sabosté que he sío melitá, y á fuerza de mucho trabajo llegué á se capitán. Po vamo ja que yo no quería pasá má fatiga ni má berrinche, y me vine á este puebrecillo co nunas pesetitas que tenía, y pa que naide se meta en mi jasunto puse el letrero.» Po vamo ja que el rey estuvo pensando un ratiyo, hasta que dijo, dice: «—En el término de un año tienez que buscarme y tienez que decirme quién soy, lo que valgo, las jornás que anda la luna y lo que tenga en mi pensamiento.»

Po señó, que sale el rey, se fué, y se queó on Juan más muelto que vivo; pero un criao, que le gustaba mucho enterase de to, estuvo ascuchando po la rajiya de la puerta, y se puso en detrá, en detrá der rey, jasta que ar salí al

campo vió mucho jombres que s' arrimaban á su rial majestá. ¿Que va y jace el criao? Le pregunta á uno: «—Dígame su melcé: ¿me podrá su melcé icí quie ne jese señó que le jacen tanto salúos?» «—Ese e su rial majestá el rey.» Se fué el criao á la casa tan tranquilo; y vamo ja que on Juan se queó más triste ca día que iba pasando. El probetillo ni comía ni bebía, y llegó el término del año, y se queó tan escalichaote que al probe daba lástima de verlo. Bartolo, polque, pa costé lo sepa, el criao se llamaba Bartolo, no sabía lo que jacé pa que su amo estuviera contento y pa sacaye de aquel apuro. Po zeñó, que un día, ya que se acercaba el término del año, ¿qué va y le ice Bartolo á on Juan? «—Mirosté, zeñorito, digamosté lo que le pasa: tal ve que yo saque á su melcé del mal paso.» «—¡Qué tiene tú de sacame, hombre, qué tiene tú de sacame! Yo soy un desgrasiao. ¿Qué haré yo, marecita mía?»

Po vamo ja que tanto le suplicó Bartolo pa que se lo contara to (manque el tunante mu bien que lo sabía), que por fin se lo contó on Juan. «—Po si no e má que eso, no pase su melcé cudiao, zeñorito, que yo lo arreglaré to. Su melcé me da mañana su ropa de capitán y ya verá su melcé como me la japaño.» Al otro día ¿que va y jace Bartolo? Se viste con la ropa del capitán y se va á la corte. Cuando llegó allí, preguntó por el palacio de su rial majestá y se presentó al rey. El rey no s' acordaba ya de tal cosa, pero Bartolo le dijo que él era

On Juan,
capitán
retirao
sin cudiao.

Se echó á reí el rey de mu grande risa, y salta y dice: «—¡Ah, ya! Vamo ja ve: ¿quién soy yo?» «—¡Toma!—contestó Bartolo.—Po su rial majestá e el rey.» «—Y ¿cuánto valgo?» «—Po mire su rial majestá: si al rey de cielo y tierra lo vendieron por treinta monea, osté, que e rey de la tierra na má, valerá quince.» «—Y ¿cuánta jorná anda la luna?» «—¡Por vicha e su rial majestá! Ha e sabé que como en el cielo no hay venta ni posá, la luna no anda ninguna jorná.» «—Y ¿qué tengo en mi pensamiento?» «—Que está su rial majestá hablando con

On Juan,
capitán
retirao
sin cudiao;

pero no e jasina, porque está hablando con su criao.»

Le hizo al rey tanta gracia toitico aqueyo, que regaló á Bartolo muchas cosas, y Bartolo se fué tan contento á icírselo á on Juan. On Juan se alegró mucho, y dió una fiesta mu grande en el puebro y una misa á la Vigen, y yo piyé un zapatiyo e dulce que Bartolo me dió, y quie n' ascuchó mi cuento se lo comió.





...Porra *ajuera !!!* Quedó mirando la porra, melancólicamente.



CAPITULO XVIII

La verdadera dama de la nariz.—Esquilón y caracola. ¡Á misa!—Amagos de una tragedia.

Concluyó Manolita el cuento de Pedrón, cuyo mérito más grande consistía en la manera que tuvo de contarlo y la sal y pimienta que derramó por todo él. La dama reía estruendosamente con su terrible y bonachona franqueza. ¡Quién

había de decirme, cuando la vi en el vagón por primera vez y os hice su retrato, que aquellas grandes pupilas negras y sombrías como el crimen, no eran de una mujer criminal; que aquellos ojos, reveladores de todos los más tenebrosos pensamientos y sentimientos, eran los ojos de una mujer franca, bondadosa, de costumbres sencillas y de conciencia pura como aquel cielo azul que nos cobijaba, y resplandeciente como el sol que ardía sobre nuestras cabezas! ¡Qué cierto es que influye de un modo supremo en nuestro espíritu la vista de los objetos exteriores! ¡Con su belleza excepcional y con aquellos grandes tropezones de su belleza (aludo á sus grandes pies y á su gran nariz) había inspirado la sin par Gúdula tremendas pasiones! Esto lo supe más tarde, cuando ya estuve al cabo, por el padre de Manolita, de la historia íntima y extraña de aquella mujer. Había inspirado grandes pasiones sin ella pretenderlo, sin ella consentirlo. ¡Ay! Era, esta mujer, ardiente, espiritual; tenía lleno el corazón de aspiraciones tiernamente idealizadas antes de haberlas realizado, y el cerebro lleno también de ideas grandes y caballerescas, principios puros y románticos idilios. ¡Qué contraste con los sentimientos que esta mujer inspiraba siempre, con aquel rostro de tez pura y blanca, de gran palidez y delicadísima, y aquel sombrío fuego perenne de sus pupilas negras y deslumbrantes, símbolos engañosos de la pasión tremenda y espantosa, como esos huracanes de algunos minutos que lo destruyen todo apareciendo y perdiéndose como un relámpago! A mí no me inspiró sentimiento ninguno, ni de amistad siquiera, porque no la conocía entonces debidamente. Transigí con aquel tipo, porque la gratitud me hacía tolerante. Recordaba con horror aquellas retahilas que me hizo oir, y pensaba temblando, algunas veces, en las que podían restar; pero lo arrostraba todo con anticipación valientemente, porque entre la dama de la nariz y yo había un imán delicioso que no podía separarnos. Este imán era el cariño y la admiración que profesábamos respectivamente á Manolita: las causas de que llegase á reconciliarme con Gúdula, verdaderamente, y desde lo profundo de mi corazón, se irán presentando al lector de la misma manera que yo las fuí conociendo. Tengo que decir ahora solamente que reía la dama de la nariz, reía mucho del gracejo y el donaire de mi parejita.

Habíase cansado ya el modelo, y, viendo que la otra no pensaba terminar, cambió de postura sin decir palabra, y se preparó á bajar de la piedra. Suspiró Gúdula y suspiré yo: la artista porque no tenía ya esperanza de concluir un precioso boceto que había comenzado; yo porque la linda y espiritual diosa iba á desaparecer de su rudo pedestal de piedra. Cuando bajaba tuvo que recurrir á mí: quiso cogerse de mis manos y saltar al suelo; y yo comprendí por lo que era: para que yo no la tuviese que coger en brazos otra vez. La tuve que

recordar que la molestia de su pie podría aumentar con el salto, y se resignó poniéndose muy colorada. Gúdula veía la escena, no cesando en su risa y arreglando el aparejo de aquel sin fin de chismes que debían darle gran martirio. Yo cogí á Manolita y la puse en el suelo cuidadosamente: durante el segundo que medió desde que la cogí del altar, hasta dejarla en tierra, cerré la boca para que no se me escapase el corazón en un suspiro. Cerré los ojos también, y pensé en Dios; pero el sentido del olfato quedó libre, y llegó hasta mis entrañas tal perfume, que creí por un segundo tener sobre mi cuerpo una enorme brazada de rosas.



Mientras ocurrió todo aquello de la presencia de la dama y del cuento de Manolita, no habían dejado de sonar el esquiloncillo y la caracola. El esquiloncillo, sin ton ni son, como loco muchachuelo que sale de la escuela dando brincos y haciendo cabriolas: su lan, lan, era juguetón, poco seguido, voluble. Daba á lo mejor cinco campanadas en un segundo y dos en cuatro minutos. La caracola, en tanto, como con desprecio de las veleidades del esquilón, vibraba ronca, grave, con-

tinua, llena de majestades y grandilocuencias. Parecía aquello un pugilato grandísimo del esquilón con la caracola: el uno por las infantiles carcajadas del chiquillo, y la otra por los remilgamientos de doncelluca hipocritona.

Llevando á Manolita del brazo, porque se resentía mucho de su pie, dejé atrás el soto de la Rosca, que caía á la espalda, y aquella gran piedra que recordaré siempre como la piedra blanca de la alegría, porque allí fué donde conocí verdaderamente á mi pareja de Aznalfarache. Se perdió detrás de nosotros aquel caminejo y dimos en una explanada pintoresca. Alzábase á un lado una casita blanca: tenía un tejado microscópico lleno de verdín, y en un alero del tejado vi una torrecilla. ¡Qué torrecilla! Un diminuto trozo de tapia con un hueco, donde daba tumbos el revoltoso esquiloncillo, empujado por no sé qué superioridad misteriosa, porque yo no vi cordel con que tirasen ni mano que empujara. Todo aquel lugar parecía una miniatura: la iglesia era chiquita como el esquiloncillo que tocaba y como la torre que sostenía el esquiloncillo; la puerta del templo una monería: hubiérame parecido imposible que por allí entrase la gente si no hubiera visto yo entrar. Pocos eran, á la verdad, los devotos, y estos escasos devotos pertenecían al sexo femenino. No vi hombre ninguno: sin duda hallábanse en la labor. Iban las mujeres con pañuelo á la cabeza, mantón y falda corta, de coco, con muchos pliegues. Haber dicho corta no quiere expresar que sea la falda á media pierna como la de medio paso de la manola de otros días y la típica andaluza de hace ya años: era una falda que caía sobre el tobillo casi, dejando ver dos ó tres dedos de pierna y unos enormes zapatos de becerro claveteados. Allá iban las mujeres, orondas y frescachonazas, á ponerse bien con Dios y con la Santa Iglesia, oyendo la sacratísima palabra con unción humilde. Allá iban sin hablarse y sin mirarse, con un respeto á las cosas santas que para sí lo quisieran las grandes ciudades.

Manolita estuvo explicándome por qué decían misa á esta hora, pues estaba ya el día muy entrado. El pobre cura tenía que cumplir su misión en dos iglesias á la vez, y estaban las dos iglesias bien lejos una de otra, y por temprano que se levantase nunca llegaba á la segunda al debido tiempo. Dijo allí Manolita unas muy grandes cosas de los curas ricos que no trabajan, y de los curas pobres sin tener donde caerse muertos, y, sin embargo, muriéndose de hambre y de fatigas. Me asusté de lo que habló y no quiero yo contárselo á mis lectores.

Se hacía tarde para el almuerzo, y tomamos la dirección de la casa. La señora belga me pareció preocupadísima, pero confieso mi debilidad: yendo yo al lado de Manolita, me importaba poco, en mi egoísmo de placer, que el mundo se hundiera. La dama belga me perdone. A unos doscientos pasos de

la casa estaríamos, y, viniendo en dirección opuesta, pasaba por nuestro lado un gañán, muy joven, de grandes ojos pardos, fornido y mofletudo y guapote.

—A la pa je Dio, señorita y la compaña.—Dijo así el gañán, quitándose el sombrero. Continuaba su camino, y Manolita no le dejó pasar: conteniéndole con un gesto, le dijo con algún enojo:

—Déjate, Peruco, déjate, que tengo que hablarte.

Detúvose el mozo, y clavó la vista en tierra, y no la movió ya de allí durante toda la conversación, como si en la tierra le hubiesen clavado la visual con un martillo. Enrojeció de vergüenza hasta el blanco de los ojos; de vergüenza, sin duda, de ser el objeto de nuestras miradas y la de Manolita especialmente, severa é inquisitorial como la de un juez. Se había puesto el sombrero cuando saludó, un sombrero grande, de ala ancha y forrado de felpa. Mientras estuvo mirándole Manolita, no sabía el mozuelo lo que hacer con las manos ni dónde tenerlas, señal clara de su turbación: ni atrás, ni en los bolsillos, ni colgando, en ninguna parte estaban bien aquellas grandes manoplas. Por fin, tuvieron colocación, porque volvió á quitarse el sombrero. Haciéndolo así pasaban dos cosas, que, sin duda, pasaron también por la idea sutil y sigilosa del gañán: quitándose el sombrero sería más decente, dando así señal de respetuoso; y él, por su parte, hallaba ya objeto en qué distraer las dos grandes manazas renegridas, dándole vueltas al sombrero, con la misma solemne lentitud que en los escaparates de algunas tiendas las columnitas giratorias para enseñar al público fácilmente todos los artículos. Mientras así daba vueltas, seriote y compungido y lleno de respeto, oyó el mozo decir á Manolita:

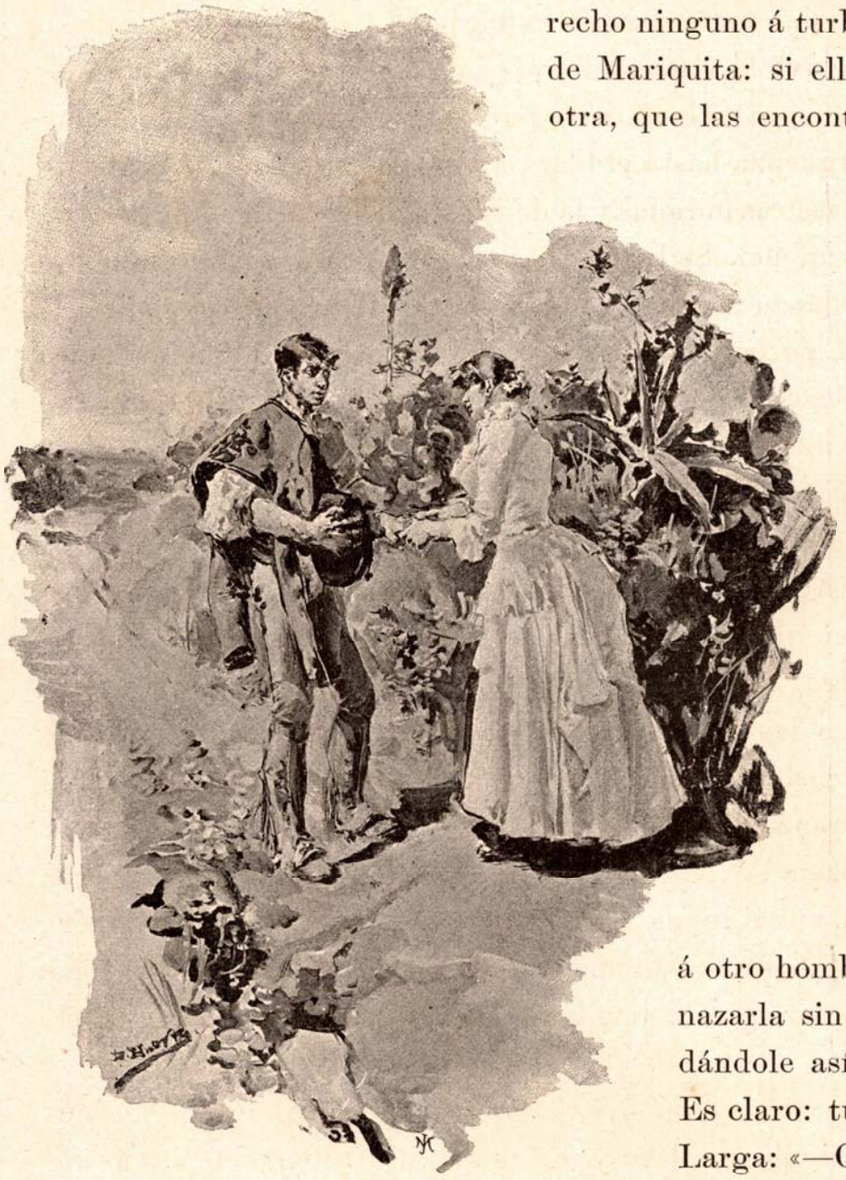
—Tenía ganas de echarte la vista para ajustar unas cuentas contigo; pero conviene que antes sepa yo por ti lo que pasa. Vamos, di: ¿qué historias son esas que me trajo Mariquita la Larga, de Palomo y de ti? ¿O ha de ser necesario que yo me meta en vuestras cosas á cada instante, porque sois unos locos y tú el primero?

Peruco tenía la cabeza baja é inmóvil como toro que clavó los cuernos en el suelo y está cogido; siguió también con las pupilas allí donde las puso antes, y el sombrero seguía dando vueltas en las ásperas manos. Habiéndome fijado en todos estos detalles, le miré el rostro luego y quedé sorprendido de la trasformación que iba allí operándose: se le encendía lentamente, empezó á brotarle el sudor y adquiríanle las facciones una acentuación y una dureza de demonio; de demonio era también entonces su mirada, fija, tenaz como siempre, relampagueante ahora como puñal hundido en el pecho de algún enemigo ferozmente odiado.

Todo aquello lo vió Manolita lo mismo que yo: Gúdula lo notó también y se

aproximó á Manolita como disponiéndose á defenderla de la embestida brutal de una fiera asombrada; pero la niña siguió valientemente, dirigiendo la palabra al mozo.

—Cuando nada dices, algo malo ocultas: tendrá razón entonces Mariquita la Larga, y eso es cobarde. Tú no tienes derecho ninguno á turbar la casa ni el corazón de Mariquita: si ella no te quiere, busca á otra, que las encontrarás á granel. ¿Qué te importa á ti una ú otra habiendo tantas? Hay que tener ánimos. Y, además, ¿tiene la culpa Mariquita la Larga de querer á otro más que á ti porque el otro ha llegado antes? El corazón de los hombres templados hay que darlo á conocer portándose de otro modo del que tú te portas. ¿Te parece bien y valeroso amenazar á una mujer porque prefiere á otro hombre? ¿Te parece bien amenazarla sin que su novio lo sepa, dándole así miedos é inquietudes? Es claro: tú le dices á Mariquita la Larga: «—Como no me prefieras á mí, haré lo de más acá y lo de más allá. Mariquita la Larga, que es más generosa que tú, sufre en silencio lo que la dices, y nada cuenta á Palomo porque no se busque una perdición. Como Palomo no ha de enterarse de tu comportamiento, tú, que estás enterado muy bien porque conoces á Mariquita la Larga, te guareces en la impunidad y la ignorancia en que está el novio, y la maltratas y la insultas. ¡Eso sí que es de hombres!



Yo estaba asustado de ver á Peruco. Me parecía imprudente en Manolita aquel modo rudo de atacar. Ella no cesaba de mirarle mientras hablaba, así

como los domadores dan de latigazos á la fiera sin apartar de ellos la vista, para no perder, separándola, el encanto del dominio que en ella ejercen.

Clavábanse en las alas del sombrero las uñas de Peruco: tenía las manos crispadas y el rostro desencajado y encendido; palidecía de repente, así como se oscurece la campiña por la sombra de la nube que va en carrera acelerada: así se sucedían la palidez y el encendimiento en aquel semblante de pletórico, ancho y robusto.

Siguió Manolita aún, siguió tenaz, dura, con acento acerado, agudo, irónico: era su palabra una cuchilla que hacía pedazos una vez y otra el corazón del mozuelo, como él, con el otro cuchillo ardiente y agudo de su mirada, parecía atravesar y partir el corazón de su contrario, que creía ver ya en el suelo y debajo de la tierra. Yo me aterré, verdaderamente, porque hubo un instante en que la fiera apartó el ojo ensangrentado de aquel sitio, atreviéndose á levantarla. Fué un segundo no más, porque Manolita dijo entonces duramente y con voz de mando:

—¡Que es á mí á quien estás oyendo!

Agachó la vista, digo, pero su aliento empezó á ser estertoroso. Se le alzaba y se le deprimía el pecho, y le creí próximo á la asfixia. Domado así ya, fué Manolita á él y le cogió una mano con las dos suyas, que parecieron allí, sobre las del otro, dos gotas de nieve, y le dijo en tono inefable de dulzura y amor, un tono lleno de mansedumbre que tenía algo de plegaria y de queja:

—Vamos, Peruco: por Dios te ruego que no seas así. ¿Qué dirán luego los demás? Sin conseguir el cariño que deseas, perderías también la estimación de tus amigos, de tus compañeros, ¿sabes? de todos, y la estimación y el cariño mío, ¿oyes, Peruco? mi cariño y mi gratitud; porque tú me respetas y me quieres, y no oyendo mi súplica dejarías de respetarme y de quererme...

No pudo concluir Manolita: aquellas palabras dulcísimas de amor, en la tesitura desesperada en que antes colocó al pobre mozo, lograron una reacción terrible: todas sus cóleras, todas sus rabias, todos sus pensamientos iracundos y vengativos, todas las sombrías locuras de muerte y desesperación que se aumentaban y ennegrecían con el anterior y durísimo lenguaje sabiamente usado por Manolita, estallaban ahora, al sentir el dulce contacto de sus manos y el dulce influjo de su tierna palabra de amor, en inmensa tempestad de sollozos. Hondamente conmovido, vi derramar lágrimas á aquel hombre, cada una de las cuales fué una tormenta. Dejó caer el sombrero, y con la otra mano cogió las muñecas de Manolita, porque ya las dos manos suyas estaban presas como dos flores rotas allí, entre la que ella le cogió primero. Y después de estallar en sollozos y coger á Manolita las manos con la ruda ingenuidad de su corazón

virgen y la exaltación de su joven y generosa sangre meridional, dijo así entrecortadamente, con palabras que salieron del corazón, roncas unas veces y como mojadas y ahogadas en lágrimas las más:

—¡Po los clavo de Crito, señorita de mi alma: yo le juro asté que no es verdá lo que l' han dicho! ¡Por la Vigen de la Pastora le juro que se me sa llenao el pecho de negrura! Yo estoy triste y yo me moriré, pero yo no me meto con naide, señorita de mi alma, y yo me encoragino y me conduelo de que esa mala hembra invente lo que no e, que debía estarse mu cayá, ya que no me quiere, de doló na más de sabé lo muerto por eya que estoy: me la encuentro en la plaza ó en el campo, y la miro. ¿A quién hago yo estorsión co n' eso, madre, ni que quito ni pongo, sino que me doy ese gusto ya que no puedo remediallo de otro modo? Eso debía ella: tené cariá y no que se pasa jauciferando cuentos que saca de su mala cabecita, para darse tono de guapa y persona mu prencipá, porque yo la quiero y la quiere Palomo y la quiere este, y va contoneándose como una princesa, poniendo los corazones chiquito y la cara de gujarrete, sacándome los colores. Yo la quiero y la querré, señorita de mi alma, y que naide me diga, porque yo con naide me meto. Palomo lo sabe to, y yo no miro á Palomo siquiera. Sí, Palomo lo sabe to, porque la mu arrastrá se lo dice to como quien no quiere, y lo pone mozcón y de mal ve conmigo, sólo que Palomo e un cobarde que no s' atreve á meneá la lengua pa que yo no se la corte. Por Dio, señorita, que me dejen á mí ya, que yo sólo buscaré apaño pa no pensá má e neya, que ya sé yo que no merece pensalo ni sentilo una mujé que así anda poniendo á uno mal sólo po el gusto de andá de boca en boca pa que diga to el mundo que po su guapeza pasó esto y lo otro, y lo s' ombre se pierden y la casa se cae y el cielo se hunde. Ya lo sabosté, señorita: digamosté á mí quien lleva razón, y si no merezo yo palma por callao y lleno de sincupecione y po habé puesto mi querele en ese bicho malo de carita de sol.

Cuando Peruco desahogó así su pecho, dió un gran suspiro. Tranquilizado ya un poco, se atrevió á mirarnos y se sonrojó de vergüenza de todo lo que había hablado. En su gran exaltación olvidó, sin duda, que había otros testigos delante. Le alentó Manolita con algunas palabras y le dijo luego:

—¿Ves tú? Así me gusta verte: razonable y hombre. Allá que se las compongan Mariquita y Palomo, que tú quedarás muy bien puesto con tu prudencia y tu honradez. ¿A dónde vas ahora?

—A po uno jencargo.

—Pero ¿tardarás mucho?

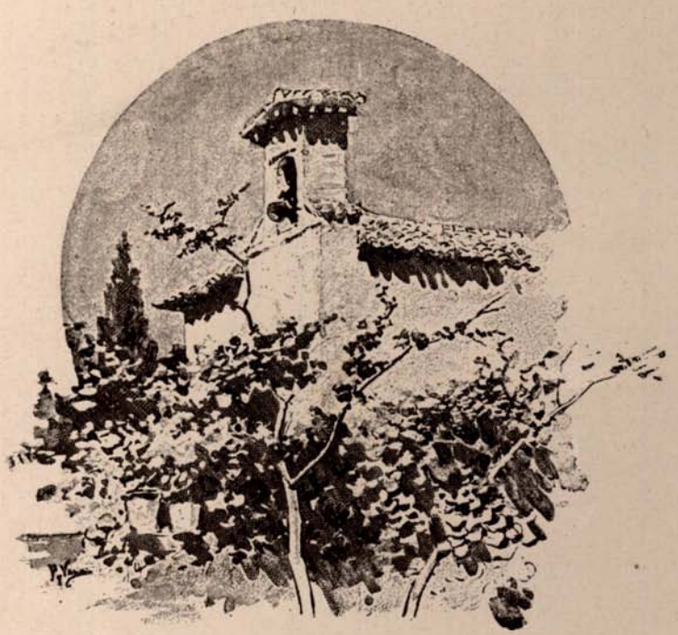
—No, señorita: e á Utrera y golveré po la tarde. Puede que tenga que i á Seviya, y entonce estaré allí hasta el domingo po la mañana.

—Bueno, adiós. Pero no olvides que cojo tus palabras como promesa de que seguirás siendo hombre como hasta aquí; y descuida tú, que ya veré yo eso de Mariquita la Larga, á ver si vamos á estar siempre lo mismo.

Se encogió Peruco de hombros, con abatimiento, y dijo después, moviendo la cabeza:

—Mirosté, señorita: ma dicho osté una cosa que ma caío en el alma como un rayo de Dio. Ma dichosté que si yo hago ó no hago, que me falta la estimación y el cariño de tol mundo. Eso no me importa; pero ma dicho también que me faltará la estimación y el cariño dosté. Güeno: que me falte si yo jago ninguna cosa pa meterme con naide; pero, po Dio, señorita, y po lo sángele del cielo, que naide se meta conmigo y que no me busquen la perdición, porque yo tengo el alma negra y no miraré na.

Manolita le miró con lástima, le consoló tiernamente, le arrancó promesa otra vez de que sería comedido, le prometió ver á Mariquita la Larga y ajustar cuentas también, estrechó su mano amistosamente, saludó el pobre mozo, y allá traspuso con la música de sus zapatos claveteados, caminito del Soto de la Rosca.





CAPITULO XIX

Andaluzadas.-Las mejores extravagancias de Gúdula.-La heroína de una tragedia.

Salí de un susto para entrar en otro mayor: á la voz de Peruco, lacrimosa y llena de tempestades, sucedió la otra de la dama de la nariz, retumbante y más dura que la primera, seguida, sin tropiezos. ¡Virgen de los afligidos! ¡Cómo me eché á temblar acordándome de mis aventuras del tren y de Sevilla! Tan mala fué mi impresión al oirla hablar de aquel modo, que la miré hoscamente. Ella, que lo notó, apretó más la máquina, que siguió ya disparada. «¿Quién había metido á Manolita en tales trotes? ¿Qué le iba ni le venía á ella de todo aquel estropicio? ¿Qué podía importarle, vamos á ver, que Mariquita la Larga ó Periquillo el Corto se den de testarazos y se muerdan y se rompan la

crisma?»—Pero tú tienes que ser lo mismo á todas horas, y en eso no te pareces á mí ni á nadie. ¡Buen susto me acabas de dar! Mira: te pido que no suceda otra vez. ¿Sabes tú lo que pasó un día á una muchacha que quiso, como tú, meterse á redentora entre una mujer y dos celosos? Pues verás: como entre tres que sean para amar, siempre sobra uno, y entre los dos celosos y la novia eran tres, sucedió que el desahuciado echó la culpa de su desgracia á la que quiso hacer la felicidad de todos. Como eran paisanos tuyos,—porque la historia que te cuento ocurrió en Córdoba, en el mismo Córdoba, allí donde toda la gente es comedida y sensata y se quiebra de fina;—como eran paisanos tuyos, vuelvo á repetir, y á vosotros se os enciende la sangre de ver aletear un pájaro, sucedió que el desahuciado cogió una noche la escopeta, fué á casa de la que quiso consolarle, llamó á la *chiquiya,* como los serranos dicen, y apenas la tuvo á ojo le descerrajó un tiro; y mira tú, Manolita, cómo aquel pobre redentor quedó crucificado por el sayón andaluz más bruto que registra la historia. A ver si te encuentras en un lance como se encontró la otra, por lo que te he dicho ya: por meterte en lo que no te importa. Es preciso que tú lo comprendas. Estamos en una edad en que debe velar el prójimo por sí mismo, sin preocupaciones de generosidades gazmoñas ni retahilas que no vienen á cuento. Hay que ser egoísta para vivir un poco dentro de la vida, no volver atrás la cara y dar palo recio al que va delante; porque verás tú lo que...

Detúvose de pronto el lindo *redentor* de Peruco, Palomo y Mariquita la Larga, y, con una serenidad y una dulzura olímpicas, exclamó así, poniéndose un dedo en los labios, como para imponer silencio:

—¡Chitón!

Yo quedé pasmado y sorprendido del efecto de aquella palabra de Manolita. ¡Oh encanto singular de los gnomos y los genios! ¡Oh dulce influencia de lo débil y de lo divino! Como si aquel *chitón,* sereno, gracioso, hubiera sido tromba que lanzase contra el torrente de la palabrería belga, quedó detenido de pronto: fué como un muro de acero colocado por arte de magia en la boca de Gúdula. Se le inflaron los carrillos como si allí se hallasen en apretado haz las palabras que iban á salir, se encendió su rostro por el esfuerzo, y quedó muda como una piedra. Y Manolita siguió entonces:

—¡Ajajá! Así me gusta: callandito cuando es necesario callar.—La señora de la nariz no replicó. Las criminales pupilas giraron como centellas de fuego, y creo que la punta de la nariz empezó á hacer de las suyas, yéndosele de un lado para otro. Pateó la dama el suelo con impaciencia, y yo me retiré prudentemente. ¡Dios mío, si me hubiera cogido un pie de aquellos! Cuando pateó Gúdula el suelo así, exclamó como un cañonazo:

—Pero vamos á ver: acaba.

—Despacito, despacito,—contestó el *redentor* con aquella inefable dulzura á que me referí.—Ahora voy: tomo yo la palabra por derecho propio.

—Si yo te dejo,—contestó la dama agriamente.

—Bueno: si V. me deja.—Y Manolita se echó á reir, enseñando dos filas de dientes, que hacían cerrar los ojos.—Si V. me deja. ¿Quiere V. decirme á qué vienen todas esas predicaciones del egoísmo y la mala fe y las despreocupaciones naturales que deben prevenir ese trato mutuo de los seres? ¿Qué religión cismática es esa que V. predica y no practica, y qué deseo el suyo de aparentar siempre lo que no es en sus actos y en sus palabras? ¿A qué viene V. delante de mí con esas algarabías de corazón duro y odio á sus semejantes? Si V. hubiera estado enterada de la historia, que supo hace poco, de Mariquita la Larga, y del preferido de Mariquita la Larga, y del despreciado de Mariquita la Larga, que á la larga se me figura que nos resultará larga á todos; si V. hubiera sabido esa historia cuando encontramos á Peruco, y V. hubiera tenido con Peruco la influencia que yo tengo por el cariño que me profesa, se habría valido de este medio lógico para contenerle y procurar que no haga un disparate. Usted, amigo mío, que es andaluz también, y malagueño por más señas, debe ser fuerte en lo que voy á decir. V. sabe y ella lo sabe también, ella, Gúdula, la que amenazó no dejarme hablar y se queda tan calladita, Vds. saben que los andaluces tienen lágrimas en el corazón y humo en el cerebro. No hay trabajo intelectual: todo lo ven llano y sencillo y despachan pronto en asuntos del corazón, porque el fuego de su sangre y la pólvora de su cerebro les lleva de pronto á lo último y dan el estallido. En Andalucía se hace una muerte con la misma sencillez que un andaluz se bebe una copa. La vida es para nuestros hombres, lo mismo que para nuestras mujeres, como un caballito de cartón para chiquillo caprichoso; con el pequeño inconveniente de que el caballito de cartón que el chiquillo rompe se repone en la tienda, y el andaluz que mata á un hombre jugando, ve luego con desesperación, más triste aún que la muerte de la víctima, que el caballito roto no tiene compostura. Sí,—añadió Manolita con dulce tristeza;—por cada diez de los hombres de nuestro país que llenan las cárceles por asesinato, hay nueve que no se dan cuenta de cómo mataron y que juran de buena fe que ellos no lo hicieron. Pasa como á los sonámbulos, que obran, durante su alucinación, maquinalmente, y luego olvidan. Mire V., Gúdula: estuve yo una vez en Alora. Alora no es pueblo de Sevilla: es de Málaga; pero, en fin, es un pueblo andaluz, y cito éste para que vea V. el contraste. Está á muy pocas leguas de la capital: tal vez no haya más de media hora de ferrocarril. Pasa el tren por el mismo pueblo, y hago constar estos

detalles para que no se diga que el acortamiento de distancias entre las poblaciones constituye el elemento principal de la cultura; de modo que no se podrá decir que lo hacen por ignorancia ó brutalidad, que lo que voy á contar pasó en Alora: pasó porque está en la sangre y en el ser de sus mismos moradores.

Yo iba subiendo una de las empinadas calles: bajaba á la par un mozuelo, escopeta al hombro. A la izquierda de la calle, en una puertecita baja y angosta, con tiestos floridos en la puerta, había dos muchachas rollizas charloteando alegremente. En el frontis de la puertecilla, una cuarta á lo sumo más arriba de la cabeza de las mozas, en el rebordillo de la pared, había un pájaro que picoteaba, arrullador y vivarachero. Vió el mozo de la escopeta al pájaro, se echó el arma á la cara é hizo fuego, sin pensar lo fácilmente que el proyectil se hubiera podido meter en la cabeza de alguna de las mozas. Cayó, el pobrecito pájaro, muerto sobre ellas, al mismo tiempo que volvían la cara por el ruido de la detonación. Ni se asustaron ellas ni pensaron un instante en el peligro que corrieron. El mozo cogió su víctima y se la echó á una de las mozuelas, diciéndole al alejarse:

—Toma, Paquilla: pa que lo eche en la fritá.—Y ellas quedaron riéndose y satisfechas del regalo.

Cualquiera oye esto y dice que es una brutalidad. Yo digo que no, porque, entonces, brutos serían todos los del pueblo; porque historias de estas les podría yo contar á millares: es que no se reflexiona, que la imaginación es un relámpago, pólvora que se enciende, humo que se va, y todo lo que pasa parece luego un sueño.

—Con decirle á V.,—añadió Manolita graciosamente, para dar fuerza á sus afirmaciones,—con decirle á V.: en Alora, todo el mundo lo sabe. Un día jugaba un hombre con otro al juego de la herramienta. Reñían de común acuerdo para darse gusto, á ver quien tenía más facilidad en el manejo del cuchillo. Se reían como locos y saltaban como cigarrones.—Que te voy á tocar ahora,—le decía uno al otro, retozando. El aludido contestaba riéndose:—Fulanillo, que te voy á tocar yo.—Y saltaban, reían, y hasta que uno *tocó* al otro, dándole tan terrible *puñalá* que no dijo *Jesú*.

La dama belga hizo un gesto y yo sentí frío de oir aquellas palabras. Manolita siguió entonces acaloradamente:

—¿Sabéis lo que hizo el matador cuando vió al otro en tierra y sin vida? Se arrodilló ante él y le habló cariñosamente, diciéndole que aquello no había sido *na*. No y no: eso, aunque lo parezca, no es brutalidad, no es ignorancia: es poco apego á la vida, por no pensar nunca en la muerte. No hay mal corazón, no hay mala sangre: no es más que la rapidez del pensamiento. Dirán Vds. que

yo defiendo mucho á mis paisanos. No: es que digo la verdad, porque soy justa.

—Pero ¿á qué vienen todas esas historias?—gritó la dama belga, enfurecida.—¿A que yo te dé la razón de que los hombres de Andalucía hacen muy bien en matarse de ese modo que cuentas, y que cuanto más muer-



tes hagan, por eso de la ardiente sangre y la cabeza ligera, mejores y más bellos sujetos son?

—No,—dijo Manolita prontamente.—No voy á eso, voy á otra cosa: á que si yo, por ejemplo, que miro fríamente en un asunto en que no estoy interesada, como ese asunto de Mariquita, Peruco y Palomo, no pongo de mi parte, pudiéndolo hacer, para evitar una desgracia; dentro de mi conciencia misma tendría siempre el escozor de que tuve la culpa de lo que

pueda suceder. Conozco además á Peruco, mejor que á los otros personajes de la historia, y sé que la desgracia sucederá tarde ó temprano, como á Peruco se le acose. Él me ha hecho una promesa que cumplirá; pero ¿y si los otros no le dejaran tranquilo? ¿por qué, sabiendo lo que ha de suceder no ha de evitarse? De lo otro, de sus predicaciones cismáticas de rigorismo é indiferencia, repito lo anterior,—añadió Manolita, para concluir, dirigiéndose á Gúdula;—que V. es la primera en no hacer lo que dice, de no practicar lo que predica. Acuérdese V. de tantas personas como hay en el mundo que le viven agradecidas por los misterios grandes de buenas obras que no quiero referir delante de este caballero porque no se llene V. de vergüenza.

—¡Cómo! ¿Qué dices?—dijo la señora, agriamente.

—Chitón,—repitió Manolita echándose á reir.—Chitón, ó hablo y cuento la mar de cosas, y una fresquita, muy fresquita, y le traigo testigos, que son Chano el barquero y la mujer de Chano y los hijos de Chano, que andan por ahí todos hechos unos duques, con dos ó tres barcas nuevas, y casa nueva, y vestidos nuevos, y dinero belga, nuevecito para gastar y guardar...

Se volvió Manolita, preguntándome de repente:

—¿Hace muchos días que no ve V. á su barquero Chanito?

Yo no le vi desde el día en que ocurrió mi segundo encuentro con la dama belga en el Guadalquivir. Así lo dije á mi pareja, que me contestó:

—No le conocerá V. cuando le encuentre... Para que grite después Gúdula contra la gratitud. Sí, todo eso lo hizo porque Chano la sacó del agua. Y no sigo contando historias porque no quiero que acabe de morirse de vergüenza. Mírela V., mírela V.

Y Manolita no cesaba de reir.

Efectivamente: la dama belga estaba ante nosotros como si la hubiesen llevado al castigo de la penca. No sabía qué decir, y creo que tampoco sabía cómo andar. No giraban, como antes, las febriles é inmensas pupilas negras; la nariz no se movía: señalaba su punta al suelo tímidamente, porque la señora había inclinado la cabeza por el rubor. Pero como en esta mujer todo era exagerado ó parecía serlo, alzó de pronto la frente, miró furiosa á Manolita, y le gritó en la misma oreja casi:

—Esas no son obras de caridad, que son extravagancias.

Hablando afablemente no más, la dama belga, bastaba para que atronase el espacio. Figúrense cómo quedaríamos con aquel grito que lanzó con toda la fuerza de sus terribles pulmones. La pobre Manolita, sobre todo, quedó pálida de miedo, y yo creí que caía de espaldas. Se tapó los oídos con las manos, por si la señora de la nariz continuaba en el uso de la palabra, y con los

oídos amurallados contra toda traición de gritos belgas, dijo afablemente:

—No son extravagancias, que son verdaderas obras de caridad. ¡Ay, Jesú! Pero ¡si me ha dejado V. sorda! Eso sí: puede ser una criatura muy extravagante y muy caritativa á la vez.

La dama no contestó. Les dió cuerda á las zancas, como último recurso, y se perdió á nuestra vista, á los diez pasos. Un cuarto de hora después estábamos en la casa.

Noté que Manolita estuvo algo inquieta durante el almuerzo. Habló poco, y no supe si su preocupación obedecía á los recuerdos de Pepito, más avivados por nuestra anterior conversación, ó por la idea de aquella historia de Mariquita la Larga: debió ser por ambas razones. No bien se hubo levantado de la mesa, se dirigió á mí, preguntándome:

—¿Me acompaña V.?

—A donde V. quiera.

Y salimos. Cojeaba algo de su pie torcido, pero no se fijó en ello. No habló tampoco entonces: estuvo callada lo mismo que antes, en la mesa. Respecto al camino, bien corto fué, porque se limitó Manolita á dar la vuelta á la casa. Se metió por una estrecha calle de plátanos, á cuyo final dimos en una plazoleta.

Había allí una casa que se componía de los bajos solamente, y un gran corral á la parte opuesta. Las paredes eran blanquísimas: conocíase, en este detalle no más, la limpieza de sus moradores. Allí, sin duda, andaba siempre la escobilla de blanquear á vueltas con las paredes y acariciándolas con la famosa cal de Morón. Vi, en la misma puerta de la casita, verdegueante y primorosa parra, y unos poyetes de asientos de ladrillos rojos, y blanquísimos también, hasta el suelo. Había una ventana microscópica á cada lado de la puerta, cubriéndose casi por las hojas del emparrado; y colgando sobre la puerta, como dosel de las ventanas, profusión de jaulas con algunos verderones y canarios. También había allí, junto al poyete, en sus jaulas cónicas, que me hicieron recordar los hornos de la Cartuja, unas codornices que, según lo que le dieron al pico, creo yo que daban, no ya los cinco ni los siete, sino las dos docenas de golpes; armándose con esto y con el canturrear de canarios, verderones y jilgueros, y con los gritos de un chiquitín, que partían de la casa, una algarabía confusa y agradable á la vez, como todo lo natural y lo sencillo. El sol iluminaba vigorosamente aquel lugar, dándole una alegría á la que encontré mucho de legendaria.

Entramos y se presentó á nuestra vista un curioso conjunto que no extraña á quien conoce el campo de Andalucía. Componíase la habitación de un por-

tal grandísimo, que servía á la vez de sala, antesala, cocina, comedor, granero y casi dormitorio. No tenía aquella casa otra división que su enorme corral y un cuartito á la derecha, en la gran estancia á que me referí: en esta salita estaba el tálamo y permanecía cerrada desde el amanecer hasta la hora de dormir. Junto á la pared frontal de la izquierda, ardía, en el piso, enorme fogata cuyas grandes lenguas de fuego lamían suavemente el negro exterior de la histórica olla de metal, que colgaba de una cadena sobre el fuego y á bastante altura, y allá en lo alto la chimenea de campana, con su ancha cornisa atiborrada de marmitas relucientes, peroles y calderos: el almirez, grande y pesado, yacía con la enorme boca hacia fuera, como amenazando disparar á los visitantes una andanada de condimentos. Sólo una de las paredes hallábase adornada, colgando en ella, de un clavo que tenía semejanza con la mano del almirez, según era de enorme, un marco de pino conteniendo la estampa de una Virgen. Del mismo clavo, y ocultando el mástil la mitad de la cara de la Virgen, pendía una guitarra con gran profusión, arriba, de lazos de color de fuego y azules. Al otro lado, y próxima á la puertecita, una mesa de pino larga y mugrienta donde comían los trabajadores. Una viejecilla arrugada, vivaraz y donairosa, sentada en un silloncillo muy bajo, entreteníase en hacer pleita; y allá junto al fogón, sopla que sopla, una muchachita morena, graciosa, de grandes ojos negros. Tenía un pañuelo de seda por la cabeza, á la valenciana, y le salían por debajo del pañuelo, medio ocultándole la frente, unos mechones negros y brillantes como cuernecillos de los demonios de la tentación. La nariz era respingadita y el rostro regordete. Había en esta figura, inclinada allí junto al *fogar,* un gracejo delicioso, una cosa áspera y dura, pero agradable y atractiva.

No se fijó en nosotros. Alzó la cabeza y se puso en pie prontamente, cuando Manolita exclamó:

—Mira tú, Mariquita, que te tengo que hablar.

Vino á nosotros corriendo y con las manos juntas, poniendo los ojos en blanco, y apretándose, entre unos dientes menudísimos y limpios, el labio inferior, rojo, grueso y chiquito: todo esto en demostración de sorpresa, admiración y alegría.

—¡Ay, señorita de mi alma! ¡Cuánto gusto me da de verla á osté por aquí! ¡Digo! ¡Vaya! ¡Quién se lo había de figurar! ¡Ay, Dios mío, la señorita! ¡Qué guapa está siempre! ¡Qué guapa y qué hermosota! ¡Da envidia de verla á osté!

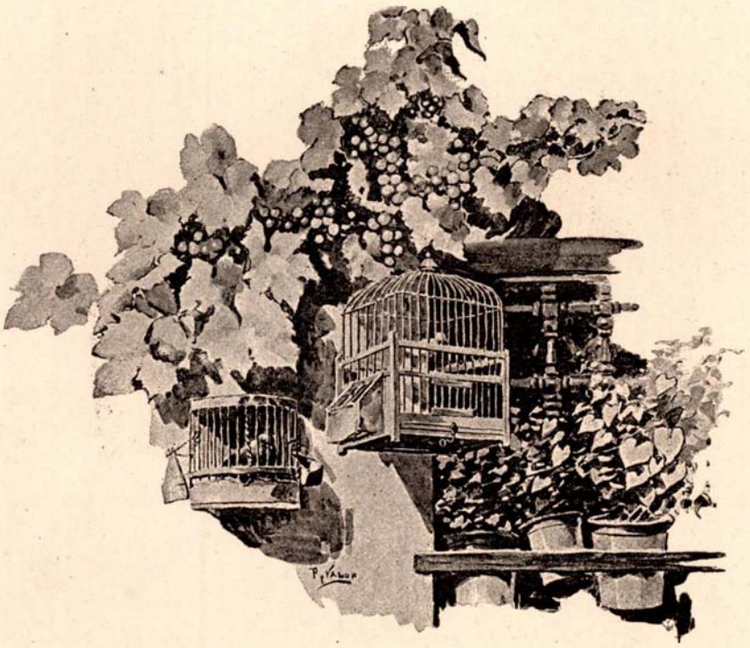
Comprendí, por lo que había visto y oído, que aquella que hablaba era la heroína de la historia de celos entre Palomo y Peruco, y á la verdad que ambos gañanes tenían razón en amarla y odiarse hasta morir de amor y odio. No

me hice cargo hasta entonces de los encantos físicos que se pueden reunir en una rústica que sopla el fogón para hacer la comida de los gañanes del apero; no me expliqué entonces el apodo de Mariquita, porque la tal Mariquita no era larga ni quien lo pensó: era un cuerpo bajo mejor que alto, garboso, regor-



detillo, y había una volubilidad en toda ella, un *ser* tan puramente suyo, que le emanaba de todas partes: todos los encantos de esta criatura puestos en otra mujer hubieran resultado sin sabor y estúpidos. Tenía una saya azul corta, listada de negro; medias de hilo de dos cabos, y zapatitos de becerro demasiado fuerte para los piesecillos que allí podían adivinarse. Había, por lo demás, una cierta cosa en Mariquita la Larga: despedía, de su cabeza particularmente, por los ojos, por la frente, por la configuración de la boca, y hasta por aquella punta de nariz respingadita, un cierto tufillo de maliciosa, de picaresca y de

taimada, que constituían su mayor aliciente. Preguntando á Manolita, más tarde, á son de qué le pusieron un apodo que no venía bien á su cuerpo, me contestó que la largura de Mariquita no era de *cuerpo* sino de *intención*, y por esa razón el campesino habíale puesto *la Larga*, con la sapientísima y prudente inducción que le es común.





CAPITULO XX

Manuela y Mariquita.-Un andaluz de verdad. - Morón y el peñasco de Algemitas. El cochinito de Jesús.

Cuando vió la muchacha el ceño de Manolita, cejó un poco en sus alegres exclamaciones y en sus alardeamientos de placer: la miró de un modo que parecía tímido y que no tenía, sin embargo, timidez ninguna: en verdad que la tal muchacha era un prodigio.

Quedó Manolita mirándola un rato fijamente como si quisiera adivinar, en aquellos ojos vivos y aquella cara de rosa de pasión, si era verdad ó no lo que contó Peruco; pero yo creo que no sacó nada en claro, porque Mariquita la Larga no era larga por cualquier cosa, sino por serlo de verdad.

—Oye,—le dijo la señora;—me vinieron ayer nuevamente con los cuentos

de Peruco y de Palomo, cuando yo creía ya que eso terminó. Eso es muy triste y muy grave también y podría traerte serios disgustos, porque vas á oir lo mejor: me han dicho que tú tienes la culpa de todo.

—¡Ay, Dios mío de mi alma!—exclamó Mariquita, estallando súbitamente en sollozos como un cañón que revienta.—¡Ay, Dios mío de mi alma! ¡Padrecito de mi corazón y de mi vida! ¡Ay, Señor de la gloria, lo que me dice! ¡Que yo tengo la culpa, tan buena como soy y tan cayaíca y tan prudente! ¡Ay, la señorita Manuela, que me tocó en lo jondo diciéndome esas cosas! ¡Ay, Jesú! Pero, señorita, ¿cómo voy á tené yo culpa ninguna si yo en mi vía miré á dengún hombre no más que á Palomo, como hace una muchacha decente y de conveniencia? Porque osté verá, señorita: yo voy por el agua al pozo, y á ordeñá la vaca al establo, y por el domingo á misa, y alguna tarde á la era, á tiempo y como Dios manda, y yo en mi vía miro á naide. Pero verá osté, señorita: ¿tengo yo la culpa, ni quien tal vió, de que me miren á mí y se disgusten y se alboroten y se rompan el alma, por mala cabeza y arrastraotes que son?

Manolita la oyó sin chistar, á ver si sacaba alguna cosa en claro de tanta algarabía. Cuando acabó, le dijo adustamente:

—Quien á ti te entienda que te compre. Ya sé yo del pie que tú cojeas, y si no te hicieras la señora y la remilgada, y no fueras contando á unos y á otros lo que no es, te evitarías un disgusto y se lo evitarías á los demás. Pero no: ya estoy comprendiendo que tiene razón quien me lo dijo: ya se me figura que tú serías capaz de revolver el mundo, sólo porque se hablase de ti; y eso no está bien, ni propio de una muchacha honesta y de conveniencia, como tú dices. Es verdad que no miras á nadie, pero te pones ancha como alcachofa cuando te miran; y eso es lo que tú no perdonarás: el que dejen de mirarte. Tú no miras á nadie, digo; pero vas luego martirizando á tus amigas y á tus compañeras, contando que si te miró el novio de Fulana, que si te miró el novio de Perengana, para que haya jaleo y palos y disgustos, y tú seas la reina de todo, y el pobre Peruco es quien paga y los que no son Peruco...

—¡Ay, señorita de mi alma y de mi corazón! ¡Qué rato me está osté dando! ¡Quién me lo había de icí!...

—No me vengas con lloriqueos,—prosiguió Manolita con dureza,—y oye para concluir. Es preciso que escojas: ó se concluye todo esto, ó se lo digo á mi padre al momento para que te mande con tu familia al cortijo de la Loba, que sabes tú ya las leguas que está de aquí y lo poco que podrías señorearte y hacer la mona con Palomo, ni con Peruco, ni con ningún mozuelo de esta comarca; de manera que á ver cómo te las compones.

Mariquita la Larga se echó á llorar con desconsuelo, jurando y perjurando,

por Dios y por la Virgen, que no tenía la culpa y que no se la echasen á ella. La viejecita de la pleita se echó á llorar también, diciendo que su nieta era una desgraciada y que tenía mucho envidioso. Manolita siguió mostrando su anterior entereza y salió con mucha seriedad: yo la seguía. Ya para salir, volví los ojos, en el escalón, hacia la novia de Palomo; y en aquel lindo y rústico semblante, fresco y gracioso, y colorado por los restregamientos de puños en las mejillas para secar las lágrimas, sorprendí un gesto mal intencionado, y en aquellos juguetones ojitos negros una traidora y vengativa mirada.

Me sentí confuso de haber sorprendido estos síntomas de maldad en la graciosa palurda, y no dije nada á Manolita por no inquietarla más sobre aquel punto, pero me alarmé, pensando en lo que podría resultar del *gesto* y del fulminante rayo traidor que sorprendí en los negros ojitos de Mariquita la Larga.

Calentaba el sol bastante, y volvimos, cobijándonos lo posible á la sombra de los árboles. Manolita fué diciéndome que creía haber obrado en conciencia dirigiendo tales y tan duras frases á la campesina.

—Tiene esa familia,—dijo,—todas las condiciones malas que solemos encontrar en la gente de campo, y muy pocas de las buenas. Son egoístas y avariciosos hasta donde no podría V. imaginarse, y por eso le hablé así á Mariquita, amenazándole con mandarla á otro cortijo: sabe que allí ganará mucho menos, y, como es en el corazón casi de la sierra, la vida es poco accidentada y muy difícil para una moza que se las echa de fina y desea siempre cautivar corazones. Yo sé que ella hará todo lo posible por arreglar las cosas de buen modo, pero tengo mis dudas de que ya no puedan arreglarse, porque el cisma está sembrado.

Al llegar á la casa, se metió Manolita en su cuarto, y no puedo yo explicar la impresión de malestar que recibí viéndome de pronto sin su compañía. Dormíame yo, respecto á Manolita, en lecho mullido de rosas. Yo sólo tenía cerebro para pensar que paseábamos y comíamos y vivíamos juntos, que era yo su confidente, que lloró delante de mí contándome sus penas, que tenía en mí más confianza que en Gúdula, que en Pepito, que en sus padres; que salíamos solos, que se había entregado á mi confianza y á mi caballerosidad; y todo esto me henchía el corazón de orgullo, de sentimientos grandes. Pensaba yo en la superioridad de Manolita y me gloriaba más aún por que un ser así me distinguiese y me estimase tanto; pero, al pensamiento súbito de que aquello tendría que concluir, un frío glacial apoderábase de mí, y me dejaba como entumecido, sin acción, sin ideas, hasta parecer un idiota.

Habíanse retirado también los padres de Manolita á dormir la siesta. Gú-

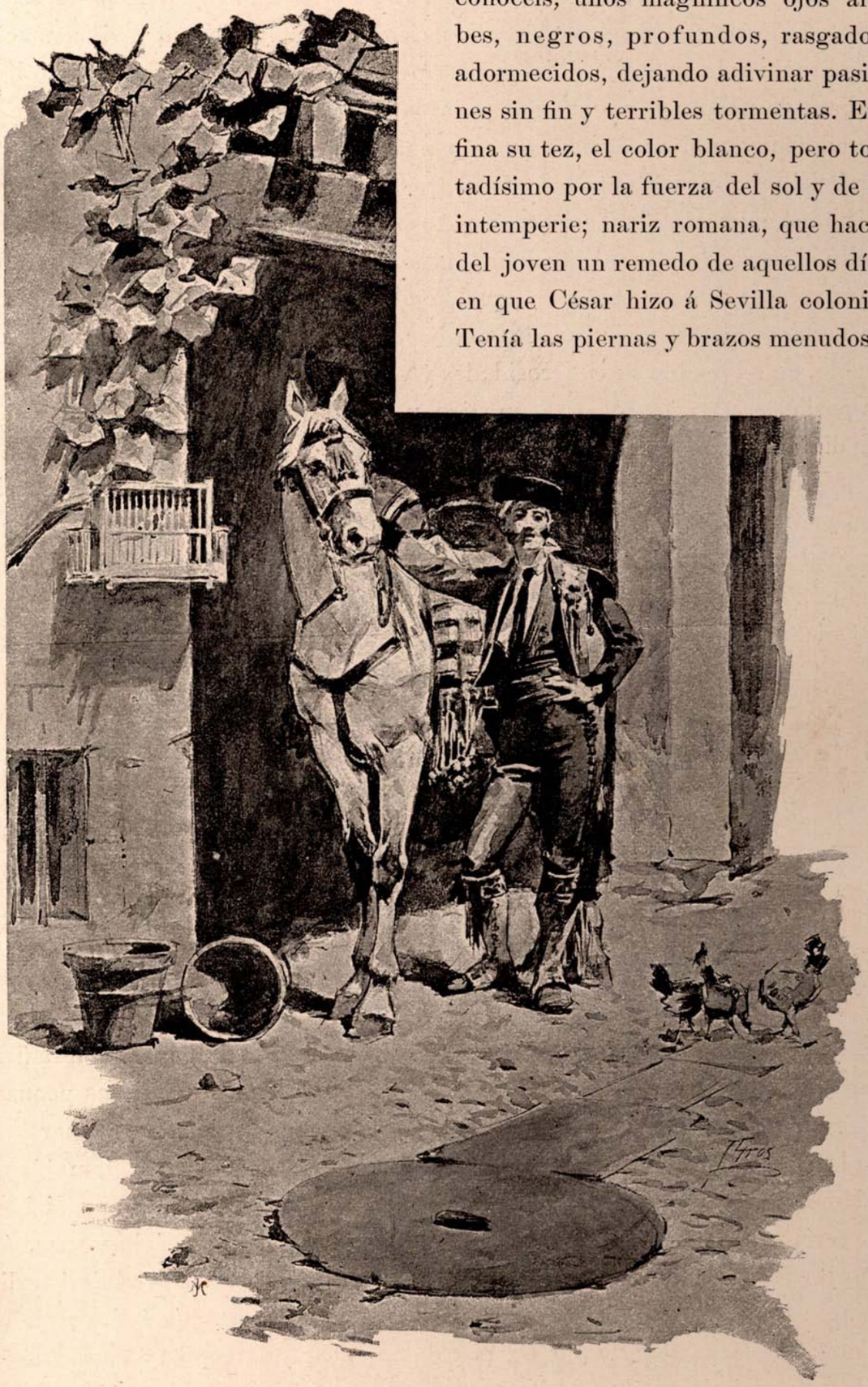
dula salió, no sé á dónde, y yo no supe qué hacer. Me entretuve leyendo un rato y me aburrió luego la lectura. *Apretó* el sol extraordinariamente: parecía todo amodorrado y reinaba un silencio sepulcral en toda la campiña. Sentíase solamente el clocleo de las aves en el corral, y allá afuera el canto monótono de la cigarra, que me hizo recordar las tardes de la canícula en aquella tierra. Me senté bajo la parra y no pude estar allí: corría una brisa caliente y bochornosa, como si estuviésemos verdaderamente en una terrible tarde de aquellas de julio y agosto.

El emparrado que había en la puerta de esta casa, era mucho más grande y pintoresco que el que vimos en aquel otro de la casa de Mariquita. En vez de poyetes había reates en la fachada, y un cañizo levantábase hasta un metro desde la pared á las columnas delanteras del emparrado, unas columnas de mármol, elegantísimas y esbeltas, con finos capiteles de caprichosa arquitectura que no pertenecía á ningún orden. Iba yo también á rendirme á una lánguida diosa, la diosa de la pereza, y me levanté para ello con idea de dirigirme á mi habitación. Sentí de pronto un precipitado galope, y asoméme curiosamente á ver quién se aproximaba. Me encontré con una yegua torda, de pelo brillante, crin fina y hermoso ver, y jinete en ella un zagalón campesino, fuerte, airoso, de ojos negros, de mirada profunda y soñolienta á la par; unos ojos árabes que me admiraron. Descabalgó el mozuelo junto á la parra, y, rienda al brazo, adelantó un poco hacia mí. Se quitó el sombrero cortesmente, y dijo en voz afable:

—Ave María.

Aquel saludo breve, que encierra en sí todo un místico y delicioso poema, saludo muy común también en los campesinos andaluces, en aquella soledad y aquella quietud, se me entró en el alma, llenándola de simpatía por el mozuelo que me lo dirigió. Yo contesté con un movimiento de cabeza y quedé mirando con ávida atención al simpático jinete y la hermosa cabalgadura. Estuvo hablando el joven, y yo no quitaba ojo de aquello que veía, porque me causaba admiración y delicia á la par. Nada más fastuoso, ni más elegante, ni más sencillo, en el traje del hombre y en los arreos del animal. Había allí derroche de gusto y de esplendor, algo de oriental y de grande, que hizo llevar mi memoria á los tiempos primitivos en que tanto se distinguieron por su lujo los habitantes de aquellas regiones privilegiadas. Llamaba mi atención aquello, más aún, porque vestía el joven á la usanza del país; pero con todos los requisitos y detalles circunstanciados, como se podrían ver todavía, hace poco tiempo, allá, en los intrincados laberintos de la sierra, donde no llegaron las costumbres y las modas de las grandes poblaciones. Era simpático el mozo á que aludo. Veinte años tendría á lo más. Sus ojos, ya los

conocéis, unos magníficos ojos árabes, negros, profundos, rasgados, adormecidos, dejando adivinar pasiones sin fin y terribles tormentas. Era fina su tez, el color blanco, pero tostadísimo por la fuerza del sol y de la intemperie; nariz romana, que hacía del joven un remedo de aquellos días en que César hizo á Sevilla colonia. Tenía las piernas y brazos menudos y



delicadísimos á la par, unas ligeras patillas de boca de hacha, bigote sedoso y fino. Bajo su gracioso calañés, de paredilla baja y elegante, vi asomar un pañolito de seda que olía á dama por lo pequeño y fino. Llevaba cuello bajo, corbata de nudo negra, cuya ancha caída ocultábase bajo la faja, de un color morado muy subido; chaleco de rico paño, con gran escote; chaqueta corta, con bolsillos oblicuos, entallada por detrás, de manga estrecha; pantalón corto, ajustadísimo; botín á la morisca, primoroso y crujiente; y zapato de becerro. Era suelto el mozo, respiraba elegancia, vigor; parecía osado, valiente y decidido. Yo vi reflejarse bravamente, en aquel hombre, el tipo legendario del andaluz de los heroicos hechos y las grandes osadías, hombres de quienes hace ídolos el pueblo, aquel pueblo de generosidades y valentías, aquel pueblo ardiente como las pasiones, soñador y poeta, místico y orgulloso, como las razas ardientes que divinizaron el Corán.

Me adelanté hacia el joven. Mientras yo le estuve mirando con la atención que supondréis, me preguntó por los señores de la casa. Al sentir el galope de la cabalgadura, la doncella, aquella linda doncella de Manolita, habíase asomado á una de las ventanas, y contestó por mí que los señores se habían *echado*.

—¿Quiere V. que avise á la señorita?

—Como V. quiera, salerosa,—dijo el gallardo mozo.

No tardó Manuela en salir, y pareció sorprenderse cuando vió al joven.

—¡Ay!—dijo agradablemente.—¡Si es Ramón! ¿Qué es eso? ¿Qué le trae á V. por aquí?

Noté que se puso muy pálido Ramón al verla, y que se contraían sus labios ligeramente como para dominarse en una sensación profunda. Se quitó el sombrero, y dijo con llaneza y soltura encantadora:

—Yo sí que me alegro de ver á V. tan guapa y rebosando salud. Y los papás ¿están buenos?

—Vaya... Pero, diga V.: ¿qué ocurre?

—Pues nada: que se nos casó la Monedita y mañana á la noche habrá fiesta para celebrar el lance en el cortijo de los Cameros. Hay allí algunos peones á quienes les permití esta tarde dejar la faena para que fuesen de acá para allá con la noticia y citando á mozos y mozas para mañana. Sucedía también que la Monedita estaba con mucho disgusto, mohina y casi cortada, y diciendo que sería mala suerte para después si no veía allí, un ratito á lo menos, á la señorita Manuela, que tanto bien la hizo. Nadie se atrevió á venir á pedirle á V. ese favor, y todos á una creyeron que si yo mismo venía á V. con la embajada, V. no se negaría á ir un rato para echar una copla y para satisfacción y merecimiento de aquella gente, que se pondrá corrida de orgullo y lo

contarán por toditas partes: no tuve más remedio, y aquí estoy esperando lo que V. me diga, y temblandito de ir con la mala nueva de que el embajador nada pueda lograr, porque voy á perder mi prestigio y van á creer que no se me aprecia en esta casa y que la señorita Manuela no es una buena amiga.

—Pues mire V., Ramón,—dijo Manolita;—para que nada de eso se crea, porque yo estimo á la Monedita, que es una excelente muchacha, y porque no niego nada á un amigo nuestro como es V., mañana á la noche, si Dios quiere, estaré allí la primera, porque mi papá me lo permitirá. Como un convidado convida á ciento, vendrá conmigo la señora extranjera que hoy tenemos de huésped, á quien gusta mucho todo esto, y este señor, amigo también de la casa,—nos presentó entonces,—á quien espero que estimará V. como se merece y quien de seguro se alegrará cuando le conozca.

Dimos los dos las gracias á Manolita, y Ramón estrechó mi mano con ruda franqueza. Me ofreció su casa allí en el cortijo, á lo montaraz, porque casi nunca vivía en Sevilla. Me ofrecí también á él de toda voluntad; y, repitiendo á Manolita las expresiones de su gratitud porque no le desairó y aceptó el convite, montó en la yegua con un donaire y un garbo que me dieron envidia.

Miró por último á Manolita con profunda ansiedad, me miró á mí luego, y se puso muy colorado de pensar, sin duda, que había yo sorprendido su mirada á la joven. Espoleó con ira á la yegua, dió el animal un salto, y salió como desbocada por el declive. No dijo nada Manolita, pero me pareció algo triste. Llegó después la señora de la nariz, y, metiéndose al instante en uno de sus discursos, nos distrajo á los dos. Pero yo no dejé de pensar luego en la brava y apuesta figura de Ramón, ni en la tristeza de Manolita cuando le vió alejarse.

Aquella noche fué hermosa y tranquila: una verdadera noche estival. Estuvimos bajo la parra gran rato, y allí fué donde Manolita anunció á Gúdula que estábamos invitados para la fiesta de los Cameros. Esto le dió motivo para hablar de algunas costumbres andaluzas que ya tendré yo ocasión de explicaros. Se acordó del *lloró,* del *préstamo,* del *bautizo,* de *porra á entro, porra ajuera,* de la rifa del beso, de la liga de la novia, de las verbenas de San Juan y San Pedro, del viático, y de otras mil costumbres tradicionales y respetadas, que no pudieron derribar las modernas frivolidades del presente. La tradición de un pueblo es como el espíritu que alienta á un hombre: el hombre morirá, pero el espíritu nunca. Pasan y caen generaciones y generaciones: en un pueblo se derrumban los edificios y todo muere; pero la tradición flota de continuo sobre sus hombres, sobre sus casas, sobre sus lugares. Aun en medio

de este siglo de grandes sublimidades realistas, ¡qué sería del pueblo andaluz, de ese pueblo sencillo, de ese pueblo bajo, que muere hoy miserable, que emigra y que fenece honrado!... ¡Qué sería de él sin sus fantasías puras, sencillas y respetables, desde el santo poema tradicional de la Virgen y Jesús, hasta la conseja de tesoros y de aparecidos!

—El año pasado,—exclamó Manolita de pronto,—fuí á Morón. Allí estuve algún tiempo. Como á mí también me gusta curiosear, aunque no tenga que escribir ningún libro...

—Sí,—dijo Gúdula, interrumpiéndola;—buena cosa saldría.

Manolita se echó á reir y siguió contándonos qué clase de pueblo era Morón.—Es cabeza de partido y tendrá unos 15,000 habitantes. Vive este pueblo de la agricultura: recolecta garbanzos, habas y cebada; produce mucho y excelente vino, y el aceite es su riqueza mas importante. Está de Sevilla á 55 ó 60 kilómetros. Tiene cuatro casinos. Como partido judicial, dependen de él algunas villas: Coronil, La Puebla de Cazalla, Montellano y Algemitas, que tiene 700 y pico de habitantes. Tenía yo mucha curiosidad de ver el célebre peñón de Algemitas, y fuí allá muy contenta. Me sorprendió mucho la vista de aquel terrible peñón de 700 varas de alto. Es piedra jaspe bastísima, y es imponente ver cómo brotan de las grietas de este peñón grandes encinas y otros recios arbustos. Tiene también manantiales de aguas apreciadísimas por los médicos... Pero no: no era esto lo que yo quería contar. Me acordé de una de esas costumbres curiosas de los pueblos: la conocí en Algemitas. Extiéndese este pueblecito al pie del peñón gigantesco y presenta una vista hermosa. Era también por este tiempo casi. No he olvidado que hacía mucho calor, que quise descansar y penetré en una casa de aquellas, deslumbrante de blancura con la cal famosa que lleva el nombre del pueblo. Entré en la casa, digo, y lo que vi picó mucho mi curiosidad: era una gran extensión con suelo de ladrillos entre largos, y enormes troncos en el techo, como vigas. A la izquierda, allá en el fondo, estaba la convencional chimenea de campana, gris, con descomunal cornisa. Vi en la cornisa unos platos de pedernal y dos ó tres pucheros. Del filo pendía un candil muy limpio y reluciente; y del techo, sobre la campana de la chimenea, unos garabatillos para colgar frutos, guardándolo así para el tiempo de la sazón. Vi en el fondo también, á la derecha, una puertecita que daba paso al corral; sobre la puerta un gran farol reluciente, como la alegría de los dueños de la casa; entre la chimenea y la puerta un bazarito con platillos vidriados; y colganderos en unos palitroques, otro candil, un jarrito, una sartén y una espumadera. ¡Oh! No faltaba allí nada: hasta la escopeta la vi allí, colgada á lo largo en la repisa de la chimenea. ¡Cómo lo recuerdo todo, Dios mío!

Se conmovió mucho Manolita, haciendo aquella exclamación, y yo me sentí impresionado, porque recordé nuestra conversación en el Soto de la Rosca. Había salido la luna, pero no iluminaba el rostro de Manolita, para que yo pudiese adivinar allí las emociones de su corazón. Se hizo más afable su voz, más dulce: parecía, resonando en la soledad silenciosa y tranquila de la noche, un eco fantástico y dulce de no sé qué misteriosas cantilenas del alma.



—No era esto, —siguió Manuela, — lo que más grandemente llamó mi atención, sino el alboroto de placer que los habitantes de la casita armaban, rodeando todos á un cerdo pequeñín muy mono, con cintas y cascabeles al cuello, que iba de un lado para otro, saltando y rompiendo y manchorreando lo que á su paso veía, con el revoltoso y duro hociquillo. En un gran banco se arrellanaba el señor cura, de rostro bonachón y placentero. En una silla baja, habíase puesto la vieja de la casita con el niño cogido, enseñándoselo al huraño y casquivano cerdillo. El abuelo también hacía carantoñas al animal. El

padre del chiquitín le miraba igualmente con placentera mansedumbre; y la mujer, rolliza, baja, regordeta, de semblante pletórico y vivaracho á la par, juntaba las grandes manoplas en señal de admiración, exclamando, sin cansarse, una y veinte veces:

—¡Ay, Dios, qué dicha! ¡La alegría de la casa! ¡Ay, Dios! ¡La alegría de la casa se nos entró por la puerta!

Y la vieja, cogiendo con su mano huesuda y temblona la del niño, blanca y fresca como la hoja de una flor, señalando al animalillo, decía á media lengua, imitando la voz infantil del arrapiezo:

—¡Mida, mida el coinito de Jesú, el coinito de Jesú, la adeía de la tata!

No he visto nunca un entusiasmo tan grande por un animalillo tan soez. Nadie me hizo caso en aquella tempestuosa alegría. Salió la mujer gritando, á una y otra vecina, que el cochinito de Jesús había entrado en la casa; y en un instante se aglomeraron en el portalón un sin fin de criaturas, todas alegres y entusiasmándose de ver al cochinito de los cascabeles y de los lazos.

Calmándose la efervescencia un poco, pregunté lo que aquello significaba, y me conmoví cuando obtuve la respuesta. ¿Sabe V.,—me dijo Manolita,—lo que representa la tradición del cochinito de Jesús? Un objeto tan sencillo como grande. Todos los años, después de la época de la matanza, uno del pueblo, el que tenga más voluntad, el que se brinde con anticipación, ó el que haya tenido en su piara más número de crías, entrega al señor cura un lechoncito. El cura lo bendice con gran pompa, y algunas veces con grandes fiestas del vecindario, y se le cuelgan sus lazos y cascabeles: desde entonces todos los del pueblo levantan en su corazón un altar á aquella especie de ídolo. Al cochinito de Jesús se mira con religioso temor, se acaricia siempre: las mozuelas le miman y juegan con él, los chiquillos son amenazados con no verle en muchos días... No tiene amo el cochinito, y todo el mundo es su amo; no tiene casa y vive en todas; no tiene donde comer y come en todas partes, á su gusto, á su antojo, á su placer; se hace más huraño todavía de lo huraño que ya es por condición; chilla por cualquier cosa, es despótico é intransigente, pero todo se le aplaude y todo se le celebra: todo está bien hecho. Y cochinito de Jesús para acá, y cochinito de Jesús para allá, todo el pueblo le agasaja y procura captarse su simpatía, porque toda familia tiene un temor: que el cochinito no entre en su casa. Como el cochinito deje de *tratar* á una familia por algún tiempo, es un presagio terrible de próxima catástrofe para los que esa familia componen: si el cochinito se muriera, sería una consternación terrible para el pueblo; y cuando entra en una casa tres veces en un solo día, señal inequívoca de un próximo suceso feliz. Todo aquel vocerío, todo aquel entusiasmo férvido de la casa en que yo estuve, obedecía á que entró

ya en la casa tres veces el señor cochinito; tres veces en sólo un día. ¡Oh, Dios! Las otras comadres del pueblo ¡qué envidia y qué inquietud! ¡Qué curiosidad en todos los semblantes, qué anhelo de saber la cosa buena que iba á ocurrir en la familia afortunada que eligió el cochinito! De alegría se me llenó el alma viendo el candor puro y tranquilo de aquellas criaturas que tenían facultades lo mismo que yo para sentir y pensar. Me vais á decir loca, pero confieso sin rubor que estuve allí un rato con el corazón oprimido, hasta que las lágrimas me desahogaron de tan gran molestia.—¡Oh, sí, pobres gentes!—me dije llorando.—¡Vosotros sois acreedores á que el cochinito de Jesús entre en vuestra casa y santifique vuestro hogar! ¡Vosotros, que sois honrados y puros en vuestra terrible miseria, vosotros que sois mártires y víctimas de vuestro trabajo y de nuestra holgura!—

La voz de Manolita vibró entonces amargamente y con noble solemnidad. La luna salió entonces, iluminando y haciendo detallar todos los objetos. Corría una brisa fresca y perfumada, que aspiré ansioso, como si las palabras de Manolita se me hubiesen atravesado en los pulmones. Allá lejos, oíase, como nota lánguida y continua de la pereza, la canturia incesante del grillo; y en el próximo declive erguíanse, como grandes fantasmas de miembros retorcidos, los troncos achatados de unas higueras.

Suspiró Manolita afablemente, y añadió para concluir:

—Llega una época, la época de la matanza, en que el cochinillo de Jesús, como todos los de su clase y condición, tienen que rendir su cuello á la fatal cuchilla. Sus magras sabrosas y sus gordos tocinos se reparten entre los pobres más necesitados del lugar ó se venden á subido precio, repartiéndose el importe en limosna. Otro lechoncillo le sucede, se bendice también, vive y muere lo mismo, y así ha venido esto desde fecha que se perdió por lo remota.

—Pero dígame V.,—exclamé lleno de curiosidad;—¿ocurrió al fin el suceso dichoso en la casa favorecida por el envidiable cochinito?

—Ocurrió, sí,—gritó la dama belga prontamente, como con ansia de tomar desquite de lo que le hizo pasar Manolita contando la historia de su protección á Chano.—Ocurrió, sí; porque aquella misma tarde hizo ésta que libraran de quintas al mozuelo de la casa donde el cochinito entró, haciendo entregar el dinero contante y sonante.

—Y ¿qué?—dijo Manolita.—No me he de poner colorada por eso, y si me pongo no se verá con la luna.

—Bueno,—repliqué yo queriendo apurarla en un punto;—es muy loable lo que V. hizo. Supongo y me figuro, como si lo viera, la locura y la alegría del pueblo, la fe en el cochinito de Jesús, que es lo mismo que si dijéramos la fe

en Dios. Pero si otra vez entrara el cochinito tres veces en una casa durante un mismo día, y hubiera otro mozo para ir de soldado, ¿habría también otra joven bella, rica, espiritual, generosa y apasionada de su país y de sus paisanos para librarle de quintas?

—No sé si la habrá,—contestó ella indiferente.

—Si no la hay, el cochinito dejará de ser milagroso. ¿Y la fe de las pobres gentes, felices en su ignorante candor, cuando vean que el milagro no se realiza? ¿Qué será de esa fe?

—Como son creyentes puros, no habrá desaparecido,—contestó moviendo la cabeza con melancolía.

—¿Y si desapareciera?—repetí implacable.

—Entonces puede quedarnos el consuelo, como me quedaría á mí, de haber obrado bien. Haciendo lo que hice, probé que Dios existía, porque el milagro se realizaba. Si otra vez no se realiza, y viniera el desengaño para ellos, sin que yo lo pudiera evitar, me quedaría la melancólica satisfacción que debe experimentar la criatura cuando retarda una hora, un día ó una semana más la muerte de un enfermo desahuciado.

Guardé silencioso respeto á tales palabras, dignas de aquella grandiosa soledad, de aquel misterio, de la gran magnificencia de aquella noche.





CAPITULO XXI

¡Loor á los burros!-Camino de los Camuesos.-El tálamo.-Las agonías de Ramón y las inquietudes de Manolita.

Cuando más tarde Manolita pidió permiso á su papá, entre un abrazo y un beso, para ir con nosotros á la fiesta de la noche próxima, no sólo se apresuró á concedérselo el padre, sino que noté en su rostro arrugado y noble un destello luminoso de alegría. Comprendí claramente lo que tal cosa significaba, y me acordé de la reserva que se guardó siempre, desde que yo conocí á esta noble familia, de no pronunciar el nombre de Pepito, que tuve ocasión de observar en bastantes ocasiones. Era que Manolita constituía la felicidad y aun la existencia de los dos ancianos. Viéndola sufrir, moríanse ellos; y como el amor de Pepito hizo tanto padecer á la hija, procurábase por todos los medios no recordar nunca su nombre, evitando así descarnar unas cicatrices que permanecían aún abiertas. Por esta causa comprendí prontamente el placer del padre cuando ella le pidió permiso para ir á los Camuesos con nosotros. Todas estas distracciones redundarían en bien para lo porvenir, no solamente del corazón de Manolita, sino del de sus padres, que sufrían y lloraban en silencio como ella. Entonces pude comprender asimismo el afecto de los

dulces ancianos hacia mí, y la mirada que sorprendía muchas veces, en doña Angustias, de benevolencia y hasta de gratitud. Yo animaba á Manolita, yo podía distraerla, y, sin duda, lo conseguí. Lo cierto es que el nombre de Pepito no se pronunció nunca y estaba siempre clavado en todos los cerebros. El dichoso Pepito era el *bu* de aquel hogar digno; la nube negra que oscurecía los esplendores alegres de aquella noble y honrada casa. Este miedo terrible á pronunciar el nombre del novio, como si con nombrarle se evocaran tristes genios de desdichas y de muerte, se apoderó, sin duda, también de la dama belga, como se apoderó de mí. No hablé nunca, á Manolita, de Pepe, autorizado y todo como estaba por ella con su confianza, mientras Manolita no me hablase de él: era un acuerdo tácito que se tomó entre todos, sin que nos lo propusiéramos y sin advertirlo, con la idea no más comunicada de unos á otros por el misterioso influjo del amor que á Manolita se profesaba.

Llegó la hora de partir á los Camuesos. ¿Iríamos á pie, en coche ó á caballo? A pie resultaría duro, aunque la distancia no fuese para espantar; en coche era imposible, porque á lo mejor tendríamos que abandonarlo por las dificultades del terreno. Se optó por el caballo; pero yo, que tenía que tomar alguna pequeña venganza de cierta persona, dije con mucha naturalidad que para hacer el camino de los Camuesos acertaríamos solamente yendo en burro. La señora belga soltó un terrible respingo, como si ya tuviera el burro delante, al oir mis palabras. No me parece de ocasión reproducir el discurso que salió por aquella boca, porque sería un escándalo: me puso como rico mandil, diciendo que no tenía gusto ni era caballero, y pretendió probar que el hombre que montaba en burro era servil, cobarde, soez, malvado, estúpido, vulgar, plebeyo, sin corazón y sin conciencia. Me hice el malhumorado y defendí calurosamente mis teorías sobre las conveniencias de preferir el burro á todos los medios de conducción conocidos hasta entonces. Vi entonces á Gúdula en un estado de ira que sólo podía compararse con aquel, que ya recordaréis, en que la mandé á paseo por empeñarse á la fuerza en que había yo de cenar en Alcázar de San Juan; pero seguí discutiendo y peleando como si tal cosa, y puede atestiguar toda la vida, la honrada clase de ganado asnal, que nunca se ha visto tan defendida por una parte ni tan mal comprendida por otra. Esto sirvió para que D.ª Angustias y D. Andrés rieran mucho y para dar ocasión á un diluvio de epigramas graciosos y punzantes de Manolita, que eran lanzados como flechas, en los puntos más flojos de la discusión, para encenderla y aumentarla.

Cedí al fin, pero exponiendo solemnemente que lo hacía para dar una prueba de finura y no más, porque me tocaba acceder, puesto que discutía con una señora. Esto irritó y contrarió más á la dama de la nariz, y quiso todavía

probarme con razones contundentes las ventajas del noble é hidalgo ejercicio de montar un caballo fogoso de raza pura, noble, inteligente y fino, propio y único para la grandeza, el esplendor, la hermosura, todo lo que inspirase orgullo, poderío y alteza de pensamiento. ¡Oh, el caballo, el caballo!...

Yo conseguí cortar la palabra por primera vez á la terrible señora, resumiendo modestamente, en un breve y mesurado discurso, la sencilla y dulce poesía del borrico, sus dulzuras y sus resignaciones, sus modestias, su poco deseo de figurar y su alejamiento de las pompas mundanas. ¿Podía darse cosa más digna de la consideración social y de respeto individual y de todos los sentimientos dignos y puros? ¡Oh, el borrico! Siempre melancólico, siempre grave, siempre pensando en otro mundo mejor. Ved al borrico y os acordaréis seguramente del filósofo, del sabio. ¿Hay cosa más digna de respeto y de veneración que un burro pensativo? ¡Y pensar que nosotros, míseros mortales, por nuestro egoísmo de una superioridad que nunca podría probarse, podemos montar sobre un sabio y distinguido burro, sobre una inocente y honrada borrica, y arrear y pegarles! ¡Oh, humanidad! ¡Qué desconciertos y qué negruras del porvenir! Estos desbarajustes y estas locas aberraciones son los espectros terribles que se levantarán siempre sobre ti como genios maléficos, anunciándote, en eternal gemido, la hecatombe y la ruina.

Nos entreteníamos ya demasiado con tanto discurso y lo íbamos á perder todo con dejar que pasasen las horas,—que esto ocurre siempre cuando se habla demasiado,—díganlo, si no, aquellos dos leones cobrizos que miran á Cervantes constantemente en cierta plaza de Madrid, como diciendo, muertos de vergüenza, al gran lingüista:—¡Cuánto se habla aquí, pero qué sin ocasión algunas veces y qué mal casi todas!—Subimos á caballo, y allá fuimos, camina que camina, para los Camuesos. Nos sorprendió la noche antes de llegar, aunque no tardamos ni una hora, y eso que iban nuestras cabalgaduras muy sosegadamente. Conviene manifestar que era ya casi de noche cuando salíamos. Hacía una noche más templada y serena que la anterior. No había salido aún la luna, y caminamos trece ó quince minutos en una oscuridad densísima, con el único guía del instinto de los animales. Se llenó súbitamente el cielo de estrellas, así, como si de pronto se dilatase toda la inmensidad en una sonrisa: allí, en medio de aquella negrura, sin ver otra cosa que el cielo cuajado de estrellas, que parecían miradas de ángeles; sin otro encanto que aquel, sin otro horizonte, sin otra vida que admirar; compréndese, sin embargo, que el andaluz tiene que ser poeta necesariamente. ¡Dios mío, qué concertante más santo me pareció entonces el cencerreo del rebaño, cuyas roncas vibraciones se perdían lentamente; el crujido de la honda que hacía chascar el pastor, el que-

jumbroso balar de las ovejillas, el rumor de las arandelas cuando algún carretón, tirado por pacientísimos bueyes, tropezaba en un bache; la voz campanuda del carretero al arremeter con el hijón!... Oí una copla en aquel instante, á lo lejos, y me pareció un himno cantado por Dios á la naturaleza.



Se sintió en aquel punto el galope de un caballo. Detúvose, sin duda, cuando sintió, quien lo montara, el pisar de los nuestros, y este grito de interrogación llegó á nosotros:

—¿Manolita?

—¡Hola, Ramón! —contestó Manolita prontamente. —Ya estamos aquí. —Se alejó Ramón con la misma prisa, y poco después divisamos un fuerte resplandor que iba aproximándose.

Yo quedé sorprendido y no supe á qué achacar aquello. Manolita se echó á reir, porque lo conoció al instante.

—Salen á recibirnos,—exclamó sencillamente.

Un numeroso grupo de mozuelas y mozos se nos incorporó algunos minutos más tarde. Iban endomingados, limpios y sonrientes, y llevaban grandes manojos de resina encendidos, que iluminaban la campiña, en una gran extensión, fantásticamente.

La novia, la misma novia, iba delante con un gran pingorucho llameando, para recibir á la señorita Manuela y su compañía. Los reflejos de su descomunal antorcha iluminaban vigorosamente el cuerpecito bajo, regordetín y movible de la sin par Monedita; su rostro, apretadillo de carnes, duro, gracioso, que parecía tener reflejos, titilaciones y sonidos, así, como una monedilla de oro puro acabada de acuñar. Viendo á la Monedita, me acordé muchas veces de una malagueña: afinándola, puliéndola, aristocratizándola un poco, hubiera resultado, sin duda, la Monedita, el tipo de Trini Grund.

Fuimos hasta la casa rodeados de todas aquellas luces y de todas aquellas

personas. Había en la puerta un emparrado, como en casi todos estos lagares. Era el edificio pobre. Los padres de Ramón habían dado este lagar en arriendo al nuevo matrimonio, y, á pesar de su pobreza, era un gran paso que el marido de la Monedita daba, pues ascendía á arrendador de simple bracero. Había bajo la parra algunas sillas que ocuparon prontamente los convidados. También los poyetes de un lado y otro de la puerta llenáronse muy pronto. Era sábado, y, como víspera de fiesta, concurrió á los Camuesos gran número de amigos. Noté en Manolita cierta inquietud; y, por más que me metí en jubileos, no pude encontrar las causas: sí recuerdo que no se retiró un punto de Gúdula. No la vi allí con aquel gracioso desenfado y aquella amable soltura que tan bien le sentaban. Yo no pude acercarme á mi amiga todo lo pronto que quise, porque me había tomado Ramón por su cuenta. Era un buen chico Ramón: instruído, amable, simpático, un alma generosa, un pecho franco, sin dudas, porque no había experimentado Ramón todavía esos contratiempos de la vida que parecen hasta necesarios al hombre para su complemento. Quiso disimular Ramón, pero le fué imposible. Adiviné todo lo que en su corazón pasaba, aunque se figuró él que no había sido adivinado. ¡Pobre Ramón! Era un hermoso loco de amores. Amaba ciegamente: amaba á Manolita. Sin franquearse Ramón á mí, procuró saber si me tendría como rival ó como amigo. Yo me apresuré á tranquilizarlo, hablándole de Manolita como habla un hermano de una hermana ó un padre de su hijo. ¡Dios mío! ¡Qué hermoso consuelo es el hacer bien! Me figuro que, tranquilizando yo á Ramón aquella noche, hice una grande obra de caridad. ¡Pobre Ramón! ¡Ya tenía bastante rivalidad con la de Pepito, para que fuese yo también á molestarle con simplezas! Un orgullo tenía yo: el de conocer á Manolita más á fondo que aquellos íntimos que la rodeaban. Por eso, porque la conocía, me expliqué, á los pocos momentos de estar en los Camuesos, la meláncolica seriedad de Manolita. Me expliqué igualmente el suspiro de mi pareja, la tarde anterior, cuando Ramón se alejaba en su caballo. Bien: todo esto lo supe ya. Pero ¿y aquella inquietud y aquellas miradas constantes de Manolita hacia un extremo del emparrado?

Me separé con un pretexto de Ramón, y fuí hasta Manolita. Al dirigir ella una vez sus miradas inquietas y curiosas al sitio que designé antes, dirigí allá también las mías. Formábase allí una temblorosa penumbra, porque habían apagado las antorchas, quedando encendidos solamente unos faroles y varios candiles que colgaban de la pared. Sin embargo, allí, en aquella confusa luz me pareció adivinar la silueta de Mariquita la Larga. Me miró Manolita entonces, adivinándome; y, previniéndome yo á su intención, fuí y me cercioré de que era la novia de Palomo. Vino en esto la Monedita á nosotros para llevar á

Manolita y á Gúdula á que viesen su ajuar. Yo fuí con ellas, y lo estuve viendo todo. Lo que allí llamaba la atención era el *tálamo*. Al lado opuesto de la gran chimenea de campana había una salita, y había que entrar á la sala subiendo tres enormes peldaños. Entrábase: era todo muy reducido: cuatro sillas de pino, un arca sosteniéndose en el suelo con dos banquetillas y una imagen de la Virgen representando los Siete Dolores, que venían á ser catorce, porque lo pintarrajado de la estampa y lo primitivo del marco valía por otros siete. Me hizo mucha gracia la Monedita, porque exclamó con enfado:

—No miren ustede eso, que e mu malo. ¡Probetica Señora! Siete dolore pa ella y siete pa quien la mira.

Y era que, como todas las mujeres de campo, tomábase de celos con los muebles, las alhajas ó las prendas que pudiesen distraer la atención del visitante al contemplar el tálamo. Cuando una campesina andaluza os lleva á tomar un refresco, no dudéis de que es otra su intención: es para que vean Vds. su tálamo. Todo lo que piense, todo lo que diga, todo lo que haga, directa ó indirectamente, encamínase á que comprendáis bien que su tálamo es de lo mejor que se ha conocido, de mayor número de colchones y más mullidos, de aspecto más vistoso, de colcha más bonita; veréis que la altura del tálamo corresponde á la categoría del matrimonio que lo ocupa. Habrá quien no lo crea, pero yo lo aseguro con toda formalidad, porque lo he visto. Hay tálamo, en Andalucía, al que se sube con una escalerita de madera, preparada de propio intento. Figuraos á una gorduncha lugareña en camisa subiendo la escalerita de mano para zamparse en el lecho. Ya me lo figuré yo alguna vez, y me reí mucho. Figuraos también una muchacha de sueño inquieto, que empieza á dar tumbos á lo mejor, como si cayera desde un brocal al fondo del pozo, despertándose medio reventada. Pero ¿quién puede desterrar las costumbres de un pueblo y las del campo sobre todo? Siete, para que lo sepáis, siete colchones tenía el humilde tálamo de la Monedita. Sin duda parecería allí, la nueva arrendataria de los Camuesos, una linda gatilla trasnochadora encaramada en un tejado. De la cama nadie se ocupa. En un lado es más rica, en otro más pobre; pero generalmente es un tablero que se sostiene como el arca, con banquillos. Un colchón, y otro, y muchos colchones: esa es la gloria del tálamo de Andalucía que me hace recordar la camilla ó la *gloria* de Castilla la Vieja. Llaman así á una especie de subsuelo que coge casi la mitad de la estancia más confortable del edificio. Queda una bovedita y meten fuego allí. Caldéase interiormente, y la familia se pone, á su quehacer, allí, sobre aquel segundo suelo. En los rigurosos días invernales es de mucha utilidad.

Sonaron en la puerta las variadísimas y confusas notas que producía el

maestro al templar la guitarra. Iba á empezar la fiesta y nos apresuramos á salir. Manolita se dirigió, como distraídamente, hacia el lugar ocupado por la novia de Palomo. Se levantó Mariquita la Larga entonces, yéndose para Manuela, y se detuvo allí en arrumacos y cumplimentaciones; pero no se dejó engañar Manolita y desconfiaba de la hermosa rústica. Yo encontré muy natural su



desconfianza, acordándome de la mirada furtiva que sorprendí en ella el día antes.

—¿Y Palomo?—preguntó, interrumpiéndola bruscamente.

Contestó Mariquita la Larga que no le había visto desde el último domingo.

—Trabaja ahora mucho, señorita Manuela; pero yo me figuro que vendrá aquí esta noche.

Manolita se tranquilizó, pensando que Peruco estaba en Utrera: de modo que no podrían encontrarse allí los rivales. Diciéndome esto ella, se aproximó Ramón: Manolita le habló afablemente, pero noté que aumentaban su reserva

y su melancolía. Unos mozuelos tiraron entonces del señorito Ramón para que zanjara el conflicto de las muchachas que no querían cantar. Quedé solo con Manolita un instante y le interrogué muy bajo con toda la efusión de mi alma:

—Pero ¿qué es eso? ¿Qué tiene V., hija?

Me miró ella. No daba á su rostro la luz como antes, y no la pude ver; pero estoy seguro que había enrojecido por el rubor. Quedó en silencio cuando yo repetí mi pregunta, y entonces le dije firmemente:

—¡De manera que siempre va uno á estar inquieto por su causa, cuando no por una cosa por otra!

Me dijo sorprendida que me explicase, y contesté diciéndola:

—Usted no tiene la culpa de que el pobre Ramón esté loco, perdido. ¿Por qué se mete V. entonces en todas esas algarabías de pensamientos? Es preciso que críe V. fortaleza y no piense tanto en los demás, porque resultará, de otra manera, en perjuicio suyo. ¡Ah, Manolita! Aquí tenemos una segunda parte de la historia de Mariquita la Larga, de Palomo y de Peruco: sólo que la Mariquita de esta historia es noble y buena, demasiado buena ya. La Mariquita de esta historia no puede amar á nadie que no sea su Palomo, y se fatiga y se duele y se martiriza ella en secreto, pensando en que no puede aliviar las aflicciones del buen Peruco.

Con aquella franqueza que la hacía tan simpática, estrechó Manolita mi mano, llena de gratitud, por lo bien que yo la comprendía. Grandemente emocionada, pero esforzándose para disimular, me dijo en tono que quería hacer jovial:

—¡Ay, tocayo! Pero la cosa es que no sé cómo arreglármelas. No sabe V. la fatiga que me da eso, hijo. Es que los hombres no entienden de gusto: por supuesto. ¿Quién se había de figurar que iba una á encontrarse aquí otra vez con Ramón? Yo creí que estaba todavía por esos mundos, porque se fué á viajar hace ya seis meses. Si lo sé no vengo al campo, y en llegando á casa le digo á mi padre que me voy á Sevilla corriendo.

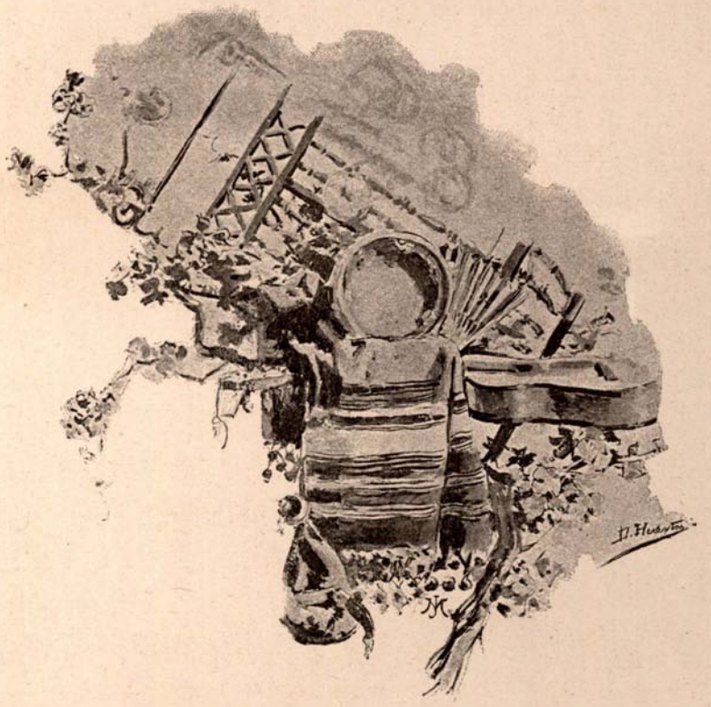
—Pero... y ¿por qué es eso?—le dije con mal humor.—V., amiga mía, no va por buen camino: V. recibirá muchos desengaños en el mundo.

—Pues mire V.,—contestó ella con cierto tonillo de altanería;—prefiero sentir y tener el corazón como Dios me lo ha dado, aunque sufra en lo sucesivo todo eso que V. dice. Me fatigo, sí, me molesto: me gustan la tranquilidad y el reposo, y no los encuentro al acordarme de que Ramón me quiere: si yo paso esta vida de perros teniendo el cariño del hombre á quien amo, ¿cómo no la pasará Ramón que no tiene mi cariño? Me habla, y tengo que ir con un cuidado muy grande en todo lo que digo, por miedo de que piense que le desairo. Me mira, y, antes de retirar yo mi mirada de la suya, pasa mi corazón por todos

los cilicios por que no se figure que después de no quererle le trato con dureza. Ayer fué á invitarme. Me sorprendí al verle, porque no lo creía aquí. Acepté, cuando me invitó, sin titubear, porque no viera que le desairaba. ¡Pobre Ramón! Puede que me equivoque, aunque no lo creo, no; que, en cosas del alma, tiene la mujer experiencia desde niña. Puede que me equivoque, repito; pero se me figura que si yo no me condujese así con Ramón, se irritaría más y sufriría más de lo que sufre. Yo me canso, me fatigo, de sostenerme en esa tesitura; pero no me quejo, en la esperanza de que mi Virgencita me lo premie quitando ese geniazo al infame Pepito.

Me miró, al decir esto, sonriéndose á la par de un modo que tenía lo mismo de burlón que de triste.

Llegó Ramón otra vez y quedamos callados. La gente de la fiesta guardó también silencio profundo. Antes había sido todo ir y venir, para ver el ajuar y ver el tálamo, con risas y cuchicheos y bromas de los mozos á las mozuelas. Luego hubo la historia de quién cantaría primero ó quién no cantaría, y retraimientos de unas y rubor de otras, y anda tú... y no tú, que yo bailaré en *contao:* todo esto con mucha frialdad y mucha *filadelfia;* porque no os podéis figurar vosotros, los que no seáis andaluces, con qué frialdad y qué desgano suelen dar principio á aquellos que terminan en terribles juergones y broncas estruendosas. Viendo el *tocaor* que nadie se decidía, empezó dale que le das á las cuerdas, y de aquí fué aquel religioso silencio, para dejar, como en éxtasis, que los sonidos armoniosos y dulces se metieran en el corazón.





CAPITULO XXII

Coplas, vino y lágrimas

Reinó un silencio extraño é imponente, una quietud que anunciaba, sin duda, próximas tempestades. Ningún ruido interrumpía aquel otro de las cuerdas, apagado y sonoro á la vez, melancólico y vivo. Todos parecieron contener, no ya la palabra para que no turbase el silencio, sino hasta la respiración misma, pudiéndose oir en aquel instante esos vagos rumores de la campiña solitaria, esos rumores que son como el acento divino de la Naturaleza para explicar al hombre sus misterios. Vibró más clara la canturía monótona del grillo, ruidos sordos del tinado, revolotear alguna vez en el gallinero. De la alcarraza, limpia, oronda, reluciente, colgada de su cinta azul en la traviesa del emparrado, escurría el agua filtrándose por los finísimos poros: deteníase un instante en el exterior del fondo, íbase formando allí la gota, lenta dulce, cristalina; titilaba un momento como una lágrima, despegábase de la que se iba formando otra vez y caía á tierra.

Se oyó de pronto un tremendísimo rasgueo y un golpe del *tocaor* dado en

la madera de la guitarra. Quebróse después todo aquel diluvio de notas, y retumbó así una voz aguardentosa:

—Esto e una vergüenza: aquí ni se canta ni se baila. Venga aquí una pareja, que mos va á entrá terisia.

Se levantó Ramón, entonces, y llegó á la Monedita, sacándola á bailar. Este fué el principio de la animación. La novia, ruborizada porque iba á bailar con el amo, pero sin perder nada de su donaire y gentileza, se colocó en el centro. El novio, entonces, muy tieso y muy endomingado, y con mucha más cortedad que su graciosa mujer, vino hasta nosotros, y dijo á Manolita muy respetuoso y con mucho cariño:

—Porque la boa no tenga pata, señorita, venga osté á bailá co nel novio.

Ella le sonrió cómo los ángeles deben sonreir.—Hijo,—exclamó;—si fuera para eso, toda la noche me estaba yo bailando sin descansar.

Se colocó también esta pareja en el centro, repiquetearon de repente unas castañuelas, y la primera copla hirvió en el cerebro y en el corazón de uno de los invitados: salió sonora, alegre, de improviso, fugaz, argentina, como un diamante que bota sobre una placa de mármol y se aleja y se pierde.

¡Olé por el salero
de las parejas!
¡Vivan amos y novios
que arman la fiesta!

Aplauso general, risas, animación súbita, aumentándose la animación con el ruido de copas que llenó un alma caritativa. Siguieron sonando los palillos, hicieron sus mudanzas las parejas, y se lució allí todo el garbo y toda la sal de Andalucía: el de la señorita esbelta, elegante y diáfana, y el de la moza robusta y gallardota. Siguió el baile y aumentó el jaleo. Como sucede por lo general cuando bailan á la vez algunas parejas, vinieron las rivalidades, á ver quién se rendía más pronto. Las fuerzas iban equiparadas: no podía haber ofensa de mantenerse firme el pobre con el pudiente, el criado con el señor, porque allí bailaba la señorita con el criado y la criada con el señorito. Robustos ó finos, todos tenían buena salud, buena sangre, y amor á la tierra y á sus costumbres. Las parejas habían tomado también palillos, y el sonoro repiqueteo era ya una inmensidad. Estaba la guitarra silenciosa entonces. El *tocaor*, como todos los circunstantes, miraba ávidamente á las parejas. Se iban animando, se iban animando conforme trascurrían los segundos, sin hablar, sin mirarse, firmes en sus

giros, en sus vueltas, en sus mudanzas, en su arqueo de brazos, en su alzar de pies y en su mover de dedos para que sonasen las castañuelas. Hubo quien ideó encender las antorchas nuevamente, y á sus inmensas luces, reverberantes, todo aquel cuadro de extrañas fantasías pareció temblar en su fondo negro. La luz destelló vigorosamente en los rostros, dándoles matices, ora duros, ora suaves, pero siempre con entonación simpática y apropiada. Me sentí asombrado de ver á Manolita entonces. Su rostro se animó en el calor del baile: se arqueaban sus lindos labios ligeramente y chispeábanle las pupilas. Allí no había ya distinciones ni categorías. ¡Ah! No: para hervir, lo mismo hierve la sangre aristocrática que la plebeya. Bailábanse seguidillas, ese aire de tres tiempos, genuinamente español, y andaluz por excelencia. Uníase á los palillos el palmoteo y las voces jaleando. De tiempo en tiempo, armoniosa, fresca, argentina, alegre, unas veces soñolienta y dulce otras, triste y suave en un punto como las melodías que sólo puede entonar el céfiro besando las flores, vigorosa y ardiente en otro como la tempestad y la pasión, salía una voz, llenando el espacio y metiéndose en los corazones.

La Monedita se rindió primero. No dice la historia si se rindió porque ya no pŭdo bailar más, ó si cedió deferentemente la vez á la señora por ese instinto de la gente de pueblo que se parece tanto á la buena educación y que en algunas ocasiones la supera. De un modo ó de otro, puedo decir que cuando el baile terminó, el hielo estaba roto; que Manolita, Ramón y los recién casados habían tenido la gloria de romperle; que la multitud de la fiesta reía y bromeaba con más intención y más gracejo que los señores de las ciudades, y que se armó lo que, metido en el terreno del todo, se llama un fandangazo. Hubo otro gran ruido y acabó de coronarse la fiesta: ya querían bailar todos, ya querían cantar todos también, y esperaban algunos el momento con misteriosa ansiedad del corazón, pero disimulando como podían la mortal ansia; que otra cosa no hubiera sido fina ni conveniente.

Fueron á sentarse las parejas que bailaron. Reinó silencio otra vez, porque empezó el *tocaor* con cierta tosecita anunciadora de que la guitarra comenzaría á hacer de las suyas. Aumentó el silencio: llegó á ser grande, solemne. La Naturaleza pareció pegar la hebra en la inmensidad, contando al hombre sus misterios, con aquella frase suya de que ya me ocupé: aquellos rumores sordos del establo, del aleteo, del agua. El grillo reprodujo entonces sus fantasías nocturnas. Los diamantes del fondo de la alcarraza seguían golpeando al suelo acompasadamente como los latidos de un corazón.

Vago, muy vago, como el rumor de un arroyo que se oye de repente en un camino, así se oyeron las primeras notas de la guitarra: un punteado limpísi-

mo, que ejecutó maravillosamente el *tocaor* con sus ágiles dedos. Pareciéronme las notas, en aquel instante, un diluvio de estrellas arrancadas del cielo para llenar las inmensidades de aquellas negruras de la noche. Eran unas notas puras, suaves, argentinas, á pesar de sus apagadísimos ecos. Tenían algo de misteriosas y sublimes: había allí candor y dulzura... y así como, á medida que se llega al arroyo, va aumentando el rumor y pronunciándose gradualmente, así en los oídos de los circunstantes fué aumentando aquella música, dulce y triste á un mismo tiempo, quejumbrosa y apasionada, febril y tierna; hasta que el punteo, en fin, como fiero é indomable grito, se convirtió en rasgueo, y el arroyo susurrante en desbordado mar tempestuoso, con el tremendo *¡olé!* y las palmas atronadoras.

¿De dónde salió aquella voz en tal punto? Yo estoy por jurar que aquella voz no ha podido olvidarla ninguno de los que allí nos encontrábamos. Contuviéronse los alientos y paralizáronse los corazones. Oí á mi lado no sé á quién: —¡Qué maldita! ¡Cómo canta!—Quedé como si de pronto aquella voz se me hubiese metido en los pulmones, cortándome la respiración por un instante: dulce, rítmica, extensa, gallarda, vigorosa, con relampagueos como el sol, ondulaciones como la serpiente, calenturas de leona y ternuras de madre; pensé, oyendo aquella voz, en el finísimo cristal sajón que se quiebra, en el torrente que zumba, en la paloma que acaricia, en el arroyo que ríe; aspiré los perfumes juntos de albahacas, nardos y claveles; sentí el crujido de encajes que se desgarran, de mantones de Manila que volean; pasaron por mi cerebro, como relámpagos deslumbrantes, el perfume y el olor de la Manzanilla y del Jerez. Hubo allí vida, calor, fuego, rugidos de pantera, susurro de oraciones, calofríos de miedo, sacudidas de bravura: fué un derroche, el desbordamiento de un mar de luz y de sonidos que nos pudo ahogar y cegar á todos.

Desde que yo quiero á un hombre
mi corazón es el mar;
que las penas, cual las olas,
unas vienen y otras van.

Salía la voz de la mujer que cantaba, de allí, de aquel rincón oscuro anteriormente, hacia donde Manuela creyó ver á Mariquita la Larga. Cogiéndome de un brazo, Manolita, maquinalmente, repitió en mi oído casi:—Es ella, es ella. —Sí: había sido Mariquita la Larga la que cantó. Fué aquello un caos espantoso, entonces, de gritos, de palmoteos, de bravos. Los hombres iban cada uno con su caña de manzanilla á que la *cantaora* mojase allí los labios, que tenían la

gracia de Dios.—¡Bebasté, serrana, un poquito, pa que Dio me preserve de male!—Y otro:—¡Criatura, remojosté ese gajorro de plata fina!—Y de un



lado:—¡Vivan lo sojito negro de las caritas morenas!—Y de otro:—¡Olé po la zandunga de la serrana!—Sacaron de su rincón á Mariquita entre unos mozos, y se presentó allí en medio, vivaracha, graciosa, con aquel semblante, que parecía hecho por la malicia, y aquel cuerpecillo donairoso. Estaba muy bella con

su traje dominguero, que llevaba con mucha coquetería, y aumentaba su hermosura la felicidad de su triunfo. Pidiéronle otra copla y otra después. Siguió cantando y conmoviéndonos con aquel inextinguible torrente de divinas notas que se desbordó de su garganta. Vi á los más entusiasmados arrojar á sus pies los sombreros y la manzanilla de sus vasos, y deslumbraban sus ojos los destellos de las luces contra el vino cuando caía á los pies de la moza en destellante randa de oro. Siguió cantando aún, y el frenesí aumentaba. Ya no eran sombreros ni vino lo que arrojaron á sus pies: cayeron allí los confites y las flores que preparaban á los novios. Rodeáronla y estrecháronla con gran estruendo. Todos querían estar á su lado y confundirla con obsequios y deferencias. Mariquita la Larga entreabría la fresca boca con una sonrisa como un cielo. Su rostro coloreábase con la alegría de la ovación y la frecuencia con que mojaba los labios en la caña de unos y otros. Se olvidó, sin duda, de la tierra, del cielo, de todo lo existente, de lo humano y lo divino. Hallábase ciega, en fin, de orgullo y de amor á sí misma, hasta el extremo de no poderlo ocultar á los que la observábamos con fijeza.

Llegó Palomo en esto, y acogiéronle con vivas y aclamaciones de enhorabuena porque tan rica moza le deparó la suerte. Yo miré á Manolita con atención, porque me pareció muy inquieta otra vez; y, comprendiendo ella mi cuidado, me dijo:

—Sí, estoy temiendo que venga Peruco.

Traté de tranquilizarla, y ella procuró tranquilizarse también. Peruco le dijo que hasta el lunes tal vez no volvería, si pasaba á Sevilla desde Utrera, para hacer sus encargos. Se obsequió á Palomo haciéndole beber de un solo golpe tanto como ellos habían bebido ya. Se oyó de nuevo la voz de Mariquita la Larga, con el mismo vigor, con igual galanura, agitando el alma en dulces y suaves impresiones. Todo esto fué por la entonación y el sentimiento con que la pérfida cantaba la copla. Por lo demás, hizo mala impresión en las personas que estaban en antecedentes de la afición de Peruco por Mariquita, los desaires y el contoneo de ella, y hasta decíase allí que el día menos pensado perdía á un hombre por sus cosas. Aquella copla, sencillísima al parecer, causó también en Manolita gran impresión. Me lo dijo, y yo no lo puse en duda. Recuerdo este cantar, como recuerdo otros que se cantaron aquella noche.

En las tablas del cariño
por un sabio escrito está
que un corazón nunca puede
partirse por la mitá.

—¿Usted lo ve?—me dijo Manolita de mal humor.—Alude, en eso, á lo que todo el mundo quiere tener callado. Ahora me afirmo de que Palomo no es más que un pretexto para esa muchacha, y que Peruco tiene razón en quejarse como se queja. Cantando eso se hace la digna, y quiere probarnos que será constante siempre á su novio; pero no es á su novio á quien se lo cuenta, sino que parece tirárselo á la cara al rival. Dice que no puede dividirse en dos para querer á dos hombres; pero no se lo dice á su novio en voz baja cuando habla con él: lo dice á gritos cuando la aplauden y la elogian una habilidad, cuando se figura tener dominio suficiente en los que la oyen, para que después, si algo triste ocurre, no se le eche la culpa, por la atmósfera de simpatía de que antes se ha rodeado. ¡Ah, taimada! ¡Cómo se reveló verdaderamente en eso nada más!—Manolita parecía afligirse mucho. Yo encontré exageradas aquellas aprensiones suyas, y ella exclamó sin oirme:

—¡Ah! ¿Cómo podré yo ahora reprenderla de modo que no se irrite y lo haga peor? ¿De qué medio me valdría? Será capaz ella, en este momento, hasta de rebelarse y de responderme mal, engreída con el entusiasmo que despierta con sus cantares. Mire V. el rato que nos daría ahora si estuviese aquí Peruco.

Habíase formado un gran corro. Los recién casados, Manolita, Gúdula y yo, estábamos en la misma puerta de la casa; y delante de nosotros, sentados en sillas y de pie, había gran número de personas que nos impedían ver con facilidad lo que pasaba del otro lado. Aquella muralla de personas iba dando la vuelta y formando el corro cuyo centro ocupaba Mariquita la Larga, el novio y los más fervientes admiradores de Mariquita la Larga. Detrás de la copla anterior, Palomo cantó medianamente otra, manifestándose agradecido de que la coqueta campesina no se partiese por la mitad ó no partiese su corazón, dando por seguro que le dejaría entero y todo para él. Siguió ella cantando; y como si llevase algún pensamiento oculto, que no podíamos comprender, lanzó otra andanada más fuerte que causó malestar, no ya á Manolita, sino á todos los circunstantes.

Culebrillas tiene, madre,
liadas al corazón:
me quiere y yo quiero á otro:
arráncaselas por Dios.

Nadie pronunció una palabra; nadie aplaudió. Ningún ruido ahogó, después de la copla, las vibraciones de la guitarra: sus ecos se perdieron en la

inmensidad negra del espacio como un melancólico y prolongado gemido. El eco de las últimas palabras del cantar perdióse también, dejando en mi alma, y creo yo que en el alma de todos, una profunda huella, como la que dejaría un pie de gigante sobre un ramo de flores. Allá se perdió el eco del cantar, enredado, como la yedra al muro, con el de los bordones y primas.



—¡Oh!—dijo Manolita temblando de ansiedad.—Pero ¿qué hace esa mujer? ¿Está loca ó ciega? Es cobarde, además, porque no está aquí Peruco. En esa copla le pone en ridículo delante del mismo novio, delante del preferido. Así escarnece á Peruco: le escarnece y maltrata á traición.

Iba á echarme yo á reir, insistiendo en creer que sus apreciaciones eran exageradas, supuesto que Peruco no estaba allí.

—Bueno: y si no está,—contestó ella ardientemente, —¿qué le hace? Estarán aquí sus parientes, estarán sus amigos, y, en ese caso, es igual ó peor. Como á uno solo se le ocurra darse por aludido y conteste con otra copla, verá usted la que tenemos esta noche.

Yo me fuí metiendo ya en cuidado, y mucho más cuando oí á Manolita que prosiguió así:

—¿Sabe V. por qué no se dió nadie por aludido en la persona de Peruco? Porque tiene Palomo fama de valiente y lo que es á fuerza no le gana nadie. El mismo Palomo comprende con seguridad la felonía que la Larga está cometiendo. El puntillo de ser galán á quien ella prefiere, le hará

sostener todo cuanto la taimada diga. Pero no, no será: Palomo podrá ponerse en riña con uno ó dos ó cuatro mozuelos; bien; que se atrevan á ponerse conmigo. Como vuelva á machacar con otra copla alusiva delante de Palomo y de todo el mundo, iré á Mariquita la Larga y la sacaré á la vergüenza.

Yo quise distraerla con otra cosa y no lo conseguí. Gúdula, por su parte, vió también el pleito mal parado. Conociendo, como su amiga, las costumbres y el carácter de aquellos hombres y aquellas mujeres, quiso á todo trance salir de allí sin hablar una palabra más. Todo lo que voy explicando sucedió en algunos instantes. Aun no parecían extinguidos los melódicos sones de la pérfida copla. La Monedita vió la agitación de Manuela. Su claro instinto le hizo comprender lo que ocurrió: pensó lógicamente que lo que allí faltaba era otra mujer que se atreviese á cantar, desbancando á la cruel; que era preciso mover rápidamente una conspiración que echase abajo de un golpe á la despótica reina.

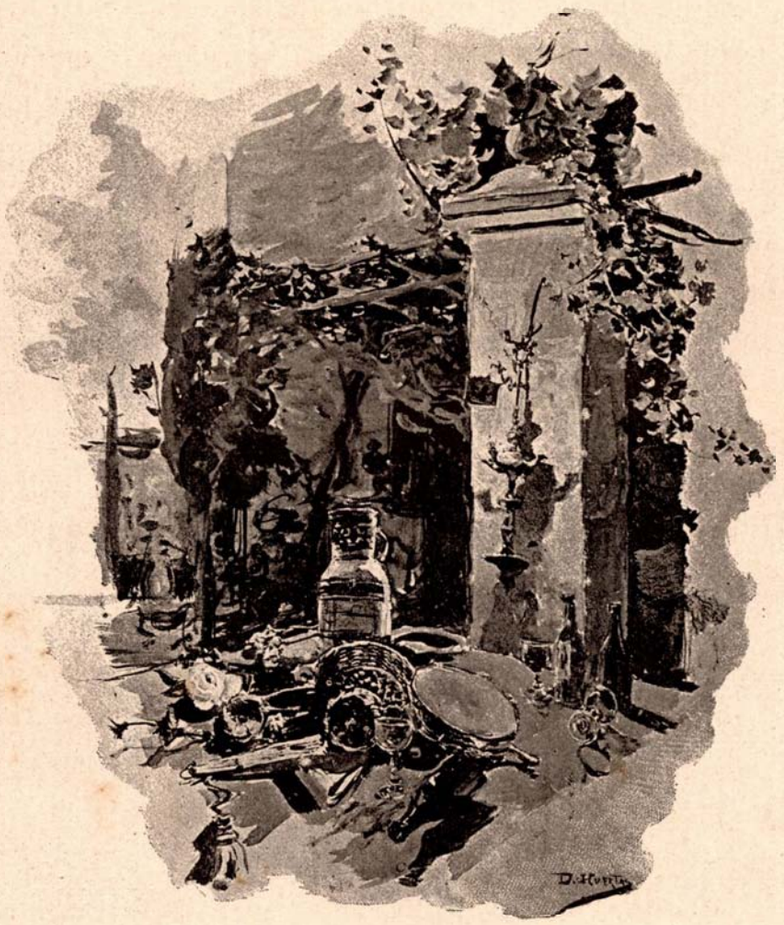
No dándole tiempo para recurrir á medio ninguno, se entregó á sus fuerzas encomendándose á Dios; y cuando menos lo esperaba nadie, interrumpió á Mariquita la Larga, que ya salía con su torrente de ondas sonoras, y saltó su copla por encima de la de Mariquita, bramando y rugiendo. La fe con que peleaba le dió bríos. La alegría de pensar que halagaba á Manuela la fortaleció más. Estaba junto á Manolita. Comprendiendo ésta lo que la Monedita intentaba, la miró agradecida y la cogió una mano, apretándosela ardientemente.

Acabó la Monedita su cantar, y todos los corazones oprimidos estallaron de placer con un *¡Viva la novia!* En los ojos de Mariquita la Larga relampaguearon dos centellas: fueron sus lágrimas, heridas fuertemente por las luces de las antorchas. Yo vi aquellas lágrimas; yo las vi, y sentí frío. Yo también soy andaluz, y sé de más que lágrimas vertidas como aquellas se vertieron, cuestan sangre.

Palomo debió ver asimismo cómo centellearon aquellas pupilas al humedecerse en llanto. Lo vió, sin duda, porque tosió de un modo muy expresivo. De esta tos vino lo que había de venir, porque no hay gente más susceptible ni caballeresca que la del campo andaluz. ¿Sabéis quién se dió por aludido con aquella tos? El marido de la Monedita: fué á levantarse para dirigirse á él. Contúvole Ramón con un enérgico ademán, y se fué entonces el señorito para Palomo.

No sé lo que hablaron: Palomo quedó mohino y mustio, y continuó la fiesta.

Nos íbamos serenando de aquella gran crisis que había surgido; crisis resuelta por el arrojo de la Monedita y la actitud de Ramón. Tuvo que seguir entonces cantando, la Monedita, y lo hizo con gusto: accedía, así, á las peticiones de los demás, y desterraba al mismo tiempo la mala influencia que aun ejerciesen las mal intencionadas coplas de la novia de Palomo.





CAPITULO XXIII

La tragedia de la copla

Aquella acción de la valiente Monedita, nos había dejado en el alma un dulce alivio, una cosa fresca y regeneradora, como grato rocío glorioso del cielo. Desahogáronse nuestros pulmones de la opresión aquella en que los puso la muy locona de Mariquita la Larga, y la expansión reinó de nuevo con toda su fuerza.

Me cogió en esto, Ramón, de una mano, diciéndome al oído que me quería hablar. Me llevó aparte y exclamó así de pronto:

—Pues mire V., amigo: lo que yo quería decirle era una cosa que me está dando vueltas y más vueltas en el cerebro, y me parece á mí que reviento como un ciquitraque si no se la digo. V. coge mi cuchillo después y me lo clava en el pecho si algún daño le hago con mis palabras; porque yo soy así, y antes que interrumpir el vuelo solamente de una mosca que pasa, soy capaz de darme de bofetadas á mí mismo. El caso es que yo quiero á la señorita Manuela con todo el cariño que un hombre puede tener á un ángel de la gloria. Ese es el caso: y yo, la verdad, estoy que unas calenturas se me van y otras se me vienen, de ver

todos los imposibles que hay para mi felicidad y todas las desgracias mías, porque ella no me quiere, ni creo que me querrá nunca. En cuanto yo le vi á V. en la parra de los señores, ya me entraron calambres de miedo y se me puso carne de gallina, porque me figuré de pronto que V. tendría que adorar de por fuerza, si no un día otro, á ese ángel de Dios, y ya tendría yo con esto un obstáculo más en mi camino. Yo no me engaño: yo sé que el más grande de todos los obstáculos es un D. Pepito, á quien las brujas se lleven; pero me entra alguna vez una cierta y dulce consolación pensando que tiene que acabar eso como el rosario de la aurora, y no acabará peor porque yo soy un chiquillo mandible y no me gustan las cosas por la tremenda, sino venidas á la mano como Dios manda. De modo que, en terminando eso como yo sé que terminará, como yo estoy á la mira, y la quiero con todas mis entrañas, quiere decir que llorará ella un poco al principio y se consolará más tarde, y resultará aquello de que un clavo saca otro clavo; que yo tengo alma bastante para eso y para mucho más, y, así como ella es de buena, y de bendita, y de santa, así sabré yo quererla y ponerla flores en mi corazón como á los santos en el altar. Todo esto se lo digo á V. de sopetón, sin más ir ni venir, como yo digo las cosas á los hombres que me parecen honrados y con decencia. Dígame V. ahora lo que quiera decirme, que lo estoy esperando como si me fuese V. á dar una puñalada y yo no me pudiera defender.

Me fué muy agradable aquella ruda franqueza de Ramón. Estreché su mano con agradecimiento, é hice todo lo que pude para tranquilizarle. Lo que se me ocurrió primeramente fué decirle que yo no amaba á Manolita, porque conocía yo mismo mi propio valer, y, conceptuándome indigno de ella, no quise alentar en mi corazón unas esperanzas locas. Me contuve y no dije esto, temiendo, no se por qué, que Ramón lo hallaría ofensivo; y salí del paso manifestándole sinceramente que yo jamás requeriría de amores á Manuela porque no la amaba.—Aun amándola,—concluí,—tampoco lo haría, por respeto á su corazón de V., que parece el de un hombre leal.

Brilló la mirada de mi nuevo amigo con humedades de emoción. Estrechó mi mano hasta lastimarme, y dijo apagadamente:

—Gracias: es V. un hombre.

Creo que me puse muy colorado. No debe extrañarse, porque yo me pongo así por cualquier cosa. De lo que no tengo duda es de que me sentí orgulloso, hasta no poder más, con aquella sencilla frase de elogio que Ramón me dirigió. ¡Pobre Ramón! ¡Cuanto valía!

Cuando acabó de decirme Ramón aquellas palabras, volvió el rostro, sorprendido, y exclamó con impaciencia:

—Ya está otra vez: esa maldita nos dará la noche.—Comprendí á lo que aludió, estremeciéndome de inquietud. Mariquita la Larga había empezado á cantar de nuevo.

Consulté á Ramón, lleno de curiosidad, y él dijo, moviendo la cabeza, cuando le expuse los temores de Manolita:

—No crea V. que va descaminada, porque es andaluza de corazón como deben ser los andaluces, y conoce á los de su tierra como la madre que los ha parido. El andaluz es generoso siempre, noble, bien intencionado, con sangre de fiera y corazón de niño; pero como uno salga rencoroso ó malo, se me figura que no hay quien nazca tan rencoroso y tan malo como él. Manuela podría contar á V. cosas muy grandes sobre esto, que es esa rosa de mayo un primor de juicio y de sabiduría. La mala educación entra por mucho en eso que dije: un hombre bien educado, ó una mujer, que es lo mismo, se contiene y se respeta á sí propio, ó á sí propia. La gente baja, en las ciudades, también puede decirse que es distinta: generalmente, es apasionada, pero no rencorosa, como no sea en un arrebato al que contribuyan circunstancias fatales. El andaluz de la ciudad que tiene un rencor, lo extingue con el tiempo ó muere con él; pero el rencor de un campesino necesita sangre á la corta ó á la larga.

Le conté yo entonces la escena ocurrida el día antes entre Manuela y Mariquita, y Ramón replicó prontamente:

—Sobra con eso, y el rencor de Mariquita no es contra Peruco: ya sabe V. que una mujer nunca aborrece al hombre que la ama, aunque este hombre sea un asesino. ¡Cómo ha de ser! Las hembras son así, bueno. El rencor de Mariquita, es contra Manuela, cuando la muy animal debía adorarla de rodillas. Y ¿sabe V. por qué? Porque Mariquita la Larga es un mal bicho: una moza llena de envidia, muy pagada de su belleza y muy engreída con los chicoleos que le dirigen todos. Como si lo estuviera viendo, amigo mío: el mal que hizo Manolita fué ir con V. á leer la cartilla á ese lindo demonio. Se enrabió seguramente, se enfureció, se volvió loca, porque delante de V. fué así tratada por otra hembra de su edad á quien envidia en su interior porque tiene riquezas y posición para lucir espléndidamente su hermosura, y á quien desprecia también porque no cree esta hermosura de Manolita igual á la suya, ni con mucho. Las dos á solas, hubiera sufrido Mariquita la Larga en su amor propio, pero no hubiera llegado á tanto el asunto. Mírela V., mírela: se esconde entre la multitud para cantar su copla, como el asesino en las tinieblas para dar la puñalada.

—Pero ¿por qué no se evita esto?—pregunté asombrado y lleno de disgusto.

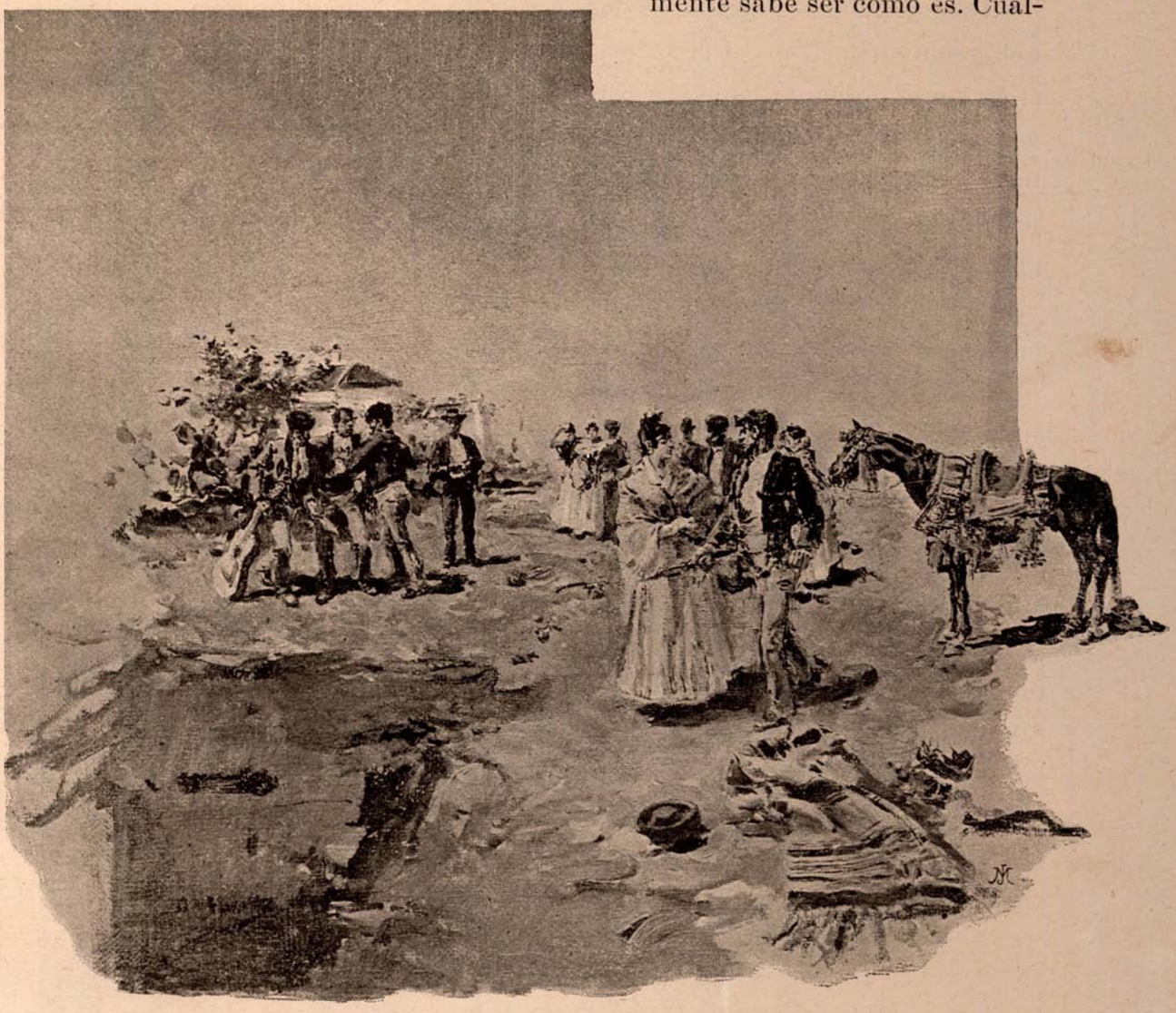
—Y ¿qué se ha de evitar, hombre de Dios?—contestó Ramón muy cuerdamente.—Ella ¿qué malo hace? Al parecer, nada: echa su copla al vuelo con esa divina voz de ángel, y que la recoja quien quiera. Eso es lo malo de la copla: que sólo tiene de malo lo que le encuentre el que quiera darse por aludido. Bueno, y ¿cómo se evita? Aquí Manuela y yo somos los que podríamos tener alguna autoridad, porque, de todos los que están aquí, el que no come el pan de la casa de Manolita lo come de la mía. Si ella se planta y dice:—¡Ea! Ya Mariquita no canta más;—tendrá que decir los motivos de la prohibición; y decirlos será buscarle los pies al banco con menos ventaja y más precipitadamente. Si dice que se acabó la fiesta, y yo la apoyo, también habrá que dar explicaciones, y no cuento que nuestra autoridad podría llegar hasta cierto punto. Ahí está Palomo, que es un burrazo, animal como él solo, y en quien Mariquita la Larga confía á última hora para que la defienda contra lo que pueda venirle por todas las brutalidades que está cometiendo. Y con lo que ocurrió ya, y las cosas que habrá dicho por lo bajo, tiene V. á Palomo que, por la negra honrilla de tratarse de su novia, y de la gente que le está viendo, y de lo animal que es sobre todo, tiene V., digo, que á mí es al primero que me falta si me llego á él en tono de autoridad. Y ¿qué hago yo entonces? Los estropeo de cuatro bofetadas delante de todo el mundo, porque á mí ni torazos como Palomo, ni los mismos elefantes me asustan. Y ¿qué se diría luego? Que yo me escudo de mis privilegios de amo para tratar duramente á estos infelices; y seré imprudente y loco, y habré querido echarlas de guapetón porque está delante la señorita Manuela, á quien todo el mundo sabe que adoro. Aquí el demonio malo es Mariquita la Larga,—añadió Ramón con impaciencia febril;—el demonio malo, sí, créalo V. Le retorcería el pescuezo de buena gana.

La dulce y estentórea voz de Mariquita remontábase entonces hasta el cielo, hendiendo los aires como una inmensa y santa ola de armonía. Aquella copla y aquel sonido hirieron é iluminaron el corazón de todos los oyentes: fué la herida por la intención terrible que llevaban, y la luz, por las grandes melodías. Y, sin embargo, ¿qué diría la letra? Nada: nada por lo menos hubiese encontrado allí quien no conociese la malicia, la intención y el rayo de un cantar andaluz.

Mientras tu sojo me miran,
que son como do sestreya,
siempre navega mi barco
manque esté la ma regüelta.

En esos cuatro renglones improvisados súbitamente por el cerebro y la imaginación febril de una mujer ignorante del pueblo, más que del pueblo, de

la campiña de Andalucía, estaba reflejado no solamente lo que Andalucía es, sino lo que ha sido y lo que será siempre: su intuición, su impresionabilidad, su calentura, su crisis constante de muerte y vida. El andaluz, por su carácter, por su temperamento, por todo lo que se ve interior y exteriormente, es completamente andaluz: él solo, él solamente sabe ser como es. Cual-



quier persona extraña á nuestras costumbres, y más que á nuestras costumbres á nuestro ser todo, hubiera visto y entendido en la copla de Mariquita la Larga una copla que cantó con cadencias deliciosas y grandes éxtasis del alma. Los circunstantes, los que aquello veían y oían, andaluces todos,—y la dama belga, que por rarísima casualidad, siendo no ya andaluza ni española, sino de otra nacionalidad y otras costumbres, tenía no obstante corazón y cerebro de andaluza,—comprendieron muy bien lo que aquella terrible copla quería decir.

¡Ah! ¡Yo soy andaluz también! Yo lo comprendí todo, y me estremecí, como antes, de miedo. Los ojos á que aludió Mariquita la Larga eran los ojos de Palomo, que la contemplaban con fijeza de amor inmenso y alocado, con delirios y fiebres, sin restricciones ni dudas; ojos que decían:—Tú eres mi dueña y señora: por ti me pierdo yo, y sería capaz de perder un mundo si pudiera perderle.—Aquellas miradas de aquellos ojos eran las que Mariquita la Larga podía comparar con estrellas del cielo, halagando el amor propio y el amor á Mariquita que Palomo encerraba en su corazón. Mientras aquellos ojos la mirasen así, Mariquita la Larga podía conceptuarse como una reina absoluta, cometiendo impunemente toda clase de actos despóticos, siendo cruel, terrible, mala, fiera; porque tendría al hombre de aquellos ojos, al valiente, al enérgico, al decidido para defenderla, para morir por el último de sus caprichos, luchando valientemente contra todo hombre que se le opusiera y le contrarrestase. Ya lo dije: yo me estremecí, y conmigo se estremecieron todos: los apasionados y sumisos de Ramón, los ciegos adoradores de la señorita Manuela, los admiradores locos de Mariquita la Larga, los esclavos ciegos de Palomo y los amigos leales de Peruco.

Otro terrible estremecimiento de entusiasmo y alegría dominó á todos los corazones: compitiendo en dulzuras, en armonías vagas é indefinibles, con algo de súplicas y rezos, con algo de lágrimas y perdones, resonó el acento y se oyó otra copla; otra copla de la Monedita, la pobre Monedita, la valiente y generosa muchacha que veía todo aquello como augur terrible de infelicidad en su casamiento. ¡Ay! Una *quimera* en las alegrías de la fiesta de su boda, ¿qué era sino desgracia y mala suerte para lo porvenir en los recién casados?

Virgen de la Soleá,
madrecita de mi alma:
ampárame y no me dejes,
aunque ya me ves casada.

También se comprendió la copla esta: también la comprendieron todos, como yo la comprendí: aquello era una súplica á la Virgen para que iluminase el corazón de Mariquita la Larga. Pero antes siquiera que pudiese nadie sentir el influjo, no ya de las melodías del canto, sino de la sustancia de la copla, se oyó nuevamente la de Mariquita, recia, viril, grande, armónica, como una tempestad, como una tormenta desencadenada de pasiones, de luchas, de martirios, de sollozos, de promesas, de cariños, de celos...

Solamente quiere una
al hombre que la enamora:
por eso tiene que está
con tanta espina la rosa.

El hombre era Palomo; la rosa, Mariquita la Larga; las espinas de la rosa, los desdenes de Mariquita, para con todos los demás hombres que la requerían; y como no se pensaba en más hombres que Peruco, la alusión fué directa, aguda, envenenada. Así lo definieron todos, y una oleada de furia pareció estremecer á los amigos del ausente. Estoy por jurar que en las miradas de unos y de otros hubiera yo sacado quién era amigo de Palomo y quién de Peruco. Ramón se fué de mi lado, dispuesto á meter baza en el asunto, fuese á costa de lo que fuese; y yo me fuí con Manolita, que me miró como diciendo:—¡Y que no pueda yo evitar esto!—Gúdula la tiraba del brazo, diciéndole una vez y otra:—Pero vámonos: será mucho mejor.—Yo era de la opinión de Gúdula. Yéndose ella, tal vez los rencores de la Larga se calmarían, cediendo en las terribles furias de su amor propio. Había que dejarla, porque allí era la reina entonces. Lloró Manolita de arrepentimiento de haber ido á la fiesta por complacer á Ramón, y lo que menos la preocupaba era el amor propio de la *cantaora*. ¡Oh! ¡Manolita era un ángel! Aquella noche tuve un dato más para asegurarlo. Se puso de pie, porque lo que se esperaba vino prontamente. Cantó un hombre, un amigo de Peruco, defendiendo al ausente. ¡Oh corazones!

Puñalaíta á traición
nos mata porque se encona:
la puñalá frente á frente
matará, pero da honra.

Eso cantó el amigo de Peruco. Esta represión estaba dirigida á Mariquita y á los que la sostuviesen. Cantó otra Mariquita la Larga, insultante y bravía: hubo una luego de la Monedita, de paz y reconciliación, y otra más terrible, más directa, verdadera puñalada traidora contra el inocente Peruco. Palomo y sus amigos pusiéronse de pie, pronto, cuando la Larga cantó; colocóse Ramón de un salto junto á Palomo; yo me atravesé delante de Manolita, que era lo que había para mí de sagrado en aquel lugar; los amigos de Peruco replegáronse hacia un extremo; y el marido de la Monedita, con mucha calma y mucha hombría, ocupó también su lugar, colocándose junto al *tocaor*, como dispuesto á acallarle en tiempo oportuno, por aquello de que si no hay gui-

tarra no hay copla. Así estaban todos, decididos, enérgicos, apasionados: esa chispa funesta que arde en el cerebro andaluz, á la que debe su buena y su mala fama, parecía iluminar entonces enérgicamente todos los semblantes; y en esta actitud de cada uno, imponente y loca, llena de rabias, de sentimientos y de ansiedades de lucha, todavía fué Mariquita temeraria é infame para cantar su última copla, más alusiva, más intencionada, más cruenta: digo su última copla porque todo el mundo quedó en silencio y respirando ansioso. Detrás de la copla de la Larga, entre el silencio de muerte que reinaba anunciando el estallido de la tempestad, oyeron todos, temblando de pavura, el ruido de unas fuertes pisadas y una voz inmensa y fuerte como de rugir de venganza y hundimiento de mundos, que cantó:

Hay en el cielo justicia
si justicia no hay aquí:
las cosas malas que cuentas
se golverán contra ti.

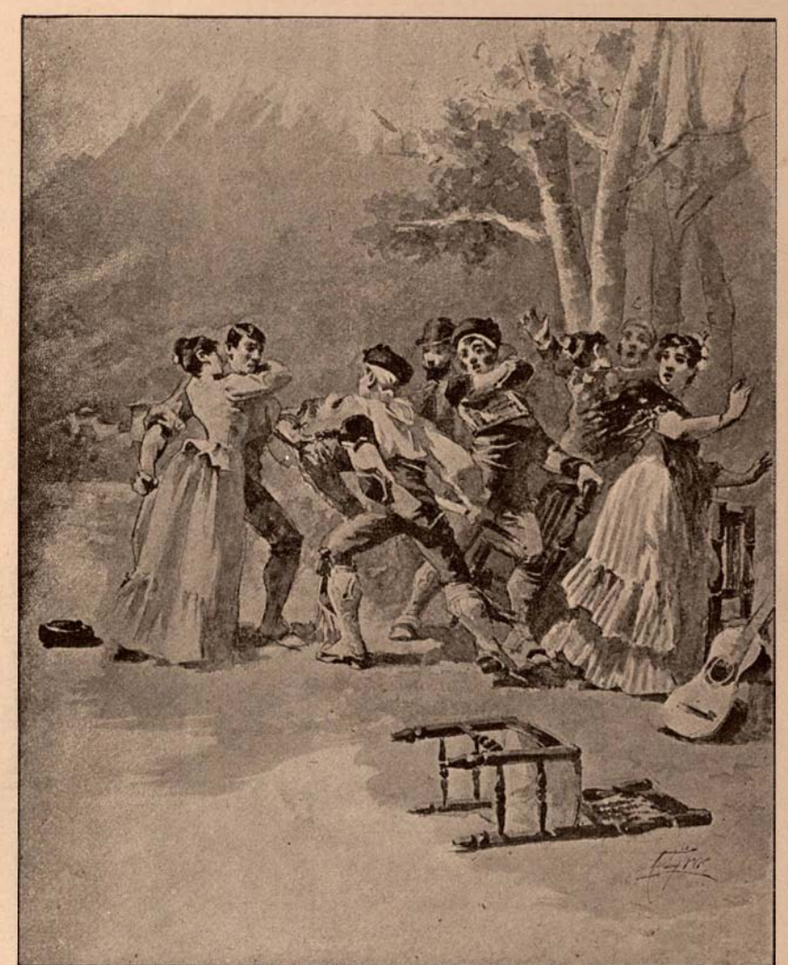
Siguió un silencio de muerte, sombrío, espantoso: fué un silencio de tumba, que recordarán toda su vida aquellos hombres y aquellas mujeres: un silencio que solamente se interrumpía con el ruido de los zapatos claveteados del que iba aproximándose y los sonidos de la guitarra; de la guitarra, que siguió vibrando, monótona, triste, aguda, como si hiciese vibrar sus cuerdas el hado negro:

Cinco añiyos te he querío
cinco añejos de pesare,
y yo no te quiero ya
porque no te quiere naide.

Juro que temblábamos todos. Aquel genio sombrío, amenazador de venganza y de muerte, siguió avanzando. Nadie tuvo aliento para moverse ni para respirar. Todas aquellas almas hallábanse como aturdidas por el peso de la gran tragedia próxima. Ni el marido ni Ramón miraron á Palomo, ni la Larga intentó cantar, ni yo miré á Manolita, ni el recién casado detuvo al *tocaor*, ni cesó el ruido de las suelas claveteadas al chocar contra los guijarros del sendero; y su voz inmensa, sonora, retumbó en los espacios, en el cielo, en la campiña y en los montes:

Tengo yo que publicá
cositas que naide sabe:
la jescribiré en tu cara
con mi cuchiyo y tu sangre.

Sentí un grito inmenso de Manolita y un empujón que me echó hacia adelante como impelido por fuerza gigantesca. Se colocó Manolita de un salto junto á Peruco, que ya estaba allí, abrazándose á él y colgándose á su cuello fieramente. Otro grito se siguió al de Manolita, lanzado por la Monedita, que se colgó también al cuello de su marido. Palomo se lanzó como una pantera hacia Peruco; y viendo Ramón en peligro á la adorada de su alma, que era entonces el ángel bueno de Peruco, se cogió á Palomo, y de un tremendo puñetazo, que le quebró la muñeca, le hizo arrojar el enorme cuchillo que sacó de su faja. Fué un instante inmenso, magnífico: resplandecía el odio, la pasión en todas las miradas, y la luz de la luna arrancó también sus destellos, como esplendores y risas de sangre, á los cuchillos desenvainados. Hermosas las mujeres, estremecidas de furia y de amor, agarrábase cada una á su hombre, conteniéndole y desafiando á la par, tremenda y bravía, á los otros. Aquellos ni parecían hombres ni mujeres: eran estatuas de una inmovilidad espantosa: ni una palabra, ni un rugido; y, sin embargo, leíase allí todo el poema tremendo de una raza de leones.



Lo primero que oí fué la voz de Manolita: la voz de siempre, la voz dulce, de armonías santas y cadencias de los cielos, una voz quejumbrosa y amante que decía entre sollozos y lágrimas:

—¡Que soy yo, Peruco! ¡Que es á mí á quien tienes que faltar al respeto para llegar hasta él! ¿Sabes? Sé bueno, que yo te querré mucho siempre y te

querremos todos. Así, deja eso: vámonos ahora á mi casa. ¿Entiendes? Te vendrás á mi casa conmigo; con tu señorita Manuela.

Hablando así, cogió dulcemente el cuchillo de manos de Peruco, y se lo entregó él, dejándose manejar como un niño.

—Venga mi caballo,—dijo entonces Manolita enérgicamente. Pero el caballo estaba allí: el instinto de no sé quién, comprendió que hacía falta, y estuvo oportunamente.

Se alejó Manolita, cogida á Peruco de una mano y llevando en la otra las riendas. Les seguimos. Yo miré atrás, y recordaré siempre lo que vi al alejarme: á la luz medio apagada de las teas, aquel cuadro sombrío de amenazas y cóleras; y en el centro á Ramón, sujetando á Palomo aún, y la figura dē Mariquita la Larga, arrogante y siniestra, de pie, inmóvil, con relámpagos en los ojos y desdenes en la sonrisa.





CAPITULO XXIV

El camino de la «Rosca.»—Intenciones de Manolita.—Un cadáver y un beso de la luna.

PARA llegar más pronto á casa de Manolita echamos por el camino de la *Rosca;* aquel camino de grandes recuerdos para mí, porque fué donde Manolita me enseñó á leer en su alma de una vez para siempre. Era á la media noche: una noche que parecía hecha para la realización pura de los amores soñados; una noche apacible y dulce, perfumada y hermosa como el amor y como la juventud. Ya que íbamos á entrar en el camino, se sintió la carrera de una cabalgadura. Nos detuvimos atentos: era el caballo de Ramón. El guapo mozo venía á acompañarnos después que hubo metido un poco en cauce al novio de Mariquita la Larga.

Resplandecía la luna, iluminándolo todo como la melancólica mirada de amor de una madre. Hasta que llegó Ramón, fuimos silenciosos, pero el valiente muchacho dió alguna animación con sus gratos discursos á la pequeña caravana que componíamos. Al entrar en el caminejo tuvimos que ir enfilados, unos detrás de otros. La dama belga, con su impetuosidad de siempre, echó delante;

detrás iba Manolita; entre el caballo de la dama y el de Manolita iba Peruco, silencioso, tristón, inclinada la cabeza como un desesperado; marchaba yo detrás de Manolita; y Ramón detrás de mí, puesto que quiso escoger, sin duda, porque le pareció más ventajoso para defendernos, caso de que alguna novedad ocurriese. Quedamos en silencio algunos instantes. Iban las cabalgaduras muy despacio y oíase todo distintamente. Se apeó Ramón entonces, y, atando las riendas de su caballo á la montura del mío, adelantó luego hasta colocarse junto á mí. Yo quise apearme también, y anduvimos juntos entre el caballo de Manolita y el mío. Tenía Ramón, sin duda, deseo de plática, y no lo tenía yo menos, si he de ser franco. La escena anterior en casa de la Monedita, me impresionó mucho. Quería yo preguntar á mi buen amigo lo que discurrirían para arreglar aquello de manera que no tuviese cualquier día el desenlace que pudo tener aquella misma noche si Manolita no salta como una fiera á ponerse delante de Peruco.

—Pero ¿ha visto V.—me dijo entonces Ramón, muy bajo,—ha visto V. qué hembra? ¡Dios divino! Tiene un corazón como una casa, y un talento que no le cabe en la cabeza. Cuando la vi arrojarse á Peruco como una leona, á pique de que uno de los dos animales hiciera una barbaridad, me saltó el corazón de alegría: así es como á mí me gustan las mujeres. Le digo á V. de verdad, y Dios me perdone, porque sabe que no es bravata, que cuando di á Palomo el golpe arrancándole el cuchillo, no miré yo á Palomo, ni miré á Peruco, ni miré á nadie, sino á Manolita, que me pareció una reina... ¡Qué dije de reina! ¡Si era más que reina! ¡Si no sé yo con quién compararla!

Yo suspiré pensando con tristeza que á cada hijo de su madre ocurrió lo mismo de no ver ni oir otra cosa que á Manolita y lo que Manolita habló; pero como los enamorados se figuran que ellos solos saben querer y admirar y definir al objeto de su cariño, no tuve nada que hablar, y continué oyendo al fogoso adorador del ídolo. Se me arrimó más y me dijo:

—Eso que V. dice está muy en razón: si no se hace algo, tiene que tener el asunto un fin muy triste. Yo, francamente, en estas cosas tiro por medio al instante. A mí no me marean, pero ya se lo dije allá: tiene uno que mirarse mucho, porque no digan que se abusa. No tenga V. cuidado, que Manolita lo arreglará, y ella meterá, con ayuda de su padre, á cada gallina en su corral, cortando, de camino, á cada gallo sus espolones. Sí, señor: que está V. muy razonable. Como no andemos con tiento, ocurrirá una desgracia. Yo lo sé por experiencia, porque ocurre cada cosa en estos campos, que no se creería si no se viera. Supóngase V.: no hace muchas semanas, sin ir más lejos (lo que le voy á V. á contar es fresquito)... Pero oiga V., oiga,—añadió Ramón cam-

biando de tono y de discurso.—Lo que yo le dije á V.: Manolita lo está buscando, y mala suerte ha de tener Peruco si no lo consigue.

Presté atención, y oí que decía Manuela á Peruco:—Mira, Peruco: las cosas hay que hablarlas y no vamos á estar callados como muertos. Si no fuera porque has estado razonable esta noche, y si no te estuviera agradecida porque me has evitado, no solamente un verdadero disgusto, si no un gran dolor, portándote con honradez y haciendo lo que yo te pedía; si no fuera por eso, digo, esta es la hora en que te echaba de mi lado, y nunca más volvía á verte en todo lo que de existencia me quedase. Porque vamos á ver: ¿no dijiste que estarías en Utrera, y que irías á Sevilla, y que no volverías en tres días lo menos? Di: ¿no lo dijiste? ¿De modo que así me engañas y así te burlas de mí? ¿De modo que todo esto lo haces para que yo no pueda ponerme por medio y evitarte una ruina? ¿De modo que así me pagas todo el afán que por ti he demostrado siempre? ¡Ah, Peruco! De desagradecidos está el infierno lleno, y al infierno irás por ese pecado que con tu señorita Manuela cometes.

Detúvose Manolita un poco en su filípica cual si quisiera tomar aliento, y Peruco entonces se aprovechó de la coyuntura y habló con firmeza. Poniendo á Dios por testigo á cada media docena de palabras, juró una vez y otra que él no la engañó nunca ni podía engañarla. Antes que tal hiciese, que se muriera su pobrecita madre. Él sería un pedazo de mulo y no sabría cuántas eran tres y dos; pero á honrado, y á cabal, y á serio, ningunito le ganaba: sólo que había nacido con mala estrella, y alguna cosa *mu* gorda le pasaría cuando menos lo pensara.—¡Válgame Dios, señorita! Para que osté vea cómo las cosa que no son pueden parecé como si fueran efetivamente: po yo le digo que lo que dije era verdá como esta luna que mo jestá alumbrando. Yo tenía que ir á Utrera, y á Sevilla detrá de Utrera; pero allí en Utrera me encontré al capatá Jeromo que venía ya con mi encargo hecho; de manera que me vine, y por eso llegué tan pronto.

—Pero ven acá tú, grandísimo tontón. ¿Quién te manda ponerte á seguidita en camino para la fiesta, sabiendo que allí tendría que estar Mariquita la Larga? ¿A qué te pones á eso, encontrándote después con un compromiso y en un mal paso, del que no sabes luego cómo salir?

—Mirosté, señorita: lo del compromiso, y lo del mal paso, pase; pero lo de no poder yo pasar de eso, ni Palomo ni quien no sea Palomo hubieran sío cosa mayó, que estoy ya jasta la coronilla con las valentonás de ese madrugón sin vergüenza; y osté me perdone si me fuí de largo, porque, empezando ya con Palomo, no acabaría nunca.

—No, sigue,—exclamó Manolita, afectando indignación y despecho;—sigue

disparatando así para disgustarme más. Y ¿con todo ese descaro me lo aseguras, cuando no hace un momento asegurabas también que nunca mientes? Vamos á ver: ¿qué me ofreciste tú ayer tarde en este mismo camino? Acuérdate que iba yo á mi casa con aquella señora y el caballero que viene detrás. Pues me ofreciste no buscar nunca á Palomo ni armar quimera con él. Bueno: y, yéndote así á la fiesta donde sabías que estaban esos, ¿no es ir en busca de quimeras y faltar á tu promesa y engañarme? Vamos á ver: dilo.

—Lo primero y principá,—contestó Peruco con mucha calma,—es que yo no podía está seguro de que la Mariquita fuera con la Monedita, porque yo me sé que hubo pique entre las do hace algún tiempo, y no se daban los güenos días ni quien tal vió. Lo segundo y principá, que yo dije: «—Po allí voy, que nunca viene malamente su cachito de fiesta entre pecho y espalda: pa eso tiene uno frita la jasaúra toitico el año.» Tercero y principá, que, como osté estaba allí, yo me acordé, y, pa acompañala á la güelta, por eso fuí; porque yo sé que á la señorita Manuela le gusta este camino y á mí no me gusta na...

—Lo que yo quiero,—exclamó Manolita interrumpiéndole,—es que no te salgas de cauce, y no eches ahora la conversación por otro lado, y no quieras envolverme con tu gramática parda. Entre nosotros no va ningún cobarde, que yo sepa, y nos importa poco que el camino no te guste á ti. Y, para que lo entiendas de una vez, voy á leerte la cartilla: tú vienes esta noche á mi casa conmigo y duermes allí; te levantarás muy temprano, á la misma hora que mi papá y á la misma hora que yo procuraré hacerlo, y aparejarás la jaca negra cuando él te lo mande, y te irás corriendito á donde te envíe, que será á donde más lejos se pueda para que nunca más en tu vida te tropieces otra vez con esa Mariquita ni ese Palomo. Conque ya lo sabes: porque si tú no miras por mí, he de mirar yo, y no tengo ganas de estar todos los días con dolores de cabeza por causa tuya, teniendo que meterme á lo mejor, como pasó esta noche, en un cerco de cuchillos para evitarte una perdición. ¿Te parece bien eso? Y luego ¿por quién? ¿Eres tú mi padre? ¿Eres tú mi hermano? ¿Eres tú mi novio? Pues nada más que porque eres honrado y porque esta última vez me darás gusto y harás lo que yo te dije, yéndote de aquí. Anda, Peruquillo, hijo; anda, que es por tu bien.

—¡Bendito sea ese pico de oro que habla como la boca de la misma Virgen! ¡Bendito sea!—repitió Peruco.—Ya está dicho: lo haré.

A todo esto Ramón no hacía más que darme codazos mientras Manolita hablaba, diciendo una vez y otra:—Pero ¿no ve V. cómo se explica? ¡Mire V.,

mire V. ahora! ¡Ay Dios, qué pico tiene, y qué corazón, y qué cabeza, y cómo le pone á uno esta criatura el sentido al revés!—Y seguía dándome codazos, como ceporro en yunque. Aligeró Manolita el paso y lo aligeramos todos. Calláronse ellos, y, como la señora belga no decía tampoco palabra, continuó Ramoncito aquello de la historia que me iba á referir.

—Pues V. verá: ocurrió que había un mozuelo que tenía amores con una moza, y le digo á V. en verdad que no recuerdo la escena sin estremecerme y sin llenárseme el corazón de lágrimas. Tenía amores con la moza, como iba diciendo, y formaban los dos una pareja saladísima. Eran unos novios conocidos por su donaire y su gracejo en toda la comarca. No puede V. figurarse. Una noche, otro mozuelo amigo del padre de la novia, díjola, sin más ir ni venir, que quería casarse con ella; ella le dijo que nones, que no se casaba; él le dijo que mataría al otro; ella le contestó que lo matase y que después se vería lo que á él le pasaba. Todo esto se habló con mucha tranquilidad y gran mesura: como si estuviesen hablando de cosa baladí. No puede V. figurarse los giros que dan los andaluces del campo, y la palabrería que ensartan, y las bromitas que parece que se dan, y cómo se ríen, y qué sangre fría presentan, para lanzarse á lo mejor uno contra otro y hacerse pedazos. Para concluir, se fué el nuevo pretendiente, cogió la escopeta de su casa, buscó luego al novio, le preguntó de buenas á primeras:—Mira: ¿tú quieres dejarme por novia á la Fulana? —Le contestó el otro que estaba lelo, y replicó su enemigo sin más explicaciones:—¿No me la dejas? Pues toma.—Y le descerrajó un tiro.—¡Qué tal! ¿Eh? —pregunto Ramón.—¿Qué tal nuestra sangrecita?

No me extrañó aquello, porque ya tenía yo noticia de muchos lances de igual índole. Hice algunas reflexiones referentes á lo mismo, hasta que mi compañero tomó la palabra otra vez.

—Solamente que á la historia falta una parte pequeñísima, pero esencial: que la muchacha cogió la escopeta de su padre, conforme se fué el de la amenaza de matar á su novio; siguióle por el campo hasta que los dos mozuelos se encontraron, y, conforme disparó al novio el rival, dispara ella sobre el asesino, dejándole muerto en el acto. El novio no murió: se puso bueno; y ambos están como las propias rosas de alegres y felices. El asunto anda en manos de la justicia, pero se arreglará pronto y bien; y luego ¡pum! casamiento.

—De modo,—pregunté,—que, habiendo de por medio un homicidio, ¿se quedará la justicia sin hacer nada?

—Y más fresca que una lechuga,—contestó el mozuelo echándose á reir.—¡V. no sabe, hombre!

—Pero ¿y el corazón, y la conciencia, y las exquisitas sensibilidades de la mujer? Y esa niña que descerraja un tiro á un hombre tranquilamente y lo mata, ¿qué hace luego, aunque nada le hagan á ella?

—Pues no se acuerda del muerto poco ni mucho, como no sea para jurar que le mataría otra vez si resucitase. Esa, amigo, es la educación, y nada más que la educación. Se mama desde pequeño eso en Andalucía: está en nuestra sangre. A eso de matar á un prójimo no crea V. que se le da la importancia que tiene. Los andaluces son amigos entusiastas de historias estupendas de valentías: se embriagan, se enloquecen con ellas desde niños. En el campo jamás encontrará V., durante las noches de invierno sobre todo, una cocina sin *fogar,* ni un fogón sin estar rodeado de personas chicas y grandes, machos y hembras. Entre tales personas no dejará de haber una, ó tres, ó cinco, dispuestas siempre á contar *alguna cosita* á la más ligera indicación de los circunstantes; pero lo que más puede admirar y es digno de estudio fisiológico, entrando por mucho también la psíquica en esta clase de observaciones, es lo siguiente: cuando la reunión es de hombres solos, pero no hombres como cualquiera de nosotros, sino canallas, ladrones, asesinos, cuanto más depravados, cuanto más infames, cuanto más inicuos y miserables sean, más dulce, más tierna, más sublime tiene que ser la historia, el cuento, la conseja ó la tradición. Es muy corriente ver á un hombronazo de esos, robustos atletas de la Naturaleza y del crimen, que han seguido ávidamente el relato del niño que se perdió, vertiendo lágrimas á cualquier detalle propio de la inocente edad del niño ó de la índole de la historia. Pero á las mujeres y á los niños no: á esos hay que darles historias sangrientas si quiere V. que le escuchen. El niño ha de oir, con más gusto que nada, las monstruosidades de algún famoso capitán de ladrones, de algún valiente de oficio, de algún contrabandista que haya hecho muertes en defensa de sus alijos, de todo lo terrible y enorme que se le puede contar. El niño se duerme todas las noches allí, junto al fogón, al calor del hogar, mientras dura la velada. Se duerme allí, y lo último que oye al dormirse es la proeza de tal ó cual valeroso maestro del crimen. Durmiéndose de este modo, sueña con lo mismo y despierta bañado en aquella misma atmósfera en que principia á curtirse.

Quedó Ramón callado un instante, y yo estuve corroborando en mi pensamiento lo que dijo, hallando desgraciadamente que pensaba lo mismo que él. Tomó la palabra de nuevo, y siguió así en tono que tenía ya algo de violento:

—Mire V.: en verdad, yo he mamado leche de una santa, porque no sabe V. hasta dónde es de santa mi madre; y por eso, por haber mamado esa leche,

tendré yo en mi corazón así como un infierno con que quisiera abrasar todo lo que no es justo y honrado y noble. En fin, que yo no puedo con estas cosas. V. verá: anda por ahí una viejecita que allá en sus verdes años fué una buena moza, brava como un toro y con intención de perro. Su amante era contrabandista. Queriendo salvar cierta noche un contrabando, hirió á un carabinero.



Perseguíale la guardia civil por este motivo y no se entregó. Le daban alcance ya, y tendió á un guardia civil de un escopetazo. Encontrándose cerca del cortijo donde la novia vivía, fué allá, la tomó en sus brazos con mucho placer de ella, púsola á las ancas en la yegua y apretó á correr, espoleando el vientre del animal con furia. La guardia civil de á caballo, detrás siempre. Viéndose acorralados los novios, atrincheráronse en una casa medio derruída, y entre aquel par de ángeles hicieron una mortandad horrible entre los desgraciados guardias. Bueno: resumen: que los dos salieron ilesos, que consiguieron escapar, que estuvieron ocultos, que los indultaron después, que pasó tiempo, que el contraban-

dista apodado Pacurro murió de viejo en su cama como un bendito, y que la hembra anda por ahí hoy, como dije, como si tal cosa y como si hubiera sido en sus mocedades un angelito de Dios. ¿Está eso bien, hombre? Vamos, si es para que uno se muera de rabia. Bueno; pero la tal, que se llama Juanela, va por la campiña y por la ciudad. Todos la quieren y en todas partes tiene amigos. Se recuerda con aprecio y deséase su trato. Al pasar ante la puerta de un cortijo, saluda dulcemente y los padres dicen á sus inocentes pequeñines:

—¿Ves tú esa? Pues hizo esto y lo otro cuando fué moza.—Y no le cuentan lo que hizo, sino lo que no hizo además, por el gusto de ver como se excita la curiosidad del niño que escucha. Ya se lo dije: esa Juanela vive y goza, sin temor de la justicia de acá, ni menos á la de lo alto. Pacurro gozó de la misma impunidad y murió como mueren los santos, con tranquilidad seráfica, sin acordarse poco ni mucho de la sangre que derramó. No han tenido ellos la culpa, sino los que así les educaron. Ve V. á dos niños golpeándose furiosamente, riñendo como dos condenados, iracundos, ciegos de rabia y como ávidos de muerte; y esto lo verá V. en Andalucía á cada paso. Se muerden los dos niños, se pisotean, se ponen locos de furia. No tienen bastante con eso, no: se separan, buscan en la calle un arma ofensiva, y cogen la piedra, el canto, el medio ladrillo, arrojándoselos mutuamente con espantable furia. Acuden las madres, cada una por su lado, y la del hijo vencido le golpea encima porque se deja vencer, y la del vencedor le abraza cariñosamente, le besa, le aplaude, le lleva de un lado á otro mostrándole á todo el mundo:«—¡Miren Vdes., mi hijo, qué calzones gasta y qué bien puestos! ¡Ha pegado al otro! ¡Dejuro! ¡Si salió á su padre! ¡Así, hijo, así! No te dejes pegar nunca; y el día que yo me entere de que has consentido que alguien te toque, ese es el día en que te doy una tunda que te vuelvo loco.» Sí: esto sucede, amigo,—continuó Ramón en generoso arranque.—Y aquel día la madre del vencedor compra al niño golosinas y juguetes, parando aquí todo, si no es que las madres del vencedor y el vencido se encuentran luego para hacerse pedazos. Bueno: y, educándose de tal manera, ¿quiere V. decirme si á la larga tendrá un niño preocupaciones? Ninguna: al contrario, todo el mundo desea distinguirse en algún acto que lleve sobre él la atención de los demás. ¡Ya ve V. qué trabajo costaría á la mozuela de la primera historia que conté, descerrajarle el tiro al otro, ni qué aprensiones ni remordimientos le andarán por la conciencia!

Otra vez quedó silencioso Ramón: pareció hundirse en las reflexiones que se le ocurrieran sobre aquello mismo que habló. Indudablemente, en todo lo que dijo hubo algo de apasionamiento: había que dispensarle, sin embargo, en gracia



¡Pero *riasosté* un poco, *so esaborío!*

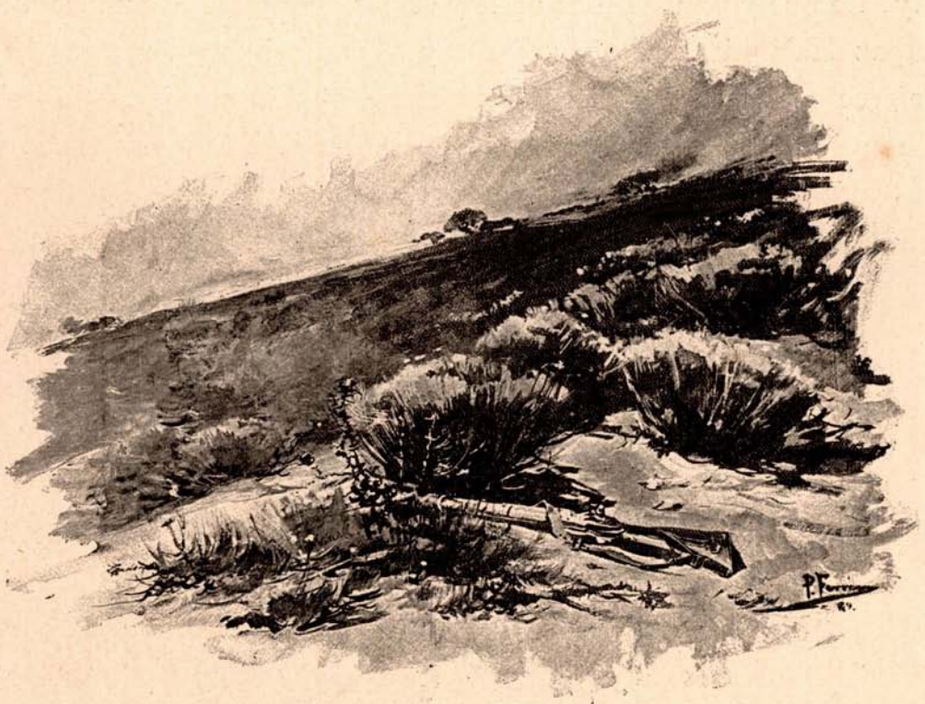
á la buena intención y á la generosidad que aquel apasionamiento demostraba. Nos aproximábamos entonces al sitio donde la mañana anterior puse yo á Manolita; aquel enorme pedrusco que recordaré siempre como debe recordar el cura el altar primero donde ha oficiado. Manolita debió acordarse también: lo creo así, porque dejó las bridas de su caballo á Peruco, detúvose y esperó un poco á que llegásemos Ramón y yo. Vi el rostro de Manolita á la luz de la luna, y me pareció de nácar. Estaba hermosa como una ilusión primera, y me pareció muy triste. Yo la pregunté, y contestó que sentía inquietud por aquel muchacho que iba delante. La tranquilizamos, elogiándola con sinceridad por la conducta que venía observando para la *salvación* de Peruco. Sonrió modestamente y dijo:

—¡Ay! Lo que yo quisiera es verle ya lejos de aquí. He comprendido de lo que es capaz Mariquita la Larga, y estoy asustadísima, porque sé la influencia que ejerce sobre Palomo, ese gran bruto, que se arrojaría de cabeza por un tajo con sólo que á Mariquita se le antojase. Yéndose Peruco de aquí, estaré ya tranquila: pasará algún tiempo, y, como yo no dejaré de estar á la mira, pondré los medios para que se enamore de otra muchacha y, casándose, viva con ella bendito de Dios. ¡Pobre Peruco!—Y Manolita suspiró tristemente.

Oíanse con eco singularísimo las pisadas de los caballos y el resbalar de las piedrecillas. La luna lució entonces, iluminándolo todo vigorosamente. Llegamos en esto al gran pedrusco, y Manolita me miró. Yo me sonreí pensando en aquel inocentísimo secreto de nuestra confianza. Como si con aquel recuerdo Manolita se sintiese fortalecida y consolada en mi amistad, se cogió á mi brazo, apoyándose allí confiadamente. Ramón iba sombrío, y la dama belga, allá delante, sola, entonando á media voz una balada. Habíase inspirado, sin duda, la señora de la nariz, en la grandiosa majestad de aquella noche, en los sucesos ocurridos bajo la parra de la Monedita. ¡Cuán lejos estaba su canción de parecerse á las coplas andaluzas! ¡Qué diferente armonía, y, sin embargo, qué dulzura más triste, qué perfume más original, qué atractivo más grande tenía el tono y la letra que oíamos á la dama!...

¡Oh, Dios mío! ¿Qué ocurrió en aquel instante? ¿Qué pavoroso genio de muerte y luto cernió sus alas súbitamente sobre nuestras cabezas? No lo pienso sin horrorizarme; no lo recuerdo sin estremecerme de indignación, de cólera; sin ahogárseme el corazón de sentimiento. Fué todo á la par, unísono, terrible, monstruoso. Quebróse la canción de Gúdula como un cristal que se estrella; encabritáronse los caballos; ardió un fogonazo entre unas jaras próximas; se oyó una detonación, un grito de horror de Manolita y un alarido

de muerte de Peruco, que cayó herido de un balazo.—¡Ah! ¡Infame Palomo! —gritó Ramón bramando de cólera. Espoleó su caballo con furor, y escapó hacia las jaras. Manolita hallábase sin sentido en mis brazos, y Gúdula de rodillas ante el cadáver de Peruco, sobre cuyo rostro lívido caía el rayo de luna como beso melancólico de piedad y de misericordia.





CAPITULO XXV

Anatema sobre los andaluces.-Una visita á Utrera.-Los pueblos sevillanos

Volvió en sí Manolita, y su dolor fué muy grande cuando supo,—porque no fué posible ocultárselo,—que el infeliz mozuelo á quien ella protegía, aquel pobre Peruco, enamorado y generoso, murió víctima de traición alevosa por la dureza y la perfidia de Mariquita la Larga... de la misma mujer á quien tanto tiempo adoró. En el estado de espíritu que podéis suponer, fué conducida á su casa, y los ancianos padres tuvieron un gran disgusto, lamentándose de que su pobre hija hubiese nacido para sufrir por unos y otros siendo ella una santa.

De Ramón nada se supo hasta que fué ya casi de día. Ramón, el generoso Ramón, llegó sombrío, pálido.—Ya está en poder de la justicia,—se limitó á decir. Y preguntó al instante afanosamente por Manuela. Se tranquilizó mucho cuando le aseguramos que se hallaba mejor. Prestó atención á lo que decía el padre de Manuela en aquel momento. Hasta entonces no pude yo comprender

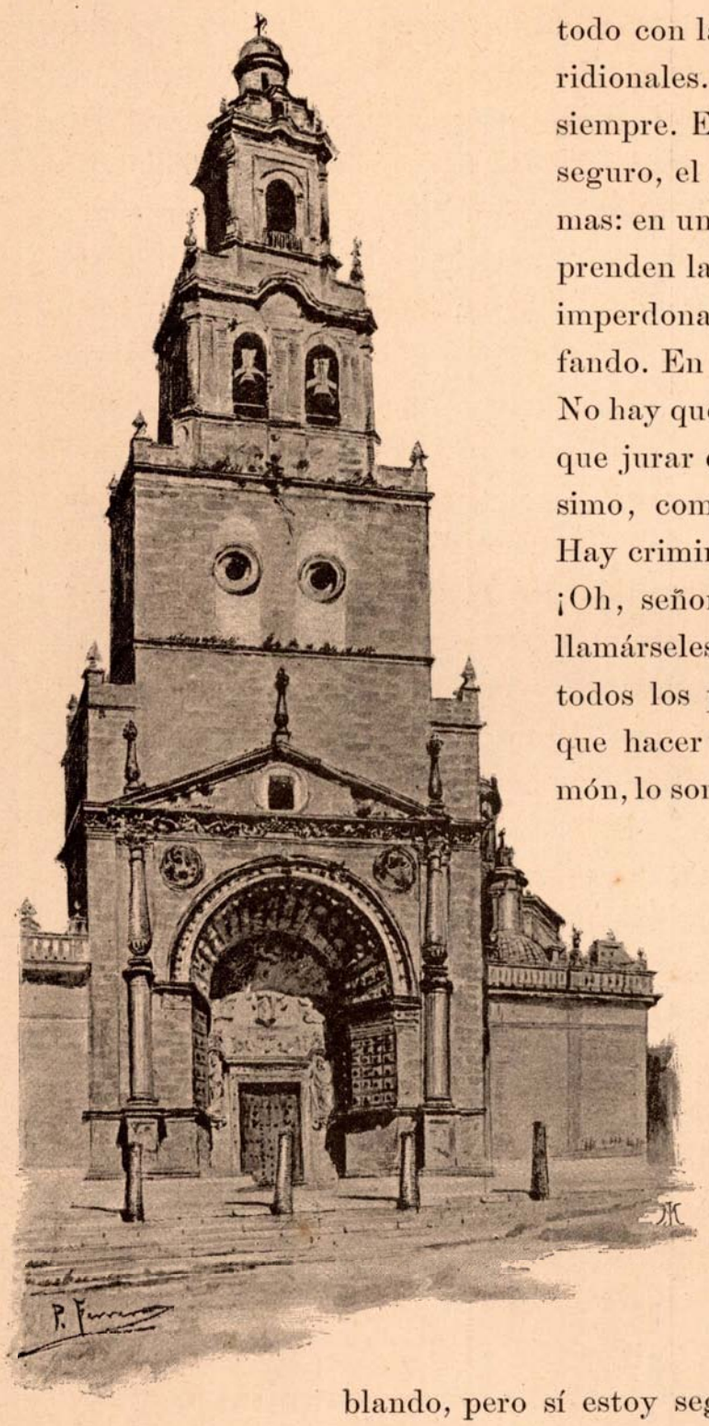
la grande energía de aquel hombre, sumiso, débil, irresoluto y apenado, como de su hija se tratara. Aquella acción infame de Palomo le hizo vibrar de noble cólera. No podría yo dar cuenta de todo lo que dijo. Su voz resonaba tétrica y cavernosa en el sombrío y espacioso salón en que nos encontrábamos, porque nadie quiso acostarse ya, por el cuidado en que habíamos caído con la enfermedad de Manolita. Su madre, Gúdula y aquella linda doncella que recordaréis, no se apartaban ni un segundo del lecho. Venían de vez en cuando á decirnos si se mostraba con alguna más animación.

Contemplé al viejo allí, apoyado ligeramente sobre el alero de una gran mesa central, de roble. Le contemplé allí, alto, huesoso, rígido, con la cabellera blanca. Oíase su voz, vibrante de cólera y de agonía al pensamiento de la infamia de Palomo y de la enfermedad de su ídolo. Aquella voz, imponente y grave, con tonos extraños y fatídicos que retumbaban en el inmenso salón de viejos artesonados, repercutíase en mi pecho, angustiándole y estremeciéndole, como resonaría la voz de un loco en la cavidad de una tumba. Disparaba el anciano todos sus tiros, no solamente contra Palomo, sino también contra multitud de personas que me parecieron imaginarias. «Él se moría de despecho y desolación de pensar tales cosas; él no podía resignarse á vivir en aquella terrible atmósfera asfixiante de criminalidad en que su país estaba envuelto. Todos eran unos facinerosos, sin alma y sin conciencia. No eran ya los andaluces aquellos bravos mocetones llenos de alegría, de sangre, de juventud y gracejo, generosos y vivos, ardientes, liberales, que él conoció en sus buenos tiempos.» Hizo una lista de los matones. Sacó un número considerable de apodos. En aquella lista espantosa oí los nombres, que ya conocía, de Pacurro y de Juanela, y entre ellos metió á Palomo:—Sí,—repitió, después de contar la historia de cada uno;—esas son nuestras costumbres y ese nuestro gobierno. Lastima y enrojece y hasta encoleriza á las personas honradas y pensadoras. Seres como Palomo y Mariquita la Larga los hay aquí á granel: estos seres que asesinan y roban después, y siguen asesinando, sea en lucha fuerte, pero ilegal y depresiva para los respetos autoritarios, como pasaba con Juanela y Pacurro; sea escondiéndose tras de un jaral y cebándose á traición contra la víctima. Esta canalla excita la admiración de las gentes, que debían sentir repulsión hacia ellos y que debían apartarse de su intimidad como del lado de un enfermo contagioso. Estos criminales gozan tranquilamente las dulzuras de la libertad y todos los santos privilegios que deben tener las personas honradas, como si no estuviesen fuera de la ley. Esos infames, digo, no sólo gozan de tal franquicia, como otro cualquier honradísimo sujeto, sino que son apreciados y se les tiene una decidida consideración en todas ocasiones, y son buscados y queridos como se busca lo útil

que puede honrarnos y favorecernos: de donde puede obtenerse, si se va subiendo esa escala de peldaño en peldaño, que los buenos patricios, honrados y sin remordimiento ninguno de conciencia, no se ajustan bien con eso, y desean matar y robar, de seguro; porque no admiramos ni respetamos á un ser, sin el secreto deseo de imitarle, y aun de superarle, en las obras suyas que excitan nuestra admiración. ¿Quién se cuida de evitar los funestos resultados morales que deja en un pueblo ese modo de ver las cosas relacionadas con la criminalidad, de ver el crimen ennoblecido porque lo comete una mujer que es arrogante y hermosa, ó porque lo comete un hombre que prueba tener alma bastante negra para matar á varios prójimos con serenidad de limbo? Es vergonzoso y canallesco. No es mala educación ya, es mala sangre: no es sólo el vicio de ser valiente, sino el de hacer daño. Juanela, la simpática Juanela, á la horca debió ir, y Pacurro lo mismo que Juanela, y Palomo primero que nadie. ¡Palomo! Seguramente ocurrirá lo que me figuro: le condenarán á la última pena, intercederán luego conmutándosela, vendrá después alguna rebaja por tal ó cual cosa, algún padrino misterioso de allá hará también unos equilibrios, y, como el asunto venga muy mal, estará Palomo en la cárcel dos años, los menos, para salir después muy campante y muy ufano á matar al primer Peruco que á otra Mariquita la Larga se le antoje. Pero ¡bah! Y ¿qué puede extrañar á nadie lo que hoy sucede? Hace ya muchos años, aquellos fieros alcaldes tenían jurisdicción para hacer racimos de horca en las gavillas de criminales que siempre han poblado este país. Si cuando aquellos alcaldes inflexibles y bravíos ahorcaban y descuartizaban y sembraban los caminos de escarpias con cabezas y miembros de criminales, no escapando ninguno de las garras de la justicia; si cuando todo esto pasaba había criminales y se levantaban partidas de bandoleros en montón, como las florecillas silvestres en el monte, ¿qué será ahora, que no hay justicia, ni se persigue al criminal, y, si se persigue y se le alcanza, le vemos después, tranquilo y sonriente, pasear de un lado á otro? No y no. Repito lo de antes: Andalucía no es lo que era: los andaluces no son aquellos bravos mozos de sangre hirviente y de sentimientos grandes. Yo hice ya, en el vientre de mi madre, alguna cosa mala, que se me castigó haciéndome nacer andaluz.—

Dejó de hablar el anciano, y quedó aquella cámara sumergida en un gran silencio de muerte. Habría dado yo algo de mi ser en aquel instante por decir algunas cosas que se me ocurrían; pero tuve miedo de hablar, sintiendo escalofríos anticipadamente de la impresión que me iba á producir el ruido de mis palabras en aquella grande y tétrica cavidad del salón. Hice un esfuerzo, y, casi intimidado, protesté contra gran parte de aquello que el padre de Manolita dijo,

justificándome con la necesidad que para su bien había de que no juzgara las cosas con apasionamiento.—Usted,—le dije, alentándome un poco con la mirada benévola del simpático señor,—V. lo juzga todo con la pasión que solemos tener los meridionales. El andaluz es noble y es generoso siempre. El andaluz podrá tener, y tendrá, de seguro, el cerebro formado de pólvora y llamas: en un arrebato de esos en que las llamas prenden la pólvora, comete un acto violento, imperdonable siempre, pero no traidor ni nefando. En general ese es el carácter andaluz. No hay que cegarse, convengo en ello; no hay que jurar que el andaluz sea un ser acabadísimo, como no lo existe en otras regiones. Hay criminales porque han nacido para serlo. ¡Oh, señor! A esos, por lo mismo, no debe llamárseles andaluces: son fieras que hay en todos los países y que en todas partes hay que hacer pedazos. V. es andaluz, lo es Ramón, lo somos todos los presentes. Vea, señor, que todos somos honrados; vea V., ó comprenda, que en cada casa, en cada hogar, bajo cada techo, aquí, allí y en todas partes, hay padres, hay hermanos, hay hijos honrados que se indignan como nosotros cuando un crimen se comete, y se lamentan como nosotros cuando el criminal no es castigado como debe serlo.



No sé en lo que seguí hablando, pero sí estoy seguro de que duró bastante. Embebido en las ideas que exponía con toda la grande expresión de mi alma, dejé pasar el tiempo, aunque no fué mucho. Cuando lo di todo por dicho, no me contestó nadie. Ramón paseaba de un extremo á otro, procurando hacer el menor ruido posible. D. Andrés se había sentado en un gran sillón, apoyaba los codos en sus brazos y fué inclinando la frente como si

se quedase dormido. Si se durmió el anciano con lo que dije, mejor: con eso evité que siguiese su cerebro en unas elucubraciones que le debían martirizar. La dama belga vino á mí en aquel instante con paso muy menudo, me tiró un pellizco terrible y pronunció estas palabras solamente:

—¡Bien se ha desahogado V.! ¡Al fin le llegó la suya!

—Se alejó con la misma serenidad que tuvo al venir, y yo quedé loco de dolor. Me contuve por respeto á la casa y á la situación en que nos hallábamos, y no fuí detrás de ella á vengarme ferozmente, tirándola del moño, porque Dios no quiso. Me quedé inmóvil, con los ojos fijos, la boca abierta, vuelto el semblante hacia Gúdula, que se iba alejando, y acariciándome con profundo pesar la parte dolorida, que fué en el antebrazo izquierdo. Pero ¿qué metamórfosis era aquella que yo advertí siempre en la señora de la nariz? Ya habréis notado lo callada que se mantuvo durante los capítulos anteriores. Si yo no hablé de la dama todo lo que al parecer debí de hablar, es porque nada habló ella tampoco. Parecerá increible, pero es cierto. Habló lo que debía hablar solamente, contentándose con mirarme alguna vez, chispeando los ojos y la nariz respingona.

Estuvo Manolita mucho mejor á los dos días. No quiso salir y rogó á Gúdula que me enseñase algún sitio curioso. Así habló sonriendo para probarnos que no tenía nada, y fué en vano que lo quisiese probar: comprendíamos con harto sentimiento que la noble Manolita padeció mucho á causa de la escena de la anterior noche. Yo quise dar gusto á Manolita y me decidí á dejarme llevar de lo que la dama quisiese.

—Bien: iremos á Utrera,—exclamó la dama de pronto;—que vea la población este señor. Yo se la enseñaré, explicándole todo lo que desee que le explique. Ya tenía yo ganas de vengarme de la acción que me hizo escapándose del tren: juré que nunca más oiría en mis labios nada que pudiera ilustrarle respecto de Andalucía; pero ya le probé mi generosidad muchas veces: no me importa probársela otra vez. Vamos.

—Vamos,—repetí con presteza.

Detúvose de pronto, me miró altiva, y exclamó después:

—Vamos, pero con una condición.

—¿Qué condición será?

—La de que no iremos en burro.

Nos echamos á reir Manolita y yo, y lo concedí todo. Nada ocurrió de particular en el trayecto. No se habló nada: íbamos con la preocupación de Manolita y con el recuerdo de la desgracia de Peruco. Al llegar al pueblo me fijé en todo lo que pude, y de muy poco me acordaré por lo corta que fué la visita.

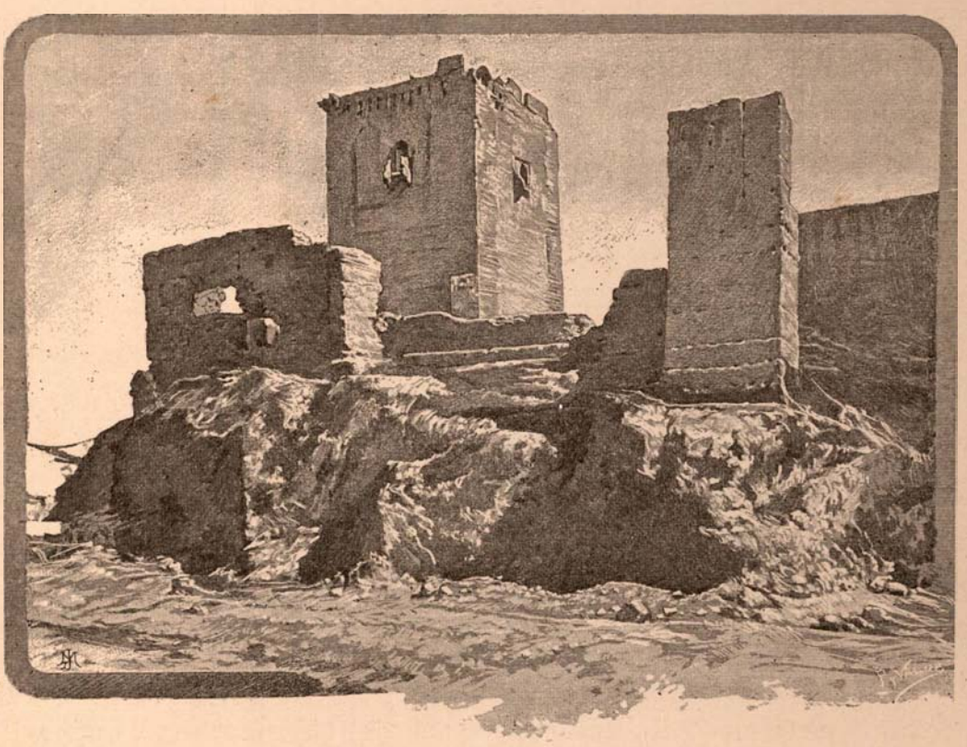
Yo iba en mis glorias porque la dama belga no había tirado todavía del manubrio para dar á la máquina. Estábase como en misa, de silenciosa, dejándome ir y venir sin mostrarse impaciente como en otras ocasiones. ¡Oh Manolita! Tu dulce influencia sobre Gúdula la ejercías también desde lejos aquel día. Yo no sé fijamente si Utrera es cuna de muchos hombres grandes; pero que salieron de allí muchos mozos crudos de pelo en pecho y de corazón atravesado, eso lo sabe todo el que medio sepa alguna cosa. En Utrera y en Carmona nacieron muchos de aquellos bravos chicos que se honraron con la muy noble compañía de Diego Corrientes y Juan Palomo, como se distinguieron también por esta causa algunos pueblos de las otras provincias andaluzas. Aunque los famosos *Niños* se llamaron *de Écija,* es histórico y está probado que eran los *Niños* de cualquier parte menos de allí. Llamóse la famosa partida de tal modo porque su terrible capitán era ECIJANO.

Al salir de la estación quedé sorprendido gratamente por la hermosa carretera que se presentó á mi vista. He de confesar que no esperaba yo tal cosa en aquel pueblo, aunque ya sabía que era bien importante. A la derecha de la estación está la fábrica del gas, y enfrente de la estación misma el estanco de Galindo. Hablo del estanco este para que el curioso lector lo tenga en cuenta cuando por dicha población pase. Cuando entre á comprar allí tabaco, puede decir que pisa el suelo mismo que pisó la ilustre y nunca bien ponderada señora de la nariz: para que lo sepa, de allí compró pitillos la señora, y de allí salió fumando. Yo no la había visto fumar desde el día que la conocí.

Síguese la hermosa carretera en dirección de la fábrica del gas, y cuando se anda un buen trecho tuerce á la izquierda. Esta gran calle, anchísima y esmeradamente cuidada, es la principal de la población, y á la población conduce. Llámase la Vía Marciala, y se adorna de profusión de árboles. Contémplase á la izquierda la Torre de Santa María, y se destacan en gran profusión los chopos y las palmeras, lindas casitas blancas, que alinearon con un esmero que haría sonrojar á la comisión de ornatos de cualquiera de nuestras grandes ciudades. Antes de entrar en la población está el castillo, desportillado, roto, viejísimo, con grandes ventanas carcomidas como ojos y bocas de muertos. Parecían temblar y próximos á caer, con el ruido solamente de nuestros pasos, aquellos sombríos y negruzcos lienzos de muralla. A continuación, y á la derecha siempre, está Santiago con su torre, y la torre con su cúpula, y la cúpula con su caballo de metal y su santo de metal también, jinete en el caballo. Santiago, según los historiadores, es edificio tan antiguo que ya se perdió la época de su construcción. Convienen, sin embargo, muchos que del templo se ocuparon, en que fué el primero que se fundó en esta hermosa villa. Es de

creer, si se recuerda la práctica establecida por algunos reyes antiguos, entre ellos Ordoño II principalmente, de levantar los templos junto á los castillos. Esta práctica de edificar iglesias y fuertes en unión casi, como probando la fraternidad de la religión y de la guerra, ó la ayuda que mutuamente se prestaban; esta práctica, digo, de edificar así, la establecieron también los españoles por aquella época.

Notando el silencio de la señora de la nariz, quise ver si me contestaría con



cordura, y le di cuerda preguntándole sobre aquello. Que me hablaba de Santiago con una erudición tremenda, lo sabía yo; pero yo hubiera querido que me hablase sin aquellas exaltaciones que me hacían dudar de su razón: quise probar, porque ya había pasado algún tiempo desde sus últimos alardes de cicerone.

—¡Ah!—dijo muy tranquila cuando le pregunté.—La historia de Santiago es de lo más curioso que hay. Nadie sabe desde cuándo existe. Durante las guerras del de Trastamara con D. Pedro, un rey moro granadino quemó el hermoso templo porque los habitantes de Utrera se declararon en favor del conde. La reedificación del templo fué después muy despacio, terminándose en 1520 la preciosa fábrica. La capilla mayor fué terminada en 1610, ayudando á su coste la iglesia de Santa María con 6,000 ducados, por ordenamiento de D. Felipe II. La torre de este templo está sostenida por un arco á semejanza del de Santa María. El arco es muy valiente. En esta torre está el primer reloj de campana

que se colocó para el vecindario, hace ya cinco siglos. Venérase en esta iglesia la imagen de Nuestro Señor con el título de Santiago, y dice Román Meléndez que es tanta la antigüedad de este Señor que no se sabe ya su origen.

Quedó callada Gúdula, y yo fuí embargándome de alegría de verla tan discreta.

—Esa imagen tendrá su historia, como ocurre generalmente con los santos de muchas iglesias andaluzas.

—¡Ya lo creo!—exclamó sin alterarse.—Al caer España en poder de los moros, ocultaron esa imagen los cristianos en la capilla de Santa Ana, que está junto á la puerta del Perdón, cuya capilla ha sido después sala de los hermanos de Animas. Cuando fué reconquistado el reino por San Fernando, fué hallada la efigie y la colocaron en el lugar que hoy ocupa. Figúrese V., por esa historia, los años que esa imagen debe de tener. Madoz es muy embustero, pero en esto dice verdad, porque lo vi comprobado en otros autores. En todos tiempos los naturales de Utrera han tenido esperanza en este Señor divino, esperanza que siempre resultó satisfecha. Santiago ha sido siempre el asilo común de las necesidades del pueblo. Rara vez dejó de pedirle Utrera en sus aflicciones, y siempre obtuvo lo que pedía, con especialidad en las terribles sequías de 1637 y 1675. Para perpetuar las memorias de tales maravillas, concedió el Cabildo á la población, en acuerdo de 11 de marzo de 1875, que tomase al santo por su patrón particular.

—Y ¿hay otras iglesias?—pregunté á la señora, animadamente.

—La de Santa María, de que ya hemos hablado. Están, además, los conventos de San Bartolomé, de Nuestra Señora del Carmen, del Hospital de San Juan de Dios y el de religiosas de Santa Clara. No recuerdo si hay otros más, y, de los que nombro, puede que hayan derruído alguno en las épocas revolucionarias. Yo era muy joven cuando visité los pueblos de Sevilla, y después de mi marcha ocurrieron muy grandes cosas con la caída de D.ª Isabel. Pero el convento que más fama tuvo siempre es el que llaman santuario de la Consolación. El día 8 de setiembre celebrábase una feria que llevaba el nombre del santuario; feria nombradísima, según creo, porque asegura el mismo Meléndez, al igual que otros autores, que se poblaba el Real de tiendas de todos géneros, platas, sedas y lencerías, constituyendo una de las más famosas ferias andaluzas. Duraba la feria diez días, y aglomerábase allí, de las poblaciones próximas y lejanas, un número de personas que excedía de 20,000. La feria de la Consolación se trasladó, desde 1840, al sitio llamado de la Vega. En las producciones, es la del trigo la más abundante: se cogían hace algunos años hasta 200,000 fanegas.

Detúvose de pronto la señora belga para exclamar con inquietud:

—¡Cómo estará Manolita! Casi estoy por arrepentirme de haber venido.

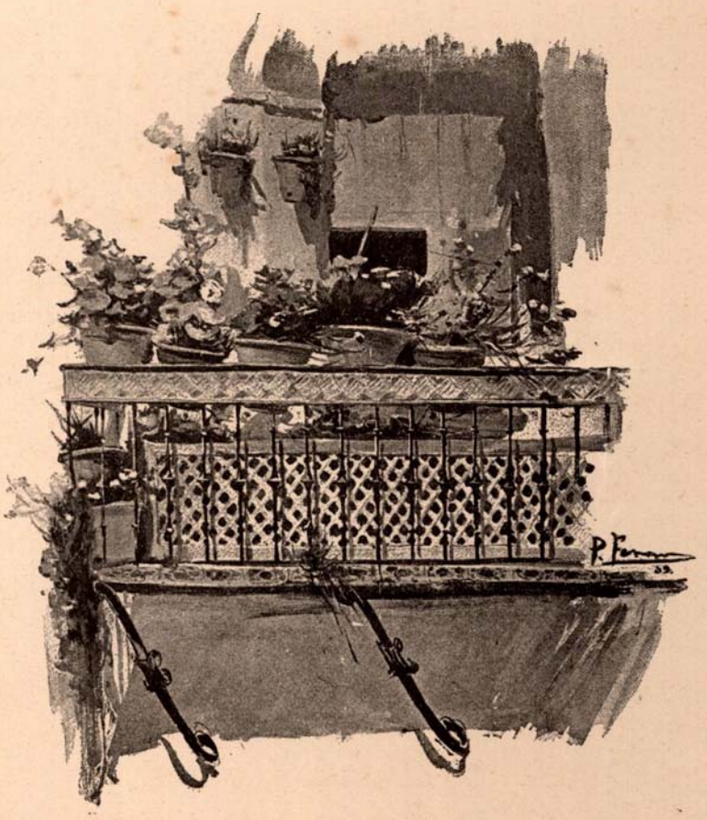
Yo estaba pensando lo mismo que la señora, y pareció como que queríamos distraernos mutuamente para no caer en la tristeza del recuerdo de Manolita.



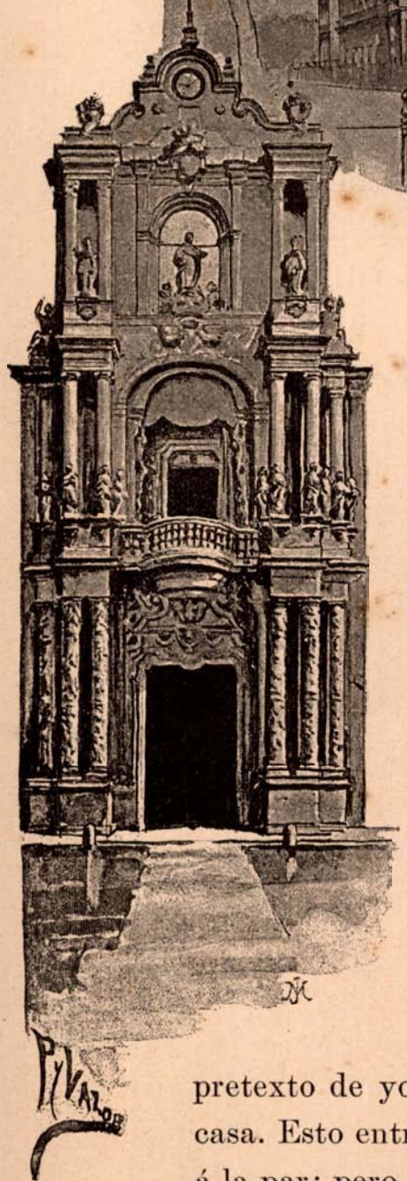
De la Vía Marciala ó Calle Nueva, salimos á la Fuente Vieja. Dejamos atrás algunas calles, entre las que recuerdo la de Román Meléndez. Dejando también á nuestra espalda la Torre de Santiago, con sus preciosas cupulitas de azulejos, su otra cúpula grande del caballo y su tejadillo, su veleta, sus campanas pequeñitas como mariposas verdes y negras pegadas al muro de la Torre, anduvimos calles y calles: admirábamos aquellas ventanas antiguas, voluminosas, panzudas, llegando hasta el suelo; las casitas microscópicas como celdas, blancas y aseadísimas; y pasamos la calle de Sevilla con sus balconajes verdes.

Estuvimos viendo el precioso teatro después de visitar las iglesias de Santiago y de Santa María. Visitamos también las famosas bóvedas del primero de dichos templos, y salimos de Utrera afablemente impresionados de aquel bello y noble país. Es una nota simpática la que siente el corazón á la vista de los hermosos pueblos sevillanos; la nota misma que hace sonreir el alma en cualquier otro pueblo de Andalucía que se visite. Volviendo á la casa de Manolita, iba yo acordándome, con cierto placer melancólico, de algunos otros pueblos, los más importantes seguramente de esa provincia, pueblos que visité yo hace algunos años, antes de mi instalación en Madrid. Acordéme de Osuna, de Lebrija, de Écija, de Morón, de Marchena, de Carmona, de Constantina, Cazalla de la Sierra, Dos Hermanas, Estepa y otros muchos. ¡Cuánta riqueza! ¡Cuánto bellísimo recuerdo histórico! ¡Qué sinnúmero de joyas artísticas abandonadas ó desconocidas de todo el mundo! No hay villa ó ciudad en ese país que no se distinga por alguna cosa notable, por algún recuerdo curiosísimo. Osuna es villa, cabeza de partido judicial del mismo nombre. Ocupa hoy el lugar mismo que ocupó en legendarios tiempos la colonia *Germanica Urbanorum*. Esta ciudad ó colonia fué célebre por los triunfos de César sobre Pompeyo. *Urbanorum* fué también famosa porque nació allí el gran Everando, un individuo de la legión 13.ª, llamada *Nosaonense*. Aquel gran guerrero obtuvo el honor, en tiempo de Trajano, de ceñir veintinueve coronas. Lebrija, villa también, fué levantada sobre los cimientos mismos de la antigua *Nebrisa,* de los romanos. Una de las cosas notables que en Lebrija se pueden admirar, es cierta escultura de Alonso Cano, según dicen, que hay en la iglesia mayor. Se ignora la época de la fundación de Écija: es ciudad y cabeza de juzgado. Esta bellísima ciudad conserva inscripciones y antigüedades romanas: afirman los historiadores que fué uno de los conventos jurídicos en que dividieron los romanos á España y que fué colonia también con el nombre de *Augusta firme*. Carmona es otra de las ciudades de Sevilla más curiosas y más simpáticas. Es cabeza de partido. Sitúase en una colina rodeada de hermosa y floreciente vega, levantándose allí, como flores bellísimas de aquella rica alfombra de la vega, infinidad de pueblos. Carmona es ramal de cabeza de ferrocarril que conduce á la estación de Guadajoz, en la línea de Córdoba á Sevilla. Con esta última se comunica también por la línea férrea que pasa por Alcalá de Guadaira. Hace muy pocos años hiciéronse en Carmona descubrimientos arqueológicos de mucha importancia. Esto influye hoy grandemente para que sea la población visitada por el viajero con gran curiosidad: junto á la ciudad misma, á las puertas casi de Carmona, se descubrió una necrópolis romana. Tiene la necrópolis trescientas tumbas y pueden ser visitadas con entera facilidad hasta ciento cincuenta.

Allí se encontraron multitud de objetos de gran valía muy curiosos, componiendo esa colección de objetos rarísimos un pequeño museo que se halla en el colegio de San Teodomiro, de Carmona. La Biblioteca Nacional conserva varias medallas de la antigua y famosa Astepa, conocida por Estepa hoy. Fué erigida en ciudad en 1885. Las ruinas de la antigua Astepa se descubren junto al Genil, y por esta causa se cree que la Estepa de hoy se construyó para conmemoración de aquel otro valiente y guerrero pueblo, que, siendo aliado de los cartagineses y enemigo de los romanos, lo sitiaron éstos doscientos años antes de J. C. Los hijos de Astepa, en el último estertor ya de la agonía, sin elemento de existencia ninguna, sin consuelo ni ayuda de nadie, amontonaron en la plaza todo lo que poseían y lo incendiaron, arrojándose después todos á la inmensa hoguera. Además de los pueblos que cité, quedan otros muchos importantísimos en la provincia de Sevilla. La enumeración de ellos y la historia de cada uno, sería impropio de este lugar y de esta obra. Yo, desde aquí, envío á todos un saludo entrañable, un adiós del corazón y una plegaria de cariño por que continúen eternamente en la prosperidad y en la bienandanza que hoy disfrutan, á pesar del caciquismo, de los atropellamientos electorales, de la poca memoria de los diputados y del anatema tremebundo de ruina y desolación que parece hoy aplastar á todos los pueblos de España.







CAPITULO XXVI

El palacio de San Telmo.-Bibliotecas y Archivos. El maestro barbero.-El Orden Público.-La Felipa y Aguadillo.-Hecatombe.

Dos días después volvimos á Sevilla. Aproximábase la época de las procesiones y esto me traía cuidadoso: yo quería verlas. Manolita, que no estaba á gusto en el campo desde que ocurrió la desgracia de Peruco, dijo á sus padres que quería marchar, y así lo hicimos. Sevilla empezaba á animarse de un modo que causaba admiración. Con pretexto de yo no sé qué cosas, quedábase siempre Manolita en su casa. Esto entristecía mucho á la dama belga, entristeciéndome á mí á la par; pero procurábamos ella y yo disimular lo posible á sus ojos por que no se disgustase y no sufriese más viendo nuestros cuidados y nuestras inquietudes. Salimos, por esta causa, alguna vez, la señora de la nariz y yo. Una

de estas veces, nos dirigimos al Palacio de San Telmo. Quizá no recordaréis lo que dijo la dama belga, en su gran retahila del tren, de que dicho palacio es de la propiedad de los duques de Montpensier. Está próximo á la Fábrica de Tabacos y pudimos así matar dos pájaros de una pedrada. Aquel palacio es como un punto de luz en medio de los más floridos vergeles de Andalucía: es hermoso, y acariciando constantemente su hermosura, para alimentarla y fortalecerla como esos mejunjes misteriosos de las opulentas y fantaseadoras damas del norte, tiene aquel cielo de Sevilla por dosel y por espejo aquellas aguas susurrantes del Guadalquivir. Está el palacio rodeado de jardines. Desde aquellas ventanas contémplase el río, el barrio de Triana, las vegas, los pueblos próximos. Data esta obra de los comienzos del siglo XVIII y fué seminario de mareantes, como lo indica una lápida que se ve en su fachada.

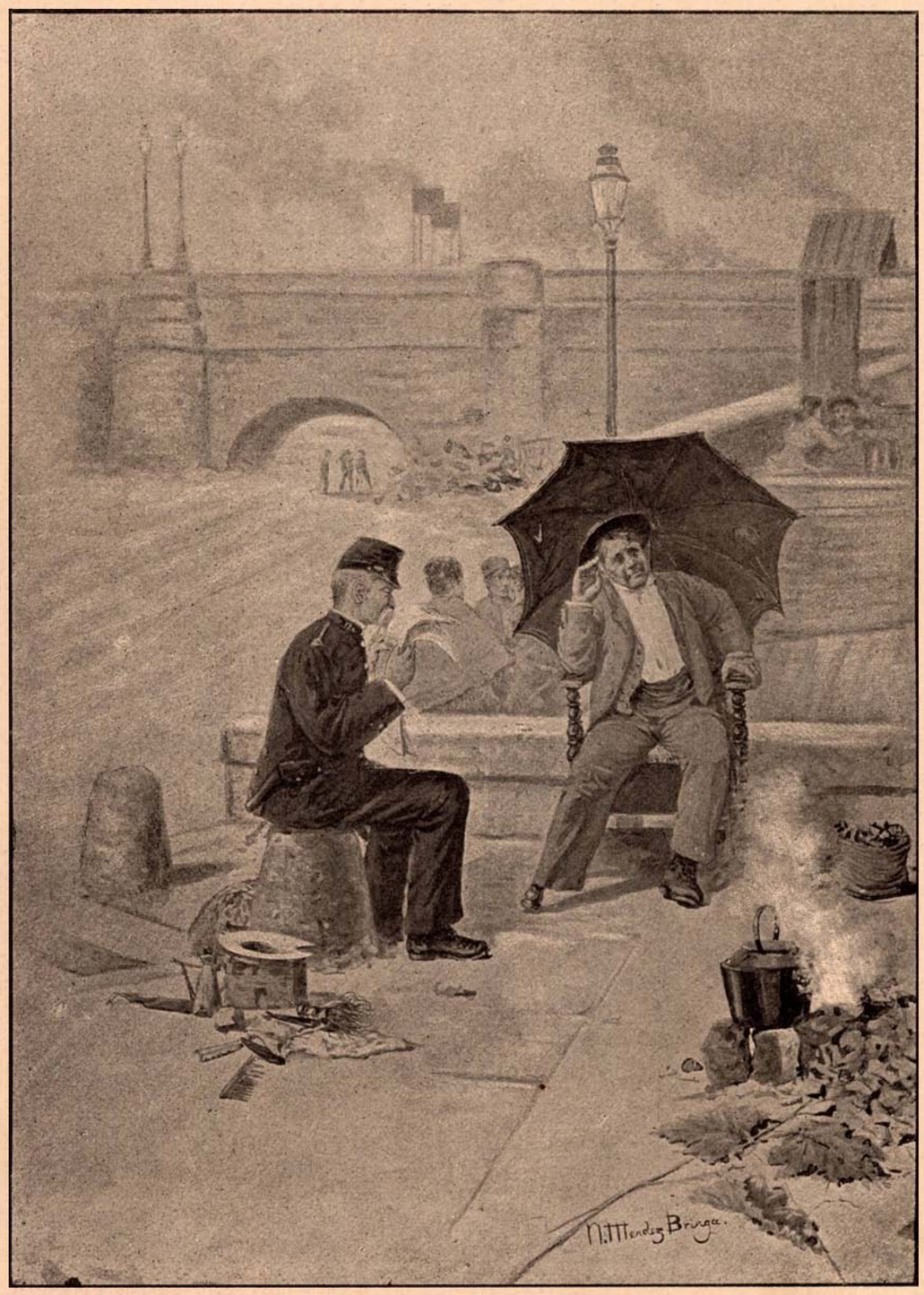
Visitamos el Archivo, y recordé con esta ocasión que Sevilla es quizás la población andaluza, si no española, que tiene más bibliotecas, oficiales ó particulares, archivos y otros centros de ilustración. Están las bibliotecas del Palacio del Obispo, la Municipal, la del Seminario; las Bibliotecas Militares, la del Palacio de San Telmo, de la Real Academia, del Instituto Provincial; pudiéndose contar hasta el número de treinta lo menos entre bibliotecas y archivos de mucho mérito y renombre: el Archivo de Indias y la Biblioteca Columbina son famosos. En esta Biblioteca y en el Archivo de Indias sobre todo, siéntese uno hondamente conmovido, haciendo memoria del tiempo que pasó. Sentí yo en aquel lugar impresiones iguales á las que me acometieron una noche en la plaza del Triunfo, y otras recibidas anteriormente visitando el famoso Archivo de Simancas, en Valladolid. ¡Qué podré yo decir del famoso Archivo de Simancas! Ese Archivo es la fuente clásica que llenó de luces el cerebro de muchos historiadores. No piensa uno, sin estremecerse de frío, en los diez y ocho millones de documentos que allí hay; los cohechos, las infamias, las tiranías, las virtudes, los fanatismos, las miserias, los encantos, las proezas, las luchas, los aniquilamientos que todos aquellos terribles legajos encerrarán. Vi allí, en aquellas carpetas acristaladas, los testamentos de príncipes y reyes; vi allí los autógrafos de Felipe II, de Isabel *la Católica,* de Carlos V, del príncipe D. Carlos, de Isabel de Valois. Algunas de aquellas rúbricas las extendió allí la mano temblorosa del moribundo. Aquellos hilos negros y retorcidos de la tinta sobre el papel, culebras del pecado parecen, en su mayoría, brotadas del corazón de aquellos colosos en un espontáneo arranque de la Naturaleza, que gime por el espíritu que se va. ¡Quién sabe lo que pasaría como reflejo último por la conciencia de aquellos hombres y de aquellas mujeres al estampar allí unos rasgos que hoy se miran con el religioso respeto que produce al corazón lo tradicional,

lo glorioso, lo inconcebible y legendario de las muertas grandezas españolas!

Fuimos al muelle al salir del Palacio de San Telmo. Era un día hermoso. Había grande animación en aquellos lugares, y eso que nunca el sol se ha mostrado más fiero que aquel día: echaba chirivitas el muy tirano, como si quisiera hacernos arder. Es un muelle hermosísimo. Ya hubo otro junto á la puerta de San Juan, pero el Cabildo eclesiástico hizo edificar otro después, junto á la Torre del Oro, para facilitar los trabajos de descarga de la piedra para la edificación de la Basílica. También dejó de existir, y le sustituyó el magnífico muelle actual. Sitúase á la margen izquierda del río. Mide una longitud de 1,400 metros, con un ancho, en varios puntos, de 47 y 21. También hay un muelle de madera para el servicio de los pequeños vapores: llámase del Barranco. Sitúase en la orilla izquierda, más arriba del puente que conduce á Triana. Todavía me dijo Gúdula que había un muelle más, en la misma margen del río en que están los que cité: llámase el Muelle de Tablada y fué construído en 1885.

Yo no hacía caso entonces de mi compañera, abstraído completamente en la contemplación del muelle y sus alrededores. Parecía rodar la mirada por aquella suave llanura del gran adoquinado del muelle, para hundirse en el río, más hermoso que nunca con sus aguas coloradas de aquel día, ó de *bujarrete,* como se dice allí en término vulgar. En el suave declive que hay para salir á la explanada, encontramos á nuestra derecha el hermoso camino que conduce al Puente, muy animado y vistoso con sus casillas aguaduchos, los transeuntes que subían y bajaban, el ir y venir de los tíos de los camarones y la frondosa arboleda que exorna un lado y otro del camino; á la izquierda divisábase allá el palacio de San Telmo, medio escondido y con su retaguardia de árboles hermosísimos de todos los países, entre los que veíamos descollar, altas y melancólicas como ánimas en pena, las puntas de los cipreses. Había también grande animación en el desembarcadero: deslizábanse los botes con dulce pereza y entraba en aquel instante el vapor *Torre del Oro,* magnífico, espléndido, acabado de construir, suntuoso, con gran ruido de cadenas, grandes voces de los marineros que saludaban agitando la gorras, grandes rugidos de las calderas y del vapor escapando con espantoso silbar, y gran penacho de humo con relámpagos de llamaradas que salían por el enorme cañón de la chimenea, extendiéndose lentamente en los aires para ocultar á nuestros ojos ávidos los edificios desiguales y pintorescos de Triana: el Triana de la sandunga y del trapío, de la chispa y del gracejo, el famoso entre los famosos, el de las cincuenta calles y mil quinientos edificios, el de las diez y ocho mil almas, el de la Virgen de la O y de Santana, la Virgen de las vírgenes y la sal de las sales y la gloria de las glorias.

En estas cosas estábamos, y al volver un poco la cabeza me encontré con el barbero del muelle. Me figuré al instante lo que era, porque había yo cono-



cido otro igual en Málaga. Este á que aludo del muelle de Sevilla, es más típico aún que mi paisano. Aunque se trata de un barbero, allí no hay barbería ni cosa que lo parezca: allí, al pie mismo de uno de los grandes paredones, un anafi-

llo derrengado, con dos carbones apagándose y una lata con agua puesta como de ceremonia, porque no hacía el maestro uso de agua caliente; hacía su trabajo con una navaja que no puedo decir dónde metía al concluir el trabajo en el taller. El taller era todo el muelle, y el sillón para el que se afeitaba, unos palos de buques que había tendidos contra el paredón. La mano de obra de aquel gran artista que trabajaba al aire libre valía dos cuartos como el cliente se pusiera cara al sol: tapándole la cara con una sombrilla, sujeta por el puño á enorme alcayata, valía entonces mucho más el trabajo, puesto que se doblaba el precio. Era gordo el barbero, alto, grandullón, con un sombrerito hongo, con chaleco que le faltaba una cuarta para llegar á la cintura, pantalón sucio, medio caído; zapatos de lona, contusos y dados á perros. Tenía el rostro atezado por el sol, barba crecida, gris, y respetable mostacho. Por corbata un gran pañuelo de hierbas, aunque parezca mentira, por las furias de aquel sol casi canicular. Estaba el hombre en mangas de camisa, pero no del todo, porque tenía el chaleco: un chaleco de un botón arriba solamente. Le estaba chico, como ya dije antes: ajustándose en el botón aquel de arriba nada más, caía el chaleco á un lado y á otro como el casaquín de un liliputiense encasquetado á la fuerza en un coloso. Un gozquecillo regañón cuidaba del taller, puesto allí, junto al anafe, en tanto que el maestro dormía la siesta.

A poco de llegar nosotros, que le veíamos desde arriba por el otro lado del paredón, á poco de llegar, digo, se levantó el barbero perezosamente, luciendo una magnífica pierna de palo que tenía. Anduvo de acá para allá, y, por lo que pudimos ver, se levantó de humor terrible. Lo primero que hizo fué dar un puntapié al perro; el perro dió un bote y chocó contra el anafe; cayó el anafe, cayó la lata: el taller habíase derrumbado. El barbero no se cuidó de rehacerle. Tomó asiento, con mucha calma, en uno de los grandes palitroques, y sacó los avíos de fumar.

Se le aproximó en aquel punto un guardia de Orden Público, viejo ya, alto, seco, con bigote de escobilla. Tenía puestas unas gafas de armazón enorme, y llevaba un periódico en la mano. Según pude sacar por lo que oí á los estimables sujetos, eran amigos de antaño: hicieron armas juntos. La pierna que faltaba al barbero la perdió en memorable día al lado del Orden Público.

—Oye, tú: mira lo que viene aquí,—dijo el Orden al maestro, señalando una gacetilla del periódico. Y se puso á leer, deletreando y en voz gangosa:—«Ladrona elegante.—Parece que una señora forastera, sumamente hermosa, suele presentarse en las tiendas de Sevilla, pide diversidad de artículos pequeños...»

—¡Hola, maestrillo! ¿Cómo anda el trabajo? Yo sudo como un pollo de ir y ví: lo meno eché ya hoy treinta y cuatro cubas, y ahora voy á echar esta. La señorita de la casa donde eché la última cuba, tiene uno s'ojo y una cara... ¡ja, ja, jay!... que de pensalo na má me cosquillea la boca del estógamo.

Esto dijo el que se presentó, echándose del hombro una cuba y poniéndola en el suelo. Se sentó en ella y siguió contando los pelos y señales de la señorita de la última casa donde estuvo. Era, el hombre, de estatura regular, derecho, fornido casi; tenía barba; blusa; sobre la blusa un chaleco, á semejanza del chaleco del maestrillo; los ojos grandes, inquietos y como desencajados alguna vez; pantalón de lienzo y alpargatas deplorables. Luego supe quién era aquel hombre: el célebre *Aguadillo*, cuyo apodo le proviene de su oficio de aguador. Es un verdadero tipo local: no hay muchacho de Sevilla que no le haya tirado su piedra; no hay señorita ni señora sevillana de quien no se crea amadísimo; se canta, se baila y se torea, todo por lo fino. Va por la calle con la cuba al hombro, llena ó vacía: ve una mujer: planta la cuba en el suelo, se pone en actitud, da unas palmaditas y empieza el baile, que concluye con algunas suertes de toreo. Las mujeres se le ríen, y él goza como un desesperado. Es pulcro, honradísimo y con grandes tendencias de caballero. Su flaco son las aventuras amorosas: en cuanto se echa á la cara un prójimo, ya le tienen Vds. contándole un sinnúmero de lances de amores en que fué protagonista. No hay que decir que todo lo que cuenta es un puro embuste: ya os lo habréis figurado. No hay duquesa, ni marquesa, ni mujer ninguna, que no esté rendida por él; y hace gracia oirle poner á la cuba como testigo de lo que cuenta. Hay quien le cree tonto, hay quien le cree loco y hay quien le cree pillo. Yo le creo las tres cosas á la vez, pero jamás con intención malévola. Algunos días después de esto á que me estoy refiriendo, le encontré junto á la Cruz del Campo, allá, al final de los Caños de Carmona. Iba, como siempre, con su gorrilla, con su chaleco, con sus ojitos vivarachos y relucientes, con su gran cuba al hombro. Soltó la cuba al verme, se vino á mí, derecho, y le esperé sorprendido.

—Caballero,—exclamó con mucha seriedad;—m' han dicho, en la fonda, que usté escribe un libro pa hablá de Sevilla, y, como soy en Sevilla mu importante, me he hecho un retrato pa que usté lo publique en su libro.

—Y ¿tú de qué me conoces?—le pregunté.

—Porque en la fonda me lo dijeron un día que fuí.

—Y ¿por qué no me dijiste en aquel instante lo del retrato?

—Porque me estaba esperando una mujé, —me contestó gravemente.

Y cogió su cuba sin decir más, se la echó al hombro, se puso en la sisa del chaleco el pulgar de la mano que le quedaba libre, con la misma impertinencia de un sietemesino de pura sangre; saludó de un modo que me hizo reir, y allá fué contoneando su cuerpo airosamente, porque pensó quizás que yo estaría mirándole.



Dos días después estuvo en la fonda á buscarme. No estaba yo, y dejó, para que me lo entregaran, este retrato.

Mientras hablaba Aguadillo, desesperábase el Orden porque no podía continuar en la lectura de aquello de la ladrona elegante. Esto le impacientó al principio y le contrarió mucho después. A la dama belga, lo mismo que á mí, interesó extraordinariamente aquel grupo. Nos separamos de allí, y, subiendo el paredón otra vez, le contemplábamos ahora perfectamente desde arriba. Así que habló Aguadillo un buen rato, el Orden no pudo ya contenerse y quiso continuar la lectura. Lo hizo como lo concibió; pero Aguadillo arrimó más su barril al barbero y siguió contando otra de aquellas aventuras extraordinarias de amores. El barbero poníase de un humor terrible, aunque ya dió patente de tenerlo muy malo cuando se levantó de la siesta. El gozquecillo miraba todo aquello tímidamente, agachapándose junto al anafe volcado. Tomaba el Orden la lectura por donde se la interrumpió Aguadillo:—«...artículos pequeños,» —decía, como para continuar;—«...artículos pequeños...»—repetía una vez y otra. Pero el diablo del aguador, anda que anda, zurra que es tarde, mete que mete al maestrillo en los laberintos misteriosos de sus amorosas aventuras. Nada: no podía ser. El Orden se aproximó más aún, arreglándose bien las gafas, como para dar la última embestida, y gritó con todas sus fuerzas:—«...artículos pequeños, y se han dado ya varios casos, entre ellos el siguiente...»—Se aproximó más aún Aguadillo al barbero, y siguió disparándole al oído una andanada de barbaridades. El Orden Público se arrimó del todo: se había propuesto enjaretar su gacetilla al maestrillo, y aquel continuo y grande obstáculo le

pareció que pasaba ya de la raya: se enderezó hecho una fiera, yéndose hacia Aguadillo.

—¡Hombre!—le gritó, enarbolando los puños.—¡Déjame siquiera que acabe esto!

Aguadillo se echó á reir con toda su alma y le tomó el pelo entre sus grandes risas, diciéndole que para eso tenía el barbero dos orejas, para que cada uno le pudiese decir por un lado lo que tuviese que decirle. Iba el Orden á reventar de furia, pero alzó Aguadillo la cabeza entonces por casualidad y vió á la dama belga. Había que verle en aquel instante: se encogió como si le hubiesen dado un latigazo, se enderezó después, se volcó la gorrilla á un lado, se atusó el bigote y la barba, y empezó á lanzar á la señora de la nariz unas miraditas de carnero moribundo que hacían reventar de risa á la buena señora. Con aquella carne que habían echado al león, tuvo el Orden lugar de salirse con la suya de leer lo de la ladrona distinguida. Yo me distraje mucho viendo al aguador y oyendo al Orden; pero la dama belga, con la gran risa que le inspiraba el amante que le salió, no tuvo oídos para lo otro de la ladrona.

—«...el caso siguiente: vió en un establecimiento diversidad de encajes y decidió al fin no comprar ninguno; pero, creyendo no ser vista, se había guardado ya una de las piezas. Cuando se marchaba la dijo el dependiente:

»—Se olvida V. pagarme el encaje que se lleva.

»—¡Ah!—contestó ella muy tranquila.—Ha sido una distracción: V. dispense.

»Y devolvió lo que había robado, con aquella misma lisura y tranquilidad.»

Acabó el Orden, y confieso ingenuamente que no encontré en su dichosa gacetilla la causa de aquel grande interés que tenía en leerla. Aguadillo seguía haciendo señajos á Gúdula, y Gúdula reía á más no poder de las impertinencias de aquel idiota, pillo, loco ó lo que fuese. Ibamos á marchar ya, y otro personaje se aproximó al grupo. Era una gitanilla como de catorce años, feota, morenucha, bizca, pero con un gracejo y una intención en todos los rasgos de su rostro que inspiraban simpatía. Llevaba en la cabeza un pañuelo de yerbas; salíanle en la frente, por debajo del pañuelo, grandes mechones de cabellos castaños que le caían á un lado y otro; vestido oscuro muy plegado, con cintas blancas en el vuelo, y mantón viejísimo; llevaba en la cabeza una canasta grande de mimbre que echó abajo, sentándose sobre ella, como el aguador habíase sentado sobre su barril: y, entonces, no he oído en mi vida una con-

versación más animada, más truhanesca, más chispeante, ni de menos sustancia á la par.

—¡Hola, Felipa!—gritó el barbero.—¿A qué vienes por aquí?

—A lo que me da la gana. Dame un cigarrito.

—Que te lo dé éste, que cobró ya su paga.

Y señaló el barbero al de Orden Público.

—Las personas decentes no fuman, —gruñó el aludido mirando á Felipa por encima de las antiparras.

—¡Ande osté ayá, cara de alcuza, con eso s'anteojo y ese bigote, que me parece osté un lechuzo embalsamao! ¡Vaya con el tío!

—Haiga orden y cáyese osté la boca.

—¡Mira! ¡Que caye yo estando osté delante! ¡Jesú, hijo! Tapesosté la cara co nese papé, pa que yo no se la vea, que me está bailando ya la comía en el estógamo: de juro que cayaré. ¡Como que lo manda su rial majestá el gobernaó! ¡Urrio, so feo!

Se interrumpió aquí de pronto para tomar un cigarro que Aguadillo le daba.

—¿Osté ve, tío del sabre? Este sí que e un mozo güeno... Pero no me mire jasí, arrastrao, que me está jerritiendo la jasaura.



El barbero se reía ya, porque pasó, sin duda, su mal humor; el de Orden Público habíase subido las antiparras sobre la frente y miraba todo hosco á la Felipa: estaba irritadísimo contra la gitana, y sus ojillos saltones parecían llamear; el Aguadillo miraba con ojos muy tiernos á la Felipa, dirigiendo de vez en cuando los ojos hacia la dama belga, no fuese á creer que la había olvidado.

—¡Anda, salero!—dijo el aguador, encarándose á la Felipa como si la fuese á embestir.—¿Pa qué tengo yo el tabaco sino pa que lo fumen lás señoronas más prencipales, como tú eres? Fúmatelo por Dios, no digo yo el cigarro, sino toa la cajetilla; y luego fúmame á mí, cuando tú quieras, en donde quieras y como quieras, que yo soy un mozo güeno, y me toco y me canto y me bailo, y en hablándose de cogé los chismes, que no me digan, porque doy un recorte como naide, y un quiebro como naide, y un pase de muleta como naide, y una estocá recibiendo como naide.

—Pero caya esa boca, gran puerco, que paece jun fraile escosío: tú lo que ere e un granuja más grande que la catreá, y que no me pían á mí que me esté contigo sola un segundo, porque me queaba muerta de mieo.

Había tirado la Felipa el cigarro apenas lo encendió, y accionaba entonces con un desenfado y un descoco para visto solamente.

—Mira,—añadió;—anda, vete con to jeso chisme de matá pa esa autoriá der papé y de l'anteojo, y verás tú entonce lo que es güeno. Ya le estoy viendo fuera su chisme de matá, que estará mojoso y podrío.

—¡Cayate ya, so puerca!—gritó el agente, tirando del sable.—Mira si está sucio: un espejito, pa que se mire tu cara chorretosa.

La gitanilla cruzó entonces las manos fingiendo terror, y dijo picarescamente:

—¡Ay, qué susto! ¡Esconda osté eso, qué el diabro la escarga! ¡Válgame la Pastora Jivina! ¡Quién se había de figurá, viendo á osté, que tenía osté to jesos resprandores metíos en drento de la vaina!

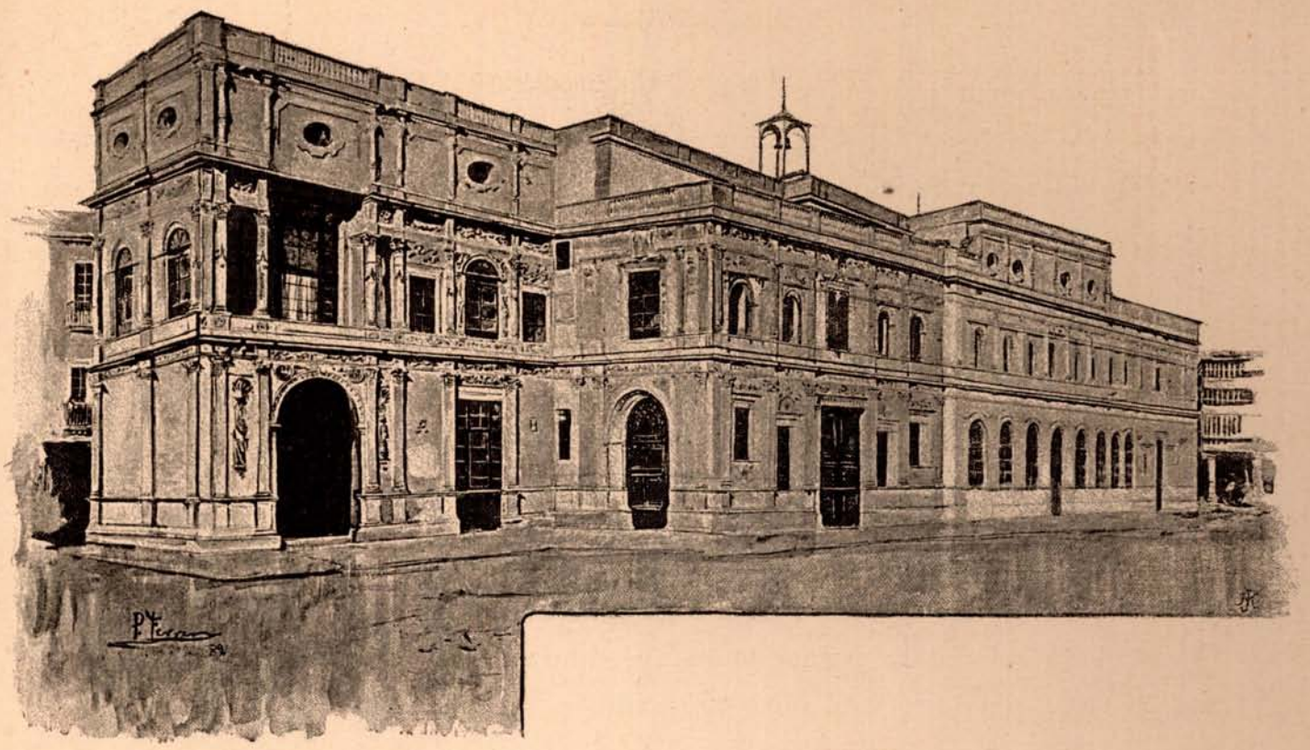
—¡A cayarse!—gritó el Orden envainando el arma.

—¡Ay, ya lo creo que me cayaré, señon generá! ¡Si yo no lo había osté conocío! ¡No me grite osté, por Dios! Pero ¡Jesú, qué genio tiene usía, qué genio!...

Se interrumpió aquí la gitana porque Aguadillo intentó darla un abrazo por detrás. Volvió furiosa todo el cuerpo y le plantó dos bofetadas como dos mundos. Cayó Aguadillo sobre la cuba y después al suelo; se volcó la cuba entonces sobre Aguadillo; al volcarse, se destapó; se levantó Aguadillo para embestir, ahora con no sé qué intenciones, á la otra; le recibió ella valerosamente, poniéndole á la par como ropa de Pascua; el barbero quiso mediar entonces, no pudo conseguir nada buenamente, y metió con furia su pata de palo entre los energúmenos; el de Orden gritaba:—¡A la cárcel to el mundo!;—el agua de la cuba corría tranquilamente; llegó al anafe; como junto al anafe estaba el gozquecillo medio dormitando, se mojó el gozquecillo; sintiendo la frialdad del agua, se levantó también y empezó á ladrar furioso en concertante inmenso con

las increpaciones de la gitana, los juramentos de Aguadillo, los puntapiés del barbero, los «á la cárcel to el mundo» del Orden, la risa sin freno de la dama belga y las voces mías desde lo alto, queriendo restablecer una paz que no conseguían restablecer el arma reluciente de la autoridad ni la pata de palo del barbero.





CAPITULO XXVII

En Semana Santa.-Disputas.-Procesiones.-Procesiones y más procesiones.-La plaza de San Francisco y la mantilla española

No estaba Manolita bien repuesta aún de aquel gran sentimiento que experimentó en la terrible noche de la fiesta. Sus padres estaban tristes, pero se mantenían en silencio como siempre. Había un amor tan infinito en estos nobles ancianos hacia aquel ángel, había un amor y una confianza tal, que no se permitieron nunca, delante de mí á lo menos, dirigirle una frase de reconvención por nada. Creíanse tan inferiores á ella, que no se hubiesen atrevido, creo yo, á despegar los labios viéndola cometer un disparate: habrían dicho, moviendo la cabeza convencidamente, que si cometió el disparate sería porque le fué preciso cometerlo.

No se hallaba muy bien, digo; pero se violentó por causa nuestra, sin duda, acompañándonos á todos lados. Ella sabía ya que ejercía sobre Gúdula y sobre mí el mismo influjo misterioso que sobre sus padres. Ella lo sabía, sí: comprendió que, viéndola triste, íbamos á estarlo también, y que no saldríamos sin su adorable y dulce compañía. Por esta razón, el Domingo de Ramos pareció

animarse un poco, y pudimos ver las dos procesiones primeras que salieron, de Nuestro Padre Jesús del Silencio y el Santo Rosario. Aquel esfuerzo que hizo nuestra adorada y deliciosa cicerona, no resultó mal del todo, y por la noche estuvo jovial y ocurrente. Conocíase que no era ya fingida su animación, porque dirigió algunos epigramas embozados á la dama belga, que la hicieron gruñir destempladamente. Un señor nos había seguido mirando á Gúdula, cuando tuvo oportunidad, con notable insistencia: de aquello sacó partido Manolita para lamentarse dolorosamente de que vinieran á España las extranjeras á quitar á las mozas del país los partidos que ellas podían obtener. Siguió en sus cómicas lamentaciones, y, como ella sola tenía el privilegio de adormir ó hacer que estallasen los nervios de mi heroína del tren, resultó un buen rato para todos el de la cena, menos para la que fué blanco de los tiros de Manolita. Cuento esto solamente para que comprendáis hasta dónde llegó, aquella noche, la santa placidez y el puro regocijo de los padres viendo la cura casi total del muy amado querubín.

Siempre oí yo hablar de las procesiones de Semana Santa y la feria de abril en Sevilla, pero nunca pude sospechar los ratos apuradísimos que tendrían que darme. Después de las dos cofradías del Domingo de Ramos, fué preciso ver la del Santísimo Cristo del Calvario, la del Santísimo Cristo de las Siete Palabras y la de Jesús Atado á las Columnas, cuyas tres procesiones salieron el miércoles. El jueves, media docenita nada menos, empezando por la de Nuestro Padre Jesús de la Buena Muerte, y siguiendo por el Santo Cristo de las Cinco Llagas, la Sagrada Oración del Huerto, El Descendimiento de la Cruz, El Santísimo Cristo de la Coronación de Espinas, y concluyendo con Nuestro Padre Jesús de la Pasión. Habréis notado que es preciso ir tomando resuello para hacer la nomenclatura de las procesiones de Sevilla; pero, ya que empecé, me veo en la necesidad de concluir, para que sepáis, los que no tengáis de ello bastante idea aún, hasta dónde va el fanatismo allí por esta clase de espectáculos.

El viernes, de madrugada, salieron cuatro: Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, Sentencia de Cristo y María Santísima de la Esperanza, Santa Cruz de Jerusalén y Santo Cristo de las Tres Caídas. El mismo día, por la tarde, ocho... ¿lo habéis oído bien?... ocho: ocho, para que no quede duda. ¡Ocho procesiones, Jesucristo divino! Fueron éstas: Tres Necesidades de María Santísima, Sagrada Expiración de Nuestro Señor Jesucristo, Jesús Nazareno y Nuestra Señora de la O, Nuestro Padre Jesús de las Tres Caídas, Santo Cristo de la Conversión del Buen Ladrón, Nuestro Padre Jesús en el Ministerio de su Sagrada Mortaja, Santo Entierro de Nuestro Señor Jesucristo y Nuestra Señora de la Soledad...

¡Se habrá visto frenesí más grande de procesiones! Cuando Manolita me las enumeraba la noche del Domingo de Ramos, creí que me volvía loco también. No lo quería creer; y ella, entonces, con aquella sencillez divina, levantó las manos y me hizo la cuenta con los dedos, echándose á reir, viendo mis visajes á cada procesión que me encajaba.

—Mire V.,—dijo cuando acabó con las del Viernes Santo;—¡y eso qué es para otras veces! veintitrés ó veinticuatro procesiones no van á ninguna parte.

El pavor mío sí que era grande cuando yo pensé que tendríamos que ver todas aquellas oleadas de nazarenos, de santos, de cirios, de público sobre todo; que tendríamos que ir de acá para allá, con los bofes medio fuera, para llegar á una procesión con tiempo cuando acabásemos de otra. Me tranquilizó un poco Manolita, asegurándome que no sería posible multiplicarse de tal manera; pero la dama de la nariz, que andaba con grandísimos escozores de tomar desquite cruento de mis grandes discursos encomiásticos sobre las ventajas numerosísimas que tiene el modesto burro sobre el alazán fogoso; la dama de la nariz, digo, saltó precipitadamente, para jurar y retejurar que ella no se metería en la cama ninguna noche sin haber visto cómo arrastraba la cola del último nazareno de la última procesión.

Como me mirara á mí intencionadamente cuando dijo eso, me encogí yo de hombros impasible, asegurándole, con el mismo sosiego, que se podría acostar cuando le entrase en antojo, que yo no era ayuda de cámara suyo desgraciadamente, y que me podría tender á la bartola, sin penas ni preocupaciones de nazarenos ni de armados, y compadeciendo, á la usanza del sibarita, á los que se reventaban con los estrujones de los demás por una cosa que para la muestra podía bastar un botón solamente.

Se agrió la disputa, con grandes risas de los que oían, porque, oyéndome hablar así la dama belga, saltó de nuevo para decir, mirándome con la furia del basilisco, que yo no era galante.

—Conforme,—contesté;—me va así perfectamente: la galantería se debe llevar hasta un generoso límite, procurando, desde luego, que no resulte imprudencia la generosidad.

—Ni de caballero, ni de caballero,—repitió la dama con más enfado aún; —eso no es galante ni de caballero.

—Amiga mía: en unos estudios especiales que yo tuve ocasión de hacer, he sabido que no hay más caballero que el de su caballo: los caballos, por lo demás, ya sabe V. lo que me espantan, porque donde hay un bello y simpático borrico, sin orgullo y sin pretensiones, no puede ponerse ninguna otra caballería.

—¡Sí, señor!—gritó la dama belga como en un estampido.—¡Sí, señor, que hay quien se ponga, porque se pone V.!

Sucedió á este desesperado grito una explosión de risa, cuyo concertante fuí yo el primero en mantener.

¡Ah, señora, buena y distinguida señora! ¡Cómo supo, á pesar de sus extravagancias y terribles exaltaciones, conquistarnos á todos el corazón, hasta hallarnos dispuestos á hacer por ella el sacrificio más grande que fuese necesario hacer!

Alzó Manolita una de sus lindas manos y se puso un dedo en la boca con mucha lentitud y mucha solemnidad. No habló, pero fué bastante para callarnos.—Os he dicho que calléis,—dijo ella á seguida,—por el gusto no más de anunciaros todas las fiestas que hay después de las procesiones. Así escogerá cada uno la distracción que más le agrade. El día 21 habrá corrida: el ganado será de Orozco: estoquearán Espartero y Gordito. El 22, exposición de ganado en el huerto de Mariana: gran concierto de bandas de música: tiro de pichones en el hipódromo por la Sociedad de Tablada. El 23, continúa la exposición de ganado y tiro de la Sociedad de Tablada en el hipódromo. El 24, 25 y 26 son los días de la famosa feria de abril. Habrá en estos días toros de Benjumea, Miura y Concha Sierra: matarán Gordito, Gallo, Espartero y Guerrita: se elevarán fantoches de día, y habrá de noche fuegos artificiales. El 27 y 28, carreras de caballos.

—Y ¿no hay carreras de borricos?—pregunté interrumpiéndola.

Gúdula me dirigió una mirada fulminante, y Manolita continuó haciendo aún la cuenta por los dedos.

—El 29, adjudicación de premios en el certamen literario.

—¿Qué certamen es ese?—preguntamos á la par la dama belga y yo.

—Uno abierto por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

Los dos hicimos un gesto de contrariedad. Aquella vez coincidimos milagrosamente en igualdad de opiniones.

—El 30,—continuó Manolita en tonillo especial, como previniendo la sensación que nos causaría,—adjudicación de premios.

—¿Otro certamen?—gritamos los dos.

—Otro,—contestó Manolita con picaresco énfasis.—El 30, adjudicación de premios del certamen abierto por el Ateneo Excursionista en los Jardines de Eslava. Día 1.° de mayo: concierto por los alumnos del Colegio de Sordomudos y Ciegos, en los mismos Jardines. El 2 se inaugurará, en la plaza de la Gadivia, la estatua de Daoiz. Durante toda la temporada habrá Exposición de Bellas Artes en los salones de la Sociedad Económica, y actuarán los teatros de San Fer-

nando, Duque y Cervantes: el primero con ópera, en que canta la Nevada, Stagno y Uetam; en el segundo trabajará una compañía lírico-dramática; y en el último, compañía de gimnastas, acróbatas y bichos amaestrados... Y se concluyó. Hay para todos los gustos: que cada uno escoja lo que quiera.

—Yo escogeré las carreras de caballos, sobre todo, —dije burlonamente.

La dama belga me la devolvió al instante, diciéndome con ironía:



—Y yo no olvidaré la elevación de los fantoches.

Cuando reinó la paz en la nueva polémica que se entabló, se convino todo para ver al día siguiente algunas procesiones. Llegó la hora y salimos á la calle. Ibamos los tres solos: Manolita, Gúdula y yo. Comprenderéis vosotros la satisfacción de que yo iba rebosando con tales compañeras. ¡Oh! Sí, lo diré siempre. ¡Qué bella es la vida! Todas las desgracias del pasado y las que el porvenir me depare, no serán suficientes á que se extinga dentro de mi alma la luz de los recuerdos de aquella época, que me hacen lan-

zar el grito perenne de gratitud y alabanzas á Dios por haberme creado.

No salimos muy tarde, pero la multitud era ya grandísima en todas las calles. Aturdía y mareaba aquel continuo ir y venir, las risas de los unos, los cantos de los otros, los pregones del florero, el grito del aguador. No sé de dónde puede salir tanta gente en estos días.

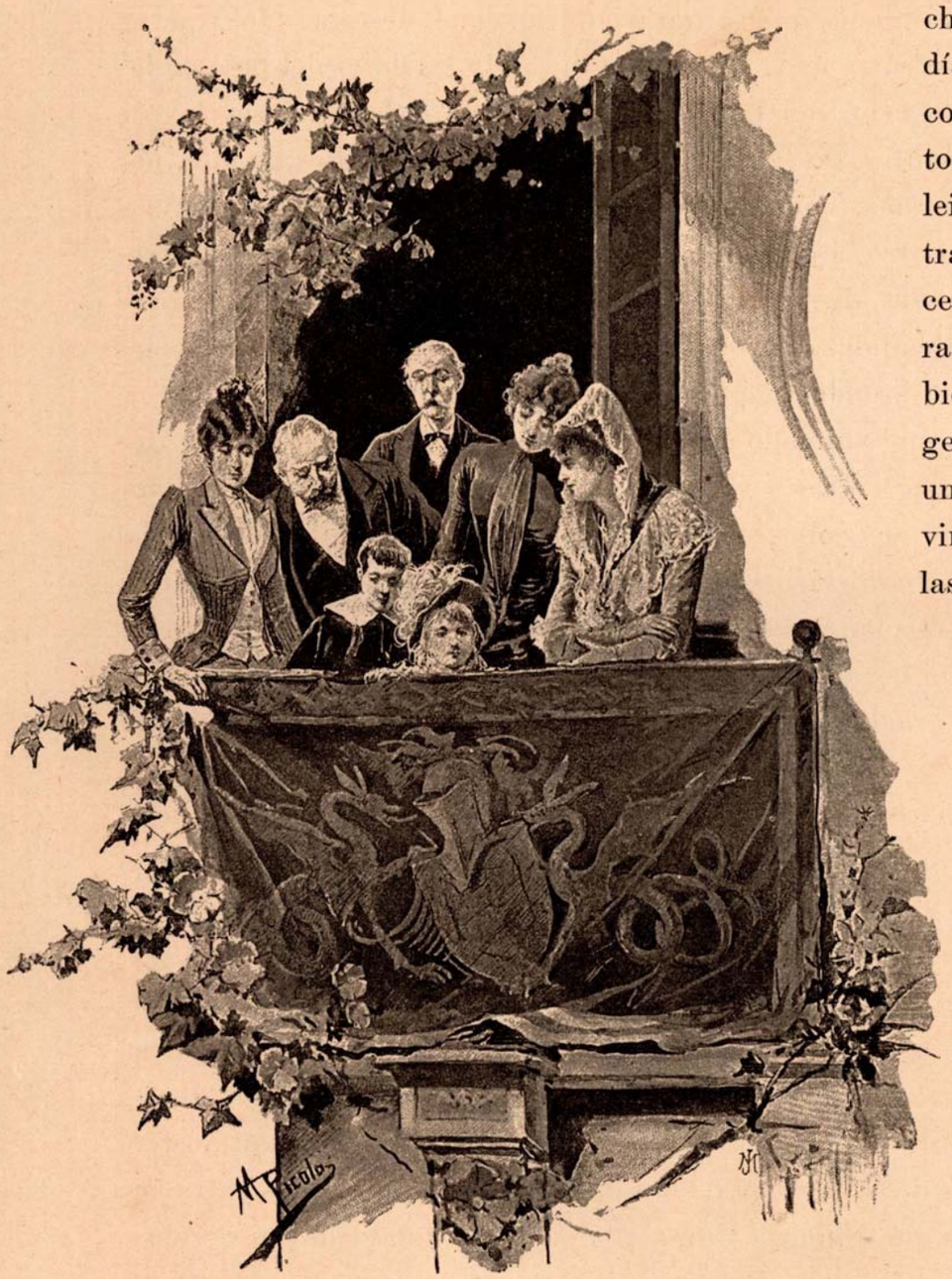
Gúdula se cogió á mi brazo, porque los remolinos de la multitud nos separaban á menudo. Manolita se cogió también al de Gúdula, uniéndonos los tres en fuerte cadena, que tenía que partirse muchas veces para dar paso á una atroz avalancha de fanáticos devotos que iban á coger sitio junto á las Casas Capitulares. Salimos por la plaza de San Fernando, teniendo á la izquierda la parte antigua del Ayuntamiento, uno de los más notables edificios de la población. Mientras que Manolita discutía con la dama belga el sitio que iban á escoger si las dejaban, yo miré con curiosidad aquel hermoso edificio, que ya tuve ocasión de ver algunas veces. Sitúase el Ayuntamiento entre dos plazas: la de San Fernando y la de la Constitución. La obra antigua se comenzó en 1556 y duró ocho años. El nombre del autor del proyecto es desconocido. Una parte, la que da á la calle de Gerona, tiene dos cuerpos. Consta uno de cuatro pilastras de talla primorosa: colócanse de dos en dos, con un espacio en cada pareja, donde están las columnas de Hércules, las armas de Borgoña y dos medallones. Un arco revestido de follaje, en el centro, indica la puerta. La puerta es de dos hojas con delicados relieves y frisos. Forman el segundo cuerpo cuatro columnas, guardando simetría con las pilastras del inferior. Sobre la puerta central se ven las armas de Sevilla y las del Cabildo Eclesiástico. Haciendo escuadra con esta puerta descrita, se ve otra fachada á la izquierda. Es de igual forma. Es de seis pilastras el primer cuerpo; descansan allí seis columnas de orden corintio, que constituyen el segundo; y se nota á las claras que el edificio quedó sin terminar. El lado que cae á la plaza de la Constitución tiene los mismos cuerpos: uno que asombra por la hermosura y profusión de detalles; y el segundo, que sube desde el cornisamiento con seis pedestales y seis columnas que se adornan con relieves. Hay cinco ventanas en los intercolumnios, con pilastras algunas de ellas y acolumnadas otras. Adórnase la del centro con un bellísimo arco.

Queríamos coger sitio también en la plaza de San Francisco, y se consiguió, con esfuerzo horrible, en un balcón de la fachada de enfrente. Allí pude ver, asombrado, aquella inmensidad de criaturas bullendo y rebullendo, apretadísimas, ahogándose; mujeres del pueblo, cogidas á sus chiquillos, que no comieron en todo el día por el gusto regalado de recrear los ojos; mozuelas gallardas, apuestísimas, contoneando y paseando su gracia y derramándola á manos

llenas, como el sol derrama sus luces desde el cielo sobre los míseros de abajo; municipales bigotudos, con guantes blancos y limpio uniforme, que tienen el santo en el cielo como los angelotes churretosos de la mamá que no comió; lánguidas señoritas, gitanas ardientes de furiosa hermosura, mamás circunspectas al parecer, mozangones que gritan y coplean como desesperados, que se meten y se remeten por entre unos y otros, arrancando las flores del pelo de las mozuelas los de aquí, el reloj del bolsillo á los hombres ó las mujeres los de allá; vendedores de confites, de *torraos,* de refrescos, de barquillos; y allá, por los balcones y las ventanas, colgaduras ricas de seda, de damasco; y aquí y allí, en este lado, en el otro, á granel, como lluvia esplendorosa de soles, arrogantes cabezas de mujeres, de mujeres sevillanas... ¿sabéis lo que esto quiere decir?... de toda la esplendidez de Andalucía, todo el cielo, toda la luz, todas las flores y toda la savia sorprendente que se abraza, se confunde, se estrecha, formándose de allí el mármol animado de aquellas esculturas. De tales elementos echó Dios mano para hacer á las sevillanas. Yo cerré los ojos, deslumbrándome aquel derroche de vida, de color, de luz; aquellas grandes palpitaciones del pecho del coloso que en hirviente oleaje llenaba la plaza; y allá, enfrente, aquellos palcos donde resplandecían con relámpagos y reverberaciones, no ya las sevillanas del pueblo ni las burguesas: la aristocrática, la espléndida, la espiritual, la que une á la gracia y el donaire de las otras, la riqueza y el poderío, las que ciegan con los rayos de sus ojos y las centellas de sus diamantes. Pareció, por un segundo, que mi cerebro meridional saltaba hecho pedazos. Se metió allí de repente, como un invasor desenfrenado, todo aquel misterio, todo aquel encanto, toda aquella grandeza, y la sal, el contoneo, el rumor de los abanicos, el crujir de las sedas, el bracear, la muda sonrisa, los charlatanes ojos, el atavío, la briosa postura, la emanación, en fin, impalpable de luz divina y fuego humano de la hembra meridional, cadena inquebrantable que afianza en soberano consorcio la majestad legendaria de la matrona, que preconiza el arte helénico, y la sutil malicia de la andaluza; envolviéndose todo en una atmósfera exuberante de oleadas de sol, aroma de nardos y claveles, y músicas extrañas; toda una acumulación que adquiría forma allá en lo profundo de mi cerebro, sujetándose en el lúbrico pliegue de la mantilla macarena y en la nota triste, prolongada, quejumbrosa, de mocetón de robusto pecho que en la noche misteriosa rompió por carceleras al lánguido murmurar de las puras brisas.

Ya que estuvimos colocados, Manolita amenizó la espera, haciéndonos juiciosas observaciones referentes á los religiosos festejos que fama tan colosal alcanzaron en España, y aun en el extranjero. Con aquella voz dulce y afectuosa que vibraba en los corazones como una música, dijo así Manolita:

—Hay un número inmenso de familias de Francia, y de Inglaterra sobre todo, que hacen el viaje por las procesiones expresamente. Se les antoja venir á España en cualquiera época del año, pero lo guardan generalmente para este tiempo á fin de no marcharse sin ver las cofradías. No sabe V., hijo, con la avidez que miran todo esto, y cómo les deleita lo que llaman nuestras locuras de las procesiones y nuestra ignorancia de los toros. Pues bien: á todo ese contingente de extranjeros se une el que dan las provincias andaluzas; con las enormes rebajas de precios en el ferrocarril, se desbordan en Sevilla una gran parte de las poblaciones de Córdoba, Málaga, Granada, Cádiz y Jaén. Todavía quedan los pueblos de nuestras cercanías, este tropel inmenso de criaturas que viene por la mañana y se va por la noche, y fluye y refluye de esta suerte en inmensa balumba, dando con su atavío extravagante y chillón una atrevida y gran pincelada en ese inmenso cuadro, que parece de sombras, porque en estos días ya sabe V. que todo el mundo se viste de negro.



Trasladando al papel estoy aquella idea de Manolita, y no puedo recordar

sin emoción á Manolita en este instante: en cada acto suyo y en cada frase, revelábame siempre su juicio y su manera particular de ver las cosas. Muchas jóvenes he conocido yo así en Andalucía, y puedo jurar que he visto en ellas más acuerdo en los juicios y más originalidad y energía que en los hombres. Uníase á todo esto, en lo referente á Manolita, la sencillez de ésta, la naturalidad y el puro encanto. Su candor era de niño, su discreción de vieja. Caía la tarde y estábamos medio á oscuras. Aumentábase la multitud en la plaza, en los palcos, en los balcones, en los hierros de las rejas, en los brazos de los faroles y hasta en las salientes de las canales. Era aquello un impetuoso mar negro de roncos hervores, que se aumentaba y rugía con los interminables afluentes de todas las bocacalles. Los que se habían sentado en las aceras, tuvieron que ponerse de pie; los que estaban de pie apretáronse hasta reventar, pegados al cuerpo los brazos y sosteniéndose en el suelo con la punta de los pies solamente. A las medias tintas de la tarde que moría y la noche que llegaba, veíamos con admiración profunda las sacudidas imponentes de aquel mar inmenso de cabezas: no sé qué viento de tempestad soplaba alguna vez, haciendo oscilar de un lado para otro el negro y apretado oleaje.

En el balcón estábamos, relativamente, como la multitud en la plaza de San Francisco, en la calle de Génova, en la de Las Sierpes y en todas las inmediatas. Por influencias de mi protectora Manolita, había yo obtenido un lugar á su lado, que me cedieron las mismas señoras cuando dijo ella, con su gran desparpajo, que yo era forastero é iba expresamente para escribir un libro de aquellas cosas. Estábamos apretadísimos: el cuerpo de Manolita pegábase á mí como la violeta al negro terruño; pero yo he de jurar aquí, por su preciosa vida, que ni un pensamiento pecaminoso tuvo mi conciencia: estando yo junto á Manolita, me bañaba en las emanaciones puras que de su ser entero se desprendían, purificándome así, é identificándome con aquel delicado y lindo redentor. Hablábame muy bajo para ilustrar mi criterio en este y el otro punto. Como estábamos tan unidos, no tenía que levantar la voz. Algunas veces, figurábaseme, con hondos y extraños escalofríos, que aquella voz suave y callada hacía modular en mi oído, para estremecerme y aturdirme, alguna misteriosa canción de amores. Mis sueños desgraciadamente duran poco, y volvía á la realidad al instante.

—Mire V. por allá, mire V.—díjome en cierta ocasión.

Por una de esas causas que no se comprenden, yo miré á Manolita en vez de mirar al sitio que me indicó, y cuando volví la cabeza tropezó casi mi cara con la suya. No había pensado aún que pudiésemos estar tan próximos: puedo decir que, durante un segundo, solamente separó nuestros rostros el pliegue

de su mantilla. ¿Comprendéis lo horrible de aquel instante? ¡Mísero de mí! ¿Qué hubiera pensado otro hombre, en tal momento, por honrado y leal que fuese? ¡Mísero, mísero de mí! Mi turbación fué manifiesta para mí á lo menos, que sentí no sé qué infernales ardores en los ojos y como si una hoguera me quemara súbitamente las mejillas. ¡Ah! Yo estoy contento y tranquilo de recordar aquel segundo, como los santos al recordar con seráfica sonrisa las horribles tentaciones vencidas durante su existencia de santidad.

Se encontraron nuestros ojos, y, no queriendo demostrarle mi emoción, la dije con indiferencia, aludiendo á los encajes de la mantilla:

—Pero ¿por qué se oculta V. así la cara?

—En eso estoy yo pensando,—dijo ella burlonamente,—en esconder mi cara. ¿Qué daño le ha hecho á nadie?

Sonreíme tranquilo ya, y seguí escuchando lo que decía.

—Tiene una que ponerse á la fuerza este trapo por Semana Santa: tiene una que ponérselo, porque se lo ponen todas. No crea V., á mí me gusta ponérmelo alguna vez. La mantilla es incómoda cuando estamos algún tiempo sin usarla, y esto para la que es torpe solamente; pero se acostumbra una al instante. Fíjese V. y verá: milagro es la muchacha que lleva hoy sombrero.

Diciendo así Manolita, procuró separar un poco de sus ojos el ancho y rico encaje de la mantilla. Los dedos de nieve se cogieron á la finísima blonda un instante para arreglarla en la gentil y dorada cabeza del ángel. Entre las mujeres españolas, es la andaluza la que lleva la mantilla con más garbo. No se concibe sin asombro la idea de que aquel trozo de encaje oscuro, apuntado de cualquier modo al cabello y caído por la espalda y los hombros, pueda realzar de una manera admirable el rostro de estas mujeres. Yo pensé en más de una ocasión que no es la mantilla la que favorece á la mujer: al contrario, que es la mujer la que favorece á la mantilla. Pienso así porque la mantilla, fuera del cuerpo de la mujer, es un trapo cualquiera, y la mujer hermosa será hermosa con la mantilla y sin ella. ¡Oh! Perdonadme vosotros los españoles de corazón, perdonadme vosotros. No he querido ofender ni desprestigiar la mantilla, esa prenda genuinamente española. La mantilla nos recuerda grandes tiempos de amores, de luchas, de valentías; la mantilla es de nuestras madres, de nuestras mujeres, de nuestras hijas; la mantilla española es como la bandera nacional: antes de ser francesa, ni alemana, ni de nación ninguna, dejará de existir con sus grandes historias, ceñidos sus fragmentos al lindo talle de la graciosa morena del último barrio andaluz. La mantilla, como el fantasma de la tradición, pasó á nuestra época horadando el murallón enorme de los siglos. Todo esto lo pensé yo mirando emocionadamente la manera que tuvo Manolita



—Mira tú, *Currete:* ¡un *chavito pa* la *Cru* de Mayo!

de arreglarse el trapo. Formaban las finas blondas oleada sombría sobre su cara: al través del tejido delicado relampagueaban sus ojos como si el encaje fuese piedra terrible de toque para encender en fuegos voluptuosos aquel puro semblante de virgen. Formaban las blondas de la mantilla en aquel rostro una tremenda mescolanza de liviandad y pureza, de profanaciones y santidad, de disciplinas y de carcajadas. Grandes turbaciones acometiéronme de nuevo: cerré los ojos y olvidé. Aquella no fué Manolita para mí. Habíase convertido en dos: una virgen y una bacante. ¡Oh, Dios mío! Era que Manolita nació andaluza de corazón, y que una andaluza lleva su mantilla con la misma gloria que nuestros soldados llevan su bandera.





CAPITULO XXVIII

Un poco de historia sobre las cofradías.-Digresiones sobre lo mismo.-En los corrales.-¡Ya vienen!

Tuviera para no acabar nunca si pretendiese hacer la historia de las cofradías sevillanas. Viene su origen de tiempos muy remotos. A raíz de la reconquista fuéronse organizando estas hermandades, famosas hoy en todo el mundo. Como dato curioso conviene advertir que no tenían en su primera época carácter religioso muy marcado: conocíanse más como instituciones políticas, al decir de los eruditos. Diéronlas el carácter religioso que hoy representan á fines

del siglo XV; aumentó esto en el siglo que siguió, llegando al delirio en los XVII y XVIII. En tal esplendor se mantuvieron y así continúan. Ese lujo escandaloso, ese derroche de plata, de oro, de mantos, de vestiduras, de joyas, de imágenes de valor artístico extraordinario, proviene sin duda de la inmensa y desastrosa rivalidad que entre todas las cofradías existe. No es esto de hoy, ciertamente: este odio es hereditario, como el de Montescos y Capuletos: légaselo el uno al otro en las familias de los cofrades de la hermandad que sea. Hay hombre que pertenece á su cofradía desde que su padre murió; el que murió fué hermano también desde que perdió al suyo; y así sucesivamente. La familia, en fin, ha pertenecido á la hermandad desde que la hermandad se fundó. Desde mucho tiempo antes de Semana Santa, ya empiezan á notarse los primeros síntomas de la locura de los sevillanos. Digo esto porque, así como la locura de España es la de los toros, la de Sevilla es la de las procesiones. Esta locura tiene sobre la otra la buena condición de que sus inmensos períodos de fiebre son anuales, y España, en cambio, necesita los toros constantemente.

Volviendo á lo que decía, desde algunas semanas antes empiezan los síntomas. Nótase al principio en las clases bajas. La marea va subiendo después, con lentitud, hasta un límite en que todo se desborda. Si entráis en un corral de Sevilla no oiréis hablar de otra cosa: la mocita secretea con el novio; la viejecilla habla con otras, sentada al sol, para *escarmenarse* cómodamente en mitad del patio; el chiquillo interrumpe á lo mejor su juego del trompo, de la billarda ó de los metales. No tengáis cuidado: en una parte y en otra se hablará de lo mismo. El secreto de los mozos consiste en los planes de felicidad para la Semana Santa próxima; el cuchicheo de las viejas es para recordar la Semana Santa de sus lejanos verdes abriles; la interrupción del juego en los chiquillos, para comunicarse tal ó cual noticia de que á Fulanico, el de más abajo, ó á Menganico, el de más arriba, le están arreglando ya la *vestiura*.

Es curioso y digno de estudio: después de la tropa menor, después de las mujeres y los chiquillos, van entrando también en el candente horno los hombres serios, los privilegiados, los elegidos, los que han de ceñir su cuerpo con la túnica, los que han de cubrir su cabeza con el capirote, los que han de llevar en su frente la corona. Pasan los días, y los corros de las vecinas de acá y de allá se van aumentando: se cuentan sus impresiones, sus inquietudes, sus fatigas, por este moño que tienen que comprar para el nazareno, por aquel lazo que se perdió y que es preciso reponer. Fijaos: cada una de las mujeres recuerda cómo salió el marido de la otra el año anterior, y, en lo que sus mise-

rables fuerzas alcanzan, procura que su hombre le aventaje esta vez en cualquier cosa, en una cinta, en un pañuelo, en unas medias. Este deseo de humillarse mutuamente, que está en todos, es en la clase media igual que en los artesanos, y en la pudiente lo mismo que en la clase media. De esta rivalidad y este esfuerzo que hace cada uno para vencer al otro, en su esfera cada uno y guardando la relación necesaria, resulta en estas procesiones el fausto inmenso, la imponente riqueza, el tesoro maravilloso que hoy representan las cofradías sevillanas.

No creáis en estos corrillos, amistosos al parecer, de las vecinas del corral: fórmanse muchas veces con la intención malévola de sorprenderse las unas á las otras. Sabiendo lo que lleva el vecino de más abajo, no es ya el enemigo tan temible. ¡Qué blanca, qué resplandeciente la ropa interior! El año entero que pasó, ha luchado la pobre mujer para acumular en su alcancía céntimo sobre céntimo el importe de las medias finísimas de seda con grandes ramos azules que compró por la mañana, temprano, el mismo miércoles, al marido nazareno. El ha venido ya con sus zapatos de charol, que relampaguean ante la emocionada mujer: cuando lleva zapatitos de raso con tacones de *carrucha*... ¡ay, qué gusto! No os asombréis de lo que digo, que es verdad. Después de las medias y los zapatos, cíñese la túnica negra ó de otro color, de percal ó de terciopelo, según la cofradía. Apriétase los cordones, que cuelgan jugueteando y enredándose á las piernas; échase el antifaz hacia arriba, sujetándolo con la corona; sujétase igualmente la enorme cola de la túnica, colgándola, para que no le estorbe, de las cuerdas del cinturón; se pone los guantes, aquellos guantes históricos que sirvieron por última vez el Jueves Santo anterior; le da su mujer la última mano; y allá traspone, orondo, gallardo, satisfecho, altivo: á todos mira, á todos saluda, con todos habla, en todas partes se mete. Aquí le dan de fumar, allí de beber; en un lado le hacen el elogio de la túnica, en otro de las medias, en otro de la corona. Se unen algunos para andar las estaciones, y no quiero yo decir lo que resulta de aquella religiosidad y cristianismo fervoroso. Andar las estaciones por los nazarenos, en ese día, es ir de taberna en taberna. Cuando llega la hora de la procesión, una cuarta parte del cristiano ejército tuvo que irse á dormir la mona, estropeado, mal ferido, descompuesto y roto.

Manolita, que me contaba todo eso con su natural desparpajo y locución sencilla, se interrumpió aquí, hizo un gesto que ya lo pillaría para su uso particular la más graciosa coqueta, y exclamó después en tono admirativo:

—Y ¡qué me cuenta V. de los *armados!*

—Y ¿qué es eso?—interrogué con extrañeza.—¿Qué tiene que ver con lo que decíamos?

Se extrañó mucho de mi inocencia en punto á procesiones sevillanas, y con inocente candor la expuse lo que yo entendí: que nosotros, los andaluces de Málaga, llamamos así á un pescado de no pequeña dimensión, de escama dura y de un rojo subido.—Se llaman así,—la dije,—por lo duro de su corteza, que parece una armadura de acero.

—¡Ah, sí!—exclamó Manolita con otro gesto.—Algo tienen que ver sus pescados de Málaga con estos á que aludo, que no son tampoco malos peces. Los armados á que me refiero son individuos de una de las cofradías sevillanas. No visten de nazarenos más ó menos propios, como los de las otras hermandades. No son penitentes de caperuza blanca, morada, negra, verde ú otro de los colores con que las cofradías se distinguen, no. Esta hermandad viste á sus hijos, para la procesión, con aquellos trajes famosos de los legionarios de Roma. Cada uno de ésos lleva su armadura correspondiente, según su posición y su criterio. En general, el atavío de un armado es la ruina de su familia. No obstante esto, tiene V. que reirse á lo mejor de las extravagancias que presentan, y no me explico cómo se las permiten. Hay muchos que sienten á su modo el uniforme, y no puede V. figurarse, hijo, qué dislocamiento llevan encima, de chismes indumentarios de todas las épocas. Es un desenfreno, es una confusión. Todos los pelos se me ponen de punta en cuanto distingo á esos feotes y deslumbrantes militaruchos.

Yo me reía oyendo á mi pareja, y embelesábame á la par contemplando aquel rostro terso y suave, de grande expresión; aquella boca, que jugaba con un donaire hechicerísimo; aquellos ojos de mirada pura, viva y vibrante, con relámpagos de juventud, de pasión y de belleza; aquel conjunto, en fin, de armonías, envolviéndose en el misterio de los delicados y acariciadores pliegues de su negra mantilla.

—Para que V. vea...—añadió enarcándose sobre el barandal y echando fuera el precioso busto para mirar con las anteriores impaciencias hacia la calle de las Sierpes;—para que V. vea,—repitió luego,—con todo lo que ya dije no creerá V. una cosa: pues créala y apúntela en su libro: entre las imágenes que vamos á ver, hay algunas cuyos mantos no más, valen veinticinco ó treinta mil pesetas. Así, hay soldadotes de estos que han vendido la casa única que tenían para comprar su equipo y lucirlo en la procesión.

—Pero ¿es posible?—preguntó lleno de asombro.

—¡Y tan posible! Hace algunos años, gastó un sayón de esos toda su fortuna en unas espuelas de oro. Lo mejor no está ahí, sino que cegaban los ojos las dichosas espuelas con la multitud de diamantes que tenían. Es un frenesí, un disloque, y hay quien asegura que todo ese abigarramiento insulso, que mo-

lesta y hastía, es necesario á nuestras procesiones como el espíritu á la carne para que la carne aliente; que esos avechuchos cuajadotes de colorines son la sal y pimienta de las solemnidades religiosas de estos días; y yo digo que no vi nunca una sal más sosa ni una pimienta que menos pique.

Se interrumpió Manolita para exclamar, asomándose otra vez:

—¡Ay, Jesú! Pero ¡cuánto tarda! Se muere una esperando.

—Charlemos mientras,—la dije para que se distrajese.

Me miró un instante sonriendo.

—Y ¿no se cansa V. de oirme?—preguntó.

—¡Ca!

—Bueno,—repuso;—volveré á lo de antes. ¿Y el cuadro que deja el nazareno tras sí, cuando sale de su casa por esas calles á lucir el cuerpo, hasta que llega la hora de la procesión?

—Yo le describiré uno, á ver si es eso,—dije, interrumpiéndola,

—¡Cómo! Diga, diga,—exclamó riéndose.



—Ayer mañana, antes que saliésemos nosotros, fuí con un amigo por el barrio de San Bernardo. Entré en uno de los corrales para curiosear un poco, y una de las mujeres había acabado de vestir á su hombre, de Nazareno. El asunto es de primera: La mujer, según confesión propia, quedó rendida, extenuada. La obra tremenda de vestir al Nazareno concluyó al fin. «Pero ¿quién la vestía á ella para ir á verle cuando pasase en su fila, seriote, con su gran cirio y su gran cola?» Estaba la mujer de rodillas en el suelo. Lo último que hizo fué arreglar los pliegues de la túnica, se arrodilló para la maniobra, y arrodillada quedó como si no pudiera moverse. Rodeábase de vecinas y comentaban todas el traje

del *señó* José y del *señó* Joaquín. La arrodillada quejábase, en tanto, de la cintura y de este lado y del otro.—¡Ay, válgame Dios, que me parece que man pegao una paliza!... ¡Qué hombre, Jesú mío! ¡Qué mal rato me dió!—¡Qué manera de hacerse la interesante porque su marido iba de Nazareno! Me fijé en todo aquello porque á una de las vecinas que rodeaban á la triste se le ocurrió decir que el marido de una tal Petra llevaba el escapulario en no sé qué otras condiciones. La débil, la extenuada, la que no se podía mover, dió un salto de fiera, se fué haçia la otra como para abalanzársele y le metió los puños por los ojos, gritando fieramente:

—¡Lo que es fulanita es una envidiosa, y tú una lleva y trae, puerquísima!

—¡Vaya con ésta, cómo se pone porque he dicho eso!—contestó la lleva y trae, con mucha calma.—Refréscate un poco, hija, que te se va á descomponé el estómago con tanto arrechucho.

—¿No oyes tú?—gritó la del Nazareno, encarándose más aún con la que habló, que parecía una linfática.—El estógamo lo tengo yo pa eso y pa mucho má.

—Púrgate,—dijo la otra en su tonillo de soflama.

—¡Ya lo creo que me purgaré, pero será comiéndome á alguna persona que ataque á mi digniá!

—¿Seré yo la purga entonce? ¿Me vaj'á comé, hija?

—Me parece que estás guaseándote.

—¡Ca! ¡No señora! ¡Con la mujer de un Nazareno! ¡Qué dirá el alcalde!

—Mariquita, que me estoy abochornando.

—¡Qué lástima, hija! Déjalo pa luego.

—¡Pa luego! ¡Ya está! Lo dejaré pa ahora ó pa cuando me dé la gana.

—Lo decía por el escapulario de tu Nazareno.

—Y ¿qué?—gritó poniéndose en jarras.

—Na: pa que te abanicara co né, porque parece una esportilla.

Acabó de hablar así la criticona, y tuvo en su cara la mano de la Nazarena, que sonó como un estampido. No aguardó el segundo la agredida: lejos de eso, púsose en forma rápidamente, y pagó la bofetada con otra del mismo calibre. Se empeñó la lucha, y ya no hubo remedio para contener á las locas: detrás de las palabras habíanse tomado de bofetones, y detrás de los bofetones se tomaron el pelo, así, como suena, cogiéndose y tirando hasta sacarle. Clavábanse las uñas, dirigiéndose, con todo, unas alabanzas que no son para escritas. Aquello era terrible y amenazaba no acabar. Tenían los ojos inyectados y las mejillas arañadas y rojas hasta parecer que iban á escupir sangre; la garganta y el pecho desnudos; y les colgaban los jirones de ropa y los mechones de pelo.

Salieron á relucir en la furia de la contienda todos los trapitos sucios de las dos, conforme se arañaban y se mordían, echándose en cara mutuamente cosas terribles: el padre de la una fué contrabandista, y ladrón el padre de la otra; la una tuvo líos con un cura; y la otra no tuvo quien fuese persona de *caliá* en toda su familia; la una era mal *casá*, tenía bolicheos con un cabo de gastadores, mató á su madre á disgustos, envenenó á su abuela, robó cuatro cubiertos de plata de cierta parte en que estuvo sirviendo, tenía un *marío borracho* y una hija llena de *esaboriciones*, bizca y medio coja. Pero no vayan Vds. á creer que la que todo eso echó en cara á su rival tenía motivos para hablar alto, no: según la contraria, había un verdugo en su familia, y le ahorcaron á un pariente próximo por hombre de bien.



—¡Ya lo creo, hija!—siguió;—porque tú eres la que estás limpia como patena. ¡Toma!—Y le arriaba un puñetazo.—¡Toma, tal y cual, toma! ¡Ven por otro! ¡Ya lo creo!—Y recibía una zarpada.—¡Anda, cochina, jorobá! ¡Acuérdate de tu

hermano, que tuvo sarna, y de aquel abogaíto que hacía la ronza á tu madre! Seguro. ¡Po no que no! ¿Quién, ella? ¡Por supuesto! ¡La marquesa del corrá, con toa la cara que tiene! ¡Anda, jambría insonrible!

—¡Miren la esboquizá, que me dice toas las cosas de ella, pa que yo me caye!

—¡Cabalito! ¡Ahora saldrá con que lo invento too... y no hay en el barrio quien no lo sepa!

—¡Anda y que te peguen un tiro!

—¡Que te lo peguen á tí, cabrilla loca! ¡Como si no supiéramos donde se mete de noche!

A estas palabras, creció la lucha, se hizo más fuerte. Los corredores del corral estaban todos coronados de vecinos, curiosos, impacientes por ver lo que resultaría de aquello, como si hubiese resultado poco aún. El desenlace lo supondrá V.,—dije á Manolita;—cuando las gladiadoras estaban medio hechas pedazos, intervinieron los municipales, llevándolas á la casa de socorro.

Y el Nazareno ¿qué hacía en tanto? Estrechaba radiante de orgullo la mano que sus amigos le tendían, felicitándole y colmándole de enhorabuenas, porque llevaba muy buen vestido, remojando cada salutación y cada enhorabuena con un tremendo chato en la taberna próxima.—

Se echó á reir Manolita, pero no extrañé lo que me dijo entonces, como respuesta, á una observación que la hice.

—Ya sé yo de más que estas luchas de vecinos en los corrales, y en los que no son corrales, no se suscitan por lo de las procesiones solamente, no; que se vienen á las manos por una pequeñez cualquiera. V., que es de la tierra, sabrá ya de memoria que no hay espíritus tan susceptibles como los del pueblo bajo andaluz. Y ¿por qué será eso?

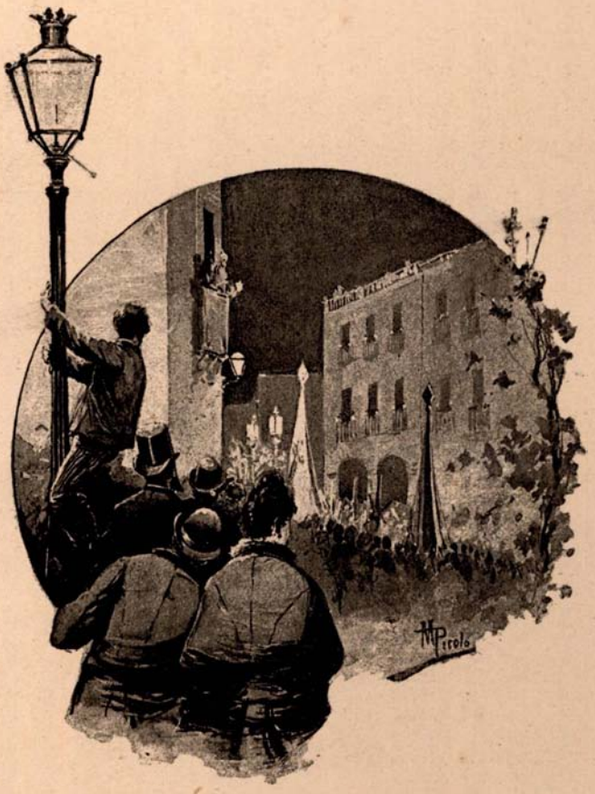
Me sonreí de aquella pregunta intempestiva, y le dije todo lo que pensaba. Efectivamente: había tenido yo ocasión de observar lo mismo. Ya sabréis que tenemos nosotros mucho de orientales: hay en nuestro espíritu una sutileza, que ya se pierde, producto sin duda de una exquisita nerviosidad en consorcio con la ardiente savia que nos alienta. El espíritu de otras razas ahonda, escudriña, se desenvuelve: el nuestro, aletea, se va, gira sin concierto y cae abatido y lleno de ofuscaciones. Entra luego la educación por mucho para contenernos y dominarnos un poco. En las clases bajas no es lo mismo: no tienen delante ese muro de granito y se dejan llevar sin freno...

—¡Oh, sí!—dijo Manolita.—De ahí resulta otra cosa que V. no vió en el corral, pero que habrá visto muchas veces en su país. La pelea de las mujeres, aunque se pongan como rico mandil y se arañen, tiene en último caso su parte de

ridículo que hace reir. Pero ¿y después? ¿V. sabe lo que resultará probablemente de todo eso? Que ambas mujeres contarán á sus maridos todo lo que sucedió, con más negros colores aún, y á seguida, sin reflexión de ninguna especie, sin otras preguntas, sin otras averiguaciones, ciegos, ignorantes, locos, se meterán mano, no ya como mujeres, sino á cuchillada limpia, y el sainete parará en tragedia.

Era muy triste lo que dijo Manolita, pero era verdad. Quedamos en silencio: dominábame á mí, en aquel punto, la triste idea de sus últimas palabras, y sin duda dominó á Manolita igual sentimiento.

El alboroto crecía grandemente en toda la plaza. Era ya de noche y esperábase la procesión desde algunas horas.—¡Ya viene, ya viene!—decían alguna vez en tremendo grito. Repercutíase este grito en todos los labios, y la multitud replegábase á un lado ú otro en oleada inmensa. Parecían, los rumores de la plaza, el ronco y prolongado estertor de la agonía de un coloso. Se oyó en esto lejano y agudo vibrar de clarines, y un clamor poderoso retumbó de nuevo y más poderosamente en toda la plaza.





CAPITULO XXIX

El andaluz en la procesión. – El misterio de la saeta. – Trasgos y duendes.

CUÁNTAS veces se han hecho ya las descripciones de una procesión en Sevilla? Si yo fuera á contarlas, no la haría ahora, de susto de pensar en las cosas bellas que ya se dijeron. Algo olvidaré, sin duda; que, con Manolita junto á mí, nunca supe yo darme cuenta de mis actos ni de nada de lo que me rodeó. Recuerdo, como principio, que la dama de la nariz, que no había chistado en todo aquel tiempo, dió un grito, de repente, que valió tanto como el concertante de la multitud. Aquel grito fué de ansiedad satisfecha, de aspiraciones logradas. Ni me había yo acordado de Gúdula siquiera: á no ser por su tremendo grito, hu-

biérase pasado la noche, seguramente, sin pensar que estaba con nosotros.

No fué suficiente la terrible espectación que había en el público para que yo apartase mi curiosa mirada de aquel tipo extraño de mujer. No podía convencerme, no podía creerlo. Nos oyó Gúdula hablar durante toda la tarde y un buen espacio de la noche; nos oyó hablar, digo. Hallábase á la izquierda de Manolita, y prensábamos á nuestro lindo Dios entre uno y otro: estaba tan cerca, y no abrió su boca para decir oste no ni moste. ¿Podría caber á una criatura felicidad más grande que la que yo sentía? Lo repito, no podía convencerme de que fuese aquella la que me desesperó tan sin piedad desde Alcázar á Córdoba. Lo cierto de todo es que hasta tal punto había llegado sobre mi espantoso verdugo *del tren* el dulce dominio, la suave voluntad de la encantadora Manolita, que ni hablaba ya siquiera como estuviera Manolita hablando. Al pensar entonces en Manolita y en la dama de la nariz, me acordé de esas rabiosas fieras á quienes domestica únicamente un bello canto ó una sonata grave y dulce. Pero ¡ay! en aquel grito fiero de satisfacción, adiviné que las grandes exaltaciones vendrían tarde ó temprano como dejara la fiera de estar bajo el dominio de la encantadora.

—¡Mira, mira por allí!—dijo febrilmente, después de gritar.

Miramos todos, y nadie se equivocó esta vez: la procesión llegaba: conocíase bien. Hubo un terrible y grandioso momento: fué como la última sacudida de un mundo que se hace pedazos, hundiéndose en las medrosas pavuras del vacío y en el silencio de la eternidad. De toda la masa enorme y negra que se estremecía con pesadez, surgió un murmullo semejante á un poderoso trueno que brotaba del fondo de la tierra. Fué una exclamación; fué una nota solamente que salía en concertante monstruoso de miles de corazones; fué el gemido de gozo de aquella gran fiebre de un pueblo que satura su alma, en tales días, con esos inmensos aparatos de religión. En ese minuto que duró aquel gran desahogo de los pechos, la ronca marejada subió poderosamente. Osciló la multitud como encrespada ola gigante, tumultuosa y negra. Todo el mundo quiso colocarse mejor. Las viejas, las mozas, las niñas, los chicos, removiéronse, en fin, para quedarse quietos como mudas notas fuera de cauce de aquella gran sinfonía. Escuché los pregones con más precipitación que nunca: las flores, los *torraos,* las *regañás,* las castañas pilongas, las cotufas, los chochos, los camarones. Ahora apretábase más el pregón porque ya nadie tenía ganas de comprar. Todos miraron á un punto, quedándose quietos. Ya que se acomodaron, fué calmándose el vocerío, y reinó el silencio: silencio que no se recuerda sin emoción por lo que impone y fascina: aquel silencio eternal y pavoroso del vacío. Dirigíanse todas las miradas hacia la calle de las Sierpes: había desem-

bocado la caballería. Montaba estos caballos la guardia civil. Caracolearon allí las bestias para hacer plaza, y oyóse de repente, como sordo rugido, el rumor de la muchedumbre que se apiñaba. Allá, lejos, resplandecían como tropel fantástico de mariposas de oro las llamaradas de los hachones, y herían la retina los reflejos que lanzaban los sables de los civiles; aquellos civiles que abrían paso á la procesión entre el apiñado pueblo. Rebulló la gente otra vez, en sombríos borbotones, al sentir las pisadas de los brutos, caracoleando; pero íbanse uniendo después hasta quedar la caballería como aprisionada en aquel mar de cabezas. Se movió la caballería, brillaron los sables de los civiles, brillaron también las chispas que arrancaban las herraduras á las piedras, y se replegó la multitud silenciosa.

La cofradía de que me acuerdo al hablar, porque no es posible hablar de todas, es la de la Virgen de la Esperanza de la parroquia San Gil.

Pasaron los civiles en primer lugar, tiesos, espetados, seriotes, con sus sombreros sin fundas, sus correajes relucientes, sus tercerolas y sus espuelas flamantitas. Un gran nazareno después, con amplísima túnica blanca y capa de la tela de la túnica, y antifaz de terciopelo verde, que es el uniforme de aquellos cofrades. Este nazareno conducía el estandarte de la hermandad, aterciopelado, rico, vistoso en gran manera. De los cordones del estandarte pendían grandes borlas, de oro también; y, como colgándose de los borlones, dos nazarenillos, pequeñines, monos, rubios, rizado el cabello, medio espantadas las pupilas, y muy formales y metidos á hombres. Y detrás, la doble fila de nazarenos, con sus largas colas, sus largos cirios, sus largas caretas de trapo; nazarenos cuya vista hacía pensar en aquellos inquisidores de antaño cuyo recuerdo estremece. El andaluz no recuerda nunca, sin inquietudes vagas, aquellas vestimentas negras ó de color con que le asustaron de niño. Hay algo, para el niño, de lúgubre y de tétrico en la figura del nazareno. Aquellos enormes agujeros de los ojos en el trapo de la careta, fascinan y conmueven como la sombría boca de un abismo que nos aterra y nos arrastra hacia su borde. Cuando el espíritu impresionable se va identificando con la solemnidad de la fiesta religiosa; cuando en fuerza del deseo, de ver y sentir su lado hermoso, se pierden de nuestro cerebro las notas chocarreras que vibran á su alrededor, y sólo nos fijamos ya en la bella y grandiosa fastuosidad de aquel inmenso aparato religioso; entonces quedamos cohibidos y presos de sensaciones distintas. No hay espíritu, por despreocupado que sea, que no se halle cogido un instante en esa red misteriosa del sentimiento, con las ideas de otros días dichosos de la infancia. Serán otras las flores que el ambiente perfuman, serán otras las caras que contemplamos, serán otros los penitentes que marchan con grave lentitud sosteniendo el cirio; pero el cielo de

Sevilla es el mismo, y aquellas hermosas imágenes de las andas son las mismas; con igual fijeza melancólica mira hoy el Cristo crucificado á la multitud que le reverencia cuando pasa; con igual terrible amargura las dolorosas y santas pupilas de la Reina de los Cielos fíjanse en el pecho traspasado del excelso hijo; les vemos como entonces. Pero ¡ay! ¡cuán distintas son nuestras ideas, al verla pasar, de cuando la veíamos desde los hombros de nuestros padres, confundidos entre la multitud! Hoy es cuando se duele uno de aquellos encantos perdidos, de aquellas dulces ilusiones de la niñez que murieron sin que podamos explicar cómo murieron ni por qué causa. Entonces contemplábamos al sayón y al penitente con supersticioso respeto, y los ojos, ávidos, fijábanse con curiosidad en aquellos rostros de los santos, que nos parecían curtidos y feos, y así eran las impresiones de nuestro corazón. Hoy les vemos pasar, entristecidos, porque nos recuerdan el ayer; hoy les vemos pasar con la amargura en el corazón, aquella misma amargura de la Santa Virgen por el hijo muerto; sólo que la nuestra es la amargura mundana del escepticismo que nos corroe, y la amargura de la Virgen es la del eterno dolor por el hijo á quien despedazó un pueblo cruel. ¿Comprendéis las diferentes amarguras de la Santa Madre y nuestras? Viendo pasar las cofradías no observaréis á un hombre que no esté conmovido. ¿Es por amor y por respeto? ¿Es veneración á lo que ve? ¡Ah! Yo me figuro que dentro de su alma, en su conturbado espíritu, que nada cree y que nada siente, reza una honda plegaria fúnebre, henchida de dolores por las grandes hermosuras muertas de su pasado de niño. Entonces solamente, podemos comprender la eterna raíz que la inconmensurable hecatombe del Gólgota dejó á través de los siglos, sacando de la triste comparación, nuestra pequeñez, nuestra corta vida, nuestra inutilidad; lo mísero, en fin, del polvo que nos sustenta.

Marchaban los nazarenos severamente, con mucha tranquilidad y mesura, algunos con la vela apagada. De trecho en trecho iba un municipal encargado de mantener el orden y de conducir este ó aquel sombrero de algún padre de la patria que con el cirio tenía ya cargamento de sobra. Corrían los hermanos mayores de arriba abajo, con sus grandes bastones de plata y oro, ordenando, disponiendo, hablando bajito con éste ó aquél. Canturreaban algunas viejas en voz melosa junto á los nazarenos grandísimos que conducían, pendiendo de los correones, las andas de los santos. Iban sudorosos los correonistas, jadeantes, con gran repiqueteo de horquillas en las piedras, paso dificultoso, jorobado el cuerpo, como arrepentidos de venir al mundo, por sus culpas ó por el peso que encima llevaban. Relucían majestuosamente los pulidos cráneos de sochantres, tenores y demás gente menuda. Asomaba por entre la multitud la faz amarillenta y churretosa de algún pillastre preparado para robar los ci-

rios. Percibíase sordo murmullo como zumbar de enorme colmena. Más próximo, el ruido de las horquillas, las pisadas, los ecos del canto, el de las oraciones de las viejas, el de las roncas cajas, formándose un todo imponente, magnífico, lleno de vaguedades y melancolías.



Aproximábase la Virgen entonces, y la expectación fué grandísima. Apareció, al fin, la Virgen bendita, la señora excelsa. Iba hermosa la Virgen: parecía muy pálida y con llanto del corazón en los ojos: tenía el manto tendido, las manos en ademán de súplica. Vi ángeles á sus pies y palomas sobre su cabeza. La rodearon de flores y de cirios que relampagueaban sobre el trono reluciente, sobre la corona de oro, sobre las joyas riquísimas, sobre la bordada túnica. Parecía marchar, entre los grandes hachones encendidos, como en nube esplendorosa. Se iluminó la calle fantásticamente con las bengalas de colores distintos. Llovían sobre la santa cabeza hojas de flores como copillos níveos y sonrosados. Vibraban las músicas, resplandecían las luces, y á sus ondulaciones fantásticas parecían retemblar los edificios y que toda la plaza se movía en gran balumba como enorme monstruo en mitad de los mares revueltos. Resplandecía el gozo y la beatitud en las mujeres y los hombres. Extendían las manitas á la Virgen los chiquillos de pecho, como dulces y blancos capullos de

rosas que le presentaban en holocausto de su pureza. Subía el incienso como el perfume de las flores, y arrancaban fulgentes destellos á las pupilas asombradas los grandes incensarios resplandecientes que iban y venían meciéndose á un lado y á otro, en manos de gente experta, como en el dulce balanceo de un deslumbrante mar de glorias. Subía, subía el incienso en nubes blancas, trayéndonos al corazón mística embriaguez de hermosas visiones, tiernos poemas y santos idilios. Siguió la imagen, y detrás de aquélla siguió otra, y después otra. Era un asombro, una maravilla. Sucedíanse los *pasos* como en la historia cristiana sucediéronse los mártires. Todas las andas con acompañamiento crecidísimo de penitentes, curas, cantores, doctos, todos rodeados de una inmensa profusión de velas encendidas, y rodeando todo esto, como un primero y más fuerte murallón, una montaña de hachones que se derretían con sus cuatro luces unidas, dejando en la calle gran reguero de cera. Estábamos como hundidos en un inconmensurable foco de luz que brotaba de todas partes; hundidos allí como en un gran círculo de oro, refulgente. Se perdía fuera de aquel radio la negra inmensidad: no veíamos el cielo, que parecía dejar gozoso que disfrutásemos por unas horas las alegrías de todas sus bellezas. Sentí el cuerpo de Manolita estremecerse de emoción y de entusiasmo sobre el mío, y todo aquel incendio terrible de luces que iluminaba la plaza pareció arder súbitamente en sus ojos. Me sentí ciego por un instante, humillado, vencido con aquel derroche de luz, de riqueza, de fastuosidad, de vida, de fanatismo. Vi centellear en los balcones los ojos y los diamantes de las mujeres. Parecían las mujeres, allí, en los balcones, con su atavío negro y sus ojos, que chispeaban como las reliquias de los santos fantasmas que se presentaron tras roto muro á la invocación misteriosa de la luz. En las fachadas de los edificios parecieron grabarse las espantosas siluetas de unos engendros que hacían contorsiones extravagantes, dando saltos y tumbos y yendo á pararse alguna vez allá en las gradas del Ayuntamiento, donde se distinguía lo más floreciente, lo más rico, lo más hermoso de las mujeres de Sevilla, como deslumbrante y fantástico *bouquet* de flores raras. Aumentaron las voces de aclamación, los ofrecimientos: vi resplandecer en muchos ojos bellísimos lágrimas de piedad profunda; vi muchas manos blancas levantándose hacia los cielos en ofrenda dulce; y, de repente, lo inesperado, lo inconcebible, lo monstruoso del sentimiento de la fe popular: la saeta. ¿Sabéis vosotros lo que es la saeta? Lo que hizo levantar sobre sus lindos pies á las esplendentes damas; lo que hizo asomar con profunda avidez las gentiles cabezas y los ricos bustos de las mujeres sobre los antepechos de todos los balcones; lo que hizo aletear inquietos á todos los espíritus; lo que detuvo en su marcha aquel grande y pesado cortejo religioso; lo que admiró y conmovió profundamente á la inmen-

sa multitud, imponiéndole silencio de muerte y arrancándole luego un grito de admiración, de piedad, de sentimiento, de fe, de amor sublime. ¡La saeta! Y ¿de qué pecho, de qué labios partió la saeta? ¿Fué un niño? ¿Fué un hombre? ¿Fué una moza? ¡Quién sabe ni qué puede importar! Salió del pecho unánime de aquella gran masa; salió del corazón del pueblo, de ese gran rey de la poesía; salió de allí como un rayo de oro disparado á los cielos; salió de allí como una centella de luz que iluminó rápidamente con destellos de lágrimas todas las conciencias. Fué el pueblo, el pueblo santo, que es el único que sabe donde están las fibras del corazón que con más armonías cantan: el pueblo, que canta y se queja, el que ríe y sufre, el de las grandezas y de los sacrificios, el que canta su fe y á su fe se acoge como á su salvación y á su alivio. Sí, es el pueblo el que lanzó la saeta, valiéndose, como intérprete, de la madre desgreñada, de ojos desencajados, de faz lívida, de manos nervudas y suplicantes, que se arroja de rodillas en mitad de la acera cuando la Madre de Dios pasa, y le pide, en la copla, con ronco grito desesperado, que le salve al hijo que agoniza en el lecho del dolor; la novia que, hundiendo la cabeza en el rico pañuelo de Manila para ocultar sus santos rubores, pide la salvación del amado de su alma, que está preso y cargado de cadenas; el niño de voz dulce y preñada de sentimientos, que pide con la carita pálida y asustada, desde los brazos de su padre, el alivio de la enfermedad que á la madre consume. Todo esto es lo que pide el pueblo en una copla que lanza á la Virgen cuando pasa. Se lo pide con una copla, que es la saeta. ¡Qué tonos escoge, qué vibraciones produce ese canto, qué armonías! ¡Oh, qué misterio tiene lo que la fe del pueblo sabe dar



á su palabra para que Dios la oiga y se apiade y le conceda lo que pide!

Pasó la última imagen, el acompañamiento, las luces; pasaron los músicos; pasaron las tropas con el arma á la funerala y acompasado repiqueteo de tacones en las piedras; pasó la multitud, detrás, como inmensa lengua oscura que salía de la calle de la Sierpe; pasó tiempo; pasó mucho tiempo; apagáronse las bengalas; fué alejándose la multitud por todos sitios como caldera monstruosa que de repente se vacia por distintas aberturas; desalojáronse lentamente los balcones y las aceras; vaciáronse también las sillas de un lado y otro; retiráronse las gentes: yo quedé allí, medio aturdido, medio deslumbrado, solo, sin que se acordase de mí persona alguna. Despedíanse Manolita y la señora de la nariz de los dueños de la casa, y los contados segundos que permanecí en aquella soledad del balcón, que hacía contraste con el apretamiento en que estuvimos, no sé qué cosas fuéronme pasando por el cerebro. Siempre me ocurría igual á la vista de las procesiones, y esta vez con mucha más insistencia porque las vi en Sevilla. En Málaga, donde yo las vi de niño, y ya también de hombre, hay cofradías al estilo sevillano, pero sin tanto esplendor y tanta majestad, aunque el efecto para mí era el mismo. Allí, solo, me apoyé en la baranda y quedé como si de repente me sumergiera en un sueño; pero pasó ante mí un tropel de visiones de distintas épocas, de distintos parajes, de distintas formas. Figúraseme hoy que fué aquello una gran procesión de fantasmas, cada cual con una fecha, con un aspecto, con un matiz, con una historia: tardes que declinan, sol que muere, noches tristes, espíritus bañados en lágrimas de pena, rumor de vientos, como quejidos de almas, consejas y ayes, torreones hechos pedazos, agua que surge, nieve que blanquea, historias de endriagos y maleficios; todo negro, enlutado y doliente, sin una luz como foco luminoso, sin una estrella con puras titilaciones que confortase y diese consuelo. Sentí toques lúgubres de campanas y aullidos de aves agoreras que se escondían en los ramajes cubiertos de nieve, de unos árboles sin retoños y sin hojas; y allá á lo lejos, no sé en qué mundos que adivinaba sin comprender, oí, á la par, gemidos y plegarias de penitentes negros. Crujían las armaduras, piafaban los caballos, retumbó el estruendo de blasones y palanquines que caían rotos. Antorchas funerarias ondearon, como banderas azules y rojas, sobre los minaretes de unos torreones renegridos; y caían á sus pies, expirantes, hombres de armas, rudos, viriles. Pasaban en confusión, como enemigos que huyen, obispos y prelados, cadáveres de reyes, ricos homes de fuero señorial, pajes, escuderos. Retemblaba la tierra al choque de lanzas y al rebramar fiero de timbales y clarines. Rodaban, como derrumbados por un torrente, monjes severos, libros santos, blandones amarillos, calaveras, damas esplendorosas, garridas, con manto y briales. Oí unos cantos bélicos, sinfonías roncas,

dulces serenatas. Sentí el aparato estrepitoso de juegos de cañas y torneos. Flotaron banderolas, y vibraban los aceros contra los arneses. ¡Oh Dios mío! ¡Qué plácidas memorias! ¡Qué dulces y amargas visiones á la par! ¡Qué ideas tan peregrinas! ¡Qué misterioso, qué hechicero encanto de blondas, de escarcelas, de pieles, de espadas, de tocas negras como alas de demonio, de femeninos atavíos, de flores y joyeles! ¡Qué tristes ornamentos de clavos, de sunchos, de puñales, de crucifijos, de cuñas, de ruedas, de hornillos incandescentes, de disciplinas! ¿Por qué pensé y recordé todo aquello? No sé lo que bramaba y ardía en todo mi ser. ¿Qué mundos, qué épocas muertas trajeron, á que vibrasen en mi alma, las procesiones de Sevilla? No lo puedo explicar, ni sé hasta dónde hubiera ido en aquellas locas fascinaciones á no sentir de pronto un golpecito en la espalda y una pura y dulce voz, la voz de Manolita, que me dijo antes de que yo volviese el rostro:

—¡Pero vámonos, hombre!





CAPITULO XXX

De la iglesia á los toros.-La Plaza de Toros y el Hipódromo.-Las ferias.-¡Ni aun á media noche!

PARECÍA palpitar mi espíritu en unos inconmensurables espacios llenos de la luz de la gloria. Las procesiones de Sevilla dejan en el corazón una huella indeleble: algo inmenso y majestuoso se nos figura que flota sobre nuestro ser, embargándole y saturándole de yo no sé qué hálitos inexplicables y serenos. Las procesiones de Sevilla son para el alma del andaluz lo que más le conmueve, lo que más le halaga, lo que más le llena de vanidades pecaminosas y de fe bendita. Las procesiones de Sevilla son para el andaluz, y para el sevillano sobre todo, la historia y la tradición dándose estrecho abrazo de amor entrañable. El corazón palpita de entusiasmo, y en el cerebro centellea el pensamiento que surge, abarcándolo todo: el fausto, la vida, el esplendor, el poderío. Las procesiones de Sevilla revelan el carácter de la Andalucía antigua lo mismo que

el caráeter de la de ahora. Parado en una esquina, ó puesto en un balcón, olvida uno los empellones, los apretamientos y hasta los puñetazos que recibe de algún impaciente que desea ponérsenos delante. Olvida eso, y todo lo más grande que pueda haber en el mundo, si no tiene relación con lo que allí ve, lo que allí palpita, lo real y lo fantástico y misterioso; lo plástico y lo intangible, al mismo tiempo, de la belleza y la majestad de las procesiones. No tiene uno alma, ni corazón, ni cerebro, nada más que para lo que ataca tan directamente á sus sentidos. Las risas y las lágrimas vienen en conjunto á retorcernos y emocionarnos: la risa por el dicho agudo ó la salida de tono de cualquiera de los concurrentes; las lágrimas por la fe bendita y sincera que ve uno en los demás, llevándonos á la creencia de que no es el mundo tan perverso como los modernos sabios del corazón afirman, ni estamos tan metidos en la porquedad de la gran ciencia del naturalismo como tres ó cuatro aseguran. Las cofradías sevillanas tienen su lado grotesco: no hay quien lo dude. Mejor que mejor, porque esa grosería sirve de equilibrio, en este caso, para que sea el jarrón de agua helada que en la coronilla nos echen. Con su lado grotesco y todo, las procesiones de Sevilla mueven de emoción y de respeto, uncifican y hacen llorar; eso sin que se cuente con la afición que tengamos á lo antiguo, á volvernos á otro ser, á otro tiempo, á otra vida, á otras costumbres: todo eso está representado en las procesiones sevillanas. Nuestros padres, nuestros abuelos, los padres y los abuelos de nuestros abuelos, han ido como nosotros á ver la cofradía: todos han llorado de emoción y han rezado evangélicamente: vemos pasar una imagen de rostro tostado, no por el sol ni por los aires, sino por los siglos, que es lo que más tuesta. Un santo ó una virgen de mejillas atezadas por los siglos nos hace pensar en el cristiano sentimiento de otras épocas; y el ánimo, sin quererlo nosotros, se recrea y se fascina, se conmueve, se va á otros mundos, y ve las manos que hace muchas generaciones ponían capullos odoríferos de rosas en el trono del santo ó de la virgen, y ve los hombres que en aquel tiempo, legendario casi, llevaban las andas de esa imagen, y ve los cirios que en aquel tiempo la alumbraron, y las caperuzas de los penitentes, y oye las saetas y las plegarias de las hembras devotas.

Yo no sé qué impresiones eran las de mi corazón después de la vista de aquellas grandes manifestaciones de fausto religioso: impresionábanme y conmovíanme de un modo extraño. Tenía en mi pecho así como un perfume glorioso de misticismo y amor puro de los cielos. ¿Habéis amado alguna vez con un santo delirio á una mujer cristiana, pura, hermosa y honesta, con todas las seducciones de una educación brillante, unido á lo que antes dije? ¿Habéis concebido por ella una pasión grande, inmortal, pura y digna, en fin, de la mujer

que la inspiró? ¿La habéis visto partir, llorando, sin esperanza de volver á verla? ¿Habéis recorrido después los lugares en que otros días dichosos la habéis visto? ¿Se os ha llenado el alma de un éxtasis bendito, amargo y dulce á la vez, recordando, con estremecimientos de dolor y con oleadas de bienestar en toda la sangre, como baño puro y suavísimo, las gloriosas escenas, los misterios de amor tranquilo? ¿Creísteis oir alguna vez el ruidillo suave de su falda, figurándoos ver en el horizonte una silueta confusa que surge y que se borra para surgir de nuevo? ¿Habéis creído encontrar una misteriosa semejanza con el eco de su voz en la última nota de la campana del templo donde habéis oído misa con ella? ¿Habéis sentido esa alegría melancólica, ese dejo amargo, ese malestar dulce, esa nostalgia deliciosa de la bendita y dulce mujer á quien adoráis? Pues bien: eso era lo que yo sentía, aunque parezca extraño y extravagante; eso era lo que yo sentía en mi corazón cuando recordaba las procesiones, algunos días después.

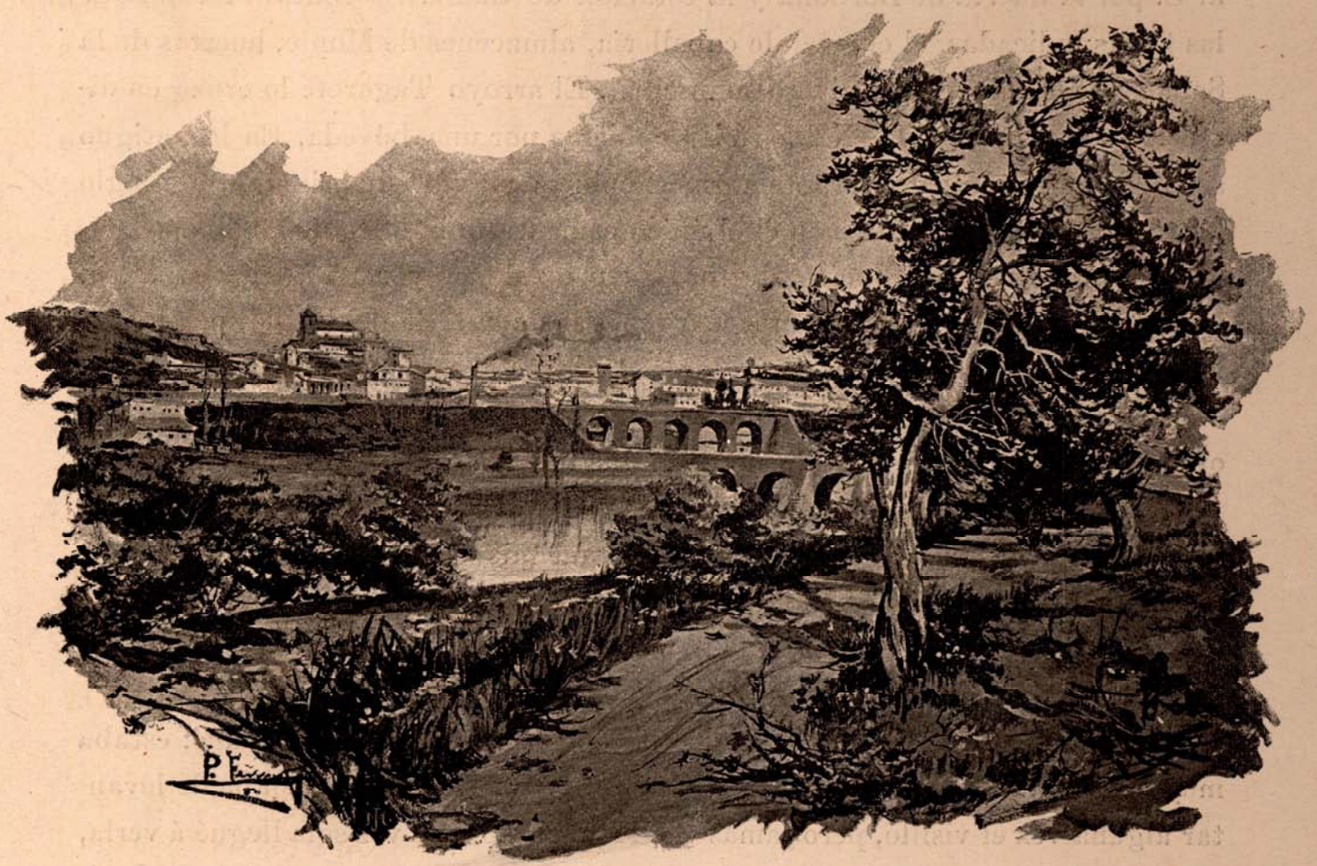
Y luego, enfrente, rodeándolas, junto á todas esas impresiones, otras que las atropellan, que las arrollan, que las hacen levantar de pronto para hundirlas con más precipitación: los toros. ¿En qué ciudad, en qué pueblo, en qué villa española hay Semana Santa sin toros, función religiosa sin que esté teñida de sangre de fiera, ó de sangre humana, porque el torero muere alguna vez, á la par ó antes que el toro? Este mundo es gigante, ya lo sé: es lo infinito y lo que podría presentarse en países extraños hasta como monstruoso; pero digan lo que digan, piensen lo que piensen y hagan lo que hagan los demás, es bello, y fantástico, levanta el espíritu aunque parece brutal, le posesiona de valentías y grandilocuencias, le entusiasma, le lleva al frenesí; y es porque la ardiente sangre española, la sangre noble, la hidalga, la pura, la quijotesca, necesita de esas grandes ebulliciones, de esas terribles sacudidas, de esos contrastes de sol y de tinieblas, para equilibrarse, para vivir y para fortalecerse. ¡Ay del español que no sea cristiano! ¡Ay del español que no goce de ver embadurnada de sangre la arena del circo! ¡Los toros! Entre todo aquel esplendor y aquel bullicio de la plaza; entre aquel clamoreo gigante de la multitud alegre; entre aquel rugido de placer inmenso de la muchedumbre que precede al rugido de la fiera al sentir el aguijonazo; entre aquel tono vigorosísimo y ardiente del sol que caldea los semblantes hasta parecer congestionados; de los millares de cabezas que se ven en las gradas; del rojo y el amarillo de los mantones; del gris y oscuro de los sombreros; de los abanicos que forman todos en todas las manos, sostenidos en la misma actitud, un toldo inmenso de menudos retazos de colores que rodea la grada sobre la misma frente de la multitud; entre aquel concertante monstruoso y bullanguero; entre aquel trueno

prolongado de voces, de gritos, de risas, de aullidos de cólera; entre aquel vistoso concierto de trajes de seda y oro y plata, de las cuadrillas; y en el brillo del estoque del matador, y en los encajes de la mantilla de la andaluza, esos encajes como ondas de un sombrío mar lleno de tremendas negruras y dulces voluptuosidades á la vez, esos encajes por donde asoma el rayo potente de unos ojos magníficos, de unos ojos que amenazan tempestades horrendas y locos idilios de los amores de los cielos; en todo eso, poético y espiritual, gigante y avasallador, enérgico y puro, atrevido y loco, deslumbrador y magnífico; en todo eso, y en la tierra que lo está sustentando, y en el cielo que lo cobija, y en el sol que lo alumbra, y en el hálito que le hace vivir y respirar; en todo eso parece que flota algo del perfume extraño y simbólico de las procesiones que acaban de pasar, y recuérdase, con un agrado indescriptible, el incienso de las iglesias, el chisporrotear de los cirios, la unción de los penitentes y un no sé qué de misticismo que nos llena el alma, al mismo tiempo que retumba en los espacios el tremendo bramido de la res que cae súbitamente herida por el certero estoque.



A propósito de los toros, conviene decir algo del circo taurino de Sevilla. Sitúase á la margen izquierda del Guadalquivir, en el barrio de Baratillo, entre los de Carretería y Cestería. La Plaza de Toros, que es muy bella y tiene capacidad para 14,000 personas, se construyó en 1760 por la Maestranza de Caballe-

ría. Su redondel es el más grande que se conoce en España, aunque lo redujeron en 1877 en unas importantes reformas hechas al local. Otro de los grandes espectáculos de aquellos fueron las carreras de caballos, que tanto dislocaban á la señora de la nariz. No fué posible faltar á un solo espectáculo de aquellos. El Hipódromo es magnífico, y se construyó en los llanos de Tablada en 1874. Los llanos de Tablada están muy próximos á Sevilla, sobre la margen izquierda tam-



bién del río. Dirigió las obras el ingeniero y arquitecto D. Antonio Capo. Las carreras de caballos se verifican no solamente en el mes de abril: suelen repetirse en noviembre, y hay en estos días grande animación en la ciudad.

Volviendo al asunto de las ferias, puede decirse que las más notables de la provincia son las de Mairena y de Alcalá de Guadaira, que tienen lugar en el mes de abril, el día 25 la una y el día 29 la otra. En el mes de mayo las hay: en Sanlúcar la Mayor el día 1.º, en Cazalla de la Sierra el 3, en Osuna el 13 y en Lora del Río el 30. El día 6 de agosto la hay en Olivares, el 15 en Cazalla de la Sierra, Morón y Utrera; el 16 en Constantina. Durante el mes de setiembre, en Marchena el 2, en Utrera el 8, en Lebrija el 10, en Puebla de Cazalla el 12, en Ecija el 21, en Coria del Río el 25, en Cantillana el 26 y en Sevilla el 28. También están la del 1.º de octubre en Santiponce, y la de Manzanilla, que tiene

lugar el primer domingo de junio. Pero la hermosa, la espléndida, la principal de Andalucía y de España, la que tiene renombre en todas partes, es la feria de abril en Sevilla, que asienta sus reales en el Prado de San Sebastián, campo muy ameno que se encuentra al SE. de la población. Mide 45 hectáreas. Se limita al N. por las tapias de la huerta del Retiro y foso de la Fábrica de Tabacos, al S. por el arroyo Tamarguillo, al O. por las tapias de los Jardines de San Telmo, y al E. por la huerta de Borbolla y la estación de Cádiz. Lo rodean, además de las fincas indicadas, el cuartel de caballería, almacenes de Monje, huertas de la Salud y de Caminos, y el vivero municipal. El arroyo Tagarete lo cruza en dirección aproximada O.—NE., si bien cubierto por una bóveda. En lo antiguo sirvió de enterramiento durante algunas epidemias, y desde principios de siglo hasta el año de 1852 estuvo en él el único cementerio público de Sevilla.

Con todo eso tan bonito, de toros y procesiones y carreras de caballos, estaba yo hasta los pelos, y empecé á renegar de la feria de Sevilla, por lo que me traía y me llevaba la sin par Gúdula. Habíase acostumbrado de tal manera á que yo hiciese lo que se le antojase, que no se daba momento de reposo en ordenar lo de aquí y lo de allí, sabiendo que iba á ser obedecida al punto.

Estaba yo rendido aquella noche y me acosté apenas llegué á la fonda. A la vuelta de la Tejadilla, otra vez comenzaron mis conversaciones con *Seferino,* que me comunicó muchas novedades, entre ellas la de que aquel caballero que guardaba el vientre debajo de la mesa para comer, había tenido un cólico que por poco se lo llevan los ángeles.

La noche á que aludo no quise hablar con *Seferino.* Ya dije por qué: estaba muy cansado. Después de nuestra vuelta de la Tejadilla, yo no dejaba de levantar alguna vez el visillo, pero jamás vi á Manuela: ni una vez sola llegué á verla, no ya en el balcón, sino detrás de los cristales, durante mi permanencia en Sevilla. Cuando iba á su casa, la que más me atendía, la que más me agasajaba, era ella. Se comprende: su educación era el colmo; su delicadeza grandísima. Afortunadamente, yo la comprendí, por intuición nada más y no porque me asemejase á un tipo tan moral y tan perfecto como aquél. Manuela hacía todas aquellas demostraciones de agasajo conmigo, dentro de su casa, no por ella, sino por sus padres. No era á mí, era á ellos, de quienes tenía la representación siendo la única de la casa que lo podía hacer; pero en cosa que yo pudiera comprender que de ella podía emanar directamente, eso no: por esa causa procuró entonces, como nunca lo hizo, que yo no la viera desde mi balcón. Por aquellos días empecé yo á figurarme que Manolita se atrevió al fin á hacerme la revelación de sus amores porque yo no me enamorase de ella, haciéndome así comprender que no me correspondería. Así, pues, al convencerme más tarde, fué cuando la admiré más. Mano-

lita quería á Pepe como se quiere en el mundo para sufrir, esto es, amando con toda su alma, con pasiones, con vehemencias, con luchas, siempre en la batalla, el cielo y el infierno dándose besos y bofetones; y llegó á quererme á mí (lo confieso con orgullo) como se quiere para no sufrir, como se quiere á un hermano.

Quedé dormido al instante. Recuerdo, y no lo olvidaré nunca, que soñé aquella noche cosas estupendas. Aunque no esté fijo en mi imaginación todo el sueño, lo que no podré olvidar nunca es una visión que contemplé, un espectro, mejor dicho, de undosa cabellera blanca, de faz amarillenta, de pómulos salientes, escueto, horrible, asqueroso. La pesadilla, la gran pesadilla mía de aquella noche, consistió en que aquel fantasma era Manolita, la dulce, la delicada, la pura, la hermosa, la jovial Manolita; aquel portento de Dios, aquella gala del mundo, aquel alarde de la Naturaleza. ¡Oh! ¡No quiero recordarlo!

Me despertó un ruido extraordinario, me incorporé en el lecho y me pareció como si una gran plancha de plomo pesase sobre mis pulmones. Medio aturdido y medio asfixiado, seguí oyendo aquel estrepitoso ruido á que me referí. Producíalo alguien golpeando furiosamente la puerta. Cuando me fuí haciendo cargo de la cosa, pregunté de mal humor:

—¿Quién va?

—Abra V.

¿Sería posible? Creí haber reconocido la voz de la dama belga.

—¿Quién va?—pregunté de nuevo.

—Yo, hombre, yo. Abra V.

No había duda: era la señora de la nariz. ¡Gran Dios! ¿Sería posible que ni á media noche, cuando estaba uno durmiendo como la gente y entregándose al descanso como corresponde después de un día de perros; sería posible que ni entonces me dejara en paz la terrible señora? Me olvidé de todo en aquel momento: olvidé que por ella conocí á Manolita, olvidé que por eso mismo pasé aquella feliz temporada en el campo en compañía de Manuela y sus padres, olvidé todos los méritos, en fin, que yo había ido encontrando en la endemoniada Gúdula para que me fuera siendo más agradable, y renegué de todos los belgas habidos y por haber.

Súbitamente me sentí estremecido de un pavor y una congoja horribles. ¡Ay! No le perdonaré nunca á la dama lo que sufrí en aquel segundo. Se fijó de pronto en mi cerebro la idea de la pesadilla que tuve. Pensé en lo inoportuno de aquella hora para venir á buscarme, aunque fuese la dama belga, y supuse que Manolita había enfermado otra vez, que Manolita había muerto. Me eché de la cama de un brinco, encendí luz prontamente, fuí á la puerta, abrí:—¿Qué hay?—pregunté ansioso.

—¡Uf! ¡Caballero, sea V. más decoroso! ¿Qué modo es ese de presentarse á una señora?

Me escondí entonces tras la puerta, sumamente corrido, y la rabia me ahogó en aquel instante. Cuando la señora no me dijo desde el primer segundo que á Manolita le pasó algo, era porque no le pasó nada. Entonces, cuando con aquella idea sola tuve yo la convicción de que mis temores fueron vanos, me encolericé como nunca, sentí escalofríos de rabia contra la detestable mujer, y, por vengarme del modo mejor que podía, salí arrogantemente de detrás de la puerta para que la señora me viese bien. Pueden Vds. figurarse lo ridículo de mi figura. No hay cosa que más estúpida me parezca que una mujer en ropas menores; pero un hombre, es lo último que puede haber ya.

—¡Caballero!—gritó la dama.—¡Quítese de delante de mí!

—Yo no me he puesto, señora: ha sido V. con venir en este instante, que me parece muy poco oportuno.—*Seferino* hallábase detrás de la dama y reía como un condenado, aunque quería disimular para que no viésemos que faltaba á los respetos debidos.

—Vístase V.,—dijo la dama airadamente.

—¿Que yo me vista?

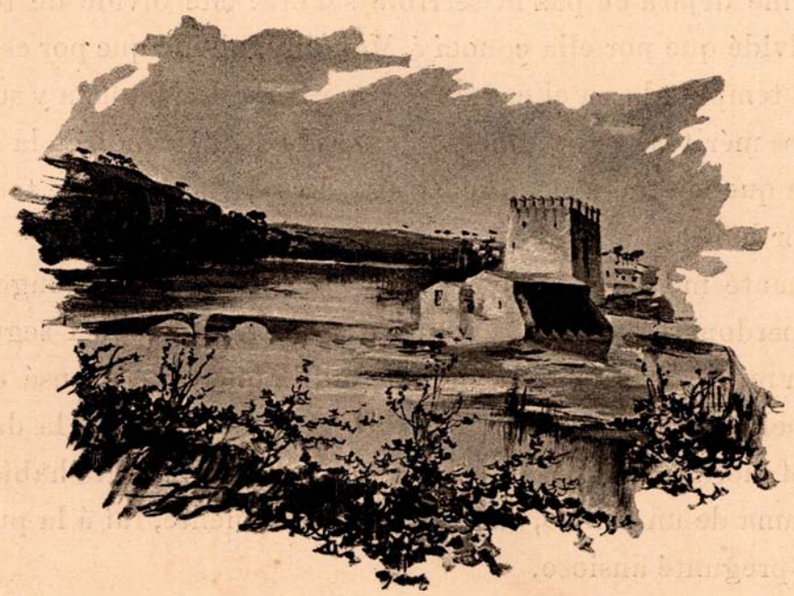
—Sí, caballero, sí, que le estoy esperando.

Fuí á la mesa y miré el reloj.

—¡Señora, por María Santísima, que no son todavía las dos de la madrugada!

Volví para decirla eso, y no la encontré allí. Desde la escalera, conforme bajaba, me gritó, sin cuidarse de despertar ó no á los que dormían:

—¡Abajo le espero!





CAPITULO XXXI

La Fábrica de Tabacos.-Calles y casas célebres.-Historia de los teatros.-Las columnas de Hércules

No hubo otro remedio: me vestí y bajé seguidamente. La dama belga estaba en el patio, muy arrellanada en una mecedora y leyendo un periódico á la gran luz del quinqué. *Seferino*, sin chistar, hallábase de pie junto á ella.

—Y bien, ya estoy vestido,—dije con el humor que os podéis figurar.

—Salgamos,—contestó Gúdula entonces. Se levantó, se cogió á mi brazo, miró á *Seferino* de un modo que le hizo entrar en respeto, como si la mirada de un dios cinocéfalo hubiese clavado sus pupilas, que relampagueasen de pronto, sobre uno de sus fanáticos y sombríos admiradores.

Salimos, y sin cóleras, sin exaltaciones, dije así á la dama, sobre poco más ó menos:

—Yo nunca, al hablar con V., he faltado á los respetos y á las atenciones que á una señora son debidos. De algunos actos de V. me reí, no más,—en serio lo digo;—que si una vez ú otra me puso V. de mal humor haciéndome oir cosas que sabía ó cosas que no tuve ganas de escuchar, todo pasó al instante. Debo á V. la gratitud de haber conocido á una familia tan noble y tan respetable como es la familia de Manolita; debo á V. la gratitud de haber conocido á Manolita misma; y más aún, lo que tal vez V. no haya pensado: el que haya V. hecho

confianza de mí sin conocerme, hasta el punto de juzgarme digno de llevarme con V. á esa casa, hacerme vivir en ella como un amigo de toda la vida, como un pariente, como un deudo. Por todas esas causas de gratitud á V., de respetos y de simpatías, permítame V., señora, que la hable francamente: no obra V. bien obrando así. Todo lo que hasta hoy hizo fué extravagante, superficial. Pudo haber pasado como pasó; pero ¿le parece á V. (por su reputación de V. y por su tranquilidad se lo digo)... le parece á V. sencillo y natural lo que alguien pueda haber creído viéndola á V. meterse en un establecimiento público, despertando á los criados y haciéndose visible de tal manera, con el solo objeto de buscar á un hombre?

Quedó ella callada largo tiempo, y exclamó después en un tono que me pareció muy extraño:

—Todo lo que V. ha dicho me parecería muy bien si lo fuera. Yo creía á V. un poco separado de las vulgaridades de la vida. No quiere decir esto que yo viva separada, pero sí que tendría yo un gran placer en poderlo conseguir. Cuando estoy en países desconocidos es cuando más me agrado á mí misma, porque puedo vivir como yo quiero. Déjeme V., pues, que haga lo que se me antoje, que tiempo suficiente me queda para volver á la esclavitud horrible de vivir y obrar por la opinión de los otros cuando vaya otra vez á donde me conocen y á donde están pendientes de lo que yo hago. Por de pronto, me gustan su rectitud y su nobleza de V. Créalo, amigo mío: porque yo obre así con V., no se figure que obro de la misma manera con los demás. Si algún día se le antojase dudar de mi honradez porque mis actos exteriores puedan inducirle á ello, reflexione, para devolverme así su estimación, que los padres de Manolita, y Manolita misma, son almas honradas, espíritus puros, que me estiman, me aman y hasta me respetan. Eso debe á V. bastarle para que no vea en mis actos nada indigno ni poco noble. Sea V. mi amigo, contentándose con tener una amiga tal como yo lo soy.

Había tanta sencillez, tanta dignidad y tanta nobleza, no precisamente en lo que Gúdula dijo, sino en la manera que de decirlo tuvo, que hasta me sentí por vez primera dominado y como cohibido junto á la dama. Guardé silencio: no dije una palabra ni para excusarme ni para insistir en lo que dije. Estoy seguro de que hasta me arrepentí en aquel momento de haber tratado alguna vez con cierta ligereza á esta mujer verdaderamente extraña. Nunca la había oído hablar así.

¿Comprendió Gúdula, quizás, lo que por mí estaba pasando? No puedo decirlo, y me limitaré á contar sencillamente, como hasta aquí lo hice, lo que hablamos aquella noche y lo que pasó, contentándome con ser cronista fide-

digno, como sucedió en todo lo que escribí: aunque algunas veces haya podido resultar inverosímil, yo doy mi palabra honrada de que todo es cierto.

Tomó nuevamente la señora de la nariz su tono acostumbrado.—¡Bah!—dijo.—Con todo eso, no sabe V. todavía para lo que vine á buscarle.

—Usted dirá.

—Es muy sencillo: para que vea V. Sevilla á la luz de la luna.

—¿Y para eso nada más?

—Es V. un ingrato. ¿Le ha parecido poco quizás? Entonces es mentira que V. sienta, que V. ame, que V. sufra, que V. llore, que V. rece: V. no es artista, ni tiene corazón, ni tiene sentimientos.



—Pero ¿por qué es todo eso?

—Porque sí, porque debe ser. A V. debía importarle poco dormir ó no dormir, oirme hablar mucho ó verme callada como una muerta, andar de noche ó andar de día, con tal de que todo redunde en bien suyo y en los conocimientos que pueda adquirir de esta población, porque yo se los dé ó se los den otros.—Estábamos en la calle de San Fernando.—Vea V. eso,—añadió señalando el grande edificio de la Fábrica de Tabacos.—Mire V. cómo ilumina la luna al ángel

de la trompeta: parece que está para anunciar al mundo y á los cielos que la gracia de Dios existirá en Sevilla y en Cádiz y toda Andalucía mientras haya mujeres como las que entran y salen por ese gran portalón.

Aquel símil, la verdad, no me pareció muy propio; pero yo no quise decírselo á la dama. Puede que me equivocase yo; pero consistiría sin duda en que estaba yo acordándome de otro símil un tanto rabioso, pero que tiene la gracia y el desenfado de aquel carácter. No me atrevo á decirlo, pero no habrá sevillano, con seguridad, que no lo recuerde al leer estas líneas. Con estas ideas me acordé entonces de una visita que hicimos á la Fábrica de Tabacos. Es un grande edificio al que me refiero. Los planos de esta construcción los hizo un Wandembourg. Empezáronse las obras bajo la dirección del mismo, y se concluyeron en 1757 por Catalán y Bengoechea. Da al este la fachada principal del edificio. Fórmase la portada de dos cuerpos de orden compuesto, y ostenta unos relieves con alegorías de aquello mismo á que el edificio se destinó, con los bustos de Cristóbal Colón y de Hernán Cortés. Sobre el frontispicio del segundo cuerpo elévase una estatua que representa la Fama. El pueblo la denomina *el ange*, y la trompeta del *ange* de la Fama es la del símil de la señora de la nariz y la del otro símil del vulgo sevillano. Según dato que vi más tarde, la construcción de este edificio costó 37 millones.

Pero no es ciertamente el edificio, ni su arquitectura, que nada tiene de particular, lo que más atrae, si uno se detiene allí cinco minutos á las ocho de la noche, por ejemplo, ó por la mañanita, cuando Dios amanece. Si es malagueño, ó conoce á Málaga bien, se acordará al instante de la tejedora. Encanta y fascina el espectáculo. Aquel gran portalón de piedra y hierro escupe sin cesar centenares y miles de mujeres: algunas pálidas, dulces, tímidas; otras morenas, ardientes, apasionadas. Quita uno los ojos de una bandada para ponerlos en otra. Salen de allí á borbotones, como en olas elevadísimas que rompen con grande estrépito, y se extienden hacia un extremo y otro de la calle de San Fernando. De aquellos cerebros salen, mientras, agudezas y donaires que parecen rayos de luz brotados del fondo mismo del mar. Allí es donde se ve á la andaluza, y allí está lo grande, lo típico, lo hermoso. Aquella es la raza, con polisón, es verdad, con polisón y vestido largo y tacones de *carrucha*. Pero no le hace: aquello es andaluz en las facciones, en los ojos, en el andar, en el gesto, en la frase. Y rompe una oleada, y otra luego, y después otra. Allí van mujeres y mujeres, la sal del mundo, la alegría de los cielos, la sangre que vibra, la pólvora que se dispara. A un lado y á otro de la puerta hay un corrillo de mozos, esperando cada uno á la suya. ¡Ay! La juventud sin amor es el día sin sol y la noche sin estrellas. Allá van juntitos ambos, con rabietas ó con dulzuras, amán-

dose hasta las entrañitas de una manera y de otra. Allá van calle abajo ó calle arriba, devorándose con los ojos aunque se destrocen inhumanamente con la palabra. Llevan ellos su gorra de seda tendida hacia adelante, su chaqueta ó su blusa, su pantalón pegadito á la carne y sus zapatos muy pintureros. ¡Bah! El mocito del pueblo andaluz me desagrada. Los que yo he visto me parecieron chulos, y, para chulos, la verdad, tenemos de sobra con los de Madrid. La mujer andaluza es ella siempre: la impresionable, la salerosa, la noble. Ella se ha



modernizado también; pero no le hace: bajo su vestido de corte irreprochable, que cae en pliegues sobre la punta de su pie diminuto; y bajo el mantón que la cubre toda, como queriendo, loco de rabia, hacerla desaparecer para siempre; bajo una cosa y otra, destácase la andaluza del pueblo como en la mitad de una noche oscura sábese en Sevilla que estamos cerca de una plaza porque llegan á nuestro corazón los azahares de sus naranjos. Me acordé entonces de Amicis porque me acordé de cuando estuve en la fábrica algunos días antes. No encuentro yo á mis paisanillas tan exageradotas para eso de los colorines en el vestir, ni dentro ni fuera de los obradores; pero á Amicis le ocurre lo que á muchos escritores meridionales, no ya de España, sino de Francia también, que escriben y escriben y echan embustes, faltando á la realidad como les parezca bonito lo que escribieron.

Me alejé de allí con cierto pesar, y no puedo explicaros el motivo. Ya no me acordaba de la escena de mi cuarto después de despertarme Gúdula. Ya no me acordaba tampoco de mi sueño ni de ninguna cosa, porque aquella noche

tranquila y dulce y aquel paseo nocturno disiparon de mi imaginación todo lo que no fuese del instante. No puedo yo decir precisamente los nombres de las calles que atravesamos. Parábase Gúdula á cada momento, dándome explicación de una cosa ó de otra. No sé de dónde había sacado tanto aquella mujer. Yo, y cualquiera lo mismo que yo, puede ir á un libro y enterarse de ciertas cosas: hasta puede tomar apuntes de ellas; pero ¿y la memoria para retenerlas, pudiendo decirlas en cuantas ocasiones se le antojase? Aquella noche me ilustró especialmente en infinidad de nombres de sevillanos famosos; me contaba la vida, los hechos, la profesión de cada uno; enseñábame á lo mejor una casa, contándome á seguida la historia de ella, quién vivió, quién murió; hablábame de la arquitectura de este edificio ó de aquél, del nombre de tal ó cual calle, su tradición ó su historia; en la calle de Santa María la Blanca me habló de una casa donde existe la colección de azulejos árabes construídos en el barrio de Triana, hace dos ó tres siglos. El palacio del marqués de Palomares, en la plaza del duque de la Victoria; la casa del de Villapanes, en la calle de Santiago. En la calle de Tabaras me salió al instante con la famosa relación de la sin par D.ª Estrella de Tabaras, en cuya casa existe aún el postigo por donde entró el rey D. Sancho, y el lugar donde Busto de Tabaras mató á su esclava por haber abierto al rey el famoso postigo. En esa misma casa estuvo más tarde el tribunal de la Inquisición. En la plaza del Cardenal Lluch se burló á su albedrío de las infamias arquitectónicas del palacio del obispo y de aquel estilo plateresco que envenena. En la calle de Zaragoza me enseñó la casa de Santa Teresa. Me parece recordar que tiene dicha casa el número 66 ó 68. Según me dijo Gúdula, en aquel lugar fué erigido el primer convento de Santa Teresa de Jesús en 1576. Viviendo aún la ilustre reformadora del Carmelo, trasladáronse las reclusas de su fundación al edificio que hoy tienen, llamado *las Teresas*. La casa de la fundación la reconstruyeron hace pocos años, salvándose de los restos doce columnas, dos preciosos techos de artesonado y un pedazo de gran riqueza artística de otro. Vimos la torre de la Plata y la torre de Abd-el-Aziz. De la una me dijo mi compañera que está erigida en el lugar donde estuvo el Postigo del Carbón: es idéntica casi á la del Oro; de la otra, llamada generalmente Torreón de Santo Tomás, díjome también que en ella habíase levantado, según la tradición, la primera insignia cristiana después de la reconquista. Allí estuvo hasta que entró San Fernando en Sevilla el 22 de diciembre de 1248. Por esta causa tuvo igualmente otro nombre en remotos tiempos: el de Torre de la Victoria. Yo no pude ver nada de dicho edificio por la oscuridad que allí había; pero afirmó la señora de la nariz que se pueden observar en sus remates preciosas reminiscencias arabescas.

En una circunstancia había tenido ocasión de fijarme: en los muchos edificios destinados en Sevilla al culto católico.

—En 1810,—me dijo la dama belga,—habían 148 que podían sumarse del modo siguiente: la Catedral, 3 parroquias, 45 conventos de hombres, 31 de mujeres, y 41 entre ermitas, capillas, santuarios é iglesias de hospitales. Ahora habrá 102 ó 104: la Catedral con 29 parroquias y 2 auxiliares, 1 convento de religiosos, 21 de religiosas, 18 iglesias de conventos, 33 iglesias y capillas, y otras que yo no recuerdo.

Una pregunta hice al *sábelo-todo:* tenía yo deseos de que me dijese algo de murallas y de puertas.—¡Bah!—exclamó Gúdula perezosamente.—Con Sevilla pasó como con todas las antiguas ciudades fuertes: rodeábase de murallones. Hace sesenta años, y aun menos, existía aún mucha parte de muralla, hasta el punto de haber todavía quince puertas. Todas fueron cayendo con motivo del ensanche. Hoy no queda nada de aquello, ó muy poco, que es lo mismo: el trozo que V. ha visto ya, que coge desde la puerta de la Macarena hasta lo que da frente á Capuchinos. De esas quince puertas, sólo dos existen: la del Postigo del Aceite y la de la Macarena. Sitúase ésta al norte de la ciudad y conduce al barrio. Por allí entró D. Fadrique el día que murió por orden de D. Pedro, en 1358.

Delante del Teatro de San Fernando me dijo así Gúdula:

—Sevilla ha sido quizás la población española donde con más ahinco se persiguieron los teatros. Sábese que existió uno entre fines de 1500 y principios de 1600, y que se situaba en el patio de la Montería de los Alcázares. También había un viejo teatro en el siglo XVI. Y digo viejo, aunque no sepa cuando se edificó, porque en 1614 habíase ya incendiado por sexta vez, y, por muy poco tiempo que echasen en reconstruirlo la media docena de veces, y en suposición de que no corrieran mucho los alarifes, es lógica la creencia de que se podrían sumar algunos años. Todavía se incendió otra vez en la citada fecha de 1614, concluyéndose su reedificación en 1631. En 1674 fué arruinado nuevamente, reedificándose por vez octava, y dió representaciones hasta 1679. Fué cerrado á causa de la peste. Se abrió, por fin, para un espectáculo de muñecos. Creyendo el público, por no sé qué razón, que se quemaba otra vez, salió espantado, aplastándose en la salida doce personas; y fué derribado á poco.

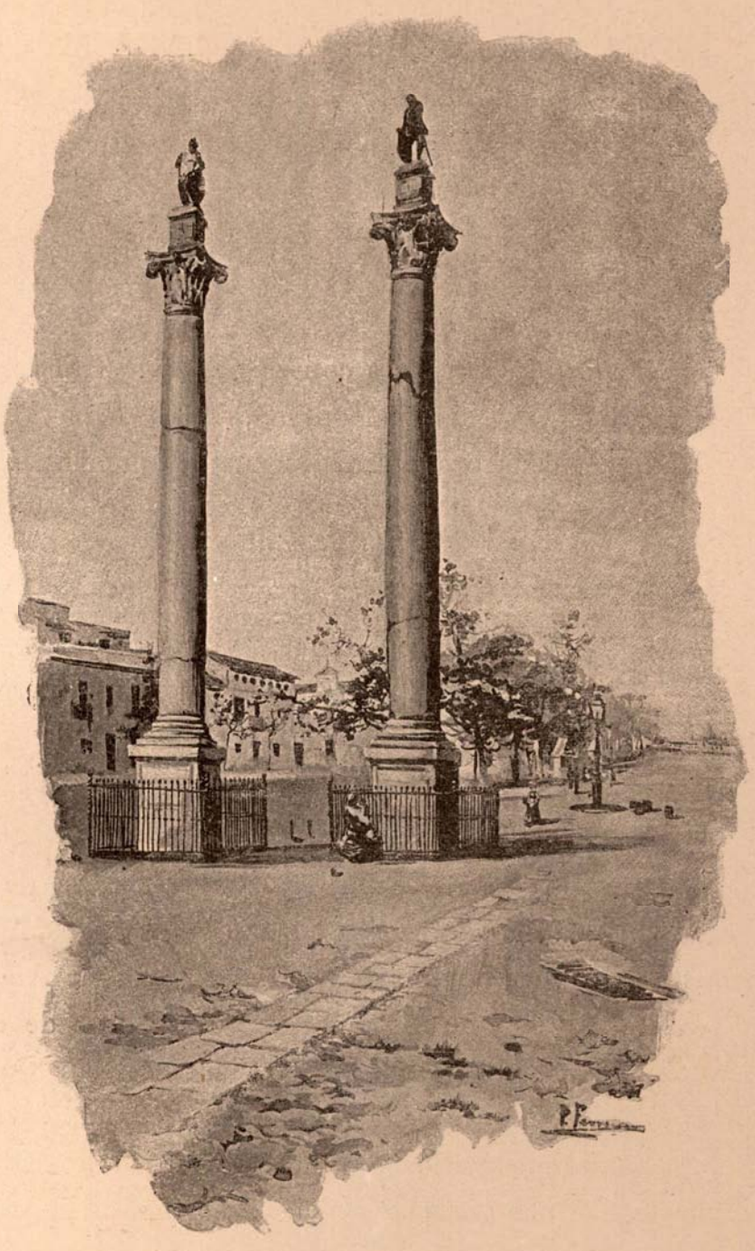
Este teatro se llamaba el Coliseo. Un siglo permaneció entonces Sevilla sin teatro por el recatamiento y la pudibundez de las familias de aquella época, por el miedo, además, que todo el mundo tenía recordando las trágicas historias del Teatro del Coliseo, y porque las autoridades de Sevilla tampoco eran gustosas en ello, condenándolos con multas enormes é impidiendo la represen-

tación de las principales obras si algún osado se permitía levantar la cabeza. En el último tercio del siglo XVIII hubo al fin un asistente muy ilustrado, don Pablo Olavide, que autorizó de nuevo la representación de comedias. Él mismo mandó edificar, aunque no pudo verlo concluído, un teatro de gran magnificencia en la casa de los duques de Medina-Sidonia. Mientras se concluía aquél, hizo uno provisional de madera junto á Santa María de Gracia, y otro en la calle de San Eloy. Cayó este Olavide, y el Ayuntamiento, influído por la gente de iglesia y los particulares de excesivo celo religioso, mandó cerrar los dos teatros provisionales y paralizar las obras del Teatro de Olavide.

La furia contra los teatros duró aún hacia 1795. Se presentó en esa época, en el Ayuntamiento, una señora con una cédula del rey autorizándola para establecer uno. La Municipalidad, sorprendida, solicitó del monarca revocación de la gracia hecha á esta señora, que se llamaba Sciomeri. El rey contestó —*No ha lugar,* y el Ayuntamiento, despechado, puso gran número de individuos que en algunas noches consiguieron destruir hasta el último cimiento del Teatro de Olavides. Creía la Municipalidad que la Sra. Sciomeri desistiría de tal modo de su empeño. Animada ella por una segunda real orden, tomó á tributo unos solares de los señores Guadalcázar en la calle de la Muela, construyendo el Teatro Principal, que se estrenó con la comedia *El Maestro Alejandro.* Se declaró en 1800 la fiebre amarilla, y con este motivo el Ayuntamiento tuvo ocasión de cerrar el teatro sin idea de que se abriese más; pero pasó la epidemia, y la empresaria acudió nuevamente al rey y obtuvo otra real orden autorizándola no solamente para dar comedias, sino operetas, tonadillas, sainetes y bailes, lo que produjo en Sevilla un escándalo feroz de protesta, sin que dejase por eso de ir á la función ningún nacido. Se abrió, pues, el teatro con la representación de la ópera francesa *La Posaderita,* y estuvo así hasta 1808, en que la Junta de Sevilla lo cerró. Se abrió en 1810 por orden de José Bonaparte, y continuó hasta 1830, cerrándose con motivo del cólera de que se vió invadida la ciudad. Procedieron entonces á su reedificación. Se crearon, además, desde 1821, los teatros de San Pedro, de Hércules, de la Misericordia, de la Campana, de San Hermenegildo, de Guadalquivir, de Vista Alegre y de San Martín. Todos han desaparecido y sólo quedan los actuales, cuyos nombres le dije cuando veníamos en el tren.—

Me pareció de interés la historia del teatro en Sevilla, y se me representaba la figura de la Sra. Sciomeri como otra terrible dama belga que se salía siempre con su gusto. Pensando así, llegué con Gúdula á la Alameda de Hércules. Es un hermoso paseo que se sitúa al NE. de la población. Tiene á la entrada dos grandes columnas de granito, de inconmensurable altura. Se co-

ronan respectivamente con las estatuas de Julio César y la divinidad gentílica. Estas columnas y estatuas son hallazgos de excavaciones, y de gran mérito por su antigüedad. Del inagotable almacén de memorias de Gúdula salió esta bellísima fábula sobre la fundación de Sevilla, que recordó á la vista de las columnas de Hércules.



—Esta fábula,—me dijo,—es de la *Crónica general* de Alfonso *el Sabio*. Algunos historiadores, y Madrazo uno de ellos, la copian, condenándola por inverosímil, y es tonto eso: todo el mundo que la lea, de más lo supondrá, pero admirará las dulces bellezas del estilo de su autor. Después que Hércules hubo vengado en los Geriones la traidora muerte dada á su padre Osyris, recogió los miembros de éste, y, dándoles honrosa sepultura, «corriósse con sus naves por la mar, fasta que llegó al río Bethis, que agora llamamos Guadalquivir, é fué yendo por el río arriba fasta que llegó al logar do es Sevilla poblada, é siempre iba catando por la rivera á do fallaría un buen logar do poblasen una gran ciudad, é no fallaron otro ninguno tan bueno como aquel do agora es poblada Sevilla. Entonces demandó Hércoles á Alas el estrellero si faríe allí la ciudad. E él dixo que ciudad avríe allí muy grande, mas otro la poblaría, ca non él. É cuando oyó esto Hércoles, ovo gran pesar, é preguntóle qué ome seríe aquel que la poblaríe. E él dixo que seríe home honrado, é más poderoso que él, é de grandes fechos. Cuando esto oyó Hércoles, dixo que él faríe remembranza, porque

cuando viniesse aquél, que sopiesse el logar do avíe de ser la ciudad. E Hércoles, de que non pobló á Sevilla, puso allí seys pilares de piedra muy grandes, é puso en somo una muy grande tabla de mármol, escripta de grandes letras que dezían assí:

AQUI SERÁ POBLADA LA GRAN CIUDAD

»É en somo puso una imagen que tenía la una mano contra Oriente, é tenía escripto en la palma

FASTA AQUÍ LLEGÓ HERCOLES

»E otra mano tenía contra yuso, mostrando con el dedo la tabla.»

De aquí,—añadió la dama,—parece que Lorenzo Sepúlveda tomó, según Madrazo, asunto para aquel romance que empezaba:

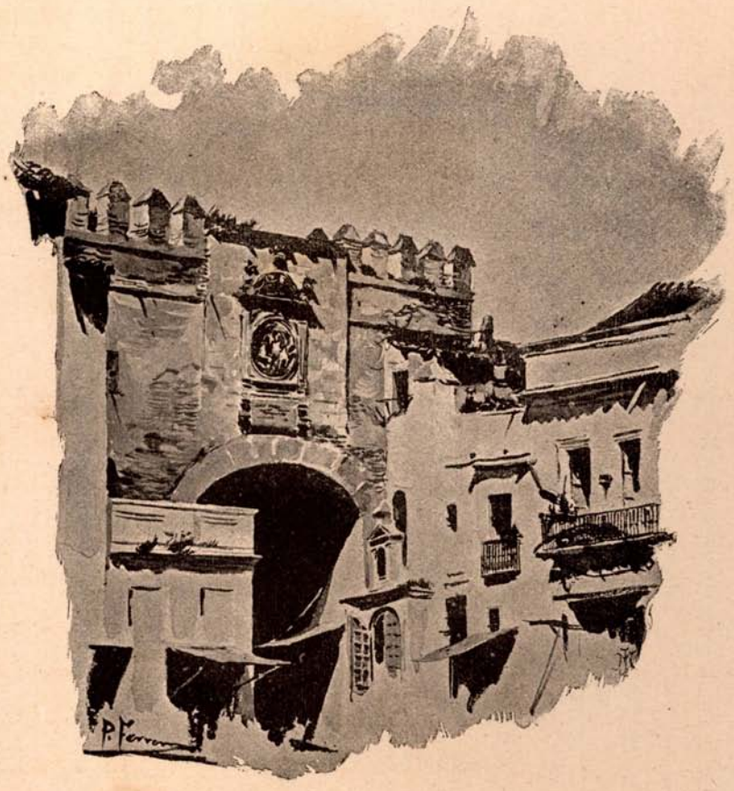
Hércules el esforzado,
muchas lides ya vencidas,
á Sevilla la nombrada
hizo nueva venida,
que no era poblada entonces,
sino desierta y esquiva,
y, visto el sitio y postura,
seis pilares le ponía...

En fin: lo malo es, aparte de la belleza de todo eso, que hubo quien lo creyó; y aseguran varios autores, Pedro de Medina y Ortiz de Zúñiga entre ellos, que las columnas de Hércules de esta Alameda, son de las que el semidiós había dejado en memoria. Lo que hay de cierto con referencia á dichas columnas, es lo siguiente: Estuvieron en San Nicolás hasta el reinado de Pedro *el Cruel*. Fueron entonces al Alcázar cuando su reedificación: se rompió una y se abandonaron todas, quedando en un hospital, cuyo nombre no recuerdo, hasta 1574, en que D. Francisco de Zapata, ilustre asistente de Sevilla, construyó la Alameda, colocando á las columnas esas estatuas, que son del siglo XVI.

Anduvimos bárbaramente de un lado á otro de la población, y una vez y otra confieso que estaba ya alegre. Habíame acostumbrado un poco á oir á la dama belga, y habíase acostumbrado ella un poco también á hablar menos de prisa. Me cansé mucho de andar, pero no me aburrí, porque á cada paso me salía una anécdota de la dama, un nombre célebre, una tradición ó una extravagancia. Todo lo que me contó Gúdula es un mundo que no cabe

en mi cerebro. Me enseñó la plaza de San Bartolomé, la casa del célebre Mañara en la plaza de Ponce de León, el palacio donde nació el marqués de Cádiz, célebre por sus guerras con los moros, ese palacio que fué de los duques de Arco. También vivió y murió más tarde en él, por el siglo XVIII, la venerable Catalina de Herrera. En la calle de Cervantes vi la casa donde murió el Padre Lista. En la calle del Escarpín me dijo Gúdula que allí fué muerto á puñaladas, en 1630, D. Fernando Melgarejo, célebre veinticuatro de Sevilla. En la del Garzo, me afirmó que había muerto, en la casa número 17, la condesa de Sales, aquella famosa por lo que hizo figurar su nombre en las conspiraciones y la guerra de los Siete años.—Vea V.,—exclamó la señora de la nariz en una calle que se llama de Jesús;—aquí están las oficinas de la Subinspección de Ingenieros Militares. Éste fué convento de religiosas Agustinas. En este edificio están todavía los baños de las reinas moras. En el número 6 vivió el gran poeta y dramaturgo duque de Rivas cuando residió en esta ciudad.

Calló Gúdula y seguimos nuestra marcha silenciosamente. Mi corazón empezó á oprimirse, y figúraseme hoy que fué aquello preludio de las grandes y nuevas impresiones que muy pronto iba á experimentar.





CAPÍTULO XXXII

A la luz de la luna.-La romería de Torrijos.-Al pie de la cruz.-Los sepulcros de la Capilla Real.-El callejón del Agua y la vieja del candilejo

No puedo yo decir precisamente la hora que sería en aquel punto: sí es cierto que esa noche vive en mi memoria y vivirá siempre. Siento yo en mi alma así como un vago aliento que tiene parecido muy grande con el que se aspiraba en aquellos sitios medrosos y poéticos á la vez. Como un principio de las impresiones nuevas á que aludí, recuerdo perfectamente que, cuando la dama guardó silencio, nos encontrábamos en el Puente de Isabel II, llamado por el vulgo *de Triana*. Yo no sé cómo pude encontrarme allí, ni pude tampoco explicármelo, hasta que reflexioné cuerdamente que con las zancas de mi amiga, á quien yo tenía que seguir, pueden salvarse con mucha prontitud todos los espacios. Nos hallábamos en el puente, y allí me detuve de pronto, diciendo á Gúdula que era aquello una atrocidad y preguntándole á dónde íbamos.

Entonces ella pareció volver en su acuerdo de todas las elucubraciones á que se hubo entregado y con una ingenuidad deliciosa, para vista únicamente, exclamó encogiéndose de hombros:

—Ni me acordaba ya por dónde íbamos: dispénseme V.

Volvimos atrás y no dije una palabra ni tuve tiempo de protestar en mi interior siquiera, porque siguió hablando así con cierta melancolía que me agradó bastante.

—¡Qué sentimientos tan distintos nos hace experimentar la vista de una misma cosa! El puente me da pena esta noche, y le digo que nunca me pasó eso al atravesar por aquí. Vea V.: á la luz de la luna, semejase el puente á una gran culebra que estira en dirección recta sus anillos para atravesar el Guadalquivir. Sólo se escucha en esta silenciosa quietud el rumor del río, como un largo plañir del monstruo porque no puede vadearlo. Recuérdame esta soledad, este silencio, esta calma imponente de tumba, los días en que este lugar se encuentra animado hasta producir asombro. ¡Oh ley de los contrastes! Estos días son los cuatro domingos de abril, en que hace el pueblo la romería famosa de Torrijos. Agloméranse para pasar por aquí, á la calle de Castilleja, toda la población sevillana. Esos domingos son la última palabra del jaleo y del escándalo de la alegría. Van por aquí mozuelas, mozos, viejas y viejos, chiquillos, muchachas de todos los corrales, de todas las casas, de todos los pisos, de toda la población: pasan por aquí en coches, en carros, en carretas, en burros, en mulas, vistoso todo, ornamentado de flores, de cintas, de flecos, de encajes, de palmas; y así van á buscar la Ermita del Cristo, allá á la carretera. Hace algunos años, la primera vez que yo vine á Sevilla, era más vistoso aún el espectáculo de la variada y alegre multitud al atravesar el puente. Ya ha decaído bastante. Me acuerdo, como si lo viera, que ante mis ojos, á dos metros de mí, ocurrió una escena muy cómica, pero que no me hizo reir por los funestos resultados que tuvo. Iba una moza en una borrica. Andaba el animal muy poco, porque no vi nunca bichos más antipáticos. La moza iba fresca, arrogante, feliz, alegre; su rostro parecía un clavel, y sus cabellos un jardín de flores. Pero la borrica no andaba: aquello era un suplicio. No andaba, y los otros compañeros de la moza íbanse adelantando. La mozuela iba furiosa: hasta me pareció con ganas de llorar. De pronto vino un zagalón con un tremendo garrote. Lo enarboló fieramente, y descargó el garrotazo sobre el animal, mientras exclamaba:

—¡Arre, siquiera, por la rosa e Mayo que lleva ensima!

El animal dió un horrible bote. La mozuela no supo sostenerse y cayó; pero cayó con tal desgracia, que murió en el acto de un fuerte golpe que se dió en la nuca. ¡Pobre mozuela! Yo la vi tendida en mitad del polvo. Su rostro, coloradísimo un minuto antes, estaba amarillento como su mantón de Manila. Las rosas que adornaban sus cabellos hacía un minuto, desprendiéronse en la caída, y, sucias con el polvo, rodeaban ahora la cabeza gentil del cadáver como un último y triste ornamento.



¡*Jarre* burra... *po* la rosa *e mayo* que lleva *ensima*!

Volvíamos como sabéis, en tanto que Gúdula contó lo de la romería de Torrijos, y me encontré súbitamente en la Plaza Nueva.

Quedó á la izquierda la parte antigua del Ayuntamiento, y seguimos por la calle de Génova, que es de las mejores de Sevilla: hay también en esa calle, como en la de las Sierpes, muchos y elegantísimos comercios.

De la calle de Génova salimos á la del Gran Capitán, conocida generalmente con el nombre de *las Gradas*. En silencio aún, seguimos rodeando hasta pasar por la calle que se forma con la Lonja y la Catedral. Delante de la fachada de la Lonja hay una cruz de piedra, erigida allí como símbolo de respeto, como testigo santo de las contrataciones y ventas; como emblema, en fin, de la fe de los comerciantes que allí hicieran sus negocios, y como cristiana musa que inspirase á los honrados padres de familia que trabajaran para el porvenir de sus hijos.

Quedó Gúdula un poco rezagada, mirando hacia la Lonja, y yo avancé hasta encontrarme junto al pedestal de la cruz. Al pie mismo del símbolo cristiano quedé inmóvil, como en éxtasis, de la grandiosidad que ante mis ojos parecía, y me refiero en este punto al efecto que me causó la contemplación de la parte alta de la Catedral. Mis ojos estáticos dirigíanse allá, á las agujas atrevidas, largas, negras, como sombrías estalactitas hechas por los genios en las profundidades del abismo. Sentí una impresión vaga y extrañísima, un sentimiento indefinible. Aquello era placer y congoja á la par: era la alegría de aquel espectáculo grandioso y el terrible sentimiento de no tener alma bastante para que todas las impresiones sublimes que aquello producía cupiesen en ella. Era un pavor infinito, un respeto santo, un amor glorioso, lo que yo sentía entonces, á no sé qué espíritu grande y superior que parecía girar en redor mío. En estas impresiones había también entusiasmo febril, admiración profunda, acatamientos humildes á memorias antiguas, á nobles tiempos históricos, á benditas grandezas nacionales, á los espectadores de reyes que en mi honda impresión creí yo que paseaban melancólicos por aquellos altos torreones; á los farolillos de luces melancólicas como lágrimas de la muerte, en aquella profunda y negra soledad; los arcos esbeltísimos y las agujas como flechas disparadas á los cielos. Volvía yo la cabeza á menudo y costábame trabajo decidir la partida. En aquellos altos pilares negros creía yo contemplar pupilas rutilantes en los huecos carcomidos de enormes calaveras; creía yo contemplar labios desdeñosos, colosales armaduras, en cuyos aceros vibraba el aire como salmodías lúgubres; mantos que flotaban: algo espantoso y bello á la par, puro y sombrío; algo grande y embriagador. Ese encanto divino de la poesía de la historia se apoderó de mí, como la locura se apodera

del cerebro. Detrás quedaba el monumento de piedra de la Lonja. Al lado derecho veíanse confusamente, formando ángulo con la Catedral y la Lonja, los muros renegridos y los chatos torreones del famoso Alcázar; y yo, como otro hombre de piedra, convidado por Dios para que admirase su obra, permanecía mudo y estático, los ojos fijos y el corazón suspenso, allí, junto al pedestal, cobijándome, como una bendición divina, con los brazos de la cruz.

Contando yo á Gúdula estas impresiones, me dijo que á ella le sucedía igual.—Yo también creo contemplar,—exclamó,—en esas alturas fantásticas las sombras de los hombres y las mujeres ilustres que duermen en las tumbas de piedra de la Basílica. La Capilla Real, que no ha podido V. ver, puede decirse que es de orden romano con reminiscencias plateresca, é hizo los planos Martín Gainza. Es grandiosa verdaderamente. Se exorna con doce estatuas de piedra representando los reyes del Viejo Testamento, de tamaño natural, que trazó Pedro Campaña en 1553 y la construyeron Lorenzo Vao y Demetrio Campos. Las doce figuras sitúanse en el arco de entrada, que se cierra hasta la cornisa con un enorme enrejado de hierro que remata con la figura de San Fernando á caballo, de tamaño mayor que el natural, á tiempo de recibir las llaves de Sevilla, que le entrega Sxataf. A un lado y á otro se encuentran los sepulcros de Alfonso X y de la reina D.ª Beatriz. Al pie del altar donde se venera la imagen de Nuestra Señora de los Reyes, en urna de plata y resguardado por una verja de bronce, está incorrupto el cuerpo de San Fernando. También está en esa capilla la Virgen que llevó Fernando III á las batallas en el arzón de su caballo. Entre la capilla y su panteón están los enterramientos de San Fernando, Alfonso *el Sabio,* su madre D.ª Beatriz de Suabia, la otra reina D.ª María de Padilla, don Pedro *el Cruel,* su hijo D. Juan, el infante D. Fadrique de Trastamara, los infantes D. Alfonso y D. Pedro de Castilla, hijos de Alfonso XI, y el conde de Floridablanca. Hay más enterramientos de personajes de la historia, aunque yo sólo recuerdo, además de los ya dichos, los huesos de los caudillos que acompañaron á Fernando III en la conquista de Sevilla, que se hallan en la Capilla de la Concepción Grande desde 1520.

Acabó Gúdula y seguimos un poco hasta dar con el muro del Alcázar, un muro blanquecino y legendario, como los que flanquean la Catedral. La Catedral y el Alcázar parecen allí dos viejos venerables que miran desdeñosamente la Lonja, como el hombre maduro mira alguna vez al mozalbete sin experiencia. Al pie mismo de la muralla, como los antiguos juglares al entonar sus trovas, quedé yo un poco para contemplar por última vez los encajes fantásticos de aquellas agujas de los altos de la basílica, y entonces fué cuando contuve trabajosamente un grito de admiración. Proyectábase la luz de

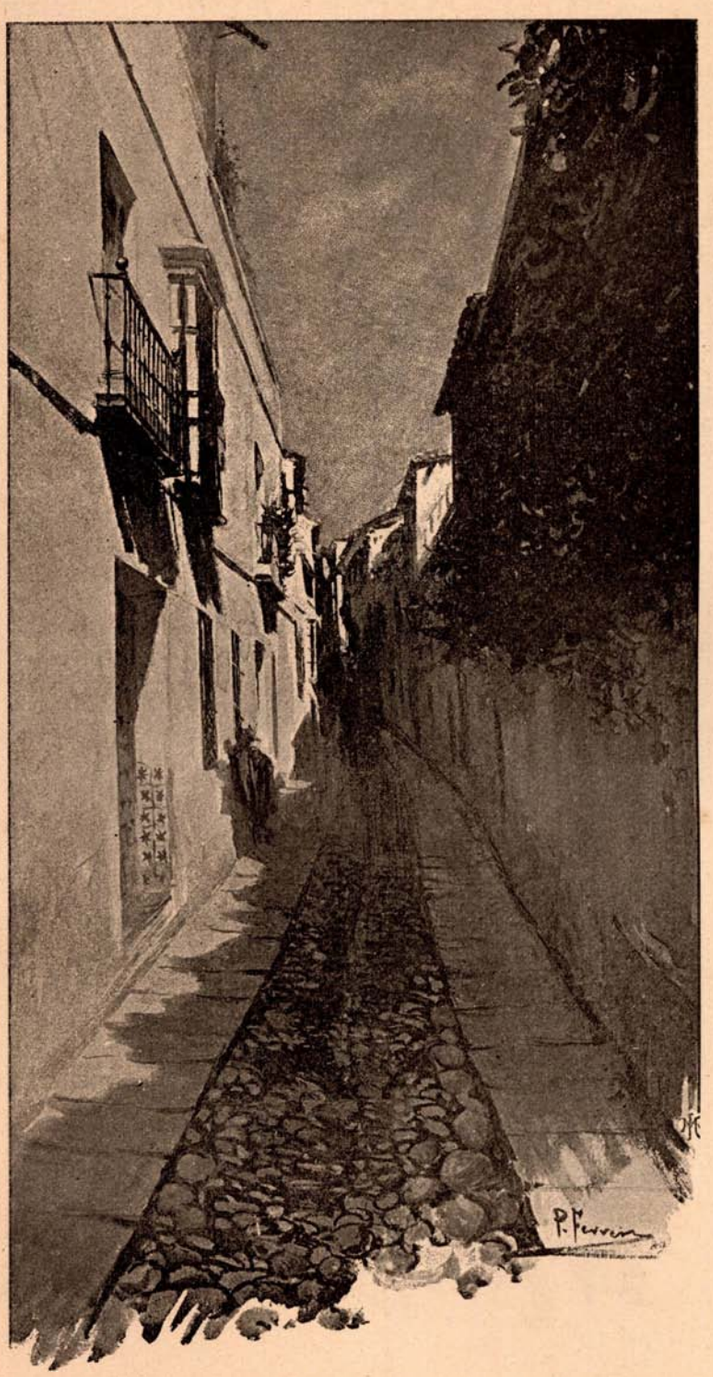
la luna vigorosamente sobre aquel divino poema del ornato. Resplandecían las agujas como en los cementerios resplandece de noche el lustroso hueso de las osamentas con la llamarada misteriosa del fuego fatuo, pareciendo entonces aquellos largos picos, recortándose fantásticamente en la altura, tropel de dedos siniestros señalando á arriba para desafiar la grandeza de Dios.



Sentí la mano de Gúdula sobre mi hombro, y, al fijarme en ella conmovido, vi chispear en sus pupilas las lágrimas del entusiasmo. El espíritu de aquella mujer era un misterioso poema del arte. Entonces no habló: entonces guardó un silencio que tenía mucho de respetuoso y contemplativo. Sabía de más que no tenía en aquel punto que explicarme nada. Aquel rayo de luna, iluminando las fantásticas agujas góticas de la basílica, no necesitaba fechas ni historia para entrar en el pecho y fijarse allí, porque era perdurable y santo como la ley suprema del gran Espíritu que nos creó.

¡Oh divino encadenamiento de las cosas! ¡Oh ley terrible de los contrastes! Allí, como dos espectros, permanecíamos en la sombra que el viejo muro proyectaba en el suelo. Ningún ruido se oía: era un silencio absoluto que aplanaba el corazón. Venía á nosotros un fuerte perfume de los naranjos de la plazuela, aquella plaza triangular formada con los tres viejos edificios, que quitaba de nuestra imaginación toda idea del tiempo actual. Yo creía

que el espacio se poblaba súbitamente de fantasmas que descendían hasta unirse á nosotros; fantasmas representando á los seres de otras épocas que salían de sus tumbas de granito para volver á sus hogares, á su familia, á sus costumbres, á sus amores. Todo tornó, en aquel punto, al ser de hace algunos siglos. Sentí rumor de espadas, y el eco dulce de las trovas llenó lánguidamente el amoroso aire cargado de perfumes, que acariciaban con lúbrica pereza mis ardientes labios y mis cansados ojos. Por el negro y sombrío murallón coronado de almenas vi asomar los cascos de hierro, crujió el coselete al golpe de la lanza, y, por una estrecha abertura de allá del fondo, centelleó la mirada infinita de amor y resignaciones de una esclava ó de una reina. ¿Sabéis vosotros el efecto que en este punto puede producir el tono lento de una campana? Es lo infinito, lo inconmensurable. Y ¿sabéis vosotros el efecto que en esta gran postración divina y dulce de todas las potencias puede producir el rumor que de pronto se escuche de risas argentinas de mujeres, el menudo taconeo de un zapatito y el crujir de una almidonada enagua? Esa impresión no puedo explicarla yo: explicáosla vosotros. El recuerdo nada más, me estremece y me aturde.



Sí: aquel silencio supremo que me llevó á otros mundos, á otras épocas, á

otros seres; aquella fascinación lánguida, hermosa y grande; aquel reposo absoluto y feliz de muerte y vaguedad, de grandezas y de misterios; fueron interrumpidos de pronto por las carcajadas de unas cigarreras que pasaron por allí á sus domicilios: venían de la fábrica, según supe después, de velar en su trabajo, hasta última hora de la noche.

—Adelante,—dijo la dama belga lacónicamente.

Avanzamos por el Patio de Banderas, introduciéndonos algunos minutos después en el callejón del Agua.

Era un callejón conforme en todo con el espíritu de allende los siglos, que parecía alentarme á mí aquella noche; un callejón estrecho, techado, misterioso, sin empedrar, resbaladizo, lúgubre, con arcos viejos y un Ecce-Homo con su lucecilla siniestra que hacía estremecer; un callejón con toda la terrible y pavorosa hermosura de los antros malditos, lleno de ventanas y balcones microscópicos, raquíticos, oscuros. Otra vez creí ver asomar por algún sombrío boquerón de aquellos la cabeza gentil de una mujer que hablaba á escondidas con su amante; otra vez creí escuchar rumores de armaduras, tic-tac de aceros. Me sentí poderosamente impresionado. El callejón tenía cinco revueltas en treinta varas: cada ángulo hacia en el techo una cúpula octógona. Los ángulos que se formaban en la revuelta me parecían, y tal vez lo hayan sido, antiguos calabozos del Alcázar, taladrados después de unos á otros por la furia del pico, formándose de esa manera el callejón.

Fuera ya de este lugar verdaderamente típico, costeando el muro siempre, nos internamos en el barrio de Santa Cruz, y creo (no quisiera equivocarme) que fué por la calle de la Pimienta. Casucos viejos, sombríos, destartalados; callejas sucias, imágenes en las esquinas ó en las paredes con lucecillas macilentas, y, como contraste vigoroso, sobresaliendo por los bardales de las tapias, grandes montones de yedra aquí y acullá. Esto era lo que veíamos siempre. Dimos en la calle del Lloro, tuerta, larga, oscurísima... metiendo, en fin, ganas de llorar. Pegado contra la pared había un bulto que me dió muy mala espina.

Yo toqué á Gúdula con un codo, como advirtiéndola un peligro, y acorté la marcha maquinalmente.

—Ande V.,—me dijo Gúdula, muy bajo;—es uno que pela la pava.

En efecto: pasamos muy cerca, y vimos en una oscura celosía dos centellas que debieron ser los ojos de la amada. Se ocultó inmediatamente aquel reflejo á nuestra vista, por la cabeza del hombre, que parecía empotrada en los hierros de la reja, como todo su cuerpo parecía empotrado á la pared.

No me detuve para contemplar la poesía que aquel grupo borroso pudiera

presentar, por miedo á un estacazo del amante; porque en el barrio aquel, y á tales horas, suelen repartirse estacazos de todas clases y para todos los gustos.

Dejamos atrás la plaza de los Venerables, internándonos por callejuelas y más callejuelas: íbamos á la ventura. En medio de aquel mutismo cavernoso sentíamos alguna vez, con eco espeluznante, la voz del sereno, el rápido pisar de un transeunte trasnochador, el crujir de un postigo, y otras veces, consolador y dulce, el rumor de castañuelas y de guitarras. Recuerdo perfectamente la calle de los Abades y la calle de los Ángeles: blanca ésta como una paloma, ancha al principio, con su cuadro de Animas después en un ángulo que forma, para angostarse bruscamente y convertirse en callejón estrechillo y tortuoso como la conciencia de los que en el cuadro de Ánimas purgan. Dimos después en la calle de los Mármoles. Allí, en un viejo casuco á medio derruir ó derruído del todo, había clavadas en el suelo, hasta la mitad, tres columnas inmensas. Iluminábase aquel sitio con la luna y se proyectaban las tres sombras inconmensurables y fatídicas sobre el costado decrépito del edificio.

—Vea V.,—me dijo la dama de la nariz;—hace ya tiempo que esas columnas están ahí. Voy á decir á V. una de las cosas que á mí me dijeron, y que, como verdades, las leí en algunos libros que hablan de Sevilla: esas columnas parece que son hermanas de las que V. ha visto en la Alameda de Hércules, ó, por lo menos, de aquí dicen algunos que fueron sacadas aquéllas.

Hablando íbamos todavía al llegar á la calle de la Cabeza del Rey D. Pedro. Muy conocida es la historia que da el nombre á esta calle. En un espacio reducidísimo de ella concurren la del Almirante, la del Hoyo, la de la Carne, la del Corral del Rey, la de Plasencia y la del Candilejo, estrechas todas, oscuras, sombrías como bocas de abismos. En el frente que forma la esquina de la división cortada, de la que es hoy calle de la Cabeza, con la del Candilejo, hay un casucho con una tabernilla; un casucho chiquitín, viejísimo y cascarrioso. Encima hay un balconcillo miserable. Aquella casa dicen que es la del candilejo; aquel balconcillo destartalado y dificultoso, por donde se asomó la curiosa vieja, observando á la luz de su candil á los que combatían en la encrucijada: conoció que el matador era el rey por el ruido que le hicieron las canillas al huir.

Acabó Gúdula de contar aquello, señalándome con una mano el casuco y el balconcillo.

—Vea V.,—añadió, conduciéndome hacia la otra esquina;—ahí está el busto del rey, en ese nicho, en conmemoración de la cabeza que el mismo rey mandó poner como un ejemplo de su justicia.

Calló la dama, todo quedó en silencio, ocultóse la luna rápidamente... Ni una

voz, ni una pisada, ni un eco. Las seis bocacalles, como otras tantas fauces negrísimas de monstruos que se abrían para tragarnos, infundíanme malestar profundo. Silencio siempre, soledad medrosa, negrura, mutismo frío y desconsolador. De repente se oye un agudo chirriar de puerta; más allá brilla una luz... ¿Qué era aquello? Me estremecí: ¡el chirriar de la puerta me pareció el ruido de las canillas del rey; la luz que brillaba, la de la vieja del candilejo!





CAPÍTULO XXXIII

Historia de un chichón.—El Alcázar y la casa de Pilatos.—Malas impresiones.—Últimos paseos.—Estrellas sevillanas.

No extrañaréis que me hubiera levantado bien tarde al día siguiente. Aquel día me estuvo poniendo *Seferino* en pormenor de las personas nuevas que había en la casa, las que se habían marchado, las que se iban á marchar, y me extrañó mucho que no me hubiese dicho, en su afán de decirlo todo, las personas que iban á hospedarse en lo venidero. El señor de los mondadientes marchó á Utrera, donde tenía unas posesiones allí, cerca precisamente de la Tejadilla; el caballero de la barriga marchaba dentro de un par de días hacia la parte de Jaén; el caballero de la carta, lo mismo, hacia Jaén. Me acordé entonces del encabezamiento de aquella memorable epístola: «Jaén 13 mayo. Querido esposo.»

—Bueno,—dije á *Seferino*,—¿y el de las cosas de oro?

Se le avinagró el gesto á *Seferino*, destelló en sus ojos así como una chispa de cólera, tosió, hizo una desdeñosa mueca y quedó callado.

—Vamos, habla,—repetí;—¿tanto como te gusta comunicarme tus impresiones, y no quieres hablar de ese caballero?—Yo no había podido verle en el comedor, ni á los demás tampoco, porque bajé á deshora á causa de mis paseos con Manolita y Gúdula.

—Pos mirosté,—exclamó *Seferino* de pronto,—la verdá: á mí no me buchea nadie; lo que es aquel señorito se propuso tomarme el pelo y yo no lo consentí. Siempre venía asustándome con su botonaura y su cacho de caena, y su cacho de tumbaga, y luego, música, hombre, música. Si yo lo estaba diciendo siempre: si desde el principio me dió mu mala espina.

—Pero ¿qué pasó? Vamos.

—Que era un hombre de mu malas intenciones, que era un hombre mu dañino, que era un hombre incapaz.

—Ceferino, tú sí que eres un condenado; y si no hablas, te ha de ir conmigo peor que con el caballero de las cosas de oro.

—No diga osté eso ni en broma, señorito. Pues osté verá, con el hombre de Dios, si era malo: le gustaba mucho hacernos rabiá á los camareros, y lo que es á las criadas las traía siempre revueltas; y to eso porque sí, porque, en tocante á propina, ni un soplo en un ojo. Osté verá lo que pasó, y gracias que el amo estaba sentadito allí junto á su mesa y lo pudo ver; que si no, va el pobre camarero á la calle.

Seferino tomó resuello, y yo me revestí de paciencia, esperando hasta el final.

—Mu bien que lo vió el amo,—continuó Ceferino.—El de las cosas de oro, como V. le dice, estaba al pie de la escalera hablando con otros señores y echándoselas de gracioso, cuando no vi hombre, en mi vida, de tan mala sombra. Pasaba en aquel punto un camarero con su gran bandeja atestada de platos, copas... dos cubiertos, en fin, para un matrimonio que comía en su habitación; y entonces el caballero, para hacer una gracia y que los otros se entusiasmasen de su ocurrencia, le echó la zancadilla al pobre camarero al pasar, y cayó con estrépito, haciéndose todo pedazos y medio quebrándose el infeliz una muñeca al dar contra el escalón.

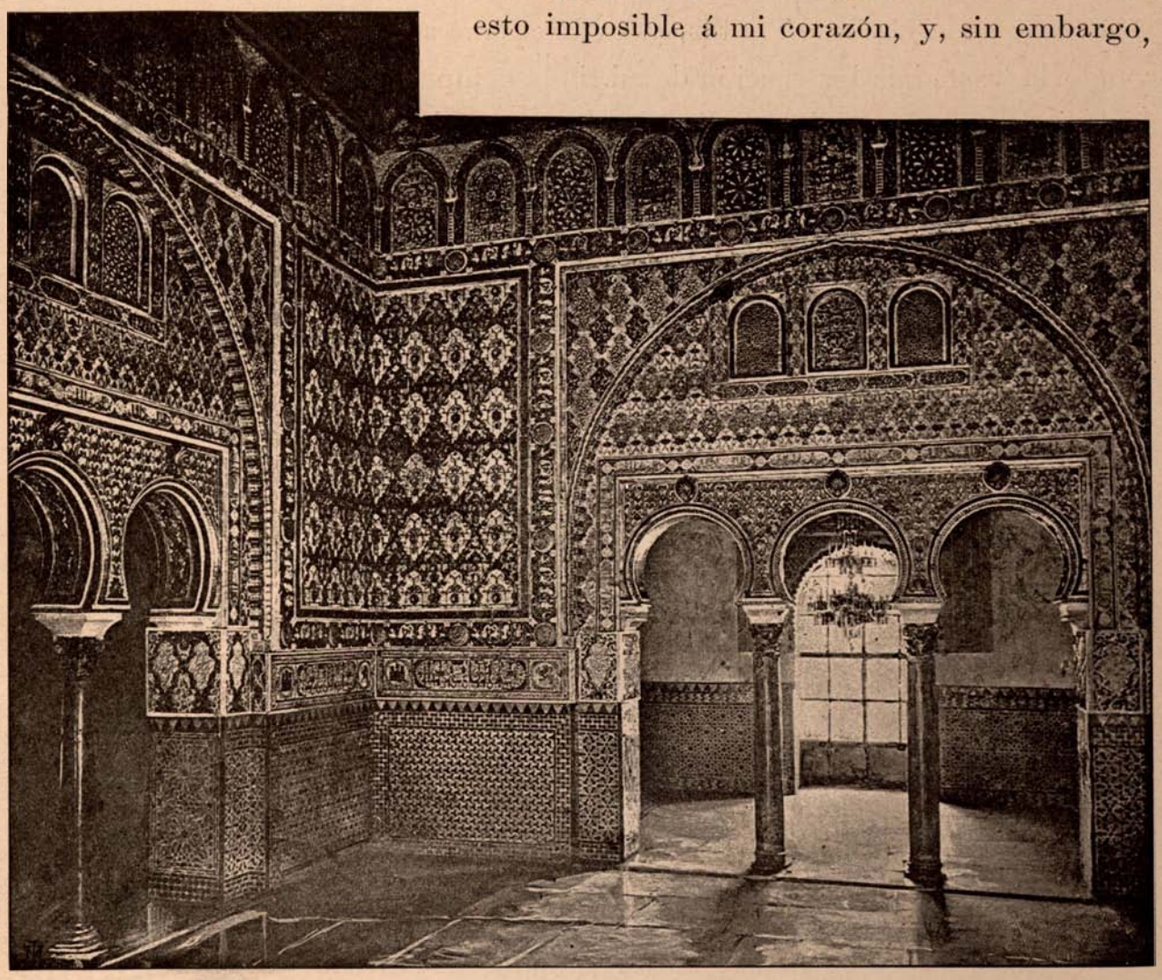
Nadie se echó á reir de la gracia,—prosiguió *Seferino* ardiendo en santa cólera;—nadie se rió; pero no tenga V. cuidado, que tampoco le dió á él gusto. ¿Sabe V. por qué? Porque el camarero, viéndose así tratado, no respetó nada, y, antes de levantarse, allí, de jocico, como estaba contra el escalón, cogió una copa... ¡pum!... y se la tiró á la cabeza al gracioso. ¡Dios, qué tino tuvo! Le dió en mitad de la frente, y cayó de espalda en un tumbo. Así, por mala sangre y por esaborío.

—Y ¿qué pasó después?—pregunté lleno de curiosidad.

—¿Qué pasó? Que vino el amo al instante, y cogió al de las cosas de oro, y lo puso como un trapo, y lo echó á la calle, y allá se fué, para no volver más, con su chichón en la frente, que era más grande que la barriga de un canónigo.

El entusiasmo de *Seferino*, hablando del chichón del caballero, me hizo reir, y no habría yo sentido, á la verdad, que hubiera roto la cabeza á un hombre tan bruto.

Aquel día nada tuvo de agradable. Desde que pasaron las procesiones, pensaba ya con inquietud en que tendría que partir muy pronto. ¡Dejar á Manolita, dejar á sus padres, dejar á Gúdula! Parecía esto imposible á mi corazón, y, sin embargo,



era preciso. Llegué á casa de Manolita aquella tarde, y me encontré con una novedad. El padre marchaba á Jaén á unos asuntos. ¡Manolita le acompañaba!

La noticia me dolió mucho, pero luego me resigné.

—Más vale así,—dije.—Si no se va ella, ¡sabe Dios cuándo yo me iría!

Aquella noche estuvo Manolita agradable como nunca. ¿Por qué fué aquello? No lo sé. Puede que me pareciera á mí más agradable, al pensamiento de la separación próxima, para siempre tal vez. Era lunes y partirían el jueves.

—Bueno,—decíame yo;—el jueves me iré á Córdoba.—Hubiera yo querido acompañarles hasta Córdoba, pero era imposible: iban antes á unas posesiones que tenían en Alcalá de Guadaira.

La noche á que me refiero se habló largamente de nuestra excursión nocturna, comunicando á Manolita nuestras impresiones. Impresionábase ella también oyéndome: vi chispear el entusiasmo en sus divinos ojos: su semblante, de trasparencias nacarinas, iba tomando un color suavísimo de rosa, como el iris en el cielo va presentando sus purísimos cambiantes.

Nuestra última excursión fué al otro día por la mañana. Estuvimos en el Alcázar y en la Casa de Pilatos, y entonces me sorprendí una vez más observando la vastísima instrucción de mi linda compañera de Aznalfarache, con la historia que me hizo y las explicaciones que me dió de aquellos palacios.

Sitúase el Alcázar en la plaza del Triunfo. Unos creen que fué erigido por Abda-lasís, y afirman otros que este monarca no hizo más que ampliarlo en 1182. Conquistada Sevilla por Fernando III, hiciéronsele algunas renovaciones. D. Pedro *el Cruel* lo amplió más y restauró lo antiguo, como indica esta inscripción de su fachada principal:

EL MUY ALTO, E MUY NOBLE, E MUY PODEROSO E MUY CONQUISTADOR, DON PEDRO.
POR LA GRACIA DE DIOS, REY DE CASTILLA E DE LEON,
MANDÓ FACER ESTOS ALCÁCERES E ESTOS PALACIOS, E ESTAS PORTADAS,
QUE FUÉ FECHO EN LA ERA
DE MIL E CUATRO CIENTOS Y DOS

A pesar de estas ampliaciones, no quiso el rey D. Pedro que salieran del muro hecho por los árabes, hacia la parte de la ciudad, que se enlazó con la muralla romana. Después de estas obras, ejecutáronse otras en 1526 á causa de las bodas de Carlos I, que iban á celebrarse allí. También el rey Felipe, nieto de D. Carlos, mandó hacer obras, como lo indica esta otra inscripción:

REINANDO EN ESPAÑA PHELIPE TERCERO
SE EDIFICÓ ESTA OBRA
AÑO DE MDCVII
REPARÓSE AMPLIÓSE Y APLICÓSE A REAL ARMERIA
REINANDO FELIPE V
AÑO DE MDCCXXIX

Alude á un magnífico salón que hay sobre el Apeadero, un pórtico cuadrilongo de 28 varas de largo sobre 15 de ancho, con dos órdenes de columnas de mármol pareadas que forman tres naves. Estas columnas sostienen los arcos sobre que se fija el cubierto. A ese pórtico se entra desde la plaza de la Montería, que es donde está la fachada principal, por una galería que tiene á la derecha un bellísimo patio de flores y plantas. Se llama de D.ª María de Padilla,

porque esta reina se bañaba allí. En este patio está la capilla del Alcázar bajo la advocación de San Clemente. El patio de Carlos V es de lo más hermoso que se vió en el arte. Otra de las más delicadas joyas artísticas del Alcázar es la sala de Embajadores. Es un cuadro de 12 varas por lado. Créese que las hojas de sus puertas no han sufrido trasformación ninguna. Son de alerce, con admirables embutidos, y tienen una inscripción árabe, que tradujo así Cidi Achmet-El-Gacel:

TALUDI FUÉ EL ARQUITECTO DE MI OBRA Y MAESTRO MAYOR
FUÉ VENIDO DE TOLEDO
CON LOS DEMÁS MAESTROS TOLEDANOS
Á MI PALACIO Y MAESTRANZA DE SEVILLA.
YO EL REY NAZAR
POR LA GRACIA DE DIOS: AÑO DE 1181

Hay dos hermosísimas columnas de jaspe en el testero de la sala y en las paredes colaterales. Sobre las columnas descansan tres arcos que dan acceso á las habitaciones próximas. Los arcos son una maravilla por sus calados y lavares. Es un encaje finísimo, una randa caprichosa y sutil, por donde parece imposible que puedan penetrar ni los hilos de oro de la luz. Cúbrense de azulejos y de labores de estuco la parte de los muros comprendida desde el suelo hasta la media naranja. Esta y los azulejos de brillantes é incorruptibles colores, mezclados de oro, dan al recinto una fascinadora grandiosidad. A la mitad de la altura hay cuatro balcones, y sobre ellos, sosteniéndose en una hermosa franja de arabescos con caprichosos relieves de leones, barras y castillos, hay una serie de retratos de reyes y reinas de España, desde Chindasvinto hasta Felipe III. Desde esa franja de retratos arranca la grandiosa media naranja, cuya hermosura sin rival hace que se dé también á esta sala el nombre de *la Media Naranja* además del de *Embajadores*. Cuenta la tradición, que aquí murió D. Fadrique, á manos de los maceros, por orden de D. Pedro *el Cruel,* salpicándose de sangre sus paredes. Algunas manchas que hay en estos muros se atribuyen á la sangre del infeliz hermano de D. Pedro.

Los otros departamentos del Alcázar son de una suntuosidad admirable, y se encuentra en el conjunto una mezcla extraña que no se sabe qué impresión produce, como consecuencia lógica de los muchos maestros y alarifes, de diferentes épocas y diferentes escuelas, que pusieron allí sus manos. Yo he querido fijarme en el salón de más renombre, porque de otro modo no habría medio de concluir. Tienen fama también estos alcázares por sus jardines. Llénase el corazón de inexplicables sensaciones al recuerdo de que en esos salones y esos

jardines, bajo esos pórticos, y en esas galerías y en esos baños; además de los reyes moros que hubo desde su construcción hasta la reconquista, alentaron y vivieron Fernando *el Santo,* Alonso *el Sabio,* Sancho *el Bravo,* Fernando *el Emplazado,* Alonso XI, Pedro I *el Cruel,* Enrique II, Juan I, Enrique III, Isabel I, Fernando V, Juana I, Felipe I *el Hermoso*, Carlos I de España y V de Alemania, Felipe II, Felipe IV, Felipe V, Carlos IV, Isabel de Braganza, segunda mujer de Fernando VII... y *Pepe Botella.*



—Respecto á la Casa de Pilatos,—me dijo Manolita,—se llama también Palacio de San Andrés. Sitúase, como usted ha visto, en la plaza de Pilatos, y es su extensión de más de 80,000 pies cuadrados superficiales. Dicen los historiadores que es la primera que se erigió entre las *muy* magníficas que se exornaron en Sevilla. Hay también muchos pareceres sobre quién la mandó edificar. Su portada, de orden corintio, admirablemente trabajada; sus patios, sus preciosas galerías, sus puertas, sus fuentes, sus estatuas, sus alicatados de azulejos, sus columnas de jaspe y de mármol, son de una delicadeza que impresiona y llena de admiración. Son de mucha fama su capilla, el salón llamado *del Pretorio,* sus soberbias escaleras con preciosos alicatados de azulejos de relieves, y los magníficos techos de la parte que se llama *de las Oficinas,* que representan fábulas mitológicas pintadas al temple por el célebre sevillano Francisco Pacheco en 1615. No quiero seguir hablando de este edificio porque me pone de mal humor el pensar que por la indiferencia de los principales interesados perdió casi todo su carácter, dividiéndolo en salillas vul-

gares y cubriendo de cal infamemente sus preciosas fantasías arabescas.

A pesar de las diferentes opiniones de que ya le hablé, los datos seguros que hay sobre la edificación de este palacio se tuvieron, sin duda, de cierta inscripción donde se afirma que lo mandaron hacer en 1500 el adelantado de Andalucía D. Pedro Enríquez y su mujer D.ª Catalina de Rivera.—

Oyendo hablar á Manolita, le pedí permiso para hacerle una súplica:



—Y ¿qué súplica es esa?—preguntó al instante.

—La de que me escriba V. algunas cartas de Jaén, y de sus impresiones de Jaén.

—Y ¿sabré yo hacer eso?—me interrogó dudosa.

—Mejor que yo,—dije.

—Eso no es verdad,—replicó, echándose á reir;—pero quedan ofrecidas las cartas.

Fuimos, por los Caños de Carmona, á la Cruz del Campo. Rezó Manolita una oración allí, al pie de aquella cruz, donde me parece que no rezó nadie, y yo las dejé cuando volvimos á la ciudad. Manuela iba á despedirse, con su mamá y Gúdula, de varias amigas. Aquella noche me dijo dónde había estado, y con este motivo se habló de las muchachas de Sevilla, y de las muchachas hermosas sobre todo. Yo pregunté á Manolita lleno de curiosidad:

como estuve siempre con ella y su familia, y en el campo la mayor parte del tiempo, no había tenido ocasión de conocer ni tratar á ninguna.

—Mire V.,—me dijo Manolita;—lo que es en ese punto, quedaría V. entusiasmado verdaderamente. Bajo el punto de vista estético, hay obras de Dios en las sevillanas que yo conozco: las hay tan hermosas que llegó su fama á otros países. Esto como estética, ya lo advertí, mirándolas sin que hablen, como se mira á una estatua; porque después, al ver que la estatua alienta y palpita, por lo que arde en sus ojos, por el metal y las inflexiones de su voz, por la armonía y la elegancia de los ademanes, se ve entonces la verdadera luz y el dichoso encanto de mis paisanas. Si yo fuera envidiosa, no viviría, pensando en lo que ellas valen. Me acuerdo primeramente de una María de Medina, que es hija de los marqueses de Esquivel, alta, magnífica, blanca, de cabellos castaños. ¡No sabe V. qué criatura! Parece una reina. Matilde Góngora: estatura regular, más bien alta; un tipo raro: es muy blanca, de pelo muy negro, tiene muchas cejas, un perfil divino y un cuerpo precioso. Conchita Romero, hija de los marqueses de Marchelina; alta también, blanca también, pelo negro también; ojos negros también, magníficos, sorprendentes, sobrenaturales. Tiene quince años y hace muy poco tiempo que fué presentada al mundo. Inés de Armero: no muy alta, de pelo no muy negro, no muy morena, pero de ojos negrísimos muy grandes...

Yo no pude ya más, y me eché á reir.

—¿De qué se ríe V.?—me preguntó ella.

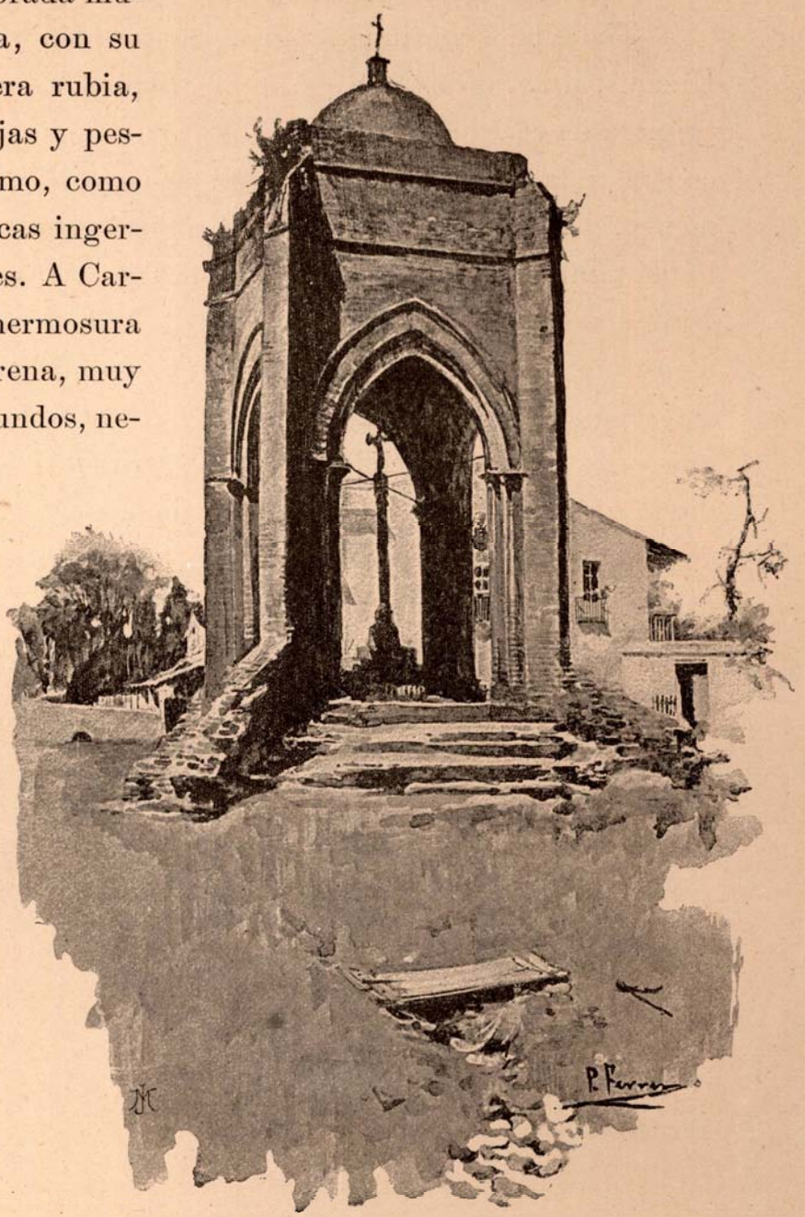
—De que parece V. un telégrafo haciéndome la descripción de sus amigas.

—Pero ¿V. no comprende que de otro modo no acabaría nunca? Se las doy á conocer á V. del único modo posible. No ha habido ocasión de que las haya V. tratado, y es preciso que se conforme, si se marcha V. al mismo tiempo que nosotros, como dice.

Yo me contuve al oirla, para no suspirar. Era cierto: ¡tendría que irme!

—Mire V.,—continuó Manolita;—si no se marchara V. tan pronto, conocería á las que enumeré, y conocería además á Carmen Chaves, hija de los condes de Casa-Chaves, una rubia bellísima, alta, de ojos oscuros, de cara muy dulce y un modo de hablar que cautiva. A María Rosa Cuadrado: esa se acaba de vestir de largo; es un tipo delicioso, muy fino, de ojos oscuros, interesantes, morena clara, de cabellos castaños, alta y donairosa. Conocería V. á Luisa y á Pepa Buiza: rubia Luisa, de moreno muy claro Pepa; de cabellos de oro la una, de cabellos negros la otra; de ojos negros ésta, de ojos á tenor de sus cabellos aquélla; y altas y elegantísimas las dos. Conocería V. á Julia Tassara, morena y hermosa como el símbolo de la pasión de Bécquer. A Pepita Adalid, bellísima,

esbelta, morena, muy joven, con ojos verdes como la esperanza, una esperanza bendita como la ilusión que de toda ella parece emanar. A Lolita Vázquez, la de cuerpo divino, la de ojos oscuros, la de blancura de nieve, la de pelo castaño clarísimo, con irisaciones de sol. Conocería V. también á mi tocaya Manuela Wentuisen, esa deliciosa y dorada muñequita, encanto de la tierra, con su cuerpo bajito, con su cabellera rubia, con sus ojos celestes, y sus cejas y pestañas negras: conjunto rarísimo, como una flor de las regiones árticas ingerta en nuestros cálidos jardines. A Carmen Ternero, ese tipo de hermosura fantástica de la historia, morena, muy morena, de ojos grandes, profundos, negros, expresivos, de rostro hebraico, con una lluvia de lunares que resplandece allí como un diluvio de estrellas en la negrura de la noche. A Ramona Albanrea blanca, dorada y esplendorosa como una madrugada de los Alpes. A María Vázquez, prima de Lola: es un poco baja, gruesa, blanquísima, cutis precioso, pelo castaño, frente divina, descubierta, como cielo sin nubes. Y con María Vázquez conocería V. á su hermana Teresa, de estatura regular, de magníficos ojos celestes, de cabellos castaños, muy blanca, cantando el flamenco como la musa de Andalucía, y tocando la guitarra como Dios si se pusiera: y con todo y con eso es una chiquilla aún, que no viste de largo; para que V. vea; y ya tiene sal y gracia para que todo el mundo se vuelva loco.



Detúvose Manolita como para tomar aliento, y yo quedé embebido, como había quedado tantas veces, contemplándola. Aquel lindo semblante, lleno de

expresión y vida; aquellos ojos azules, de una dulzura de los cielos, animados y puros; aquellos labios fresquísimos, risueños y bondadosos; todo el delicado conjunto, en fin, de su belleza dulce, espiritual y armónica, parecíame mucho más grande, en aquel punto, porque hacía ella franca y modestamente el elogio de las demás, sin que pensase en sí misma.

—Todavía,—continuó á poco,—no he nombrado á Lola Salcedo ni á Pilar Urzaais, altas las dos, morena la una, blanca la otra, de cuerpos elegantísimos: la primera de cabellos negros, y ojos negros también, grandísimos y temibles; y el contraste la segunda, de ojos celestes muy dulces: y, en lo de cante y baile flamenco, da esta Pilar diez y raya á todos los boleros habidos y por haber. No le hablé tampoco del primoroso tipo de Elisa Arcos, la bella rubia de ojos negros. Ni de Rosario Solís, hija del marqués de Valencina; blanca, bajita, rubia, tirando á castaño: un tipo primoroso también y monísimo. Ni le hablé tampoco aún de otra rubia de primera, Lola Valcárcel, hija de los marqueses de Rejas, con unos ojos celestes como el cielo, grandes como Dios y dulces como los amores. Y todavía queda Matilde Cavalieri, un poquito baja, con un divino pelo castaño, con un color moreno muy claro, así, trigueño; con unos ojos grandes, también negrísimos, que matan, y un cuerpo que va derramando toda la sal de la gloria... Y no le digo á V. más porque no acabaría nunca. ¡Ah! Mire V.,—exclamó de pronto como si recordase;—ahora que va V. á Córdoba, conocerá allí á unas muchachas de Sevilla: á las de León. Son cinco hermanas: Inés, María, Pilar, Pepita y Estrella. Por esa muestra no más, puede V. enterarse de lo que son las sevillanas. Cinco hermanitas son esas, con cinco cuerpos que son cinco mil millones de rosas con todo su color, todo su perfume y todo su garbo. Como las mire V. á la cara, verá V. cinco caras divinas, cuya belleza no podrían reunir los cinco mil millones de caras de cinco mil millones de ángeles. ¡Ea! Y ya no le digo á V. más, por lo que antes advertí: porque no acabaría nunca. Cuando vaya á Córdoba y conozca á las de León y hable con ellas, les dice V. que tienen aquí una amiga que las quiere mucho.

No seguí hablando con Manuela porque entró en aquel punto una visita. Yo quedé en silencio, recordando difícilmente la nomenclatura de sevillanas bellas que Manolita me acabó de hacer con su tonillo delicioso y su gracejo singular. ¡Y marchar de Sevilla sin conocerlas! Pensando esto, creía yo que se deslizaban ante mis ojos, en tropel confuso y vago, los espíritus sutiles de todas aquellas mujeres de que me habló mi amiga, dejando en mi alma así como un perfume misterioso y extraño, una especie de malestar dulce, esa nota de vaga y agradable melancolía que parece palpitar en nosotros á la contemplación de lugares solitarios que fueron en otra época punto de animación donde go-

zábamos y vivíamos. ¡No sé! ¿Qué humano puede estudiar sus mismas sensaciones? La referencia que me hicieron de mujeres que yo no conocía, fué causa de que á cada una de ellas me la formase yo por los únicos rasgos de su físico, que Manuela me daba, y no sé qué extraño mundo hice yo en mi cerebro con aquellas mujeres. Un mundo misterioso, poblado de espíritus, entre los que parecía flotar uno solo, materializado en forma conocida: en la forma del cuerpo gentil, suave y puro de la dulce Manuela.





CAPITULO XXXIV

Un escritor de Sevilla.-Itálica.-La gratitud de un gitano.-Alcalá de Guadaira.-Últimas pinceladas.-Manolita... ¡adiós!

De quién tenía yo que despedirme? De muy pocas personas, afortunadamente. Digo afortunadamente porque no estaba yo en ánimos aquellos días de hablar con nadie. El día antes había estado en la fonda Benito Mas y Prat. Mas y Prat es un simpático escritor, y, como las comparaciones son odiosas, no quiero compararle con ningún literato de Sevilla. Allí hay buenos literatos, pero que no se ofenda ninguno si no le nombro. Al único á quien conocí y á quien traté, á ese solo me refiero. Si estuviésemos aún en los tiempos mitológicos, yo creo que Mas y Prat hubiera nacido de los amores de la Musa de Andalucía con el dios Erudito. Es un valiente y vigoroso autor del tiempo pasado: bullen y palpitan en su cerebro las escenas de otros días; savia fuerte y generosa que nació allí en un impulso glorioso y noble, con la profunda vigilia de hondos y largos estudios en la ciencia del tiempo viejo.

Como rimador y como prosista, su estilo es pulcro, galano, fácil, no decae nunca. Anima y consuela ver cómo se aparta del pesado amaneramiento de los demás en ese género de historia en que tanto se distingue. Tiene Mas y Prat

el don envidiable de hacernos ver los tiempos del rey que rabió como si los viésemos ahora, con sus costumbres, sus historias, sus tradiciones, su lenguaje, sus grandezas y sus pequeñeces. Es una profusión que halaga y admira, con el otro don, deleitoso asimismo, de contar las antiguallas que cuenta, con un donaire y expresión verdaderamente moderno. Que diga quien quiera lo que quiera, pero yo pongo á este escritor sevillano entre los que sostienen hoy con honra el pabellón de la literatura castellana, y uno desde aquí mi modesto voto al de sus muchos admiradores.

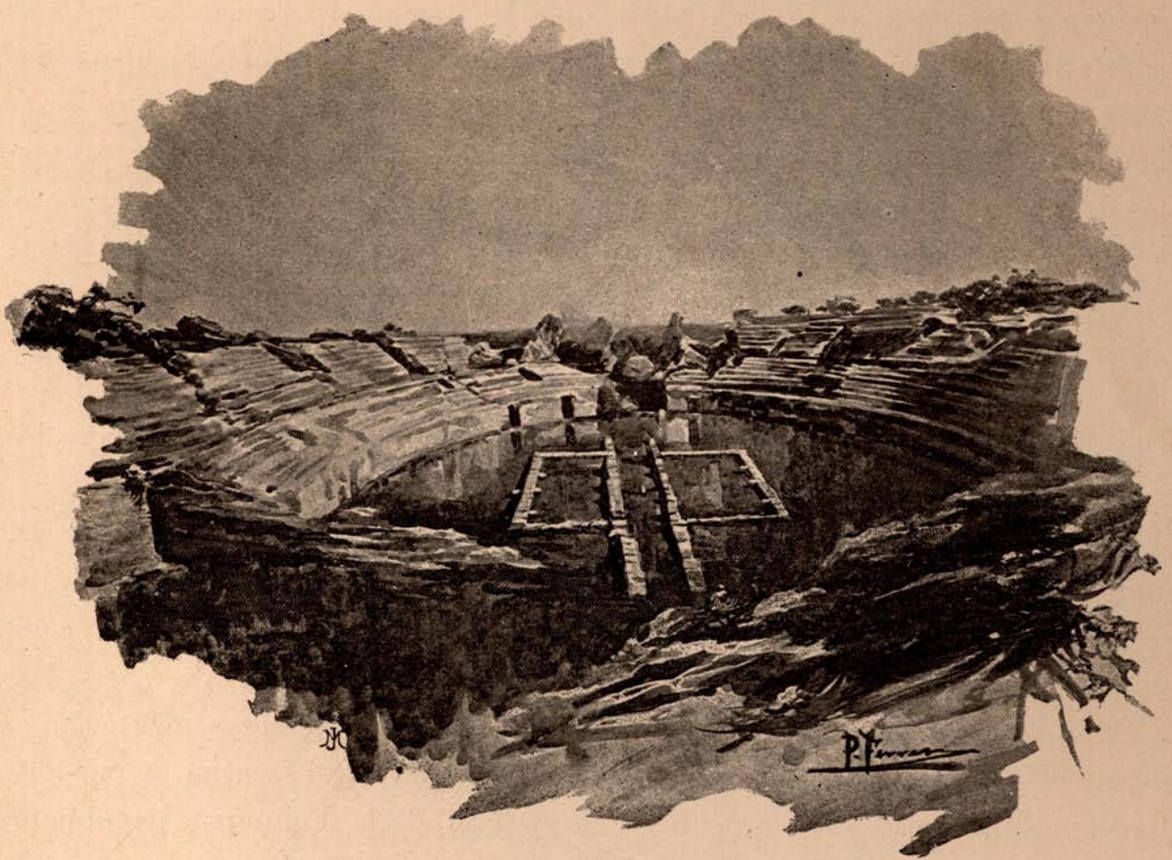
Fuí, pues, á casa de Mas y Prat con verdadera alegría. Charlamos algún tiempo, regañando él antes por lo poco que me había dejado ver durante mi permanencia en Sevilla; y cuando le dije las causas y le hablé de Manuela, á quien él conocía, me perdonó al instante.

Salimos juntos un rato, y recuerdo que en aquel último día de mi permanencia en Sevilla vi las famosas ruinas de Itálica. Están en el pueblo de Santiponce, á una legua de Sevilla, sobre la margen derecha del Guadalquivir. Santiponce es un pueblucho cuyas casas no llegan á doscientas, y, sin embargo, tiene fama en Europa por las artísticas ruinas de que es dueño. Dicen los historiadores que Itálica se llama así porque Escipión hizo llevar á ella los inválidos de sus tropas con motivo de las grandes guerras contra los cartagineses, hasta que les echó del territorio. Itálica tiene por hijos á algunos célebres hombres, entre ellos Trajano y Adriano, el gran poeta Silio Itálico y el famoso guerreador Quinto Pompeyo Niger. El nombre de los campos de *Talca* es un recuerdo también de Itálica. Dice Madoz que tal vez el mismo nombre de Santiponce lo es de la condición de los veteranos de Escipión avecindados en este sitio, habiendo podido formarse *Sanciorum-positio,* esto es, establecimiento de los inválidos ó estropeados.

El antiguo asiento de Itálica se conoce por las grandiosas ruinas existentes en los campos de *Talca* y *Sevilla la Vieja.* En la alabanza que hizo Claudiano á España, decía, pudiendo referirse á Itálica no más: «A ti deben los siglos al Óptimo Trajano; de ti nació la fuente de los Elios, que produjo á Adriano; tuyo es el anciano Theodosio y de ti descendieron las púrpuras de sus dos hijos: de suerte que, cuando Roma recoge de todo el Orbe abastos, caudales y soldados, tú le das quien lo gobierna todo.»

A la influencia de estos grandes hombres hijos de Itálica se debieron, sin duda, los favores de que gozó y su embellecimiento: á ellos se debió, de seguro, el palacio magnífico que allí se descubrió, hundido con los temblores de tierras de 1755; los templos, los acueductos, las termas, las cloacas, los coliseos y el maravilloso anfiteatro, en fin, viejo altar del arte y de la poesía, derrum-

bado por la inclemencia de los tiempos y el abandono de los hombres. ¡Oh Itálica! Al pisar tu recinto se piensa en tu pasado y el corazón se conmueve á la contemplación de aquellos muros rotos, de capiteles, de columnas, de casas, de cornisas, allí, entre los olivares, cuyos troncos retorcidos parecen muecas sombrías de sarcasmo y burla; y recuérdanse con piedad y respeto aquellas grandes y tristes palabras de Rioja:



. . . . . .

Sólo quedan memorias funerales
donde erraron ya sombras de alto ejemplo:
este llano fué plaza, allí fué templo:
de todo apenas quedan las señales.
Del gimnasio y las termas regaladas,
leves vuelan cenizas desdichadas;
las torres que desprecio al aire fueron
á su gran pesadumbre se rindieron.

A la vuelta de nuestra excursión quedé ya solo. Hacía una tarde muy hermosa, y no sé cuánto tiempo anduve á la ventura. Sí puedo decir que en muchas ocasiones me encontré en los mismos sitios que yo había frecuentado con Manue-

la. Iba declinando la tarde. Dulce y perezoso hundíase el sol lentamente, llenando los horizontes de vaga luz inspiradora de nostalgias y soñolencias, suavizando y armonizando todo aquello con que la retina tropezábase: los ángulos de los edificios, los torcimientos de las calles, el negro verdín de los muros de las torres, el rostro y la voz de las personas. También creo que todo fuera pura ilusión mía, por el estado de quietud, de paz y dulce tristeza de mi espíritu en aquel momento. Tal vez fuese que todas mis potencias, inundadas de aquel oleaje supremo de imágenes melancólicas, de recuerdos vagos, de extrañas y casi imperceptibles ambrosías, pusiesen en mi cerebro esas impresiones favorables y bienhechoras para todo lo que mis pupilas contemplaban: pero es lo cierto que yo creía ver bondades y mansedumbres en derredor mío. Las estatuas de los paseos, los santos de granito de las fachadas de las iglesias, los transeuntes que pasaban muy lejos de comprender mis pensamientos, los pilletes que corrían unos detrás de otros jugando en la plazuela; todo parecía sonreir dulcemente como las imágenes de los primeros sueños. El sol, moribundo, ponía en algunos sitios su pálida caricia, y aquel último rayo de oro me pareció el beso de felicidad que Dios, satisfecho de su obra, enviaba á la tierra, envolviendo en él á todos los mortales.

La vista de una persona cuya figura se me había quedado muy impresa, aunque la vi una vez solamente, me sacó de mi abstracción. Esta persona fué la Felipa, aquella gitana heroína de la tragedia que recordaréis, ocurrida en el taller del maestro barbero.

Confieso con franqueza que aquel tipo contrastaba poderosamente con el estado de ánimo mío en tal ocasión. Por eso, sin duda, logró sacarme de mis abstracciones. El rostro moreno, tostado, negro casi, de la Felipa; su pañolón de los hombros estropeadísimo, oscurillo, guiñaposo, con más boquetes que la Puerta Nueva de Córdoba; su otro pañolillo de la cabeza, sucio, arrugado, de picos colganderos; su falda, con más remiendos que boquetes tenía el mantón; sus zapatos, tan rotos que más valiera á la heroína caminar con los pies desnudos; su gran anillo de hoja de lata con un pedazo de coral como piedra, que tenía puesto pomposamente en el dedo del corazón; su boca grande, abultada, expresiva, franca; y sus ojos grandes, bizquillos y resplandecientes como el fuego; hacían un conjunto digno de que llamase mi atención y la de cualquiera.

Me arrimé á Felipa, y la pregunté de pronto, sin andarme con rodeos:

—Vamos, muchacha: y ¿en qué quedó aquel asunto?

Ella me miró sorprendida. No me había visto nunca; y si por casualidad me vió aquella tarde de su quimera con Aguadillo, no se acordaba de mí, poco ni mucho.

Me miró, pues, sorprendida, y, como me había aproximado, exclamó sin haber salido aún de su sorpresa:

—¡Ay qué susto ma dao, Julián! ¡Po vaya, hijo!

—Pero contéstame ¿en que quedó aquello?

—Po ¿y qué e jaquello?—preguntó, como si tratara de acordarse.

Me aproximé más á ella para contestar, y dijo entonces, de muy mal humor:

—Jarrebúllete pa allá, patita je valvo, y no te eche jencima con tu cara aniguá que un pimiento en salmuera.

Era imposible escucharla sin reir, no precisamente por los términos de su lenguaje; por su expresión, por sus gestos, por la movilidad de sus facciones, por su tono; por la gitanería, en fin, que de toda ella emanaba; pero gitanería andaluza, sin mancha, verdadera, graciosa, picante.

Llevaba como la otra vez su canasta en la cabeza, colgada por un filo y cayéndole hacia atrás, quedándose la mitad del cuerpo allí escondido. Cuando yo le recordé el asunto de que se trataba, me miró picarescamente. Hizo un mohín truhanesco, y, andando siempre, por más que yo la quería detener, me dijo en aquel tono suyo que tanto me atraía:

—¡Pos vaya con el señó Pepe, y de lo que s' acuerda ahora!

Yo insistí preguntándola.

—¡Cayosté, Frasquito!—exclamó entonces.—El Aguaíllo e juna mala bestia, un toro marrajo que embiste á traición. ¡Mala puñalá le peguen!

—Pero ¿se metió contigo otra vez aquella tarde?

—¡Jesú, Perico! ¡Estáte callao! ¡Qué s' había de meté, si le di cuatro patás y le pegué un muerdo que si no me lo quitan me lo como!

—¿Y el municipal?—pregunté entonces.

—¿Cuá?—dijo ella con uno de sus gestos.—¿El del sabre?

—El del sabre,—repetí.

—¡Ay, Jesú! Con aquer bigote, aniguá qu' un sepillo pata jarriba y lo janteojo en la frente, po se metió su sabre en la vaina cuando yo le metí el resuello pa entro. ¡Jarrao sea!

—¿Tú tienes madre?

—Sí.

—Y ¿quién es tu madre?

—La Reonda.

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—¡Ay Bastianico! ¡Paece que te parió un fraile, que de too te quie jenterá!

—Pero ¿cómo te llamas?

—¡Po mira éste! La Celipa.

—¿Nada más que la Celipa?

—¡Ay, Migueliyo, qué cosas tiene! ¡Válgame la poyinica! Po me llamo también Luisa.

—¿Luisa? Bueno. Y ¿qué más?

—¡Ay! ¡Co n' este! ¿Tamié tie una que llamase má otavía? ¡Yo qué sé!

—¿Tienes padre?

—Eso sí que no.

—¿De quién es ese anillo que tanto reluce?—Y señalé su sortija de lata.

—De mi pare: yo fuí la hereera.

—Pero no, detente un poco, que hablemos: no vayas así.

—¡Ay, Andresiyo! Patitas lisas déjame ya por Dios, que tengo siete hermano, ji yo soy la má grande, ji no comerán jasta que yo no venda mi canasta.

Aquello me oprimió el corazón: lo dijo con un tono tan dulce que la figura de la Felipa entró en mi cerebro con aquellas otras imágenes bondadosas y nobles que ya lo poblaban.

—Y ¿qué hacen tus hermanos?—pregunté.

—Canastas.

—¿Y tu madre?

— Canastas.

—¿Y tú?

—Canastas.

—¡Canastos!—dije amostazadísimo.

—Yo hago las canastas de noche,—añadió ella,—y de día las vendo.

—¿Dónde vives?

—En el corrá der Conde,—dijo la gitanilla resignadamente;—pero mos vamo á otro corrá de la calle de Santiago.

—¿Tú dices la buenaventura?

—¡Jarre allá, endino!—contestó la Felipa en un estallido de cólera.—¿S' habrá figurao el tío furrié que está una pa eso?

Aquella boca fué entonces un desbordamiento de calificativos extraños, inverosímiles, extravagantes. La dignidad de la Felipa habíase ofendido con mi pregunta. La muchacha terminó así en aquel desahogo:

—¡Ea! ¡Ya lo sabes tú, mala sombra! Con mi canastilla siempre, pero sin engañá á naide con güenaventura ni porquería. Quien quiea la canasta que la merque. Si no la merca no como, y s' acabó mi cuento.

Había puesto la canasta en tierra, mientras hablaba, para recogerse el pelo, que se le despeinó. Los buenos espíritus parecían estar dentro de mí aquella

tarde: saqué un duro y se lo eché en la canasta. La Felipa no se hizo cargo, al principio, de lo que fué, y yo me despedí sin más, ofreciéndome ir á su casa aquella noche: quería ver por mis propios ojos si era verdad lo que me había dicho.

Me cumplí mi promesa y fuí: serían las nueve. El corral del Conde es famoso en Sevilla, y fuera de Sevilla, por lo grande, por lo antiguo y por la multitud diferente de tipos que allí se alberga. Pregunté por la Reonda, y me señalaron su cuarto, allá léjos, en lo hondo, en lo último. Yo adelanté valientemente, tropezando aquí con una silla, allá con un anafe, en este lado con un bulto informe que era una persona tendida, en el otro con una cama. Llegué, al fin, al cuarto de la Reonda.

La puerta estaba cerrada. Salía luz por las rendijas. Arrimé un ojo y pude mirar fácilmente. El cuadro me conmovió. Era cierto: la Reonda estaba allí. Conocíase que era ella por su cuerpo anchote: parecía una pelota. No había un cuadro, ni una mesa, ni un jergón: no había un mueble siquiera. Aquella habitación parecía la *Morgue* del corral. La Reonda en un lado, cogiendo la mitad de la sala con su mole. La otra mitad ocupábase por una patulea de chiquillos y chiquillas, andrajosos, descalzos, sucios, silenciosos. La madre sentábase en el suelo, con una canasta á medio hacer entre las piernas. Los hijos sentábanse en el suelo también: unos arreglaban el mimbre, separándolo, escogiéndolo; otros lo ponían al lado de los que trabajaban; otros hacían los fondos; la Felipa y la madre continuaban después la obra. Había un silencio profundo. Hacía calor. Felipa hallábase medio desnuda. Su cuerpo divino y moreno, formado ya, viril y hermoso, destacábase allí con el sublime impudor de quien no conoce el pecado. La luz macilenta de un velón de lata parecía arrancar destellos á la carne virgen, morena y satinada de la Felipa. Me acordé de Friné delante de sus jueces.

Aquel silencio fué interrumpido por uno de los muchachos.

—¡Amá Reonda! ¡El cuento del Tantarantán!

Otro dijo también:

—¡El cuento, amá, el cuento! ¡Que lo cuente la Felipa!

Y todos á la vez:

—¡Que lo cuente! ¡Que lo cuente!

Dispúsose la Felipa, tosiendo con gravedad. Calláronse los muchachos, y empezó ella este cuento, que la hice repetir después, para copiarlo al pie de la letra.

—¡Po zeñó! Esta era una cabrita que tenía cuatro hijito. Vivía en una chosita en el campo. To los días salía la cabra á buscar la comiita y la leña;

y á la noche, cuando golvía, llamaba á la puerta de la chosita, diciendo:

—¡Abrí, hijitos mío, abrí, que traigo leche en mis teta, agua en mis cornetas y un jasesillo e leña pa que sus calentéis!

Vamos ja que la cabrita tenía un lunar blanco en una pata, la que asomaba por debajo de la puerta de la chosita pa que los chivitos la conocieran. Po zeñó, que había por aquellos sitios un Tantarantán que tenía muchas ganas de comerse á los probeticos chivos. Los chivitos atrancaban la puerta y no podía entrar; pero se contentaba con pasar por allí, diciendo con unas voces mu grandísimas, pa que los chivitos se asustaran:—Yo soy el Tantarantán de los Tantarantanes, que atraviesa los ríos ji cañaverales.—Un día el Tantarantán, que sabía mucho, fué y se amarró un trapo blanco en la pata y se fué á la chosita. Asomó la pata por debajo de la puerta, y, poniendo una vo mu finita pa que los chivitos se creyeran que era su madre, dijo:—¡Abrí, hijitos mío, abrí, que traigo leche en mis tetas, agua en mis cornetas y un jacesito e leña pa que sus calentéis! —Pero los chivitos, que lo conocieron, ¿qué va y jacen? uno se esconde detrás del anafe, otro detrás del lebrillo, y toos se esconden así. El Tantarantán, viendo que no le abrían, echó la puerta abajo. Los chivos estaban muertos de mieo. En esto que viene la cabrita y, al ver la puerta echá abajo, arrancó á llorá y fué corriendo á buscá á su comadre la hormiguita, á la que contó lo que pasaba.—No tenga V. cuidao, comadre cabra, que yo echaré al Tantarantán.—¿Qué jace la hormiguita? Se va callandito callandito, sin que naide la vea, y se sube por los pantalones del Tantarantán, y así que llegó á lo alto empezó á darle picotazos jasta que tuvo que salí corriendo, y ya se quearon toos tan alegres. Y se acabó mi cuento, con pan y pimiento y mijillas de pan pa mañana almorzá.

Cuando acabó la Felipa su cuento, empujé la puerta. La muchacha dió un salto al verme, y se vino á mí sin acordarse de ocultar su desnudez. Me cogió las manos, me las besó.—Amá,—dijo, volviéndose hacia la Reonda,—aquí está el hombre der duro.—Y creí yo que brillaba una lágrima en los ojos de la Felipa.

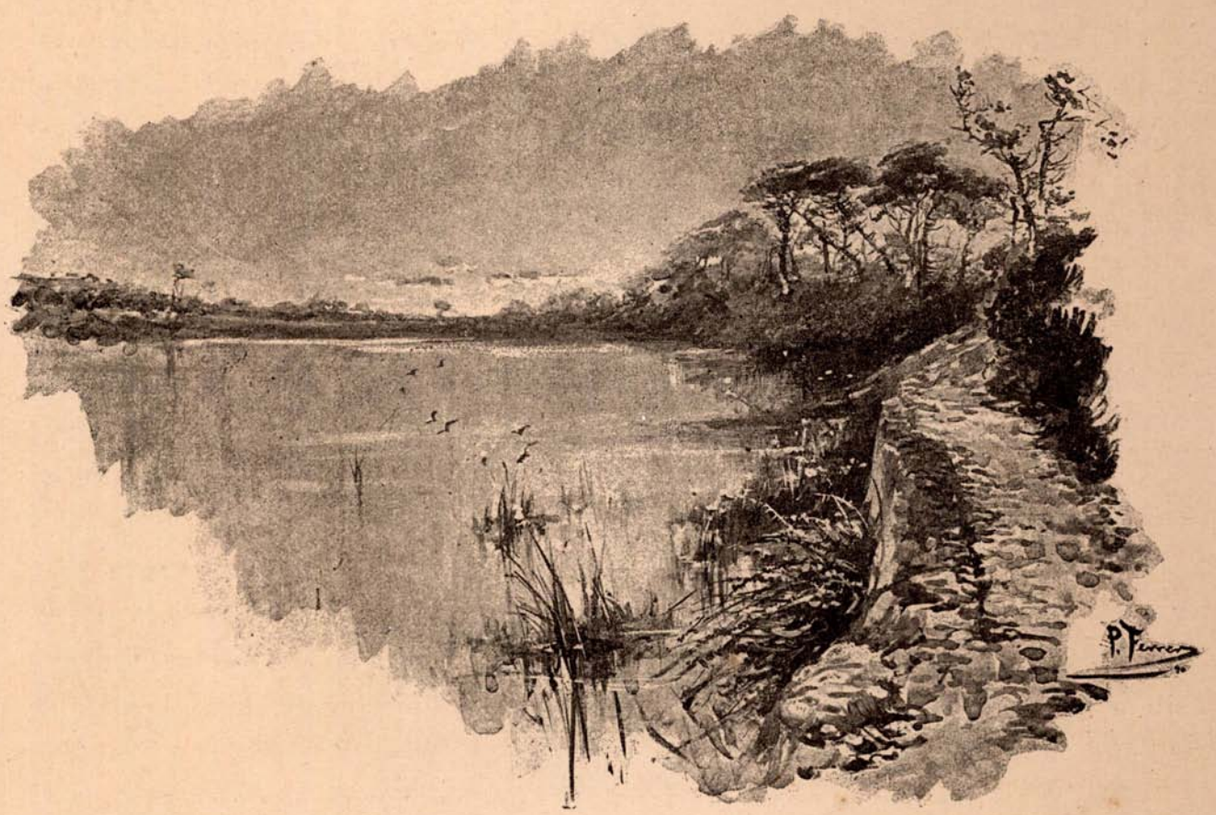
—¡Ah!—dije.—De todo se ve en el mundo. Ya he visto yo lo que menos podía figurarme que existiese: ya he visto yo un gitano agradecido.

Aquella noche no estuve en casa de Manolita. ¡Al día siguiente se marchaba! Fuí, pues, muy temprano, y me dijeron que á las cinco de la tarde saldría en coche á su finca del camino de Alcalá de Guadaira.

Se habló de este pueblo, y dijo Manuela:

—A mí me gusta Alcalá de Guadaira por sus alrededores sobre todo, que son bellísimos. Antes de entrar en la villa se recrea el corazón con la vista de

aquel grande espectáculo de la Naturaleza. Va una pisando la margen del Guadaira como si fuera pisando una alfombra de flores cuyo perfume marea y enloquece. Otras dos cosas hay en Alcalá muy dignas de atención, por interés artístico la una y por interés histórico la otra. La primera es el célebre castillo, que debió ser inexpugnable á juzgar por sus formas, por sus siete torres, por la grande extensión de sus murallas, por los fortines que guarnecen la orilla



del río, y, sobre todo, por la posición escarpadísima en que se sitúa. No se tienen noticias fijas; pero cuando reconquistó Fernando III á Sevilla hallábase ya muy mal tratado, y el santo rey estuvo en él muchos días *adobando sus carcabas é fortalezas*. El primer alcaide que tuvo este castillo fué D. Rodrigo Alvarez. El otro objeto digno de llamar la atención es una mina de agua. No he visto jamás cosa más bella ni artística. Sitúase casi á la ladera del cerro del castillo, junto á una ermita que existió, llamada de Santa Lucía. De aquí viene el célebre acueducto conocido por *los Caños de Carmona*.

—Alcalá de Guadaira, por lo demás,—añadió Manolita,—es de bastante importancia; pero yo le hablé á V. de lo más digno que tiene de llamar la atención.

—Y V. ¿qué hará al fin? ¿qué ha decidido?—pregunté yo á Gúdula cuando acabó Manolita.

—Yo me voy á Huelva.

—¿Por qué?—la volví á preguntar.

—Porque así se me antoja,—contestó desabridamente.—Ea, véngase V. conmigo.

—No, señora: tengo que ir á Córdoba. Muchas gracias.

—Bueno, mejor.

Los demás se reían de escucharnos. Era lo cierto que yo sentía también separarme de la famosa dama de la nariz; y, para disimular aquella emoción, la contesté una barbaridad, diciéndola que podía irse cuando quisiera, como quisiera y á donde quisiera. Su contestación fué que el infierno estaba lleno de desagradecidos. Pero los dos nos mirábamos con pena.

Llegó, al fin, la hora. Nos despedimos, es decir, se despidieron Manolita y su padre, de D.ª Angustias y de la dama belga. Yo iría acompañándoles á caballo un buen trecho. Quería yo ser la última persona que hablase en Sevilla con Manuela.

Salimos de Sevilla hacia el Prado de San Sebastián, dirigiéndonos por el camino de Alcalá de Guadaira. Ibamos muy despacio. Manolita me daba, por última vez, noticias y detalles de su tierra para mi obra. Hacíame ver este sitio y el otro, asomando su mano finísima y enguantada por el hueco de la portezuela para indicarme el lugar de que me iba hablando. Yo la oía con el mismo silencio fervoroso con que los primeros apóstoles debieron oir la palabra, dulce y llena de reposo, del Señor.

Nos metimos por una calle de árboles. A mi izquierda se destacaban, á la última luz crepuscular, los naranjos y los cipreses, las palmas y las pitas de la huerta de Caminos; y á la derecha los frondosos jardines del palacio de San Telmo. Veíamos también el caserío de Parladé, con sus altos cipreses, su esquiloncillo de ermita y su fachada de cementerio. Atravesábamos en aquel punto por en medio de una vacada que pacía con tranquilidad las yerbas del prado. Los ojos de los animales quedábanse fijos en nosotros melancólicamente, como dándonos la despedida.—¡Salud, salud!—parecían repetir en coro dulce de mugidos.—¡Salud á los extranjeros!—Tendidas unas vacas, de pie otras, reclinadas indolentemente sobre sus cuartos traseros las más, veían como nos alejábamos. Yo me separé con tristeza de aquellos dulces animales grises, blancos y oscuros; de aquellas madres amorosas, que quedaban con el consuelo de su chotillo retozón y alegre; aquel chotillo que daba saltos y hacía piruetas, como para excusarse del próximo mordisco y el gracioso chupetón en la ubre. Enfrente del caserío,

la caseta de consumos, chiquitina, forrada de latón é inclinándose por arriba hacia delante, como el apagaluces de un sacristán. Más abajo, empezaba otra calle, que conducía directamente á la ciudad por la calle de San Fernando. Al pasar por las mismas tapias de San Telmo, volviendo la espalda á nuestra dirección, hallábamos á la derecha la huerta de Sánchez. Destacábanse más allá, sobre las palmeras, las chimeneas esbeltísimas de la Pirotecnia. El camino de la Pirotecnia divide los casucos del barrio de San Bernardo. Volviendo el rostro á la izquierda, contemplábamos conmovidos, al último y débil remedo de luz, aquel inmenso espacio con su festón de acacias, la Fábrica de Tabacos, la fachada del cuartel de caballería; allá en el fondo, el muelle de la estación de Cádiz; y más allá, en el centro, destacándose siempre, como por todos los sitios de la población, la torre de la Giralda, hermosa, blanquecina, venerable como los cabellos de plata de Matusalén.

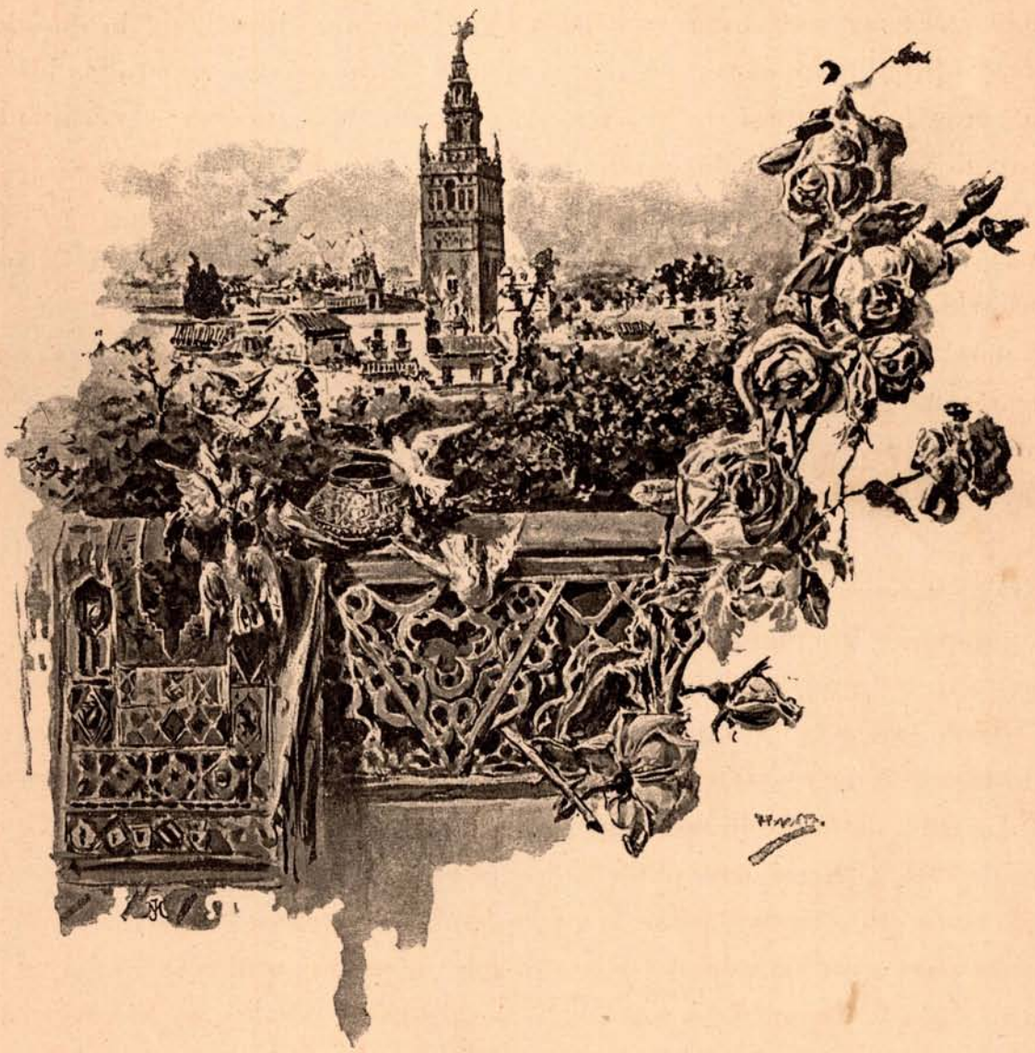
Cuando después de aquella dulce y muda contemplación quise ver á Manolita y volví los ojos á ella, fué ya imposible. ¡No la podía ver! Era de noche. La oscuridad sirvió para que no viese ella mi congoja. ¡Sería posible que no la viera más! ¡Oh dolor! ¡Y yo no había pensado aquello! ¡No verla otra vez un minuto, un segundo siquiera! Seguí junto al carruaje cerca de media hora, con un silencio que me oprimía el corazón. ¿Qué sucedió en aquel instante? Yo no puedo decirlo. ¿Fué casual ó de propio intento? El hondo y delicado espíritu de Manolita ¿sintió acaso, en su divina impresionabilidad, la angustia suprema y el dolor del mío? ¿Será verdad, poderoso Dios de lo creado, lo que dicen de la inteligencia, de la comprensión y del contacto de los espíritus? No lo sé, pero Manolita dijo de repente al cochero que parase.

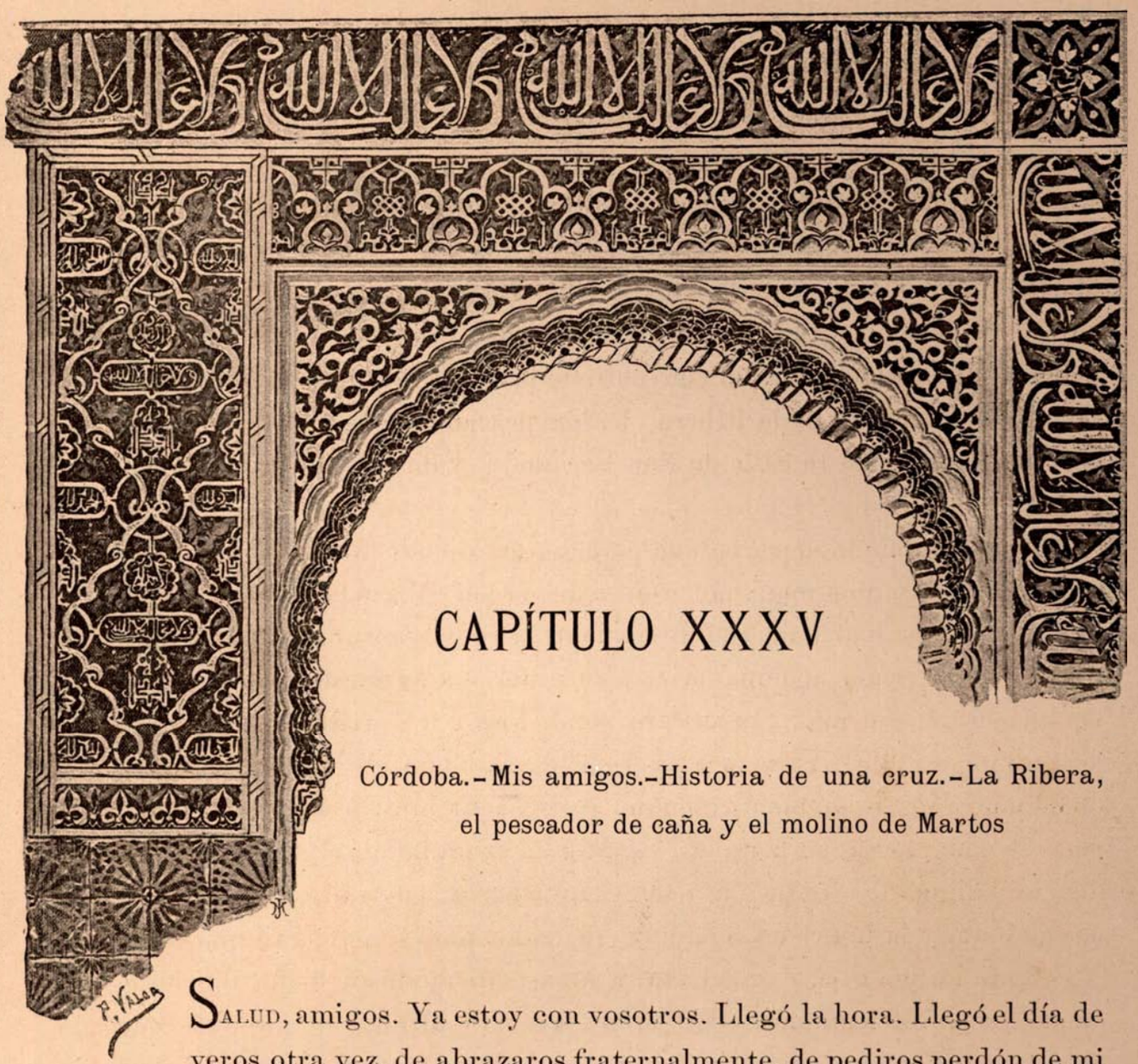
—Papá, mira la hora que es,—añadió luego.

Paró el coche, y D. Andrés encendió un fósforo para ver la hora en su reloj. La dijo, pero yo no escuché. Yo miraba el rostro de Manolita. ¡Nunca la vi tan hermosa! ¡Nunca me pareció tan buena! Se apagó la luz, desapareció el fantasma, nos despedimos...—¡Arrea!—gritó D. Andrés.—Las mulas del carruaje partieron escapadas, y yo quedé inmóvil sin saber lo que me sucedía.

Parecíame sentir aún la voz de Manuela diciéndome:—¡Adiós!—como la música de los ángeles, pero una música triste, quejumbrosa. Era aquello una melodía de lágrimas. ¡Allá iba Manuela! ¡Qué oscura me pareció la noche! ¡Qué fría! ¡Se me helaron los huesos! ¡Allá iba Manuela! La masa negra del carruaje hundíase en la sombra. Los árboles me parecieron en la oscuridad una inmensa procesión de hombres y mujeres tullidos, contrahechos, de caras deformes y bocas horribles. ¡Ni sol que alumbrara, ni amigo que consolase!

¡La campiña desierta! Pareciéronme los espacios inconmensurable tumba, con la tierra por fondo, y el cielo por losa funeral. En el cielo, en la losa de mi tumba, volarían suavemente los pálidos ángeles de noble mirada, de sonrisa dulce y de cabellos de oro, como la mirada, como la sonrisa y como los cabellos de Manuela.





CAPÍTULO XXXV

Córdoba.-Mis amigos.-Historia de una cruz.-La Ribera, el pescador de caña y el molino de Martos

Salud, amigos. Ya estoy con vosotros. Llegó la hora. Llegó el día de veros otra vez, de abrazaros fraternalmente, de pediros perdón de mi egoísmo y de mi ansiedad de Sevilla. Ya estoy con vosotros. No os olvidé un instante, Miguel J. Ruiz, García Lovera, Enrique y Julio Valdedomar... ¡Qué multitud de nombres se agolpan en mi cerebro, saliendo todos de mi corazón, uno por cada latido! Córdoba, yo seré ahora tu cantor: yo seré ahora tu poeta. Mis canciones tendrán melodía, tendrán dulzura y fe del alma. Mis canciones serán creyentes y puras, porque para cantar á Córdoba yo tendré mi espíritu saturado de sus apacibles noches primaverales, de las serenatas melancólicas del río Guadalquivir, del perfume de sus naranjos, de la admiración de sus templos, del amor de sus hijos y de las plegarias á ese ángel San Rafael que protege y cubre con sus alas de oro. ¡Córdoba! Yo iré á media noche por tus calles como el bardo en la leyenda. Yo recogeré en mi alma tus misterios y tus perfumes para ponerlos en mis cánticos; tus bellezas y tus alegrías, las graves contemplaciones de tu Catedral cuando me pierda en su sombrío bosque de columnas, y el movimiento y la bulla de tus lindas muchachas de la

fuente cuando pase por la Virgen de los Faroles. Yo hablaré de la espléndida hermosura de tus mujeres. Yo pondré en mi palabra, temblando de alegría y de cariño, tus rancias creencias, desde la Malmuerta á los tristes farolillos del Angel Salvador, guía y consuelo del caminante; de la puerta de Jerónimo Páez á la calle de la Pierna; de la Sinagoga al Gran Capitán; desde los Mártires á las Ermitas; de la Puerta Nueva á la Fuen-Santa; tus tradiciones, en fin, tus leyendas, tus historias de fantasmas y de tesoros. Yo hablaré de tus bellas y puras educandas del convento de la Victoria, de San Álvaro, de la Caracolá, de los Baños de la Ribera, de los pescadores de caña, de las viejas y curiosas azoteas de tu calle de San Fernando, y de tu bello y resplandeciente patrón San Rafael.

Todo esto me lo decía yo una mañana en aquella alcobita cordobesa que ya conocéis. Era una mañana hermosa de verdad. Miguel J. Ruiz salió hacía un momento á terminar unos asuntos, mientras yo descansaba un poco, para estar libre luego y poder acompañarme á su sabor. La figura de Miguel parecía dar vueltas en rededor mío, con su cara bondadosa y los cristales de sus gafas que despedían destellos; parecía rodearme, digo, como siempre, afectuoso, atendiéndome y agasajándome como un padre á su hijo: y en verdad que como padre y como hermano le quiero yo. Miguel es un hombre pundonoroso, honradísimo y digno de estudio á la par. Aunque parezca extraño, lo digo así, porque el pundonor y la honradez son muy conocidos para que tengan que estudiarse. A más de lo que dije, es modesto, y además de modesto brilla mucho por sus condiciones intelectuales. ¡Oh! Si mi querido Miguel se hubiera contentado con tener talento nada más, ¡cuánto hubiera logrado y valido! Pero no: fué un egoísta, lo quiso todo: quiso hacer alardes también de un pundonor increible, y por esta causa valió materialmente mucho menos. Con Miguel íbame acordando de los otros amigos míos de Córdoba, á quienes vería muy pronto en cuanto saliese, pues nadie tuvo aún noticias de mi llegada, á excepción de Miguel. Pasaron luego por mi imaginación, en tropel, las figuras de Manolita, de la dama belga y otras muchas, como representaciones fantásticas y agradables de mis afectos de Sevilla. Parecíame estar hablando aún con mi graciosa pareja de Aznalfarache: ¡tanto me acostumbré á su conversación, á sus serenas alegrías, á sus ocurrentes comentarios, á su natural gracejo y á su donaire de andaluza de raza, fina, bella, con educación vigorosa y con todos los exquisitos refinamientos del alma de la mujer!

Salí á la Ribera por la Cruz del Rastro. Del humilde monumento que existió allí hace muchos años, se cuentan multitud de tradiciones. Pero yo os contaré la historia.

Conocido es por demás el odio que se tuvieron siempre cristianos y judíos, odio que aumentó en los cristianos hacia el siglo xv por la insolencia con que se iban desprendiendo los judíos de sus obligaciones para con ellos. Se fundó por aquella época una hermandad llamada *de la Caridad*, cuyo nombre era un sarcasmo: tenían los cofrades que ser cristianos viejos para ingresar en ella, aunque fueron poco caritativos verdaderamente. La cofradía *de la Caridad* sirvió, más que para otra cosa, para separar por completo á una y otra raza, como si entre las dos se hubiese puesto como linde un surco de sangre. Cerníase la nube sobre los judíos hacía mucho tiempo, y la tormenta estalló al fin en 1473. Se preparaban las cofradías á la celebración solemne de las procesiones de Semana Santa, y entre las cofradías encontrábase en primer término la *de la Caridad*, que dedicó una procesión á la Virgen. Cargaron á la Señora con todas las alhajas de todos los cofrades, alfombróse la carrera con flores y plantas olorosas, decoráronse los muros de los edificios con sendos tapices, adornáronse de cortinas suntuosas y colgaduras espléndidas los balcones, las ventanas, los ajimeces, y salió el cortejo religioso con gran pompa y aparato en la tarde del 14 de abril según unos, ó 17 según otros, figurando allí la flor de la nobleza de Córdoba, los dos cabildos, y las comunidades de todos los conventos. Siguió la procesión majestuosamente, rodeándose á la Virgen en un mundo de luz con los centenares de hachas encendidas. Al llegar la imagen al sitio que se llamó después la Carrera del Puente, le arrojaron desde una ventana un jarrón de agua sucia. Se supo después que el sacrilegio lo cometió una niña, pero afirmó todo el mundo que para obrar así fué aconsejada por un judío. Un herrero del barrio de Santiago comenzó á gritar clamando contra ellos para inducir á los otros cristianos á la venganza. El comienzo de la hecatombe fué inmediato. El herrero, que se llamaba Alonso Rodríguez, consiguió fácilmente levantar la llama del odio de los cofrades. Lleváronse algunos á la Virgen como en precipitada fuga, mientras los demás comenzaron la matanza. Todo el pueblo cristiano de Córdoba se unió á los suyos, y no quedó casa de judío que no fuese invadida, saqueada, degollados sus moradores sin distinción de sexos ni edades, incendiándola al fin cuando ya no podían robar ni asesinar. Los cristianos no pudieron ser contenidos, aunque algunos nobles capitanes, horrorizándose de la matanza, quisieron oponerse, en buena forma primero, y por la fuerza después. A la cabeza de ellos se puso el célebre D. Alonso de Aguilar. Todo fué inútil: la horrorosa matanza duró tres días, sin haber remedio para aplacar aquellas infames tropelías. D. Alonso de Aguilar intentó una embestida tremenda contra los asesinos, y acometió fieramente con su caballo, seguido de la gente de que pudo disponer. Llegó al Rastro: el herrero capitaneaba á los del motín, y

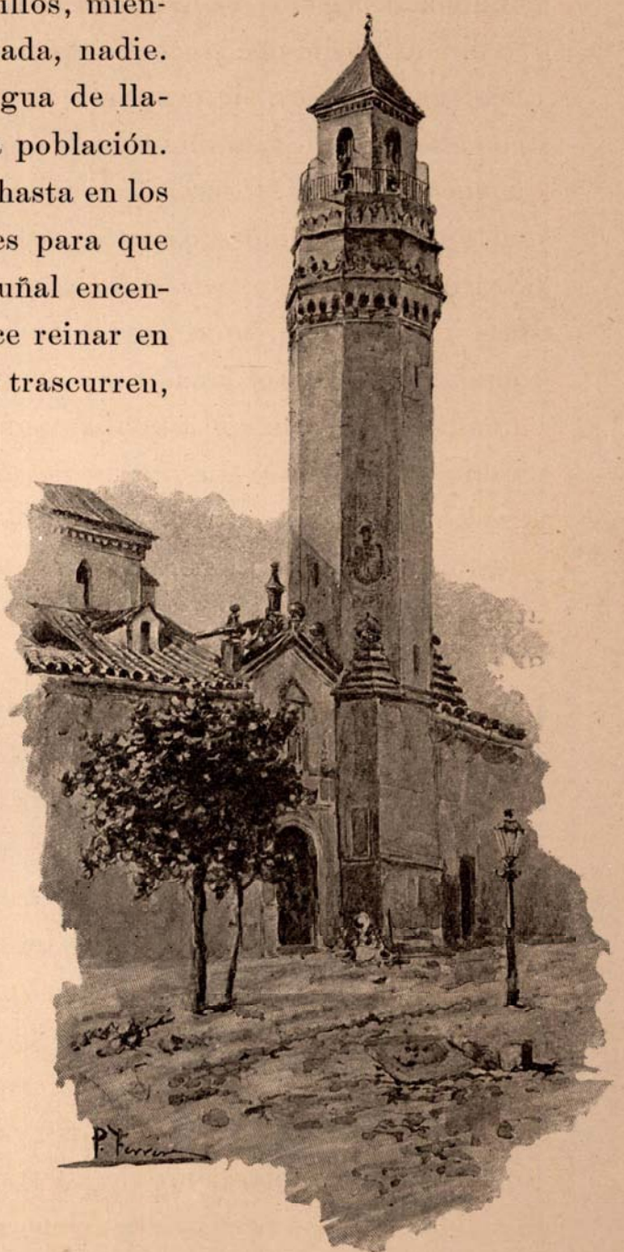
contestó á sus palabras pacificadoras con groseros insultos. Arrebatado de cólera el capitán, embistió contra él y le atravesó de un terrible golpe de lanza, dejándole muerto. Los amotinados huyeron delante de D. Alonso y su tropa, y el de Aguilar se retiró á su casa. Volvieron entonces los amigos de Alonso Rodríguez á recoger el cadáver, condujéronle en hombros á San Lorenzo, colocáronle en la iglesia delante del monumento, donde pasó la noche, quedando allí para velarle y rezar por su alma los compañeros cofrades y una inmensa multitud. A media noche se estremeció de repente el cadáver del herrero, y los que observaron aquel fenómeno salieron gritando venganza otra vez, pregonando furiosamente el milagro y jurando que el herrero era un mártir de la religión y que era indispensable concluir con todos los judíos. Empezó la matanza otra vez, y fué más horrible que antes. Enterado D. Alonso de Aguilar, corrió otra vez á caballo con su gente á San Lorenzo y á Santa Marina. Esta vez la mortandad duró cuatro días. Al frente de los furiosos había otro noble, que hizo cara á D. Alonso. Éste y los suyos tuvieron que retroceder ante el populacho, guareciéndose en el Alcázar, donde se hizo fuerte, y los amotinados siguieron en su horrible obra de destrucción y muerte. A los cuatro días salió D. Alonso por las ensangrentadas calles de Córdoba, ofreciendo perdón de los crímenes cometidos, á ver si así los apaciguaba, y ordenó que los hebreos saliesen de la ciudad ó fijaran su residencia en un solo barrio que se les tenía señalado con anterioridad, donde existe aún la calle llamada *de los Judíos*. Como la atroz matanza comenzó en el Rastro y comprendió la hermandad *de la Caridad* que ella había sido la culpable de todo, colocó una gran cruz de hierro en aquel lugar y una lápida conmemorativa en el patio del convento de San Francisco. La lápida desapareció con el tiempo. De la cruz se sabe que en 1814 se construyeron unos grandes arcos para celebrar unas fiestas. Estos arcos cogieron desde la esquina de la calle de Lucano á la Carrera del Puente, y en la pirámide de aquella construcción se colocó la cruz, mucho más pequeña ya. En 1852 fué derruído todo para fabricar el último tramo de la muralla, y entonces desapareció de allí el símbolo cristiano, puesto en lejanas épocas para recordar á las generaciones futuras los grandes crímenes de unos cristianísimos hermanos *de la Caridad*.

Salí á la Ribera, digo, y se me regocijó el ánimo de contemplar el hermoso horizonte que ante mi vista curiosa se presentaba. Esta margen bordeábase con largo y hermoso asiento de piedra oscura, con espaldar de hierro que sirve á la vez de barandal al río. Me distraje mucho contemplando allí, sobre el largo barandal, á los pescadores de caña. No he visto nunca espectáculo más curioso, ó, por lo menos, que me lo pareciera á mí, porque yo no estoy en los espíritus

de los demás para que vean ni sientan los objetos exteriores como los vea y los sienta yo. De trecho en trecho, como graves y prevenidos centinelas contra alguna revolución que esperasen que se levantara del río, estaban los modestos y pacientes pescadores. Sujetan la caña al barandal poco artística, pero sí muy positiva y fuertemente, y así quedan horas y horas hasta que el desgraciado pez traga el anzuelo. Costábale al pescador poco trabajo comprender que la hora fatal sonaba, porque veía con dulce deleite curvarse la caña con voluptuosa lentitud por el peso de la víctima, así como el talle esbelto de la mujer se dobla dulcemente con el peso de la caricia... y de este modo permanece el pescador, aguardando la hora suprema, melancólico y macilento. Así también me quedé yo, pensando en la calma y en la resignación de aquellos hombres. Estuve á punto de cuadrarme ante el más próximo y echar un discurso lleno de erudición y sabiduría, confiando desde luego en la inspiración que el propio asunto me diera, para probarle que no es tal la misión del hombre en la vida; que no debe así consumirse el tiempo; que la vida es para el trabajo y para la lucha y no para quedar así dormido al rumor de las ondas sonoras, esperando el pez que trague el anzuelo; que el hombre no se dignifica de esa manera, ni se hace hombre, ni como hombre cumple, pagando á Dios el honroso y gran tributo que le debe... Porque, señor, es lo cierto, después de todo, que ni siquiera un insignificante pececillo tragaba el anzuelo, y eso era lo que me ponía de peor temple. Pero vi algunos que no se contentaban con una caña sola, y esos eran los más discretos: tenían dos, y hasta doce si me apuran. Ya estarán preguntándose Vds.:—Pero, y siendo un hombre no más, ¿cómo podía estar al cuidado de doce cañas? Hé aquí del ingenio: ya he dicho que las cañas sujetábanse al barandal. Tenían las cañas un gran cascabel en la punta. Al coger el pescado el anzuelo, tiraba, queriendo hundirse; al tirar, cimbraba la caña, sonaba el cascabel, y sabía el pescador que caía un incauto. ¡Era un gusto! Estaba el hombre contemplando las cañas muy quieto, y de pronto ¡pum! ¡pum!, como decía Manolita; un cascabeleo aquí y otro allí. Cada musiquita de esas es un latido de alegría del corazón del hombre de las cañas.

La vista de la Ribera, á que aludo, está muy lejos de parecerse á la de Sevilla. En la de Sevilla entró ya por mucho el artificio de la mano del hombre: en la de Córdoba no. Allí es todo virgen, hermoso, viril, y en las comparaciones me refiero solamente á la parte del río á que dan ambas poblaciones. Al otro lado de la Ribera de Córdoba está la campiña. Desde la orilla opuesta, en una grande extensión, es todo yermo, árido, tal vez por los grandes estragos que hace el río en sus crecidas. La Ribera tiene mucho parecido con el campo del Sur de Cádiz: sólo que aquí están los paredones del río, y allí están las

grandes y gordas murallas llenas de cañones; sólo que por la Ribera se va á la campiña y á la Fuensanta, y por el campo del Sur á la Plaza de Toros y á la Puerta de Tierra. Los vecinos son pobres. Siéntanse las mujeres, al sol del mediodía, en el invierno, en las puertas de sus viejas casillas, á remendar su ropa y á mecer en la cuna á sus chiquillos, mientras aguardan al hombre. En el verano, nada, nadie. El río lánguido y silencioso como una lengua de llamas que va costeando aquella parte de la población. Las casas están cerradas herméticamente hasta en los resquicios de las puertas y de los balcones para que el sol no asome la punta de oro de su puñal encendido, y la calma triste del desierto parece reinar en aquellos lugares. Luego, cuando las horas trascurren, cuando el sol se esconde, cuando el camino se riega, cuando las aguas del río van tomando la frescura de la noche que viene, las aves se ocultan entre las hojas de los álamos blancos, salen los chiquillos de sus casas á jugar; las mujeres, frescas, orondas, asómanse á las puertas y los balcones cuajados de claveles y rosas; los muchachos corren y bullen, las mujeres gritan y ríen, el cielo toma el blanco celeste purísimo de las tardes andaluzas, el río canta; y forman divino concertante con las rítmicas dulzuras de las voces infantiles y del gorjeo de los pájaros, y con las melodías del Guadalquivir, el alegre vocerío de los esquilones de la Fuensanta, que avisan para la oración y la alabanza al Grande Espíritu que todo aquello creó y todo lo anima y todo lo sostiene.



Allá se ve la torre de San Nicolás del Río, con sus tejados rotos, sucios, verdinegros, salientes aquí, hundidos allá; y la vieja torre, con su balconcillo mohoso, y los cuatro boquetes donde estuvieron las campanas como cajas de muertos puestas de pie. Pero ¿qué importa á la mirada todo aquello? Olvídalo bien

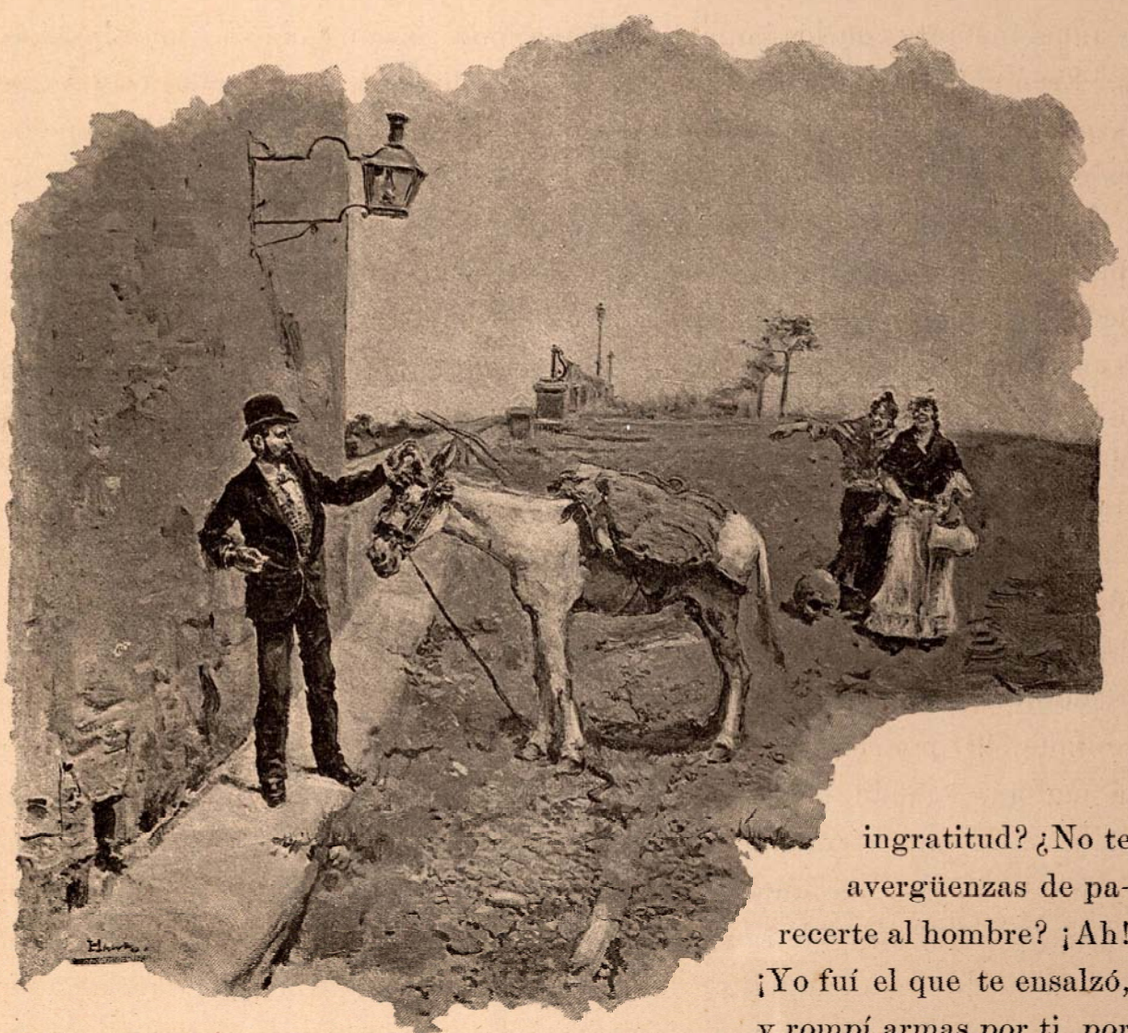
pronto por las distintas impresiones que experimenta cuando se continúa bordeando la corriente. Aquella mañana tuve ocasión de ver un molino de harinas de Córdoba. Llámase *el molino de Martos,* y se tropieza con él indispensablemente siguiendo por la Ribera. Éntrase por un callejoncillo que forma hondonada. Va torciendo á la derecha este camino, de modo que al entrar en el edificio puede decirse que estamos en el centro casi del Guadalquivir. No tengo ganas ahora de ocuparme de un demonio de asno que vi á la entrada del callejón aquel, aunque bien merece mención, por la mala hora, siquiera, que me hizo pasar. Conforme el buen animal me vió, empezó una de rebuznos que llevó á mi memoria prontamente mi famosa aventura de la taberna de la fábrica de Olmedo, en Aznalfarache. Otra vez me acordé de Manolita. Manolita era para mí el ángel bueno de Sevilla: un ángel dorado y hermoso como el San Rafael amadísimo de Córdoba. Yo no podía pensar en nada ni en nadie de Sevilla como no diese con la dulce Manuela, así como en Córdoba no da nadie un paso sin que se encuentre con su bendito ángel del alma. Pero sucedió que, por entregarme yo á estas encantadoras elucubraciones, no pude notar, completamente distraído, que el asno del rebuzno se me había atravesado en la puerta. Sería una tontada muy grande, pero lo cierto es que no le vi. Conviene advertiros que el *hombre,* aunque sea mala la comparación, habíase callado muy pronto; que de otra manera, si el rebuzno hubiese durado lo que duró el de aquellos otros animalotes de Aznalfarache, bien hubiera yo podido prevenirme contra lo que al fin me sucedió. Di, en una palabra, un gran tropiezo con un costado del borrico, y el muy animal pareció ofenderse é irritarse como cuando á un hombre cualquiera se le pisa un callo: púsose furioso. Yo me eché para atrás, pero la bestia feroz vínose en mi seguimiento haciendo unos mohines y abriendo una boca que ni la de un director general, bostezando, tendría que hacer. No fué la boca lo que más me inquietaba en aquel punto, y esto lo digo en serio, sino dos tremendas filas de dientes, blanquísimos, brillantes, largos, estremecedores. Me cogió la bestiecilla contra una pared inmediata, allí bajo el arco de puerta medio cegada que hay sobre la izquierda del molino, y empezó á repasarme todo el cuerpo de pies á cabeza, restregando el hocico furiosamente sobre mi humildísima persona. A mí, á todo esto, un color se me iba y otro se me venía, como á Pelote cuando le amenazaba el ladrón con su cuchillo nuevo sin estrenar. Porque decía yo, en mis alarmantes reflexiones:—Ahora es cuando no se contentará con limpiarse el hocico sobre mí, sino que le tomará gusto á la cosa, y la doble y bonita hilera de dientes funcionará, metiéndose en mis carnes, lo que no quiera Dios.

Tenía aquel atroz borrico tanto descaro, tanta terquedad y tanta fuerza,

que no me fué posible separarle de mí ni á empellones, ni á puñetazos, ni siquiera con el rostro de severidad que yo ponía, tratando de dominarle moralmente.

Le miré de un modo que quise decirle:

—¡Animal indigno! ¿No te avergüenza levantar de ese modo pedestales á la



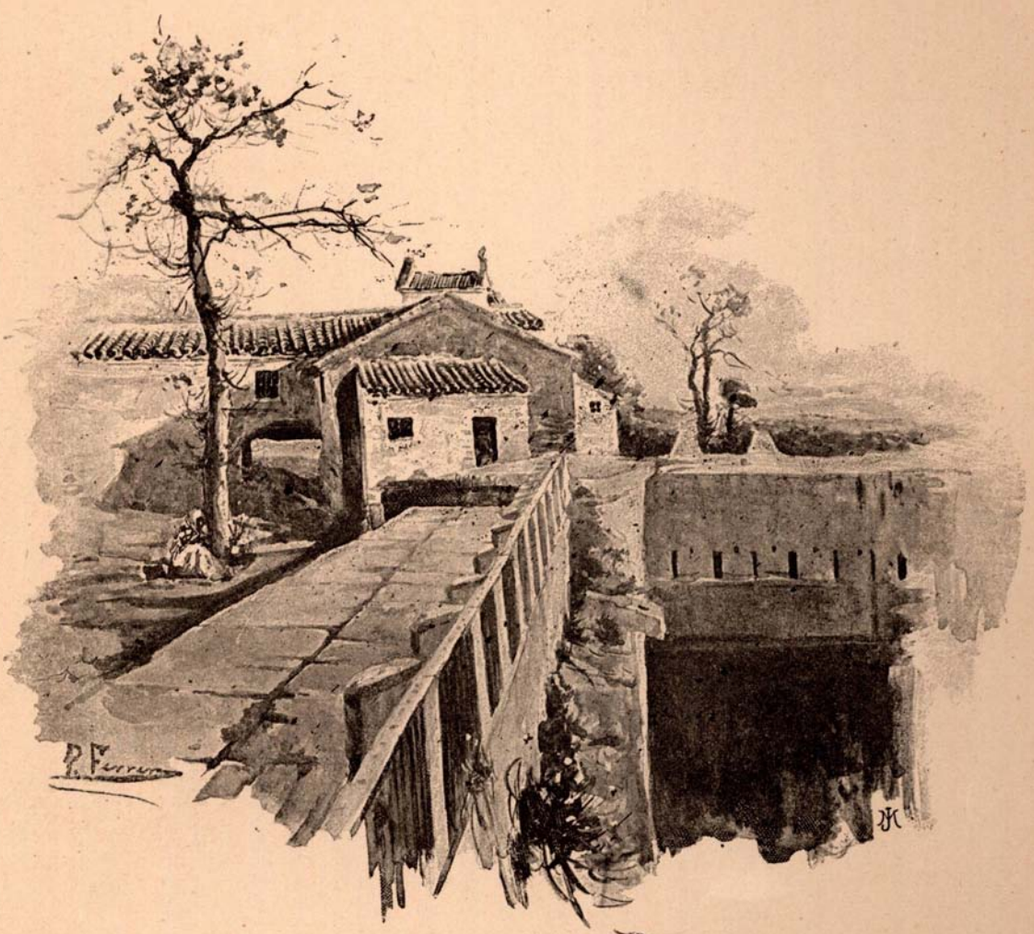
ingratitud? ¿No te avergüenzas de parecerte al hombre? ¡Ah! ¡Yo fuí el que te ensalzó, y rompí armas por ti, por tu familia y por toda tu especie contra la altiva señora belga! ¡Yo canté tus glorias, yo te rendí alabanzas, yo pregoné los dones sublimes con que á la madre Natura le plugo dotarte! ¡Y tú, miserable, ingrato, pérfido borrico, me pagas así hoy!

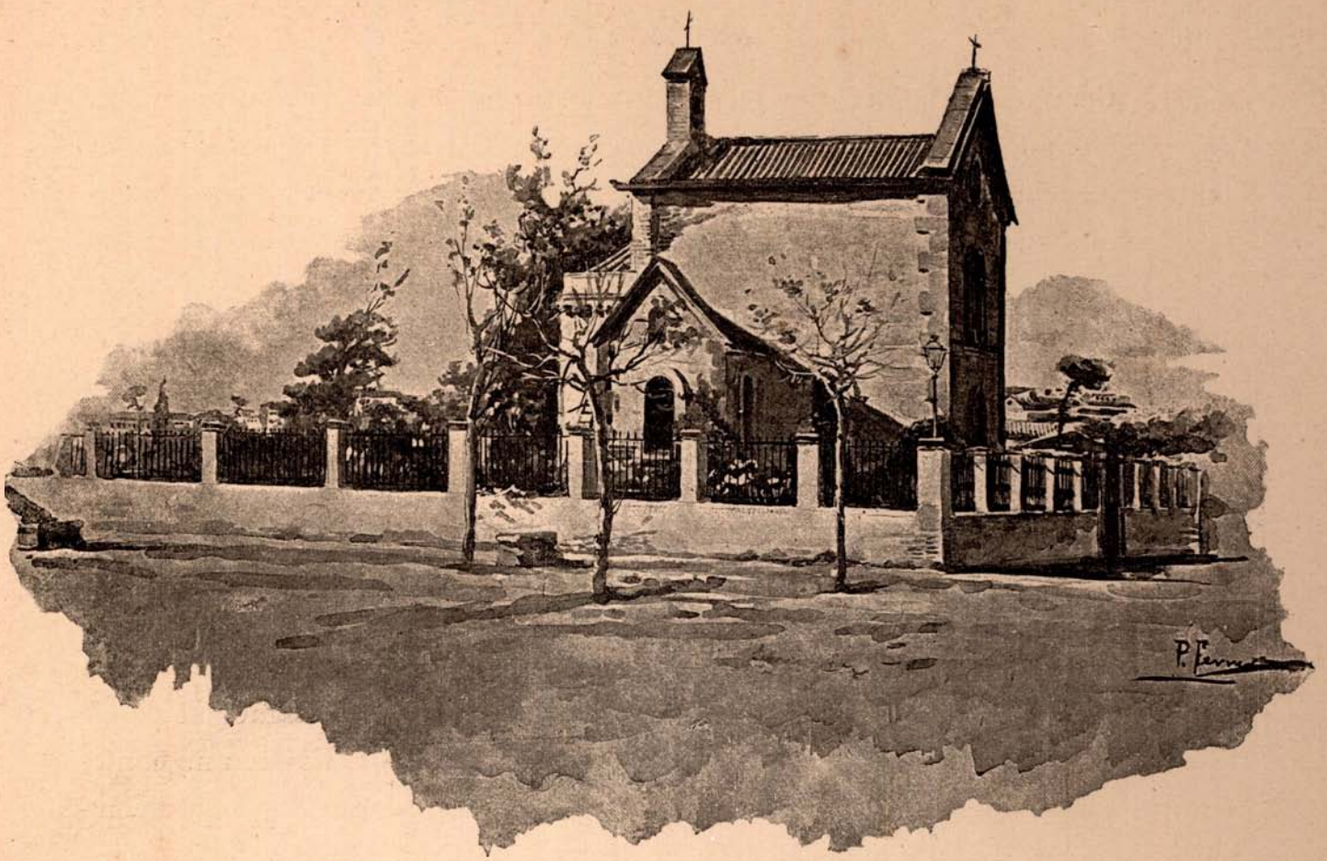
Todo ese discurso estábale yo dirigiendo al asno con mi mirada. Y ciertamente que debió causarle un efecto profundo, porque me dió de pronto una embestida que casi me dejó clavado en la pared. Vínose más á mí y empezó la misma faena. Yo me puse furioso también. Antes no podía defenderme como

hubiera querido, porque me lo estorbó el estrecho hueco en que me encontraba; pero ahora, con los brazos y los pies expeditos, empecé una de puntapiés y de trompicones. Fué una lluvia tan verdadera é inesperada, que iba yo venciendo; pero se me cayeron los palos del sombrajo, como allí se dice, al oir unas grandes risotadas. ¡María Santísima! El bochorno de ser así sorprendido me quitó las fuerzas por completo y me entregué á discreción, sobre todo al ver dos caras preciosísimas, morenas, con dos grandes ojos que relampagueaban en aquel instante con los impulsos de una loca risa de que me acordaré siempre. Eran dos mocitas de la Ribera que, viéndome en el grande apuro, desde las puertas de sus casas aproximarónse á ver á los mantenedores más á su gusto.

A Dios gracias, el borrico dejó de ser borrico en aquel instante: mantúvose quieto. Yo, que soy algo filósofo, le miré agradecido, y las burlonas muchachas quedáronse con la boca abierta y el lindo ceño arrugado porque tan pronto se les acabó el motivo de la risa. Maltrecho y de humor horrible, me metí en el molino, y yo no sé por qué me acordaba en aquel instante del hidalgo manchego. Me consolé de pensar que sólo las dos muchachas habían presenciado mi aventura, y fuí entrando en el molino lentamente, reflexionando lo que me acaeció y convenciéndome de que los borricos de Córdoba son unos mal educados y todo lo que se quiera, pero que suelen ser oportunos, como lo fué aquél haciéndose amigo mío cuando más lo necesitaba y vengándome de las mozuelas así, porque estaban en la creencia de que la cosa iba para rato. Me distraje prontamente, por lo demás, cuando me introduje en las cuevas sombrías del molino; cuando oí distintamente el ronco estrépito de sus ruedas de piedra á compás terrible con las aguas desbandándose furiosas; cuando vi los cedaceros, las muelas, los chorros de trigo por aquí, los chorros de harina por allá, más clara en este lado, más negra en aquel; y escuchando, por encima de todo, aquel otro ruido condenado de las limpiadoras, como el traqueteo, rápido y terrible, de las matracas de las catedrales en día de jolgorios místicos, y el de las aguas de la presa retumbando lúgubremente en las concavidades de aquellas bóvedas aplastadas. Estando allí parece que gravita sobre nosotros un gran peso enorme; algo tétrico y abrumador entra en nuestro espíritu para agobiarlo, trasportándole á épocas legendarias, cuyo recuerdo estremece, de martirios y de espectros, de duendes y trasgos, con aquel zumbar espantoso y continuo, que parece como ayes y choque de herrumbres y arrastrar de cadenas. Aquellas bóvedas de piedra renegridas, se nos figuran enormes tumbas que abandonaron los muertos; y crecen allí, en las grietas de las rocas; los matajos sombríos, como únicas siemprevivas de aquello que parece pan-

teón lúgubre y que se destina, sin embargo, por esas anomalías de los contrastes, á la elaboración del primer artículo que subviene á nuestras necesidades. ¡Para que luego venga alguno á decir que en la vida no es necesario filosofar!





CAPÍTULO XXXVI

Los Mártires y el Custodio protector

A la salida del molino de Martos me previne contra lo que pudiera ocurrir. Traíame con alguna zozobra no ya el borriquito del anterior sainete, sino el par de burlonas mozolejillas de la Ribera. No ocurrió, sin embargo, nada digno de mención aquí. Saliendo sano y salvo de aquellos lugares, continué mi paseo con súplica ferviente de que no me pusieran los hados en un trance como aquel; y entre contento y huraño, porque nunca es uno dichoso enteramente ni infeliz tampoco, allá traspuse, muy ávido de llegar á la Fuensanta. A la izquierda del camino están los Mártires, que tienen también su correspondiente historia. En esta región privilegiada de Andalucía surgen las historias como las florecillas del campo. No hay allí postigo, ni esquina, ni torre, que no la tenga; como no hay abertura de balcón, ni de ventana, ni de puerta, por donde no luzcan las rosas y los claveles su gala, ni trasmine su perfume, como el homenaje de la buena dicha.

En tiempo de Diocleciano y Maximiano fueron bárbaramente inmoladas gran número de piadosas criaturas de la religión cristiana, y para sostener las santas creencias sufrieron impávidamente horrorosos martirios, muriendo después con la misma resignación é igual mansedumbre de que habían dado pruebas en su vida. Hubo un número de víctimas pavoroso, y es fama que en el sitio donde se realizó la espantosa hecatombe quedó la sangre en inmensos charcos después de empapar la tierra. La Iglesia les concedió más tarde el dictado de santos, y la piedad erigió una ermita para la conmemoración de aquel hecho terrible y glorioso en el sitio en que tuvo lugar. Por eso la humilde iglesia que al salir yo del molino distinguía se llama la ermita de los Santos Mártires de la Ribera. En un arca de plata con viriles enciérranse los huesos de los Mártires en la iglesia de San Pedro. Hay muy curiosos libros referentes á las apariciones de San Rafael, custodio de la ciudad; y una, sobre todo, que tiene relación con los Mártires de Córdoba á que aludo, donde pedía el ángel Rafael al padre Roelas, en nombre de Dios, que los huesos fuesen venerados. Existe una confesión firmada y jurada en 1577 por el dicho padre, curiosa por demás, que empieza así: «Yo, Andrés de las Roelas, presbítero, natural de Córdoba y al presente vecino de ella, en la collación de San Lorenzo, siendo de edad de cincuenta y dos años, poco más ó menos, caí en una gravísima y muy prolija enfermedad al fin del año pasado de 1577, por el mes de octubre, de la cual, después de catorce sangrías...»

A vuelta de otros preliminares, dice para explicar la aparición: «Primeramente, como el Sábado Santo próximo pasado me esforzase á salir de casa hasta una iglesia cerca, ó á San Lorenzo ó á Nuestra Señora de Gracia, que es en la Puerta de Plasencia, con grande flaqueza y en las piernas mayor, y el vientre hinchado y durísimo, atrevíme y salí poco á poco al campo, por alegrarme, por la Puerta de Plasencia, por aquella parte que llaman del arroyo del camello, hasta unos olivares allí junto y cabe el camino, á donde me asenté en un valladar muy cansado, y tan sediento y seca la boca, que comprara yo bien cara una jarra de agua si hubiera quien me la diera. Y sin acordarme, ni por imaginación, de lo que me pareció oir en mi cama: «Sal al campo y tendrás salud.» Y en esta sazón llegó á mí un olor suavísimo como del cielo, y oygo tácitamente pasos de caballos que venían á mis espaldas de hacia la ciudad. Volví la cabeza: vide cinco caballeros mancebos muy apuestos y hermosísimos, vestidos de jubones blancos y calzas del mismo color, al tiempo, los jubones de raso y las calzas de terciopelo, y unos coletos rayos y herreruelos de grana y sombreros en sus cabezas. No llevaban otra compaña ni criados. El color de los caballos no noté. Levantéme á ellos por buen comedimiento. Pasaron á par de mí, y el uno de



ellos, que estaba más á mi mano, como llegó, saludóme, diciendo: «*Deo gratias.*» Yo le respondí por siempre: y el mismo me dixo: «Por vuestra vida, Señor, pues sois sacerdote, si veis al prelado ó quien esté en su lugar, y le digáis que aquel sepulcro que se halló en San Pedro y huesos de los santos, que los tengan en mucha veneración, porque vendrán á esta ciudad muchos trabajos y enferme-

dades y mediante ellos serán libres.» Yo, pensando en mí que serían algunos cortesanos ó genoveses que iban á recebir lanas y de camino venían á ver el sepulcro. Otro de sus compañeros dixo á los demás y á mí: «Qué grande montaña era esto por aquí cuando á mí me prendieron.» Y dicho esto comenzaron á caminar, sin yo acertar á decir ni responder otra palabra más para siempre del que primero dixe; y como le oí decir de montaña, prisión, dixe entre mí: algún chocarrero debe ser éste; y abaxo un poquito mi cabeza considerando lo dicho, y volviendo de presto á alzarla para verlos, ninguno de ellos pareció con haber un buen trecho de camino llano desde el lugar donde yo estaba hasta la cañada que desciende al arroyo de Pedroche. Luego, en mi continente, sin acordarme de mi poca salud ni de mis fuerzas, di una carrera para ver si por ventura los podía alcanzar, y nada me valió. Pregunté por ellos con las señas dichas á unos leñadores que venían por el mismo camino que ellos llevaban, y dixeron que no iba tal gente por allí. Volvíme al lugar donde me hallaron y hablaron, á buscar y mirar las huellas de los caballos, sospechándome ya otra cosa, y revolviendo en mi consideración todo lo que había pasado más de veras, y no pareció huella alguna. Después de esto vuelvo á mirar y considerar en mí la disposición mía y poca salud ya contada, y siento mi boca sin sed y jugosa, mi cansancio y sentimiento de piernas y flaqueza desaparecido y mi vientre desendurecido y deshinchado. Doy gracias á Dios. Y, finalmente, admirado, vuelvo sano y bueno á mi casa, como fué manifiesto á todos, aunque no sabían la causa de mi salud, y yo determiné callar el negocio hasta que viniese el nuevo prelado que esperamos, y lo guardé muchos días secreto en mi pecho. Pasó todo esto así el Sábado Santo en la tarde, veintinueve del mes de marzo del año dicho.

»Después el miércoles en la noche antes de San Marcos, á los veintitrés de abril, ya después de media noche, habiendo acabado de rezar mis maytines, que hace más de veintisiete años que tengo costumbre de rezarlos á media noche, ya que era principio del jueves, víspera de San Marcos, estando ya acostado, oygo á la cabecera de mi cama una risa alta, y otra voz que preguntaba: «¿De qué os reis?» Y respondíale el primero: «Pues ¿no me tengo de reir de una procesión tan apasionada como han ordenado? Y veréis mañana cómo se alzan los nublados, que no llueve más para esta luna.» Pero no vide entonces persona ninguna ni otra visión alguna. Luego, este mismo día jueves, por la mamana, yendo en esta misma procesión, que se hizo al monasterio de los Santos Mártyres, díxele al rector de la Magdalena, que acaso iba á par de mí: «Sedme testigo como se alzará el temporal y por toda esta luna no lloverá más.» Respondióme: «¿Por qué?» Díxele entonces: «Tenedme secreto y decíroslo he.»

Y contéle todo lo que en las dos veces dichas me había pasado, conviene á saber, la noche antes y el Sábado Santo.

»Martes, en la noche de la semana siguiente, después de media noche y acabado de rezar mis maitines, que era principio del miércoles y día último del mes de abril, oí pasos por la puerta de mi aposento, y pregunté: «¿Sois vos mi hermana?» Respondió: «No soy vuestra hermana. En buena hora estéis.» Miré, y vide un hombre vestido de una ropa blanca larga á manera de la de los comendadores. El rostro no lo pude ver, ni en las demás noches que después volvió á mi aposento, y asentóse en una silla frontera de mi cama, y díjome:



«¿Por qué no habéis querido hacer lo que os encomendaron aquellos cinco caballeros? Porque tiempo ha de venir que hará Dios misericordia con este pueblo, por intercesión de los huesos de estos Mártyres, porque han de suceder graves enfermedades y pestes, y sobre las mujeres fluxos de sangre.» Y entonces yo, aunque temeroso de ver aquella visión, esforcéme cuanto pude, considerando que por ser sacerdote, aunque fuese demonio, no me podía empecer, y con el mejor ánimo que pude le respondí: «¿Qué decís que diga, que no seré creído?» Respondióme: «Es verdad, que con quien lo habéis de comunicar ha sido de opinión contraria; mas, no obstante de eso, decídselo; y más os digo, que las enfermedades han de ser tan graves que habrá necesidad de traer los huesos de estos Mártyres por las poblaciones en procesión y por las calles de ellas; y para esto decidle que haga hacer un reliquiario grande en que sean puestos los huesos de estos Mártyres; y que sea este reliquiario con viriles, porque manifiesta-

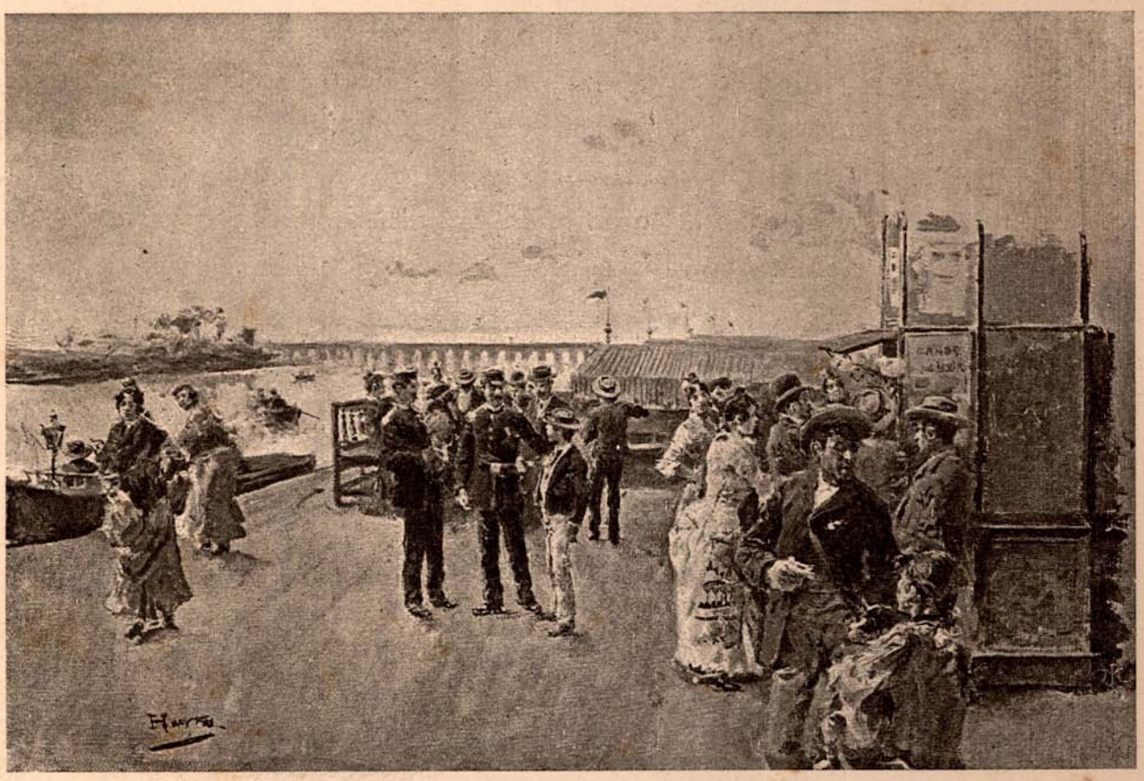
mente puedan ver los dichos huesos. Yo le dixe que para qué eran aquellos viriles. Respondióme: «Yo os lo diré, porque Dios es servido que su imagen y la de su Madre y de sus Santos las tengan los hombres delante de los ojos para que allí le pidan el remedio de sus necesidades y hagan sus devociones; y así, viendo visiblemente los huesos de estos Mártyres, pidan á Nuestro Señor con mayor devoción el remedio de sus necesidades; y decidle al Provisor que si él lo quisiere hacer Dios se lo pagará.» Y dicho esto quedéme asentado en la cama sin poder hablar más ni responder, porque fué grande el temor que me puso; y así se desapareció que no le vide más aquella noche de donde quedé harto fatigado, imaginando qué haría en este negocio y encomendándolo á Dios.

»Y á la noche siguiente, á la misma hora que la pasada, después de haber rezado mis maitines, conforme á la costumbre dicha (porque lo dicho y lo demás que diré sucedió á la sazón, tiempo y hora referida), sentí estando acostado los pasos mismos, y vide la misma visión de la forma y hábito dicho, sentado en el mismo lugar que la noche pasada. Y así fué por este orden en las demás noches que se siguieron y diré. Y entró diciendo: «En hora buena estéis.» Y reprendióme diciendo: «¿Por qué no vais á decir lo que le he dicho?» Respondíle: «Yo lo diré.» Y turbéme de tal manera que no acertaba á hablar; pero dixe entonces el Ave María alto, que quien quisiera lo pudiera oir, entendiendo y teniendo fe que si fuese el demonio que huiría; y él dixo: «Bien está, bien habéis dicho: haced lo que os tengo dicho y no temáis, y quedad con Dios.»—

Y basta de apariciones, pero con una advertencia: la de que á mí no me cansa: es que tengo cierta comenzón de que podáis vosotros cansaros. Todas estas cosas harán contraer los resortes de la cara sin expresión, adusta, de metal, de nuestro siglo, con una mueca de desdén. No le hace: el siglo podrá reirse y desdeñar todo lo que quiera, como quiera y cuando quiera; pero es cierto y conforme, lo aseguro (estoy por jurarlo también, porque la propia experiencia me lo dijo en muchas ocasiones), que en el último rincón del cerebro más empecatado queda siempre un escozorcillo, del cual se burla uno en su interior ó intenta burlarse, pero que siempre se va levantando por encima de todo. Detrás de la carcajada de burla y de la sonrisa desdeñosa de incredulidad y de compasión para el oscurantismo del que cree, surge siempre el escozorcillo de referencia dando golpecitos de un modo particular como alguien que llama á una puerta que se cerró herméticamente, y no le abren, y sigue pegando, y se le dice que marche con mil demonios, y queda allí dando el golpecito. En una palabra: reíd lo que queráis, vosotros los escépticos, los filósofos, los librepensadores; reid, tropa confusa y grave que lo sabe todo, lo de arriba y lo de abajo, y lo del ser y del no ser, y del yo y del no yo; reíd, maestros de armonía de esa gran música

celestial; reíd todo lo que se os antoje, que yo quedaré muy sereno con la conciencia de haber dicho lo que sentía; yo tendré la ventaja, por lo menos, de que no mentiré.

No continúo, pues, para dar gusto á quien no agraden estos dulces ecos de la fe de antaño: quien los ame tendrá bastante con lo que dije. Sigue Roelas contando lo que ocurrió en las apariciones siguientes. Resulta, de todo aquello, que el ángel le dice que se esfuerce en hacer lo que Dios tiene mandado para



bien de Córdoba, la ciudad querida; y entonces lo consultó con los teólogos. Ya, en otras visitas, el hombre del hábito blanco mostróse más comunicativo, hablándole de tú y no de vos como antes; y á unas dudas del Provisor, de que se hizo eco Roelas, contestó la visión:—Yo te juro, por Jesucristo crucificado, que soy Rafael ángel, á quien tiene Dios puesto por guarda de esta ciudad.—Y contó entonces el ángel á Roelas la historia de aquellos Mártires, «durando esta vez la visión, hablando conmigo, hora y media y más... Este día quedó, por todo él, y desde la tarde del día siguiente, un olor suavísimo en mi aposento semejante en todo al del Sábado Santo, que dixe arriba cuando los cinco caballeros. *Juro in verbo sacerdotis es verdad.* Y lo firmo de mi nombre: *Andrés de las Roelas.*»

De todo esto que leí me estuve yo acordando algunos meses antes, en una

noche de agosto, allí en la misma Ribera. Supe la historia de los Mártires, y quise ver el sitio en que murieron y la ermita que allí se erigió después. Es muy pequeña. Rodéase de un diminuto jardín, pero bastante, en aquel tiempo de agosto, para que las verdes hojas la cubran casi por completo, encerrando la humilde ofrenda como en un pabelloncito misterioso. Hay á la espalda unos grandes álamos que bordean el río, aumentando la hermosura del lugar. En la ermita se veneran hoy los patronos de la población, Acisclo y Victoria.

Con aquellas ideas, bajé lentamente. El molino de Martos estaba entonces silencioso. Grandes árboles daban frescura al paseo. De todas las bocacalles afluía la multitud. Sobre la parte del barandal, de las rampas del muelle, asomábanse los hombres y los chiquillos con alegre bullir. Abajo tomaban los bañistas sus billetes en el kiosco. Deslizábase el río con silenciosa majestad. A la otra orilla, las casetas; allá en el fondo, la línea oscura del puente y la negra masa de la Carrahola. Aspirábase un delicioso perfume de claveles y jazmines, corría un vientecillo fresco, y allá en el ribazo de las damas resplandecía alguna vez un relámpago, surgiendo de la misma corriente: era alguna cordobesa que, después de zambullirse, sacaba á flor el cuerpo y abría los ojos.





CAPÍTULO XXXVII

Santa Marina: su iglesia, sus mujeres, sus calles y sus tradiciones. - Colodro y Malmuerta.

La experiencia propia habíame probado ya muchas veces que, saliendo á la ventura y solo por las calles de una población como Córdoba, si es desconocida, es como más encantos y misterios se le encuentran. Salí, pues, sin avisar á nadie, como escapado, como si fuese á cometer un crimen. Siguiendo la táctica de Manolita, tomé apuntes de lo que me pareció conveniente, y luego, sobre los apuntes de las calles que recorrí y las construcciones que hallé, me fuí á personas doctas que pudiesen ilustrarme sobre la leyenda ó la tradición de cada uno, si algo digno de contar tenían. Vive Miguel en la calle de Parras: bajé por ella á la del Zarco. Conforme salí á ella, vi á Santa Marina enfrente, á lo lejos, como un vejestorio, asomando la cabeza entre dos árboles frondosísimos. Parecía

de oro la torre en aquel momento, iluminada vigorosamente por el sol. Veíase el extremo sólo de la cuadrada torre, con su veletilla de hierro en la punta representando á un San Rafael. Como este adoradísimo ángel es el custodio protector de Córdoba, no hay veleta ni pirámide de torre que no lo ostente: de tal manera hállase prevenido el ángel para contrarrestar los vientos de epidemia ó de alguna otra aflicción que camine sobre el pueblo. Entrando á poco en la plaza de Santa Marina, pude ya ver el templo con entera comodidad, exterior é interiormente. Se me figura que es su orden de arquitectura, gótico-bizantino; pero está todo carcomido, gastado por los tiempos, y las bellezas que pueden restarle escondidas ó estropeadas con los desdichados embadurnamientos de cal. Esta iglesia da nombre á un barrio, que era el en que yo me encontraba entonces. Supónese la fundación de este edificio en época lejanísima: remóntase nada menos que al siglo VI ó á principios del siglo VII. Según Vaca de Alfaro, restauróse por orden del emperador Alfonso, en 1141, cuando éste conquistó á Córdoba. Careciendo el emperador de gente para guarnecer á la ciudad, tuvo que abandonarla, debiéndose á San Fernando la reconquista. Reedificó la iglesia este rey, y le dió el calificativo de *Real*, erigiéndola en una de las catorce parroquias en que tuvo á bien dividir la población. Compónese el templo de tres hermosas naves. Tiene un retablo del siglo XVIII, de muy poco mérito, y en la nave de la Epístola un precioso arco gótico de valor, con muy bellos escudos de armas allí donde está la capilla del Resucitado. En esta iglesia hay enterramientos de muy ilustres señores cordobeses.

El barrio de Santa Marina tiene fama, en Córdoba y fuera de ella, como el Perchel y como la Trinidad de Málaga, no precisamente por el garroterio de sus comadres ni por la valentía de sus mocitos, sino por la belleza de sus mujeres. Resuenan los pasos en los solitarios callejones con aquella melancolía que le encontró realmente el abencerraje de *Châteaubriand*. Se llena uno el cerebro de extrañas elucubraciones, y hay puntos en que ni las mismas pisadas nuestras se escuchan, porque se pierde su ruido en la hierba que crece á intervalos entre las hendiduras del empedrado. Me creí alguna vez una sombra persiguiéndome á mí mismo; y en esta soledad, en este silencio, en esta quietud de campo santo, cúbrenos de pronto la sombra de un árbol cuya cabeza asoma por una tapia, sombreando la calle en toda su anchura; pasamos por una puerta cuyo hueco es un hermosísimo cuadro de hojas y flores; vemos una cortina y dibújase detrás la silueta de una mujer llena de contornos, de luces y de de misterio; tropiézase con la casa célebre por el nacimiento de un hombre ilustre; con la cruz que acusa un hecho horroroso ó una historia de sangre; la torre achatada, llena de tradiciones; con las tumbas de siemprevivas; y nuestro

espíritu se satura de esa nota antigua y melancólica que, siendo melancólica y antigua, le rejuvenece y le alienta. En este viejo barrio de Santa Marina es donde dicen que hay más mujeres bellas; pero, á la verdad, en el pueblo bendecido de Dios y de Mahoma, de San Fernando y de los Abderramanes, surgen mujeres bellas á granel, ricas y pobres, en los barrios y en el centro, como surgen y viven en las faldas de la sierra los inmensos prados de rosas.



¿Por qué, pues, Santa Marina tiene esa fama? Que lo averigüe quien quiera: yo tengo bastante con el deleite grato de mis recuerdos de los días que atravesé sus calles solitarias, de paredes revestidas de blanco, como vieja remilgadilla que quiere ocultar las arrugas de su cara con embadurnamiento de polvos de arroz. En mis silenciosas excursiones sentía, á lo mejor, el ligero ruidillo de unas faldas, el correr de una cortina, los ecos de una copla de la mozuela que iba á la fuente con su cántaro al cuadril, ó la que se ocultaba con la hiedra de su balcón á los ojos indiscretos, ó la que se distraía en sus faenas caseras, porque el copleo es en Andalucía la nota predominante; pero ya la observación encontraba

en todas la dulce coquetería de la hembra. La que echó su cortina asomábase después misteriosamente para ver quién pasaba, y la de la copla solía asomar también la cabeza, modeladísima y resplandeciente, por entre dos macetones de aureolas del patio. Allá iba también la del cántaro con su faldilla de coco, resplandeciendo sobre ella como los rayos cegadores de luz de la pedrería que adorna el brocado de los vestidos de las damas. Allá va, ligerita, ondulante y primorosa, con su cántaro á la cintura; y lo lleva con una sencillez y una fuerza que aturde mirándolo: no se comprende que aquella cintura puédase doblar así; teme uno que se quiebre como podría quebrarse con un descuido el tallito cimbrante de la flor que lleva en el pelo. Allá va mirándome furtivamente, y más adelante se pierde ante mis ojos como una visión de las antiguas leyendas de barrio. ¡Oh! ¡Qué dulzuras, qué recuerdos tan misteriosos!

Dejé á la derecha el convento de Santa Isabel, cuya espalda cae á la calle del Conde de Priego. ¡Qué gran tragedia la que ocurrió en la casa del nombre de dicha calle! En 1449 había un veinticuatro que se llamaba Fernando Alfonso de Córdoba. Era afable y digno, batallador y valiente: amábale el rey, le adoraban sus súbditos é idolatrábale su mujer, D.ª Beatriz de Hinestrosa, la más dulce hembra de las comarcas andaluzas, la más pura y la más leal. ¡Oh casitas blancas de la sierra, cómo envidiasteis la blancura de D.ª Beatriz! ¡Oh lirios gentiles de los montes, cómo envidiabais la dulce morbidez de su talle esbelto! En las justas y en las iglesias, en los estrados y en la corte, ¿qué dama había de más esplendor y más dulzura, de más deslumbrantes joyas y de más realeza? Tenía en sus ojos garzos las trasparencias del cielo; tenía en su frente pura el candor de la rosa; tenía en su seno púdico las nieves de la sierra. Y ¿quién no conocía á los primos de Alfonso, Jorge y Fernando, comendadores de la orden de Calatrava? Eran bien quistos en la población como parientes y deudos suyos. A todas partes iban con él y todos les respetaron siempre. Tenían fama de caballeros, de pundonorosos, y su valor estaba probado en los palenques y en campo abierto con los moros fronterizos. ¿Qué misterioso pergamino fué aquél? Recibióle Alfonso de Córdoba una noche. Allí se le decía que su mujer le estaba vendiendo con Jorge. ¡Oh cielos! ¡Qué gran desdicha! ¡Qué grande infamia! No quiso creerlo. ¡Ay! Le atormentó la duda. Espió su albergue, y una noche ¡oh tétrica noche de sangre y de ruinas! fué sorprendida D.ª Beatriz de Hinestrosa con su amante en el mismo lecho de la cámara nupcial. Rugió Alfonso de furor. Degolló á Jorge, al infame, al adúltero. Corrió al otro primo Fernando, amante al igual de una doncella de Beatriz, en ayuda de su cómplice, y quedósele aplastada la cabeza de un golpe de maza del ciego vengador. Dió también muerte horrible á la amada de Fernando. Allí murieron

los tres á presencia de la adúltera.—¡Perdón, señor esposo!—gritó ella de rodillas, los brazos en cruz, suelto el cabello, la color caída.—¡Perdón para mi alma, que no para mi cuerpo! ¡La muerte merecí, pero un sacerdote pídoos que me confiese!—Y vino el sacerdote y la confesó; y luego de confesar, la daga del marido se hundió furiosa en el pecho de Beatriz, de la bella y dulce dama, la que tenía en sus ojos garzos las trasparencias del cielo, la que tenía en su frente pura el candor de la rosa, la que tenía su seno blanco y duro como las nieves de la sierra.



Entré en la calle Mayor, la más ancha y larga quizás del barrio de Santa Marina, pero solitaria como las anteriores, melancólica, triste, con las paredes blanquecinas, con el verdín en el suelo. En el extremo de esta calle hubo una cruz, que existe hoy en la fachada de la ermita de los Mártires de mi primer capítulo. En el sitio donde estuvo esa cruz, vivió Mircina, aya de los santos patronos Acisclo y Victoria. Vi, al pasar, la casa solariega de Benavides, del fuerte barón que tenía escudo de plata con león rampante de gules y tres barras de oro. Una noche, á los 25 de enero, se presentó el mismo corregidor de Córdoba en casa de Benavides, procediendo á su prisión sin decirle la causa de ella. Protestó el noble enérgicamente, pero no se le hizo caso: fué puesto con cadenas en la Calahorra, hasta que un día fué degollado por el verdugo en un patíbulo que se levantó en la calle de la Feria, delante del convento de San Francisco. Nadie supo la causa de esta ejecución. En el misterio quedó envuelta y en el misterio sigue todavía.

Salí por la Puerta de Colodro á la Ronda de las Ollerías, distinguiendo las cruces de las torres del ex convento de San Cayetano por entre las copas de los árboles que se interponían ante los muros del templo. Tenía á mi derecha

un gran panorama: el campo, los olivares, las montañas á lo lejos, y, más acá, descollando entre las casitas blancas y las verdes hojas, los largos chimeneones del arroyo de las Piedras. Allá me dejé la Puerta de Colodro. ¿Queréis otra leyenda interesante y breve?

Al mediar de una noche de ventiscas y de rayos de 1238, fué acometida la ciudad. Por la Puerta de Colodro, que no existía aún, escaló el muro misteriosamente un almogávar, mientras sus compañeros quedaban prevenidos en el campo. El almogávar cogió á los centinelas, los medio reventó en sus brazos, y los arrojó para que sus amigos los acabasen de matar al otro lado del muro. Franco ya éste, se hizo la arremetida en la población. Más tarde se abrió una puerta por el sitio escalado por el almogavar: se llamó *la Puerta de Colodro* porque así llamábase el soldado almogávar que escaló el muro y arrojó á los vigías.

Ya he pasado la torre de la Malmuerta, un enorme arco renegrido que hace fijar el pensamiento inconscientemente en la época en que se construyó. ¡Qué caracteres serían aquéllos! ¡Qué costumbres las de entonces! ¿Cómo sería la configuración verdadera de la ciudad?

¡Oh! ¡Aquel cielo de un celeste impregnado de alegrías, aquel cielo hermoso que estaba yo contemplando, fué sin duda el mismo que contempló todo lo que yo me preguntaba entonces con esa dulce nostalgia de lo pasado que á veces se posesiona del pensamiento! A un extremo del arco renegrido que ya mencioné levántase la torre. Subí unas escalerillas despedazadas que conducen á una especie de plataforma. Esta plataforma es la planicie del gran arco de la puerta, y conduce á la torre. Alzáse allí aquel monstruo de los siglos coronado de almenas como viejos dientes, dientes caídos algunos y presentando anchurosa mella que acusa la triste decrepitud. La construcción de este edificio data del tiempo de D. Enrique III *el Indolente*. El interior de la Malmuerta compónese de una media naranja primorosísima que labraron de sillaretes. Hay una inscripción, existente bajo el arco, que atestigua que se empezó la torre el año 1406, reinando D. Enrique, siendo Pedro Sánchez corregidor de Córdoba, y obispo Fernández Dura. Detúveme gran rato allí, sin poderos explicar ahora todas las ideas que pasaban por mi cerebro, empujándose unas á otras y hasta pegándose para salir y muriendo apenas nacidas. Morir apenas se nace: así es la vida, así es el ser: la vida y la muerte dándose la mano en estrecha coyunda. En la marcha del tiempo, ese torreón que tiene tantos siglos, y lo que exista después cuando el torreón caiga, es al cerebro débil del hombre, la idea que nace para morir, por otra que nacerá de nuevo.

Cuando me separé de la torre, volvía la cabeza aun muchas veces. Ni la vista siquiera del barrio del Matadero, que quedaba á mi derecha, consiguió distraerme de mis meditaciones; ni el pensamiento de que allí nació, se crió y vivió Lagartijo, fué bastante á distraerme. ¡Oh ingrato, hijo desnaturalizado, hijo irrespetuoso del siglo de las luces! ¡Yo pasé por allí sin descubrirme! ¡Oh barrio excelso de los Lagartijo, Manene y Bebé! ¡Oh barrio de Guerrita, Torerito y Mojino! ¡Oh cuna excelsa de tanto ilustre varón de nuestros días! ¡En otra ocasión cantaré tus glorias y las de tus hijos! ¡Oh cuna del arte y de las glorias de España! ¡Humilde perdón te demando, y volveré á ti, si Dios quiere, no en dulce penitencia, sino para rendirte parias y glosarte con bellos ritmos y músicas del cielo!

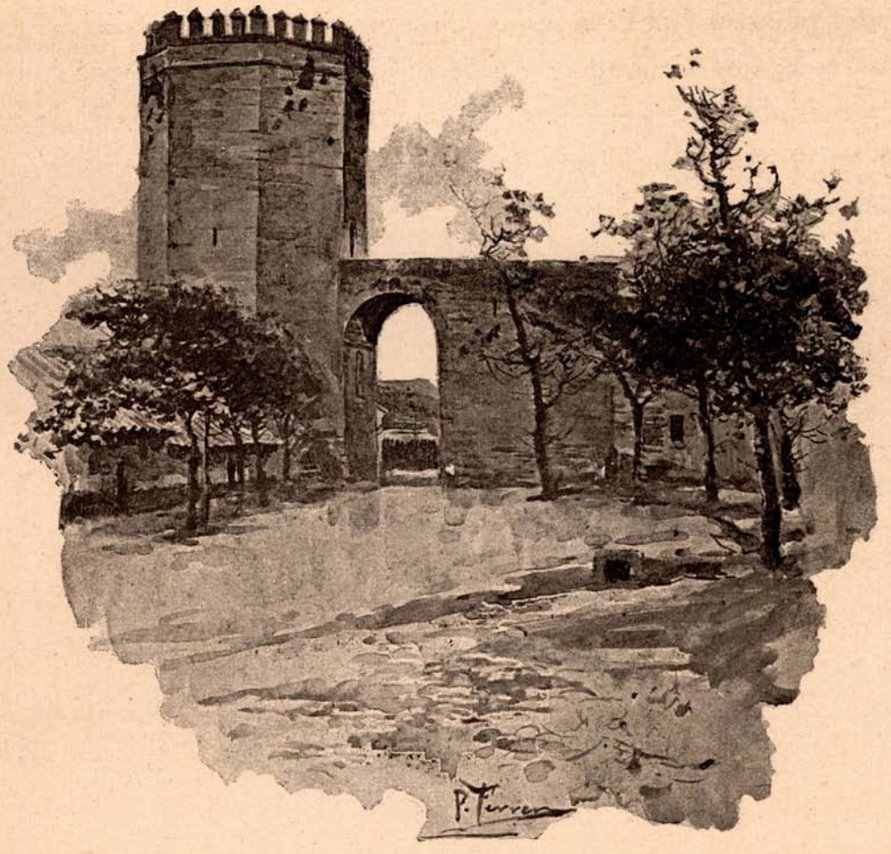
Dejando, pues, el barrio á la derecha, con intención de visitarle otro día, cosa que no hice, salí al campo de la Merced, volviendo siempre los ojos enamorados y conmovidos, no sé por qué causa, á la torre de la Malmuerta. Muchas veces fuí después con el solo objeto de contemplar esta torre, al declinar las alegres tardes de estío. Los pájaros revoloteaban en los negros muros, entonando no sé qué lánguidas canturías. Revestíase á mis ojos aquella masa oscura de una extraña poesía, haciéndome estremecer; pero nunca llegaba mi impresión á la que sentí en las altas horas de la noche, en que también tuve ocasión de verla.

Es un efecto fantástico el de la torre á la luz de la luna. ¡Ah! Entonces, indudablemente, es cuando se piensa en el misterio famoso de la encantada Malmuerta. Ya parece que se oyen á lo lejos las pisadas del caballo cuyo jinete leerá la inscripción para que la torre se deshaga convirtiéndose en un tesoro; ya parece que flotan por el sombrío y roto almenaje los misteriosos pliegues del brial de D.ª Luz, y que se oyen sus gemidos entre el vago arrullo de la brisa acariciando las frondas.

Eso á que me referí son las dos más populares tradiciones de la Malmuerta. El día que alguna persona montada á caballo hunda las espuelas en los ijares, yendo á todo escape, y le sea posible al jinete leer entera la inscripción que hay debajo del arco, ese día la torre se desmoronará convirtiéndose en montaña de oro, que será de quien la inscripción haya leído.

La otra es una leyenda de amor y de misterio. Aquí está también la esposa joven, amante, bellísima; el marido guerrero, valeroso, que sale con sus mesnadas á matar sarracenos para la mayor honra de su apellido y la alegría de la mujer adorada. Está la vuelta del campeón satisfecho y orgulloso; está la escena horrible del marido que sorprende á la mujer en los brazos del amante, dulce y gentil mancebo; está el desafío del deshonrado

y el ofensor, la muerte del culpable, el ultrajado campeón que corre á las habitaciones de la dama y encuéntrala sin vida: ha muerto de dolor, de espanto y de vergüenza. El rey D. Enrique mandó hacer al caballero aquella torre como penitencia por haber matado á su rival sin entregarlo á la justicia de los reinos, y ordenó que por el triste fin de la liviana dama se llamase *torre de la Malmuerta*.





CAPÍTULO XXXVIII

Un encuentro singular.-San Nicolás de la Villa.-La velada de San Lorenzo.-¡Oh mujeres!

Encontrábame entonces en la explanada del Campo de la Merced, grande, ancho, inmenso, con profusión de árboles; y allá, entre aquellos árboles, la iglesia de La Merced con sus viejos campanarios, con sus grandes agujeros cada uno, como las antiguas cajas de los relojes de pared, y el correspondiente ángel custodio entre los dos. Costeé el muro de la iglesia: di en la Puerta del Osario; otra torre, otra leyenda, otro lugar de trasgos, encantamientos y duendes. Aquellos cuatro postiguillos rojos no sé yo qué impresiones me produjeron. No me detuve á definirlas porque se me hizo muy tarde, y, como salí solo sin decir nada, temí que mis amigos estuviesen con cuidado. Por la calle del Caño entré, que se compone de la muralla y la espalda de unos edificios particulares. Por allí, pues, nadie transita; no hay casas, no hay balcones, no hay un ventanillo siquiera para un remedio. Como ya tuve ocasión de observar en otras calles, asoman en ésta las ramas de un árbol por el borde de una tapia y extiéndense

dando sombra. Experiméntase impresión grandísima por el contraste del viejo, solitario y retorcido callejón y aquellas ramas frondosas, verdegueantes, llenas de salud é inspirando paz y alegría. Observé, causándome también una buena impresión, dos casitas juntas, que eran como un oasis en el desierto de la calleja. Seguía el callejón torciendo, retorciendo, con sus bardales, con sus tejadillos. Salí á la de Cuatro Esquinas, y caí á poco en la de Ramírez de Arellano. Allí, en la misma puerta de la casa de Lagartijo, junto al escalón de piedra de aquel flamante santuario moderno, encontréme con un amigo de Jerez, de quien estuve mucho tiempo sin noticias. Es un andaluz que no lo parece, por su sangre de horchata, por su frialdad y por lo impasible que siempre se le ve. D. Anselmo es un tipo de quien seguramente os hablaré más adelante, porque es digno de estudio.

Yo no salía de mi asombro contemplando á D. Anselmo, y él se quedaba mirándome; y, con una risa de tonto, que más le valiera no reir, daba golpecitos con el bastón en la pared y revolvíase el palillo entre los dientes como una devanadera, señal inequívoca de su agitación. De esta costumbre del mondadientes y de otras muy extrañas, también tendrá el lector noticias en tiempo oportuno.

—Pero, vamos á ver,—le dije;—¿V. qué hace en Córdoba?

Quedó riendo de aquel modo sin expresión, recurso de que se valía siempre para dar respuesta á todo lo que le preguntasen, y exclamó entre dientes:

—¡Vaya, vaya, con D. Manuel!

—Pero, hombre, conteste V. á mi pregunta,—le dije. Y contestó á seguida.

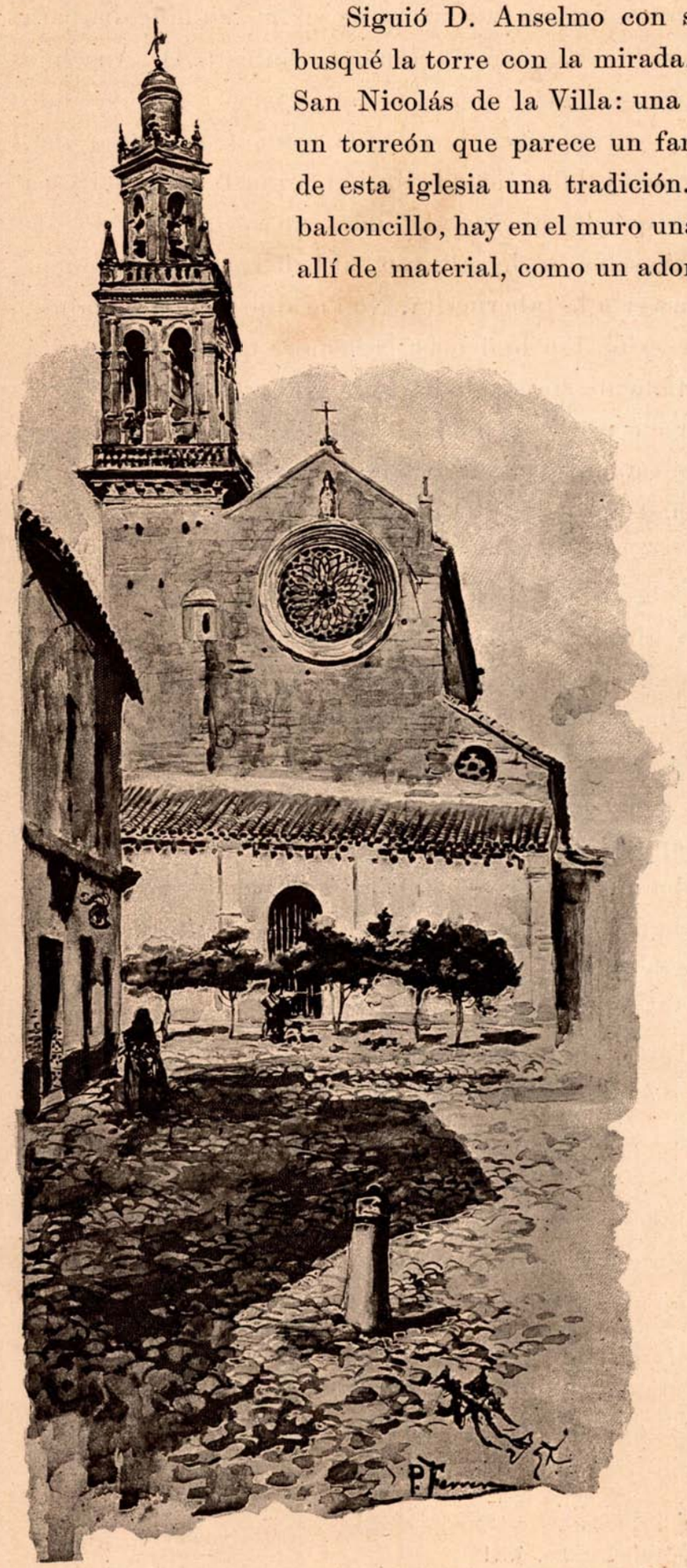
—Y ¿cómo anda esa salud, Aleluya?—Aleluya es un nombre particular que D. Anselmo se ha creado para honrar con él á sus amigos más íntimos cuando está satisfecho; y no es ésta, ciertamente, la única y la más extraña de su vocabulario particular. Como D. Anselmo no contesta nunca á lo que se le pregunte directamente, no me extrañó aquello, y esperé hablando de otras cosas. Continuamos juntos el camino que yo antes seguía. De la calle de Ramírez de Arellano salí á la de Góngora, y allá enfrente divisé, entre bardales y tejados, el extremo final de la torre de San Hipólito. En la calle de los Manueles, que íbamos á dejar á la izquierda, se empeñó D. Anselmo del modo único que podía, es decir, con mucha calma y con mucha parsimonia, en que entrásemos en una taberna de la esquina. Yo me extrañé de aquello, porque mi hombre no tiene costumbre de refrescar con aguardiente ni con bebidas de ninguna clase, como no sea agua. Pensé, además, en sus grandes apasionamientos por la buena forma. D. Anselmo nunca hubiera entrado en una taberna. Con sus grandes humos de distinguido y de aristocrático, que hacía esfuerzos inútiles

por disimular, aquello de meterse en una taberna sabía yo que significaba para él un sacrificio de los grandes. Por una mujer solamente hubiera D. Anselmo roto con su horror santo á ciertos lugares que creía indignos para él. Pensando esto, ya no quise oponerme y entramos en la taberna, situada en la esquina, como ya dije: una taberna fresca y dulce como la ilusión, y una tabernera fresca y dulce también, mucho más que la taberna. Bebimos no sé qué diablos de menjurges, y noté que á D. Anselmo se le saltaron, al beber, unos lagrimones como puños; pero el caso era ver á la tabernerita. No me dijo él una palabra, pero yo ciertamente no la necesité. Por lo demás, la hembra que tanto gustó á mi amigo me trajo completamente sin cuidado. Con gran recreo de la vista quedó el hombre, sin atreverse á pronunciar una frase, y yo quedé al igual recreándome en la multitud de estampas de Lagartijos y otros artistas más ó menos notables que llenaban el mostrador, el techo, las paredes y todo lo que allí podía uno mirar.

Así que el hombre recreó la vista y creyó prudente dejarlo para otra ocasión, lanzó á la tabernera la última mirada, donde ardió un gran poema plástico de todos los sibaritismos. Salí con él siguiendo nuestra ruta. Iba yo silencioso pensando en el silencio del amigo y asegurándome de que D. Anselmo jamás había pensado nada en su vida, y eso que en la ocasión presente iba con ojos y cara de meditabundo, como si grandes negocios le trajeran muy obligado. Ibamos hacia el Gran Capitán: asomé la cabeza por la calle del Arca del Agua y me extasié en la contemplación de aquellos árboles frondosos, de dulce y alegre frescura, que incitaban á los eróticos pensamientos, y entramos en la alameda que tiene el nombre del ilustre guerrero cordobés.

No es hora de que os hable del paseo del Gran Capitán, porque guardo eso para ocasión más oportuna. Tampoco estaba yo del mismo ánimo que antes para que mi curiosidad se excitara con aquel paseo á la ventura que comencé hacía ya muy cerca de dos horas. La vista de D. Anselmo puso indudablemente mi imaginación en otros cuidados y marchó por otra senda, y es que siempre me pareció D. Anselmo tipo de mucho interés y de gran estudio. Este día, aunque estuvimos sin vernos algunos meses y deseaba yo preguntarle por los amigos, me propuse quedar callado mientras no hablase él. Así me lo prometía, pero la impaciencia estaba ya haciéndome arder la sangre. De repente D. Anselmo empieza una de volteretas con el bastón, que parecía aquello un gran trabajo muscular, y, conforme daba vueltas al bastón, echó por sus labios, en voz muy bajita, la música del himno de Riego, con la siguiente letra:

¡Qué torrecita que estoy aquí viendo
árabe, árabe, árabe, á...!



Siguió D. Anselmo con su letra y su música, y yo busqué la torre con la mirada. Efectivamente, era la de San Nicolás de la Villa: una hermosa obra antiquísima, un torreón que parece un faro. También tiene la torre de esta iglesia una tradición. Mucho antes de llegar al balconcillo, hay en el muro unas cabezas salientes, hechas allí de material, como un adorno sin duda. Dice la leyenda que unos ladrones quisieron robar las alhajas y penetraron y quedáronse en el templo escondidos. Hecho ya el robo, tenían que salir por unos ventanillos del muro. Cuando tenían la cabeza fuera ya para salir, hizo Dios el milagro: cerróse el tragaluz y quedáronse allí las cabezas petrificadas.

Anduve mucho aquel día con mi amigo, y dedicamos la noche á ver la velada de San Lorenzo.

Desde la calle de Santa María de Gracia empieza ya á comprenderse lo que será la plazuela de San Lorenzo y toda la calle Mayor. Se ve, á lo lejos, así como el resplandor de una hoguera. Las vecinas siéntanse en la puerta, y hasta en eso hay categorías, porque la mamá, generalmente, ocupa el escalón y la moza se arrellana en su silla. La multitud aumenta confor-

me va uno internándose en la calle: los encontrones se repiten, el tránsito se dificulta, aspírase un aroma pronunciadísimo á jazmines. En esa noche y en esa calle no se contempla otra flor ni se aspira otro perfume. Al llegar á la plazuela de San Lorenzo, el espectáculo adquiere de pronto más brío, más color: los cantares aumentan, la luz deslumbra, la animación aturde, la hermosura de las mujeres marea. La torre de San Lorenzo levántase allí sombría y negruzca, y el santo, desde arriba, parece que habla con la luna, contándole, loco de alegría, lo que allí en la plazuela está sucediendo. Las ramas de los naranjos están llenas de farolillos de papel de colores. En un lado la casilla de los refrescos, en otro las chozas de la feria, animadísimas, brillantes, con sonajas, con guitarros, con panderos, con pitos, con castañuelas, con sables de hoja de lata, con escopetas, cunas, santos, tentetiesos, voladeras y demonios encendidos.

La chica llora por una camita para su muñeca, el chico por un sable para ser capitán de tropa cuando salga del colegio; las madres regatean y se van sin comprarlo, los padres murmuran y compran, las mozuelas ríen, los viejos recuerdan, los mocitos retozan; los chismes de la charanga retumban en el centro de la plazuela, rodeada de los árboles. A la luz de los farolillos únese la de la bomba de gas y la de la luna, para más decoro y más realce. Al perfume de los jazmines únese en la plazuela el de los naranjos y el del aliento de aquellas mujeres de Dios, agrestes algunas si hay empeño y alguien lo pide; pero altivas, gallardas, hermosas, pregonando en su contoneo, y en su expresión, y en su tipo, la gracia de Andalucía primero, la gracia de Córdoba después, y la de su barrio por último. La animación aumenta, los chicuelos gritan, la música enronquece, los vendedores pregonan: —¡Helao, helao!...— ¡Niña, ramitos de jazmines!—Y una voz argentina aquí:—¡Ande osté, esaborío!—Y otra allá:—Eso es lo que osté quisiera.—Y otra voz muy dulce, pero muy zumbona:—¡Ay! ¿Sí? Pos tome osté tila, hijo.

Siguen meciéndose los farolillos como unos borrachos entre las ramas de los árboles. La luna entra también por entre el calado de las hojas, bañándolo todo como en una bendición de paz. ¡Oh luna! Buena y dulce como siempre, apénase de la oscuridad y el silencio y la quietud del atrio de la iglesia entre aquel gran jolgorio, y se introduce por la reja dulcemente, bañando algunos sitios en una oleada de melancólica luz. Desde allí envía también su beso dulce y cariñoso á los que pasan y cruzan.

Como bella y afable intérprete de Dios, envía desde el atrio á la muchedumbre la bendición de la gloria; y San Lorenzo, arriba, calladito, bonachón y resignado como siempre, pide á Dios que lo asen otra vez y otras mil, pero

que esté su barrio siempre con aquella alegría y aquella bulla y aquella jarana...

¡San Lorenzo, pobrecito,
que los sayones te asaron
y ahora te asan los ojos
de las niñas de tu barrio!

Toda la calle Mayor de San Lorenzo hierve con la multitud, la bulla y la alegría, lo mismo que la plazuela; pero en una parte y en otra la gran feria es la mujer, la gran alegría, lo que entusiasma, lo que conmueve, lo que hace palpitar y lo que llena de orgullo.

No se concibe, no cabe ya en el cerebro, la idea de tanta y tanta mujer hermosa, joven, limpia, brillante, esbelta como un rayo de sol. Van á bandadas, cogidas del brazo, al modo que en los huertos se enredan las flores; dengosas, ondulantes y ajustadas como señoritas. Eso sí, exteriormente habrá diferencia en el atavío, pero la muchacha del barrio no cederá nunca la palma á las de la clase media, ni á la aristocrática tampoco, en la finura de su ropa interior; jamás, repito. Se ajustan, se emperejilan por dentro mucho más que por fuera: en las enaguas y el corsé estriba su gloria. Van entalladitas y derechas, duras y apretadas. El ruidillo de su ropa interior hace que los sentidos glosen endechas estremecedoras.

Exteriormente, y en estos grandes jolgorios de verbenas y veladas, las prendas visibles son la chaquetilla nívea y deslumbrante como el armiño, ó el pañuelo de Manila. Vedlas: con la chaquetilla parecen bellas flores de nardos que embriagan con su aroma; con el mantón un misterio que se envuelve en nubes. Van derramando por la calle su fragancia y todo el torrente de su alegría.

La honradez y la pureza de sus costumbres compréndese mirándolas no más.

Consuélase y se anima con eso el que sabe lo que es el mundo, lo que es la vida, lo que son los hombres y lo que es la mujer sobre todo. Aquí no hay engaño, no hay artificio, no hay mentira: el placer es franco porque sí, porque no se esfuerza con el latigazo ni con el acuñamiento del buen ver ni de la buena forma. Allí no hay más buenas formas que las de sus cuerpos briosos y garbosísimos. Yo me llené de asombro y de turbación á la vista de tales hembras, porque allí, como en otras ocasiones parecidas, pude ver y estudiar á la mujer sin artificios, sin embelecos, apasionada, leal, piadosa, creyente y buena y

robusta, como si la fe y la tranquilidad de espíritu fuese la más rica savia que las nutre. Yo las vi, y os extrañarán sin duda mis impresiones: me arrastra hacia ellas un impulso muy grande de simpatía. ¿Os reís? No importa. Yo las miro enajenado de bienestar dulce, é ideas



muy graves me oprimen y llenan mi cerebro, haciéndole vibrar como en las grandes batallas del espíritu. ¡Sí! ¡Vosotras, hijas del pueblo; vosotras, alegres y puras muchachas, sois las españolas, nobles heroínas! Hermosas y alegres os prevenís para las desdichas que han de venir. Yo las veía, conmoviéndome más conforme pasaban, ante mis ojos asombrados, en mayor número. Allá iban todas, allá iban. ¡La del brillante pañuelo de Manila! ¡Cuántas noches en vela, de trabajos y de inquietudes, te habrá costado ese rico pañolón que esta noche de alegría cubre tus hombros!

Cuando te cases, esa prenda estará en tu boda; cuando nazca tu primer hijo, esa prenda será la primera que se luzca; si el hijo de tus entrañas muere, será la colgadura que la sala del muertecito adorne entre un brillante granel de rosas blancas; cuando tu marido quede sin trabajo y no pueda ganar el pan para sus hijos, ese pañuelo irá al Monte de Piedad, y le habrás besado antes, y le habrás bañado con puras lágrimas de recuerdos dulces.

¡Pobre hija del pueblo! ¡Cuánto te admiro! Tú eres honrada y noble; tú eres pura y viril; tú te educas en el bien verdadero; tú te preparas en esa grande escuela del trabajo y las resignaciones, para dar después á la nación los hijos que luchan por ella y la salvan y la glorifican. Hoy estás soltera y estás alegre, porque la idea del trabajo no te conturba; estás tranquila, porque el único enemigo con quien luchas acaba por quererte y tú por amarle: es la pobreza, y la pobreza misma parece que te da orgullo.

¡Hijas de la pobreza! ¡Madres del pueblo! ¡Heroínas de la nación! Reíd ahora, divertíos con el ramo de jazmines entre los cabellos y el pañolón de Manila terciado á la cintura; gozad con el perfume y la gracia que derramáis; enorgulleceos con las luces de los farolillos de colores que dan tonos fantásticos á vuestros semblantes serenos. Todos esos sencillos y santos placeres son la portada de oro y luz por donde entráis alegremente en la otra vida: por ese arco primoroso es por donde entráis en la vida de casadas. ¡Oh tristezas! ¡Oh amarguras! Allí vendrán las lágrimas, allí los sufrimientos, allí las resignaciones; allí os mostraréis con todas vuestras grandezas y todas vuestras dignidades. Valerosas hijas del pueblo, allí os mostraréis grandes, sobreponiéndoos con una serenidad de gloria, que ni vosotras mismas comprendéis, á los ultrajes de un marido grosero, á las miserias de una enfermedad, á las agonías de un trabajo continuo y á las grandes hecatombes de ver que se os llevan á morir á la guerra al hijo adorado que rasgó vuestras carnes al surgir á la vida y que se nutrió con la savia poderosa de vuestro pecho sano y robusto.

¡Oh valiente y heroica mujer del pueblo, yo te bendigo! ¡Aprovéchate ahora de tu efímero tiempo de libertad y alegría; pasea por las calles de las

verbenas y las veladas, entre arcos de luces y flores, ese cuerpo gallardo y puro que se rendirá y ajará súbitamente como sensitiva en el próximo combate magno; ese combate que empieza con la dulce mirada del mozo que te enamora, y termina con el grito primero de dolor que lances cuando tu primer hijo nazca!





CAPITULO XXXIX

Un poco de todo.-Emilio Cabezas.-El Gran Capitán y algunas estrellas de Córdoba

Tantas veces estuve en el Gran Capitán, que me lo sabía ya de memoria. No conservo en mi cartera apunte ninguno que pueda ayudarme á su descripción. La haré sin ellos, porque está en mi memoria como si estuviese ante mi vista. No lo olvidaré nunca tampoco: aquellos lugares en que se goza ó se sufre, siempre están grabados en nuestro espíritu con esa nostalgia misteriosa de lo pasado, cuyo mérito, cuyo valor más grande, es la convicción melancólica de que no vuelve. Yo no sufrí en el Gran Capitán: yo gocé. ¿Será posible que algún día pueda encontrarme de nuevo en aquellos lugares, acompañado de los amigos de mi alma? Es muy fácil. Sin embargo, tanta es mi alegría de pensarlo no más, que la realización figúraseme un imposible.

Ningún amigo de Córdoba me pesó jamás, pero algunas veces tenía yo deseos de ir solo. En fuerza de ir y venir por unas calles y otras, me orienté mucho en aquel laberinto de las calles de Córdoba. Desde casa de mi amigo Miguel, sabía yo ir perfectamente á todas partes. A la redacción de *El Adalid* iba casi todas las tardes. Me gustaban mucho las ocurrencias de los Valdalomar y la parsimonia de Emilio Cabezas. Este Emilio, redactor de *El Adalid*, es un prosista muy discreto. También tenía para mí mucho relieve. No tuve tiempo

de dedicarme á su estudio, pero me da el corazón que hubiera podido sacar mucho provecho. No iba nunca de paseo con ninguno de nosotros porque no íbamos nosotros á donde él tenía costumbre de ir: de su paseo á la Ribera no le sacó nadie. Dando tijeretazos, poniendo cabecera á tal ó cual recorte, ó doblando un periódico lentamente, oíale yo con gusto aquello de todas las tardes:

—A mí que no me saquen de mi Ribera.

—Pero, hombre,—decíale yo;—si no le sacan á V., porque es imposible. ¿A qué dice V. eso?

—Bueno,—contestóme con mucha parsimonia;—quiero decir que no intenten sacarme. Yo, pian pian, á la Ribera sin faltar una sola tarde; porque, no hay que ponerlo en duda, la Ribera es el paseo de Córdoba. Me siento, y así que pasa un ratito me como mi arropía. Sí, eso sí: me como mi arropía como un chiquillo, y luego me tiro un vaso de agua fresca.

Y nadie sacaba de ahí á Emilio. Acordándome de Emilio, porque me había acabado de contar la historia de su arropía y de su vaso de agua, entré yo una noche en el Gran Capitán. Emilio Cabezas podrá decir lo que se le antoje, y yo le doy la razón, ciertamente, de que la Ribera es el mejor paseo; pero todo el mundo quiere dar en la cabeza á Emilio yéndose al Gran Capitán. Como estética, el paseo, francamente, no asombra á nadie. Los cordobeses le aman, y hacen bien. Yo, que no soy cordobés, le amo como si lo fuera. Con este paseo ocurre como con todo lo de Córdoba y lo del resto de Andalucía, y eso que he tenido ocasión de observar que se diferencian unas de otras las capitales andaluzas; pero la nota de luz, el rayo de alegría, cúbrelas y envuélvelas á todas por igual, y esto es lo que al paseo ensalza y hace que se le quiera.

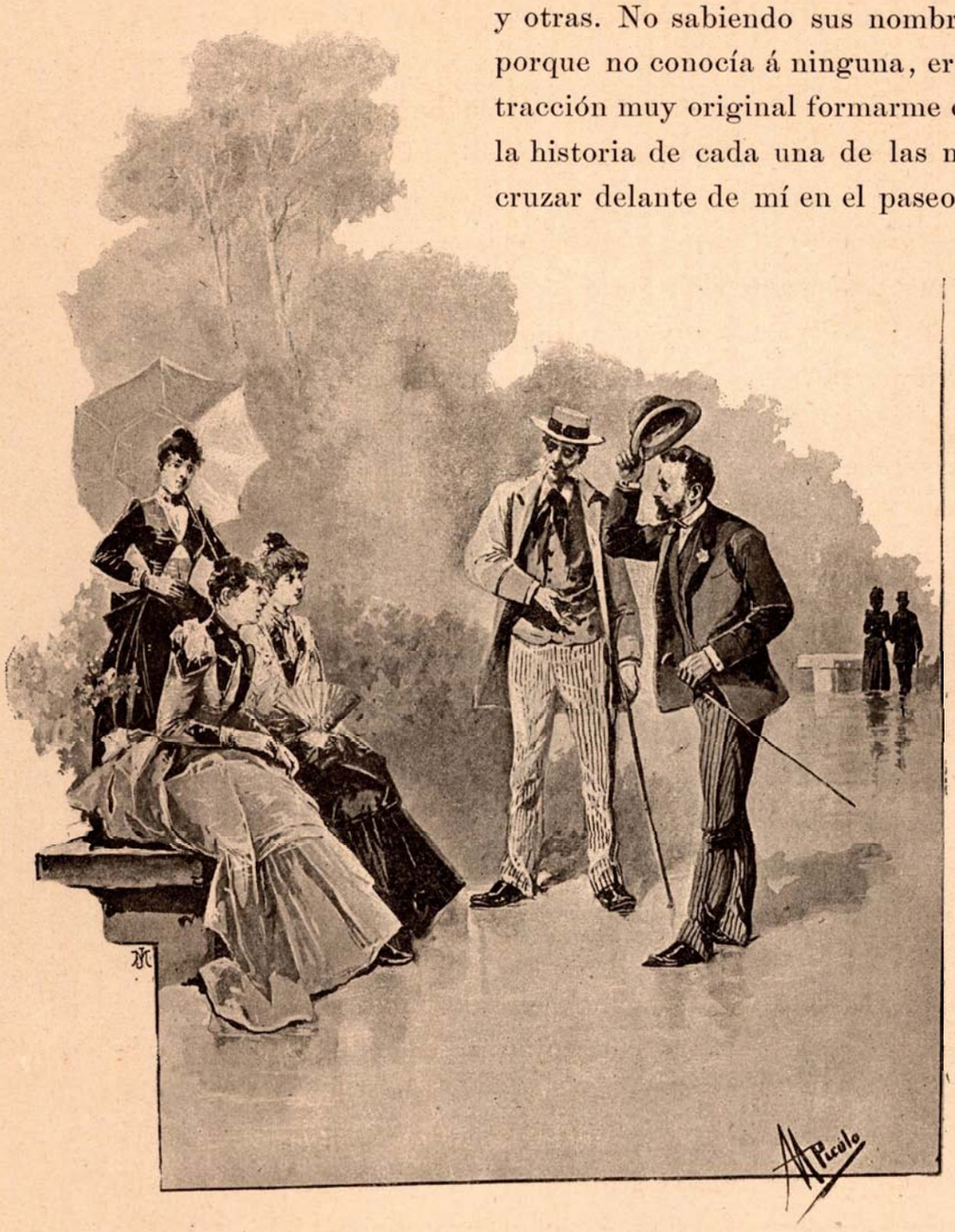
Me senté en una silla. Allí me sorprendió la noche y allí quedé aún, embelesado con aquella frescura y aquel perfume, sin acordarme de otra contrariedad que la de haberme visto de pronto chorreando desde los pies hasta la cintura. Fué una sorpresa que me causó impresión muy grande. Terminaron aquella noche la tubería de aguas para el riego; y era tanto el afán de ver el chorro, que allí, de noche ya, en medio de la gente paseándose, tiró el hombre de la manga, la colocó, apuntó á cualquier sitio... ¡pum! ¡pum! ¡Allí fué Troya! Unos corrían para acá, otros para allá; y el hombre de la manga, como si no fuera con él, chicatazo por aquí, chicatazo por allí, impasible, como santo de hornacina. Yo me puse muy pronto á buen recaudo, pero tuvo el hombre tiempo suficiente para pasear la punta de su chorrito dichoso por mis piernas. Lo que más coraje producía, á todo esto, era la contemplación de los agentes del Municipio, con las manos atrás, abiertos de piernas y la cara boba en alto, viendo el chorro caer como la gloria que cae del cielo. Aquella sonrisa de emoción y felicidad

de los imbéciles, por tanta y tanta maravilla, fué lo más incómodo y lo de menos curiosidad que allí se veía aquella noche. Pasó el chubasco, y la gente se tranquilizó al fin. El paseo se animó otra vez, pero pude notar en la gente cierta zozobra. ¡Es claro! Temían otra nueva traición del hombre de la manga.

Pasaron muchos amigos delante de mí; pero, viéndome solo, seguían en la creencia de que yo esperaba á alguien: así, pude continuar en la contemplación silenciosa de los que iban y venían en el paseo. No estaba yo presentado á ninguna señora. Me negué hasta entonces por todos los medios. Acordábame de Sevilla y tenía mucho temor de contraer afecciones nuevas, porque después, al partir, se duele el corazón de la partida. Halla uno en su camino mujeres dulces, educadas y espirituales. Al tratarlas parece que llegan á formar algo de nuestra familia y de nuestro ser, y luego, en la separación, apena el pensamiento de que quizás nunca vuelva uno á verlas. Los maliciosos, aquí, no pueden decir palabra: las puras afecciones de una amistad sincera se contraen sin que se pronuncie ni deba pronunciarse la palabra *amor*. Eso sería absurdo, porque entonces sería el cuento de nunca acabar. No: es que mi espíritu, pobre y malo, se deleita de encontrar otros espíritus superiores de quienes aprenda y á quienes admire. Mi espíritu, que duda y que desconfía, goza de encontrar otros espíritus que sueñen y que crean. Todos los dones bellos, que en mí no existen, me agrada contemplarlos en otros. Los estudio, y el corazón se me ensancha, convenciéndome á cada una de estas bellas manifestaciones intelectuales y morales de los demás, de que ni el mundo es tan perverso como lo pintan, ni las mujeres tan malas como los hombres queremos hacerlas. ¡Ah! No: las mujeres son buenas; y como se comprenden y se adivinan de verdad, es tratándolas sin interés ninguno, sin amarlas con lo que encierra en sí la palabra *amor,* ese amor de pasiones de infierno y de gloria que hace palpitar el mundo; sin apasionamientos, sin locuras. Siendo su amante, la mujer nos parece un Dios ó un demonio, cuando es una mujer sencillamente, es decir, ni demonio ni Dios. Si todos los hombres pudiéramos ver á esa otra bella mitad sin los cristales de aumento de nuestras ilusiones, ¡cuán felices no seríamos y cuán felices no serían ellas! Las vemos, nos enamoran, y de pronto las subimos al altar, colocándolas por encima de todo lo existente. Ya no hay creencias, ya no hay vida, ya no hay afección ninguna que no esté por debajo de la que nos inspiró ella. Dios ha sido puesto en su altar, y todo, creencia, vida, amistades, religión, todas esas afecciones anteriores, son ahora acólitos que pululan á los pies de ese gran altar dorado y nuevo. Si es una mujer solamente, ¿por qué hemos de erigirla en Dios? Para que al verla, luego, como mujer, es decir, como es verdaderamente, la comparemos

con Dios y nos resulte odiosa y despreciable. ¡Ah! ¡Si pudiéramos á la vez adorarlas como locos, estudiándolas como sabios!

Gocé yo como un niño aquella noche. Complacíame ver cómo pasaban unas y otras. No sabiendo sus nombres, naturalmente, porque no conocía á ninguna, era para mí una distracción muy original formarme en mi imaginación la historia de cada una de las muchachas, que, al cruzar delante de mí en el paseo, parecíanme más distinguidas y más hermosas. Me complacía asimismo en poner á cada una un nombre, por el que yo las conocía para mi uso particular, y esto fué desde muchos días antes. Aquella noche estaba yo allí con el mismo embobamiento con que los chicos oían las mil veces bárbaras chirigotas de aquel mala sombra de *Robinsón* del Teatro del Circo. Hacíase más fuerte el perfume, y con el riego que tanto nos hubo asustado se hizo más grande la frescura. Aumentó la multitud en el paseo. Deslizábanse ante mí un grupo y otro de mujeres hermosas que parecían grandes manojos de flores. ¡Oh, Dios mío! En Sevilla se ahoga uno de tanto perfume, en Granada se deslumbra de tanta luz, y en Córdoba enloquece de tantas flores. Queda la seriedad en Cádiz, y en Málaga está el salero, sin que por esta causa, precisamente, deje de haber en cada una de dichas poblaciones perfume, luz, flores, salero y seriedad.



Naturalmente, había oído decir mucho de las hermosuras cordobesas. En cada capital, en cada pueblo, en cada villorrio, hay siempre una, dos, seis ó quince mujeres que se llevan la palma de la hermosura, haciéndose de una fama local, por esto mismo, en la clase media y en la aristocracia de la sangre y del dinero. Yo oí, pues, en Córdoba, muy á menudo, ciertos nombres que ya me daban zumbidos en las orejas de tanto sonar allí. La curiosidad, con respecto á la mujer, ha sido siempre un pecado en mí; y una de las complacencias mías de aquellas noches en el paseo, fué la de probar si acertaba á poner los nombres que yo conocía en las mujeres que debieran llevarlos por ser suyos. Cuando pasaban dos juntas que fuesen metidas en carnes, hermosas y gallardísimas, entre las que allí contemplaba á granel, gallardas y hermosas, preguntábame yo:—¿Serán esas Natividad Menacho y su prima María Cevallos?—Como fuesen dos rubias, blancas y esbeltas, decíame al momento:—Nada de particular tiene que sean las hijas de los marqueses de Benamejí, Juanita y Teresa.—Y como fuese una morena, hermosa hasta el asombro, figurábame que sería la condesita de Zamora. Lo mismo me sucedió con Pepita Gutiérrez de los Ríos, á las que me recomendó Manolita, como recordaréis; con las de León, con Dolores Trevilla, con Paulita Vázquez y con tantas y tantas. No quiero decir los desengaños que llevé más tarde, porque os reiríais sin compasión de mi mala ventura. En una palabra: fuí tan torpe y tan desgraciado, que no pude acertar ni una sola vez.

Haciendo estaba yo mis castillos en el aire con los nombres de las estrellas de Córdoba, y pensaba, al mismo tiempo, que todo lo que en el aire se fabrica, á tierra tiene que venir. Lo más lógico, sin duda, y lo más razonable, hubiera sido conocerlas como Dios manda, hablarlas, oir cómo discurría la una, cómo discurría la otra; estudiar los sentimientos de ésta, estudiar los sentimientos de aquélla; y formarme así, en conjunto, una opinión moral de las mujeres de Córdoba. Del físico nada tenía que decir: estábalas viendo (indistintamente, sí, es verdad; pero que, unas ú otras, allí estarían ellas, allí sin duda estaban los nombres que yo conocía)... Del físico, pues, nada tenía que decir: las estaba viendo y tenía que cerrar los ojos. En la hermosura de las cordobesas hay esplendidez como en las de Madrid: un foco inmenso de luz que de repente da en la cara, lastima la retina y hay que entornar los párpados. Por eso yo cerraba mis ojos tímidamente con mucha frecuencia, dejando pasar con cierta zozobra aquel gran mundo de luz de la mujer cordobesa; por eso á la par quedaba siempre con deseo infinito de verla otra vez cuando contemplaba melancólicamente su vigorosa y recortada silueta en el fondo oscuro, desde mi modesta silla del paseo del Gran Capitán.

Esa noche... esa noche, fué, sin duda, la predestinada para dar en tierra con mis propósitos de no hablar en Córdoba con mujer alguna. Francamente, yo tenía mucho miedo de las cordobesas. Me sacó de mis abstracciones un amigo á quien aprecio de veras, cordobés y andaluz de raza, guapo mozo, buena figura, rostro árabe, con nariz correcta y ojos que en una mujer hubiesen vuelto loca á media humanidad, pero que en mi amigo Amador no sé las locuras que habrán causado ni quiero saberlas, porque sería ya demasiada y hasta vituperable mi curiosidad.

—Pero ¿qué haces ahí tan pensativo?—preguntó, sentándose á mi lado.

—Hombre,—le dije con alguna pena,—me pasa esto y esto.—Y le conté lo que me sucedía, y los caramillos que yo armaba dentro de mí con esta beldad y con la otra sin conocer á ninguna, mis incertidumbres, mis deseos de conocerlas, mis miedos para lo porvenir como las conociese; y el hombre de Dios se reía de oirme.

—Bueno; pero, de todos esos nombres que te zumban en el oído, dime uno, criatura, y yo te presentaré si la conozco. No seas cobarde: una siquiera. Habla con una, porque á la postre, con todo lo que hayas visto aquí, te irás sin conocer á Córdoba. ¿Qué poema, qué monumento de esta ciudad podrías describir si no conoces sus mujeres? Todo lo que hagas de aquí tendrá que coronarse con las mujeres, como las torres y monumentos de Córdoba se coronan con sus dorados ángeles. La tentación era grandísima y yo quedé muy confuso.

—Bueno,—dije de pronto;—¿lo dejas á mi elección? Pues una no más: preséntame á la condesa de Zamora.

Me miró el moro, como yo le digo, de una manera muy particular. Se levantó luego, me levanté también, me cogió del brazo, anduvimos un poco por entre la multitud, detúvose ante dos señoras que me parecieron madre é hija... Me presentó á la primera, y me la presentó diciendo:—Mi mujer.—Y luego, indicándome á la más joven, exclamó, echándose á reir:

—Mi hijastra, Carmen de las Cabezas, condesa de Zamora de Riofrío.

Me quedé estupefacto, con la mirada puesta en Amador, y casi estuve para gritar:

—Pero ¡hombre! ¿por qué no me lo has dicho antes?

Así que me presentó, se alejó muy tranquilo, diciéndome desde lejos:

—Verás tú cómo pronto conoces ahora á las demás.

Dirigí la palabra por primera vez á la condesa de Zamora, y confieso muy turbado que en aquel instante no me acordé para nada de mis vacilaciones anteriores de conocer ó no conocer á las cordobesas. Mi único sentimiento fué de indignación contra mí mismo porque no quise empezar á conocerlas antes.

La figura dorada, dulce y hermosa de Manolita pasó también por mi cerebro como una ilusión celestial: hízome recordar muchas veces, aquella noche, á mi amiga la sevillana la primera amiga que en Córdoba tuve; y me la hizo recordar, no precisamente por el parecido que les hallé, sino por todo lo contrario. La condesita Carmen era morena, como me dijeron, y ya recordaréis el color de la otra. Pues lo



mismo que en esto se diferenciaban en todo. No hubieran podido encontrarse jamás en la existencia dos tipos más opuestos ni dos tipos más hermosos. Como no sé cuando vosotros leeréis esto, diré, para grabar fechas, que la noche que conocí á Carmen Cabezas, condesa de Zamora, fué la del 11 de agosto de 1889: el día 17 del mes de julio anterior había cumplido diez y seis años. Solamente con eso comprenderéis todo el encanto de mi heroína de este capítulo.

Di algunas vueltas en el paseo con la condesita, y anduve torpemente y tropecé alguna vez por acechar el momento de contemplarla sin que ella lo notase; pero no podía empaparme bien de aquella hermosura: cubríale la mitad

casi del rostro la sombra del ala pronunciadísima de su sombrero, y muy pocas veces metíase la luz del alumbrado allí para mostrarme, con la fugacidad de un relámpago, el más lindo tesoro de correcciones que se vió nunca en los rasgos de una cara morena. En alguna ocasión escondíase el rostro de tal modo en la oscuridad, que sólo pude ver la línea blanca de sus dientes, abierta por una sonrisa; y cuando pude, por el capricho de los juegos de luz, haberla contemplado bien, sucedía que daba un tropezón ó tenía que separarme de ella por el gran barullo del paseo.

En las siguientes noches tuve ocasión de conocer á las dos hijas mayores de los marqueses de Benamejí, brillantes, vaporosas, de rostros cesarianos, la segunda principalmente; esbeltas y rubias como las espigas de los altares de la Virgen de Agosto. Tuve otra bella amiga desde la primera noche: Pepita Gutiérrez de los Ríos, rubia también, pero muy distinta de las dos primeras. El dulce dorado de las de Benamejí recuerda los graves cantos druídicos de las vírgenes galas: el rubio de Pepita Gutiérrez de los Ríos hace pensar en el dorado bullicioso de la Manzanilla y el Jerez. De una fuí en otra, y después de Pepita conocí á Dolores Trevilla. Allá va también Dolores con las rubias, allá va también; pero es distinta, al igual que las otras: Dolores Trevilla es dorada y espléndida como el sol. Otra rubia viene, Adela Bargas, blanca, serena y hermosa como una madrugada de los Alpes. Las de León, que no se miran sin recordar el perfume de las violetas, las alegrías de los santos, los pudores de las vírgenes y esas trasparencias suaves del nácar y del cristal. Fuí conociendo después á otras: fué una cadena de flores que iba aprisionándome el alma; fué un acumulamiento de estrellas que me deslumbró. Cada una de esas estrellas tendrá en mi libro puesto honroso, como tiene Córdoba su San Rafael en cada una de sus plazas y en cada una de sus torres. Pero hay cuatro entre todas á quienes recuerdo constantemente, por ser á las que conocí primero y á las que traté más: no es extraño, por lo mismo, que las recuerde. Estas cuatro son: Juana y Teresa Bernuy, Carmencita Cabezas y Pepita Gutiérrez de los Ríos. De aquí no paso ahora sin hablar á mi gusto de esta mujer, y espero confiado que será igualmente al gusto de todos. Ya lo dije: el rubio de Pepita hace pensar en el dorado bullicioso de la Manzanilla y el Jerez. Pepita Gutiérrez de los Ríos es la mujer elegante, la mujer hermosa de salón, la que parece que necesita de esta atmósfera para vivir, pareciendo también que arde tenue luz misteriosa en su cerebro, que presta desde allí tonos luminosos á su semblante, delicado matiz opalino; la que reclina la cabeza indolentemente sobre la columna revestida de flores; la que tiene indolencia en la actitud, cansancio en los ojos, desdenes en la sonrisa; la de garganta ebúrnea, que ha sido creada

para admiración del pensamiento estético, y que luce, como una soberana arrogante, las ricas piedras de su corona; la que gira en vertiginoso vals, como ninfa divina, entre los hombres que la agasajan y al son de la orquesta, con su vestido blanco, brillante, espléndido, nube de encajes y gasas, enmarañado monte de espuma, de donde parece surgir, asomando la cabeza y el busto, á semejanza de la sirena cuando surge de las olas para entonar canciones idílicas en las templadas noches primaverales al son de los remos y al resplandor de la luna.





CAPÍTULO XL

Pepe Cruz.-Lamentaciones de Teresa.-María Carrillo y Anita Romero.-Paseo nocturno.-La Corredera

Me levanté al otro día muy temprano y me fuí en busca de D. Anselmo. No se había levantado aún. Me senté en una butaca, y, tomando un libro, hice intención de distraerme, leyendo alguna cosa. No me fué posible: iban pasando

por mi cerebro imágenes de la anterior noche. Yo no sabía cómo alejar de mí, un secreto disgusto. El caso era que la noche antes incurrí, sin yo saberlo, en el desagrado de una persona por quien yo hubiera hecho cualquier sacrificio: tratábase nada menos que de mi bella condesita, mi cicerone, mi luz, mi ángel bueno, que se había declarado mi enemigo. Después de la velada estuve paseando con ella y con Teresa Bernuy, que es la hija menor de los marqueses de Benamejí. Hallábase Teresa aquella noche de buen humor: nos contaba con gracioso desenfado lo que le había ocurrido con un joven pariente suyo, pollo rancio ya para ella, con sus quince años no cumplidos y su dulce y fresca hermosura.

—No sabes tú, mujer,—decía dirigiéndose á la de Zamora,—no sabes tú lo que pasó anoche con ese.—Y se lo contó todo.

Yo me quedé observándola, porque era digno verdaderamente de admiración el tono ligero y graciosísimo que empleaba poniendo al corriente á la condesa de lo que el otro le decía y de las respuestas que ella le iba dando, los gestos del otro cuando él hablaba, el eco de su voz, sus movimientos; una mímica, unas frases y un gracejo tan natural que me hacían reir verdaderamente. Aquello era andaluz, pero andaluz fino, gracioso, serio, sin chocarrería, natural.—Pero si tú no sabes, si tú no puedes figurarte, el hombre, las cosas que me dijo. Verás. Entramos en el teatro, que yo no sé por qué mi madre me llevará á ese teatro á oir los chillidos de esos locos sueltos. Él vino con nosotros, y le vi la intención de sentarse en la silla que estaba junto á mí. «- No, lo que es á mi lado no te sientas tú; y, como te sientes, ni te doy la conversación ni te miro en toda la noche.» Pero, hija, no pudo ser: juntitos. Yo estaba furiosa, y, apenas se sentó, volví la cara á otra parte. El no hacía más que llamarme y yo mirar para el otro sitio. Ya estaba fresco; y después, un sonsonete en el oído, ¡diciéndome unas cosas! A cada cosa que decía, yo más callada y con más ceño. ¡Y que no sé yo poner ceño cuando se me antoja! Que lo diga el novelista.—Señaló para mí con su abanico y yo tuve que reirme.—Pues tú verás: yo seguí con la cabeza vuelta para no verle, pero mi orejita parecía que estuvo de propio intento puesta junto á sus labios para que él dijese todo cuanto quisiera. ¡Me iba yo poniendo de un humor...! ¡Ay, Dios mío, qué noche! Ya ves, cuando podía yo haber estado paseándome aquí contigo. ¡Qué coraje! «—Pero ¿qué tienes?» «—Nada,» le dije sin poderme aguantar. «—¿Por qué miras tanto para ese sitio?» «—Porque no puedo mirar á otro: tengo una cosa en el cuello, un dolor tan grande, en fin, que no miro porque no.»

No quiero acordarme: ¿cómo se las compondría, que se sentó en la silla del lado hacia donde yo miraba? Pero, al instante que se sentó, ¡pum! le di resorte

al cuello, y miré hacia donde él estaba al principio. Otra vez empezó con la musiquita en mi otro oído. «—¿No me dijiste que no podías mirar?» «—Sí, pero ¡corren unos aires esta noche...!» Le contesté de un modo, que me dijo: «—¿Sa-



bes, Teresa, que eres muy orgullosa?» Ya ves tú: ¡decirme á mí orgullosa! ¡Ya lo creo que lo soy, cuando debo serlo! Le contesté como debía, y entonces me dijo otra vez: «—¡Qué aire de princesa tomas!» «—No,—le dije con mucho retintín;—tomo aire de lo que soy: de princesa no, de hija de marquesa en todo caso.»—

Yo estaba como quien ve visiones oyendo y viendo á la deliciosa Teresa. ¡Qué tono, qué gesto, qué dejillo tan particular, qué ademanes, qué abrir y cerrar de abanico, qué movimientos de cabeza, qué quince años! Tomó tan á pechos el asunto, que se acaloró bastante: su rostro pálido fué adquiriendo un dulce color de rosa. La rapidez con que íbamos por el paseo contribuyó también á que se agitase. No sé hasta dónde hubiera llegado en su alegre y locuaz confidencia si no se hubieran detenido en aquel punto para que se les incorporara Pepita Gutiérrez de los Ríos con Juanita Bernuy. En el instante que estuvieron detenidas junto á una de las grandes farolas del paseo observé con muchísima curiosidad el rostro de Juanita Bernuy. De todas las cordobesas, era Juana la que más se parecía en el físico á Manolita. En aquel instante pude verla á mi sabor. Los graciosos cabellos rubios asomábanse bajo el ala de su elegante sombrero negro. Esparcíase de toda ella un incienso de jazmín que hacía cerrar los ojos. Aquella tarde había tenido, según confesó después, el antojo de hacerse una banda de esa flor, que le cruzaba el pecho desde el hombro á la cintura, y de allí partía aquel perfume trasminante. Mientras estuvo saludando á la condesa, la miré yo atentamente. Sus grandes ojos pardos tienen una expresión suave. Su preciosa garganta formaba un carnoso rebordillo con el alto cuello. Estaba Juanita natural entonces, hablando corrientemente, sin agitación y con sencillez, y aparecía mucho más simpática. También tenía ceño, como su hermana Teresa; aquel ceño que desaparecía siempre en la animación del diálogo para extenderse otra vez en todo su rostro como una gasa muy suave. Aquel temible ceñito era un velo oscuro que parecía caer alguna vez sobre su cara. Cuando Juanita estaba de ceño, gustaba mucho más; pero nadie atrevíase á dirigirse á ella en la conversación.

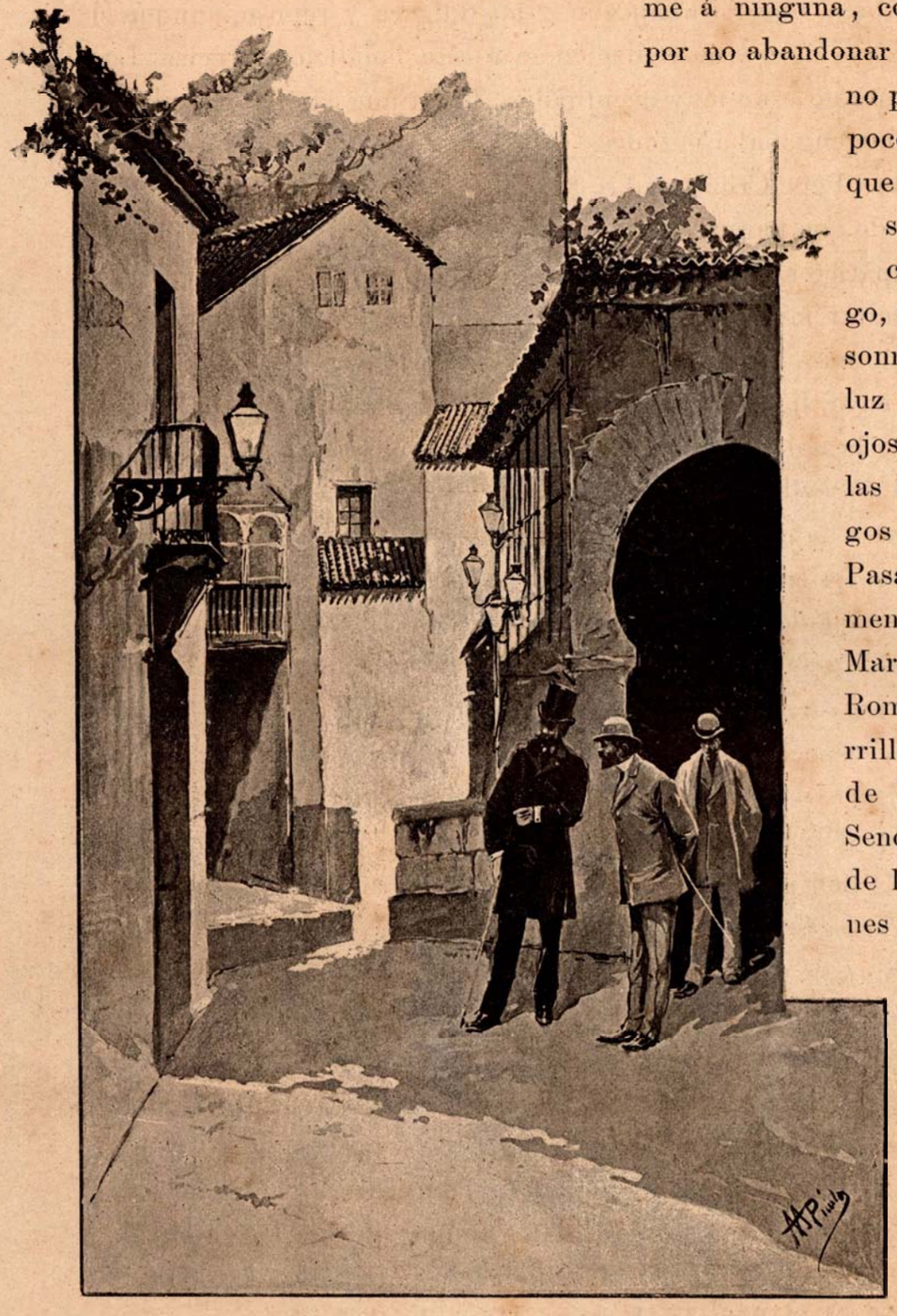
Volviendo á mi visita á D. Anselmo aquella mañana, dígoos que estaba arreglándose para ir á la estación á recibir á un amigo. Le acompañé, porque me lo pidió; recibió al amigo, y, después de las efusiones de una amistad que parecía verdadera, D. Anselmo me lo presentó, diciendo que se llamaba Pepe Cruz, que era abogado y condiscípulo suyo. De vuelta á Córdoba, no hablé yo nada. Me contenté con oir al abogadito, porque D. Anselmo iba otra vez entregado á su silencio. Pepe Cruz, no obstante, tenía cháchara por los tres, y siempre con alguna cosa que decir. Noté que era jovial, alegre, y me gustó oirle, aunque no tengo afición á los hombres que hablan mucho. Me gustó oirle porque, á pesar de su ligereza, desprendíase de lo que hablaba algo así como un perfume de erudición que no era pedantesco. A cada cosa que decía dábale fuerza con un símil; y si no lo hallaba suficiente lo gravaba más en la imaginación del que oía, ilustrándolo con una cita, con un cuento, con

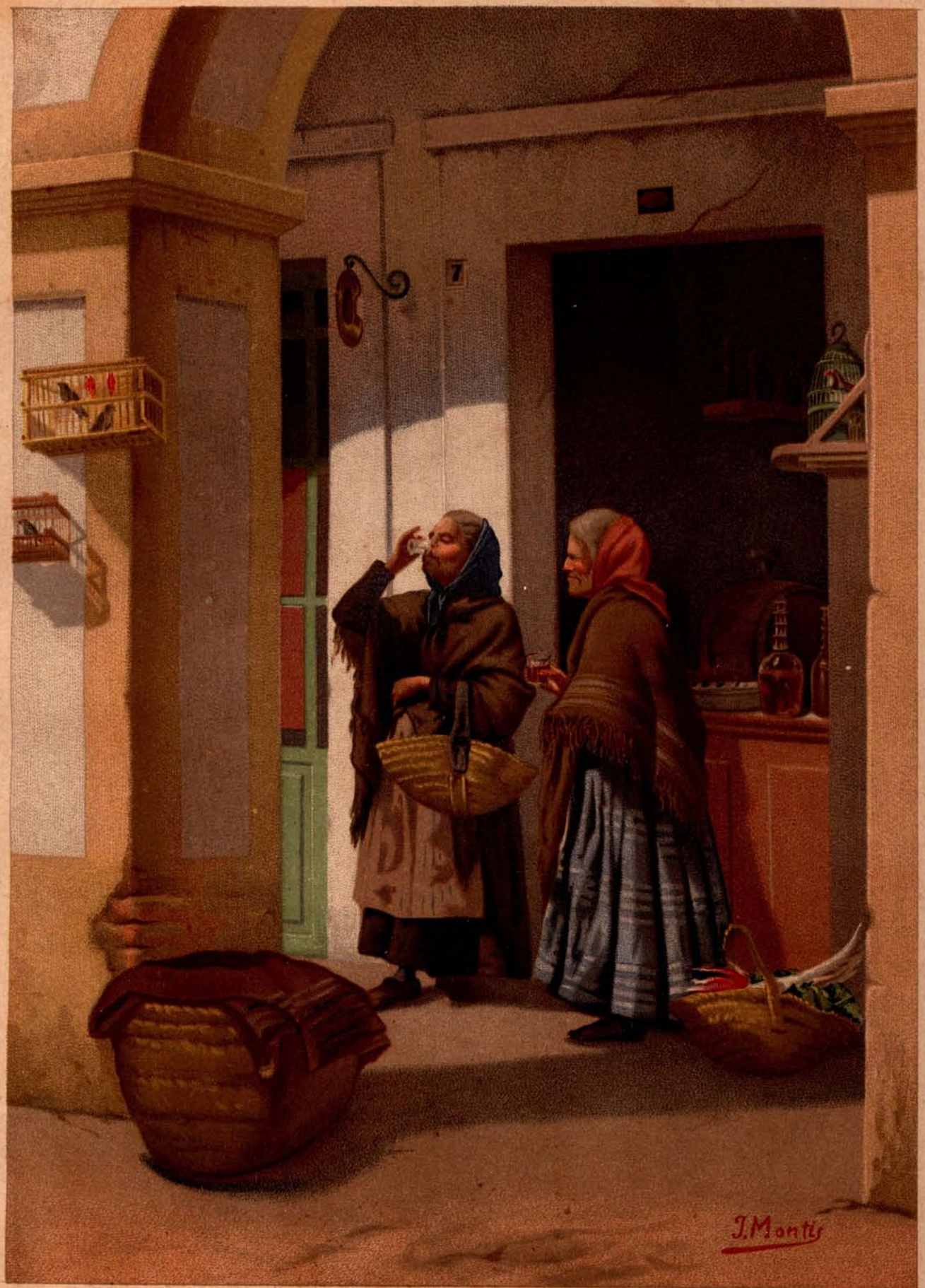
una anécdota. En cuanto á lo de abogadito, lo dije porque apenas si contaría veintidós años. Era regular de estatura, blanco, de cabellos negros, de ojos grandes, negros también, que miraban con gran dulzura y reposo, aunque el hombre parecía asaz nervioso y movedizo como á esta condición precisa. Los rasgos de su semblante no eran muy acentuados. Tenía una simpática cabeza, y, si mi corazón no me engañaba entonces (y puedo decir que nunca me engaña en estas cosas), era Pepe Cruz hombre honrado y serio, no obstante su juventud y la ligereza de que parecía alardear.

Me fué muy simpático aquel Pepito Cruz, y lo comprendió él, porque yo nunca he sabido ocultar mis sentimientos. Aquella noche cenamos juntos y acabó de revelárseme mi nuevo amigo con toda su franqueza y su locuacidad; pero aquel discurrir suyo, ligero al parecer, hería no obstante las fibras delicadas del sentimiento y la nobleza, haciéndolas vibrar una vez y otra. Venía de Cádiz y continuaba á Sevilla en cuanto recibiese una carta que parecía interesarle mucho. Antes de cenar estuvimos en el correo. Pepe Cruz hallábase seguro de hallar su carta en la lista; y cuando se convenció de que no era así, figuróseme que se llenaba de inquietud. Durante la noche estuvo muy preocupado y yo no quise dejarle solo, porque estar con D. Anselmo equivalía á no estar con nadie. Dentro de su misma ligereza y alegría pareció más y más preocupado, y entonces sospeché por vez primera una cosa de que me convencí después: que aquellas expansiones de mi nuevo amigo, aquella locuacidad, aquella cháchara, aquel ligero tonillo voluble y juguetón, no eran condiciones normales suyas. Aquel muchacho llegó muy alegre, sin duda, á la estación de Córdoba por algunos íntimos asuntos de su corazón, enlazados, sin duda también, con aquella carta que estaba seguro de tener en la lista de correos. Cuando se convenció de lo contrario, hacía esfuerzos inauditos por aparecer como antes alegre y decidor, pero no podía. Yo comprendí esto, y lamenté la fatal ausencia de la carta que así me privó de aquella graciosa é intencionadísima volubilidad de la palabra de mi amigo.

Para distraerle del pensamiento que le pudiera conturbar, le hablé de cosas de Cádiz: de Isaac Peral, de quien éramos los dos amigos; de San Fernando, del Perejil, de la Alameda de Apodaca, y de las muchachas que allí vivían. Hablamos con este motivo de María Peredo, de Aurora Picardo, de las hermanas Mandeville. A todas las conocía y de todas me habló. Yo me alegraba sobremanera de oirle, pensando á la par melancólicamente en ciertas circunstancias. Lo mismo que me estaba sucediendo entonces, al recordar á la elegante y hermosa pléyade de gaditanas que allí había conocido, me sucedería más tarde recordando las estrellas de Córdoba: cierta dulce nostalgia apodérase del corazón á

tales pensamientos. Estábamos entonces en el paseo del Gran Capitán, y pasaban las cordobesas delante de mí. Yo saludé á mis amigas sin aproximarme á ninguna, como era mi deseo, por no abandonar al amigo Cruz, que no pareció preocuparse poco ni mucho de lo que á su alrededor pasaba. Yo las veía cruzar ante mí, digo, apuestas, gallardas, sonrientes, con toda la luz del mediodía en los ojos, toda la armonía de las Gracias en los rasgos de sus facciones. Pasaron en aquel momento, delante de mí, María Carrillo y Anita Romero. Es María Carrillo muy joven, hija de los marqueses de Senda Blanca. Fué una de las primeras á quienes me presentó mi hermoso cicerone. Es bajita, graciosa, llena de animación. Seduce y atrae con su armonioso semblante y sus ojos impregnados de dulzuras, de vehemencias. Tiene gracejo y es suelta en el decir, y quedé muy prendado de su donosura la noche primera que hablamos y las que siguieron. María Carrillo es una hermosa estrella del cielo cordobés, cuyo suave y claro fulgor no se olvida nunca. La gentil, la graciosa, la pizpireta Anita Romero la iba acompañando la noche á que aludo. Parecían las dos, cogidillas





Y, bebiéndose un trago, se contaban sus cuitas...

del brazo, esos botoncillos que crecen juntos en el tallo de la rosa; esos botoncitos, vigorosos y fuertes en los primeros albores, que empiezan á entreabrirse y empiezan á verter su grato perfume como dos ánforas cargadas de aromas que acaban de abrirse para que llenen el santuario de ambrosías. No sé las cosas que se me ocurrieron al verlas pasar. Suspiré contemplando los ojitos negros y el semblante malicioso de Anita, como había suspirado al ver á María Carrillo. Yo me iré, yo no os veré más: vosotras seguiréis perfumando el aire que respiráis. Yo seguiré mi peregrinación; yo iré á otros pueblos, á otras ciudades; veré otras flores, aspiraré otros perfumes; pero ¡ay! ni esas flores seréis vosotras, ni ese perfume será el vuestro. Volví á mi tema de siempre al pensar en esas cosas. ¿Por qué este sino de conocer un día y otro nuevas personas, de crearse nuevos amigos? Yo quisiera tener el alma suficientemente egoísta para no acordarme de nada ni de nadie de un pueblo al cuarto de hora de haberlo dejado á mi espalda. Pero es imposible volvernos el corazón de otra manera de como es desde el principio, y hay que resignarse. Lo mismo que estaba yo pensando de que me acordaría de Córdoba cuando no estuviese allí, me pasaba entonces acordándome de Cádiz. ¡Aquellos alegres paseos en bote por la bahía! ¡Aquellos paseos solitarios de la Alameda de Apodaca! ¡Qué silencio! ¡Qué quietud! Allá en el fondo, arrancando destellos á la superficie tranquila del mar, el faro, cuya luz perdíase y volvía á aparecer de tiempo en tiempo, triste y lenta, como los enormes ojos de un genio de las aguas abriéndose y cerrándose acompasadamente.

Me sentí molesto de estar aquella noche en el Gran Capitán. No hallándose el amigo de D. Anselmo con ánimos tampoco de aquella alegría y aquella animación, le propuse andar por las calles á la ventura. Él se alegró de que le animasen á salir de allí. Tuve ocasión de notar que lo que le hacía más daño de todo era la contemplación de aquellas hermosas mujeres que pasaban una y otra vez como las estrellas rielando en las movibles olas del mar en medio de una fantástica noche. Salimos del paseo, dando inmediatamente en la calle del Conde de Gondomar. Pepito Cruz conocía muy bien la ciudad y toda la provincia, y á una pregunta que yo le hice sobre su situación geográfica contestóme prontamente:

—Córdoba es provincia interior de segundo orden. Se sitúa en el centro casi de la antigua Bética, entre los 12° 37' y los 53' 30" de longitud oriental de la isla de Hierro, y los 37° 19' 32" y 38° 43' 28" de longitud septentrional. Su extensión es de 348 leguas cuadradas, y comprende 6 ciudades, 68 villas, 29 aldeas y 13 cortijadas. Linda por el N. con las provincias de Badajoz y Ciudad Real, por el E. con la de Jaén, por el S. con las de Granada y Málaga, y

por el O. con la de Sevilla. La cruzan el río Guadalquivir, que entra por el término de Villa del Río y sale por el de Paloma, y otros ríos además, como el Genil, Guadiato, Bembezar, Guadajoz y Zuján, que desembocan en el primero. Este atraviesa la jurisdicción de Córdoba en una extensión de 22 leguas. Tiene Córdoba gran número de minas, entre ellas las famosas *Bélmez* y *Espiel,* y muy ricas canteras.

No sé el tiempo que anduvimos de un lado para otro. Dejábamos atrás calles y calles. Nos deteníamos ante tal ó cual portada de un enorme caserón solariego. D. Anselmo nos seguía sin hablar, el mondadientes entre los labios, el sombrero un poco inclinado hacia adelante y muy silenciosas las pisadas, porque no he visto hombre de andar tan sigiloso. Sabía yo que nos seguía porque de tarde en tarde, y con una igualdad monótona, sentíase el golpecito de la contera del bastón en el suelo. No habló, no desplegó los labios en toda la noche. Parecía gravemente preocupado. Quien no le hubiese conocido, jurara en aquel momento que era nuestro hombre el hombre de más grandes negocios de la cristiandad, y nada, no pensaba nada: era él así. En el barrio de Santa Marina me dijo Pepe:—Este es el barrio cordobés por excelencia. Yo, la verdad, le encuentro el parecido que tienen todos: el mismo sabor, el mismo corte; pero lo que no concederé nunca es que aquí no estén reunidas las mujeres más hermosas del pueblo cordobés.

¡Válganme los cielos! ¡Qué iba á decirme á mí Pepe Cruz que yo no lo tuviese muy comido y hasta muy cenado! Acordábame yo de mi paseo por Santa Marina en las primeras tardes de mi estancia en Córdoba, y me acordaré siempre. Ibamos paseando, y en algunas calles sentábanse en algunas puertas los vecinos. Al pasar distinguíase un trozo de patio iluminándose vagamente con la luz melancólica de un quinqué; y parecía salir de aquel patio repentinamente, al atravesar nosotros por delante de la puerta, una oleada de perfumes confundidos y mareadores, como beso de paz y alegría arrojado al forastero por invisible y oloroso genio del patio cordobés.

—En este barrio famoso,—observó Pepe Cruz, animándose algo conforme nos íbamos introduciendo en sus callejas,—ocurrió aquel lance famoso que cuenta la tradición cordobesa de la hija deshonrada por el padre. Lea V. unos *Paseos por Córdoba* escritos por Ramírez de Arellano. En estas cosas concernientes á tradiciones y leyendas de este país encontrará muchas curiosidades, aunque le juro á V. que ese libro no es, en cuanto á la forma, nada curioso; pero lo que V. necesita, como datos, lo encontrará allí. Volviendo á lo que le dije de la hija y del padre, era éste un noble señor, con buena hacienda, casado. Tuvo de su matrimonio una niña, famosa más tarde por su hermosura.

Naturalmente, la belleza de esta dama atraía al pie de sus balcones muchos donceles con espada y vihuela. En las noches de invierno, al caer monótono de la lluvia, y en las noches de verano, cuando el aroma de los jazmines entrábase en el alma pidiendo hospitalidad como un dulce peregrino del amor (en una época y otra, en fin, pero siempre en las altas horas de la noche), sintiéronse con mucha frecuencia, al pie de los balcones de la dama, punteos de vihuelas y apasionadas trovas de muy buen gusto en la época del suceso, que fué el año de gracia de 1553. Pero aquello concluía siempre con la presencia del padre. Salía serio, huraño, feroz; y como empezara á cintarazos con el infeliz vihuelista de las trovas, teníase éste que ir molido y lleno de cardenales. Como el galán le hiciera frente, sabíase que entonces quedaban las cosas en peor, porque el padre, cuyo nombre la tradición no dice, era diestrísimo en el manejo de la espada. Todos los mancebos cordobeses tenían miedo al noble hidalgo de mi historia, aunque todos pensaron naturalmente que aquellas arremetidas á media noche con los galanes, y aquella furia y aquella guardia rigorosa que á la hija puso desde que se convirtió de niña en mujer, eran cosas razonadas como de un padre tal vez demasiado riguroso: nunca pudieran pensar que todas aquellas demostraciones fuesen hijas de unos celos del diablo, por el amor más terrible y monstruoso que pueda encerrarse en pecho de criatura.

Pero tuvo un día ceguedad y delirio bastante para hacer á la doncella la declaración de su amor. Ella quedó aterrada, sonrojándose de vergüenza. Hizo secreto de todo; pero las insistencias del noble, más fuertes cuanto más el tiempo trascurrió, la hicieron confiar á la madre sus angustias. Espantándose la señora, tuvo que constituirse en guardiana de su hija contra el mismo padre. Pasaron así muchos meses, y todo fué olvidado, con alegría de las dos damas, porque el hombre no volvió á hacer cosa por donde pudieran sospechar que proseguía en aquellas locuras. Se olvidó, al fin, completamente: reinó la confianza y vivieron muy felices. Dos años sucediéronse así. Un Jueves Santo, quiso el señor de la casa visitar los altares. Teniendo que ir solo por hallarse la esposa indispuesta, se ofreció la hija á ir en su compañía. Salieron, y á la vuelta al domicilio era ya de noche. Las calles estaban solas. Ni una luz, ni un transeunte. En aquel momento, poco antes de llegar á la iglesia, el padre habló á la hija nuevamente de su locura. Ella quiso gritar, horrorizándose; pero se lo impidió él tapándole la boca. Forcejearon, y fué una lucha terrible, inmensa y sobrenatural. Cayó la infeliz sobre el mismo escalón de la iglesia, siendo allí escarnecida, atropellada. Huyó el padre, y la hija corrió á la ventura, lanzando gritos. Tropezóse con ella un alcalde que iba con su ronda, la detuvieron, la preguntaron, hiciéronla declarar, la llevaron después con la madre, que quedó espantada

y moribunda, y acto seguido se dió con su ronda el alcalde á la busca del criminal. Encontráronle, y no pudieron valerle ni su oro, ni su influencia, ni sus privilegios: al día siguiente amaneció ahorcado delante de la fachada principal del convento de San Francisco. Tan negra historia de lágrimas produjo la grande hermosura de esta mujer cordobesa.—

Acabó Pepe de contar aquello, y sentí un frío mortal en el alma. No contesté, no hice ninguna objeción, no hice ningún comentario. Producíame una impresión muy particular el ruido de nuestras pisadas en las piedras y el eterno sonsonete, detrás, del golpecito del bastón de Anselmo. Cuando concluyó su historia Pepe, estábamos muy distantes de la iglesia de Santa Marina y hasta habíamos salido ya del barrio. Íbanse quedando atrás calles y calles, y no sé cuándo ni cómo se hubiera interrumpido aquel silencio que guardábamos si no me hubiese yo fijado en que apagaba un sereno el gas.

—Es la media noche,—dije sorprendido. Me pareció que el tiempo se había pasado con mucha rapidez. Quise orientarme del sitio en que nos hallásemos, y era la calle de Claudio Marcelo. Bajábamos de la calle del Arco Real. Esta calle de Claudio Marcelo es muy corta, y de tal anchura que parece una plaza. A la izquierda hay unos edificios en ruinas y los cimientos de una bella y suntuosísima construcción.

A la una de la madrugada, próximamente, llegamos á una plazoleta pequeñina que llamó Pepito *la Espartería*. Ni un alma siquiera habíamos hallado en nuestro camino desde hacía una hora. Hallábase todo sumergido en un silencio profundo, en una oscuridad que no lo era del todo por los reflejos de la luna, muy velados allí á causa de la elevación de los edificios. Los ecos de nuestras pisadas repercutíanse con aquella grave monotonía que hizo oprimir tantas veces el corazón del melancólico Aben-Amet, vagando sin concierto por Córdoba en busca de su bella hurí cristiana.

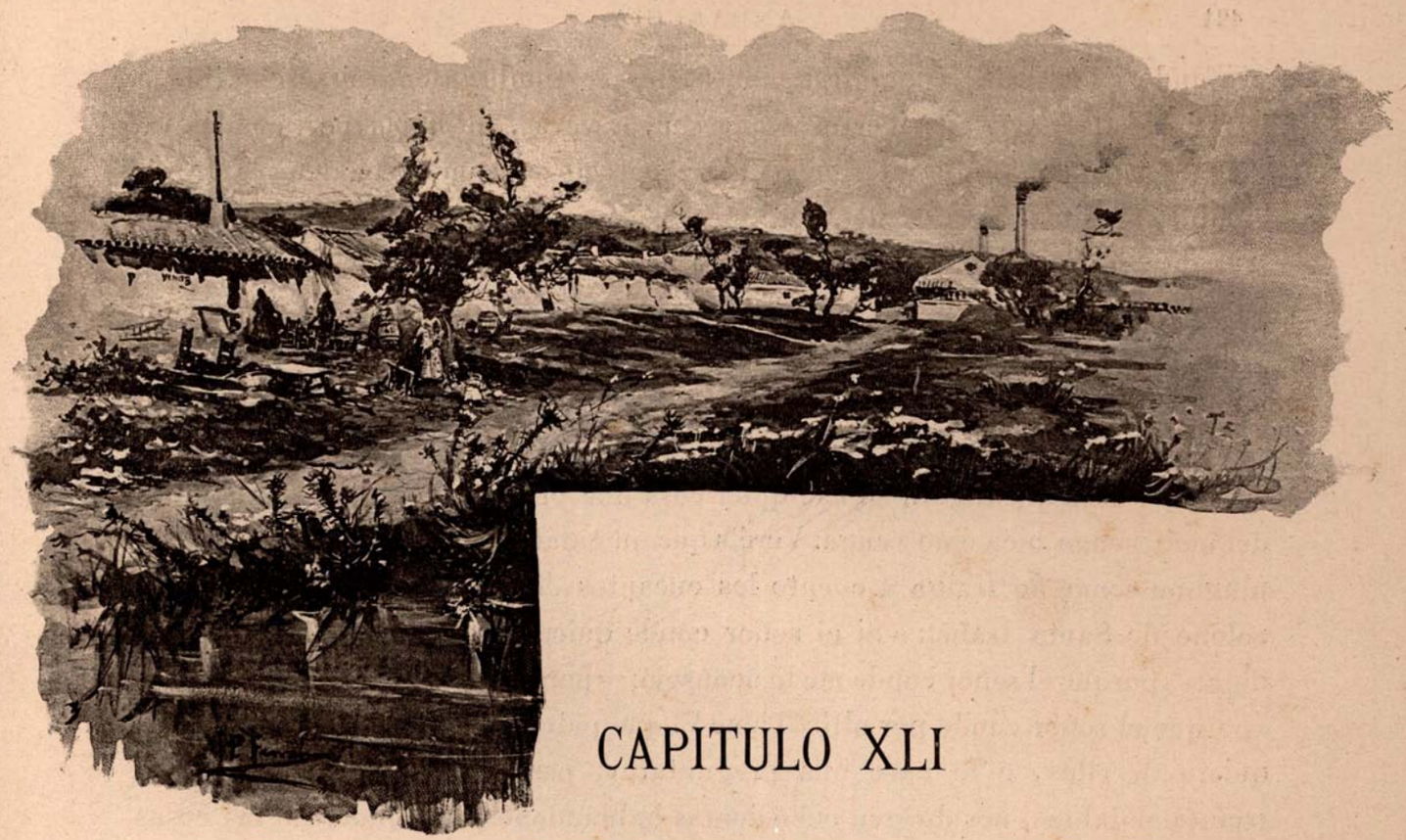
—¿A dónde se va por aquí?—pregunté antes de llegar á un grande arco que vi á la izquierda.

—A la Corredera, á la Plaza, al Mercado. Con esos tres nombres se puede designar el sitio.

Así contestó Pepe, y continuó hablando, según yo pude comprender, inconscientemente. No le seguí escuchando, porque toda mi alma, todo mi cerebro, todo mi corazón, uniéronse á la vez en aquel punto para lanzar un grito extraordinario de asombro, de admiración y de sentimiento artístico. Aquella exclamación inesperada y vibrante, la lancé sin darme yo cuenta de ello á la contemplación súbita de la plaza en semejante hora. A quien le parezca extraordinario lo que le voy á decir, puede hacer con muy poco trabajo la prueba

y convencerse por sí mismo. Lo que me había hecho estremecer á mí de verdadero entusiasmo artístico, fué hasta entonces la Catedral. Pues bien: me causó más admiración y más asombro la vista de la plaza de la Corredera á la luz de la luna. Lo que allí se ve no hay pluma que lo describa y por eso yo no lo hago: quien quiera tener el convencimiento puede asomarse á la Puerta de la Espartería á las dos de una mañana de luna en cuarto creciente.





CAPITULO XLI

Ricos pobres y ricos ricos.-Lamentos de la agricultura.-La colonia de Santa Isabel.-La turbina, la presa y el portillo de la presa.

Tenía yo muchas ganas de ir al campo unos días. Hice que me buscasen alojamiento por un par de semanas en Alcolea, cosa que fué muy difícil, y lo conseguí en el Economato de la colonia de Santa Isabel.

No puedo yo hablar sin gusto de todo lo que represente alteza de pensamiento. Es muy general, por desdicha, que los ricos no sepan dónde tienen la nariz en lo tocante al uso que de su fortuna hacen, y por eso yo rindo culto á un rico generoso, á un grande de España, que desde lo alto de toda su grandeza aliéntase y vive de la pequeñez del humano. Aliéntase y vive de la alegría de ver cómo, por su laboriosa constancia y su generosidad, un terreno inculto, estéril, hace pocos años, se encuentre hoy poblado de más de ochocientas personas. Los hombres en sociedad nos debemos naturalmente los unos á los otros. Para sus amigos como para mí, el conde de Torres-Cabrera, dueño de la colonia, podía ser más ó menos simpático, más ó menos amable, más ó menos fino. Pero el que observa y analiza los sentimientos y los caracteres, los amigos apasionados, como yo lo soy, de escudriñar la Naturaleza hasta lo

profundo en todas sus manifestaciones, no acostumbran engreirse con lindas exterioridades, suaves coberturas que son, á veces, de hojas perfumadas de flores para ocultar un interior feo. Me pareció el conde, cuando le traté, amable, finísimo. Le creí generoso por lo que hablaba y por el sentimiento leal de su expresión. Yo estaba convencido de mis apreciaciones, aunque ya dije que suelen engañar las exterioridades, porque la buena educación y las conveniencias suelen impedir la manifestación franca de los sentimientos.

Hablan los colonos, del conde, como un mozuelo habla de su novia: en cualquier cosa que digan, en cualquier cosa que proyecten, allí está el nombre del amo, venga bien ó no venga. Veréis que un galán no puede hablar de asunto ninguno como no traiga á cuento los encantos de su dama. Lo mismo es el colono de Santa Isabel: «Si el señor conde quiere;» «cuando el señor conde diga;» «porque el señor conde me lo aconsejó;» «porque el señor conde por aquí;» «porque el señor conde por allí.» Tiene V. que pide uno noticia del lugar á cualquiera de ellos, ó le hace una pregunta, y, para contestar á lo que tiene treinta palabras, nos dirigen ochocientas hablándonos del conde, de las cosas del conde, de lo tal y lo cual que es el conde, y le ponen á V. de conde que no sabe V. ya lo que hacerse.

Yo confieso que me alegré de una manera extraordinaria. Nosotros, los que debemos un bienestar relativo al esfuerzo grandioso de nuestras facultades, no solemos ser muy apasionados de los que son ricos porque lo fueron sus padres; pero consuela y anima ver á estos hombres, muy escasos desgraciadamente, que pueden vivir en la apatía en que viven los demás, sin preocuparse de nadie ni de nada, con las enormes rentas de sus capitales, bien colocados, y trabajan no obstante, y estimulan con el ejemplo á los otros. El conde de Torres-Cabrera hace lo que puede por ser así.

Existe una *Memoria* que escribió el mismo Torres-Cabrera el año 1882, si no me equivoco, y tiende á enseñar el camino que hubo de seguir en la fundación de su colonia, estimulando á colonizar á todos los propietarios rurales y difundir los conocimientos adquiridos sobre la producción de la remolacha azucarera como primer elemento para una industria nueva en España, que viene á ser poderosísimo auxiliar de las colonizaciones. Voy á copiar aquí unos párrafos de esa *Memoria* dirigida á D. Alfonso XII: unos párrafos que revelan la triste situación de nuestra agricultura desde hace mucho tiempo, y las esperanzas que su autor tiene de la prosperidad española por el procedimiento de la colonización.

«Agobiado el labrador bajo el peso de cargas y tributos que directa ó indi-

rectamente le arrebatan el ochenta por ciento de los pocos y eventuales productos de su trabajo; escasísimo de capital, que merma despiadadamente la usura; desoído en los consejos y desatendido en sus negocios por la sola razón de ser hombre de campo, sin medios de trasporte para sus frutos, caros é in-



seguros; amenazado siempre con la probabilidad de un nuevo tratado de comercio ó de una imprevista disposición fiscal que lo arruine: tal es, Señor, la triste situación de nuestros agricultores; tal es, poco más ó menos, la situación de casi todos nuestros industriales; tal es la situación de todo aquel á quien favorables circunstancias personalísimas no ayudan para evadir la enorme carga y el profundo desprecio que en España pesa sobre las clases productoras y contribuyentes. Y, en tal estado las cosas, el fomento de la población es imposible, y la agricultura, la industria el comercio y la Nación entera, más ó menos tarde, necesariamente han de perecer.

»Reconocida esta verdad inconcusa; convencido de que ni las doctrinas más restrictivas ni las más descentralizadoras, profesadas por los gobiernos, pueden darnos todo lo que nos falta; y decidido á trabajar en bien de mi Patria; creí que, para conocer y determinar de una manera sólida los obstáculos que se oponen á nuestro engrandecimiento, era lo más seguro emprender yo mismo los trabajos de colonización.

»Todos los que hasta ahora se han ocupado de la materia han hablado de obstáculos por lo que han podido apreciar en otros; todos los han apreciado más ó menos filosóficamente, llenos de erudición; pero ninguno que yo sepa los ha tocado por sí mismo, ninguno en nuestros días ha escrito después de apreciarlos en la práctica, y por esto, sin duda, pasan hoy en opinión de las gentes como obstáculos insuperables los que en realidad no son otra cosa que ligeras dificultades de facilísima resolución.»

Cita aquí el conde la ley de 3 de junio, tachándola de deficiente, y dice que acometió la empresa de fundar su colonia esperando que su ánimo decidido supliría tal deficiencia. Él quería plantear y resolver prácticamente el problema de si es ó no posible conseguir en España, como se consigue en América, la prosperidad y el crecimiento. Esto era en 1871. Sufría España, como sabemos, una horrenda crisis político-social. El conde de Torres-Cabrera estuvo cerca de año y medio sin realizar los planes de la fundación de su colonia, porque se ocupó entonces de sus tareas de gobernador civil de provincia, que le confió el Gobierno de la Regencia. Terminado que hubo allí, empezó entonces, naturalmente, sus trabajos de la colonia, que no pudo poblarse por aquellos tiempos en razón á la gran crisis política ya indicada.

Había trazado antes el plan de colonia en terrenos propios que dominan el campo de Alcolea, atravesando el río Guadalquivir y la línea férrea de Madrid á Córdoba. Esos terrenos miden 733 hectáreas en coto redondo. Empezó la colonia con catorce vecinos, que eran sesenta y ocho habitantes. Estos catorce vecinos vinieron todos de Puente-Genil, eliminados de su población horticultora de escasa importancia, en su término regable. En 1878 componíase ya el padrón de la colonia de veinticuatro vecinos, que eran noventa y siete habitantes; en 1879, veintinueve vecinos, con ciento treinta y un almas; cuarenta y dos vecinos y ciento noventa habitantes en 1880; setenta y tres por trescientos cuarenta y cuatro en 1881; en 1888, ciento cinco vecinos, con cuatrocientos cincuenta y nueve habitantes; y hoy la colonia es una verdadera población, y aquel campo, inculto y estéril hace pocos años, un inmenso é inagotable manantial de ricos frutos que á ese laborioso pueblo da vida. Cada colono tiene una huerta: cada huerta una ó dos hectáreas

de terreno. El número de huertas, en total, es de ciento veintiocho, y asombra la contemplación de aquellos hermosos lugares, cambiadísimos en tan corto número de años. Faltando el agua para el riego de ese enorme número de huertas, la hizo el conde extraer del río, pues el terreno se eleva allí á bastante altura de su nivel. Una poderosa turbina trabaja día y noche para extraer el rico don que hace fructiferar aquellos campos de una manera maravillosa. Muévese la turbina por el agua del mismo río: hay una presa. Deslízase el agua, serena y majestuosa, con tersura de cielo. Contiénese ante



el robusto murallón que se presenta, y, cambiando su curso, precipítase hacia la gran rueda del eje motriz que hace funcionar la maquinaria de las bombas, y sube el líquido por un tubo de gran circunferencia. Vuélcase allí estrepitosamente en un depósito, y sale á la vez por diferentes compartimientos. Este depósito es el corazón de la colonia. El agua pura y cristalina del padre de los ríos parece que sube convertida en sangre: llega al corazón como en una inmensa oleada vital, distribúyese desde allí por las distintas acequias, corre, se extiende, se introduce por los sedientos poros, los acaricia, imprégnalos de su frescura, vivifícalos con su beso alegre y perfumado, abrázase á ellos en amante consorcio; se dilatan en lascivo desmayo á la coyunda de aquel otro rico elemento natural; palpitan las entrañas de la tierra, estremeciéndose de aquel empuje, y, como una expresión infinita, franca y sublime, pone su santa sonrisa de deleites, de placer satisfecho, de armonías puras, en los hermosos árboles cargados de frutos hasta rendirse y tronchar las ramas con el peso, en los ver-

des pámpanos de las parras, en los granados, en los guindos y en los perales. Estréchanse unos á otros en tupido conjunto, como el agua estréchase en la tierra. Todo es bello, vivo, resplandeciente. ¡Cómo paga la tierra en ricos dones el don que se le hace de refrescar sus secas entrañas! Su beso de amor, virgen, puro, centelleante, se ve donde quiera que uno tienda la vista. Se ve en el cielo, en la arboleda, en los pájaros, en los frutos, y hasta en los hisopillos de los altos maíces, que parecen buscar otra vez la tierra, inclinándose por su propio peso.

Siguen en tanto las acequias deslizando sus aguas silenciosamente, semejando inconmensurables lingotes de plata pulimentadísimos, puestos allí para ornamentación de la tierra; y allá abajo sigue también su curso el río, majestuoso y resplandeciente, con cánticos y murmullos que semejan oraciones en alabanza de los hados piadosos.

Hay un portillo en la presa para dar paso á los maderos cuando bajan por el río. El agua, naturalmente, encuentra allí una salida. Precipítase de golpe, con estruendo que hace estremecer. Sale de allí el agua espumante, hervorosa, como rugiendo por el obstáculo que al principio encontró. Forma, al salir, bruscas sinuosidades, para extenderse luego tranquila y serena otra vez. Aquel sitio me atraía, como el abismo nos atrae. En alguna ocasión me sorprendió allí la noche, y me costaba trabajo infinito desprenderme de unas garras inmensas que parecían haberme cogido: quedaba inmóvil, sin acción, sin movimiento ninguno.

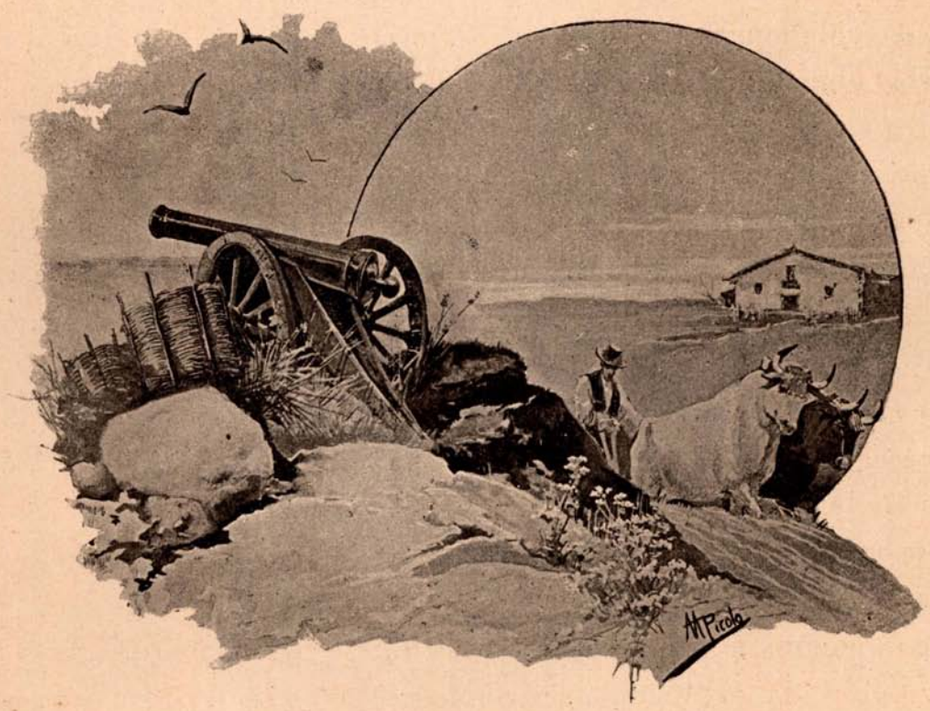
¡Aquel hervor de las aguas siempre! ¡Aquel estruendo! ¡Aquella blancura de armiño de las espumas! ¡Siempre igual, monótonas, fieras, con grandiosidad imponente, con atracción profunda! Fijábanse allí mis pupilas, y de allí no podía apartarlas, concluyendo yo por creer que el río suspendía su curso de pronto y que era yo el que me deslizaba vertiginosamente. Aquellos demonios invisibles teníanme sujeto, con sus garras, de los músculos, quitándome la acción; de los pulmones, suspendiéndome el aliento; de los ojos, hiriéndome la retina. Hallábase todo, ante mí, confuso, embrionario, horrendo: era la muerte; el caos; una cosa terrible, peor que la muerte. Así púsose el sol alguna vez; así salió la luna; y cuando yo volvía en mí de aquellos paroxismos, mi pensamiento y mi alma poníanse en lucha con nuevo vigor y nueva potencia. Mis ojos, atónitos, contemplaban aquellos sitios. Los álamos levantábanse sobre el borde de la corriente como extrañas y blanquecinas sombras. Los juncos y el tarajil de la ribera doblábanse hacia el agua como rendidos por el beso de amor de la luna. El rayo de la luna, copiándose en las movibles ondas, parecía una incesante oleada de estrellas unidas estrechamente. Respiraba el aroma puro del campo,

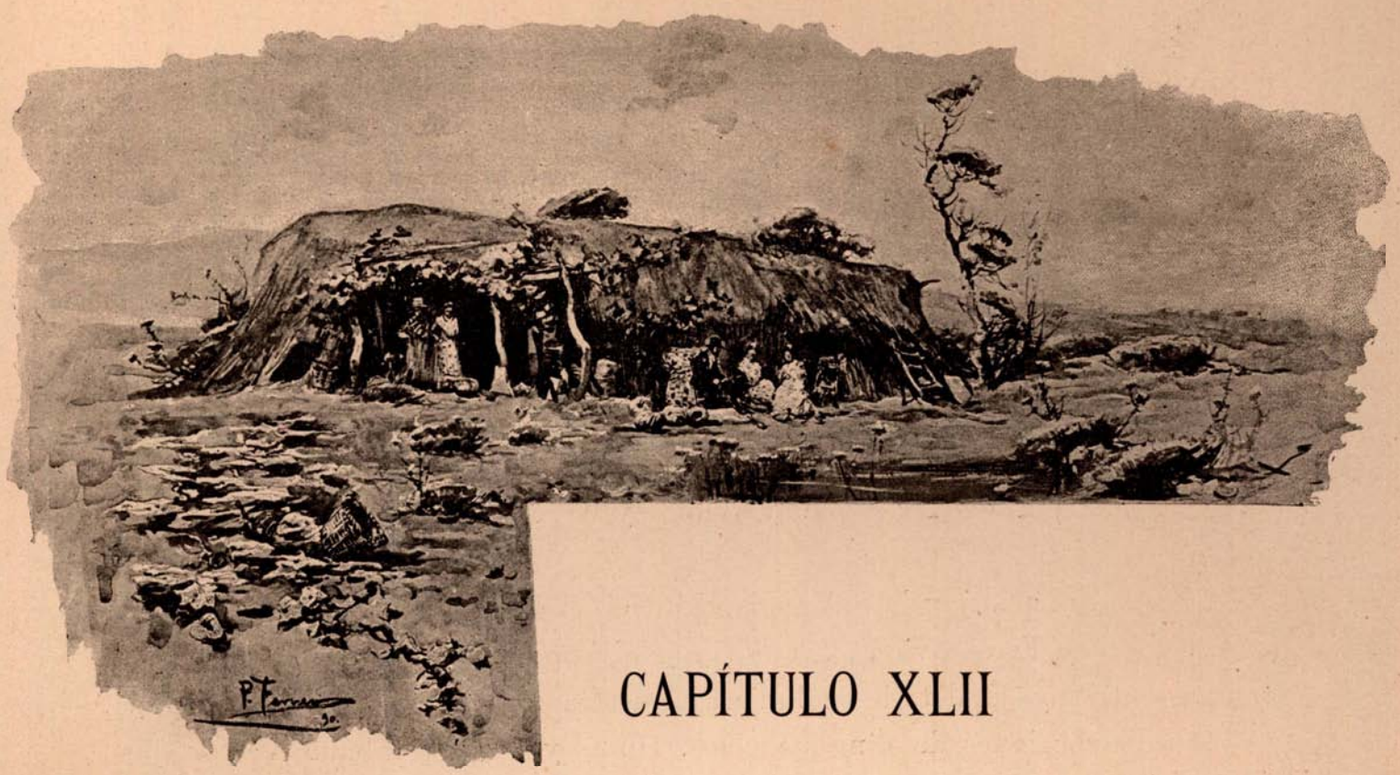
y saturábanse mis pulmones con las frescas brisas. Me apartaba de allí lentamente, y sentíame como con deseos vivísimos de volver; pero me absorbía entonces la contemplación y el pensamiento de otras cosas. Cuando volvía de la presa, llamaban siempre mi atención unas luces esparcidas acá y acullá; pero constábame que cada una de las luces era de una casita ó de una cabaña del colono.

Conforme iba perdiéndose el ruido de la presa, que resonaba en la inmensidad de la noche solitaria como una música de titanes, otros ruidos más dulces iban llegando á mi corazón. Es un efecto mágico, de grandes dulzuras, oir alguna voz en la campiña, en mitad de la noche: se nos figura que llega á nuestros oídos como un eco ó como una expresión de otra vida que se presiente y que no se sabe cómo es. Escúchase sólo el murmullo de una conversación, que parece sostenida muy cerca de nosotros, y, sin embargo, sostiénese á gran distancia. Hay algo entonces que se infunde en nuestro ser, dando otros impulsos y otros giros á la sangre y á la idea; algo misterioso é intangible pesa sobre nosotros, oprimiéndonos y agradándonos á la par: es la grandeza misma de Dios abrazándose á nuestra alma; es la comunión grandiosa de Dios con el hombre; comunión tan grande y tan sublime como la de la hostia cuando estamos de rodillas á los pies del ministro y ante los altares de las iglesias del mundo cristiano.

Este silencio misterioso rompíase, á lo mejor, con el sonido de una guitarra, esa alegre y dulce compañera del campesino andaluz. De allí, de donde está aquella luz, de la feliz casita del colono, brotó el sonido de las cuerdas como los luminares brotan del mismo cielo. El corazón, que en este punto parece recrearse y hasta envanecerse de la paz de la tierra, oprímese entonces con el pensamiento de lo pasado. Antes, allí, era todo inculto, agreste: la nota amiga y feliz de la voz humana, por milagro resonó en la inmensa maraña del bosque salvaje ó del erial desierto; en aquellas llanuras tronó el cañón, barriendo columnas enteras de hombres, bravos hijos de la patria, que lucharon por redimirla y por engrandecerla. La sangre corrió enrojeciendo las aguas y enrojeciendo la llanura. Doquier tropiézase con enterramientos de pobres soldados que no vieron más á sus madres, que no vieron más á sus novias, que no oyeron más la alegre campana de la iglesia de su pueblo. Y hoy, todo alegre, todo cultivado y todos felices, como si aquellos pobres, despedazados por la metralla, hubiesen surgido de la tierra como santa semilla de Dios. En el terreno inculto y salvaje que les sirve de tumba levántase una colonia que crece y alienta. Un hombre poderoso por sus grandes medios materiales, concibió la noble idea, que es un ejemplo divino y una alabanza á Dios. El pue-

blo es feliz, la agricultura florece, la industria se levanta, allí, sobre las mismas fosas de los soldados que murieron, sobre las mismas llanuras y cumbres estériles regadas con sangre. ¡Bendita sea la paz! En este siglo grandioso de las luces, es la paz la invención á cuyo desarrollo debe consagrarse el cerebro del mundo.





CAPÍTULO XLII

Mis esperanzas en el destierro.-El aperador de Pan-Jiménez.-Vicente y Lola.
La francachela

Fueron, á la verdad, unos días de verdadera quietud y de trabajo laborioso. No hablaba con nadie, y no pude así distraerme. De las conversaciones que tuve con los colonos y los vecinos de las cercanías, nada digo, porque eso entonces para mí no fué hablar, sino oirles más bien, tomando los apuntes que me pudieran convenir para el capítulo de la batalla de Alcolea especialmente. El recuerdo de Manolita no se apartó de mí por esa circunstancia. No me olvidé tampoco, ni con mucho, de la condesita de Zamora, esa bella y esplendente musa árabe de nuestro siglo; y acordábame lo mismo de Juana y Teresa Bernuy, que con la de Zamora constituían mis amigas predilectas. No fueron predilectas porque las otras mereciesen menos, no: de ningún modo, sino porque la casualidad quiso que frecuentase más su trato. La marquesa de Benamejí me encargó que le escribiese cuando quisiera visitar sus terrenos de Pendolillas: quería hacérmelos ver ella; distinción que yo le agradezco del modo franco que yo sé agradecer. Lo que tiene de particular Pendolillas (y con esta noticia me dirijo á los que no lo sepan) es que la casa de esta posesión, que denominan *del Caprillo*, fué donde el general Serrano dió sus disposiciones para la batalla de Alcolea y donde se mantuvo para presenciarla y dirigirla;

pero yo no escribí aún á la marquesa por razones de mucho cálculo. Yo me hice la cuenta de estar en Santa Isabel doce ó trece días. Para equilibrar bien mis únicos y verdaderos goces de esa pequeña temporada de monotonías, quise que pasase una semana siquiera, caso de que mi estancia en Santa Isabel no fuese de mucho agrado. La visita de la amable señora á su posesión sería sin duda la dedada de miel que me hiciera sobrellevar las restantes amarguras hasta mi vuelta á Córdoba. Ya sé yo que no puede caber un cálculo más egoísta, pero, como estaba en mi mano, así lo hice. Relamíame de gusto, sobre todo al pensamiento de que la marquesa de Benamejí no iría sola. Gratísima y agradable es ella por demás; pero ¿y Juana y Teresa que la debían de acompañar?

Entretanto hacía por la tarde mis visitas á las huertas: unas veces á unas, y otras á otras. Es una vida extraña la que allí parece uno experimentar. En el campo contribuye un detalle cualquiera á nuestra distracción, por lo mismo que no hay distracciones de ninguna clase. Horas y horas estábame viendo dar vueltas á las mulas de la trilla, próximas al cortijo. Hablaba con las mozuelas de las casitas y con los hombres de la labor, y así fuí estudiando y comprendiendo el carácter de cada uno. Estudio especial de raza no puede hacerse, porque en una colonia hay familias de todas partes; pero como aquí son todos andaluces, aunque de distintas poblaciones, predomina el carácter risueño, expansivo. Comunican sus impresiones con mucha facilidad, y saben exponer sus ideas de un modo extraño y pintoresco, que hace que uno escuche ávidamente, aunque lo que digan nada de particular tenga. Casi todas las huertas tienen en el lado más próximo á las cabañas ó las casitas un emparrado de gran circunferencia, que se forma con las hojas juntas de las higueras. Tan grandes son algunos de los cobertizos, que las higueras y los troncos de los demás árboles que forman su sostén, parecen el bosque de columnas de la mezquita. Ni un rayo de sol siquiera se introduce por aquel tupido techo de hojas. Allí hacen las mujeres y los hombres las faenas de la casa y de la labor. En un lado grandes montones de mazorcas, canastas en otros con frutas acabadas de coger, tinajas aquí con la lejía para lavar la ropa, lebrillos, anafes, y la cuna á lo mejor donde el chiquillo duerme bajo un dosel de frescas y odoríficas rosas. Se alegra el alma de estar allí. El suelo es accidentado, todo rústico: todo es primitivo y agradable. Por un lado y por otro se contempla la larga fila de árboles, entre los que descuella el melocotón, que admira, porque allí no se ven ramas, allí no se ven hojas, allí no se ven troncos: allí no hay más que una acumulación inmensa de bolitas doradas y resplandecientes. La alegre y linda colona de la huerta, con su chapona que reluce por la blancura, desnuda la morena garganta, va y

viene, alegrando el recinto con sus cantares y con la esencia de puro, de tranquilo bienestar que de todo su ser parece desprenderse. Hay bastantes doncellitas en estos lugares. Son blancas generalmente, pero el sol y el aire les da un suave dorado que no las hace rubias ni morenas. Son afables y dulces, hablan tranquilamente con los señores de las ciudades, no se turban ni se avergüen-



zan, y sostienen una conversación sin gazmoñerías y sin alardeamientos que empalagan, pero sin esa cortedad, también, que hace á veces aparecer tontas las criaturas más discretas.

Habiendo yo manifestado al aperador de Pan-Jiménez mi deseo de ver reunidas á las muchachas de la colonia, me aseguró que era muy fácil.

—Osté verá,—me dijo;—aquí, los días que se juerga, se reunen todas á la espalda del Economato, y cantan y bailan.

Me contó también que los días de *juerga* eran en la colonia los grandes días festivos. Estaba muy próximo el día de la Virgen del Carmen. Este

aperador es un hombre muy digno de que se le conozca. Llamábase Rafael; era de estatura más que mediana, delgado, moreno, fuerte, ágil; tenía unos hermosos ojos, cosa que no es extraña en Andalucía; la boca descomunal; la nariz haciendo compañía á la boca por el tamaño. Las conversaciones de Rafael eran rápidas, fáciles. Expresábase conforme surgía su pensamiento. Hablar lo que se piensa en el momento de pensarlo, acusa franqueza, lealtad indefectiblemente. En este hombre no había doblez ninguna. Hablaba muy alto, como quien no tiene que ocultarse de nadie. No había para él superioridad ni categorías, sino lo que á su corazón y á su idea fuese simpático. Le oí discutir alguna vez, y sus argumentos eran lúcidos, grandes, fuertes, de una verdadera luz natural, que causaba extrañeza é impresión. Era orgulloso y altivo, notándosele esto en los menores detalles, al hablar con él, al verle; conocíase no sólo en su manera de expresarse, sino en el mirar, en sus movimientos, en los rasgos de su semblante. Me hicieron relación de muchas circunstancias de este hombre, que vinieron después á corroborar la idea que yo hube formado de él. De las muchas cosas y particularidades que de él me contaron, fué una la de haber discutido con el mismo conde alguna vez, sin haber podido su señor llevarle al convencimiento y teniéndole que volver la espalda. Era terco como un diablo, y tenía su honra tan pura como las aguas cristalinas del arroyo y como las azules diafanidades del cielo.

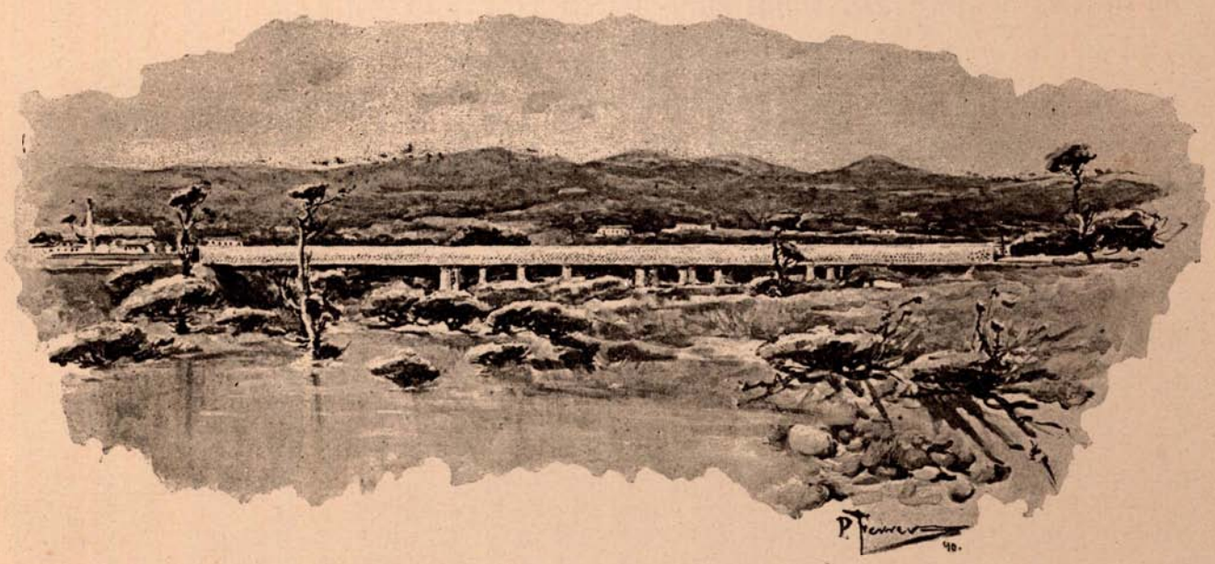
Me acompañaba muchas tardes en sus excursiones por la colonia, y me hacía referencia de todo. Conoce aquel sitio perfectamente. Tenía diez y ocho años cuando la batalla de Alcolea. Se halló en todas partes. Hiciéronle prisionero cuando Lacy lo estuvo con sus batallones, dejáronle en libertad, presenció la batalla en los sitios más peligrosos con su despreocupación y su curiosidad de muchacho, y conserva en su memoria datos preciosísimos. Un libro existe con el título de *La batalla de Alcolea*. Muchos datos contiene, pero está escrita la obra con mucha pasión también, y con muchas cosas, además, que no hacían allí falta ninguna. Sin embargo, de todos los que leí que se refieren al asunto, me pareció el más importante.

Un día vi á Vicente con el aperador. Vicente es un colono de cierta posición si se compara con la pobreza humildísima de la generalidad de los colonos. Vicente es valenciano, y me acuerdo muy bien de su tipo. En un detalle me fijo ahora que á Vds. parecerá tonto, pero no á mí: á dos valencianos solamente he conocido en mi vida, y los dos me han hecho recordar lo que se dice de la antipatía que suelen inspirar aquellos naturales por su reserva, su egoísmo y su mala intención. Los dos valencianos á que yo me refiero, á mí y á todo el mundo nos parecen lo contrario por su carácter franquísimo, su generosidad

y su buena fe. De estos dos valencianos, es uno Vicente, el arrendador de las tierras del conde, aquellas tierrecitas que están allá conforme se sale de Pan-Jiménez, á la izquierda.

El otro valencianito es mi tocayo Manuel Matoses, ó Andrés Corzuelo, ó como Vds. quieran llamarle, porque de todas maneras es conocido.

Vicente, en los apuntes de mi cartera, es como un hilo conductor que nos guía á otro personaje que me inspiró mucho interés. Este personaje que os quiero presentar era la mujer de Vicente. Llamábase Lola. Lola, María y Brígida puede decirse que son las tres mujeres de la Colonia más importantes por su físi-



co. Las mujeres del campo de Andalucía trabajan mucho, desde que contraen matrimonio especialmente, como las mujeres de los árabes. Como ellas se casan muy jóvenes en general, y como ellas envejecen á una edad en que las grandes damas de las ciudades no han llegado aún al apogeo de su juventud y de su hermosura. Lola es muy joven, una niña casi, y, sin embargo, se ve ya en su rostro noble la huella de la mujer trabajadora de nuestro país, la que, desde el momento que se une al hombre en matrimonio, pierde ya opción á todo lo que la pueda distraer ó divertir, por ínfimo que parezca. Tenía Lola dos hijos, y parecía ya cansada de tenerlos. A pesar de todo lo que conté, ya dije anteriormente que, en relación al estado pecuniario de los colonos en general, Vicente, y su mujer por lo mismo, ocupaban una posición brillante. Esto la permitía evitar ciertos trabajos muy rudos que las otras mujeres han de hacer necesariamente.

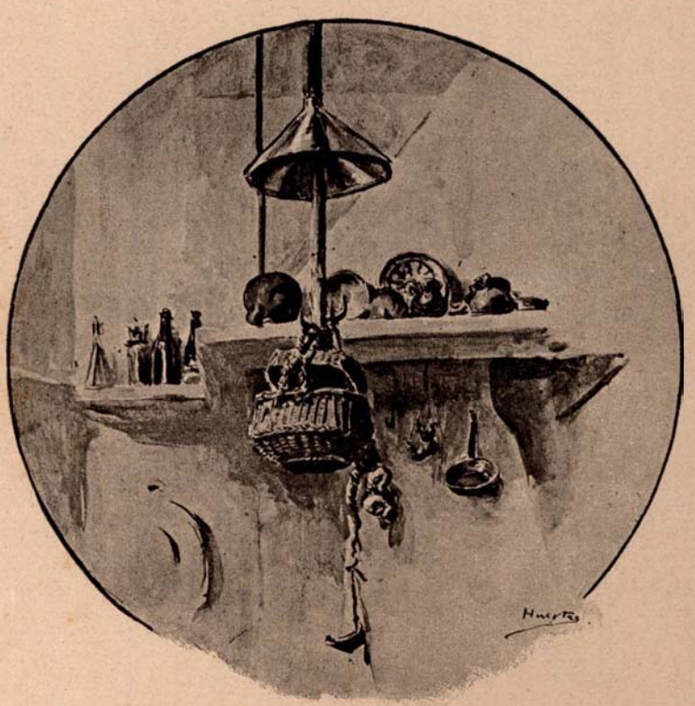
Lola no es una hermosura ni mucho menos, y merece mención, sin embargo, en una obra donde se hable de tipos. Es morena, bajita, gentil y muy bien

formada. Tiene los ojos negros, la nariz muy correcta, la boca grande y preciosos dientes. Es bondadosa, jovial y con un corazón muy bien templado. Tuve, al principio, ocasión de hablar con ella alguna vez, pero no pude profundizar verdaderamente en el estudio de su carácter. Yo no me atrevía á hablar mucho, porque las mujeres del pueblo me inspiran más timidez que las grandes damas. Yo no sé á qué obedecerá eso, pero lo he confesado con mi ruda franqueza sin ofender á nadie. Luego, en otras ocasiones, pude ya hablarla con frecuencia y fué cuando comprendí la joyita que el arrendador Vicente pudo lograr en su pequeña Lola.

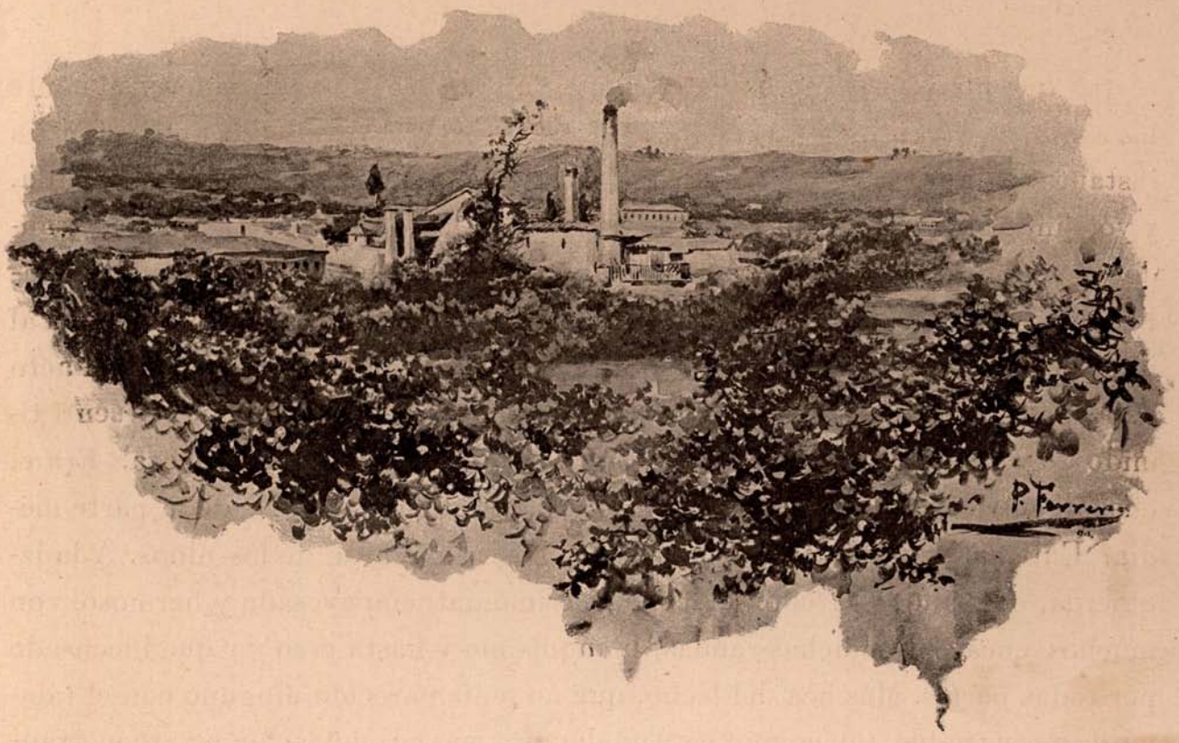
Con su franqueza de costumbre nos convidó Vicente á comer una noche en su casa, y allá traspusimos Mme. Luisa, D. Ernesto (dueños del Economato) y yo en una noche bellísima de luna. Atravesamos las huertas de la colonia hasta salir á la vía, y por el puente de hierro llegamos á la carretera vieja de Madrid. A la izquierda de la carretera, en un suave declive que se forma por un barbecho, está la choza de nuestros amigos. Divisamos una gran luz que venía hacia nosotros, dimos algunas voces y nos contestó la de Vicente, que salió á recibirnos con Lola. Cubría la gentil cabeza de Lola un pañuelo de seda cuyo largo pico caíale flotante por la espalda, atándose los otros dos por la frente como las hebreas. Sus grandes ojos negros, de expresión dulce y halagadora, sonreían como sus labios, y su cuerpecito donairoso escondíase en un vestido de percal de muy buen corte. Un pañuelo de lanilla cubría también sus hombros. Más que hermosura, más que gentileza, más que gracejo, lo que hace amar á Lola es el profundo sentimiento simpático que sabe inspirar, sin ella comprenderlo, á todo el que la ve: es un efluvio que parece emanar de ella, entrando en los corazones. Estaba la mesa puesta debajo de un sombrajo compuesto de cuatro palitroques y un toldo de esteras. No se ve allí otra cosa, de día, que limite el horizonte. Aquel sombrajo se ve desde todas partes, porque está sobre la pequeña eminencia. Se ve desde todas partes, allí, en mitad de la campiña, como una mancha negra. Recuerdo, como si lo viese, que uno de los palitroques era más corto, y formaba por esto, el singular techo, gran pendiente hacia una esquina.

—Voy á llevar á Vds. al comedor,—exclamó Lola riendo. Y nos metió allí, enseñándonos el albergue á la luz del farolillo, porque la luna entonces habíase puesto detrás de una nube. Lo único que había era una jarra blanquísima pendiente de una de las traviesas. Sentados unos en sillas que trajeron de la choza, otros en bancos, y los demás en el suelo, comimos un arroz á la valenciana, preparado por las morenas y lindas manos de Lola la sin par, de cuyo arroz no puedo acordarme nunca sin que todo mi organismo tiemble con sensuales estremecimientos de sibarita.

Yo me quedé suspenso alguna vez en mitad de la comida para fijarme en todo lo que me rodeaba, y el cuadro era extravagante y sencillo á la verdad. Una mesa pequeñísima atestada de platos, con la gran fuente del arroz en medio. En aquella mesa, en que con un trabajo ímprobo hubiesen podido comer cuatro personas, teníamos que comer catorce ó quince. Esto fué imposible, naturalmente. Se retiró Mme. Luisa de la mesa, colocándose el plato en la rodilla. Yo hice lo mismo. Vicente se sentó sobre una montura, otros quedábanse en los bancos, y algunos comían medio tendidos en los costales. Habíase escondido la luna, y se iluminaba este cuadro vagamente con la luz del farolillo que antes tenía Lola, colgando entonces de la traviesa, junto á la jarra. Habíase quedado la mesita sola en el centro del sombrajo, y casi todos estábamos sumergidos en la oscuridad. Desde allí hablábamos, pareciendo salir nuestras voces del abismo. Sólo se veía ir y venir de un lado para otro, sirviendo platos y llenando copas, á la dueña de la casa, cuya silueta primorosísima destacábase á veces, á la luz del farolillo ó entre las temblorosas penumbras, con un vigor y una dulzura, á la par, extraordinarios. Me impresionó en este punto aquella figura extraña de mujer, y recuerdo muy á menudo aquella noche, que aparece en mi imaginación como un insondable y negro caos, en el que se destacan con vigor centelleante la perilla gris de D. Ernesto, la limpia jarra de la traviesa del sombrajo, el farolillo de luz triste y el flotante pico del pañuelo hebraico de Lolita la arrendadora.



BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA



CAPÍTULO XLIII

Mme. Luisa y Mr. Ernesto.-Después de la cena.-Los chozones andaluces.
-Paisajes.-La colona Brígida

Después de la comida, ó de la cena, para mejor decir, quiso Lola enseñarnos su palacio. Era un chozón enorme que se levantaba á la izquierda en una profundidad. Allá fuimos alumbrándonos trabajosamente con la luz del farol de Lola, que fué descolgado de la traviesa. Ella iba delante con su niño menor en un brazo y extendiendo el farol con el otro para iluminar el camino en la mayor distancia posible. Yo iba detrás, tan próximamente que podía, si hubiese sido mi antojo, tocar el pico del pañuelo de seda, flotante siempre, como la enseña inmortal del gracejo y de la donosura. Detrás de nosotros, á regular distancia, iban Mme. Luisa y Vicente, y D. Ernesto más atrás aún, con los demás comensales. Llegamos al chozón y tuvimos que dar la vuelta para encontrar la entrada. En el recodo que hay que hacer para doblar la esquina del chozón, quedamos un instante solos. Yo había pedido á Lola el farol para que no se molestase; y al llegar á aquel sitio, por una impresión de osadía inexplicable en mí, insconscientemente, sin darme cuenta de ello, ansiando ver aquel simpático

rostro que no veía desde hacía algunos minutos por impedirlo naturalmente las sombras, levanté el farol hasta la altura de los ojos de aquella mujer. Por un instante se iluminó su rostro moreno y expresivo con la melancólica lucecilla, y yo, sin explicarme la causa, me sentí turbado al verle. Había en aquellos grandes ojos, dulces y frescos, una bondad y una franqueza... había en aquel semblante, de pómulos algo pronunciados, una confianza tan sencilla; estrechaba al niño con tan noble complacencia sobre su seno; que me arrepentí de aquel acto de levantar el farol, porque me pareció entonces poco respetuoso. Me sentí tímido de verdad, y no dije una palabra hasta que estuvimos en la choza. Era el chozón entre largo, y fijábase la puerta en uno de los laterales de la parte media. Entrando, se veía á la derecha una cama pequeñita, de los niños. A la izquierda, ocupando el frente, el lecho matrimonial, empavesado y hermoso, con muchos encajes y muchas randas, blanquísimo y hasta creo yo que incensado por todas partes. Más acá del lecho, que no tenía parecido ninguno con el tálamo de que ya hablé, tan común en Andalucía... más acá del lecho, un arcón grande sobre dos banquillos muy bajos, y pendiente del techo un garfio de madera, *garabato* que se llama. Pude observar allí una cosa curiosísima: la manera que tienen de preservar el pan para que no sea mordido por las ratas.

—Pues osté verá,—dijo Lola besando á su niño y levantando el farol al techo de la choza;—osté verá. Las ratas, hijo mío, son como Dios, que en todas partes se encuentran: no sabe una lo que hacer para darlas esquinazo. ¿V. está viendo eso? Pues es la única manera de salvar el comestible de sus mordiscos. Se cuelga un garabato del techo, y en él se cuelga luego la talega del pan y de lo demás que se quiera. Pero con el garabato solo las ratas subirían hasta el techo y se escurrirían por el garabato: por eso, en la mitad del garabato y antes, se mete un lebrillo, una fuente ó el extremo de un macetón á fin de que cubra la talega como si fuese una pantalla de un quinqué. El animal llega hasta allí y se queda con la yema, no teniendo ya por dónde escurrirse. Ese es el medio único de que podamos comer pan sin que los animaluchos lo hayan manoseado y mordido antes.

Llegó en esto Vicente con los restantes individuos, llevándonos á ver el Tinaón. Era otra gran choza larga, con un pesebre en medio, que cogía de un lado á otro. Una larga hilera de bueyes había allí, hundiendo cada uno el hocico en el cajón cuadrado donde estaba la comida. Mirábannos los animales con dulce melancolía, y aquellos humildes ojos destellaban con siniestra reverberación á la luz no menos melancólica de un gran farol pendiente del techo. Los mozos del Tinaón iban de un lado para otro gritando á los bichos, acariciándoles, regañándoles, hablando con ellos, como si fuesen otras tantas personas;

y oíase, entre aquellas exclamaciones de los mozos, el repiqueteo de los cuernos de los bueyes, dando los de cada uno con los del compañero de al lado, en un sonsonete que parecía de verdad extravagante.

En una reunión en Andalucía, sea cuando sea, como sea y por lo que sea, no puede faltar la guitarra como postres ó como principio, y allí no



faltó tampoco. Al volver al sombrajo ya estaba allí prevenido el instrumento. Tocó Vicente y cantó Lola. No se hacía rogar, haciendo lo que podía por distraernos sencillamente. Tenía una agradable voz, y lo mismo cantaba por lo fino

que por lo *jondo:* lo mismo las tomaba ella con una cancioncilla de la zarzuela cómica que con unas sevillanas ó unas carceleras de las que hacen aguantar el resuello. Yo me figuro que el matrimonio gozó aquella noche grandemente porque nos hizo pasar un buen rato, y por mi parte pueden estar segurísimos de que lo pasé. Era ya de día cuando nos despedimos de nuestros amables anfitriones; pero entraron en ganas de hacernos compañía por el camino, y allá traspusimos otra vez por la carretera vieja en dirección al puente negro. Al llegar allí tuve yo gusto en dar un rodeo por la orilla del río hasta que encontrásemos la barca, y se acogió mi idea con grande alborozo. Bajamos, pues, hacia la turbina. ¡Qué tranquilidad y qué hermosura! Empezaban los hombres la labor, y se oían los cantares, acá y allá, en los maíces y los naranjos. Caminábamos por la margen izquierda, cubiertos hasta los hombros de los juncos, los cardos silvestres y otras plantas altísimas cuyo nombre desconozco. Por entre los altos y tupidos matojos, que separábamos para pasar con mucho esfuerzo, divisábanse las mansas y cristalinas ondas. Atrás dejábamos el puente de Alcolea, como un enorme arco tendido. A nuestra izquierda ocultábase la campiña por una eminencia sobre la cual ondeaban levemente, al impulso del viento, los hisopillos de la caña del maíz. A la derecha admirábannos la hermosa vista de las huertas, resplandecientes de verdor y de hermosura; y allá en segundo término, descollando majestuosamente, la chimenea de la fábrica, el edificio viejo, pero hermoso, cubierto de verdor, que le rejuvenecía. A un extremo de la fábrica la línea blanquecina del Economato; el campanario pequeño de la ermita al extremo opuesto, con su esquiloncillo, cuyo eternal silencio no se comprende. Allí van todas las tardes las palomas y las golondrinas; allí cuelgan sus nidos y arrullan á sus pichones; allí entonan sus cánticos matinales y sus canciones vespertinas: el esquilón siempre mudo, siempre silencioso, como si hubiese allí quedado en penitencia por alguna falta cometida. Las palomas y las golondrinas hacen las veces del esquilón: á la oración, elevan á los espacios sus melancólicos trinos como en salve divina; y al amanecer, atruenan con su piar juguetón, que despierta á los hombres para ir al trabajo.

Antes de llegar al puente de hierro tropecé con lo que puede llamarse en la colonia *lavadero público.* Está en el espacio de margen que media entre la orilla del río y la eminencia á que ya me referí. Es un nacimiento de agua que allí existe. El agua corre hasta el río, y en un borde y otro de este arroyuelo se ponen á lavar las muchachas de la colonia, de rodillas, los pies hacia fuera y las cabezas juntas. Allí fué donde yo conocí á Brígida y donde tuve muchas veces ocasión de hablarla. Después de aquella noche en que Lola me

hubo enseñado su chozón, hablé con ella alguna vez: iba á su casa ó me la encontraba á menudo en el camino, de vuelta del Economato, de hacer algunas compras. Diréis todo lo que os parezca si algo tuvierais que decir, pero yo encontré siempre un agrado especialísimo en acompañar un buen trecho á la sin par, á pie, junto á la borrica que Lola montaba gallardamente: una borrica muy hermosa, en estado interesante, con un gran serón, cuyos cujones iban atestados de las mercancías. Yo iba á pie, como dije, alzando la cabeza para mirar á Lola, como tenemos que alzarla para mirar al sol; y Lola iba en lo alto, tendiéndome la mirada desde toda su altura, como una reina miraría desde su trono al último de los esclavos.

Respecto á Brígida tengo que deciros que no era casada. Era una morenita de ojos negros, movibles, juguetones, revoltosos. Tenía Brígida, además de sus ojos, unos dientes muy blancos, una cara agradable que allá se iba con sus ojos en lo picaresca y expresiva, y tenía un pelo negrísimo también y lustroso como azabache pulimentado. Quizás por su naturaleza un tanto franca, ó por el conocimiento que tenía de su propio valer, era de las más desenvueltas, dicho sea esto en la expresión menos ofensiva de la palabra. Tenía un airecillo de superioridad que la sentaba á maravilla, y quedábame yo encantado viendo la tranquilidad y la posesión de sí misma con que sostenía sus conversaciones conmigo. Agradábame mucho aquello, porque revelaba indudablemente una espontaneidad que no se encuentra ni con candil en las grandes ciudades. Uno de los encantos particulares de Brígida era su modo de ponerse las flores. Aquel brillante cabello hacíale naturales ondas: entre una onda de aquellas, sin espejo y sin preparación ninguna, ponía Brígida una flor y quedaba allí que ni nacida, como ellos dicen, semejando una estrella deslumbrante en mitad de un cielo negro cargado de tormentas.

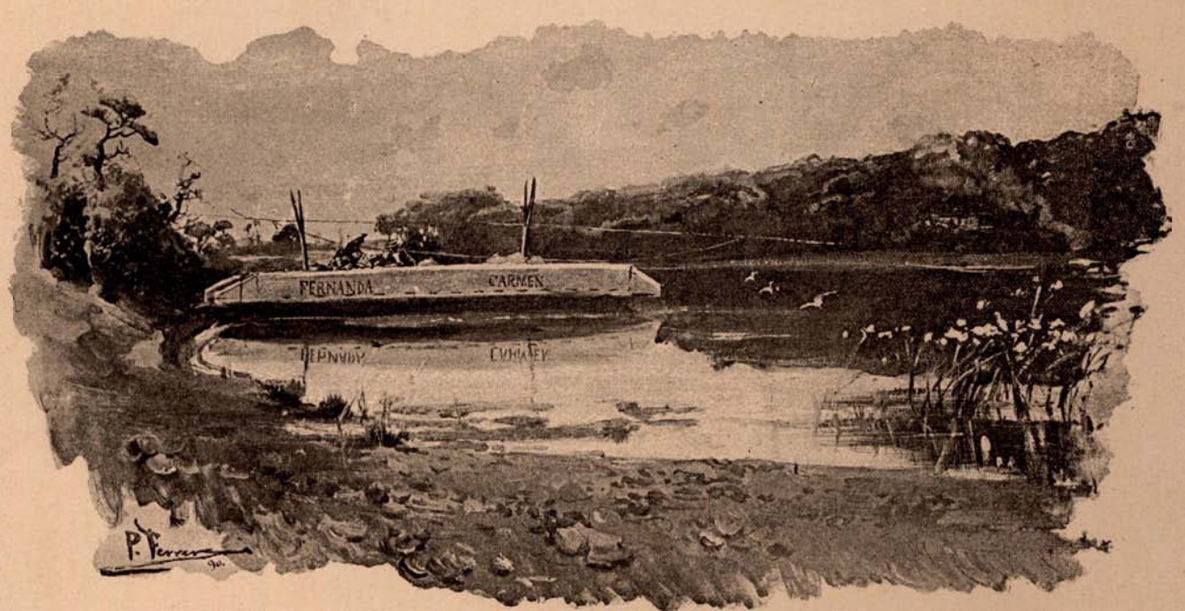
Allá iba Brígida; allá iba al nacimiento de la margen izquierda del Guadalquivir; allá iba á lavar su ropa y por agua todas las tardes á la hora en que los palomos y las golondrinas empezaban con sus arrullos y con sus píos como una bella oración en el campanario y sobre el esquiloncillo silencioso de la ermita. Allá iba la más linda colona que contemplaron los cielos, con el cántaro en el cuadril, con la alegría y el amor en los ojos, con la gracia andaluza en el cuerpo y con la copla en los labios, aquella copla que hendía los aires como el blando y luminoso festón de luz del rayo hiende las esferas; aquella copla con ritmos dulces, de melancólicas ambrosías del alma, que iban á unirse, en concertante divino, con las baladas eróticas del aire al acariciar los juncos del remanso y con las dulces oraciones de la tarde cantadas por los palomos y las golondrinas.

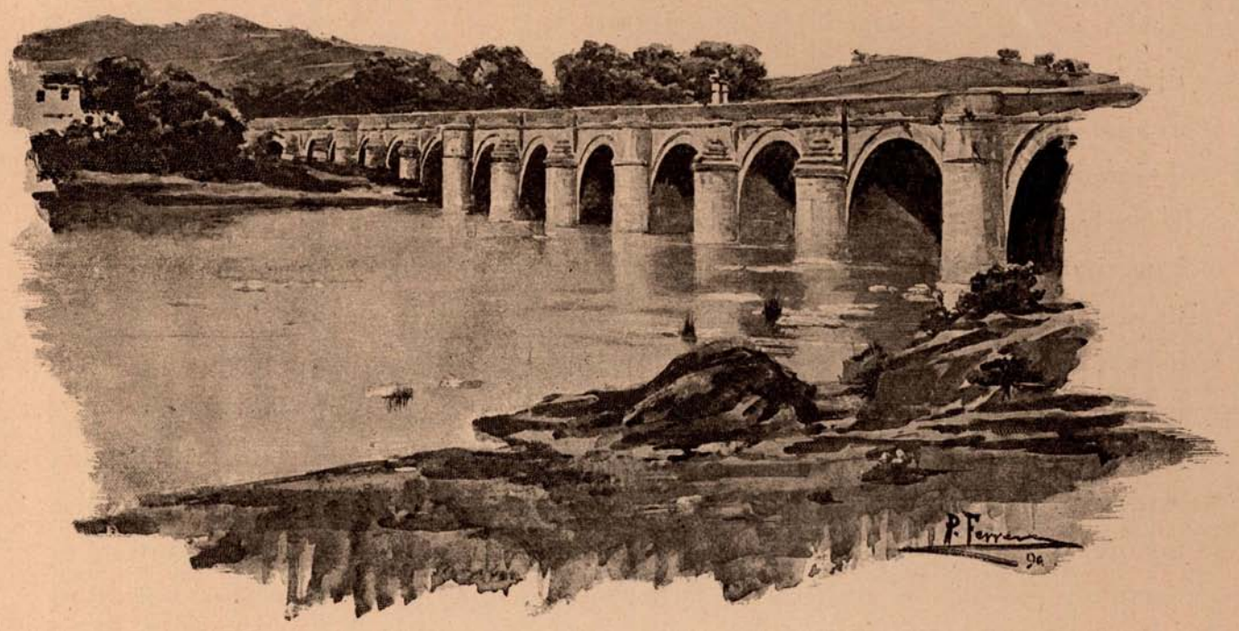
Ya lo dije: allí en el lavadero hablé yo con Brígida alguna vez. Allí me iba yo algunas mañanas muy tempranito, á la hora en que pasábamos aquel día con los comensales del sombrajo de Lola y Vicente. Allí encontraba yo á Brígida, que iba tan temprano para no distraerse con las otras y concluir más pronto. Allí supe yo que mi bella colona tenía otras dotes además de las de su gracejo y su buen palmito. Allí supe que era trabajadora y buena hija; que lo mismo era para un barrido que para un fregado: que lo mismo que quitaba la roña con sus pequeñas manitas á los gruesos calzones de tela burda de su padre, lo mismo cogía un trapo fino y lo bordaba de mil primores, que eran recreo y solaz de los ojos. Allí supe yo, porque lo decían unas y otras cuando ella no estaba, que sabía de pluma como el maestro de escuela; y de leer, que nadie dijese, porque nunca se le dió más sentido ni más aquél á un librote ó una carta que el que le daba Brígida en cuanto ponía los ojos en la carta ó en el libro ó en lo que fuera. Saliendo de eso para entrar en otro orden de sabidurías, como cogiese la linda moza unas castañuelas y le diera aire al cuerpo al compás de la guitarra, ya la tenía, quien hubiese querido verla, como una reina del baile, llenando el pensamiento de pasiones con sus fandangos y seguidillas. Ya puede el lector figurarse toda la simpatía que yo experimenté por la graciosa personita de mi historia y con el gusto que me aproximaría yo algunas mañanas al lavadero cuando la veía, desde gran distancia, allí agachadilla, como un ave inclinando el primoroso cuerpo sobre el agua para mirarse en su cristal. Yo soñé una noche que me llevaron al cielo y vi á Dios. Mis impresiones de aquel sueño famoso no se pueden contar por lo grandes y extrañas. Yo, por



mí, sé deciros que fué idéntica la impresión á la que experimenté más tarde viendo bailar una noche sevillanas á dos colonas como no las vieron jamás los ojos pecadores de los humanos: á Lolita la arrendadora, la del pañuelo hebraico y de la borrica en estado interesante, y á la egregia doncellita del lavadero de allá, de la margen izquierda del Guadalquivir.

Dejamos atrás el lavadero y á Brígida después de estar allí un momento en conversación con ella, y subimos la vereda para llegar á la vía. Está situada esta vereda en la misma cabeza del puente de hierro, del lado de Madrid. Allí nos despedimos: Lola y Vicente tomaron el camino en dirección de su casa, y nos metimos los demás en el puente para dirigirnos al Economato. Al separarnos de nuestros amigos me detuve lleno de admiración, no habiéndome fijado hasta entonces en el espectáculo que la Naturaleza me ofrecía desde la altura del puente: sobre la misma vía hay una parte de los llanos de las huertas extendiéndose por el extremo derecho hasta venir á dar en el río; interrúmpese el horizonte vigorosamente con las grandes higueras cuyos ramajes besan el suelo; más al fondo las sinuosidades de los montes, con sus manchitas negras y blancas de los árboles y de los pequeños caseríos; la fábrica de azúcar más acá: los techos, los paredones, el chimerón, las maquinarias: todo alegre, vivaz, jugueteando, medio oculto en la arboleda, como el dios de la alegría oculta la frente con las hojas de pámpano y la guirnalda de flores; por aquel lado del río, los mimbres y juncos, un gañán regañando con sus cabras; y al otro lado, mimbres y juncos también, cardos silvestres y una linda flor, Brígida la colona, inclinada graciosamente sobre los limpios cristales del manantial.





CAPITULO XLIV

El aperador toma la palabra.-Fantasías nocturnas.-El muerto del Puente.
La batalla de Alcolea

Novaliches no lo confiesa, está duoso; pero ¡mal año! to el mundo le ve que no sabe qué jacerse. A to esto, sale tropa y más tropa de la ciudá, que vienen erechitas ar puente. Po el camino de la sierra se echó, como alma que lleva el diablo, Echevarría, un fantasmón que creyó tragarse ar mundo y que se jué corriito y con el jopo entre piernas. Llega dempués de mucha peripecia y mucha enquietú á lo alto de la Ribera Arta. ¿Qué se encontró entonce? A la izquierdita, toa la margen del río sembrá con los batallones de Novaliches. Baja más, y jállase con Lacy. El probecito le cuenta, entre suspiro y lágrima, lo que la pasao: que jué por lana y que salió con trasquilones que era una esdicha; que salió e Montoro con su tropa, que fué á Villafranca consentío en que er puente lo habían tomao las de la Reina, y que se encontró de güena ja primeras con Caballero de Roas cerrándole er frente, domblándole los flancos y estrechándoles en un barrancón que metía susto, y que po el ferrocarril se reunieron más soldados que Dios, con Serrano á la cabeza, acabándolo de copá; en fin, la ensalá de Dios que iba ya preparándose. Tan in mientras, Echevarría estaba por la jaltura de Juagalzar, mirelasté, la mesa que estasté allí viendo: por la izquier-

dita forma las jásperas vertientes de la sierra, allá po el acirate del río y por la erecha en er principio de paso Largo, que es to aquello que está allí atestaíto de encinas y que se escurre hasta las faldas de cerro Jaralón. Los casaores de Barcelona, con cuatro compañía esplegás en guerrilla, se vinieron á cubrí la línea izquierda dende la altura de las vertientes del río. Las otra cuatro compañías, con la música que sonaba jaciendo echar chirivitas á la sangre de deseos de peleá, vienen detrás, reluciendo los fusiles con er sol, que osté no puede figurarse; y la bandera se mecía con el viento, dando ganas de llorá, de los probecito que iban á morir por ella. Dos compañías de los casaores de Madrid espléganse también en guerrilla por la erecha de aquéllos jasta el principio der puente del arroyo de la Buenagua; otras dos compañías están á la reserva de las que se esplegaron; y las cuatro que queaban de este batallón, en el centro de la línea, lo meno jochenta ó cien paso á la retaguardia. Los casaores de Barbastro toman la misma positura, en derecho tamién de los de Madrid; y el batallón de infantería del regimiento de Gerona, chiquitico porque eran seis compañías (ma cuerdo que lo vide como se ve uno los deo de la mano) puso dos compañía en guerrilla cubriendo el frente, así, un poco torcías, sobre aquel terreno que se levanta á la orilla izquierda del arroyo de las Loveras. To esto, como osté se está enterando, fué á la orilla izquierda de la Buenagua y de las Loveras. Güeno: osté verá. Por el otro lao del arroyo de la Buenagua se estuvieron cuatro compañías del regimiento de Segorbe. Los casaores de Tarifa estaban también, y los de Simancas, y compañías de la guardia civil. Toa esta gente de Serrano estaba allí mu tiesa y mu prevenía enfrentico de los otros, repartiéndose entre la orilla del río y la de Buenagua por la mesa de los Yegüeros. De lo que ma cuerdo más que to, era de unos cañones, grandes como demonios, puestos á la bajá de la cuesta del Caprillo por el general López Domínguez. Eran dos baterías muy requetebién arreglás pa jacer polvo á los soldaos de Novaliches, que estaban como un jormiguero en el cortijo de Pan-Jiménez. Allí, juntaíto la ermita de los Angeles, en el montecillo que está conforme se comienza la carretera de Córdoba, se alevantó otra batería pa dejá sin aliento á las tropas que mangoneaban por la carretera vieja de Madrid y dehesilla de León. Los caballos detrás de la paré de Ribera la Baja, preparaítos pa ir donde Dios quisiera, y allá, en la llanura del Montón de la Tierra una brigá reservaíta; y los demás batallones corrían como furias, chorreantes de sudó, hacia el Puente de Alcolea.—

Por el libro de Leiva, por *La Estafeta de Palacio,* y por otros libros novelescos que hablan de las escenas de este día memorable con algún criterio, confrontando escenas y horas, yendo y viniendo un día y otro por aquellos luga-

res de la lucha, é ilustrándome sobre todo con las explicaciones del aperador, me hice yo cargo al fin, perfectamente, del aspecto que ofreció el combate y de todas sus peripecias. Era de noche, generalmente, cuando paseaba yo con más deseo. La luna, melancólica y dulce, iluminaba todo cuanto mi vista podía alcanzar. Cuando iba con el aperador, tomaba yo inconscientemente la dirección de la casa del Caprillo; ó costeando la fábrica á mi derecha primero, y la ermita de los Angeles y las ventas de Alcolea después, introducíame en el



puente. ¡A cuántas graves y tristes ideas inducíame la contemplación del teatro de la lucha en aquellas altas horas de la noche! Me olvidé más de una vez de mi acompañante, y, absorto en mi contemplación, creíme yo un fantasma evocado por los genios sombríos: imponíame el rumor de mis pasos, deteníame en uno de los apartaderos del puente que dan hacia la parte de Pendolilla, y quedaba así, mudo y absorto en la vista de aquellos dilatados horizontes.

Una noche había yo echado por el polvoriento camino de Pendolilla: costeé los paredones derrumbados de la ermita de los Angeles. Todo estaba solitario y todo me pareció lúgubre, como grande era la soledad. Alzábanse rígidos, sobre los aleros de los bardales, los jaramagos que amarilleaban siniestramente

al resplandor de la luna, y las alcaparreras festoneaban el pie de los muros como enormes gazapos preparándose á escalar aquellas vetustas paredes. A la derecha, por unas grandes sinuosidades á que dan sombra las ventas de Alcolea y los recios machones de piedra del puente, me metí entre unos grandes álamos. La luna entrábase por allí poniendo fantásticos dibujos en el suelo, y parecíame que los caprichosos rayos de luz, entrando por entre los calados de las hojas, ponían en la tierra signos indescifrables, pero que el alma los presentía como fatídicos. A la izquierda divisábase, como un informe montón ceniciento, la casa del Caprillo; á la derecha y á poco trecho, el primer arco, medio cegado, del puente; y el río se deslizaba, subyugando mi corazón con no sé qué impresiones á sus fantásticos murmullos. Me adelanté aquella noche y había salido solo: subí por la misma senda al puente y allí encontré al aperador que me buscaba. Apenas hablé con él, y seguí hacia la carretera. Las enormes copas de los árboles que crecían junto á los mismos machones, asomaban sus copas sobre el gran pretil de piedra negra, como sauces que se inclinan sobre una gran tumba. En aquellos sitios y á tal hora, siempre pensé yo en fosas y en cadáveres.

— Mirosté, — exclamó de pronto el aperador al llegar á uno de los apartaderos del puente;—aquí en este mismo sitio (lo mismo lo veo que si estuviera pasando ahora), — y señalaba el suelo con su garrote, — aquí cayó el primero de las tropas de la reina á quien mataron en el puente. Coronel era: un mozo alto y robusto como una catredal; un tío más bravo que la misma Virgen. De verlo vení na má, le temblaban las carnes á lo mismo de la parte allá que sabían que lo iban á breá con una lluvia de bala. ¡Vaya un hombre con tripas! Toitico los soldaos de Novaliche se quearon allí, á la embocadura del puente. El solo entró con su caballo, y allí los pusieron acribillao al caballo y á él. Aquí, en esta positura, cayó el probe sin decí Jesú; y cayó, que yo lo vi, por la cabeza del animá. El caballo no parecía na má sino que estaba esperandito á que el coroné cayera pa jacé lo mismo. ¡Qué nochecita aquella, válgame Dios!

Yo no contesté. La voz del hombre, retumbando en la calma silenciosa de aquellos lugares, me impresionó de una manera profunda y aumentó, con lo que dijo, la tristeza y la melancolía de mis pensamientos. Por un instante creí verme en aquel mismo sitio, en lo más empeñado de la pelea. Vi las vanguardias tal y como el aperador me las había descrito. Con vibrar poderoso cuyos ecos fantásticos repitiéronse en las gargantas de los montes, corriendo por la llanura y estremeciendo las almas, acá y allá retumbó una corneta tocando á fuego. ¡Qué segundo es ese que existe entre las vibraciones del clarín ordenando que empiece la batalla y el primer tiro que suena! Todas las funciones vitales parecen suspendidas en ese punto: toda la existencia parece vibrar en

el latido inmenso de nuestra garganta, en el examen solemne, que dura un solo segundo, de toda nuestra vida anterior. Retumban allí las descargas, sucediéndose unas á otras con la rapidez de



aquellos que desean aturdirse; unísonas, estruendosas. Pronto se rompe esa tremenda monotonía. Sucédense á las descargas nutrido fuego de una

parte y otra. Con las primeras detonaciones forman concertante doloroso los ayes de los heridos que empiezan á caer. Nadie cede, nadie ceja. Echevarría, por cuyo mandato empezó el fuego el medio batallón de las guerrillas de cazadores de Barcelona, va notando ventajas sobre los revolucionarios. ¿Por qué no les empuja Serrano por los flancos y la retaguardia, como pudo muy bien hacerlo? La tibieza que nota Echevarría en sus enemigos, parece alentarle. Nota además el espantoso número de bajas que sus cazadores hacen en los otros. Tiende la vista y ve al príncipe Girgenti, en la margen opuesta, con un gran golpe de caballería. Escucha á la par el cañoneo que le anuncia el avance de Novaliches, y todo le ve claro, fácil. No tiene duda, rebosa de orgullo, se embriaga, despéñase como el torrente, y, saltando de su posición con sus tropas, arrojado, brioso, espanta y fascina. Salva con rapidez los arroyos de Buenagua y las Loveras, y el choque es terrible. El fuego se apaga; los guerrilleros de la revolución, sombríos, firmes, silenciosos, pujante el brazo y calada la bayoneta, están allí; y de repente la avalancha encuéntrase contenida por el robusto murallón. El ruido de aquel tremendo ataque retumba en la inmensidad. Los bravos leones de uno y otro ejército se agarran, se confunden, se destrozan: parece el gran turbión de hombres juntos un mar de olas terribles que se inclinan y saltan en las sinuosidades de la sierra. Confúndese la maldición con el lamento, las voces de los jefes, el golpe de los fusiles que saltan rotos, el vibrar de las bayonetas, los tiros de revólver. Ruedan los cadáveres por la escabrosidad, saltan los hombres las cañadas, y allí, sobre el borde de los derrumbaderos, se abrazan, rugen, húndense las bayonetas en el corazón del contrario, la sangre lo enrojece todo, y el sol ennegrece las caras, negras ya por la ira y por la pólvora.—¡Viva la reina!—gritan unos. —¡Viva la libertad!—gritan otros. Y esos gritos, que se lanzan en el fragor de la contienda, es acicate que imprime doble fuerza á los corazones para que rujan de entusiasmo y de cólera. El encono crece, la lucha se agiganta, ninguno ceja. No obstante el feroz ímpetu con que se arrojaron las tropas isabelinas, detiénense ante la recia muralla del enemigo: los de Isabel son menos numerosos. En el primer momento la erizada línea de bayonetas contiene el gran golpe... Pero ¿qué será eso para calmar la furia del huracán que todo lo arrolla? Aquella vanguardia isabelina es la fatalidad que pesa sobre los infelices soldados de las guerrillas liberales. Terrible, brava, ciega, todo lo vence al fin, todo lo destruye, y avanza victoriosa: oficiales y subalternos besan allí el polvo. La vanguardia ha vencido: la derrota es segura. El teniente coronel García no puede contener el resto de su batallón, que corre en retirada. En esta retirada son arrastrados los batallones de Tarifa y de Simancas. ¡Oh dolor! ¡Oh cólera!

¡La libertad muere! El coronel del segundo batallón de Cantabria, Díaz Berri, quiere que lo envuelvan también: arranca la bandera del regimiento de manos del alferez,—¡Viva la libertad!—grita, y se arroja sobre el enemigo. Muchos valientes le siguen, pero la vanguardia isabelina es una montaña de acero que rueda para aplastarlos. Nada es posible contra ella: es el destino. Todos procuran enardecer á los soldados liberales que retroceden. El brigadier Salazar y el brigadier Manso por un lado, oficiales y jefes por todas partes, y el general Caballero de Rodas, loco de furia, hacen gigantes esfuerzos de valentía y de elocuencia para volver á las tropas á las posiciones.





CAPÍTULO XLV

La batalla de Alcolea

Desde la casa del Caprillo, mal puede Serrano saber la desdicha de su vanguardia. Envía un ayudante y otro, que tardan en volver. Está inquieto, preocupado. Llega en tal punto un ayudante de Caballero de Rodas. Cuenta á Serrano lo que ocurre, entrecortadamente, con grande emoción. Serrano se apresura, da órdenes, dos brigadas corren en el acto, saltan los soldados como lobos el Yegüeros, coronan la mesa, y hacen desde allí un espantoso fuego en columnas cerradas por batallones. Ante la espantosa acometida, los isabelinos se revuelven fieros. Veíanse victoriosos y la sorpresa desaliéntalos súbitamente. La confusión entra, échanse atrás, retroceden, huyen. Echevarría, que todo cree haberlo conseguido, brama de cólera. No escarmienta: da sus órdenes, rehace á sus soldados, á quienes los liberales no han querido perseguir, y, quedando en el jaraloncillo de Pendolillas, por el arroyo de la Buenagua, en el acirate del río, los arenga, corre en su caballo de un lado á otro, y el fuego de fusilería empieza otra vez. Suena, allá lejos, el cañón lentamente, y ni sabe Novaliches lo que ocurre á Echevarría, ni sabe Echevarría lo que ocurre á Novaliches. El fuego de las vanguardias va otra vez haciéndose rápido, nutrido. La fiebre empieza de nuevo. La brava sangre española enciéndese con rapidez.

Los soldados no necesitan arengas para pelear ni órdenes para morir. Los cazadores de Madrid son los primeros que se lanzan á la bayoneta. Los batallones de Gerona y de Barcelona, por las dos alas, les siguen, les secundan, rebasando nuevamente los dos arroyos de Buenagua y de Yegüeros, y abalánzanse unos y otros con tremendo ímpetu. Los repechos, las hondonadas, los arroyos, en todas partes hay muertos otra vez, en todas partes heridos. Otra vez el combate se hace rudo, loco. Los de una parte y otra son tigres que braman. Los alaridos de *¡Viva la reina!* y *¡Viva la libertad!* se mezclan. Caballero de Rodas, que, pasada su anterior fiereza, se muestra ahora digno general, ha permitido que avancen, y sucede lo que sucedió otra vez: reune sus batallones y les hace retroceder ante un número de tropas excesivo. No basta aún, y Caballero de Rodas da otro ataque en el que entra un batallón de marina y su aguerrida escolta de carabineros. La carga es horrible. Las tropas liberales lo arrollan todo al grito de *¡Viva la reina!* Los de Novaliches son seguidos por las bayonetas de Serrano, que les despedazan. Todos huyen á una, dejando en el suelo un sin fin de heridos. El comandante de Barbastro, Zabala, llora de ira y cae prisionero con otros muchos oficiales y compañías enteras. Todo parece que concluyó. Por segunda vez la libertad luce; pero Echevarría, ese bravo loco, vive aún: aparece de pronto donde todavía se sostienen algo sus tropas, y, con dos compañías de reserva no más, lánzase como un torbellino. Cae de pronto sobre el batallón de Cantabria; vienen también por otro lado los cazadores de Madrid al ejemplo de Echevarría. Pero aquella es ya una lucha desigual, horrenda, astuta, monstruosa, de muerte, sin cuartel: eran muchas compañías, y un batallón, y otro, ayudándose, defendiéndose, muriendo, matando, levantándose, cayendo. El batallón de Cantabria va á perecer, copado casi por las compañías del general de la vanguardia isabelina y el batallón de Madrid; pero el batallón de Borbón cae entonces como un torrente sobre el enemigo que quiere despedazar á Cantabria y ya lo consigue. *¡Viva Prim! ¡Viva la reina! ¡Viva la libertad! ¡Viva Serrano!* Los gritos se confunden, las fragosidades de la sierra parece que entonan horrendos cánticos de muerte. El sol se oculta, la noche empieza, los fuegos de fusilería van apagándose. Todos los de Echevarría huyen ya locamente. Echevarría cae prisionero y logra escapar; y cuando el estruendo de la guerra allí ha cesado, se oye entonces la voz del cañón, imponente y aterradora, por la parte de Pan-Jiménez, que retumbaba en la inmensidad como una gran voz de los cielos.

Novaliches había permanecido, mientras, apoyándose con su flanco izquierdo en la cuesta de la Rinconada, con su derecho en la margen izquierda del Guadalquivir, con su retaguardia en los declives del cerro de las Cumbres,

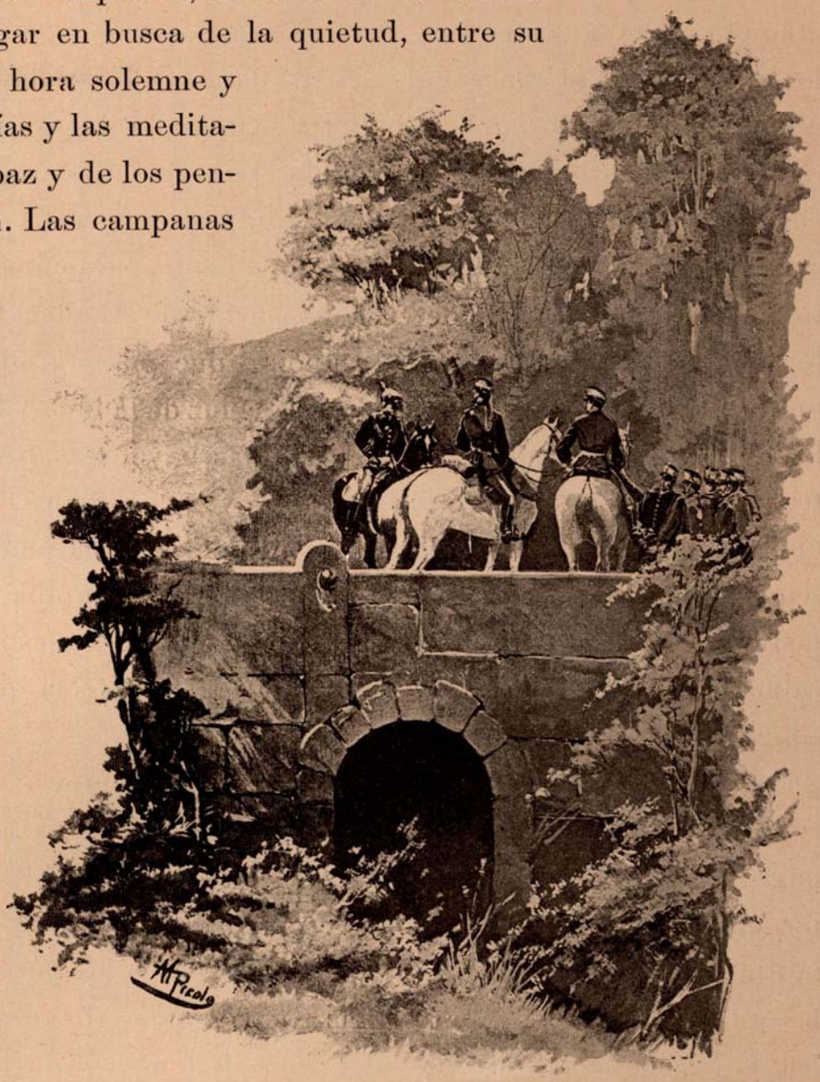
con su frente en la orilla derecha del arroyo de los Tejedores y su retaguardia en la llanura de la Casa Blanca, formando el conjunto un magnífico golpe de vista. Allí permanece en la inactividad horas y horas, descansando tranquilo. No piensa en las ventajas que podría conseguir poniendo el grueso de sus tropas en movimiento para que reciba luego doloroso desengaño. Después de un consejo de generales, cuando un ayudante de Lacy le entera de pronto de la prisión de éste, de su libertad, de la tardanza de Echevarría, está él á más de una legua de distancia de Alcolea. Veníase todo encima de golpe, pues se consintió, sin duda, en que Echevarría y los brigadieres Lacy y Trillo le franquearan el paso para entrar sin más en Córdoba, triunfante. Del consejo de generales resultó que se aplazaría su gran jornada para el día siguiente, mientras que parte del ejército murió despedazado y sin ayuda, sin que ellos tengan noticias de lo que sucede. Avísanle en este punto sus batidores de caballería de que se oyen tiros hacia la otra parte del Guadalquivir, y es que allí empieza el combate ya descrito. Van con los batidores á asegurarse de ello Vega Inclán, Jiménez de Sandoval y el general Sartorius. Unos aseguran que sí se oye tiroteo allá, otros que no se oye nada, y queda el ejército en la misma cruel ineptitud. Al fin se convencen de la batida, porque se escuchan distintamente los disparos y se ve el humo de las pólvoras que gira lento en los aires como grandes y ondulosos crespones fúnebres. Triste situación para el general: ni puede acudir á tiempo en auxilio de los suyos, ni puede atacar tampoco por el puente, porque se figura, con razón, que cuando consiga ponerse en actitud de ataque ya habrá todo terminado allí. Está dudoso, inquieto, sin saber lo que ocurre. Llega al fin un capitán y le anuncia que Echevarría rompió las hostilidades. Pónele al corriente de todo. El caso urge, y manda al coronel de infantería del Príncipe que salga escapado con su batallón y repase el Guadalquivir. En esto el coronel Girgenti, yerno de la reina, sin órdenes ningunas, sin consultar á nadie, viendo la incertidumbre de unos y la poca decisión de otros, parte á galope tendido con sus húsares. Gran número de soldados se entusiasman y le siguen. Corre detrás la caballería. Novaliches se disgusta grandemente de aquella insubordinación del príncipe, que obra por sí solo; y siéndole ya imposible hacerle retroceder, hace adelantar mucha tropa de infantería para que vaya en su apoyo. Pasan las tropas al fin el puentecillo del arroyo de los Tejedores, formándose después en la gran llanura de la Casa Blanca. Treinta y dos piezas de artillería avanzan en secciones, mandadas por Camus y Alcalá. Por el centro y á su derecha é izquierda, los batallones de infantería de Mallorca, de Málaga, del Rey, de Gerona, de Asturias y de Iberia, á las órdenes de los dos generales Sartorius y García Paredes. Estos seis batallones forman tres grandes colum-

nas de combate, escalonadas correspondientemente. Van después cuatro regimientos de caballería: los de Montesa, de España, de Talavera y de la Reina. Los manda el general Vega Inclán y los brigadieres Vega y Lacy. Caminan en grandes alas por escuadrones, y cierran, en fin, la marcha la guardia civil y rural. Es un espectáculo que impone al corazón puros sentimientos de grandeza y lucha. Todos los desfiladeros de las montañas están cuajados de curiosos de los pueblos de las inmediaciones. La admiración impónese al miedo, y allí quedan extasiados y confundidos ante aquel gran cuadro de miles de hombres que serpentean de un lado á otro. Parecen las puntas de las brillantes bayonetas inmensa y movible lengua de acero que confunde sus cursos y sus irradiaciones con el curso y las irradiaciones del Guadalquivir.

Ante la arremetida de Girgenti, que llega como huracán desbordado, repléganse presurosas las avanzadas del ejército liberal desde Pan-Jiménez. Los unos replegándose y los otros avanzando, forman un pavoroso estruendo que hace retemblar toda la campiña. Las pisadas de los caballos, los gritos de los jinetes, el rodar de los cañones, el relincho de las mulas, las voces de los soldados, es un ronco vagido interminable, sin concierto, febril: son las entrañas de la tierra desgajándose en hecatombe tremebunda. Detiénese el príncipe á escasísima distancia del puente, dispara sus cañones, contestan á ellos de la Cuesta del Capricho las baterías de López Domínguez, reina un profundo silencio, y las baterías de Novaliches avanzan á paso largo, rompen el fuego y todos los cañones de las tropas liberales entran en fuego también. El combate es ahora de artillería solamente. Se precipita Novaliches hacia Girgenti, infórmase de todo por sí mismo, retrocede, da órdenes, y van unas baterías con gran refuerzo de infantería hacia la carretera vieja y salen por allí precipitados para ganar la dehesilla del León. Todas las demás piezas desplegadas rompen el fuego avanzando hacia el puente. Generalízase el combate de artillería y se cruzan las balas de cañón llenando el espacio. El día va extinguiéndose, y las llamaradas de los cañonazos iluminan rápidamente una y otra vez como grandes bocas de infierno que de repente estallan. Una y otra artillería hace terribles estragos: la de Novaliches precipita el avance y las detonaciones. Fatalmente, los cañones, con los infantes de refuerzo que van hacia la dehesilla del León, encuéntranse con otra batería que el prevenido Serrano puso en la cuesta de las Ermitas de los Angeles. Rompen desde allí el fuego hacia la carretera y no la permiten llegar. Un cañón se les vuelca y rugen allí los hombres desesperados. Un certero proyectil hiere á Esteban, teniente coronel de Estado Mayor, y mata á cuatro artilleros.—¡Adelante!—grita el general de la Reina. Girgenti se oculta detrás de los paredones del cortijo de Pan-Jiménez. López

Domínguez obsérvales. De un fatal disparo arroja allí un proyectil, cae en la casa, revienta, prende fuego, huyen todos, y todo queda allí reducido á cenizas.

La tarde avanza, la luz del día se pierde, los disparos van extinguiéndose, la noche empieza. Es una noche triste y fría. Pasó esa hora solemne de la oración: la hora en que el campesino, cansado de las faenas del día, vuelve al hogar en busca de la quietud, entre su mujer y sus niños; la hora solemne y dulce de las melancolías y las meditaciones; la hora de la paz y de los pensamientos de religión. Las campanas tañen, plañideras y quejumbrosas, santas plegarias que conmueven; las aves elevan sus últimos trinos desde los brazos de la cruz donde se recuestan como en el regazo puro de una madre; y la campiña está silenciosa. Nada se siente. La naturaleza, espantada por la cólera insensata de los hombres, parece que no volverá ya á la vida. No se oyen ni esos ruidos casi imperceptibles del campo, esos ruidos que llegan hasta nosotros como el hálito de vida de la tierra. Surge la luna é imprime un dulce beso de tristeza á todos aquellos lugares de desolación y muerte.



No está contento Serrano aún. El casi repentino silencio de las baterías contrarias inquiétale. Pregunta, de pronto, las fuerzas que custodian el puente: le dicen que unos cien carabineros de la comandancia de Cádiz. Entonces, aunque nada se escucha en el campamento de Novaliches, ordena inmediatamente al general Izquierdo que refuerce aquel lugar con bastante tropa. Izquierdo lleva una compañía de infantes en primer lugar, y ciento cincuenta carabine-

ros después; dos piezas de artillería apoyándose por el batallón de Valencia, y con otro formando la reserva, que es el de Bailén; otros dos cañones en el paso á nivel de la vía férrea se extendieron además. Ocuparon desde la Ermita hasta el Guadalbarbo tres batallones: el resto de las tropas de la extrema derecha se replegó allá por el arroyo de Yegüeros. Previniéndose contra un ataque por retaguardia, se ven las bocas de otros cañones que han reforzado los que ya tenía el general Rey en la llanura del Encinar, que principia en la espalda del Caprillo; y la caballería ocupa una llanura inmediata á la carretera. ¿Qué presentimiento había tenido el general de la revolución? Ni era propicia la hora para sostener un combate, ni lo esperaba ninguno á pesar de la corazonada de Serrano disponiendo que las tropas ocupasen con apresuramiento las posesiones para la defensa del puente de Alcolea. El mismo Serrano, que lo dispuso, estaba muy lejos de suponer que pudiera aquella noche dispararse un solo tiro. Iba haciéndose más clara la luz de la luna y hacía resaltar entonces los objetos vigorosamente, iluminando las bayonetas, los cañones, los relucientes cascos y armaduras de la caballería, y arrancábales destellos que herían los ojos siniestramente. Toda la extensión que la vista pudiese abarcar hallábase sembrada de enormes hogueras que daban á la campiña aspecto original y fantástico. Los hombres paseaban como errantes visiones en un lado y otro, y la calma que siguió al silencio de las baterías no parecía que pudiera por ningún concepto interrumpirse.

Pero no: aquella calma pavorosa interrúmpese de repente como por el rugir de la tormenta. Roncos vítores se escuchan hacia la parte del campo enemigo. El grueso del ejército de Novaliches pónese súbitamente en movimiento, formando tres grandes columnas cerradas. Vibran á la vez todas las bandas militares, y los bélicos himnos resuenan en la inmensidad y repercuten en las gargantas de los montes. Las tres columnas avanzan al puente de Alcolea, y otra columna dirígese al puente de hierro. Aquellas músicas y aquellos vítores lanzados por las tropas realistas á la libertad, al ejército, á Serrano y á Prim, confunden á las liberales y no pueden darse cuenta, al principio, de lo que ocurre. Después se alegran y palpitan de entusiasmo. Ya son todos unos: ya no se verterá sangre. La revolución termina gloriosamente con un noble abrazo de su ejército y el ejército que la combatía. Una brigada de cuatro batallones, entre infantería é ingenieros, va hacia el puente del ferrocarril, y sobre el de piedra lánzase otra destacándose de las columnas reales que siguen avanzando detrás. Entra por el puente fatídico, mandada por el capitán de estado mayor Pérez de Meca, y siguen aún vitoreando, dando aclamaciones á la libertad y á Serrano. Cállanse de repente, los detienen aún, y los carabineros,

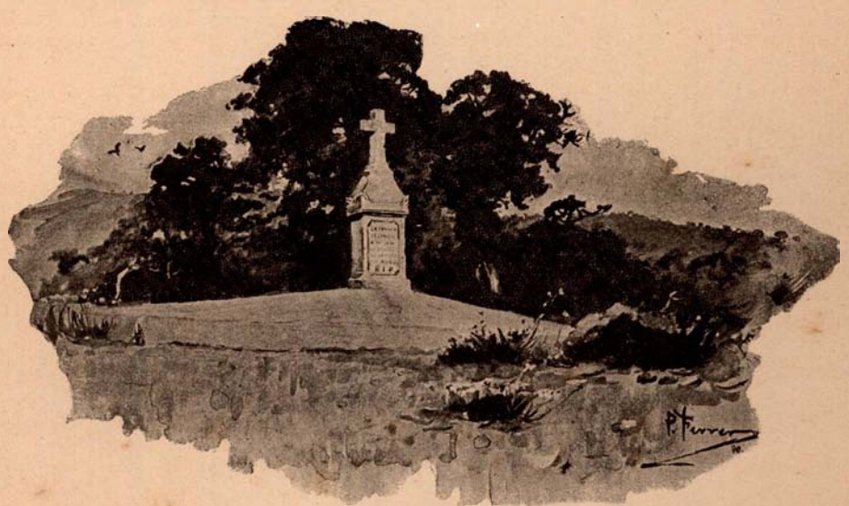
con quienes van á tropezarse, no saben qué hacer: están inquietos y alegres á la par, y, en esta duda, casi desprevenidos. El capitán Sawas, de las avanzadas de Serrano, con objeto de convencerse de las intenciones de los que ya están á pocos metros:—¡Viva la libertad!—grita. Responden de allí con un atronador —¡Viva la reina!—¡Fuego!—replica inmediatamente el bravo capitán. Retumba una descarga. Cae muerto Pérez Meca, su caballo y gran número de hombres. A esta descarga siguen otras: el tiroteo se hace horrible de un lado y otro: el



humo de la pólvora parece un triste paño luctuoso que eclipsa los rayos de la luna. Al oir la primera descarga, el duque de la Torre da un grito de sorpresa y de cólera, monta á caballo y se lanza como un torbellino al frente, y queda allí anhelante, envuelto en el humo, bajo una lluvia inmensa de proyectiles, sin ser conocido de sus tropas hasta que trascurrió algún tiempo. La rabia de las tropas liberales, por el artificio de que se valió la columna de Novaliches para llegar hasta ellas, les dió un asombroso ímpetu y arrollaron á los que habían ganado ya la mitad del puente. Pavía, viendo que perdía la última esperanza de entrar en Córdoba, destácase de Novaliches, y grita á Sartorius:—¡Al puente! ¡A tomar el puente y avanzar todos!—Entonces, en una carga horrible, rehaciendo á los que retrocedían, avanza á la embocadura del puente, y allí la lucha toma un impulso muy grande, más pavoroso aún que en Pendolillas. El combate, que á la par se efectúa en el puente de hierro, nada importante es con lo que en el puente de Alcolea pasa. Allí estaba la decisión: es lo último, es lo desesperado de la cólera de ambos ejércitos. Son las descargas tan frecuentes que el estruendo de una apaga el de

la que sigue y retumban á la vez cuatro y cien. El puente retiembla como para hundirse, y en la atmósfera palpitan hálitos de sangre y rabia. Adelantan más aún las tropas isabelinas. Les llueven proyectiles de todos lados, pero no cejan. Los cadáveres sirven ahora de parapeto. Espanta el arrojo de los isabelinos al acometer y la sangre fría de los liberales defendiéndose. Novaliches entra también en el puente. Los dos generalísimos de ambos ejércitos están á pocos metros uno de otro. Los dos quieren avanzar á encontrarse, despreciando á sus oficiales generales, que les suplican por la salvación del ejército que se retiren para velar por sus tropas. Aquello es inmenso, magnífico, horrible: el fragor de la batalla aumenta, los disparos se hacen ya á quemarropa, la sangre se precipita en el río por los desaguaderos del puente. Todo el grueso del ejército de Novaliches se agolpa sobre la embocadura en pos de sus generales. Serrano despide á todos sus ayudantes con órdenes, y viene en carrera vertiginosa la caballería, la artillería, los batallones de reserva y los carabineros. Aquello es una confusión inmensa de las dos embocaduras del puente y de ambas orillas. Sobre el ejército de la reina caen las balas desde la cuesta del Caprillo, desde las ventas y las ventillas, desde todos los lugares aquellos. Es un gran nublado que se deshace súbitamente: los gruesos goterones caen con gran repiqueteo sobre los isabelinos, sobre la llanura, sobre el puente, sobre el río; y, sin embargo, Novaliches, como la fatalidad, avanza. Ya está en la mitad del puente. Su caballo se encabrita y bota para avanzar, saltando por encima de los cadáveres. Los suyos le siguen. Serrano se lanza también. El combate se recrudece, los hombres rugen, la fusilería atruena, caen hombres y caballos como prado de espigas á la avalancha impetuosa de un río de fuego. Son heridos y muertos infinidad de oficiales de las tropas isabelinas, pero no ceden. Sartorius es herido también. Tira de la espada:—¡Adelante, hijos!— Y no desalientan aún, y continúan peleando como leones. También cae Novaliches, y un punto de cruel desaliento enfría la calentura de la sangre de aquellos bravos. Aprovéchanse los otros de ese instante de vida ó muerte, y cargan con espantable furia. Cunde el terror y entra ya la indisciplina: retroceden. Los otros aprietan iracundos, y el ejército isabelino precipítase atrás de todos los puntos que había ganado. Aquel estruendo que se formó por la retirada, reproducíase tétricamente en los corazones, porque era el último estallante crujido del trono de una reina que caía hecho pedazos. ¡Oh destino! ¡Aprended lo que una santa y dolorosa filosofía nos enseña! Lo que entre flores y entre perfumes nace, en dulce olor de santidad ha de morir: lo que con sangre se cimienta, ensangrentado morirá. Es imposible recordar las víctimas de Alcolea sin que el corazón se detenga á consa-

grar un recuerdo á las víctimas de Luchana. En el puente de Luchana se consolidó un trono para caer con estrépito de mundos en el puente de Alcolea. ¿Tembláis? Sí: fué recordando, sin duda, la historia de ese trono, desde la gran tragedia de su nacimiento hasta el gran festival de su muerte. Murió como había nacido. ¡Misterio profundo y triste como el de aquella luna alumbrando la azulada campiña, iluminando los cañones rotos, los árboles caídos; reflejándose en las enrojecidas aguas de la corriente que seguía su curso con sollozante murmurar de rezos y salmodias y depositando el dulce beso de bendición en la ensangrentada frente de los cadáveres, que parecían mirar al cielo protestando del orgullo y de la soberbia de los poderosos!





CAPITULO XLVI

La Sinagoga cordobesa.—Un poco de la historia de los judíos. — Tránsito, su ventorrillo, su pañuelo, su cama, sus pies y su copla.

Acompañáronme en esta excursión Juanito M.ª Algaba, Rafael M.ª Molina, y Miguel, el hijo mayor de mi otro amigo Miguel Ruiz. Casi en el promedio de la calle de los Judíos

(el número 10 me parece), encuéntrase la Sinagoga, una ermita que estuvo hasta hace poco dedicada al culto de San Crispín. Muy amigo es necesario que el hombre sea del arte, y muy lleno de sus hermosas armonías tiene que estar, para que allí se sienta impresionado y llegue á latir su corazón con el dulce calor del fuego divino; y, no obstante, ¡qué curioso descubrimiento fué ese y qué joya artística encuéntrase allí encerrada, entre aquellas cuatro sombrías y sucias paredes, estropeadísimas en muchos sitios por la piqueta que se movió bajo el empuje febril del impaciente arqueólogo! Los amantes de la arqueología bien pueden estar contentos, porque el hallazgo fué de lo más curioso y digno de estudio.

Este monumento, al decir de mi ilustrado amigo Romero Barros, se señala por antiguos escritores como Sinagoga erigida en el último período de la edad media, y su encuentro parece que ha sido casi milagroso.

Aunque yo me extendiera hablando mucho de esto, no pecaría seguramente, porque es amenísimo el asunto y nuevo, y todavía no ha podido pasar á la historia por esa causa. Ya sé yo que el tono de mi libro no es el tono adusto y magistral que se necesita para hacer mención de esas cosas; pero cada uno hace lo que puede, con el tono ó con el tonillo que Dios le ha dado.

Al Sr. Romero se debe, dicho sea en honor suyo, la primera memoria descriptiva de este monumento arquitectónico de la Sinagoga cordobesa, que tanto ha hecho ir y venir á los arqueólogos de otras edades, suponiendo con razón que existía, pero sin dar cuenta de ella. Yo desde aquí glosaré parabienes á montones para mi amigo el director de la Academia de Bellas Artes de Córdoba, que se vió por la suerte favorecido de tal modo. Se ha dado por la Academia de la Historia al asunto la importancia que de veras merece: acordó declarar la vieja ermita monumento nacional, restaurarla y conservarla como tal monumento.

Yo, por mi parte, más podría decir de historia que de arquitectura refiriéndome á la Sinagoga. Acosados por los árabes de Oriente, hallaron refugio los judíos en el brillante reino de los Abderramanes. Allí se les atendió y se les consideró como á hombres. No solamente fueron tolerados, sino protegidos: permitiéronles templos, academias. Llegó á reinar Alfonso *el Sabio*, y las prosperidades y las venturas caían ya como el maná divino de la gloria sobre el pueblo hebreo, como si no estuviese ya maldito. Echóse á la espalda Alfonso X las preocupaciones, con la misma frescura de un empecatado de nuestros días. Por generosidad un poco y por conveniencia otro poco, es lo cierto que mandó mucho enhoramala añejas tradiciones que creía estúpidas y empezaron á llover sobre los judíos mercedes y privilegios, todo lo cual fué causa más tarde

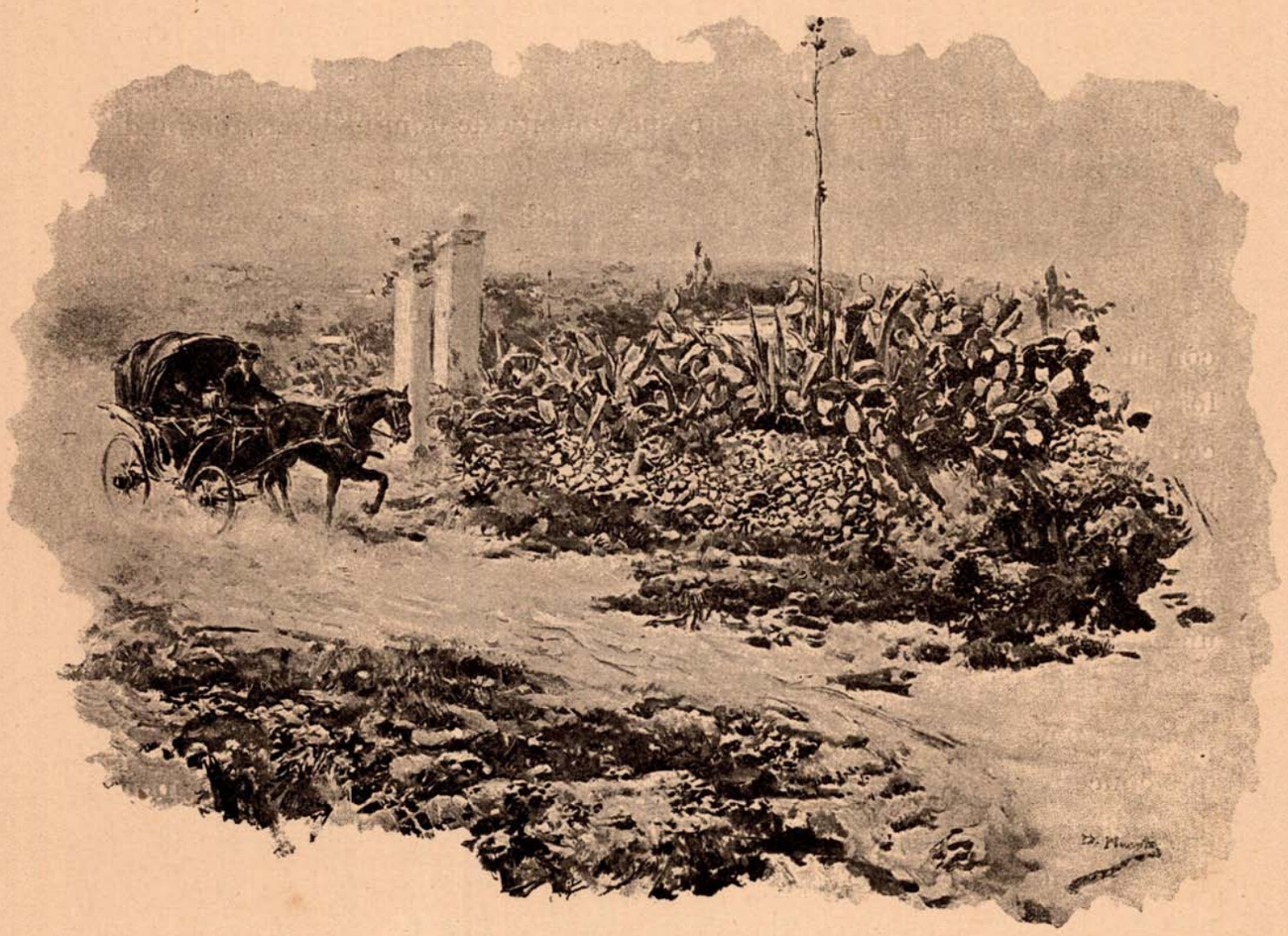
de honda perturbación. La ciencia de los judíos se difundió por Castilla, los judíos lograron la habilitación para los cargos públicos, los judíos tuvieron honores de todas clases, á los judíos se les hacían poblaciones dentro de las mismas poblaciones, á los judíos se les autorizó para reedificar sus sinagogas: los judíos, en fin, ayudados vigorosamente por un rey noble y sabio, se fortalecieron, desarrolláronse con rapidez en su comercio y su industria, y por sus grandes riquezas, además de todo lo ya mencionado, llegó un punto en que la despreciable raza proscrita pareció dueña de todo el viejo y cristianísimo territorio castellano, convirtiéndose suavemente de dominada en dominadora.

La influencia, pues, de aquel pueblo, odiado de todos y grande, aunque en dispersión siempre, por su laboriosidad y su sabiduría, pesó en España durante muchos años, con particularidad en Sevilla y en Toledo.

A los judíos de Córdoba fuéronles restringidas un tanto las dádivas y las consideraciones por el grande abuso que hicieron de ellas, confundiéndose con los cristianos por su semejanza en el vestir; hicieron explotaciones ilícitas, comerciaron clandestinamente, negáronse á pagar sus impuestos, cometieron tropelías y lo monopolizaron todo. Entonces fué cuando los pontífices Gregorio IX é Inocencio IV, en el primer tercio del siglo x el uno y á mediados del mismo el otro, expidieron bulas que imponían á los judíos llevasen en la ropa una señal para que no se confundiesen con los cristianos.

En esa época de prosperidad, sin duda, y de soberbio esplendor de los judíos, fué cuando se levantó la Sinagoga cordobesa, contraviniendo las leyes que concedían á los hebreos la reedificación de sus sinagogas sólo, imponiéndoles ciertas restricciones en el ornato que habían de usar en ellas. Seguro es que el lujo desmedido que se desplegó en la iglesia hebraica resaltó mucho más por la miseria en que los judíos habían vivido siempre, y contrastaría también con las pobres capillas cristianas que se edificaron en la reconquista. De aquí surgió, sin duda también, aquella hirviente cólera de los dominadores que estalló después en rayos de muerte para los eternos perseguidos. Las justas quejas de los señores cristianos, que veían con despecho que los esplendores de la Sinagoga oscurecían bárbaramente las humildes capillas que vinieron levantando en la Catedral desde los primeros años de la nueva posesión de Córdoba; las justas quejas, digo, de los señores cristianos, fueron causa de que el mismo pontífice Inocencio IV expidiese bula, en 1250, mandando destruir la Sinagoga, porque dicho templo hebraico quebrantaba la ley establecida, con deshonor de la Iglesia y grande escándalo de la cristiandad. Esa bula fué expedida en Lyon el día 30 de abril del mencionado año, y dirigíase al obispo de Córdoba, que era entonces D. Gutiérrez Ruiz Dolea. Gómez Bravo afirma, en su obra

Catálogo de los Obispos, que no sabe si la orden llegó á tiempo, porque el obispo D. Gutiérrez murió algunos días después de expedida. Feria, en su *Palestra Sagrada,* dice, al contrario, que se cumplió la orden y fué derribado el templo, que quedó como está. Según D. Rafael Romero, debe referirse á la restauración grecorromana que actualmente desfigura la Sinagoga. La restaura-



ción debió hacerse en años posteriores, dejando así ocultas bajo su rústica corteza las delicadísimas labores que actualmente se han descubierto.

Son preciosos los datos que aduce el distinguido arqueólogo para probar que esta Sinagoga es aquella, y remito á los curiosos á este género de notas al cuaderno III del tomo V del *Boletín de la Academia de la Historia.* El padre Fita hizo de este mismo asunto un sorprendente y curiosísimo trabajo, cuya lectura prueba una vez más los grandes talentos de ese hombre, su erudición vastísima y su estilo gallardo y sobrio. Tanto de los trabajos de Fita como de Romero hubiera reproducido yo aquí una parte, pero es imposible completamente por las muchas dimensiones de los dos. Partirlos, además, hubiera sido malo; y extractarlos, peor. Los cuatro artículos del P. Fita vieron también

la luz pública en el *Boletín de la Academia,* y fueron reproducidos por muchos periódicos, en los cuales yo los encontré. En octubre de 1884 fué presentada á la Academia una proposición firmada por los Sres. Cárdenas, Fernández y González (D. Francisco) y el P. Fita, demandando que se declarase monumento nacional la Sinagoga de Córdoba, labrada, dice el documento, en el año 1315, por artífices hebreos con todo primor y belleza de sentimiento religioso, y que por su orientación, sus inscripciones selectas y numerosísimas del mejor tipo caligráfico, su estilo naciente mudéjar, raíz del florido y suntuoso que campea en la célebre Sinagoga del Tránsito de Toledo, había llamado grandemente la atención. La Academia, como ya dije, encontró justa la proposición, y la Sinagoga cordobesa fué declarada monumento nacional.

Ya dije que la ermita de San Crispín se sitúa en la calle de los Judíos. Ese barrio lo habitaron ellos hasta el último tercio del siglo xv. Desde aquel tiempo continúa, según se afirma, el nombre de la calle. Es tortuosa, estrecha, melancólica, triste, y da, por la parte del mediodía, á la plaza de las Bulas, y por el norte al camino de la puerta del Almodovar. Rodéase la ermita de casuchos desvencijados, renegridos, como si desde aquellos siglos no hubiese puesto allí el hombre sus manos pecadoras. Entramos por una puerta cuadrangular, y Juanito Algaba iba expresándome con precisión todos los detalles de interés que me fueran necesarios, según decía, ensartándome á lo mejor una de embustes que no son para descritos. Yo me reía mucho. Juan M. Algaba será abogado fiscal del ilustre colegio de Córdoba, será muy gordo, será todo lo que se quiera, tendrá mucho talento; pero eso no quita para que tenga también mucha gracia.

Sobre aquel raquítico muro pintarrajado de almagra, donde se abre el vano de la puerta, levántase un miserable campanario de espadaña, con una campanita que pudiera muy bien servir al collarón de una mula de una cuarta de grande. Se entra en un patinillo desmantelado, viejo. Cúbrese una parte de él por un sombrajo que da pena, ruinoso como todo lo que de allí parece emanar. Adórnase el patio por unas macetas desvencijadas y coloraditas, con albahaca y otras flores que parecen envolverse también en aquella atmósfera lúgubre de oxidación y vetustez. Dejando á la derecha la portería, que es otro ejemplo palpable de vejez inverosímil, entramos en la ermita, un espacio cuadrangular, pequeñísimo, porque medirá escasamente 7 metros de largo por otros 6 ó 7 de ancho. Allí quedé inmóvil y reflexivo, y me acordé melancólicamente de aquellos versículos de los salmos que cita y traduce el padre Fita, inscritos en aquellos muros sombríos:

¡Ay, alegres moradas!
¡Ay, mansiones del Dios omnipotente!
Cuánto me sois amadas!

El pensamiento melancólico parece que busca fortificarse y reponerse de las emociones de nuestro inquieto siglo en aquella pesada opresión del claustro, de las rejas, de las pragmáticas ardientes de una fe antigua y muerta por decirlo así, pero que parecía levantar de pronto su luz, rompiendo las cenizas, como las llamaradas del volcán que se abre derriten en la cresta de la montaña el sudario blanco de la nieve que lo cubre. El pensamiento cristiano y católico parecía robustecerse allí en aquella soledad lúgubre, que semeja así como el aliento que envuelve á toda la raza hebraica. Yo sentía frío en el corazón como el producido por la hoja del puñal que se clava en la carne lentamente, acordándome de sus costumbres, de sus ritos, de sus penitencias. La raza judía es siempre triste, silenciosa. Parece contemplativa, pero no lo es á semejanza de la árabe. El árabe sueña en silencio voluptuoso con las maravillas de la otra existencia que ha de tener, y se aduerme en blanda contemplación que no es seguramente la de los judíos. El árabe desea en sus contemplaciones: el judío teme por lo que pesa sobre él, por la triste ignominia, por la desagradable marca. Parece que el judío está siempre esperando que le pidan cuentas por algún mal que cometió: mira con recelo, habla poco, inclina la frente, y así muere; siendo preciso que esté muy despreocupado por el medio en que gire á causa de una gran fortuna que hace que se rodee de aduladores y de personas que le necesitan, para que éstos y el continuo y fácil trato le haga desechar de alguna manera el eterno sello.

Declinaba ya el día, y salimos de allí para aprovechar la tarde haciendo una pequeña excursión por la carretera de los Arenales hacia las faldas de la Sierra. Mi intención era ir á la Huerta de los Arcos, de la que había oído hablar mucho. Yo sólo sabía, de esta posesión, que era de los marqueses de la Vega de Armijo y que se hablaba mucho de ella como de uno de los más lindos verjeles de Andalucía. Subimos al coche, arreó el del pescante, y allá fueron las yeguas con su gran algazara de cascabeles de los collarones, y allá fué el carruaje detrás, y allá fuimos nosotros dentro del carruaje. Subíamos por la carretera dejando á uno y otro lado aquellos sombríos y aromosos bosques de la arboleda, con el ventorrillo de Tránsito primero y el Brillante después; las huertas de frondosos naranjales, cuyo aroma hacía pensar en alegría de doncellas y rubores de desposadas. Bordeábase el camino con las grandes pitas de agudas

puntas, encorvadísimas, como si amenazaran arañarnos al menor descuido.

Algaba dijo que era muy tarde ya para ir á la Huerta de los Arcos. Se compuso dejando la visita á la Huerta para otra ocasión, y para quitarme el disgusto de aquello entráronme en un ventorrillo.



Yo accedí de mala gana, pero me di luego en mi interior la enhorabuena. Aquel ventorrillo era el de Tránsito. No se llama así, pero le doy tal nombre porque Tránsito es lo que hay allí que se pueda mirar. Yo no me enteré bien, pero casi estoy seguro de que Tránsito era hija del ventorrillero y que aquel ventorrillo se sitúa en la misma Huerta de la Reina.

Cuando estuvimos sentados ante una mesa (juro por mi honor que la mesa era coja) apareció Tránsito para servirnos en lo que fuese menester.

Me quedé lleno de asombro al contemplarla, pensando incontinenti en el modo de arreglarse, de adobarse y de cultivarse que tienen estos diablos de muchachas para que así se quede uno boquiabierto. ¡De qué modo se peinan! ¡De qué modo se ponen la flor! ¡De qué modo llevan la falda! Esta Tránsito tiene unos zapatillos de becerro de color de ladrillo, una falda de coco azul, una carilla morena con unos lunares en el lado derecho que parecen una constelación de estrellas; unos ojitos negros, dulces y vivos á la par; un pelo negro también, con su coco alto: y allí, entre los rizos delanteros y el pingorucho de atrás, en aquel delicioso declive de brillante negrura, una rosa blanca que parece recostarse allí con el mismo garbo y dulzura con que la casita blanca luce entre dos sinuosidades de la sierra.

Tenía esta Tránsito un pañuelo de Manila en los hombros, y lo llevaba con una sencillez que no tiene explicación. Estaba allí como si se lo hubieran tirado desde lejos y lo dejara ella como cayó. Pero ¡Dios mío! ¡qué caídas hacía dar la Tránsito con su pañuelo! Teníalo allí en su redondo busto, apretadillo, formando pliegues y buches, y colgándole los flecos. Esos dichosos pañolitos son así como los pabellones del brillante poder de la gracia de la hembra andaluza. A todo esto la Tránsito despachó su vino con una cara más seria que la de un perro mastín, sin dignarse dirigirnos la palabra á ninguno. Se fué de nosotros apenas nos sirvió y entró en su cuarto, cuya puerta se abría entre un bosque de rosas de dos árboles de la misma flor que había á un lado y otro, alzándose hasta doblar en el tejado. Lo único que yo veía entonces de la niña eran los pies y el vuelo de su falda. Movíase la falda y replegábase de acá para allá, en el ir y venir de Tránsito, dejando ver unas medias finas, de un color tan parecido á la nieve, que con la nieve se confundiría, y unas enaguas limpias como el pensamiento de una virgen. Observé mejor, y por el pico de una colcha que vi en el suelo pude comprender que se entretenía en arreglar su cama. Al apartarse ella un poco, vi los pies del lecho. Vinieron nuevamente para acá los pies de Tránsito, con sus medias y con el borde de sus enaguas al inclinarse un poco; y era para quedarse mucho tiempo en meditación profunda, como los *faquires* en sus mezquitas, pensando en toda la dulce poesía de aquel misterioso voleo de la falda, visto por los alicatados de hojas bordadas de flores.

Respirábase un perfume delicioso. Estaba la carretera regada en una grande extensión. Surgían en el camino las copas de los árboles de la Huerta Nueva. Aproximábase la noche y empezaron á pasar los piconeros. Terminó Tránsito su faena, salió de su alcobita, se sentó en un poyete, sola, seria, sin hablar con nadie, y, como si se inspirara en aquellos dulces aromas y en aquella bendita

realidad del campo, empezó á media voz una copla que terminó en torrente de armonía. Repercutíanse aquellos trinos entre los árboles y en lo cóncavo de las cañadas. Piaron las avecillas, cobijándose para dormir entre las frondas. Cantó el grillo, y los puntos blancos de las casitas de la sierra perdiéronse ya en la negrura de la noche. Vibraron las campanas y surgió la luna.





CAPITULO XLVII

San Alvaro y su romería
Tradiciones
La sierra y sus huertas

Ya ha llegado el domingo, y en buen hora llegó para la gente moza y amiga del jolgorio. Ya todo el mundo está contento. Ya todo el mundo desecha penas y pensamientos de inquietud, sea por lo que sea, para prepararse á la romería. Necesita la gente moza andaluza estas grandes expansiones como el agua de Dios es necesaria al campo y el fresco rocío á las plantas. La mañana es hermosa, fresca. Satúrase el campo de perfumes. El cielo está sereno, y todo aparece como envuelto en una vaga bruma que flota y flota, como el perfume de los amores y las dulzuras de la ilusión. Hace ya tiempo que la puerta del Pretorio no se vió así de zarandeada, dejando pasar uno y otro oleaje de la multitud alegre. Parece la puerta un dique roto. Allá va el mozuelo enamorado, el del barrio de Santa Marina y de San Lorenzo, el de la calle Mayor, del Zarco y el del Dormitorio. Allí le espera la moza de los ojos negros y el cutis aterciopelado, la de la gentil cintura y cuerpo donairoso, la linda cordobesa, apasionada y pura, bella y altiva como la sultana de occidente, aromosa y fresca

como los búcaros de flores de los jardines cordobeses. Allá van todos caminito de Cabrillena. Allá van todos, ricos y pobres, machos y hembras, viejos y mozos: el landó barnizadito, de deslumbrantes muelles y de ruedas que arrancan relámpagos al sol que asoma entonces, regocijadísimo de la bulla con que se le sorprende; el coche de alquiler, desgarbado y groserón, entrometido y jaranoso; el de las negras é historia; el de los horribles jamelgos y de los cocheros zumbones; la carreta de varales estiraditos, angosta por abajo y ancha por arriba, como los brazos que se levantan en oración al cielo; la jardinerilla cascarrabias y métome en todo, y el señorito ó el torero con el caballo cordobés de pura sangre, que se estremece de vida, y salta y caracolea; el potro cojitranco; el borrico garañón, alto, fuerte, duro y torpe, igual que un borrico, llevando en el lomo á un gitanote melenudo y á la vecina de su cuarto á las ancas, y llevando otros á la más linda muchacha del lugar, ó del término de aquí ó del partido de allí; pero siempre guapa, siempre temible, siempre con los ojos para encender al hombre, y los labios para refrescarle, y la risa para herirle, y el dicho agudo, y la sal, y el cuerpo que se contonea, para marearle y volverle loco y morir.

Allá van, allá van: parece una huída de Córdoba. La puerta del Pretorio sigue escupiendo aquellas oleadas de la multitud, y todos van hacia adelante, como el tiempo, como el destino. Pero esta vez ¡qué destino más bello! Un día de bulla, de encanto, de expansiones, de algazara. ¡A olvidar y á reir! ¡A la juerga! ¡A la juerga!... que es el *quinario* de Santo Domingo de Calzada, y allí, en la ermita de Santo Domingo, está el otro á quien hoy se rinde culto: el otro, el monje venerable, el honesto, el hermoso, el puro. Alvaro era lego de los religiosos de Santo Domingo. Se dió á conocer por su devoción y su piedad. Era amable, bondadoso, y túvole el prior que reprender muchas veces por sus exageradas prodigalidades con los pobres. Tan grande era su amor á Dios, y tan escaso de merecimientos se creía, que se castigó siempre con ayunos de mucho rigor y con muy grandes silicios. Sitúase la iglesia sobre un monte, que es donde tiene lugar ahora la romería. A la espalda de la iglesia hay una gran pendiente. Hay que descenderla, y fórmase allí una cañada con el pie de otro monte. Pues bien: en la cumbre de éste situóse Alvaro en penitencia muy á menudo, bajando un monte de rodillas, subiendo al otro y verificando la misma operación á la vuelta. Llegaba á la iglesia pálido, extenuado, lleno de sangre y moribundo. Esto fué uno de los medios que encontró para silicio de su carne y purificación de su espíritu, con ayuda del sufrimiento material. Era muy amado en la santa casa y teníasele en mucha estima, pero no obstó para que el superior reprendiese bastante su prodigalidad, como ya dije, hasta el punto de decirle en cierta ocasión:

—No deis, hermano, limosna ninguna sin que me pidáis antes autorización y yo provea.

Cuando iba á Córdoba el lego por los socorros para la comunidad de los caritativos fieles, repartíalos á la vuelta entre los pobres. No teniendo nada que darles, hacíase acompañar de ellos para favorecerles en la noble casa. Como no pudieran andar, cargábaselos á cuestas y allá trasponía. La historia ó la tradición del señor de San Alvaro es la siguiente:

Halló en su camino á un viejo venerable. Demandóle por Dios una limosna. El no la tuvo. Se compadeció, y, como en otras ocasiones, le dijo que fuese con él. No tenía el otro fuerzas, y entonces lo tomó en sus brazos, yendo con él hasta Santo Domingo. Le dejó sentado en un poyete de la puerta y díjole con unción:

—Espera por Dios, hermano, que voy por el permiso para traeros vianda. —Y se alejó presuroso.

Volvió presto con una taza de sopa, muy alegre porque el hermano baldadito se aliviaría en su enfermedad de hambre, y, sorprendido grandemente, vió que el viejo no estaba allí. Desapareció, y en todos aquellos lugares sentíase un delicioso olor de gloria. Lo que asombró más al lego y á la comunidad entera fué un crucifijo de gran tamaño que había en el asiento donde el humilde anciano estuvo. Este es el señor San Alvaro que allí se venera. Murió también, el piadoso lego en olor de santidad, canonizáronle de santo, y en el otro monte á espalda de la iglesia, levantáronle los fieles una ermita. Es costumbre, desde tiempo inmemorial, en el pueblo, ir á la iglesia el día del santo, festejándole y festejándose con tan famosa romería.

Así lo cuenta la tradición, pero por algunos autores que lo comprueban, puede asegurarse que Alvaro no fué lego, sino fundador y superior del convento de Santo Domingo. Mal podría de tal modo ser Alvaro reprendido por el prior á consecuencia de su demasiado desprendimiento.

La historia de la fundación de esta comunidad de Santo Domingo data de hace bastantes años. Algo conviene decir de ella. La relajación de muchas órdenes religiosas de la iglesia cristiana, allá en siglos anteriores, fué causa de la creación de Santo Domingo de Scala Cœli, conocido en el vulgo por San Alvaro. Reinaba entonces D. Juan II, aquel poeta hermoso, enamorado y débil. Andaba este rey mal avenido con los cismáticos, que tantas turbulencias consiguieron armar en la Iglesia católica, é ideó escoger algunos retiros para que, consagrándose en ellos á la penitencia los hombres de verdadera vocación, diesen un ejemplo fervoroso y cristiano. Era papa Martino X. El rey solicitó bula del papa con dicho objeto. Obtúvola, y con este permiso edificáronse seis

iglesias conventos de la orden de Santo Domingo. Para la creación de uno de dichos conventos fué designada la Sierra, y para la fundación hubieron de designar á Fray Alvaro de Córdoba, que le dió más tarde el nombre de *Scala-Cœli*. La iglesia posee ocho altares. Tiene imágenes de algún mérito. Son las mejores Santa María Magdalena y San Francisco de Asís. Hay una sola capilla, que es la de San Alvaro, y se ve en ella una escultura de valor artístico que representa al Santo, de medio cuerpo. Las reliquias de aquel heroico y dulce propagador de la fe se conservan en una urna que está junto á la venerada imagen. Una hermandad sostiene el culto de este convento. A expensas de los piadosos hombres de dicha hermandad, se labró un camarín que encierra el famoso crucifijo llamado *del Pobre*. No se contempla sin un impulso extraño de respeto misterioso la diminuta campana que hay junto al altar. Encuéntrase en este sitio, según afirma la tradición, desde el día de la muerte de San Alvaro, que aconteció el año 30 del siglo xv. Nadie se aproximó jamás á la campana, nadie la hizo vibrar. Pero en un día ó en otro, en la tarde canicular ó en la noche fría de invierno, cuando la tormenta ruge en las hondas gargantas de la Sierra sombría, ó en la dulce mañana estival, cuando cae el rocío en los prados de rosas naturales que bordean los declives de los montes, se oye alguna vez un eco triste, plañidero, monótono, agonizante: es la voz de la campana misteriosa del altar de San Alvaro. Nadie toca la campana: ella sola lo hace para prevenir solamente una desgracia ó una alegría próxima. Es la voz de metal



que no se sabe cómo suena ni quién puede darle sones. Sobre aquella campana fantástica, que se envuelve en la bruma misteriosa y poética de la tradición como una extraña doncella de eterna juventud se envolvería en un sudario, pasan siglos y siglos, sin que el aliento de la vida le dé aliento, sin que las palpitaciones de una generación y otra la hagan palpitar. Es el destino mudo, impasible, que nadie penetra, que nadie adivina, y que se presenta de repente con sus voces metálicas y soñolientas para avisar la desdicha ó la felicidad que nos amague. Allí está la campana, y si no hubiese yo estado descubierto por hallarme en la iglesia, hubiéralo hecho allí, respetando fervorosamente la tradición, que es una de las religiones que más conmueven y alientan.

Cúbrese todo aquel lugar de gente. Se oye en la iglesia la misa solemne dedicada al Santo. Hay gran derroche de incienso y de cánticos, de campanillas y de cirios que resplandecen arrancando destellos á los artesones, á las campanas y á las bellas reliquias. Las oraciones llenan el templo con sus sonidos misteriosos que repercuten en la bóveda, y sube hasta lo alto el humo del incienso, como cendales ondulosos de ángel, y alas de paloma que se mueven con dulce melancolía para levantarse á los cielos. Durante la misa entra sólo una parte de la multitud en la iglesia. Llénase muy pronto, y la gran masa de gente está en la explanada, sin consuelo porque no entra. Concluye la misa: las campanas de la torre voltean regocijándose del regocijo de los romeros, que se desparraman por los declives y las sinuosidades del monte en una grande extensión. Cada familia toma posesión del sitio que más apropiado le parece: la sombra de un árbol, el gran hueco de una peña, la hendidura de una cañada. Llevan chismes de cocina, y allí hace su guiso cada mujer, limpia y chispeante como el sol, con sus grandes mechones de cabellos que ondulan con el aire perfumado de la Sierra, y los picos del mantón echados á la espalda como la Flora se echaría sobre la espalda gentil un puñado de rosas. Otras, para más libertad, suéltanlo sobre un pedrusco, y quedan en cuerpo, y lucen todo el garbo y el donaire de su talle, que parece que despide, como sus ojos, fúlgidas luces. Así resalta en todo aquel inmenso escenario un grupo y otro grupo, cuyos trajes de colores destácanse en el verde florido del suelo. Aquí tocan una guitarra, allá unos palillos; una mujer sopla el fogón, otra hace una mueca al chico en sus brazos. Hay ojos que centellean, frases que encienden el rostro de púrpura, coplas que hacen latir el corazón apresurado, y un sentimiento de bienestar y de alegría en cada grupo, que contamina y embriaga. Los mozos y las mozuelas tienen allí, con las expansiones del campo, más expedita la lengua, y el corazón más ganoso de entregarse rendido que de rendir y vencer. Las miradas chocan, y los espíritus

se unen. El vino se escancia y las coplas empiezan, la sangre ardiente del mediodía circula con fuerza, los nervios estallan. Detrás de la copla, la risa; detrás de la risa, el jaleo; detrás del jaleo, el cansancio, la quietud. Sobre la capa de un mozuelo hay sentadas tres ó cuatro mozas que parecen reinas por su trapío y que son diablos por sus gracias; que parecen fáciles por su alegría, y que ponen tonto al más guapo, de una bofetada, por su honradez: son cariñosas y dulces, zalameras y apasionadas. Pero, con todo, aquí no campa ella sola por sus respetos: aquí tiene que ceder su parte, que no es poca, á quienes la reclaman con justicia. La flor natural de los campos, vigorosa y ruda en su gran belleza, tiene que ceder la parte que hoy le corresponde en tal sitio á la dulce y pacífica flor de los invernaderos: tiene que ceder campo á la señorita. Estático quedé yo una vez más de aquella sierra famosa de que tanto habréis oído decir. No fuí yo solo á San Alvaro: venía conmigo un ilustre poeta cordobés, tan respetado en el foro como en la literatura; y como complemento de mi alegría de aquella mañana contemplando yo la sierra, me sorprendió con estas quintillas propias del caso, de cuyo mérito no dudaréis:

LA SIERRA DE CÓRDOBA

I

Todo el tesoro que encierra
en su inmenso amor, Dios quiso
mostrar al hombre en la tierra,
y le dió otro Paraíso
en las huertas de la Sierra.

Ellas con copioso fruto
recompensan las fatigas
del hombre y del tardo bruto,
ostentando cual tributo
rica cosecha de espigas.

Flora, la reina gentil,
su bello trono buscó:
muchos campos recorrió:
llegó á Córdoba en abril,
y en la Sierra lo encontró.

Vió allí suntuosos doseles
para su carro triunfal,
y brotar de sus verjeles
los lirios y los claveles
para su manto real.

Halló atalayas severas
de las floridas praderas
sobre las pintadas lomas,
y ejércitos de palomas
para elegir mensajeras.

Oyó en torno de su altar,
con músicas armoniosas,
auras y arroyos al par,
y halló alcatifas de rosas
y coronas de azahar.

Dulces ecos seductores
cruzan los tibios espacios,
mientras que brindan amores
en mil rústicos palacios
conciertos de ruiseñores.

Setos de oro y esmeraldas
como plumas indecisas
bordan las nítidas faldas,
y juegan las sueltas brisas
en columpios de guirnaldas.



Del sol los rayos nacientes
abren el púdico broche
de flores que ven pendientes
de sus pétalos rïentes
las lágrimas de la noche.

Ella de tanta alegría
verdugo triste se ve;
y por más que triunfaría,
quisiera un nuevo Josué
para hacer más largo el día.

Ese campo es la presea
del rico suelo andaluz,
y en él Venus Citerea
la opaca selva recrea
dándole focos de luz.

Si Córdoba es el Edén
de las mujeres hermosas,
y en ellas rosas se ven...
¿qué mucho sea también
el emporio de las rosas?

Y ¿qué mucho, si ellas son
rival que Córdoba encierra,
que se unan, tras dulce guerra,
las rosas del corazón
con las rosas de la Sierra?

Unas con otras se hermanan,
cambiándose sus hechizos:
así las bellas se ufanan,
y las rosas se engalanan
entre sus mágicos rizos.

En los prados y en las lomas
por ellas crece flor tanta
que el alma y la vista encanta
y dan sus puros aromas...
para besarles la planta.

Tiene el hombre sumergida
su existencia en el dolor
con un alma adormecida...
¡No se comprende la vida
sin flores y sin amor!

Si de altos hechos la fama
amor con el estro aduna...
¡quién á Córdoba no aclama
á quien madre el héroe llama
y que es del vate la cuna!

En esos campos lloró
Mudarra el destino insano,
Mena su libró escribió;
allí se inspiró Lucano
y allí Góngora cantó.

Allí, sin temer tortura
ni del infiel los reveses,
empaparon la verdura
con su sangre santa y pura
los mártires cordobeses.

Osio recibió en sus flores
de insigne elocuencia el don,
y en sus altos miradores
Saavedra su inspiración
y Céspedes sus colores.

La riqueza allí obtuvieron
para su corte potente,
con cuyo brillo esplendente
á Córdoba ennoblecieron
los califas de Occidente.

II

Se alza en la cumbre triunfal
Pino-gordo, que pujante
se eleva, altivo y marcial,
como un gallardo gigante
sobre el reino vegetal.

Con sus ramas corpulentas
le da sombra á sus reales
contando sus horas lentas,
rindiendo los vendavales
y venciendo las tormentas.

Allí nuestra fe también,
presidiendo aquel Edén,
aleja mundanas cuitas
en las devotas *Ermitas*
del *Desierto de Belén.*

Allí cánticos suaves
á Dios sin doblez ni engaños
alzan, ya dulces ó graves,
de noche los ermitaños,
y al nacer el sol las aves.

Centinelas de aquel suelo
que viste perpetua gala
por nuestro bien y consuelo,
son ellas mística escala
entre la tierra y el cielo.

No vive allí la tristeza,
que viene del mal en pos,
porque entre tanta belleza
se ve en toda su grandeza
la omnipotencia de Dios.

III

Al pie las huertas amenas
se hallan puras y serenas
sobre lechos de esmeralda,
cual cándidas azucenas
que bordan mantos de gualda.

A espíritus á millares,
con un apresto sencillo,
inspiran dulces cantares
Cinco poyos y *El Cerrillo,*
Valero y *Quita-pesares.*

Avaro el Guadalquivir,
de Diana al puro reflejo
quiere de plata y zafir
su caudal límpido unir
para servirles de espejo.

Llevan de aquellos jardines
á la común alegría
sus frutos *La Cacería,*
La Arrizafa sus festines,
y su azahar *Santa María.*

En sus casas blanquecinas
albergue busca y reposo,
como amorosas vecinas,
el cortejo cariñoso
de parleras golondrinas.

Tienen un mundo ideal
en sus anales escrito
de gran júbilo social
San Antonio, El Jardinito,
El Hierro y *El Mayoral.*

¡Qué mortal no se sorprende
viendo allí bellezas tantas
si sus miradas extiende
desde *El Tablero* á *Las Antas,*
desde *Buena-Vista* á *El Duende!*

Reciben á las festivas
y campestres comitivas,
de *Las Unidas* delante,
Vista Alegre y *El Brillante*
con sus ofrendas de olivas.

Y allí llevan placenteros
su follaje *Ballesteros,*
su horizonte *El Maestre escuela,*
Saldaña sus limoneros
y sus aguas *La Viñuela.*

El blanco fruto sabroso
reune en la cabaña amena
un concurso numeroso
de *Vista-hermosa* á *Baena,*
de *Olias* al *Poderoso.*

Sin dar con sus frutos celos,
La Palomera un conciso
dechado ofrece á los cielos,
cual los hondos *Naranjuelos,*
cual el breve *Paraíso.*

Y el alma cura sus males
en *La Aduana* y *Morales,*
que el gayo alcor engalanan,
con los perfumes que emanan
de sus frescos naranjales.

¡A quién no inspiran amores
dulces, plácidos, serenos,
sobre alfombras de colores,
la cumbre de *Mira-buenos,*
y el verjel de *Mira-flores!*

La Chica grande se aclama,
y *Los Arcos* á porfía
con *Melero* el pecho inflama,
y en la alta *Capellanía*
su espléndido panorama.

IV

El fértil paisaje vario
limita un esbelto monte
imponente y solitario,
y en el diáfano horizonte
se dibuja un campanario.

En aquel valle frondoso,
que mil hechos ilustraron,
se levanta misterioso
un templo santo y hermoso
que los ángeles labraron.

Yo en él de hinojos contemplo
de San Alvaro la sombra
dando al hombre un grande ejemplo,
que es histórico aquel templo
y *Scala-cœli* se nombra.

Allí Fray Luis de Granada
dió su inspiración al mundo,
y en su bóveda sagrada
humilló su alma elevada
el gran Felipe segundo.

Ermitas, cual perlas bellas,
circundan el santo suelo,
tan altas... que en vuestro anhelo
para alzar la vista á ellas
debemos mirar al cielo.

Allí en la grata armonía
de tranquila soledad
libre el alma se extasía
sin la horrible tiranía
de la civil sociedad.

V

Más allá de nuestros lares
se halla la reina y señora,
rémora de hondos pesares,
la excelsa conquistadora
que augusta brilla en *Linares*.

Ella es todo nuestro encanto,
ella nos da luz y palmas
en todo azar y quebranto:
ella alivia nuestras almas
y ella enjuga nuestro llanto.

Si del hombre el ansia loca
una epidemia inclemente
del justo cielo provoca,
purifican nuestro ambiente
los suspiros de su boca.

Cuando en nuestro torpe afán
secos los campos están
y brotan de ellos abrojos...
las lágrimas de sus ojos
riego abundante les dan.

María en nuestro favor
no está sola con su amor.
Para escuchar su querella
tiene Córdoba con ella
un divino intercesor.

Esa gala y donosura
de las florestas espesas
nace y crece á la luz pura
del Arcángel, que fulgura
en las torres cordobesas.

Él al labrador sediento
arroyos le da sin cuento,
y á Ceres abre anchas eras...
¡Sus alas son las praderas,
y son las brisas su aliento!

¡Qué mucho que al mundo así
admiren esos lugares
de claveles y azahares!
¡Qué mucho si están allí
nuestros santos tutelares!

VI

De la Sierra en las entrañas
también se conquistan glorias
en mil reñidas campañas
que hacen teatros de victorias
las crestas de las montañas.

Se acogen aves vecinas
á cercanos castañares,
quedándose en las colinas
tributarias las encinas
y testigos los pinares.

Allí relucientes hierros
brillan al salir el sol,
y hacen fáciles los cerros
los ladridos de los perros,
y el eco del caracol.

Allí el espíritu ardiente
se levanta y se recrea
cuando de la res potente
junto al cazador valiente
cálida sangre gotea.

Y al pie de la agreste altura,
tras incultos matorrales,
Favonio alegre murmura
con los limpios manantiales
que juegan por la espesura.

Lejos de la vida austera
de un mundo que allí no impera,
endulza nuestros pesares
la perenne primavera
de los frondosos *Lagares*.

Ellos encierran la egida
de humana ciencia escondida
que ofreció con mano llena
á Averroes y á Avicena
los secretos de su vida.

VII

Yo consagro el canto mío
á esa brillante región,
y la última flor le envío
del campo seco y sombrío
de mi pobre *corazón*.

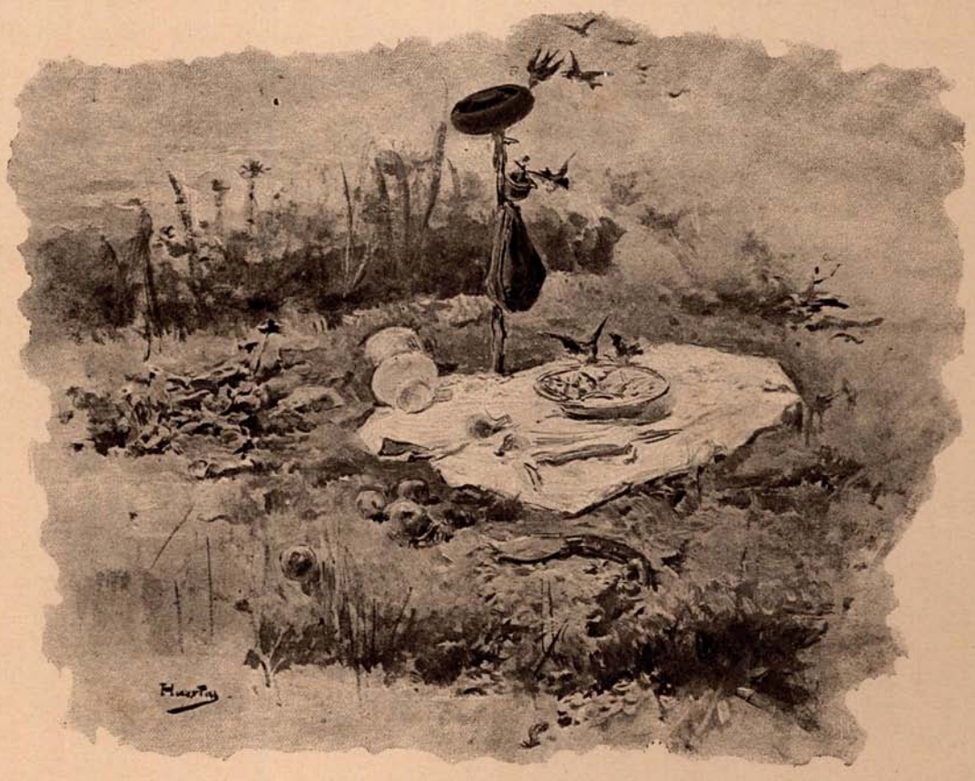
Por ella he visto pasar
mi juventud con placer;
que ella nos enseña á *amar*,
y allí se aprende á *esperar*,
y allí se aprende á *creer*.

Sus ilusiones primeras
mi cansada mente aspira
en sus mágicas praderas...
Suyas serán las postreras
vibraciones de mi lira.

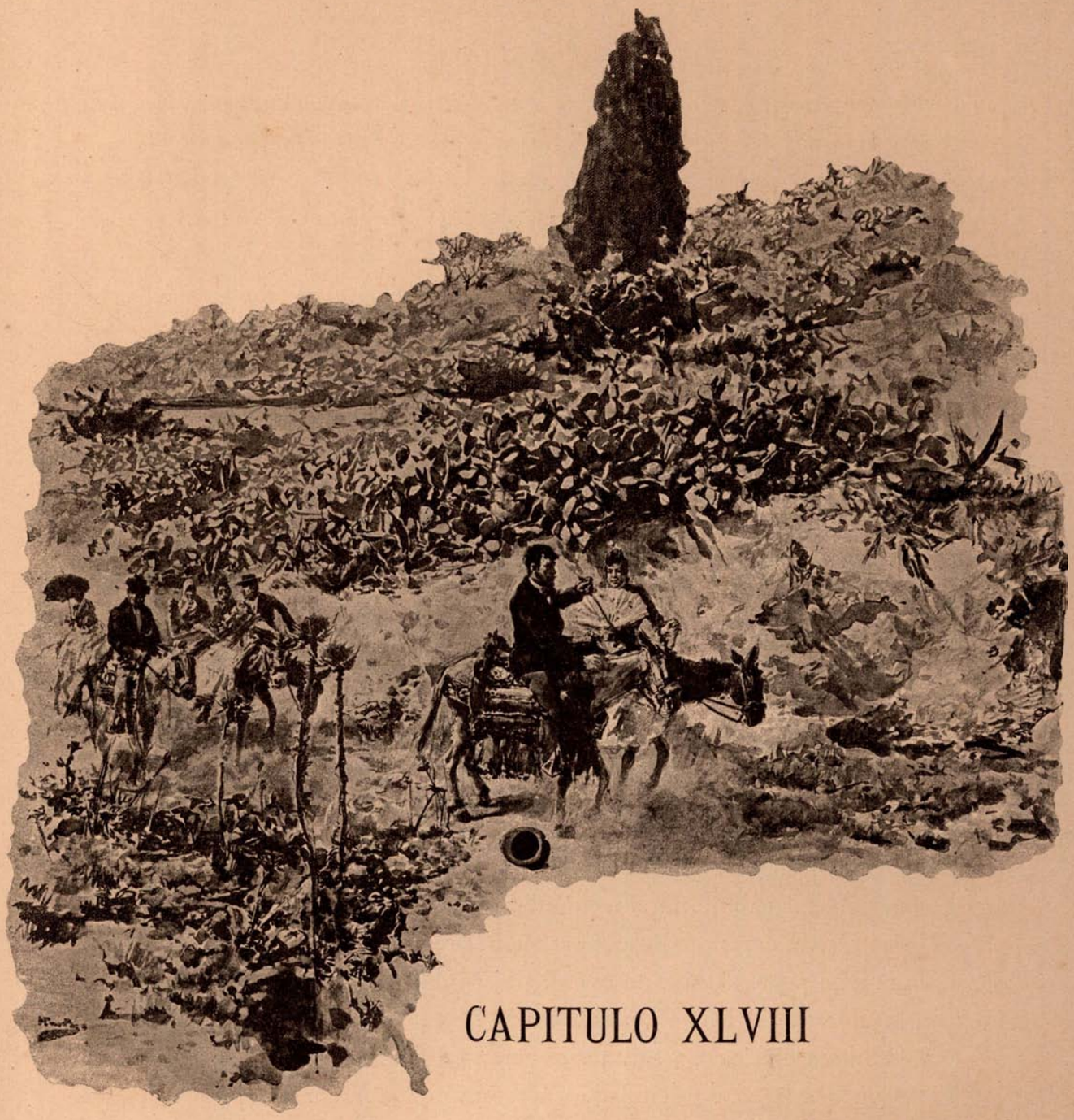
Que en ellas también se encanta
el triste espíritu inerte,
y se regocija y canta,
y á la vida se levanta
desde su lecho de muerte.

Todo es grande en ese suelo:
cada cuadro es un modelo:
cada piedra es una historia...
¡Desde las huertas al cielo!
¡Desde la Sierra á la gloria!

RAFAEL GARCÍA LOVERA







CAPITULO XLVIII

A las ermitas.-Los siete borricos de la excursión.-Mojino, Bernarda y Antonia.
Antesala de las ermitas.-El alambre, el ermitaño y el monumento

Cómo me acordé de Gúdula aquel día! Fué desdichado de verdad para los huesos de alguna persona; pero no vale adelantar los asuntos, y ya iréis sabiéndolo todo como Dios manda y conforme vaya siendo preciso.

El acordarme de Gúdula de aquella manera, fué porque el pequeño viaje á las ermitas se hizo en burro. Allá traspusimos al día siguiente de nuestra visita á la Sinagoga.

D. Enrique Llácer, un beneficiado de la Catedral, templadillo y poeta,

quiso venir con nosotros aquel día. Se retrasó, no sé por qué causa, y no pudo ser. Componíamos, pues, la expedición á las ermitas, los hijos de Miguel, esto es, Miguel y Enrique, unas muchachas amigas de ellos, del barrio de San Andrés, y las madres de las muchachas. Desde el amanecer anduvo Enrique dale que dale y busca que busca en una posada y en otra, y en un arriero y en otro, y en un aguador y en otro, hasta que pudo encontrar unos remedos de borriquillos macilentos, negruchos, chiquitines, mal intencionados, feúchos y groserotes; unos borricos, en fin, que eran unos mal educados; y ya veréis cómo sé probará, por las interesantes escenas que siguen. Eran dos las muchachas; la madre de cada una, cuatro; los dos hijos de Miguel, seis; y yo, siete; de modo que se nos presentaron allá, después de mediodía, siete borricos que ni los siete dolores tenían que hacer con ellos. Yo me quedé pasmado al verlos, y, á pesar de toda mi sangre fría y de todas mis batallas en honor de la clase asnal con la señora belga, juré y rejuré que yo no me subía, dentro de la ciudad, en ninguna de aquellas espantosas farsas de borrico; juramento que cumplí con entera fidelidad.

Ni Antonia ni Bernarda pararon mientes en el lastimoso estado de nuestras cabalgaduras. Montáronse en un santiamén, es decir, montáronlas; montaron también las mamás; mis amigos al fin; y, cogiendo Enrique del ronzal mi asno, allá traspusimos, por la calle de Parras con dirección á las Rejas de Don Gómez. Iba yo casi avergonzado de haber prometido no subirme, porque viendo la gente mi caballería sin caballero, y viéndome á mí caminando á la par de la comitiva, comprendíase ciertamente el por qué no me había yo subido, y era mucho peor. En fin, de la calle de Santa Isabel dimos por la de Isabel Loza en la Puerta del Rincón, atravesando siempre unas callejuelas empedradas como con maldiciones, y salimos al campo de la Merced.

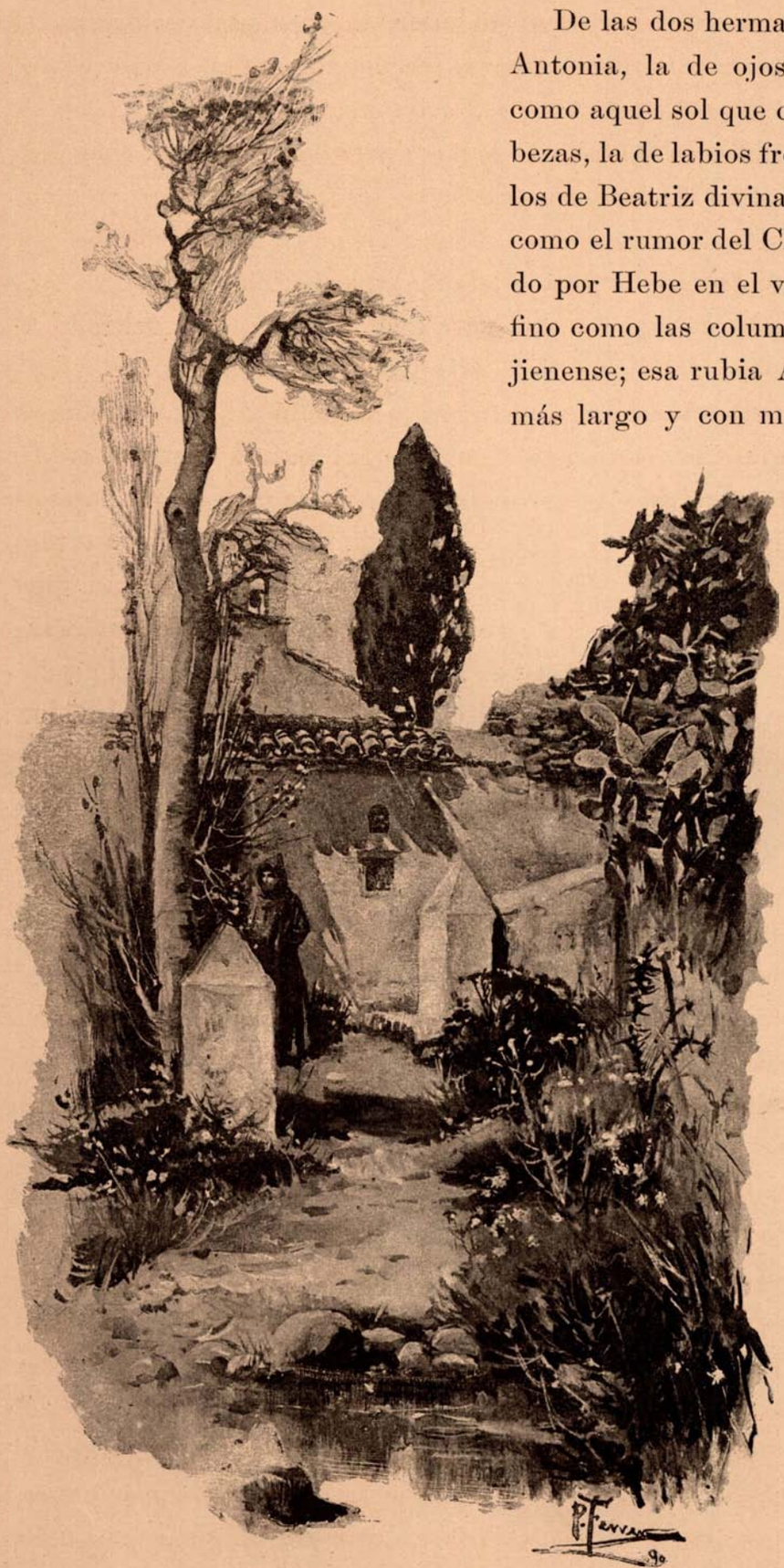
Estábamos á poco en la misma carretera de los Arenales, que ya conocía yo, y dejamos atrás el ventorrillo de Tránsito. Vi también á Tránsito este día, y la vi de refilón, en su ventana, que tendría cuarta y media, á lo sumo, en cuadro, y que daba á la misma carretera. Allí pude ver su cabecita gentil y primorosa, con los cabellos negros y la rosa blanca entre ellos, como un rayo de sol que surge haciendo pedazos un sombrío cielo de tempestad. Estaba allí esperando, sin duda, y no me equivoqué: á los treinta ó cuarenta pasos volví otra vez la cara y vi á un hombre con la suya pegada á la reja. Tránsito esperaba, pues, á su novio. Pero fué un instante no más el que hablaron, porque cuando volví yo por tercera vez la cara, curioso como siempre, había ya desaparecido el hombre de junto á la reja.

A todo esto hay que advertir que ya había tomado yo posesión de mi Mo-

jino, que tenía un aparejo semejante á un taller de pasamanería, según le abundaban los colgajos y los arambeles, de mal trecho y de pingajoso que el sin ventura era. Conforme Mojino sintió mi peso, ideó tomar venganza feroz por el desaire que le hice no habiéndole querido montar dentro de Córdoba. Todavía no acabó de pensarlo el infame, y empezó una de respingos que parecían sus patas dos palos de tambor armando un redoble en el vacío. Al compás de sus coces, á mí se me iba la cabeza para adelante y para atrás, y no sabía yo qué hacer ni cómo valerme en aquel punto para que no se me fuese del todo á veinte metros de distancia. Yo, en fin, no podía ya sostenerme tampoco, y me agarré al aparejo como el condenado se agarraría á la mano de rosa del ángel que le saca del purgatorio. Así cogido ya su merced, el Mojino continuó todavía en sus algaradas de coces; pero yo me mantuve ya firme pegado al aparejo, como si fuera yo también una manta de las del aparejo, y mis faldones flotaron allí, como otras tantas colgaduras y flecos y arambeles de aquel aparejo, que no era otra cosa que un montón informe de guiñapos, sujetos al lomo del animal, con una cuerda tan apretadísima, que formaba un surco allí, como el del arado cuando hunde la reja hasta la garganta en el terreno blandujo y removido.

Ni me amostazaron las grandes risas de las señoras ni las burletas de Enrique. Quedé impávido y frío, pensando que Dios era bueno y me recompensaría de aquellos apuros, aunque sólo fuese haciéndoselos pasar ante mí á los que se burlaban. Yo seguí tranquilo, como dije; y mi gran pedazo de borrico, cansándose de dar coces, allá partió con mucha delantera de sus compañeros, no parando hasta en el *Brillante*. El *Brillante* es un ventorrillo famoso de Córdoba que toma su nombre de una finca de bastante mérito que hay enfrente, á la derecha, subiendo por la parte de la ciudad.

A Bernarda y Antonia las conocía yo de antiguo, es decir, desde un par de semanas anteriores que las encontré en una fiesta á donde me llevó Enrique. Eran unas muchachas muy diferentes, por cierto, de Juanita Bernuy, y de Carmencita Cabezas, y de todas las que hasta aquí mencioné. Eran de otra clase, de otra educación, de otras costumbres, pero muy guapas y con mucho gracejo: eran las mujeres del barrio de San Andrés y de Santa Marina, esas hermosas mujeres al natural, sin refinamientos de educación, sin filadelfias, como ellas dicen, sin consideraciones de ninguna clase al qué dirán cuando tienen ellas que decir una cosa, sin pelos en la lengua, expresivas, francas hasta hacer daño, pobres, buenas, robustas, alegres, guasonas, sin más haber que el deseo, sin más ilusiones que la de lucirse en la fiesta, y sin más porvenir que el de un hombre honrado y trabajador que la haga dueña de su persona y madre de sus hijos.



De las dos hermanas, Antonia, la rubia Antonia, la de ojos grandes y luminosos como aquel sol que caía sobre nuestras cabezas, la de labios frescos y amorosos como los de Beatriz divina, la de risa armoniosa como el rumor del Chipre al caer escanciado por Hebe en el vaso de oro, la de talle fino como las columnillas del tabernáculo jienense; esa rubia Antonia fué la que rió más largo y con más fuerza viéndome á punto de caer desde lo alto del lomo de Mojino, y me confesó francamente, luego, que sintió mucho no haberme visto caer al fin, porque se hubiera reído más todavía, y eso precisamente era lo que ella tanto deseaba á todas horas: reirse.

Lo digo como lo siento: casi tomé yo ojeriza á la muchacha por aquella franqueza; pero me guardé mucho de demostrarlo, porque entonces creo yo que la toma conmigo durante el resto del día y me da verdaderamente una sofocación. Torcimos, pues, hacia la Ruzaffa, esto es, á la izquierda del camino de los Arenales, dejando á

nuestra espalda la larguísima carretera, que arrancaba de atrás, del fondo, de entre un bosque de olivares, bordeado siempre de las pitas y del césped florido de ambas cunetas.

No quiero enumerar aquí las fatigas de los borricos ni las nuestras para subir la pendiente, próxima ya, de las ermitas. Sudábamos á mares. Bernarda, que tenía muy mal genio, echaba pestes contra la cuesta, contra nosotros, contra las ermitas y contra los ermitaños, con un gracejo y una locuacidad que me admiraban verdaderamente. Antonia, la odiada Antonia, reíase como si nunca Hebe concluyera de escanciar el chipre en el vaso de oro. El rumor de su risa pegábase eternamente á nuestros oídos con suaves y dulces vibraciones, como la de un arroyo que constantemente corriera á nuestros pies. Yo no quería mirarla porque sentíame desarmado entonces de aquel odio que tan pronto le tomé, al ver su cara blanca, encendida ahora con los ardores del sol y la fatiga de la marcha, aunque fuese Antonia subida en su burro y todo; aquella cara, hermosa, expresiva, picaresca, de movilidad y gracejo infinito, inteligente, franca, con sus grandes ojos pardos y dulces, y su dosel de cabellos en la frente, más dorados aún que aquella lumbre del sol que hacía chispear su sangre.



Llegamos, al fin, á las ermitas. La entrada es una tosca puerta de medio punto, que pintarrajaron de almazarrón. Delante de la puerta hay un tejadillo, formándole así como una especie de sombrajo. Sostiénese el tejadillo por unos tremendos postes que forman arcos también, y tiene aquella que debe llamarse antesala de las ermitas, un poyete de ladrillo alrededor. A la derecha del teja-

do, en una torrecilla, como la chimenea del fogón de una casamata, vi un esquilón poco más grande que una nuez, muy serio y muy callado, no como otros que yo tuve ocasión de ver y que ya recordaréis, que estaban siempre dale que dale para alborotar el cotarro.

Se tiró de un alambre que calaba el muro, sonó una campana que debía ser mucho más grande que el esquiloncillo de la torre según el ruido que armó, y no contestó persona ninguna. Esperamos en silencio, que se interrumpía frecuentemente con las palabras de impaciencia de Bernarda y con las cuchufletas de Antonia, con quien yo no había hecho las paces aún dentro de mi conciencia. Llamamos otra vez con sendos tirones del alambre dichoso, y reinó el mismo silencio. Bernarda y Antonia cansáronse de hablar. Lo mismo pasó á Enrique, que hablaba, dicho sea de paso, más que una cotorra. Miguel no: Miguel es muy callado y muy seriote. Esperando, pues, á que abriesen, permanecimos en silencio, que nada interrumpía. Nos amparábamos afortunadamente con el tejadillo, que de otra manera no sé lo que hubiera sido de nosotros, porque aquel día, aunque no era canicular, quemaba el sol como si hubiésemos estado en los rigores de julio. Era, aquel, un silencio que caía en los corazones y en las cabezas, amodorrándolas y pesando con más fuerza tal vez que el sol hubiera pesado, aquel sol que veíamos caer en las sinuosidades de la sierra como inconmensurable placa de fuego, calcinador y destruyente. Era un silencio bochornoso, terrible. Ni rumores de arroyo ni rumores de aire. La cigarra no lo interrumpía con su prolongado y monótono zumbido. Ni pasos, ni pisar de cabalgaduras, ni voces, ni rumores de arandelas de los carretones, ni ecos de cantares. Era aquello la muerte, una cosa mucho peor que la muerte: la muerte en la vida. De tal manera me impresioné yo de aquel silencio y nos impresionamos todos por largo rato, que nos hubo de causar profundísima sensación el aleteo de una mosca que pasó rozando casi por mi nariz. Oyeron mis compañeros aquel zumbido y le oí yo como un estruendo de mundos, y salimos de aquella modorra extrañísima en que nos habíamos sumergido, aunque con los ojos desmesuradamente abiertos y sin ganas ningunas de dormir. Entonces Antonia se cogió con las dos manos al alambre, y tiró de allí una vez y otra desesperadamente, dando un salto á cada tirón y dándonos mucho gusto, á mis amigos y á mí, de ver cómo los vestidos y el mantón flotaban acá y allá, conforme saltaba ella, como si toda su personita fuese un gran misterio, que se envolvía para más encanto en un mundo rarísimo de bullones, pliegues, flecos, nubes, blancuras y perfumes; todo flotante, aéreo, embriagador, alegre, dulce, que nos hizo aspirar no sé qué deleitables alegrías frescas que se metieron hasta lo hondo de nuestros corazones.

Nadie contestó aún y ya nos desesperábamos. Pero se abrió de repente una ventana en que no nos pudimos fijar antes por lo pequeña, y asomó por allí una cara que hizo á Antonia saltar para atrás, asustadísima.

—¿Qué se ofrece?—dijo la voz de los labios de la cara de la persona que se asomó al ventanillo, que no pudimos ver antes por lo pequeño que era.

—Pues se nos ocurre,—dije yo también, aproximándome á la claraboya,—que veníamos á ver la ermita con permiso de quien es necesario que lo dé.

Conforme hablaba saqué el permiso, lo miró, lo estudió, lo indagó, lo revolvió como si fuese un documento de gran trascendencia y temiese que lo hubieran falsificado, y yo, mientras, estuve mirando al hombre aquel, y castíguenme los cielos si peco con lo que voy á decir, pero me causó, al mirarle, una impresión infinita. Así que estuvo un rato bien grande observando el papel, se decidió á abrirnos. Sonaron cerrojos y aldabas, y se abrió al fin la puerta. Cuando entramos, nos parecía imposible haberlo conseguido. Entonces observé yo á mi sabor al ermitaño que nos había abierto, porque en el ventanillo solamente le pude ver la cabeza. Yo pido perdón otra vez á Dios benigno, pero he de decir que la impresión de la cabeza del ermitaño, no me la hizo desaparecer la del cuerpo. Era pequeñito: el hábito, de tela muy burda y muy remendada, quedábase bien corto. Tenía unos zapatos de cuero gordísimos, que parecía imposible que los pies de ningún hombre los pudieran llevar, como no fuesen de acero. Las manos eran ásperas, huesudas, negras, cortas. Tenía los ojos hundidos, chiquitines; las facciones angulosas, curtidas. Era calvo, con sólo algunos mechones de cabellos grises, pegados por el sudor á la frente y á las sienes. Tenía los ojos, entonces, embotados de dormir, como toda su cara; y todo él parecía, porque conocíase á leguas, que el gran campaneo de la maligna y salerosa muchacha le había interrumpido en la más profunda, en la más agradable y en la más divina de las siestas, cortando su sueño, cosa que puso al hombre de un humor malísimo. Que Dios me perdone, y van tres, pero no me infundía á mí, el ermitaño, aquel respeto sencillo, aquella piedad profunda y aquel amor á la soledad que la vista de estos santos varones nos inspira á los del mundo mientras les estamos viendo.

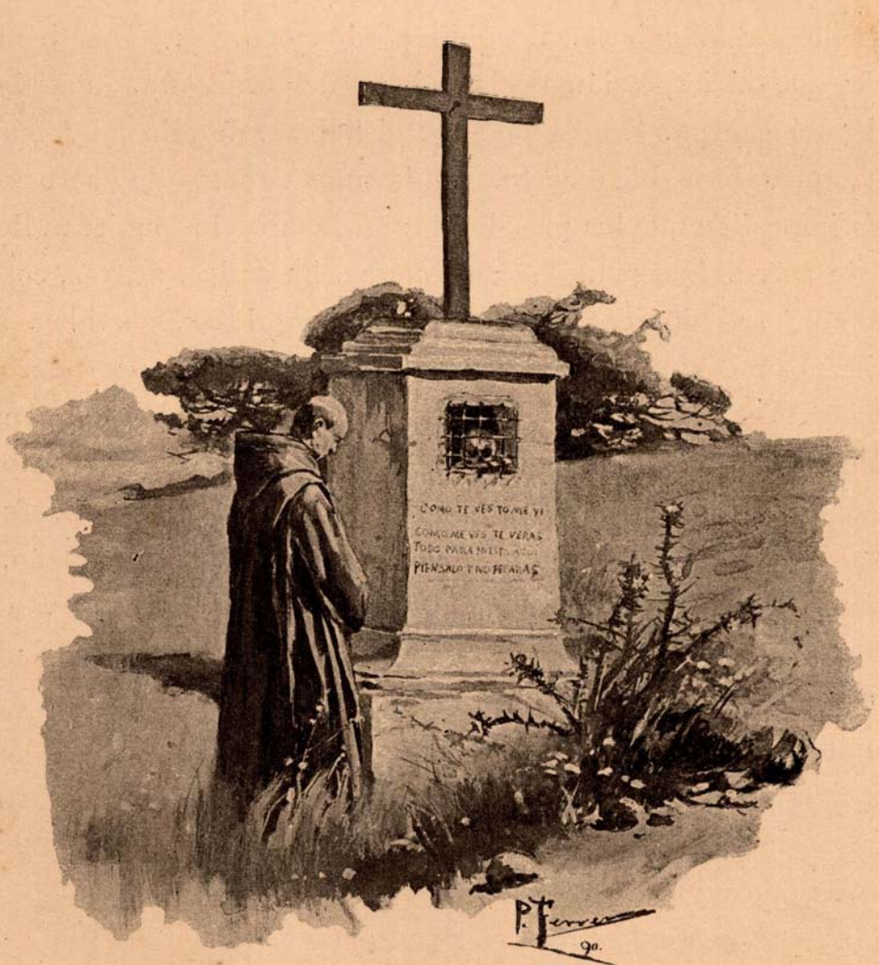
Yo sentí mucho haberle molestado, interrumpiéndole en su grato sueño; y la prueba de todo lo que dije antes, fué que iba dulcificándose algo su rostro, cuando iba éste desprendiéndose de las asperezas del despertar.

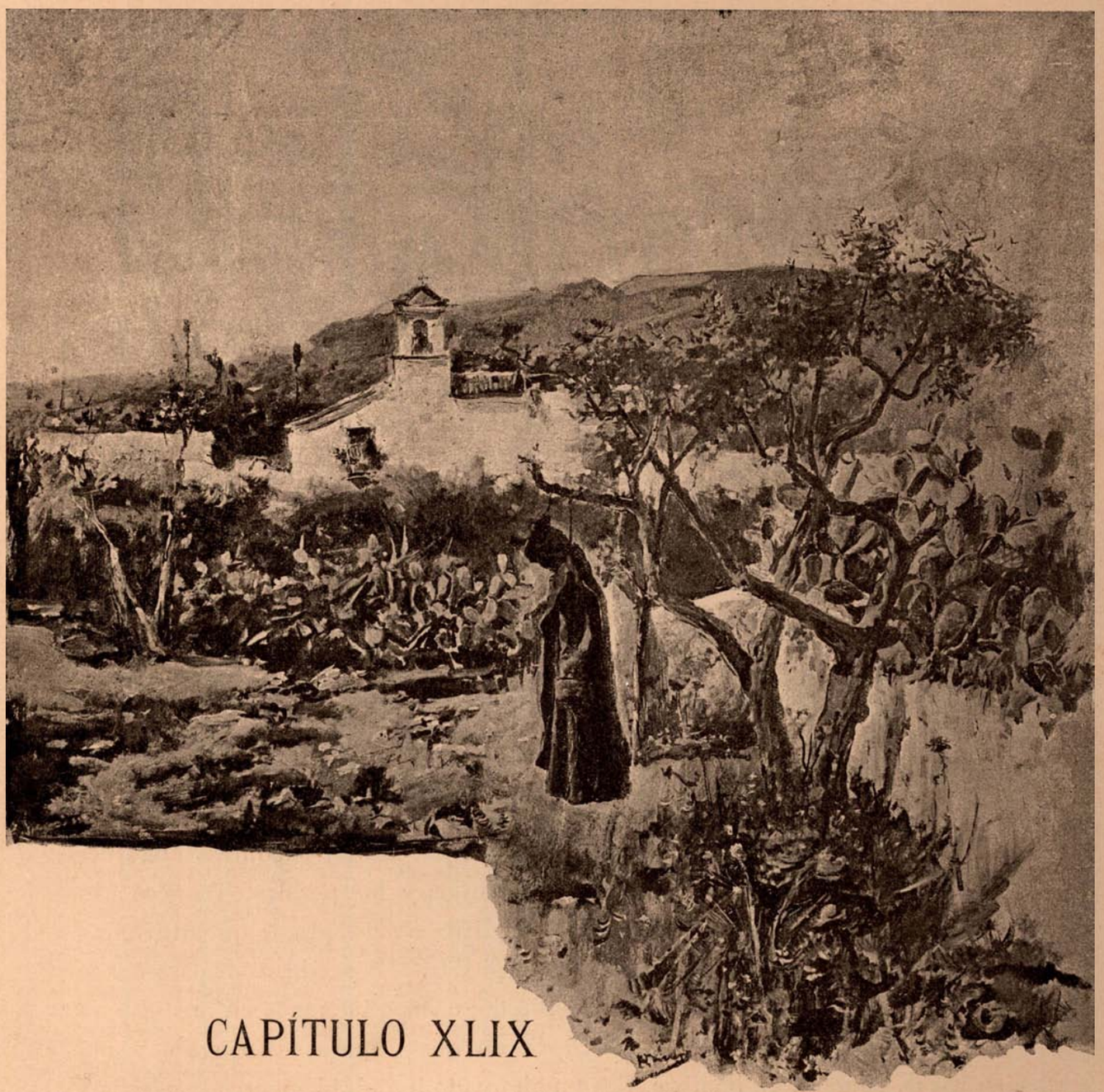
Cerró la puerta cuando entramos, y nos condujo por una calle de cipreses muy parecida á la de un cementerio. Al final de dicha calle hay una humilde cruz sobre un pedestal de ladrillo. Había en el pedestal, dando cara á la puerta, un huequecito tapado con un cristal en forma de vitrina, y se guardaba el

cristal con un enrejadito de alambre. En el hueco, y á través del cristal, veíase un emblema de la muerte: la calavera y los huesos cruzados por delante, y estos cuatro fatídicos y melancólicos versos inscribíanse en el mismo pedestal:

Como te ves yo me vi;
como me ves te verás.
Todo para en esto aquí:
piénsalo y no pecarás.

Aquello nos entristeció. El ermitaño pasó por allí con indiferencia y muy de prisa, y nosotros tuvimos que seguirle. Al alejarme de allí pude comprender que aquella humilde cruz de hierro, con su tosco pedestal de ladrillo, habíase dedicado allí á la memoria del conde de Torres Cabrera, por otra inscripción que vi en una pequeña lápida.





CAPÍTULO XLIX

La ermita de San Judas Tadeo.-El ahorcado.-La tentación.-Desde el sillón del obispo.-Pudores

Seguimos en dirección de la iglesia, que estaba ya muy próxima. Oí decir que era pequeñísima también. Todo parecía anunciarnos, por infinidad de levísimos detalles que es imposible enumerar, que los ermitaños se iban quitando de en medio al sentirnos en la iglesia. Hubiera querido yo estar más tiempo del que estuve, pero los otros no hacían más que decirme que acabara. Había libros religiosos en los bancos, como si los hubieran dejado allí en aquel momento, abiertos aún. Las imágenes del templo son humildísimas y pobres, y me gustan

á mí mucho más de esa manera. No puedo explicarlo, pero se me antoja que me infunde más temor y más respeto, aunque ya se lo tengo á todo lo que de nuestra santa religión emana. Los suelos, las paredes, los marcos de los cuadros, las sillas, todo era pobre, pero muy limpio; limpio como la conciencia de Dios. ¡Qué hermosura y qué fe! Yo me creía otro, y parece que mi alma se fortifica en estas ocasiones, extasiándose con inocencia de niño en las divinas cosas del cielo y en los benditos encantos de nuestra religión. Sí, Dios mío: yo soy cristiano.

En mis apuntes tengo una nota que dice que salimos por la puerta de los pobres. No sé si esto será una equivocación al tomar los apuntes; pero por más que hice, no he podido acordarme nunca de esa puerta ni recuerdo tampoco ninguna historia que á ella se refiera, como no sea la de que por allí entran ó salen los pobres, ciertos días que tienen los ermitaños designados para repartir la sopa. También dicen los apuntes que al lado de la puerta hay una fuente blanqueada de cal, que no recuerdo tampoco. Esta mala memoria al escribir lo que yo tenía apuntado, hizo que me ofreciera á mí mismo no tomar apuntes jamás en nada de lo que viese, porque así me sale más propio cuando lo escriba. Apuntando, me duermo sobre las pajas tranquilamente, confiando en los apuntes, y luego resulta que no entiendo lo que apunté: no apuntándolo, quedo cuidadoso para que no se me borre de la retina, y queda allí fijo siempre.

Vi por allí hábitos remendadísimos de tela burda, puestos á secar sobre las ramas de los árboles; y el color pardusco de las telas contrastaba fuertemente con la bella frondosidad de los naranjos y los perales. Tropecé á los pocos pasos con una piedra de amolar, chiquitita como todo lo que allí había, metida en un cajón diminuto como para la piedra. Más arriba aún, pasamos un susto, que á mí, por mi parte, no me salió del cuerpo lo menos en media hora.

Del encorvado y escueto tronco de un olivo, que se distinguía á unas cien varas, colgaba un hombre. Era un ahorcado indudablemente. Bernarda le vió antes que ninguno, y se puso pálida como una muerta. Se cogió del brazo de Enrique apretadamente; y temblando, como si toda la muchacha fuese de azogue,—¡Mire V.!—dijo temblorosa.

Miró Enrique y miramos todos, y vimos entonces al hombre pendiente de la cuerda del tronco del olivo.

—¡Calle!—dije yo alarmándome sobremanera.—¡Calle! ¡Si es un ermitaño! Me volví inmediatamente para preguntar al que nos acompañaba, y no le encontré en aquel instante. Habíase adelantado ó se rezagó: lo cierto es que no le vi. Enrique se aproximó al de la horca, que se mecía pausadamente. Nosotros fuimos detrás, y á las mujeres un color se les iba y otro se les venía: hallábanse temblorosas, convulsas, atolondradísimas de miedo... menos Antonia.

Nos aproximamos todos en fin, y, efectivamente, era un ermitaño el que colgaba de la horca. Es decir, un ermitaño no: el hábito de uno de aquellos santos varones; pero no he visto jamás un efecto más parecido. No sé por qué causa lo colgarían así; pero es el caso que había encima unas mazorcas que parecían la cabeza del hombre blanqueada por la calvicie, y lo peor de todo, que las mazorcas caían tan á propósito, que á diez pasos hacían la ilusión de una barba de color rojo muy oscuro, inculta, laxa y descompuesta, como debía ser la barba de un muerto.

Bernarda estuvo á punto de desmayarse, y aquel susto lo hubiera querido yo para Antonia, que, á pesar de la impresión que sufrimos todos, no cesó de reir la muy maldita, haciéndole burla al muerto. Porque es la verdad que supuso, como nosotros, que allí había un hombre ahorcado. No habiéndose detenido en la risa antes, figúrense Vds. lo que sucedería cuando se cercioró de que no había tales carneros. Desternillábase, como suele decirse. Sus carcajadas repercutían de un modo extraño en aquellas silenciosas alturas. Los dientes de la bellísima y alegre Antonia, y sus labios rojos contraídos por la violenta risa, eran en aquel lugar la más interesante y expresiva forma de la tentación. Contrastaba el rostro de un modo singular, aquel rostro fresquísimo, sonrosado, bello, de facciones graciosas, suaves y picarescas; la fina cintura, el busto lleno y vigoroso, la garganta de nieve con dulces colores de rosa que le subían hasta las diminutas orejas; echado atrás el mantón de largos flecos que crujían blandiendo en el aire; y las curvas, las sacudidas, las contorsiones de aquel cuerpo, estremecido todo con la violenta y enorme convulsión de aquella risa de diablo; contrastaba todo esto, digo, con aquel lugar silencioso y grave, aquellas casitas blancas de los ermitaños, aquella iglesia pobre y humilde como el Divino Señor, y aquella calavera lúgubre, de ojos secos y profundos como abismos, cuyas siniestras, corroídas, melladas, asquerosas y repugnantes encías, semejaban contraerse allí, en risotada horrenda también, como un sarcasmo y una burla de aquella alegría estruendosa de la muchacha. Ella seguía riendo, riendo siempre. No había visto antes, ni vió ahora tampoco, la calavera del hueco del pedestal de la cruz, por cuyo lado habíamos pasado otra vez. Para impresionarla de pronto y que callase, la cogí de una mano, la llevé delante de la calavera, se la señalé, la vió y leyó luego:

Como te ves yo me vi,
como me ves te verás:
todo para en esto aquí:
piénsalo y no pecarás.

Pero todo fué en vano. Antonia no fué la que vino con nosotros aquel día. Fué el demonio metido en Antonia. El demonio no cesó de reir. Aquella risa nos puso serios á todos los demás. Era imposible callarla de ningún modo, y continuó así largo tiempo, hasta extinguirse lentamente como un eco doloroso que se perdía en las cavidades de las montañas.



Aquella risa parecía tentar á los insectos y los pájaros de los alrededores. Lo que no se oyó antes, lo oímos cuando Antonia concluyó de reir. Fué un concierto de ruiseñores que no sabíamos en qué lugar se escondían. Con las finas y melodiosas notas, se mezclaron á poco también los zumbidos de la cigarra, y el rumor de la fuente y el del arroyo inmediato fueron entonces menos lúgubres. La Naturaleza pareció levantar allí la frente moribunda para animarse un minuto con el trinar de la risa de Antonia.

Hacíase tarde, y para concluir más pronto vimos una ermita solamente: con una podía bastar, porque eran lo mismo todas. Llámase la ermita de San Judas Tadeo. El lecho componíase de muchas tablas, unidas unas á otras con listones en forma de travesaños. Sobre aquella tarima había una zalea y una manta. Estos enseres nada más componían la cama de aquellos hombres místicos. Todo el mobiliario componíase de una mesa pequeñita con unos higos

secos mordidos, y un canasto en un rincón, lleno de algarrobas secas también. La mesa y el canasto, con la tarima que mencioné, eran los únicos muebles de aquellos hombres, que vivían de la mortificación y de la penitencia: los higos y las algarrobas su único alimento.

Como un dato curioso, puede decirse de esta ermita lo que la tradición cuenta: Que á principios del siglo XVII se apareció Jesús al ermitaño que entonces vivía allí. Llamábase este religioso el hermano Francisco de Santa Ana. Las frases que dijo el Señor al hermano Francisco fueron las siguientes:

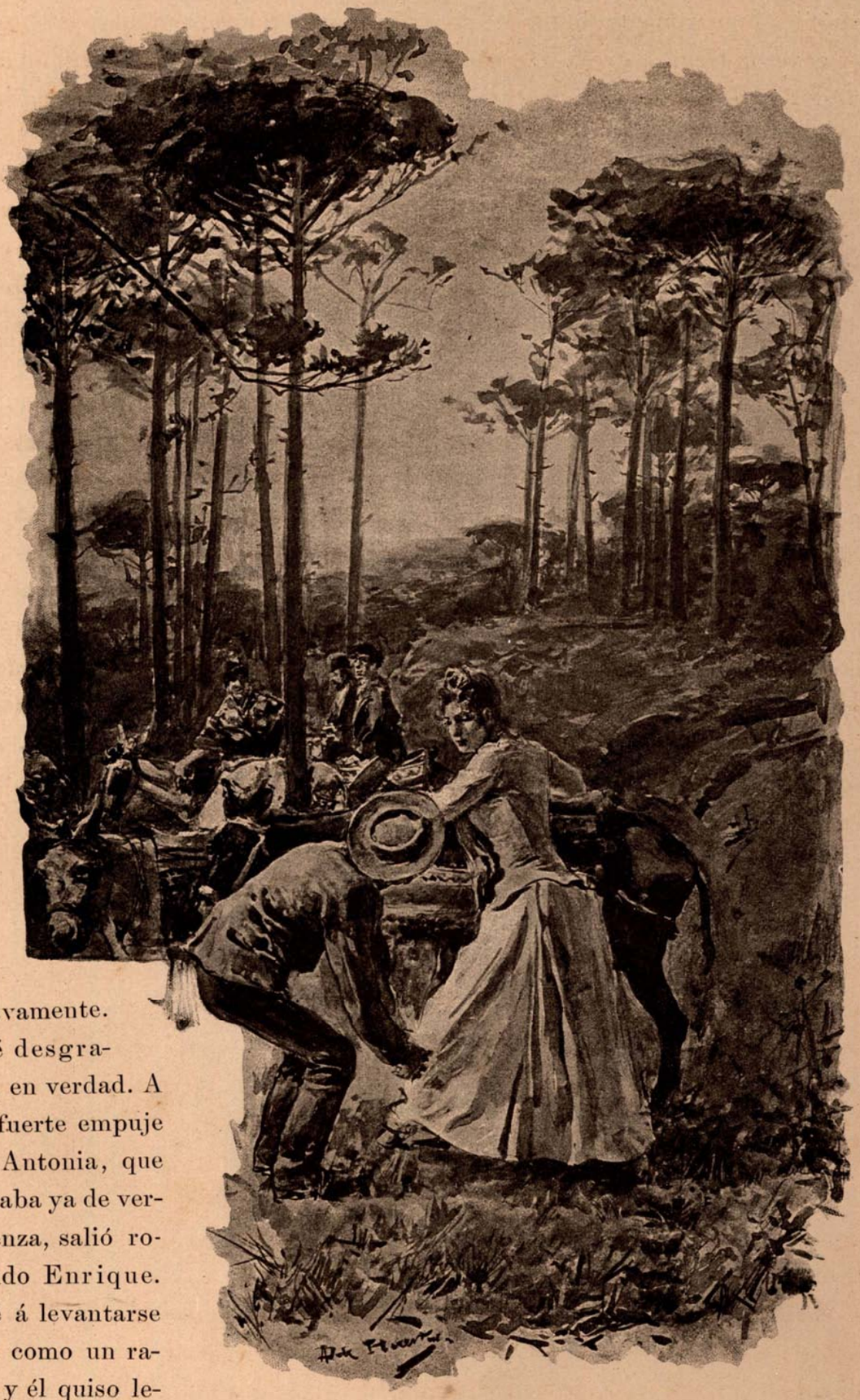
—*¡Ya ves cómo me tratan!*

Cuando salimos de la ermita, echó Antonia á correr cuesta abajo, dirigiéndose á una pequeña explanada donde está el sillón del obispo, que es una roca enorme labrada á cincel en la forma de dicho mueble. Antes de llegar encontró á unos ermitaños que estaban *soleando:* soleando, para que lo sepa quien de ello no tenga noticia, es coger del suelo la aceituna que cayó del árbol por sí sola. Después de esa operación de soleo, sigue otra: llámase ésta *ordeñar,* y consiste en coger las aceitunas del mismo árbol. Pero ya encontraréis eso más adelante: solamente quería decir que, al ver los hermanos que soleaban correr hacia ellos el lindo demonio, cuyas faldas iban y venían en juegos caprichosos con el desnivelamiento de la carrera, volviéronse de espalda prontamente, persignándose y santiguándose de un modo que no es para contado. Antonilla gozó como una loca de haber causado esa impresión, y, para poder reirse otra vez á sus anchas, se repantigó con cómica majestad en el sillón del obispo. Llegué yo detrás de ella. Iba á hablarle, á decirle que fuese más comedida, pero no pude: me señaló Antonia al mismo tiempo, allá al horizonte, indicándome que mirara, y lancé un grito de sorpresa. El sillón del obispo está puesto allí para contemplar á Dios: el astro del día lanzaba su última luz suavemente sobre la sierra, que pareció destellar en aquel punto con reflejos misteriosos. No tuve bastante cerebro para encerrar la idea de lo que allí hay, ni bastante corazón para sentirlo. Es un desconcierto grandioso de la Naturaleza: las retamas, el pino, el algarrobo, el acebuche, la pita, los chaparrales, el jaramago; todo brota, todo crece junto, apretadísimo, de golpe, como una explosión de la tierra; apriétanse unas plantas á otras, unos arbustos á otros; se besan, se abrazan, se confunden. De este maridaje sobrenatural y terrible, parece que brota un himno santo: son los dulces plañidos de las campanas de las ermitas.

Cuando salíamos de las ermitas estaba oscureciendo. Yo hubiera querido estar solo en aquel punto para entregarme á mis pensamientos, pero tuve desgracia, como en todas ocasiones: en el Guadalquivir, por la parte de Sevilla, tuve á Chano, cuando no á la dama belga; en la Giralda, á los palurdos y al

curita de los tacones un poquito volcados como la dinastía en épocas revolucionarias, y al infame prehistoriador. La misma desgracia solía tener siempre como quisiera encontrarme á solas conmigo mismo después de una de aquellas grandes emociones de mi alma: aquella tarde tuve á la escandalosísima de Antonia. El caso es que no podía ponerme serio con ella, porque era linda como una flor y graciosa como un diablo. Por lo demás, infatigable, corría por los repechos como una cabra, sin importarle que fuese de noche: nos adelantaba, volvía á subir, y, mientras, su borrico caminaba melancólicamente en reata con el de Enrique. Yo quería que Dios me vengase de todo lo que me hizo pasar cuando subí por vez primera en Mojino; y aunque Antonia me gustaba mucho, y confieso francamente que gocé con sus alegrías por más que en alguna ocasión las hubiese querido reprimir, no habría yo visto con pena que le pasase algún contratiempo á fin de que entrase en seriedad un segundo siquiera: la verdad, yo tenía envidia de la alegría de Antonia. ¡Oh Antonia, linda y graciosa Antonia: Dios quiera conservar siempre esa alegría!

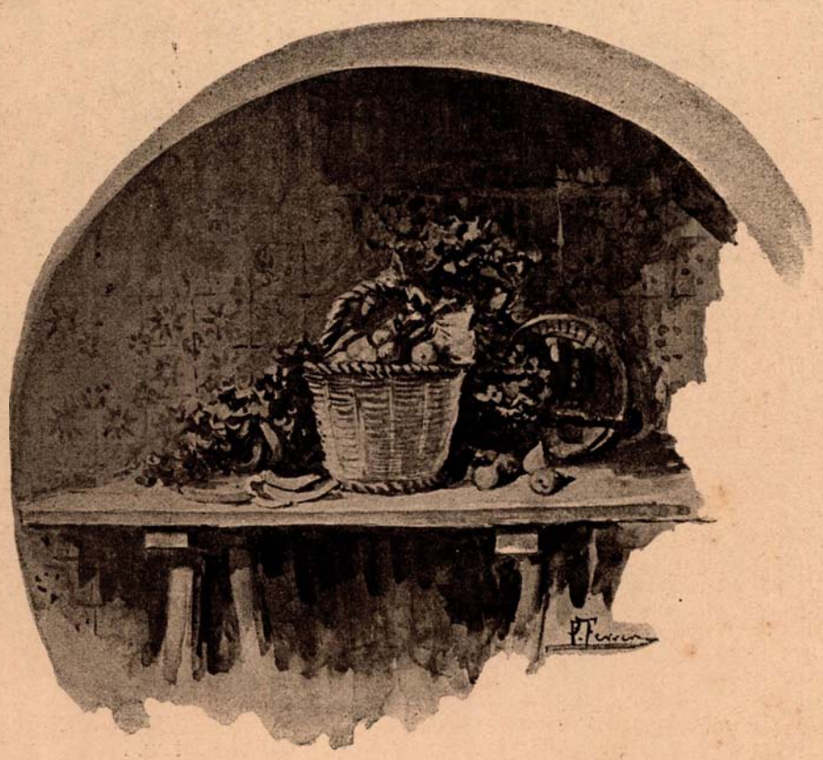
Cumpliéronse al fin mis deseos, y me arrepentí, en el mismo instante, de haberlos tenido. Ahora veréis lo que pasó. Al concluirse la cuesta nos preparábamos para subir otra vez en los burros. Antonia pidió á gritos que la subieran. Enrique quiso hacer el caballero. Estábamos ya subidos todos, y nadie tuvo la precaución de sujetar el borrico de Antonia mientras Enrique la colocaba. Tomó el mozuelo al diablillo delicadamente por la cintura, pero resultó que Antonia era garrida por demás y á Enrique faltaron alientos para subirla con la soltura necesaria. Antonia reía como nunca. Enrique la cogió otra vez, la suspendió con valentía, y, al irla á sentar á plomo en el aparejo, como si se lo hubieran dicho á la bestia, avanzó súbitamente: en vez del lomo del animal encontró Antonia el vacío y cayó pesadamente á tierra. Enrique, espantado, no la soltó, dando de bruces también encima de la muchacha. Ocurrió lo que os podéis figurar. Fué espantoso, terrible, con el desconsolador agravante de que había luz suficiente aún para quien quisiera mirar aquello con mala intención. Daño no se hicieron: hay que advertirlo ante todo para tranquilidad de mis lectores: porque Antonia cayó sobre un blandísimo césped en primer lugar, y, en segundo, porque Enrique, instintivamente, la retuvo á pulso cuanto le fué posible, siendo esto causa de que rodase también arrastrado por ella; y Enrique podéis suponer igualmente la causa de que no se hiciera daño, aunque no cayó, á la verdad, sobre mullido césped. Hubo una confusión horrenda. Antonia dió gritos inmensos, queriendo levantarse y empujando á Enrique violentamente hacia arriba para que no la tocase. El pobre Enrique, aturdido, loco, quería levantarse también: en su aturrullamiento, caía

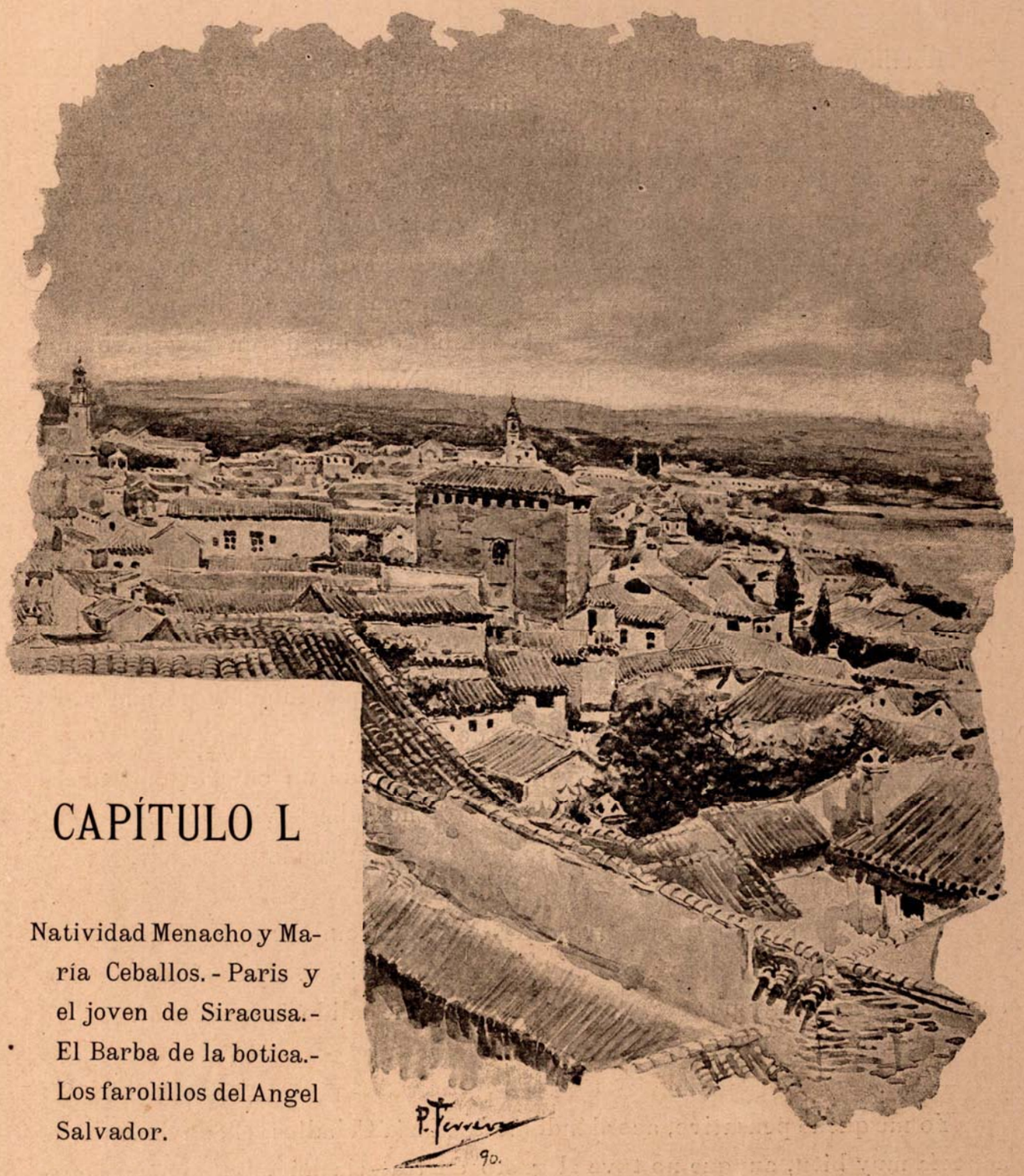


nuevamente. Fué desgracia, en verdad. A un fuerte empuje de Antonia, que lloraba ya de vergüenza, salió rodando Enrique. Fué á levantarse ella como un rayo, y él quiso levantarse como ella al mismo tiempo: él le pisó á la otra la falda, perdió ésta

el equilibrio nuevamente, lo perdió él también al saltar para no pisarla de nuevo, y cayeron los dos otra vez. Todo esto fué en un minuto, en un segundo, en menos. Yo no sé si podrían contarlo, aunque quisiesen, con la misma celeridad que pasó. Lo cierto es que la madre de Antonia, Bernarda, la madre de Bernarda y Miguel, reían á lágrima viva, cada uno en su burro, sin que la risa les permitiese ni pensar siquiera en apearse para ayudarlos á levantar, á ella por lo menos.

Yo me reí también al principio, pero la desesperación de Antonia me conmovió. Levantáronse al fin. A Enrique todo se le volvían excusas, y hubiera hecho mejor en no excusarse ciertamente; y la muchacha ni aun quiso levantarse ya. Quedó de rodillas, vuelta de espaldas á nosotros, con la cara oculta entre las manos y llorando desconsoladamente de vergüenza, con tanto ímpetu como antes reía. ¡Qué sencillez y qué hermosura! Yo quedé suspenso, y ni los ermitaños, ni las ermitas, ni las magnificencias del panorama que vi desde el sillón del obispo, ni el emblema fatídico y siniestro de la muerte, nada de aquello logró contener la hilaridad espantosa de la muchacha en toda la tarde, y rompió, sin embargo, á llorar amargamente, y quedó de rodillas como una culpable sin absolución, y ocultaba la cara como una criminal, siempre llorosa y siempre sin consuelo, á la idea no más de que le vieron el filito de la pierna por encima de la bota. Allí permaneció Antonia largo rato arrodillada y oculta, como un oloroso capullo de flor que se esconde de las caricias del viento. ¡Oh mujeres! ¡Oh pudor! ¡Bendito seas!





CAPÍTULO L

Natividad Menacho y María Ceballos. - Paris y el joven de Siracusa. - El Barba de la botica. - Los farolillos del Angel Salvador.

Cuando llegué aquella noche á casa, tuve una noticia que me sorprendió bastante. Pepito Cruz estuvo á verme con mucha urgencia, y dejó recado de que hiciera el favor de ir á la fonda apenas llegase, porque tenía que tratar conmigo de un asunto de grande interés.

Me era muy simpático Pepe: yo me apresuré á tomar el camino de la fonda, haciendo las conjeturas que debe suponer el lector. ¡Cosa extraña! Cuando llegué á la fonda y pregunté por mi nuevo amigo, dijéronme que salió aquel mismo día en el tren de las doce, sin decir á qué punto se encaminaba ni si volvería ó no.

Recibí otra sorpresa, pero tuve que conformarme. Me encogí de hombros filosóficamente.—Lo que sea tronará,—dije. Y me encaminé, procurando olvidar aquélla, á casa de Enrique Valdelomar. Estos Valdelomares son los primeros amigos que yo tuve en Córdoba. Como ya me parece haber dicho, gustábame oirles, á cada uno por su concepto, y pasé largas horas, algunos días, en la redacción, que está en la misma casa de Enrique, de la calle del Osío.

En una casa que hace rincón, á la derecha, conforme se dobla para entrar en la de Enrique, vi confusamente, á la temblorosa luz de un reverbero, una cabeza de mujer que me pareció hermosísima. No la vi en la calle: la vi asomar por el postigo del balcón; y creo yo que, así como asomó aquella cabeza por el postigo, deben asomar las esperanzas por el cielo. La distinguí confusamente, repito. No pude retener sus facciones ni la expresión de sus ojos. Y en la cabeza misteriosa estaba pensando cuando entré en casa de Enrique Valdelomar.

—Pero dígame V., hombre,—le pregunté conforme le vi, sin saludarle siquiera, de ansioso que iba;—¿quién vive en la casa del rincón?

—¿Por qué es la pregunta?—me preguntó Enrique, inquieto porque creyó que me pasaba alguna cosa, según iba yo de agitado.

—Porque he visto ahí asomando por el postigo de un balcón una cabeza que me ha parecido una gloria, sin embargo de no haberla visto bien.

—¡Pero si la conoce V. de más!—contestó Enrique echándose á reir.—¡Si es la de Ceballos!

—¿Cómo la de Ceballos?—pregunté lleno de asombro.—¿Y V. qué sabe?

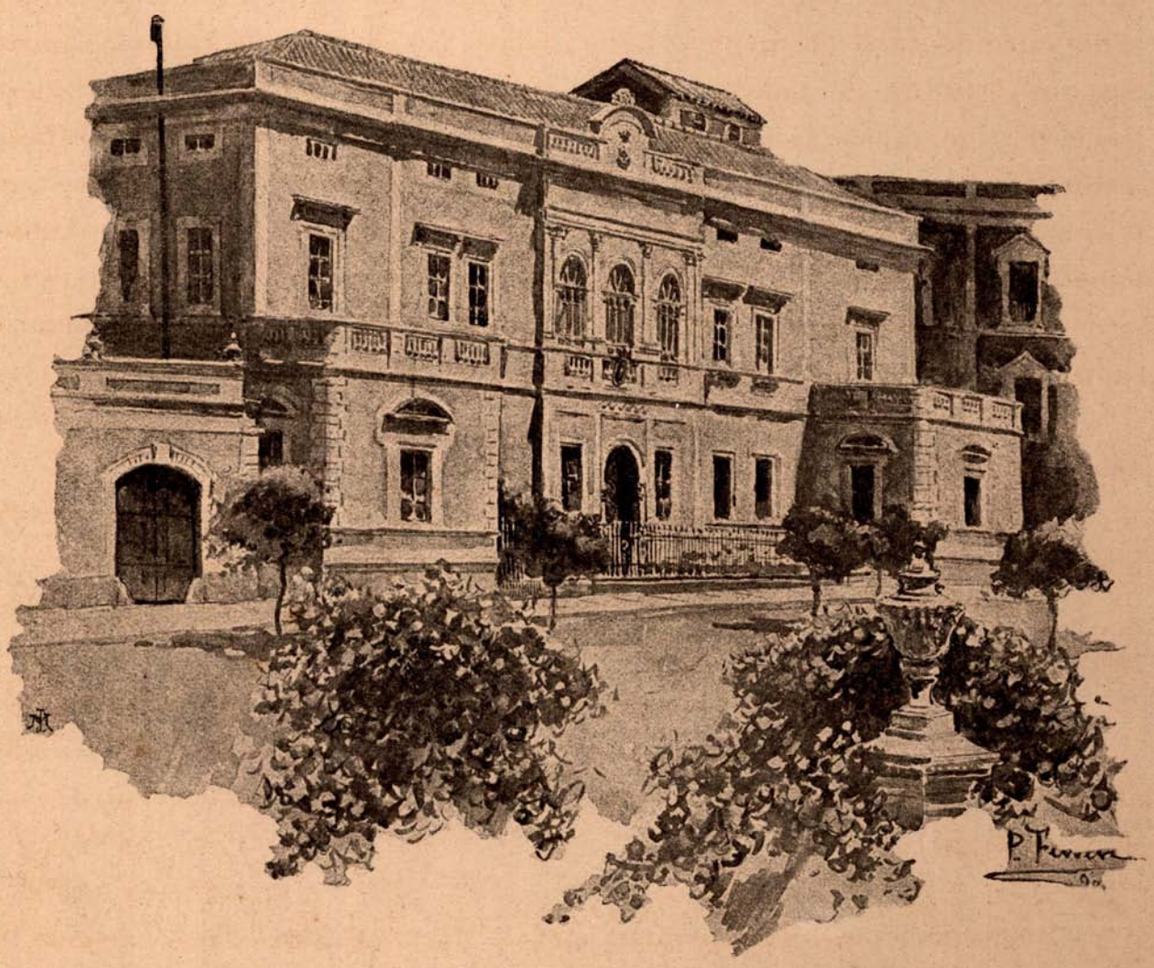
—Como que la estaba viendo á la par que revolvió V. el recodo de la calle, asomado al balcón, y por eso, porque le vi á V., he salido á su encuentro.

—Pero ¿vive ahí?

—Ahí.

Yo me quedé pensativo, acordándome de María Ceballos. Efectivamente, la conocía muy bien, aunque no tuve el gusto de tratarla aún. La conocía como á su prima inseparable, Natividad Menacho. Me las encontraba en todas partes: en los teatros, en los salones, en los paseos. Hablábanme de ellas todos, y, la verdad, á mí me gustaba oir á todo el que de ellas me hablaba. Por lo que oí en este y en el otro lado, supe que eran primas, que no se separaban jamás, que solían ir juntas á todas partes. Me chocó verlas siempre vestir lo mismo; y cuando pregunté sobre aquello, dijéronme que era costumbre de las primas hacía ya muchos años. Natividad Menacho y María Ceballos son dos hermosísimas mujeres, morenas, arrogantes, magníficas, rebosando vida, juventud. Parecían dos vigorosas esculturas que acabaran de recibir el divino y último toque

del cincel manejado por los genios. Yo las veía muchas veces, y quedaba como embelesado contemplándolas. Al arte hay que saludarlo donde á uno le salga al encuentro, y Natividad y María son dos artísticas mujeres. Tanta costumbre se tiene en Córdoba de verlas unidas, que cuando milagrosamente ven á una sola, dicen que va incompleta, que le falta algo incomprensible, un algo que la alienta, que la circunda, que la corona de luz; y lo que le falta es la compañía de la otra. Yo nunca experimenté la impresión esa, porque siempre las vi juntas. En



mis continuas excursiones por las afueras de la población, en mis paseos por el Gran Capitán y por la Victoria, y en el otro paseo de la Rivera, las encontré algunas tardes en su carretela, y me deslumbraron, como los ojos del poeta se deslumbran cuando de pronto y en jarro resplandeciente le son presentadas dos magníficas y exuberantes rosas. Son dos hermosuras enérgicas, atrevidas y delicadas á la par, de ojos negros, grandísimos, esplendorosos, que arden con las llamaradas del fuego divino de las vestales. En un certamen de la belleza femenil andaluza, Natividad y María hubiesen resultado peligrosas, á la verdad. Paris hubiérase visto en el mayor de los aprietos: le hubiera sido más



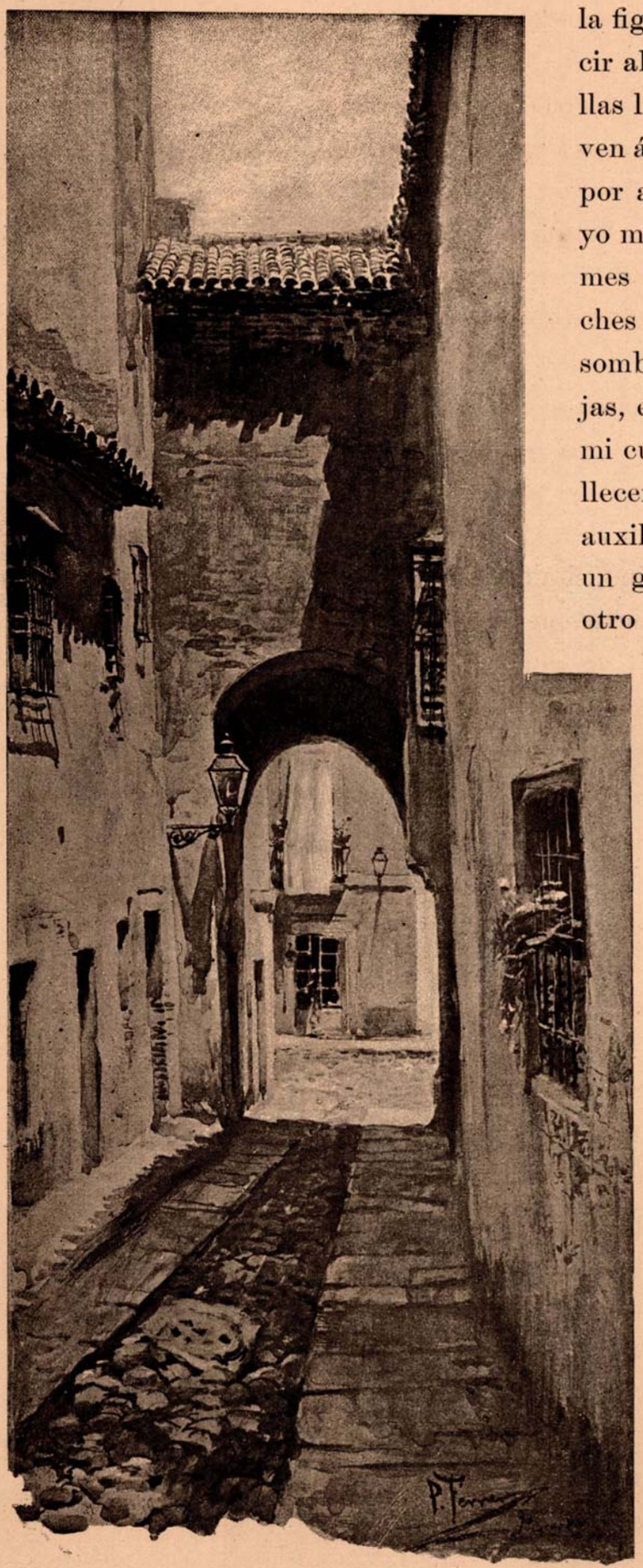
difícil juzgar entre Natividad y María que entre aquellas tres diosas divinas de la hermosura. ¿Cuál de las dos vale más? Imposible. Más que á Paris hubiérale sido fácil juzgar al joven siracusano, que allá también, por la época del esplendor de los griegos, para premiar la belleza de dos hermanas, dijo que las dos eran más bellas. Las dos famosas beldades eran de Siracusa y eran hermanas. María y Natividad no son más que primas, y no son de Siracusa, que son de Córdoba.

Pero no le hace: si son primas, como hermanas se quieren; y si nacieron en Córdoba, en Córdoba es donde están las mujeres más bellas del mundo... y de Siracusa.

Estuve poco tiempo en casa de Enrique Valdelomar, que no pudo acompañarme aquella noche porque iba á no sé qué asuntos á casa de la marquesa de Gelo. Yo no puedo deciros si me alegré ó me entristecí de quedar solo: sí puedo asegurar que caminé lentamente á la ventura por aquellas angostísimas y tortuosas calles cordobesas sin saber por dónde entraba ni por dónde salía. Iba pensativo, y no puedo precisar, no obstante, mis pensamientos de entonces. He recordado solamente, cuando quise traer á mi memoria el recuerdo de aquellos instantes, que, conforme yo avanzaba sin rumbo por los callejones de la ciudad de Lagartijo (que no siempre ha de ser de los Abderramanes ni de San Fernando), iban deslizándose por mi imaginación, como visiones dulces y tristes que caen, seguidas unas de otras, por un despeñadero, el ventorrillo del Brillante, la cuesta para subir á las ermitas, el alambrillo para tirar de la campana, los ermitaños, las ermitas, la humilde cruz de ladrillo, la calavera, los versos de la traviesa Antonia, el infame Mojino, el ahorcado del olivar, Pepe Cruz, y las dos primas Natividad y María como esplendorosas visiones que me quemaban los ojos y el cerebro con los rayos prepotentes y calcinadores de sus pupilas.

Quise orientarme del sitio donde me encontraba y me fué imposible: habíame perdido en las intrincadas revueltas. Las rayas que hizo Dédalo en sus dibujos para inventar el laberinto de Creta son tortas y pan pintado para lo que son las calles de Córdoba. A mí que no me digan: si el mismo Dédalo viniese á Córdoba y no llevase un práctico, se embutía, á lo mejor, en un portal, completamente perdido, para que lo recogiese un carro cuando pasara. Seguí, seguí sin preguntar á nadie, á la ventura, impasible al parecer, tranquilo, resuelto y demandando á los cielos benignos que me condujesen, sin naufragar, á puerto seguro.

¡Qué bueno es Dios! Me encontré de pronto al final de una calle algo pendiente. A mi derecha vi una botica y un boticario sentadito en su sillón, con unas barbas grises que la hubieran querido para ellos los santos varones de aquella tarde. ¡Jesus mío, qué barbas! Más cortas que aquellas barbas son todas las rayas unidas de los dibujos de aquel laberinto de Creta que ya mencioné. Pero lo que me impresionó verdaderamente no fué eso, valgan verdades: lo que me impresionó verdaderamente fueron las dulces y melancólicas lucecitas del Angel Salvador. Las luces del Angel Salvador están en una especie de torrecilla cuadrangular de la plaza que lleva el nombre del ángel, esquina del Ayuntamiento. Son dos farolillos cuyas luces arden toda la noche á expensas de la Casa de la Villa, y el objeto, misericordioso y dulce como ninguno: ¡guiar al caminante que se perdió en la sierra á las altas horas de la noche! ¡Ah! No en vano San Rafael es el ángel custodio de Córdoba. Por eso, allí entre los dos faroles, se ve

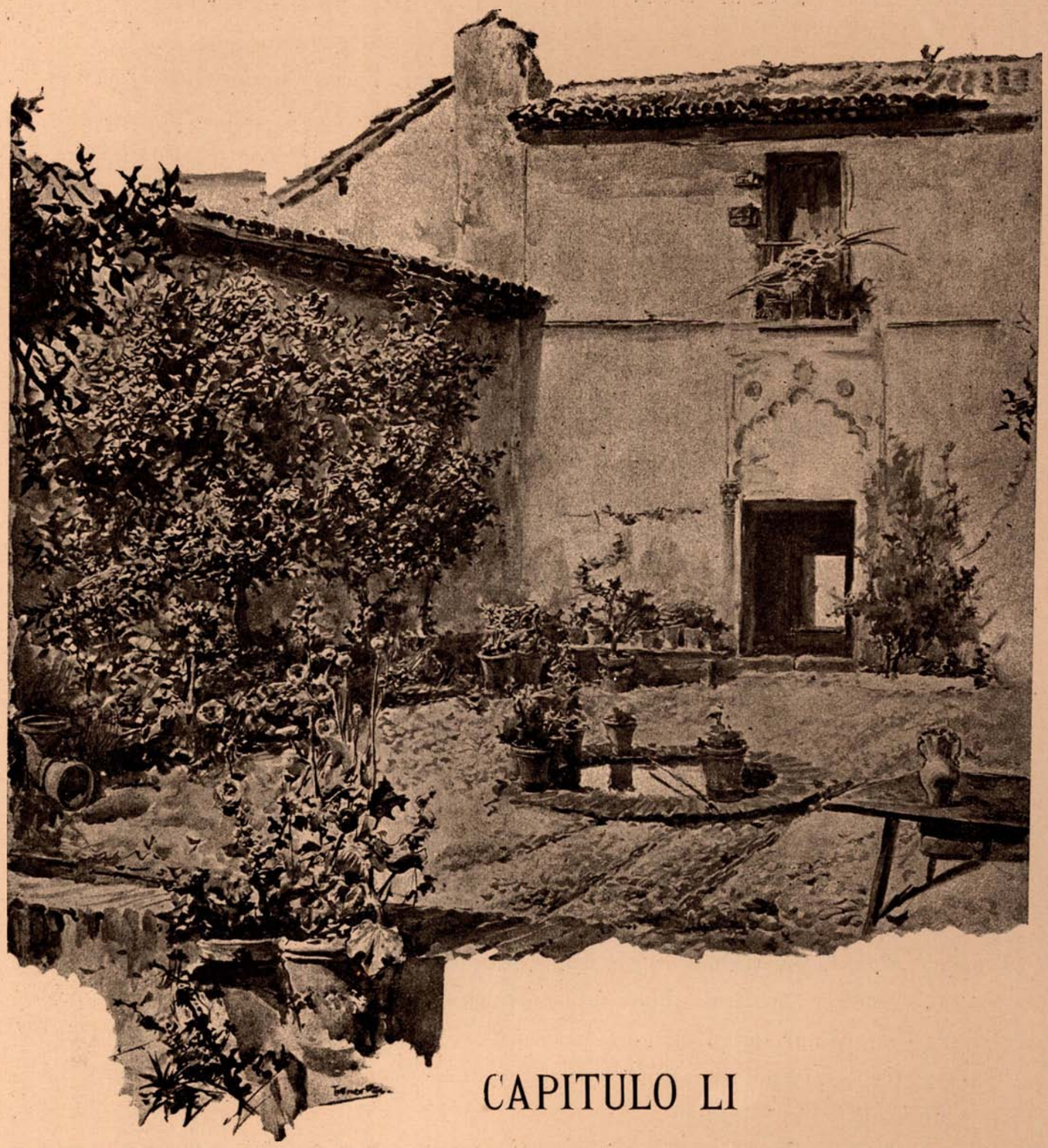


la figura de un ángel que parece decir al viajero de la sierra con aquellas luces:—Por aquí es: aproxímate, ven á mis brazos.—Yo viajé de noche por aquellas encrespadas montañas; yo me senté fatigado sobre los enormes picos, en las interminables noches de invierno; yo sentí, entre las sombrías torrenteras cubiertas de hojas, el bramido de los lobos; sobre mi cuerpo aterido, próximo á desfallecer, caían torrentes de agua. Sin auxilio ninguno, sin un pastor, sin un guarda que me socorriese, con otro hombre á mi lado, más desfallecido, más exánime que yo, y perdido en aquellas pavorosas sinuosidades de la sierra; veía allí, á lo lejos, como una esperanza bendita, las tristes luces de la torrecilla cuadrangular del Ayuntamiento, como dos lágrimas de súplica á Dios para que me permitiese encontrar el camino, y lo pude encontrar. Yo creía que Dios era implorado por el ángel y por eso hallé la senda.

También aquella noche las lucecitas del ángel vinieron en mi ayuda para sacarme de entre las barbas del boticario, es decir, del laberinto, peor que el de Creta, de los callejones de Córdoba. Sabía, pues, donde me encontraba. Subí para torcer al poco tiempo hacia la calle de García Lovera, y me las arreglé de tal suerte que di de manos á

boca con el Gran Capitán. Solitario estaba entonces el paseo, porque era ya muy tarde. Me senté á descansar un poco. Quedé pensativo acordándome de alguna de mis impresiones de Córdoba. ¡A cuantos buenos amigos tuve ocasión de conocer y tratar en aquel paseo, después de aquella noche de la inauguración de las mangas de riego en que el público desolado fué la víctima para el sacrificio del festival! Ya me parece haber dicho en otra ocasión que el Gran Capitán es un bello punto de recreo, para las noches de estío especialmente. No es que el Gran Capitán abunde en los suntuosos aparatos de ornamentación en que abundan esas avenidas de las grandes poblaciones, no es eso. Aunque cuenta con notables edificios, ocúrrele lo que á ciertas mujeres, que, siendo hermosas y todo, valen por su gracejo, más que por su hermosura. Además del Gran Capitán, tiene Córdoba muy agradables paseos, desde el de la Agricultura, que es bellísimo y de grande extensión, al de la Ribera, muy hermoso también, aunque poco concurrido; y el salón de la Victoria, donde se celebra la feria renombradísima de la Salud y las veladas de San Juan y San Pedro. El Gran Capitán es el favorito de los cordobeses. Este lugar amenísimo, poblado de naranjos, se extiende desde San Nicolás de la Villa hasta los Tejanes y cuenta con muy hermosos edificios, entre los cuales están los palacios de los marqueses de Geleo, y de los condes de Cárdenas.





CAPITULO LI

El patio de D.ª Carmen.-Etimología del nombre de Córdoba.-Algo de la historia cordobesa: Fenicia, Cartago, Roma y los árabes hasta Mahomet I

Cuando llegué aquella noche á mi casa, es decir, á casa de mi amigo, estaba ya Miguel esperándome: no Miguel el padre, sino el otro, su hijo. Esperábame, todas las noches que por casualidad no salíamos juntos, para echar un párrafo, y yo se lo agradecía. Andaba preocupadísimo con ciertas oposiciones que se le venían encima, como el otro que dice, y yo procuraba distraerle también.

Aquella noche, como otras muchas, nos sentamos en la banqueta del patio. Hacía un fresco delicioso. La multitud de macetas de flores exhalaban aromas mezclados y vigorosos que parecían adormecer nuestros sentidos. Yo por mi parte sentía una placidez interior allí recostado en la banqueta, que no comprendo como un instante de total indiferentismo puede causar un embeleso tan dulce. Veía destellar, á la luz de la luna, las flores rojas de las macetas, y allí á mi alcance tenía sobre una mesita la limpia alcarraza, cuya vista solamente hacía penetrar en mis pulmones un dulce frescor de los cielos. El patio de D.ª Carmen tiene para mí, además, el aliciente de la mayoría de los patios de Córdoba, que no hay allí artificio, no hay columnas de piedra de caprichoso orden arquitectónico, no hay baldosas brillantes como espejos, no hay fuentes de pilares estrellados, ni reliquias de ornamentos, como en aquel patio de Manolita. Es hermoso todo eso, es verdad: es artístico, sutil, refinado; pero el verdadero patio andaluz, para mí, es el que tiene, en vez de baldosas, un empedrado como el que ya dije de las calles de la misma ciudad; el que tiene toscos bardales en vez de muros estucados; el que se reviste de yedra al natural, es decir, dejando que nazca la planta por donde se le antoje; el ideal, el sencillo, el pintoresco, el de verdadera alegría. ¡Cuántas veces soñé yo despierto, medio tendido en mi banco de gutapercha del patio de D.ª Carmen!

Aquella noche tenía yo ganas de hablar y conté á Miguel todas mis impresiones desde que nos separamos y todo lo que hice. Se habló de los Valdelomar, de las primas María y Natividad, de los favores del Angel Salvador, de la Sierra, del boticario, de Pepita Gutiérrez de los Ríos; y cuando ya no había nada de qué hablar, yo le dije de pronto:

—Hombre, tú, que debes saberlo porque todo lo sabes, aunque no te parezcas á mi dama belga, hazme el favor de decirme algo de la historia de Córdoba. Yo, la verdad, sé algunas cosas no más, y entre ellas medio conozco la etimología de este nombre.

Miguel se echó á reir, porque dudaba que yo supiese *tanto,* y yo me ofendí en mi amor propio.

—¿Que no? ¡Lo dudas! ¿Dudas acaso de mi erudición en ese punto?

Se echó á reir otra vez. Aquello era ya demasiado. Me enderecé un poco sobre la banquilla, y, escogiendo un tonillo doctoral que pareció muy en punto, exclamé de una tirada:

—Cordunt, Corteba, Carta-tuba y Corduba. De las tres palabras primeras quieren los sabios hacer la etimología de Córdoba. El significado de la primera es *segur* ó *hacha.* Según Girón, un carmelita muy sabihondo que hubo, Corteba, palabra fenicia, significa *molino de aceite.* Según Bochart, otro sabio que

hubo, que yo no sé si era padre carmelita, Carta-tuba significa en hebreo, al decir del sabio número tres, Conde, *Ciudad buena*. No hay sabio, pues, que no se haya dado de cachetes consigo mismo, si no ha podido dárselos con otros, por enterarse al pormenor de cómo se llamó el año uno este pueblo, y de como se llamó el año dos el pueblo de más allá. Y resulta, de esta manera, que á cada pueblo de España le ha salido una pila de sabios para que cada uno le ponga un mote. Cuando el sabio se salió con la suya, quédase ya tranquilo, y respira á gusto, y se mira contento después de los quebraderos de cabeza de toda su



vida por enterarse precisamente de lo que al fin y al cabo no logra saber. Con Córdoba resulta lo que con todas las ciudades y con todos los pueblos, es decir que no resulta nada; y no es Corteba, ni Cartatuba, ni Cardunt ó Cordunt, ni música celestial; sino que se llamó pura y sencillamente Corduba, según se desprende de inscripciones y medallas antiguas.

—Todo eso es verdad,—me dijo Miguel;—se tienen dudas, como has dicho. Lo seguro es, en resumen, que la primera vez que habla la historia de Córdoba, es á la invasión de los fenicios. Fijáronse los fenicios en la parte meridional, sobre todo, de la Península Ibérica por su vegetación, su clima saludable y sus fuentes riquísimas de plata y oro. Parece que se instalaron primeramente en Eritya ó Eritrea, y en Cádiz después. Llegaron á Córdoba extendiéndose por la margen del Guadalquivir y ensanchando sus dominios fácilmente, por la dul-

zura de carácter y la afabilidad que desplegaban, utilizándose de diminutas embarcaciones para comunicarse entre las colonias gaditanas y cordobesas.

Vivieron siglos así, pacíficamente, empezando á civilizar con su contacto á los indígenas. Tuvieron que llamar los fenicios á los cartagineses para que les ayudasen á sostener con la fuerza lo que habían tomado con tanta tranquilidad, porque los iberos proclamaron su independencia; pero les salió á los fenicios la suerte respondona y, con el achaque de que iban en ayuda de los fenicios, entraron los cartagineses á las órdenes de Amílcar Barca, 238 años antes de Jesucristo, siendo Córdoba una de las primeras ciudades que conquistaron. Tomáronles los romanos rabia á los cartagineses después de crudas y horrorosas guerras en que Roma se humilló con frecuencia, hasta que Escipión sometió al fin á los cartagineses. El centurión Lucio Marco fué el conquistador de Córdoba. Con este motivo se fundó en la Península Ibérica la primera colonia romana.

Hubo sus más y sus menos, después, cuando la repoblación de Córdoba en tiempo de Claudio Marcelo, y hay algunos escritores que afirman por esta causa que Córdoba fué fundada entonces por el mismo Claudio Marcelo, sin que hubiera tal cosa de Fenicia ni de Cartago. El período de más interés para Córdoba fué durante las guerras de César y Pompeyo. Llegó César de Italia, entrando en Córdoba con setecientos jinetes, y se captó las simpatías de todos los pueblos de la Bética, haciendo que nombraran representantes que acudiesen á exponer sus quejas contra Varrón, representante en la Bética de los últimos restos del poder ya caído de Pompeyo.

Casio siguió á Varrón como pretor en Córdoba, y fué tan inicuo ó más que él, siendo destituído en un alzamiento popular.

Se refugió, en tanto, Pompeyo en Egipto después de la espantosa derrota de Farsalia, y allí murió. César no quedó tranquilo por eso: los hijos de Pompeyo, Cneo y Sexto levantáronse en armas. Córdoba, ardiendo en ira por la conducta del pretor Casio, abraza el partido de los hijos de Pompeyo. César lo sabe, se dirige en el acto al territorio español, junta sus legiones en Sagunto, rehúyenle los dos nuevos caudillos la batalla en aquella ocasión, y se reconcentran hacia Munda. César les hace frente de nuevo. Los pompeyanos aceptan, y se riñe al fin la batalla más terrible que registra la historia. Lo que hizo más célebre esa batalla fué el acto de inaudita crueldad del caudillo romano de cortar las cabezas á los treinta mil hombres que besaron el polvo entre heridos y muertos, con cuyas cabezas hizo una muralla que cercó á Munda. Como hechos memorables para Córdoba, está el haber sido incendiada por César para concluir de una vez con el foco de los partidarios de Pompeyo en

sus hijos; las horribles crueldades, después, de Livio Severo, pretor de Córdoba en la época de Tiberio, sucesor de Augusto, al principio de la era cristiana. En tiempo de Vespasiano adquirió mucho renombre la ciudad cordobesa bajo la suave legislación de Plinio el mayor, alcanzando su total desarrollo y florecimiento en las épocas de Trajano y Elio Adriano.

No supo después, el moribundo imperio, defender á Córdoba de las salvajes arremetidas de los hombres del Norte, y los vándalos y los alanos hiciéronse dueños de la ciudad. Roma llamó en su auxilio á los visigodos que venían del septentrión; y Ataulfo, jefe de los visigodos, después de arrojar á los invasores, fué el primer monarca español, fundando un reino tributario de Roma.

Pusiéronse los cordobeses en contra de Ataulfo: ni éste ni sus sucesores pudieron dominarlos. Al fin, después de infinitos esfuerzos, Leovigildo logró conquistar á Córdo-



ba. San Hermenegildo la escoge para defenderse de las iras de su padre. Siguió Córdoba en poder de los godos hasta el tiempo de D. Rodrigo. Ya se sabe la funesta historia del conde D. Julián y la tal Florinda, que revolvió medio mundo con sus *cosas*, y que por causa de todas estas cosas se riñó otra batalla en Guadalete, famosa por la importancia que revistió en los anales españoles. Cosas de Florinda.

Los formidables ejércitos de Tarik fueron divididos por éste en tres ejércitos; y uno de ellos, que mandaba Mugueiz-el-Remus, fué el designado para tomar á Córdoba. Hay distintas versiones referentes á los medios de que se valió el Remus para apoderarse de la ciudad, pero se apoderó de ella. Sucedió á Tarik, en el emirato de España, su hijo Abdelaziz, generoso y noble como su padre. Fué asesinado éste por órdenes misteriosas del califa de Damasco, y fué su muerte llorada, con profundo dolor del pueblo y del ejército. Sucedió á Abdelaziz su primo Ayud, y Córdoba fué también afortunada con este noble rey, que hizo en la población grandes mejoras y grandes justicias; pero el califa, receloso siempre, le depuso por el delito de ser de la misma sangre que sus antecesores. Le siguió Alkaur-ben-Abderrhamán, destituído también por las infamias que cometía entre sus súbditos, y le sucedió Alsanaak-ben-Malek que se conoce en las provincias con el apodo de *Jama*. Fué mejor todavía para los cordobeses que los tres primeros. Murió como valiente cuando quiso apoderarse de Tortosa, después de dejar en Córdoba recuerdos gloriosos de civilización, de cultura y de florecimiento.

No tendría yo sitio bastante para apuntar con todos sus detalles las series de sucesos militares y políticos que ocurrieron en Córdoba hasta que se llevó á término su independencia, erigiéndola en califato y subiendo al trono un bello y noble príncipe de resuelta altivez, que fué Abderrhamán-ben-Moavia-ben-Hixem-ben-Abdelmelik-ben-Meruán. Este rey mandó labrar la ruzafa en 756 é hizo muchas mejoras en la ciudad, y empezó á dotarla de aquellos balsámicos jardines, envidia de los de Oriente, que fueron el asombro del mundo. Reinó treinta años, y tuvo los sobrenombres de *Justo* y *Benigno*.

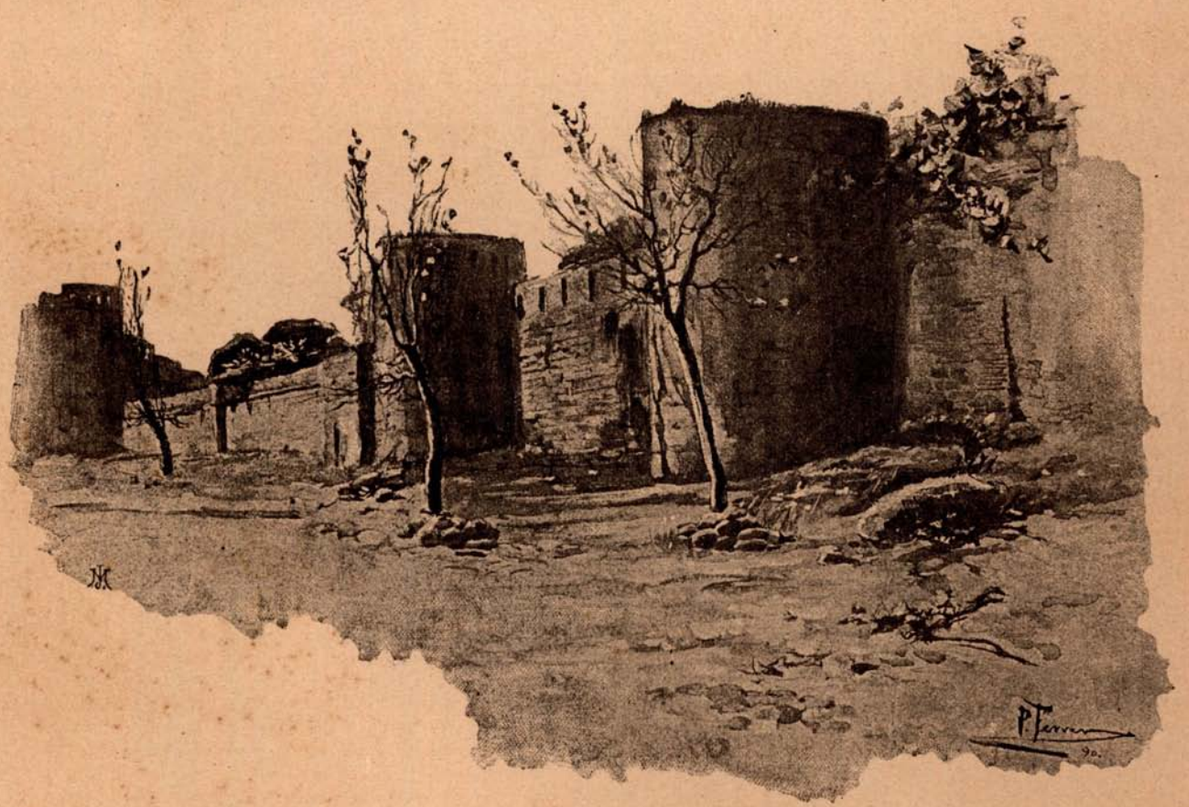
A Abderrhamán I sucedió su hijo Hixem, bondadoso, dulce, valiente y sabio, que siguió la táctica de su padre, ganándose hasta el frenesí el amor de los pueblos. Hixem logró ver terminada la mezquita y reedificó el puente de Córdoba, construído en la dominación romana. Reinó Hixem cincuenta y siete años y siete meses, falleciendo en 796 y sucediéndole su hijo Alhakem, el reverso completamente de su antecesor. Este rey, de alma de demonio, hizo decapitar en un solo día trescientos de sus mejores guerreros por sospechosos de conspiración contra él. Creó una guardia permanente de cinco mil soldados para

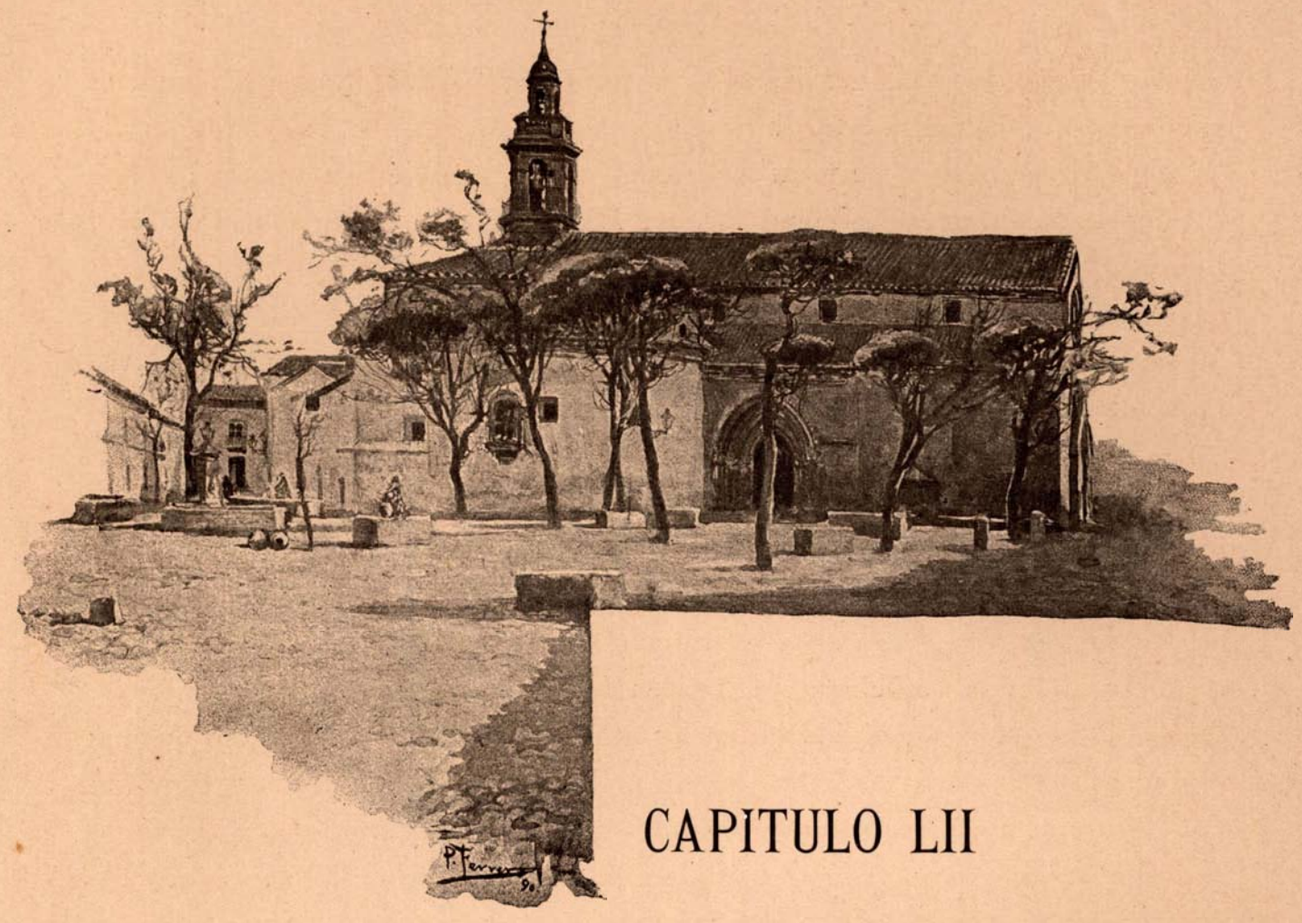


... el paciente borriquillo quedábase mirándola.

defensa de su persona. En uno de los muchos motines que se alzaban contra él, mandó clavar vivas en estacas á trescientas personas. Falleció en mayo de 882, sucediéndole su hijo Abderrhamán II, valiente, emprendedor y grande como el primer Abderrhamán. Su reinado fué de continuas guerras, contra Abdallah en primer lugar, contra los francos y los normandos después. Levantó á Córdoba á un esplendor fantástico, labró las ruzafas en infinidad de mezquitas, se alió el emperador de Constantinopla, impulsó poderosamente la instrucción pública, perdonó los impuestos muchos años, pagó todas las escuelas de su tesoro particular, convocó el célebre concilio católico para esclarecer sus dudas sobre la cuestión de los mártires, y murió en 852, sucediéndole su hijo Mohamed I, que señaló la época de su legislación con las sangrientas persecuciones á los cristianos. En dicha época padecieron martirio San Eulogio y Santa Leoncia. Falleció este rey en 886.

Calló Miguel, porque habían llamado á la puerta. Nos extrañó mucho que á tal hora nos interrumpiesen. Salió Miguel y volvió á poco con una carta para mí.





CAPITULO LII

El relato de D. Anselmo.-La plaza de la Magdalena.-Tradiciones.-La carta de D.ª Angustias.-Los dos rivales

Qué ocurriría? ¿De quién era aquella carta? La abrí apresuradamente. Era de D. Anselmo. ¡Muy grave sería la cosa! ¡D. Anselmo escribía, y escribía á tal hora! Me apresuré á leer temiendo una catástrofe.

«Acabo de volver trayéndome al amigo Pepe en bastante mal estado. No puedo faltar de aquí. Venga V., porque quiere hablarle sobre un asunto de verdadero interés.»

Llegamos á la fonda y encontré á D. Anselmo junto á la cabecera de la cama de Pepito. A la par que yo, entraba un médico y estuvo examinando al paciente.

—¡Bah!—dijo el médico.—Es poca cosa: un fuerte ataque nervioso. Mañana está bien ya. ¡Jesús, qué hombre! Será preciso tener cuidado con él,—añadió dirigiéndose á D. Anselmo y á mí.—Es una complexión vigorosa, pero sin sangre casi: es todo nervios. Sin duda habrá pasado algún disgusto muy grande. Si fué contra algún prójimo, debe dar gracias á la suerte de no haber estado junto á él, porque no lo contaría luego. Vea V., vea V. cómo aprieta los

puños y como vuelve las pupilas. Eso se quita con el acónito, pero me apena mucho, porque yo podía estar durmiendo ahora.

Efectivamente: yo me precio de buen amigo también, y tomé á escape el camino de la puerta. Viéndome así Miguel, quiso acompañarme y allá fuimos.

Mañana estará completamente bueno.

Se fué el hombre cuando se quedó Pepe tranquilo, y yo pregunté á D. Anselmo inmediatamente:

—Pero ¿que es lo que ha pasado?—pregunté á D. Anselmo en voz baja.

—Espere V., hombre, que me quite las botas,—contestó D. Anselmo;—que con estos asuntos no le queda á uno lugar para nada.

Se quitó las botas conforme lo dijo, y, dándole vueltas al palillo entre los dientes, empezó á pasear por la habitación descalzo. Tenía el sombrero aún en la cabeza, la levita abrochada y el bastón en la mano.

Confieso que se me olvidaron los asuntos de Pepe ante la hilaridad que me producía la facha de D. Anselmo mientras iba paseando.

—Pues ocurre,—exclamó de pronto,—que el amigo Pepín está guillado de remate; y si yo lo sé no vengo á Córdoba para que viniese él luego y nos encontráramos, ni voy luego con él á Sevilla.

—¡Cómo! ¿Habéis estado en Sevilla?—pregunté interrumpiéndole.

—En Sevilla, hombre, en Sevilla,—contestó Anselmo con voz lamentosa, metiéndose con rabia el palillo entre dos dientes;—en Sevilla, porque ese hombre que V. ve ahí en esa cama acostado, se volverá loco.

—Pero, hombre, ¿por qué?

—Porque tiene una novia á quien no puede olvidar, y debe ser mala la pobrecita como el mismísimo diablo, coqueta, orgullosa, dura de corazón, infiel. Si es lo que yo le digo á Pepe todos los días: «—Déjala, hombre, déjala, que hay mujeres á granel por ahí; déjala, y, ya que tienes el corazón como el de esas personas que suele haber en el mundo, que sufren y padecen, aguanta el resuello un poco y no pienses más en ella, que ya vendrá por ahí un clavo para sacarte ese.» Pero el amigo como si tal cosa y siempre en la misma. Yo estoy que trino, pero todo será hasta que el gallo me cante: en cantándome el gallo se concluye esto, porque tiro del *Tio Tenazas* y V. verá la que armo. No puede V. figurárselo, hombre. Lo que á mí más me apura es lo celoso que es: en cuanto se toma de celos, no ve diez en un burro, y, sin decir oste ni moste, allá va: se echa al zurco y reparte palos de ciego. Después, como á las casas viejas, todo se le vuelven goteras, y, como quien debe teme, resulta que, como él es así, todo se le vuelve pensar que van á engañarle cuando no le están engañando aún; y

pasa que sufre doble por hoy y por mañana, por aquello, en fin, de *tolón, tolón, gamusinos al zurrón.*

—Pero, hombre, dígame V. ya, por María Santísima: ¿qué es lo que pasa?

—Que ha estado volviéndome loco todos los días con una carta que esperaba, y que en vez de esa carta, por lo visto, recibió otra que le ha dado un sofocón de padre y muy señor mío. Se puso pálido primero, lívido después, colorado más tarde, azul á seguida, verde por último, y, después de haberse puesto de todos esos colores, hizo la carta pedazos, rugió, pateó, la cogió luego, fué á buscarle á V., no le encontró, vino, me cogió por un brazo, me llevó á remolque hasta la puerta, nos metimos en un coche, nos llevó al tren, nos encajamos en Sevilla, pero no llegamos á Sevilla, como era nuestro primer intento, no: desistió del viaje en mitad del camino. Iba convulso, loco. Bajó en una estación, esperamos al cruce, volvimos, y todo se le volvía decir: «—Yo le mato, yo le mato.»



—Pero ¿á quién iba á matar?

—Pues al que trajo la carta.

—Pero ¿no vino por el correo?

—No, hombre: la trajo un mozuelo que huele á valiente y á cascarrabias en seis leguas á la redonda; un señorito andaluz que deslumbra, guapo como él solo y fino como él solo. Todo eso es lo que sé, porque yo no leí la carta, y ya le

dije lo que ocurrió á seguida; y después de la vuelta, al llegar aquí, mire V. cómo se puso que no ha podido hablar con V. siquiera, con esos malditos nervios que no me dejarán dormir esta noche.

No añadió una palabra más D. Anselmo, y siguió paseándose silenciosamente, con una bota en la mano, el palillo en la otra, el sombrero de copa puesto y aleteándole los faldones de la levita.

Quedé yo silencioso y pensativo, y esperamos algún tiempo así. Yo reflexionaba, queriendo buscar en vano la causa de que el amigo Cruz hubiese ido á buscarme antes de marchar á Sevilla y hubiese querido luego volver, pidiendo hablar conmigo inmediatamente.

Quedó el enfermo un poco tranquilo, y yo me fuí con Miguel, excusándome con D. Anselmo. Hacía una luna clarísima. Anduvimos calles y calles sin ganas ningunas de acostarnos; y recuerdo que aquella noche, ó aquella madrugada, mejor dicho, fué por el barrio de la Magdalena.

—Tú eres un libro abierto,—decíale yo á Miguel á cada paso, echándome á reir porque á cada paso me salía con una anécdota ó con una historia. Pero con Miguel no había quimera posible: Miguel era el reverso de la señora de la nariz: Miguel es tranquilo, calmoso, habla con lentitud, mide cada una de sus palabras. Cuando pasábamos ante la iglesia de la Magdalena me dijo:

—Hay creencias de que ese templo data de allá, del principio del cristianismo y de que se le titulaba *de la Encarnación* en la época de los godos, cuando los árabes se posesionaron de esta ciudad. Conforme al gusto de aquella época, su exterior es gótico bizantino. Su torre primitiva fué un raquítico campanario. Su exterior es de mal gusto generalmente. Su archivo poquísima curiosidad infunde. La fecha del principio de sus anotaciones de casamientos fué en 1573; la de las defunciones en 1616. Antiguamente salía de todas las iglesias de Córdoba una procesión el día de la octava del Corpus. Estas procesiones rivalizaban unas con otras, viniendo á ser como una especie de cofradías sevillanas, aunque nunca llegasen, ni con mucho, al esplendor de aquéllas. La iglesia de la Magdalena fué la que más se distinguió siempre en dichas procesiones. Hacia el año 1549, se cuenta que esa parroquia hizo aprestos como nunca para su procesión, y podía hacerlos en verdad, porque pertenecía al barrio casi toda la nobleza de Córdoba, y aquí es cuando llega la tradición que yo quería contarte. Entre las muchas personas distinguidas que fueron invitadas de los otros arrabales de la ciudad, había un vecino de Santa Marina, de lo más noble y lo más bizarro que puede contarse, y con tanto orgullo á la par como nobleza y bizarría. Se formó la comitiva religiosa; y como tenía allí todo el mundo derecho á llevar cirio, de la misma manera que todo el mundo era dueño

de contribuir con su dádiva mayor ó menor al más bello resultado de la fiesta, resultó que un campesino iba cerca de D. Luis, marchando los dos juntos. Tomó el noble á ofensa que el plebeyo le fuese al lado. Contestóle el plebeyo que si Dios no le echaba de Sí, mal podía echarle él, y que no se apartaría. Replicó D. Luis. Volvió á lo mismo el firme patán de que quien iba junto á Dios, que valía más que los hombres, bien podía ir junto á él sin menoscabarle. Sacó D. Luis su daga, la hundió en el pecho del campesino, y cayó éste á los pies del cura que conducía el Sacramento. La confusión fué espantosa. El asombro y la pavura inmensos. D. Luis hizo para meterse en la iglesia y quedar en sagrado. Nadie osó detenerle; pero de pronto se le abalanzó una mujer como una leona, y aprisionóle con sus brazos, con sus dientes, con sus pies, quitándole toda acción y haciendo imposible su huída. D. Luis no pudo guarecerse en la iglesia. La mujer que así le cogió era la del campesino asesinado.

D. Luis fué detenido en la torre de los Donceles. La familia del noble mozo trabajó, como debéis suponer, para arrancarle á la justicia. No había podido lograrlo, pero tenían seguridad de ello. Al asunto, por lo pronto, se le dió largas. Trascurrió un año: salió la procesión de la Magdalena otra vez, pasó por la torre de los Donceles, D. Luis, se asomó á una almena para verla pasar, al apoyarse sobre ella se vinieron abajo la almena y D. Luis, y la piedra aplastó el cráneo del hombre. A nadie tocó la piedra más que á D. Luis. Se oyó entonces una voz solemne que decía:—¡Justicia de Dios!—Era la viuda del campesino, que no lograba conseguir justicia de los hombres. Dios había querido que ella viese el castigo de igual modo que vió la culpa. Sí: era la viuda del campesino asesinado, que cayó de rodillas para rezar á los pies del asesino muerto.

—Vamos,—dije á Miguel,—no ha estado mal tu historia.

—Cada puerta, cada balcón, cada piedra de Córdoba, tiene una. De éste barrio no más, estaría contándotelas, sin concluir, la vida entera; y eso que yo no las sé todas.

Nos habíamos detenido en la plaza de la Magdalena. Esta plaza es la tercera de Córdoba en extensión. Su magnitud ha sido causa, en antiguos tiempos, de que fuese el lugar donde celebraran los festejos, donde se proclamasen los reyes, donde la multitud bullanguera se regocijase en días de jolgorio popular y donde pasaran, en fin, innumerables aventuras. En esta plaza fué donde se dieron las famosas corridas de toros de los días 14, 16 y 7 de Junio de 1749; todas en días de trabajo, porque en días festivos no podían trabajar los que tenían el oficio de toreros. El toril, según dice Ramírez de Arellano en sus *Paseos por Córdoba*, estuvo en las callejas de Santa Inés, y la presidencia en la torre de los Donceles. Pepe-Hillo mató en otra función de toros que se orga-

nizó con motivo de un festival en la profesión de una monja. En 1804 se celebró en la plaza de la Magdalena la feria de la Fuensanta con motivo de la epidemia. Por la misma razón se puso también allí la feria en 1835.

Calló Miguel, y continuamos algún tiempo nuestro camino. Yo le hacía preguntas sobre preguntas, y al hablar de las fuentes díjome:



—Las fuentes públicas son más de cuarenta, y recuerdo yo la de la plaza de las Cañas, la de la puerta del Puente, la de la plaza de San Pedro, de San Andrés, la Magdalena, del Potro, de los Olmos, de San Lorenzo, de San Agustín, de Santa Catalina, del Salvador, de la Corredera, de la Almagra, de San Nicolás, Tendillas, Pineda, Capuchinos, Aladreros, Santa Victoria; y están, además, las fuentes del campo de San Antón y Madre de Dios, la del cementerio de San Miguel, la de Lujanes, Paseo, Fuentecilla, Piedra-escrita, plazuela de la Cárcel, Caño Gordo, y las de las calles del Cister y de Aladreros.

—¡Pues echa tú ahí fuentes!

—Las que hay,—contestó Miguel con mucha modestia.—En cambio no estamos de relojes públicos tan bien como está Sevilla, según he podido leer en la parte de tu libro que ya va publicada. Aquí no hay más que cinco: el de la Catedral, el de la Compañía, el de Santa Marina, el de la Corredera, y otro, por último, en el paseo del Gran Capitán.

—Bueno, hombre, no te eches á llorar por eso,—dije yo al ver su cara compungida;—habla de otra cosa, de las ferias por ejemplo.

—¡Ah!—dijo Miguel animándose.—Dos nada más se celebran: ya tú lo recordarás. Son las de la Fuente-Santa y de la Salud, y ésta últimamente es importantísima, y sólo puede competirla en las comarcas andaluzas y en todo el resto de la Península la no menos famosa de abril que se celebra en Sevilla. El real de la feria de la Salud se sitúa en el paseo del mismo nombre y parte del hermoso salón de la Victoria. Las casillas del real y las tiendas del Ayuntamiento y otras corporaciones son de un lujo que sorprende. El derroche de luces para la iluminación del real es extraordinaria: sólo una fuente situada allí, consume en su iluminación más de siete mil luces. Siguiendo ya en cosas de fiestas, puedo decirte que las de Carnaval han sido siempre famosas aquí. Donde acuden las grandes mascaradas es el salón de la Victoria. En este salón celébranse asimismo las veladas de San Pedro y de San Juan, que son muy fastuosas. Hay otras veladas, como la de San Lorenzo, de que tú has hablado ya en tu libro. Están, además, las romerías de la Candelaria, de la Virgen de Linares, y la romería al carrozo de las piedras y la de San Alvaro, de que también tienes noticia.

Al llegar á casa me acosté pensando en Pepito Cruz.

Era muy temprano cuando me dispertó Enrique diciéndome que Pepe Cruz quería hablarme. Di un salto de la cama y me vestí apresuradamente. Salí á su encuentro: estaba pálido como la anterior noche y todavía convulso.

—Vea V.,—me dijo Pepe entregándome una tarjeta;—¿conoce V. á ese hombre?

—¡Ah!—exclamé, no pudiendo contenerme. Era una tarjeta de Ramón, de aquel bravo muchacho, á quien me presentó Manuela en la Tejadilla. Otra idea pasó repentinamente por mi cerebro, y entonces fué cuando tuve que hacer un violentísimo esfuerzo para no mostrar mi sorpresa: aquel Pepe Cruz era el novio de Manolita. Quise disimular esperando los sucesos, y contesté tranquilamente:—Y usted ¿le conoce?

—Yo no, y por eso le pregunto: quisiera saber quién es.

—Pero, veamos, ¿cómo sabe V. que yo podría darle noticias de mi amigo Ramón?

—Porque ayer, al entregarme en la fonda una carta que me trajo de Sevilla, me preguntó luego si vivía V. por casualidad allí mismo, porque, sabiendo que estaba V. en Córdoba, quería aprovechar un momento y saludarle.

—Bueno: ¿y se lo dijo V?

—Sí.

—Y ¿qué quiere V. que yo le diga de Ramón?

—¿Que le ha dicho él á V. de mí?—pregunté reservadamente.

—Que era V. su verdadero amigo.

—Y ¿nada más?

—Nada más. Yo no tenía deseo ninguno de oirle, porque sólo tenía él tiempo para hablarme de la mujer única á quien yo quiero en el mundo.

—¡Hombre! Y ¿eso le molestaba á V?

—He comprendido que él también la ama.

—Y ¿á V. que le importa eso, si V. es el correspondido?

Pepe se calló, pero le vi inmutarse más todavía: vi como los celos estábanle allí mordiscando el corazón.

—Mire V.,—me dijo Pepe como en un arrebato de pasión;—yo tengo una novia que es un ángel. La adoro con locura y tengo celos siempre: yo no sé de qué serán esos celos. Cuando reflexiono en esas cosas comprendo que es doloroso y ofensivo para ella, pero lo perdona porque no lo puedo remediar. Ella tiene unos padres que son unos santos. Ella no hace nada sin mi consentimiento, ni á misa va siquiera sin decírmelo antes. Yo me disgusté por no sé qué cosa. No la escribí. Pasaron algunas semanas, y la telegrafié luego, desde donde yo había llegado, para que me escribiera á lista de correo: no recibí carta. La escribí: tampoco me contestó. La vuelvo á escribir, y el mismo silencio. Vive en Sevilla: yo no quería ir sin tener carta suya antes. La escribo la tercera vez, y tampoco. Pienso ya en ir á Sevilla, y recibo una carta á la mano que me entrega ese Ramón. La carta es esta. Léala V.: yo quiero que la lea V.

El dolor de Pepe era espantoso diciendo esto: no sabía yo cómo consolarlo. ¡Ah, Pepito! ¡Cómo uno se equivoca durante la vida en el mayor número de ocasiones! Aquel odiado, aquel aborrecido Pepe, aquel novio de Manuela á quien veía yo á todas horas como un engendro de la Naturaleza, resultaba un hombre estimadísimo, que me inspiró una simpatía profunda desde que le conocí y que me hacía padecer con aquellas mismas flaquezas de los celos que tanto desagradaban y hacían padecer á Manolita. Tuve que leer la carta:

«Querido Pepe: Las tres cartas que á Manolita has dirigido las recibí yo y las leí. Manuela está en Jaén con su padre, y, como estoy convencida de que se halla muy á gusto, me dolía pensar que tus cartas pudieran robarle la tranquilidad otra vez, y las he abierto para juzgar si debía mandárselas ó no. Efectivamente, no se las he mandado, y te advierto que me apresuré á escribir á mi marido desde la primera tuya que leí, para que esté con cuidado y recoja las cartas que á Manuela se le dirijan. Tú puedes pensar lo que gustes: á mí no me importa; pero yo te aseguro que me encontré con cierto desahogo en el pecho cuando me he decidido á ser madre de una vez, no permitiendo, como no lo permitiré nunca, que vuelvas á hablar con Manuela en calidad de novio. En cual-



—¡El cochinito!... ¡El cochinito!...
—¡Ay *Dio*!... ¡La alegría de la casa!

quier otro sentido acuérdate de la ternura que te profesó desde tu niñez una pobre vieja que por tu genio extraño se verá privada de la grande alegría de poderte llamar hijo.

»Pero no dudes que sufre por eso y como á un hijo te querrá siempre

»ANGUSTIAS.»

Yo me quedé con la carta en la mano, y miré á Pepe con tristeza. Confieso con toda la veracidad de mi alma que no había en mi corazón amor á Manolita, ni apasionamiento por lo tanto. Lo digo de una vez: no había en mí preferencias para aquellas personas que tanta estimación me merecían. Yo hubiera dado la felicidad de toda mi vida restante por que hubieran sido felices Manolita y sus padres, y, lo que es más difícil, por que lo hubieran sido á la par Pepe y Ramón. A todos los quería yo igual en aquel momento. Iba á contestar á Pepito Cruz, cuando entró una criada entregándome una tarjeta. Me turbé de una manera extraordinaria, y no supe cómo salir de semejante conflicto. Aquella tarjeta era de Ramón, del buen amigo Ramón, que me había encontrado, con las señas que le dió en la fonda el mismo Pepe.





CAPITULO LIII

Entrevista de Pepito con el autor.-Un párrafo de cierta carta de Manolita.-La Plaza de Toros.-En el patio de los Naranjos.-En la Torre.

Estaba visto que mi amistad con Manolita me había de costar grandes disgustos. El caso era que les tenía allí á los dos y que Manolita estaba lejos. Alguna cosa hubiera yo dado por que Manolita hubiese estado allí en lugar de los otros, y que los otros se hubieran ido á Jaén ó donde les hubiera venido en antojo. No, y es que á Ramón no le haría yo el desaire de no recibirle porque estuviese allí Pepito. Le rogué con criado que me esperase un poco, y seguí hablando con Pepe. Tenía yo la carta en la mano aún, y le dije devolviéndosela:

—Parece mentira que un hombre de talento pierda la razón de ese modo

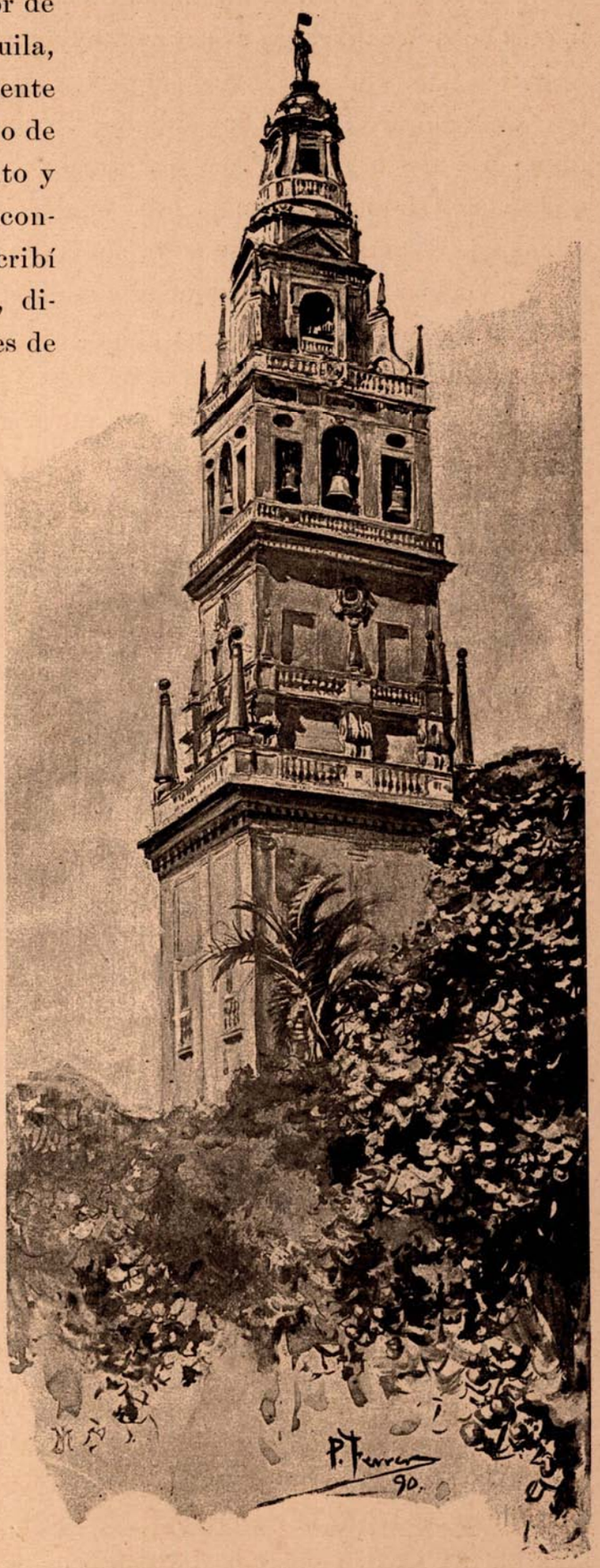
por tales tonterías, y que se preste así á las censuras que hagan de él los demás. Oiga V. bien lo que le digo: Manolita no ama á Ramón; Manolita ama á V. ¿Qué le importa á V. de ese modo que Ramón ame á Manolita ó no la ame? Con esas continuas disidencias que por su carácter de V., irascible y celoso, se levantan entre Manolita y V., concluirá á la postre, yo se lo aseguro, por tener el desprecio de Manolita, que es lo que á V. ha de matar. Ella es buena como los ángeles, y V. la hace sufrir teniéndola esclavizada. Se esclavizó con gusto por V., pero todavía no le despreció luego, aunque V. dudaba de ella á cada instante, ofendiéndola y martirizándola en su corazón y en su amor. V., Pepe, va por mal camino, créalo: tiene ya perdido todo el terreno, porque D:ª Angustias, ya lo ve V., se acordó de que era madre al fin y de que debía poner término á esas cosas, y seguramente está de acuerdo con D. Andrés, que tampoco las consentirá. Respecto á Manolita, yo le digo á V. que está casi curada, ó curada totalmente, de su amor; que está contenta y alegre, y que será muy difícil que V. obtenga una palabra de amor de ella si no trabaja V. mucho para conseguirlo, dominándose, aprendiendo á ser de otra manera, amándola más, en fin, y respetándola como se debe. Es un consejo de amigo el que le he dado: V. lo toma como quiera.

El estupor, un estupor inmenso é inexplicable, fué lo que se apoderó de Pepito al oir mis primeras palabras, comprendiendo que yo conocía perfectamente á su novia y á la familia de su novia. Pero después de aquella impresión quedó callado y lo olvidó todo con lo que le dije. Fué un verdadero golpe de muerte aquello de que Manolita podría pasarse perfectamente sin él. Era un mundo aquello para Pepito, pero un mundo que le aplastaba. Yo quise acabarle de aterrar esperando conseguir de ese modo mi intento de que variara su modo de ser con respeto á Manolita, porque lo comprendía como el único modo de que pudieran ser felices. Saqué una de las cartas que había recibido de ella últimamente, busqué un párrafo y se lo di á leer.

«Respecto al asunto del último párrafo de su primera carta, no le he contestado antes, ni le quisiera contestar hoy, porque es cosa de que no deseo hablar absolutamente; pero como yo sé que su insistencia obedece á la estimación que me profesa, de la que yo me enorgullezco, voy á decirle la verdad. Gozo de bastante quietud: los aires puros de la Tejadilla me sentaron admirablemente. Yo creo que mi alma ha de vestir luto por el amor de Pepito, ese amor que tanto me hizo padecer y que está á punto de morir. Pero yo le seré á V. franca: no vestirá mi corazón luto negro: será blanco, como á la muerte de los ángeles, y no habrá lágrimas al morir. Habrá fiesta, como se estila también en nuestro país á la muerte de los angelitos. Habrá fiesta y repique de gloria. Todo esto

dependerá de lo que él haga. Por de pronto yo estoy conforme y tranquila, de antemano preparada perfectamente á todo lo que sobrevenga, al ladito de mi padre siempre, que es un santo y que está loco de placer de verme contenta. Y, en fin, señor: como le escribí hasta ahora lo haré en adelante, diciéndole solamente mis impresiones de Jaén. Eso fué lo pactado, y no hablar de Pepito ni de mí. Su amiga hasta la pared de enfrente

»*Manuela.*»



Pepe me dió la carta y me asusté yo de observarle en aquel momento. No me hizo una pregunta siquiera referente á mi amistad con Manolita. No tenía aliento ni voluntad para nada. Comprendíase que un dolor profundo le flagelaba el corazón. Aquel estilo del párrafo en que aludía á él, aquella frialdad manifiesta, aquel tono indiferente sin afectación, fueron otras tantas agonías por que fué pasando el alma de Pepe. Manuela no le quería ya. Se ocultó la cara entre las manos, y permaneció así algunos instantes en un silencio doloroso que yo respeté. Levantó la cabeza al fin. Tenía la cara encendida por la fiebre, los ojos secos y chispeantes, y con un acento que me dió frío preguntó lentamente:

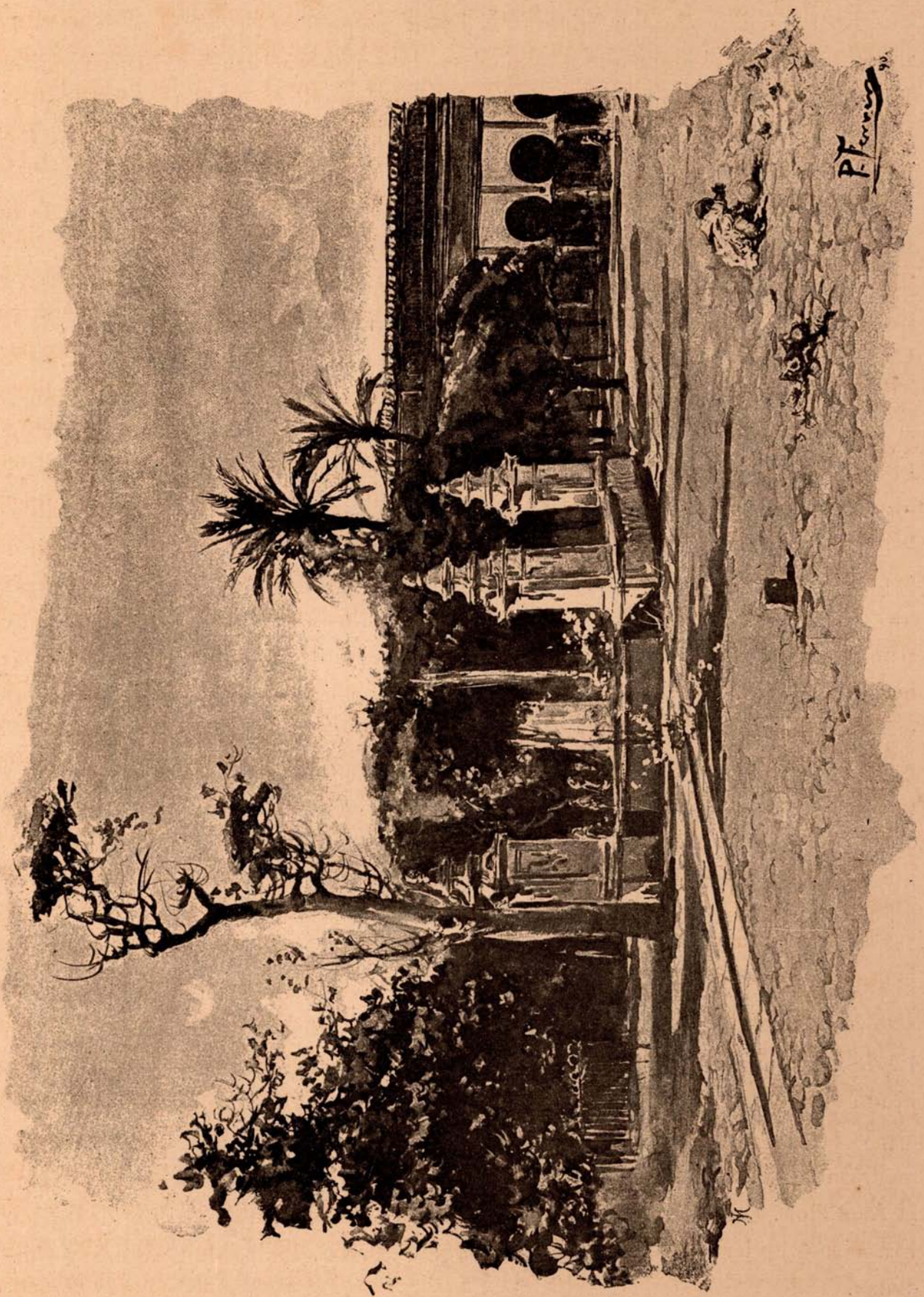
—Pero ¿y Ramón?

—Hombre,—le dije con impaciencia que no pude disimular,—deje V. á Ramón, que si peca de algo es de bueno y de prudente. Déjelo V., que eso no le importa. ¿Que ama á Manuela? Será verdad si es que V. se lo ha figurado, porque no creo que él se lo haya dicho. Precisamente peca V. por lo que debía imponerle más orgullo. V. no comprende que Manolita es una mujer perfecta, que se hace simpática al momento por sus condiciones morales y físicas, y que el hombre respeta y ama eso en la mujer. Pues ya estaría V. fresco si le da la gana de pelear con todo el que se enamore de Manuela. No, amigo Pepe,—le dije yo con todo el cariño de mi alma por la emoción que sentía viéndole sufrir; —sea V. cuerdo, no haga locuras. Olvide V. á Ramón y á todo el mundo para pensar en Manuela solamente. Hay que tener ánimos, porque todavía puede V. ser feliz si tiene talento y corazón y si se domina como debe dominarse. Manolita, yo estoy seguro de ello: le devolverá á V. todo su corazón, más cariñoso y más leal que nunca, al comprender que V. ha desistido de tal flaqueza porque se supo dominar. Piense V., para concluir, que su dicha de V., ó su desgracia, depende hoy de un detalle cualquiera, por mínimo que se le figure.

Pepito no respondió: estrechó mi mano y se fué. Yo le tuve lástima de verdad. Pepe iba desesperado.

Pasé á ver entonces á Ramón y nos abrazamos cariñosamente. Ramón no estaba contento tampoco. Pero, á pesar de su exterior rudo y firme, tenía un alma de mucho temple y sabía dominar sus pasiones. Salimos solos á dar una vuelta, y decidimos echar el día juntos. Por la tarde salimos con intención de subir á la torre de la Catedral. Fuímos por el Gran Capitán hacia la Plaza de Toros, que está á la terminación del paseo á la izquierda, en la calle de los Tejares. Tendrá cabida esta plaza para unas diez mil personas. Antiguamente, hasta 1846, dábanse las corridas de toros en la plaza de la Magdalena ó en otra vetusta y grande, que es hoy mercado y que se llama *la Corredera*. En esa fecha fué la inauguración de la Plaza con motivo de la feria de la Salud, matando Cúchares y el Barbero. En la noche del 15 de agosto del año 1863 quedó casi en ruinas por un incendio. Se reedificó, siendo estrenada otro día de feria de la Salud cinco años después.

Doblamos á la izquierda también para entrar en el campo de la Victoria, y nos las supimos arreglar de un modo contrario para nuestros pies, que del campo de la Victoria dimos en la plazuela de Jerónimo Páez. Toma otro nombre, esta plazuela, de una antigua casa que hay allí, famosa por la portada que le da acceso. Esta hermosa portada se edificó en 1525. La plaza que la hermosea la hizo construir el mismo por cuya orden se levantó la portada el 24, don Luis Páez y Castillo, comprando casas, que mandó derribar, hasta la calle de



Pero-Mato. Al ver la portada decrépita, rota, viejísima, inflámase el corazón, no obstante, en el fuego divino por su tortuoso y empinado, que está muy cerca la casa de Jerónimo Páez.

Entré en la calle del Cristo, fea hasta no poder más, y me acordé de la dama belga por el amor que le tenía á la clase asnal: nunca he visto yo tantos borricos juntos como los que me encontré en aquella calle; y me encontré, al fin, sin explicarme cómo, porque iba distraído, en el ángulo que forma la Catedral con la calle de la Puerta del Perdón y del Mesón del Sol.

Entré en el patio de los naranjos, y me acordé también de Sevilla y de su Catedral, y del patio de los naranjos de su Catedral. ¡Qué diferentes ideas, qué diferentes impresiones las mías al subir las rampas suaves de la torre de la Giralda y al subir las tortuosas y empinadísimas escaleras del viejísimo torreón de la Catedral de Córdoba!

Era hermoso el patio, fresquísimo, lleno de sombras y de perfumes. Llámase *de Santa Catalina* la puerta por donde entré al patio. Habían acabado de regar y saturábanseme los pulmones de un dulce deleite con aquella frescura y aquel perfume. Casi cubrían el patio las sombras de las palmeras y los naranjales. Hay graciosas fuentecillas rodeadas con enverjado de hierro, y un pilón central con sus airosos machones de piedra, de cada uno de los cuales surgía un rico y brillante raudal de agua. Los hombres tomaban el fresco, muy tranquilos, sentados en los poyetes de la fachada que mira al torreón; las hembras llenaban sus cántaros en la gran fuente; los chicos saltaban y corrían en la ancha extensión rodeada de columnas y de viejos muros; los pájaros gorjeaban entre los árboles. Alzábase á mi espalda la mole del cuadrado torreón, y tenía enfrente el hermoso arco de herradura de la puerta principal de la iglesia y ventanas de arcos, también con cristaleras riquísimas de colores. Distinguíanse allá, hacia la izquierda, los tejadillos negruzcos del crucero con su ancha bola de oro central y la cruz encima.

Empezábamos á subir la torre lentamente y encontré en el primer cuerpo una lápida conmemorativa que da á la parte de Torrijos. Tiene la lápida una larga inscripción, por la que consta que la torre sufrió grandes deterioros, en 1.º de noviembre de 1755, con motivo de un gran temblor de tierra, quebrantándose hasta el punto de temer su total ruina. Abriéronse sus claves principales, y quedó sin muchos de sus adornos, que se desplomaron. Emprendióse inmediatamente la reedificación, y quedó terminada en 1763, 15 de agosto, día de la Asunción. Era obispo de Córdoba, entonces, D. Martín de Barcia; deán, don Francisco Javier Fernández de Córdoba; y obrero, Pedro de Cabrera y Cárdenas.

Hacíamos Ramón y yo grandes esfuerzos por deletrear la trabajosa inscripción de la caduca lápida, y ciertamente que los dos disimulábamos, con el achaque de aquella lectura, los deseos que teníamos de hablar de otro asunto.

Valgan verdades: Ramón estaba deseando hablar de Pepe Cruz de igual modo que yo lo deseaba, y ninguno de los dos nos atrevíamos á empezar.

Yo me fijé distraídamente allá en el lejano horizonte. Hallábame por la parte que da cara á la iglesia. Lo primero con que mis ojos tropezaron fué con el río, inmóvil, que parecía desde allí como una gran incrustación de plata que trabajó extraño artífice, con inmensas sinuosidades sobre la verde alfombra del campo. Allá iba el río, costeando las grandes arboledas, los matojos negros, los juncos y los mimbres. Allá iba el río, con sus historias y sus leyendas árabes y cristianas, á perderse como un melancólico misterio del amor en la inmensidad de la campiña. Ni en aquellas madrugadas de estío, serenas y hermosas como el despertar del inocente, ni en aquellas noches apacibles y puras, con los cielos cuajados de estrellas como sonrisas de ángeles, había yo sentido tanta impresión viendo las aguas del río como la estaba sintiendo allí aquella tarde, viéndolo á lo lejos, con Ramón junto á mi lado, en las alturas de la torre de la catedral de Córdoba. Allí me olvidé un instante de todo, contemplando el Guadalquivir, con sus destellos á las últimas caricias del sol. Parecíase mucho al brillo de las lágrimas; lágrimas tal vez de un gigante moribundo, que iban á perderse en la inmensidad del caos. Vino entonces á mi memoria un soneto de mi amigo el marqués de Jover, y yo inconscientemente lo recité dentro de mi alma:

En cinta azul, con amoroso anhelo,
ciñe el mejor terrón del suelo hispano,
nutre las plantas y fecunda el grano
y copia fiel la majestad del cielo.
Aunque se arrastra humilde por el suelo,
puede elevar su frente soberano,
que, en cuanto abarca el pensamiento humano,
ostenta nobles hijos por modelo.
Guarda su curso el vigilante pino,
prados, flores y ninfas ideales
engalanan y bordan su camino;
lo enaltecen las liras inmortales,
muere en Sanlúcar por común destino,
y canta el ronco mar sus funerales.

Era una bella composición que aprendí de memoria una noche cuando me la recitó Jover á la salida del teatro y que venía siempre á mi corazón cuando miraba el Guadalquivir. Fué el más dulce recuerdo de amistad que el marqués de Jover pudo darme el día que nos despedimos cuando marchó á Madrid. Jover es uno de los mejores poetas cordobeses y uno de los pocos hombres á quienes se puede llamar amigos.

Con mis impresiones del Guadalquivir estaba yo, y contemplaba á la par,

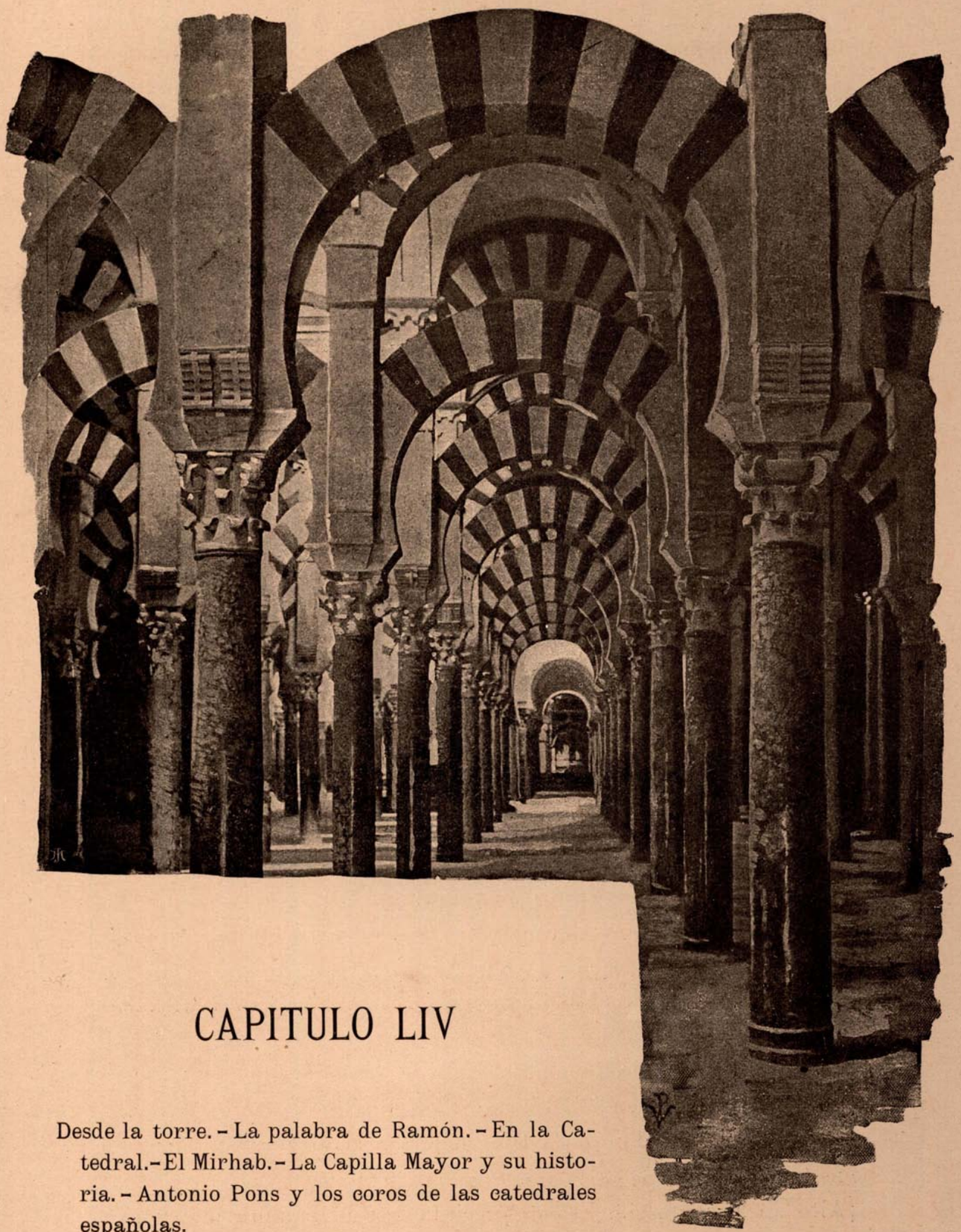
distraídamente, el panorama que desde aquel punto de la torre presentábase á mi vista. El puente, con sus grandes machones negros; la Carrahola allá al final, con sus recuerdos, con sus tradiciones, con su historia; la vieja carretera de Sevilla y la de Castro, el pequeño Triana, el Triunfo, los Molinos; y todo resaltando aún con toques fuertes de luz pintoresca y original. Ramón parecía abstraído, y contemplaba también con melancólica gravedad, por el lado que caía á la calle de la puerta del Perdón, las chimeneas de la fundición de plomo, las torres de San Hipólito, San Nicolás de la Villa y de la Trinidad, el chimeneón de la fábrica de jabones; más cerca el Hospital Real, los tejadillos de San Pedro Alcántara, con la campanita de su torre vuelta hacia nosotros como burlón hociquillo que enseña los dientes al hacer un mohín; tejados grises, fachadas blanquecinas, las frondosidades de los patios, que saltaban en profusión aquí y allí, como grandes esmeraldas, sobre un fondo amarillento; y allá la sierra, con sus olivares y sus casitas.

Yo me había sentado en un escaloncillo delante de Ramón, que quedó en pie. Guardábamos un silencio profundo, y tenía yo la seguridad de que, estando como yo absorto en aquella hermosura de la campiña y del cielo, no apartaba la idea de Manolita ni de Pepe. Así estaba yo pensando, sin volver la cara, y sentí de pronto un golpecito en el sombrero. Volví la cabeza y me encontré con Ramón. No había podido aguantar: decíamelo claramente su franca y triste sonrisa. Yo me quedé mirándole con pena, y pregunté, tratando también de sonreir:

—¿Qué hay?

—Hombre, la verdad, que estoy deseando que me diga V. lo que habló con Pepito. Acabe V. pronto, porque me parece que hubiera reventado si no le pregunto eso al fin, y que reventaré de seguro como no me conteste V. al instante.





CAPITULO LIV

Desde la torre.-La palabra de Ramón.-En la Catedral.-El Mirhab.-La Capilla Mayor y su historia.-Antonio Pons y los coros de las catedrales españolas.

No hay que apurarse,—contesté,—que yo se lo he de decir todo, aunque sea poca cosa. No se lo dije antes porque esperaba su pregunta: de otra manera

me hubiera parecido adelantado hablar primero de un asunto que es á V. á quien más interesa. Sí: quería decírselo á V. y arrancarle á la par una palabra.

—Pues empiece V. con lo de Pepito, y dejemos lo de la palabra para lo último.

—Conforme; pero ya le advertí que es muy poco lo que tengo que decirle, y es que Pepito tiene unos celos horribles de V. y que ha sido V. un imprudente.

—¡Celos! ¡Ojalá y los tuviera con razón, que lo demás me importaría á mí un comino! Pero explíqueme V. eso de mi imprudencia.

—¿Quien le mete á V., vamos á ver, sabiendo como sabrá el carácter de Pepito, á hablarle de Manolita apenas se lo echa V. á la cara, y á decirle las cosas que le ha dicho de ella, para que sea eso otro motivo de disgusto entre los dos? ¿Qué daño le ha hecho á V. Manolita para que V. le busque ningún perjuicio ni la haga sufrir por ningún concepto?

—Mire V., la verdad,—contestó Ramón prontamente;—andaba yo con mi zozobra por eso, y le juro que no me atreví á preguntar antes, temiéndome lo mismo que me iba V. á decir. Es una represión que yo sufro avergonzado porque la merezco. Yo no debía estar donde están las personas, ni hablar con ellas, ni mirarlas, porque soy un bruto, y maldita la cosa que hago con cordura. Es muy verdad eso que V. me ha dicho, y no sabría yo lo que hacer para remediarlo. Yo quiero sufrir y morirme, ó que me escupan y me pisoteen; pero que nadie tenga que sufrir por esa causa, y figúrese V. que Manolita mucho menos.

—No, yo no le he reprendido á V., porque no soy quién para ello,—dije al pobre Ramón, que parecía hasta con ganas de llorar, de figurarse que de algún modo pudiera él molestar á Manolita.—Yo no le he reprendido: fué una amigable advertencia que le hará prevenirse para otra ocasión. Figúrese V. ahora que Pepito, con ese defectazo de los celos que Dios le dió, anda buscándole á V., porque se le ha puesto en la cabeza que V. tiene la culpa de todo lo que sucede.

Vi brillar en los ojos de Ramón una salvaje llamarada de cólera: se juntaron sus cejas: yo juro que en aquel instante sus pupilas me dieron pavor.

—Sí,—dijo muy pálido;—pues Dios quiera y la Virgen Santísima que no me encuentre.

—¡Alto ahí!—contesté.—Esa es precisamente la palabra que yo quería arrancar á V.

—¡Ah!—contestó con mucha reserva.—Conque la palabra...

—Sí: la palabra de que por mucho que Pepito haga por buscarle, que nunca dé con V.

—Pero es imposible, señor: eso es de cobardes, — exclamó el pobre mozo, que empezaba á sudar al pensamiento sólo de rehuir la provocación de cualquiera. — Yo no puedo dar á V. esa palabra: yo me moriría de vergüenza. Mi padre y mi madre darían por muerto á su hijo, porque esa palabra que V. me pide es peor que morir: mis amigos huirían de mi lado, y yo tendría siempre sobre mi corazón hasta el desprecio de la misma Manuela.

—¡Pobre amigo! —dije estrechando su mano cariñosamente. —V. tiene, aunque no lo parezca, otro carácter que el de Pepito: V. tiene talento y corazón: V. comprenderá, á poco que reflexione, que si Pepito le provoca y V. le rechaza, los aplausos serán para V. y no para él. Comprendo, además, que la situación de V. es delicadísima; pero



comprendo también, por lo mismo, que cuanto más airoso salga V. de ella, más crecerá V. en estimación á los ojos de las personas delicadas, y Manolita ya sabe V. hasta dónde lo es.

—¡Oh! ¡Sí, sí!

—Bueno: esto tiene que dejarse al destino ó á lo que Dios quiera. Pepe está á punto de morir en el corazón de Manuela, y dependerá todo de su conducta. Mi obligación, como amigo suyo, era advertírselo, exponiéndole sencillamente lo que sucederá si no se domina. Se lo hice ver muy claro, como estoy haciéndole ver á V. su situación. Si ellos llegan á comprenderse de nuevo, será porque Dios lo ha querido: si Pepe hace una locura que para siempre le tenga que alejar del corazón de Manuela, no haga V. lo mismo que él, para que ella siempre le estime y le respete en su corazón. Manolita hubiera querido á V. á no mediar Pepito: muriendo Pepe en su corazón, V. sólo quedará. Lo demás lo haría el tiempo. Piénselo V. mucho, y, en último caso, si V. no logra sus aspiraciones y ellos son felices, tendrá V. en su alma el noble consuelo de haber obrado bien.

Ramón no contestó al pronto. Yo me estuve en silencio también: esperaba. Hablando, hablando, nos habíamos puesto otra vez hacia la parte de la torre que da á Torrijos. Ramón miraba tristemente la campiña. Yo quedé suspenso también, contemplando algo así como una mancha negra en el horizonte: la villa de Almodóvar del Río, el puente, el castillo, y, viniendo para acá, los altos cipreses, la dorada vega, la campiña, el cementerio de la Salud, los torreones de la cárcel con los dientes rotos de sus almenas, los huecos vacíos de las campanas de las torres por donde asomaban las hojas verdes de los árboles; allá, por otro lado, entre dos hendiduras, el convento de Jerónimos, el castillo de Albaida, propiedad del duque de Hornachuelos; la Arruzafa, la Huerta de los Arcos; entre dos grandes pinos, el *gordo* y el *galeno*, allí, diminutas y blancas como ilusiones suaves del pensamiento virgen, las famosas ermitas; y aquí, bajo nosotros ya, las antiguas caballerizas, cuartel de caballería hoy, el seminario conciliar, el palacio del obispo á la izquierda; ya bajo nosotros, los tejadillos, los pilastrones, las arboledas, los arbustos y las fuentecillas del patio de los naranjos. Todavía permanecimos en silencio, y todavía seguíamos contemplando las hermosuras grandísimas de aquellos lugares: partiendo desde nuestros pies, por el lado de la Puerta del Perdón, la Virgen famosa de los Faroles, como una novia puesta en bellísima ventana, que se adorna de flores y de luces; los borriquillos, las aguaderas, las mujeres, los muchachos, la fuente del Caño-gordo, el inmenso caserío gris más allá, con las hojas verdegueantes en los sembrados como fulguraciones de alegría; San Pedro, Santiago más allá aún, oscuro, rene-

grido con la venerable y última caricia del tiempo. A lo último el asilo de la Madre de Dios, como gran nota amarilla; más á la derecha, el fistón verde también de los árboles de la Rovena; los baños, como diminutas gaviotas blancas cerniéndose en las ondulaciones de la corriente; los bosques del arbolado, la campiña y la montaña, que va adelgazándose dulcemente conforme se oculta, hasta perderse en el horizonte como un rayo azul y negruzco que se clava en el cielo; y por la puerta de Santa Catalina lo maravilloso, lo sorprendente, lo inmenso de la luz y de la vida de la Naturaleza. Yo estaba conmovido y como remontándome á aquellas alturas gloriosas, y me sacaron de mi profunda abstracción estas frases:

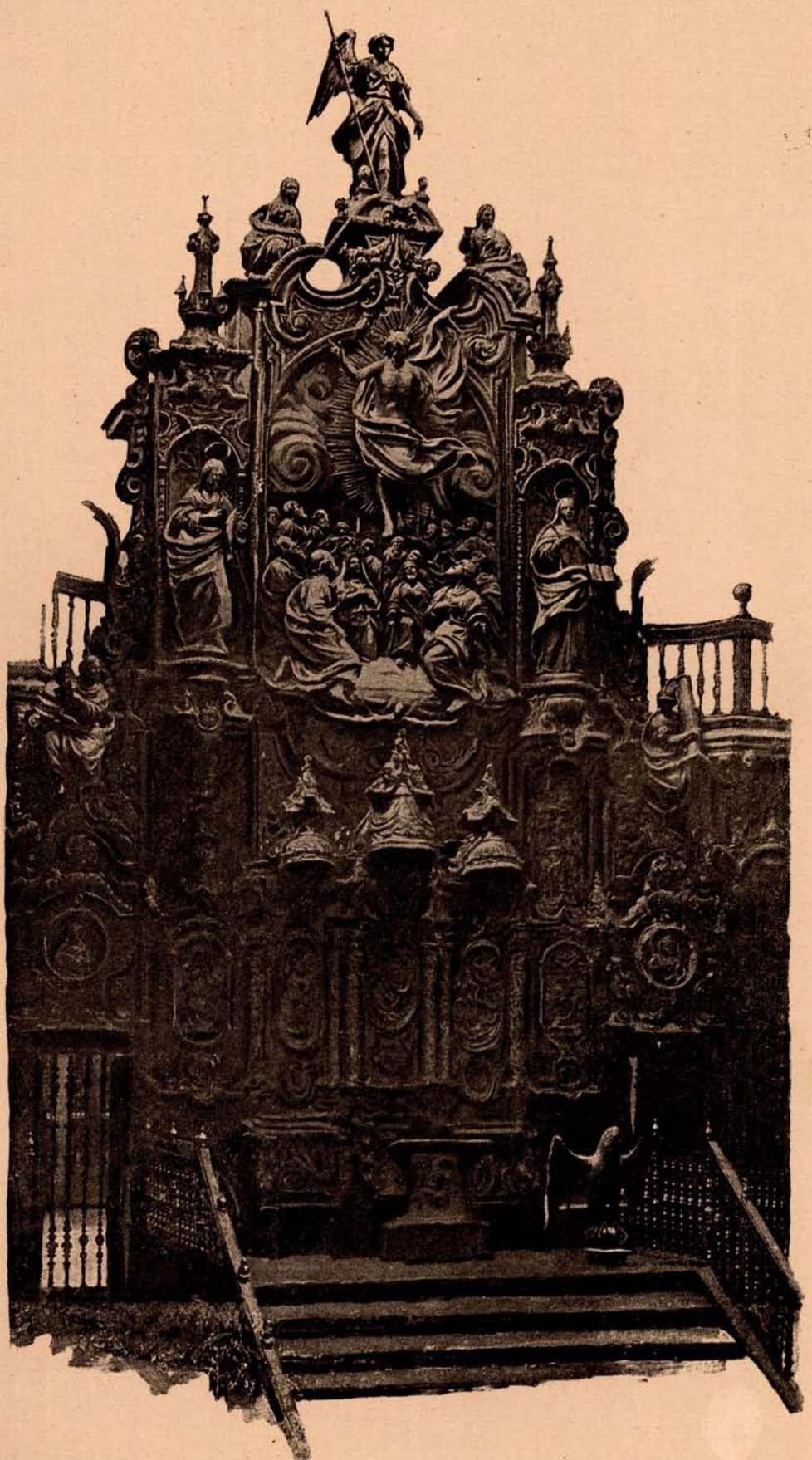
—Bueno: V. es mi amigo y lo comprendo todo. ¡Sea lo que Dios quiera! Yo le juro no solamente no provocar á Pepito, sino que evitaré toda ocasión de que nos encontremos, aunque él me busque: que Dios me castigue si hago mal, que Dios me lo premie si hago bien.

Era Ramón el que hablaba. Yo le abracé más conmovido aún, diciéndole:

—Tengo su palabra.

—La tiene V.,—contestó melancólicamente. Y bajamos.

Estuvimos en la iglesia después. Hacer una descripción aquí de la Catedral, sería improcedente: centenares de arqueólogos, eruditos, sabios de todas las edades y de todos los países, la han hecho, entre los que pueden contarse á los españoles Antonio Pons, Ambrosio Morales, Bernardo Contreras, y otros y otros cuyas ediciones viejas y nuevas andan á granel por ahí. Conviene, sin embargo, dar algunos detalles, aunque sean concisos, para los que no conozcan ningún autor de los que menciono. La subida al trono de Abderrhamán I ocasionó muchos y sangrientos episodios guerreros. Este gran rey no tuvo ocasión, por esta causa, de mostrar todas sus grandes y asombrosas aptitudes para regir un reino, no ya como el de España, sino de mucha más potencia y extensión. Pruébase esto con las grandes reformas que hizo, y los grandes y sorprendentes adelantos de que pudo dotar á su país, á pesar de los continuos azares de las guerras en que resultaba siempre vencedor, como vencedor resultaba también en todos los ramos dificilísimos de las ciencias y de las artes. Escogiendo Abderrhamán á Córdoba como residencia, claro es que en esta población debía ser donde más pudieran verse las muestras dichosas de sus talentos, de sus generosidades y de su corazón artístico. Convirtió á Córdoba en un oasis de jardines y fuentes, y con pensamiento famoso que registra la historia como una gala sublime del arte, concibió el de levantar la Mezquita, esa gigantesca joya, abierta desde hace muchos siglos al culto cristiano con el nombre de *Santa María la Mayor*. El mismo Abderrhamán hizo los planos de



la obra que concibió. No pudiendo, por desdicha para sus reinos, verla terminada, cupo este honor á su hijo Hixem, rey valeroso, inteligente y honrado como su padre. La gran Mezquita se empezó á edificar en donde mismo estuvo la iglesia de San Jorge, y datan los principios de las obras del año 170 de la Egira (789 de la era cristiana). En la época de Abderrhamán III se renovó la torre primitiva. Reinando Hixem II, Almanzor, su ministro, hizo labrar ocho naves por la parte de oriente de la Mezquita, quedando entonces el mihrab más hacia el occidente. Al prelado Osma cupo el alto honor de purificar la Mezquita, cuando el Santo Rey la arrebató á los infieles, destinándola al culto católico bajo el nombre de la Santísima Virgen María en su Anunciación. Fórmase el edificio de paralelogramo rectángulo, con largura de 642 pies, que va del norte al mediodía, y 462 de ancho, que va de oriente á occidente. Circunválase la fábrica de un muro estribado de torres y de machones en la parte de la Mezquita y en la del atrio. La altura del muro es de 30 pies generalmente, menos por la parte del mediodía, que será de unos 50 y por algunos otros sitios hasta las almenas, porque el terreno es más bajo. Las almenas que coronan todo el muro susténtanse en un foso estrecho. Son de dos órdenes: triangular y dentado uno, y otro de flores de lis. Hay otras, poquísimas, en alguna torre, muy extrañas, que yo no hago memoria de haber visto en ningún otro lado. Desde antes de entrar en la Mezquita, siéntese el corazón hondamente impresionado por las decoraciones de las puertas, de arcos dintelados que se embuten en otros de herraduras, por el mosaico de la labor de sus doseles, por los diminutos ajimeces de columnillas jaspeadas y los arabescos de estuco de sus ramos y sus jambas. La elevación inmensa forma, allá en lo alto, un cielo negro. Aquellas diez y nueve naves atraviésanse como fabulosos ríos encontrados con otros: es un fastuoso conjunto aquel imponente bosque de columnas que sostienen aquella nave, la inverosímil variedad de las proporciones en los fustes, lo rico y esplendoroso de sus jaspes y mármoles, los bellos capiteles corintios, compuestos, árabes y romanos. Pero todo lo que contiene este grande y suntuoso templo del islamismo, según opinión de Las Casas Deza, último de los autores que leo (aunque no haya sido el último que de la catedral escribió), según su opinión, digo, todo eso es nada «comparándose con el mirhab, que ofrece un conjunto de riqueza, de elegancia y de hermosura que no tiene semejanza con monumento alguno.» Estaba destinado para la custodia del Corán, y debió situarse al mediodía ó al kiblak, en la misma dirección de la Cadea de Meca. «La forma del mirhab es un octógono de 13 pies de diámetro, 27 y medio de alto hasta la bóveda. Sus frentes, que son seis, pues el arco ocupa el lugar de los otros dos, están incrustadas hasta

la altura de 7 pies de un zócalo formado de seis tablas lisas de mármol blanco, con vetas rojas de 5 pies de ancho cada una. Una bella decoración de arquitos figurados de tres lóbulos ocupa lo demás hasta el cornisamento, sobre el cual carga la bóveda, cuya suntuosidad sorprende, porque es todo una pieza de mármol en forma de concha de 15 á 16 pies de diámetro. Llama la atención luego otra pieza que debió ser el mimbar ó púlpito de los árabes, cuyos cuatro frentes se ven cubiertos de labores de estuco, delicadísimas.»

Hablando de la capilla mayor, dice el mismo Ramírez de Las Casas Deza, en su *Descripción de la Catedral de Córdoba,* «que, al ser purificada la Mezquita y dedicada al culto cristiano, debió disponerse algún sitio provisional para la celebración de los divinos oficios, pero no se labró capilla mayor hasta el pontificado de D. Fernando de Mesa, desde 1257 á 1274. Eligióse para este fin el espacio que ocupaban cinco naves rectas y tres trasversales de la parte occidental de la Mezquita, de modo que el presbiterio ocupase el tramo de la nave que dirigía al mirhab, y el altar mayor fué arrimado al muro occidental del mimbar, el cual se convirtió en sacristía.

»De la forma y circunstancias de esta capilla primitiva no nos ha quedado noticia, y es de presumir que en todas sus partes fuese muy mezquina. La que ahora vemos en su lugar fué labrada en 1489 al gusto tudesco que se usaba en aquel tiempo, por el obispo D. Iñigo Manrique, y permaneció hasta el pontificado de D. Alonso Manrique, el cual, deseando que la capilla mayor estuviese situada en el medio de la iglesia, comunicó al Cabildo el proyecto de construir una nueva en 1521, y, habiéndolo aprobado, se resolvió emprender la obra, que tuvo principio en 7 de setiembre de 1523.

»Sabida esta novedad por el Ayuntamiento, y que el Cabildo había principiado á demoler la Mezquita, lo requirió para que suspendiese la obra hasta tanto que Su Majestad resolviese lo que se había de hacer; mas viendo que el Cabildo se resistía conminó con pena de muerte á cualquiera que trabajase en la demolición de la iglesia. Decidió al fin el emperador que se hiciese la obra.»

Vino el emperador á Andalucía más tarde, vió la catedral y las obras que allí se estaban ejecutando, para las cuales había dado licencia, y dijo con profundo pesar al obispo Fr. Juan de Toledo y á las otras dignidades que iban con él:

—Si yo tuviera noticia de lo que hacíades, no lo hiciérades; porque lo que queréis labrar hallaráse en muchas partes, pero lo que aquí teníades no lo hay en el mundo.

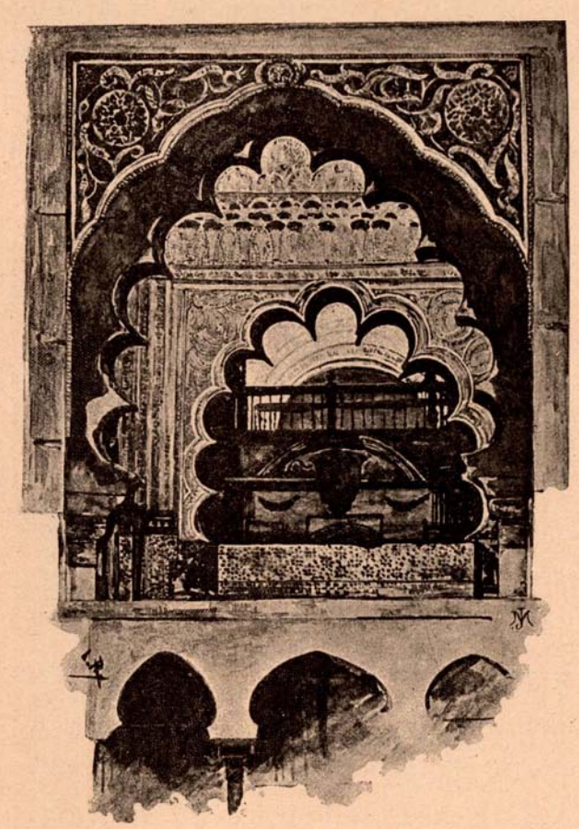
Continuando con el autor á que antes me referí, dirigió la fabricación de

esta nueva capilla mayor el famoso arquitecto Hernán Ruiz hasta 1550, en que murió y la continuó su hijo del mismo nombre, adelantándola mucho por los años de 1550 y 51. Pero después por falta de fondos continuó con lentitud, y también porque se llegó á dudar de la firmeza de lo labrado. Mas Diego de Praves, maestro mayor de la iglesia de Valladolid, desvaneció los temores que había y dió instrucciones para seguir la fábrica, que se acabó felizmente en 1599 y se estrenó la capilla mayor en 8 de setiembre de 1607. Es esta obra de lo mejor acabado que se conoce en el estilo llamado plateresco, viéndose mezclada con grande acierto ya la arquitectura grecorromana, ya la llamada gótica, y aun parece reconocérse ciertos visos del gusto árabe en algunos adornos.

El retablo de esta capilla fué costeado por el obispo doctor Fr. Diego de Mardones, que dió para su construcción cincuenta mil ducados, y es obra magnífica que trazó el hermano Matías Alonso, coadjutor de la Compañía de Jesús é insigne arquitecto. Tuvo principio en 1618 y se acabó en 1628. Es todo de hermoso jaspe rojo de Carcabuey, y los miembros pequeños y adornos de bronce dorado. Entre las columnas laterales del primer cuerpo, hay dos grandes cuadros que representan á San Acisclo y Santa Victoria, patronos de Córdoba, y entre las del segundo otros dos, en que se ven San Pelagio y Santa Flora. En medio de éstos se halla colocado uno grande que representa á Nuestra Señora de la Asunción, el cual y los demás fueron pintados por D. Antonio Palomino. Adornan este retablo las estatuas doradas de las virtudes cardinales, que se ven sobre los cuatro lienzos que hemos mencionados, las de la Fe y la Esperanza; en el segundo cuerpo las efigies de San Pedro y San Pablo, y por coronación la de Dios Padre en un gran cartelón todo dorado.

En el centro del retablo está colocado el tabernáculo, invención del mismo modo de aquel hermano Matías Alonso, aunque lo dirigió y acabó en 1653 Sebastián Vidal. Es una obra maestra construída toda de exquisito jaspe de varios colores y consta de dos cuerpos: el primero cuadrado y el segundo redondo, y uno y otro adornados de preciosas columnas; y sobre pedestales las efigies de los apóstoles, obra de Pedro Fresle de Guevara. Sobre el segundo cuerpo se eleva la cúpula, que termina en un gracioso cupulino. En medio de la bóveda pende una lámpara de plata notable por su magnitud, cuyo peso es de diez y siete arrobas, donación que en 1636 hizo el obispo D. Cristóbal de Lobera. La sillería del coro, que tiene 63 asientos con los episcopales, es de hermosa caoba y fué construída por D. Pedro Duque Cornejo, escultor de cámara de la reina D.ª Isabel de Farnesio, y se concluyó en 1753. Es obra verdaderamente prodigiosa, que se puede contemplar como una maravilla del arte. Esto que dice del

coro de Córdoba Casas Deza, trae á mi memoria los truenos que lanza Antonio Pons en su epístola IV del tomo XVI de su *Viaje por España* sobre casi todos los coros de las grandes iglesias españolas, llamándolos «churriguerescos, descabellados, chabacanos, rompe sobrepellices. El considerar que de semejantes indecencias no es posible que se vean limpios totalmente los templos en un gran número de años, es un torcedor que me mortifica infinito.» Al coro de Córdoba, también tocó la epidemia de que Pons habla, y, siendo una grandiosa maravilla del arte, abunda en dolorosas extravagancias de muy mal gusto. Los púlpitos son de caoba, como el coro. Los empezó á construir don Miguel Verdiguier, y dió para ello D. Martín de Barcia 80,000 ducados. Sostiénese el de la epístola por un ángel de mármol blanco que se sienta sobre un león de jaspe rojo. El del evangelio por un toro de jaspe rosa y un águila de jaspe negro posada sobre él, que son los atributos de los Evangelistas. El vulgo cuenta que este toro es uno de los que había para arrastrar los mármoles de que se hizo la mezquita, y que al traer la última piedra cayó allí mismo reventado.





CAPITULO LV

Algo más sobre la catedral de Córdoba.-Capillas y altares.-La custodia.-El caño gordo y la Virgen de los Faroles.-El convento.

Muy poco deseaba yo decir de la Mezquita cordobesa; pero, puesto ya en la obra, no hay más remedio que continuar algunos apuntes verdaderamente curiosos, y pido perdón á quien ya lo sepa, en gracia de quien por casualidad no tenga noticia alguna de ello.

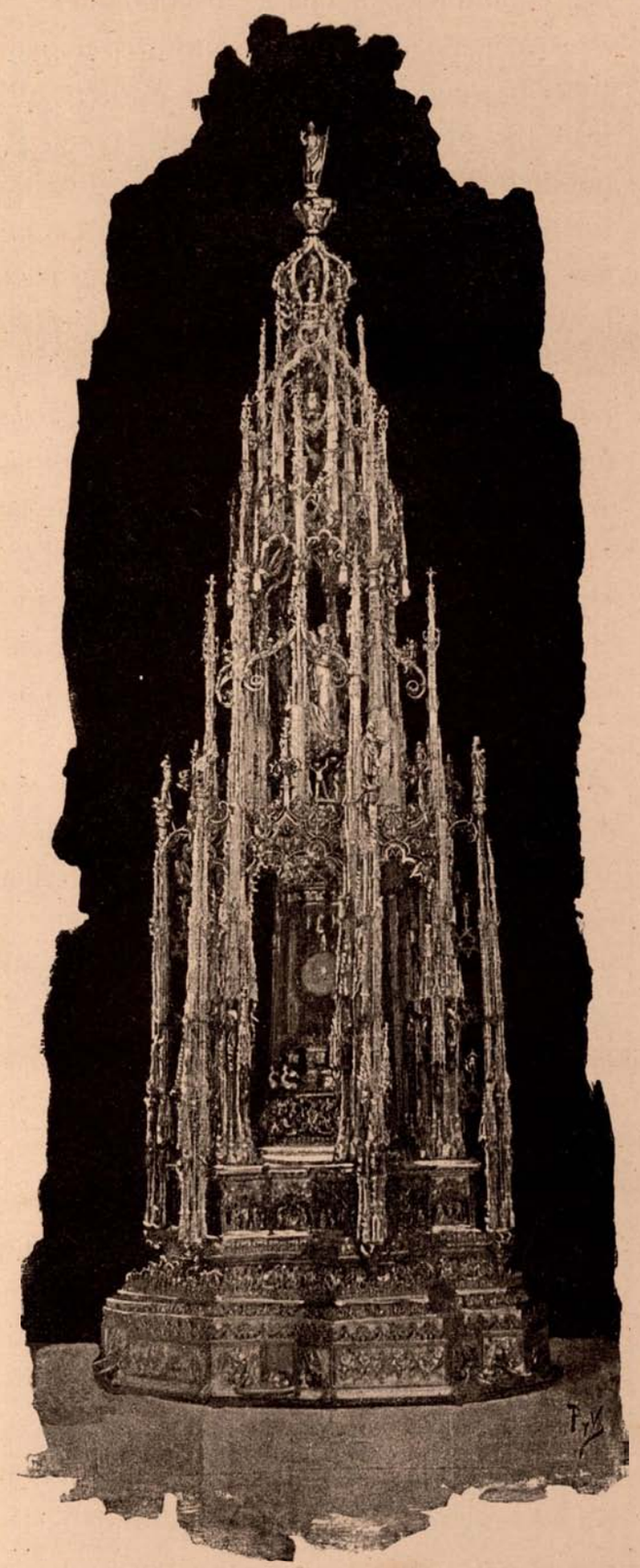
Todos los cuatro lienzos de este templo están ocupados por cuarenta y cinco capillas y otras piezas y oficinas. Si á este número se agregan tres que se hallan á espaldas de la Mayor, cuatro labradas en los muros del coro, la de Nuestra Señora de Villaviciosa, la de San Pablo, y finalmente la llamada *de los Sanjuanes,* que está en medio de las dos últimas, hacen un total de cincuenta y cinco, que por haberse fundado en diversos tiempos desde la conquista, y por personas de distinto y aun de mal gusto, carecen de toda uniformidad y correspondencia. Muchas de ellas presentan retablos, cuadros é imágenes de corto ó ningún mérito; pero en otras se hallan lindos retablos de excelentes maestros, tales como Juan Luis Zambrano, Antonio del Castillo, César Arbasia, Pablo Céspedes, Vicente Carducho y otros. Como capillas más notables, figuran la nueva de Nuestra Señora de la Concepción, la de San Pedro y Lorenzo, la de Santa Teresa (vulgo del Cardenal), la del Sagrario, la del Espíritu Santo, la de Nuestra Señora de Villaviciosa y la de San Pablo. Tiene la iglesia

veintiún altares, y son los mejores el de la Encarnación, Santa Bárbara de Juan de Peñalosa, San Felipe y Santiago, en que se ve una pintura al fresco que representa á dichos Apóstoles, de Antonio del Castillo; la Santa Cruz, que tiene un buen retablo de piedra y dos pequeños lienzos de los Santos Acisclo y Victoria.

Todos esos apuntes son debidos también á Las Casas Deza; pero he de confesar ingenuamente, sin ofender á nadie, que como descripciones de la catedral de Córdoba, ninguna leí como la de Ambrosio de Morales, aunque es deficiente hasta cierto punto, porque está escrita en 1572 según él mismo confiesa. «El edificio de esta gran Mezquita fué desde los años de Nuestro Redentor setecientos y setenta, hasta el ochocientos, conformes al tiempo en que los dos Reyes reinaron—(habla de Abderrahmán y de Hixem).—Así es que este año de mil quinientos setenta y dos en que yo escribo, ha setecientos y setenta años que se acabó.» Tiene, pues, la catedral de Córdoba, mil ochenta y nueve años. ¡Oh portento del arte y maravilla del mundo! A pesar de sus once siglos, mantiénense sus primitivas y más principales y delicadas labores, como en el instante en que se terminaron!

Faltaba muy poco para que fuese de noche, y estando allí no quise que nos marchásemos sin ver la capilla de las alhajas. Tal vez no hubiese podido lograrlo á no haberse presentado por allí mi buen amigo el Sr. Ilacer, beneficiado de la Catedral, un individuo de los que á mí me gustan, hombre de mundo y de ameno trato, con su cachito de poeta á veces, pero de poeta fácil, galano, sobrio é inspiradísimo, por lo que se conquistó un nombre entre los escritores cordobeses. A tan amable compañero y amigo debí sin duda el logro de mis aspiraciones, porque pude al fin entrar con Ramón en la Capilla del Cardenal, que es la que sirve para conservar las alhajas de la iglesia, las reliquias y otro número indefinible de preciosidades. Es una maravilla de riqueza lo que allí hay, y tuve suerte grandísima, porque se nos incorporó después otro queridísimo amigo, cuyo nombre honroso de artista ya mencioné, ensalzándole, al hablar de la Sinagoga. Fué éste D. Rafael Romero, director de la Escuela de Bellas Artes cordobesas, que me explicó circunstanciadamente la historia de cada una de aquellas sorprendentes alhajas. El efecto que hizo últimamente en mi espíritu la contemplación de la custodia, borró de mi idea todo ó casi todo lo que mi amigo Romero me explicó con anterioridad; pero sí recuerdo que, entre otros portentos de riqueza y de arte, había una cruz grande, antiquísima, de plata sobredorada, de estilo gótico; y otra, donativo en 1620 del prelado doctor Fr. Diego de Mandones. Esta cruz es del mismo metal, esmaltada é incrustada en oro y pedrería, y tiene de peso 107 marcos de plata. Hay, además, una

imagen de la Virgen de la Concepción, que regaló á la iglesia D. José Medina, arcediano de Pedroche; un San Rafael, que donó el racionero don Nicolás Moyano; cartas autógrafas de Santa Teresa de Jesús; infinidad de cálices de oro de mucho peso y de sorprendente y delicadísimo trabajo; multitud de viriles de plata y oro, conteniendo reliquias de los mártires cordobeses: y vi, por último, entre una aglomeración inmensa de joyas riquísimas, un curioso breviario, que fué del uso de San Carlos Borromeo hasta que murió.



Salimos por la puerta del Caño Gordo: se llama así por una fuente que hay en el mismo muro, de un solo caño, de agua que brota de la pared como una interminable y estremecedora expresión de alegría. Hallábase la fuente rodeada de matronas, muchachitas y zagales, cada cual con su cántaro, que se enfilaban todos en el suelo con la boca contra la pared, como borricos en pesebre. La multitud, señores y dueños de los cántaros, formaban pintorescos grupos acá y acullá, pasando el tiempo en dulce plática, mientras le llegara la vez de llenar el cántaro que le correspondiera. Los aguadores hallábanse allí, á granel también, con sus gordos zajones de cuero y su vara larguísima, atravesándosela por detrás en la cintura, sujeta con la faja roja. Los borricos de los aguadores no estaban quedos tampoco y formaban también airosos grupos, como las criatu-

ras de Dios, en mitad de la calle, con los hocicos juntos, haciéndose carantoñas y mohines para pasar distraídamente algún rato de esta mala vida de perros. Y como si todo este conjunto animadísimo y extravagante fuese ornamento de la gracia para la excelsa Virgen, allí estaba mi buena Virgen, sobre la gradilla con barandal, encerrada en aquel ventanón, como una dulce prisionera del amor divino y con todo su tropel de faroles, saliéndose de acá y allá, entre los hierros del ventanón; esos farolillos que explican el nombre de la Virgen y que lucen é irradian como estrellas en las noches larguísimas de invierno, ó en las fugaces y dulces de estío, para alumbrar el rostro excelso de la santa señora.

Era ya de noche. Ramón tenía que hacer sus cosas para marchar á Sevilla por la mañana. Nos despedimos desde luego, porque yo iba también por la mañana á la Huerta de los Arcos; y, la verdad, yo estaba contento porque Ramón se iba. Además, no me inquietaba su separación, y nos despedimos así por el ofrecimiento mutuo que nos hicimos de vernos en Málaga algún tiempo después. Hallábame en la misma calle de San Zoilo cuando se despidió Ramón de mí, y entré yo entonces en casa de la condesa de Zamora para despedirme también de su amable familia y de ella. Estaban arriba y quedé solo un instante. Siempre me sentía poseído de un profundo y religioso respeto al entrar en aquella salita de la izquierda: siempre quedábame conmovido viendo el retrato del conde. Algo de desgracia parecía latir en aquella habitación, de mobiliario severo y sencillo á la vez: algo suave y puro como el dolor resignado que alienta los corazones, parecía alentar y sentirse allí; pero como una dulce visión de la alegría, asomábase siempre también, esplendorosa y franca, con su semblante moreno y su talle esbelto, la más hermosa mujer de tipo árabe que las generaciones pasadas y presentes han conocido.

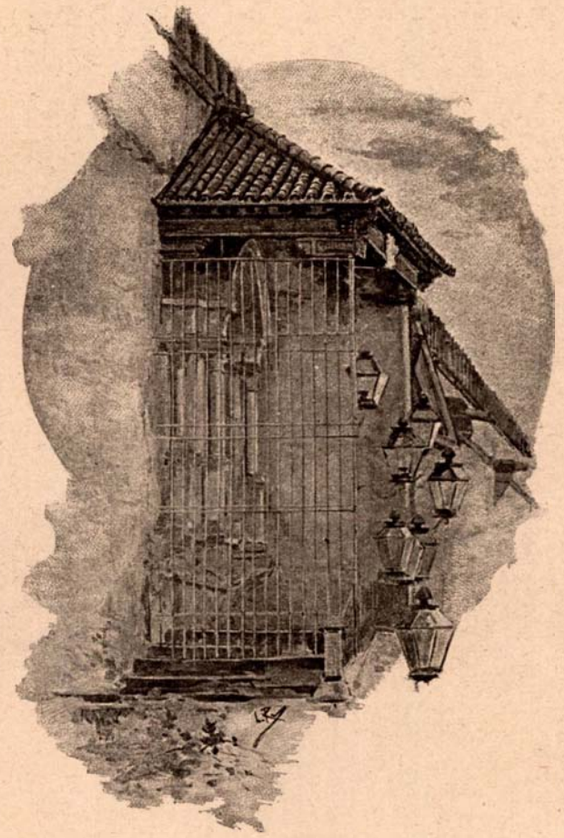
De igual manera que otras veces, ocurrió aquella noche. Estaba yo embebido en mis recuerdos y en mis ideas: ora pensaba en Manolita, ya en la condesa Carmen, ora en Pepe y en Ramón, ya en las hermosuras que había contemplado desde la torre de la Mezquita cordobesa. Distraído así, contemplaba á la par los retratos del difunto conde, de la condesa viuda y de la fastuosa hermosura de la condesa actual, los dibujos primorosos de María de las Cabezas, esa linda precocidad de trece años, cuando me sentí traspuesto por un perfume vago que se entremezclaba con cierto ruidillo de faldas que ya conocía. Volví la cara y me encontré con mi noble amiga. Recogíase los abundantes cabellos negrísimos en un peinado bajo; la tersa frente, mostrábala, toda, bellísima y franca como su corazón lo es; y en sus grandes ojos parecía latir, en reverberaciones de luz misteriosa y ardiente, la vida, la fastuosidad y exuberancia de los diez y siete años. Carmen es buena y pura, es alegre y resignada.

¡Qué hermoso es eso en la juventud y qué hermoso en los que nacieron privilegiados por su cuna y por sus abolengos! Detrás de ella venía la madre, y detrás de la madre vi asomar la morena cabecita de la otra hija menor.



Yo no hablé nada: todo lo dijo Carmen, y recordé oyéndola muchas veces á mi graciosa Manolita, la sevillana. Se habló de la feria de la Salud, de la embajada marroquí, de mi excursión á las ermitas, de otra excursión que habíamos hecho noches antes la marquesa de Benamejí y sus hijas Juana y Teresa, la de Zamora y su familia, los señores de la Fiscalía Militar, aquella hermo-

sa y amable Faustina con su esposo Ventura, y Anita López, la más graciosa carmoneña que vieron los hombres; comitiva que se cerraba con Amador Sáez, Rafael Cabrera y yo. Habló Carmen de las alegrías de aquella noche, de la buñolada que tuvimos, de los tiros que asestaron á mi sombrero, y de otra gran multitud de detalles de aquella noche de que hablaré en otro capítulo y que la hacían mucho reir.





CAPÍTULO LVI

La feria de la Fuensanta. — La iglesia. — Historia de la aparición de la Virgen. — La galería de los milagros. — El huerto de la iglesia y Teresita Bernuy.

NOCHE toledana: lo digo así porque puede decirse que lo fué. Vino la feria de la Fuensanta, y con aquellas noches deliciosas de paseos hallábase el real de la feria concurridísimo. La feria de la Fuensanta y la de la Salud son de mucha y merecida fama en Córdoba. La de la Fuensanta es en el mes de setiembre, y la de la Salud en el mes de mayo. La de la Fuensanta celébrase en

la extensa campiña que circunda el santuario, con gran aparato y profusión de luminarias.

Salí solo aquella noche, sin intención expresa de hablar ni ver á nadie (digo, en honor de la verdad, que ni recordaba yo tampoco la celebración de la feria), siendo aquella noche la de mayor importancia en dicha festividad. Anduve á la ventura, como me sucedía tantas veces, yendo á parar al paseo de la Ribera. Entonces vi la multitud que subía hacia la Fuensanta. Iba yo en carruaje y dije al cochero que siguiera hasta el santuario. Desde gran distancia distinguíase ya el gran foco de luz, que parecía subir á los cielos, de la iluminación del real de la feria. Tuve que apearme un cuarto de hora, lo menos, antes de llegar, porque era ya imposible el tránsito de los coches con la multitud que obstruía todo el camino.

Con mucha dificultad pude aproximarme al santuario. Es una iglesia pequeñita. Consta de tres naves: estas tres naves están sostenidas por arcos que se adornan con pilastras de orden toscano, y en ellas descansa á su vez un cornisamento de estilo corintio. Hay un retablo de madera, jaspeado y dorado, en el altar mayor, y está la Virgen del culto de esta iglesia en un bello camarín cubierto de cristales. Se sube al camarín por una escalera de jaspe rojo. Tiene dos capillas el templo: dedícase una á Santa Ana, y al Santo Cristo de las Mercedes otra. La nave central es un poco ancha en relación de las dos de los lados. El suelo es de ladrillos toscos. La nave central tiene una humildísima estera, al principio, junto al altar mayor nada más. Todo el edificio en sí es modesto, sencillo, convidando más á la grave meditación que al deslumbramiento de la retina.

Además de Santa Ana y el Santo Cristo de las Mercedes, hay un San José, un San Juan de Dios, un San Rafael (ya se sabe que el Custodio Protector no puede faltar en iglesia ninguna) y otro Cristo del Humilladero, con la Dolorosa á sus plantas: todo pobre, sencillo, sin afectación, y más grande y más sublime, por lo tanto, á los ojos del alma. Aunque no tomé apunte ninguno de mis impresiones desde la excursión á las ermitas, recuerdo perfectamente que me conmovió, sobre todo, la vista del púlpito, que era un pobre y humilde balconcito de hierro circular, como el balcón de cualquiera modestísima casa de vecinos del barrio de Santa Marina ó de San Andrés; y, además del balcón, aquellas suaves y melancólicas tintas que daban al rostro de los santos los angostos tragaluces velados con modestas cortinas de sarga roja. Nunca me sentí el corazón tan lleno de fe, al hallarme en lugares cristianos, como me sentí en más de una ocasión en la iglesia de la Fuensanta. Es pobre este templo, como los bondadosos y los humildes. Yo me figuro que el réprobo ha de sentir

en su alma el rayo bendito de la fe en esta iglesia, mejor que en otra ninguna. El grande y duro centellear de la pedrería y el oro y la plata, creo que hace titubear el corazón en un mundo que desacuerda con lo que debería ser y que ofende la dulce y vaga penumbra donde la modestia se arrodilla para levantar sus himnos.



La Fuensanta es la Virgen á que se tiene, sin duda, más veneración en Córdoba. La fe por esta imagen, de todos los cordobeses, me invita á contar lo que se sabe de ella, y conste que lo hago por gusto (como ya ha sucedido en todo lo que los lectores leyeron) y no por complacer á los amigos de estas cosas. Me ocupo de ello por complacerme también á mí mismo: la piedad, la fe y el amor á las tradiciones religiosas están dentro de mi alma. Quien no quiera leer estas cosas pase la página cuando se las encuentre, que otros asuntos encontrará más en armonía con sus inclinaciones: esa esperanza, por lo menos, abrigo yo. Hé aquí ahora la tradición ó la historia de la Virgen que debería llamarse *de los Milagros*.

Cuando los árabes entraron en España, fueron motivo de burla y de profanación las imágenes de nuestras iglesias. Apartándome desde luego del tono enfático y estúpido en que he visto escritas, por casi todos los autores, estas historias, diré, para concluir pronto, que ocurrió lo que voy á contar. Era una noche pavorosa de ventisca y negrura, por el tiempo que mencioné de la invasión de los árabes y la toma de Córdoba. Un hombre envuelto en un tabardo corría, huyendo de otros, hacia la parte oriental de la población. Procuraban

alcanzarle los que le seguían. Le andaban tan cerca ya, que podían asestar los golpes de sus armas sobre él. Así lo hicieron una vez y otra, sin dar con el perseguido en tierra y sin que pareciese que sentía cansancio en su desesperada fuga. Asombrándose los perseguidores de aquel prodigio, le dejaron marchar, seguros de que algún amuleto salvaba su vida. Efectivamente, existía el amuleto. Continuó el perseguido su carrera, deteniéndose en una llanura. Pasaba por allí un arroyo cristalino y dulce, costeado de zarzas y juncos. Había junto al arroyo, en el lugar donde se detuvo el hombre que huía, una vieja higuera de tronco carcomido y hueco. Sacó el hombre de debajo de su capa un objeto. La noche era negra, trepidaba el trueno, rugía la tormenta en la inmensidad, llenando de pavura los corazones. Rasgáronse los cielos, centelleó un relámpago que iluminó las esferas, y á su luz fantástica se vió el objeto que el hombre sacó de su tabardo: era una escultura de la Virgen. Se hincó de rodillas el devoto, rezó, contestó á sus plegarias el rugido del huracán, y ocultó luego en el tronco carcomido de la higuera la bendita imagen que quería apartar del escarnio y del desprecio de los infieles. ¿Qué fué del hombre aquel? No se sabe nada: moriría, sin duda, peleando por su religión y su independencia. ¿Qué se sabe de la Virgen?

Trascurrieron muchos siglos. La época de los árabes pasó. San Fernando había puesto cerco á la ciudad de los califas y la había rendido, y así llegó el 1420. Había un cardador en Córdoba llamado Gonzalo García. Era piadoso, honrado y humilde. Tenía su mujer muy enferma y una hija loca. Carecía de trabajo, y encomendábase á la Virgen siempre para que le amparase. Salió un día de su casa cerca del oscurecer. Se dirigió al campo, meditabundo y sufriendo con sus desdichas. Sentóse distraídamente junto al estrecho cauce de un arroyo, y allí rezó y lloró encomendándose á la Virgen. Presentáronse de pronto al cardador dos bellísimas hembras de sorprendente hermosura. Iba un mozo acompañándolas, de afable y dulce mirar. Una de las hembras, mujer de gran distinción y majestad, se aproximó á Gonzalo.

—La paz sea contigo,—exclamó.—No sufras: toma un vaso de agua de la fuente que está al pie de aquel cabrahigo, da á tu mujer é hija de esa agua y tendrán salud.

Como dudase Gonzalo en medio de su sorpresa, se apresuró el afable mozo á añadir:

—Haz lo que te ordena la Madre de Dios, que mi hermana Victoria y yo te hemos alcanzado este bien.

Cuando quiso mirar Gonzalo al delicioso grupo de las doncellas y el mancebo, habían ya desaparecido. Corrió entonces, por obedecer, á la puerta de

Baeza, donde se situaban entonces las alfarerías; compró un cacharro, lo llenó de agua en la fuente del pie de la higuera, dió de beber del agua misteriosa á la mujer y á la hija, y sanaron á la par y en el acto. La noticia del suceso fué extendida por la ciudad. Todo el pueblo hizo uso del agua, que continuó sanando, designando por esa razón, al manantial del pie de la higuera, *Fuente Santa;* nombre que llegó á nuestros días, por corrupción de lenguaje, como hoy le conocemos.

Muchos enfermos acudían buscando alivio á sus males. Uno de ellos fué un ermitaño de la Albaida que padeció hidropesía mucho tiempo, y se curó al beber el agua milagrosa. Estaba pensando siempre en el milagro de su cura, y tuvo una aparición cierta noche, revelándole que al pie de la higuera donde estaba la fuente había oculta la imagen de una Virgen. Se lo dijo el de la ermita al obispo, mandó el obispo abrir el tronco de la higuera, cuyo hueco se cerró con los siglos al robustecerse el árbol, y con gran asombro encontróse allí la imagen, que mide media vara de alto y tiene en el brazo izquierdo al niño Jesús. Fué depositada la imagen en el cabildo mientras se hacía un humilladero en el lugar donde la habían encontrado, y se acabó mi cuento historia. No, que todavía queda más: la aparición que tuvo el ermitaño fué el día 8 de setiembre de 1422, y desde entonces todos los años celébrase en tal día la feria de la Fuente Santa en honor de la Virgen de la historia que ya verdaderamente concluí.

Pero lo sorprendente, lo maravilloso que yo contemplé allí la vez primera que visité la Fuente Santa, fué una galería de seis arcos, con gruesas columnas que se adosan al muro izquierdo de la iglesia si se da cara al altar mayor. No fué ciertamente mi sorpresa por el mérito de la galería, sino por el infinito número de reliquias, de ofrendas, de milagros, de votos, de como quiera llamarse, en fin, que allí se contempla. La vista de aquello mueve á fe y mueve á risa. Tanto parece baratillo como arca santa que contiene las profundas aspiraciones y los sentimientos de piedad de miles de familias. Los dos frentes y el muro de la galería están cubiertos como por un tapiz chillón y pintarrajado de multitud de ofrendas: hay matas de pelo, rubias aquí, negrísimas allá; cintas de color comido ya por los años, lazos arrugadísimos, flores contrahechas, arrugadas como los lazos; manos de cera por aquí, pies de lo mismo por allá, piernas, bastones, muletas; cuadros lúgubres con estampas de naufragios; escopetas, canutos de hoja de lata; centenares de tablitas con pinturas imposibles que parecen todas monumentos del mismo artista y encaminadas todas á que comprenda el curioso ó el devoto, de una manera plástica, el milagro que la Virgen hizo curándole de la enfermedad. Las figuras principales de siempre, en estos cua-

dros, son la Virgen apareciéndose entre una nube de almazarrón, y el enfermo en su cama. Cada tablita tiene abajo una inscripción, ruda, brutal, fea, sin retóricas ni mejunjes gramaticales, pero estampada allí con toda la terrible poesía del corazón que se ahoga en sangre y en lágrimas. Hay versos en marcos también, hay zapatos, hay pistolas, canillas, sombreros; en fin, lo inexplicable, lo inverosímil. La piedad es espantosa cuando se empeña en hacer sus demostraciones exteriores. En un sitio vi un vestido de niña, unas enaguas, unos calzoncitos, unas medias, unas botas; todo allí pendiente de un clavo como si la niña no hiciera más que desnudarse para ir á la cama. Me aproximé lleno de curiosidad y vi un cuadrito con todas aquellas prendas, atestiguando que aquello fué porque la niña dueña del traje padeció enfermedad de agonía y los papás dedicaron á la Fuensanta el trajecito único del ángel si la Virgen la ponía buena. Sanó sin duda, pero el angelito se quedó en cueros. En otro lado había una corona de flores contrahecha. Leí la explicación: fué otra niña que estuvo ya amortajada y todo. Se encomendó la madre á la Virgen y la puso buena. Aquella corona marchita era la que este otro ángel debió llevar en su ataúd.

En un lado vi el esqueleto de un caimán que no se sabe los siglos que está allí. Debajo pende una escopeta que no es ciertamente de las menos primitivas. El vulgo dice que esa es la escopeta con que el caimán fué muerto. Hay también con la escopeta un colmillo de elefante *natural,* como me decía el viejo chato cuando me explicaba en Sevilla las virtudes cardinales; y dos lienzos, por último, que excitan grandemente la atención de los fieles de los barrios próximos y de todo el que los ve. Uno de los lienzos representa *el alma en gracia:* es la cabeza de una guapísima mujer, con rostro muy afable, con mirada llena de mansedumbre dirigida á los cielos, y una corona de rosas en la frente; y el otro, *el alma en pecado,* es una cabeza feísima de hombre, con los pelos de punta, los ojos desencajados, la boca contraída, y rodeándole el cuello un haz de serpientes.

La noche á que me estaba refiriendo no tenía yo ganas ni siquiera de ver todo lo que ya he descrito, porque me lo sabía ya de memoria. Habíame aburrido además: la multitud era inmensa y no podía salir tampoco del patio donde entré algunos minutos antes. Entrase á este patio por una humilde puerta de hierro. Está empedrado con la misma tersura y la misma sencillez y la misma delicadeza que las calles de Córdoba. Hay á la izquierda del patio un pequeño jardín frondosísimo, que yo amaba mucho. En algunas tardes de julio y agosto me embebí yo en la contemplación de aquel jardín sin pretensiones, modesto como la Virgen y como su iglesia: lugar ameno, donde brotan con salvaje florescencia los cipreses, los boneteros, las cañas, los geráneos, las cla-



vellinas, los jazmines, los naranjos, las marimoñas, los rosales; un mundo, en fin, extraordinario y deslumbrador. Todo el conjunto bello de la flora surge en aquel espacio reducidísimo como una grande explosión de la naturaleza:

todo apretado, confundido, sin orden. Óyese alguna vez, en la calma de la noche, el murmullo del agua de un arroyo. Hace más de doce siglos pasaba por allí también ese arroyuelo de dulce murmurar. La Virgen estuvo escondida, cerca de sus suaves ondas, muchos siglos también. ¡Cuántas benditas palabras habrá dirigido el arroyo á la Virgen en sus bellas canciones! La Virgen, en pago, dió á las aguas la virtud de curar. ¡Creed siempre, creed! La religión es muy santa, pero la fe es una religión más santa que todas.

Pasé en el patio más de una hora aquella noche. Dije al principio que no tenía intención de buscar ni hablar á nadie, y, sin embargo, allí vi desfilar lo más hermoso de las estrellas cordobesas. No me vieron á mí: yo estaba medio escondido entre aquellas suaves y balsámicas frondas, complaciéndome solamente en verlas pasar, y complaciéndome, sobre todo, cuando conocía á alguna.

Vi, como dije, á buen número de ellas, y me acordé de otras. Vi á Blanquita Paiva, esa linda morena de ojos negros, grandísimos, y apostura gallarda: la vestida de negro, la elegante, la airosa, con su peinado de aldabón, aquel grueso nudo de cabellos como un resplandeciente pedazo de azabache que hacía sobre la satinada piel de la nuca el efecto de un signo de muerte grabado sobre los colores blancos de una bandera de paz. Vi á Clotilde Puente, dulce, blanca, esbelta. Clotilde Puente es el ideal de la mujer: es una flor, es un ángel; tiene un alma bella como su rostro. Al verla pasar se dice:—Bendita sea;—porque, sin haberla oído nunca, sus ojos, su boca, la expresión solamente de sus facciones, dicen lo buena que es. Poco después de Clotilde Puente, pasó Adela Vargas, aquella rubia hermosa, esplendente, sencilla á la vez para más realce: aquella rubia que siempre me hizo recordar, al hablarla, la modestia de las flores y la majestad de las reinas. Viendo pasar á Adela pensé, sin explicarme el motivo, en las de Riquelme y en un grupo que vi, algunos días antes, de sus tres cabezas juntas, hermosas, doradas, relampagueantes como tres soles en pugilato de quién más luce y quién más deslumbra, envueltas las tres en las ondas de sus mantillas; tres nubes negras, fantásticas, vaporosas, temibles, por entre cuyos calados asomaban, como ardientes filos de puñales, las centellas irradiadoras de aquellos ojos de las cabezas del grupo. Vi también á Blanquita Sánchez Guerra, á Marta Vidal, esos dos deliciosos ornamentos de las grandiosidades de Córdoba... Y no pude ver más porque sentí unas risas á mi espalda: me descubrieron, había sido cazado. Al volver la cabeza y fijar los ojos en quien reía, encontré la más linda cara que vió en sus sueños hombre ninguno: encontré la cara de Teresa Bernuy. Me alegré extraordinariamente; me alegré lo que no po-

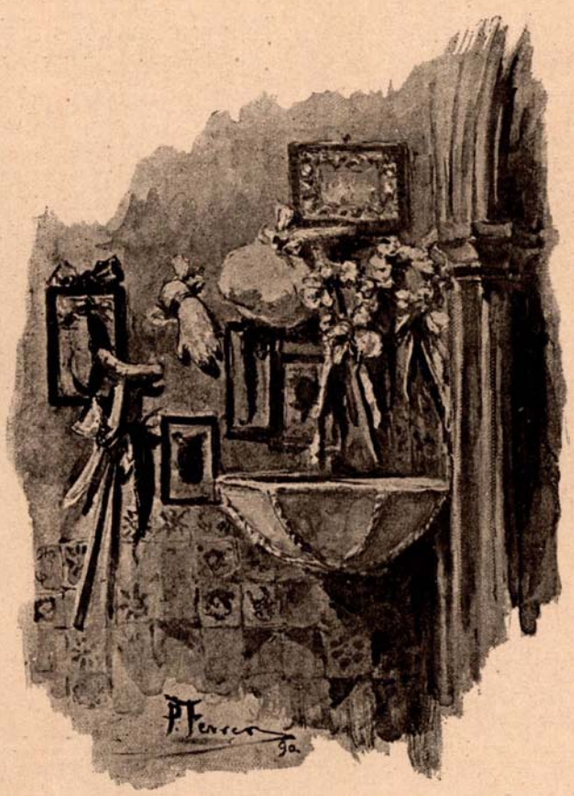
dría yo aquí explicaros por mucho que trabajase. Un loco hubiera dicho que Roma y Grecia se dieron un beso en una explosión de amor, y que de aquel beso surgió Teresa: su cara parece el aliento confundido de los griegos y los romanos; su garganta, su barba, sus ojos, aparecen con toda la dulzura del espiritualismo helénico; su nariz, sus pómulos y cabeza, en fin, son de Apasia y de Julia; es el plasticismo y altivez de los soberbios hijos de la loba. Sin embargo, Teresa Bernuy no está formada aún: Teresa Bernuy es una niña. El tierno capullo está cerrado: cuando se abra será rosa de Corinto. Hace muy poco tiempo que vistió de largo. Cuando sea mujer y tenga el arte divino que Dios ha dado á la hembra, después de sus encantos físicos, Teresa será temible.

Pareció desde el principio con ganas de decirme alguna cosa, pero se le olvidó, sin duda, con lo que le habló al oído Anita López, que estaba á su lado. Anita López es una linda carmoneña, agradable como ella sola además de linda, y con una discreción y una cordura que para sí la quisieran muchos hombres que se las echan de sabihondos y no saben luego dónde tienen las narices.

Residía Ana con sus parientes, el fiscal militar y su señora, que acompañaba á las de Benamejí con alguna frecuencia en sus paseos. De ahí se produjo la amistad de Anita con Juana y Teresa, y que yo conociese á Anita por las otras dos.

Detrás de aquella deliciosa vanguardia vi las tres familias de la condesa de Zamora, de la marquesa de Benamejí y del fiscal militar. Saludé más contento aún, cuando me repuse de mi sorpresa, y allá fuimos todos, saliendo por entre la multitud que iba aclarándose algo. La animación en el real de la feria era grandísima, como la saben dar los andaluces á todos sus festejos, por la sangre que les hierve y por la índole de la tierra. En toda la grande extensión había un sorprendente juego de luces que lastimaban la retina. Saltaban los chicos de acá para allá; gritaban los vendedores su pregón; por un lado oíase el bombo y los testarazos del cobre del *Tío Vivo,* que daba tumbos en los aires; allá lucían los puestos de juguetes, de garbanzos, de avellanas, de turrón; y en el frente centelleaban los hornos de las buñolerías, las fachadas, enormes candiles colgados, de luces inmensas que ondulaban con el aire, haciendo retemblar fantásticamente todo aquel cuadro de chozas, de tabiques, de lienzos y maderas blanqueadas de cal, de palitroques, de mesas, de tablas sujetas en banquillos como las camas de los cuarteles, de las sillas cojas, de la mesa en declive forrada de latón para escurrir el aceite de los buñuelos, de los buñuelos allí doraditos, centelleantes, rubios, espléndidos, apetitosos, comprometedores; del

fogón que arde, de la sartén que chisporrotea, y de la gitana, joven, fresquísima, salerosa, con su pañuelo de picos atados por la cintura, su falda de volante, su rodete en la nuca y sus cabellos cuajados de flores.







CAPITULO LVII

Del real á la buñolería.-Elucubraciones juveniles.-El cuadro de la mesa.-El caballero de la memoria.-Cordobeses célebres.-La catástrofe.

Cansados de pasear, se formó allí un corro de sillas, y tal vez fuera bueno hablar detalladamente de cada una de las personas que las sillas ocupaban; pero yo no lo haré: sería muy largo y muy difícil. De las señoras, recuerdo particularmente á las del encuentro que mencioné en el otro capítulo. De hombres, á Ventura, Amador Sáez, Rafael Cabrera, y Carlos, un oficialito de caballería, primo de la de Zamora, que era un demonio por lo charlatán y lo travieso y lo que hacía desesperar á las muchachas. El otro, Rafael Cabrera, es tipo de muy distinta clase. Es pollo también, pero cotorrón. Parece tonto al que por vez primera le habla, y resulta, á las cinco palabras de alguna intimidad, que es más listo que Cardona; y por salirse con su gusto, ó con una idea que se le pusiese en antojo, se movería hasta en el mismo fuego, como las salamandras. Rafael Cabrera es uno de los hombres con quienes yo más simpaticé en Córdoba. Me gustaba mucho su trato, y recuerdo con bastante cariño algunas excursiones

nocturnas por los sitios más solitarios y tétricos, que me hicieron conocer la población bajo un punto de vista en que yo ni siquiera hube soñado hasta entonces.

Se hizo muy tarde, apagaron la iluminación, se retiró lentamente la multitud, doblaron los mozos las sillas del paseo, y quedaron de pie las que nosotros ocupábamos solamente. Reinaba un silencio profundo. Era una noche silenciosa y dulce como la mujer enamorada. Era una noche de poetas y de amantes. La luna resplandecía melancólicamente, iluminando todos los objetos. Era una quietud que llenaba el corazón de nostalgias, un silencio apacible que promovía á las ideas eróticas, interrumpidos con los ecos, extraños entonces, de las argentinas carcajadas de Anita y Teresa, aquellas dos incansables que no habían cesado de ir y venir en el paseo. Allá en el fondo, distinguíanse como sombras extravagantes las gitanas delante de sus hornos, cuidando de sus buñuelos; sombras que se alargaban y se empequeñecían, sin concierto ninguno, á las oscilaciones de las grandes luces de los candiles. Pareció que tuvimos todos la misma idea en aquel instante, pero una idea extraña, á la verdad: la de meternos en una buñolería de aquellas. Se acogió el pensamiento con grandes demostraciones de placer, y es la verdad que había motivos. Nos levantamos. Hubo carreras, gritos, risas dislocadas. Parecíamos dueños del mundo en aquel instante y como si toda la vida la hubiésemos reducido á un solo punto: al de comer buñuelos en una choza de aquellas; para que veáis lo que es á veces el corazón de la criatura. Lo que yo puedo decir es que tuve mucha ocasión de estudiar aquella noche, y que encontré probado, por millonésima vez, que donde quiera, en lo más ínfimo, en lo más trivial, en lo de menos importancia, hay asunto para escribir largo é interesante, de tipos, de costumbres, de escenas variadísimas y llenas de colores, de contrastes, de misterios. Seguía todo en la misma soledad que daba ocasión á Teresa y á Ana para lanzarse corriendo por aquellas hermosas calles de árboles. No vayáis á creer que la condesa de Zamora se hizo la pusilánime: allá iba corriendo también algunas veces, allá iba como un relámpago de luz y de hermosura. Luego volvían todas, jadeantes, hermosísimas, risueñas, arrebatadas de la precipitación de la corrida, arreglándose el peinado y los sombreros, que parecían protestar de aquel torbellino en que se sentían arrastrados. ¡Oh juventud, qué hermosa eres! La de más edad de las muchachas que allí iban, era Juana, y tenía diez y siete años. No podréis extrañar aquella espontánea esplendorosa alegría de estas mujeres, en aquella hora, en aquellos lugares y en la confianza de la amistad y de la familia. Yo corrí también: lo confieso. La sangre se rejuvenece en estos casos, y el más viejo es el más niño. Pero allí, dichosamente, el más viejo

entre los alborotadores no era yo, sino Rafael Cabrera, mal que le pesase. Había otra persona que no saltaba ni reía, y esta persona era Juana. Los señores graves, por llamarlos así, de las tres familias, habían formado su grupo, é iban detrás de los jóvenes. Algunas veces surgía del grupo de los



respetables tal ó cual voz, que nadie oía, aconsejando compostura. Yo observé el retraimiento de Juana entonces, y dejé de correr para ir con ella. Iba sola, seria, pensativa, indiferente á todo.

—¿Se ha cansado V. ya?—me preguntó.

—No,—la dije;—de lo que yo estaba haciendo no se cansa uno nunca; pero va V. sola y la quiero acompañar. Ellas tienen bastante compañía con Cabrera y con el oficialito.—Seguimos hablando, y aquella noche vi todo el tesoro del

alma bella de Juana. ¡Dios mío! ¡Cómo me acordé de Manuela! Juana tenía también sus penillas. Yo no soy confesor: todo el mundo no va á confiarme sus secretos: con Manuela hubo bastante. Pero si Juana ninguna cosa me confesó, yo adiviné que sufría por lo mismo: amor siempre. Mientras exista la mujer existirá el amor: mientras exista el amor se sucederán los grandes acontecimientos en la tierra.

Llegamos á la choza. Una gitanilla de mucho gracejo, donairosa, negra como la noche y picada de viruelas, para que ningún detalle se me olvide, nos salió al encuentro, echando á las mujeres piropos, con cada uno de los cuales había para aplastar á un mundo. Como nos había adivinado la intención, no insistió mucho. Las mujeres de las tiendas de buñuelos guardan su palabrería pintoresca y sus arrumacos y sus carantoñas para convencer á los que no quieren entrar á consumir su mercancía. A los que entran ¿para qué sirve hablarles? Ya está todo hecho: á dejarles pasar y á detener á otro transeunte, á viva fuerza si es preciso, haciéndole parroquiano á la trágala.

Apenas entramos, se vió el primer contraste de aquello que yo buscaba. Se formó una larga mesa con cinco ó seis unidas, y el contraste á que aludo fué la elegancia, el esplendor, el refinamiento de la mujer educada, con aquellos manteles de dudosa limpieza, los gordos vasos de vidrio, las tablas, las sillas, si se caen ó no se caen. Allí los más serios llegaron á perder el tino. Se tomó chocolate, tomamos los chocolates con los buñuelos, y encima trajeron jamón, que nos sentó á cada uno como un escopetazo después del chocolate y de los buñuelos. Afortunadamente no faltó vino, y, en honor de la verdad, no era muy malo. La mesa parecía un tablón por lo larga y angosta. Carlos, el oficialito, que era de caballería, ocupaba un frente de la mesa, y no recuerdo quién el otro; pero no importa: el estruendo, la algazara, estaban allí: en la parte del fondo hubo ocurrencias que ya las hubiese querido para sí un autor de piezas teatrales finísimas; ocurrencias que hacían desternillar. Ya lo dije: los más graves tuvieron al fin que entregarla. A todo esto, venga jamón, y chocolate, y vino, y pan, y buñuelos, en revoltillo y en tropel espantoso. La mesa empezó á temblar y temíamos una hecatombe. Teresa Bernuy quiso tirar alguna cosa á su hermana para que se despabilase un poco de aquel mutismo. No teniendo nada á mano, quiso coger un pedazo de corteza. Habían acabado de traerle otro chocolate, porque le volcó el suyo Anita. Estaba el chocolate achicharrando. Al coger el pedazo de pan precipitadamente, miraba á otro sitio, ¡pum! y metió la mano en la taza. Un grito espantoso, una explosión de risa, después, de todas las bocas, y Teresa con su mano en alto, cuyos dedos pringaban de Matías López derretido y humeante. Vosotros no podréis figuraros nunca el gesto de Teresa mirándose su

mano, de pie allí, como si se preparase á brindar (no hubiera faltado más que eso), con la silla tirada, porque se volcó al levantarse, mirando á unos y á otros y sin valor para moverse siquiera. Aquello aumentó las risas. La pegaron todos con ella y tuvo que sentarse. A todo esto Ventura contaba una anécdota en un sitio; Amador hablaba, estirándose los puños siempre, con otro; el oficialito de caballería volvía locos á los que tenía al lado. Yo estaba junto á Teresa y pro-



curé calmarla como pude en las aflicciones cómicas de que se sintió acometida; pero no podía, porque del otro lado sentía á cada momento un pisotón ó un fuerte golpe en el codo, de un caballero que había allí, con empeño de que le oyese la nomenclatura de los mártires y los guerreros que ha habido en Córdoba. Aquel hombre era un *Indicador*. ¡Válganme los cielos! Figúrense Vds. mis apuros, teniendo á un lado á Teresa, enfrente á Juana, un poco más allá á Anita, á Carmen Cabezas á dos pasos, hablándome todas á la vez, tener que oir las relaciones del caballero vecino. Me acordé del prehistoriador, me acordé de la dama belga, del ciego de las campanas y de las relaciones de todos los ciegos del mundo. Tenía yo que decir á cada instante al hombre:—Dispense V.—Con permiso.—Un momento.—Porque alguna de las otras me hablaba á cosa hecha para encorajinarle, y así me ponían en el mayor de los aprietos. Pero él nada, erre que erre: tenía que decírmelo todo y me lo dijo,

porque «lo que es á memoria,—decía,—no me gana á mí nadie.» A este hombre le había dado por ahí como á otros les da por otra cosa. Este se había empeñado en probar al orbe la buena memoria de que estaba poseído. Sabíase los discursos de Pidal, de Cánovas y de Romero Robledo de cabo á rabo. Pues ¡y los manifiestos de Zorrilla! Todos, enteritos, sin faltar una letra. ¡Para que no supiese él los nombres de los sabios, de los guerreros y de los mártires cordobeses desde la primera vez que los leyó!—Oiga V. los nombres de los romanos: nada más. Para que V. vea, los recuerdo todos, de una vez sola que los leí: Marco Porcio Ladrón, orador elocuentísimo; Lucio Julio Gallión, senador y escritor eminente; Lucio Alunio Séneca, llamado *el Filósofo*. Este fué pretor, cónsul y favorito de Nerón. Marco Anneo Lucano, poeta y filósofo, nombrado cónsul en su primera juventud, en que ya había dado pruebas de sus grandes talentos, se mezcló en la conjuración pisoniana y fué degollado de orden de Nerón. Marco Junio, Anneo Gallión...

—Y van cinco,—exclamó Teresa con un mohín.

—Marco Junio, Anneo Gallión,—repitió el caballero de la memoria,—hermano de Anneo Séneca. Fué senador y procónsul, de las provincias de Acaya y Macedonia. Tito Anneo Spácula...

—Y van seis,—repitió la incorregible, con otro mohín de no menos gracia.

—Tito Anneo Spácula,—repitió impasible el tremendo señor de la memoria; —caballero poderosísimo que se levantó en armas con las legiones de esta provincia y combatió valerosamente hasta la batalla de Munda y, desesperado después, se mandó él mismo quitar la vida en Córdoba...

Empezaron á hablarme todos á la vez, para que el caballero terminase, no teniendo quien le escuchara; pero aquel hombre era mucho más terrible que la dama belga. La dama belga era un torbellino que concluía, á la postre, por electrizar y aturdir con su torrente. El de la memoria no: el de la memoria hacía sus pausas en pareciéndole bien, daba chupetones á su cigarro, con lentitud y voluptuosidad sibarítica, y proseguía imperturbable como si no entendiese que le querían hacer callar.

—También son de Córdoba: Osío, confesor y obispo. Osío fué delegado pontificio, por tres veces, en Oriente, de los papas Silvestre y Julio, y presidió dos concilios ecuménicos. Tuvo finalmente la gloria de convertir á Constantino, convirtiendo con él á todo el imperio romano. Isidoro es cordobés y también de los primeros de Córdoba. Calcidio, erudito varón, filósofo profundo, floreció á fines del siglo III y alcanzó gran fama por sus *Comentarios de Platón*. Durante los árabes, cuando Córdoba fué la rival invencible de Damasco, hubo grandes eminencias del saber entodos sus ramos: Aben-Acep, filó-

sofo y matemático; Mahomad-Aben-Labai, célebre comentador del *Corán;* Rhasis, que devolvió la salud á Sancho *el Gordo*; Xhamir, *el Vencedor*, príncipe de la real casa, virrey y lugarteniente de la monarquía árabe en España; Tomás, gramático; Avicena, filósofo platónico, discípulo del famoso Averroes, que fué jurista, matemático, médico, poeta, supremo sacerdote y magistrado de los moros; Mahomad-Aben-Rofdin...

—¡Y van veintisiete! gritó Teresa de modo que no pudimos resistir las risas.

—Mahomad-Aben-Rofdin, repitió con la misma impasibilidad el de la memoria.

—No cuentes más,—dijo entonces la marquesa á su hija,—porque tendrá el valor de repetirlos.

Y el espantoso caballero de la memoria volvió á decir, á esta nueva interrupción:

—Mahomad-Aben-Rofdin, que fué abuelo de Averroes y magistrado de los...

Yo hice en aquel instante un esfuerzo terrible.

—Una palabra, caballero,—exclamé acompañando mi petición de un ademán enérgico.

—V. dirá.—Y el de la memoria dió un chupetón á su cigarro.

Reinó un silencio profundo: nos miraban todos, esperando con ansiedad el desenlace de aquello. ¿Seguirá con su relación el de la memoria? ¡Jesús, qué suplicio! Aquella duda les mataba.

Yo entonces tomé resuello, cerré los ojos, como suele decirse, y me eché al agua diciéndole:

—¿Tendría V. la bondad de callarse?

—¡Hombre! Y ¿para qué?—exclamó irónicamente.

—Para que podamos hablar todos,—gritó entonces la de Zamora.

—Porque esto es una velada de buñuelos y no de universidad,—gritó Juana.

Cada uno dijo lo que se le ocurrió. El caballero de la memoria, testarudo como él solo, quiso continuar. Un buñuelo disparado de no sé dónde chocó contra su gabina estruendosamente, y aquello sí que le quitó el habla. Rafael Cabrera tiró un poco disimuladamente del pico del mantel. Todo bailó y cayó sobre la mesa y al suelo. La confusión fué horrible. Cada cual se levantó espaventado para impedir que le cayese encima lo que sobre la mesa se volcó. Hubo un jaleo estruendoso de risas. El señor de la memoria se retiró á un rincón, poniéndose á escribir misteriosamente no sé qué cosas á las humeantes luces de los cuatro mecheros de un velón de Lucena. Amador se puso el quepis del militar; Carlos el sombrero de Teresa, que había colocado, al entrar, sobre una silla. La gitana corrió de un lado para otro haciendo saludos y echando requiebros

á hombres y mujeres. Cabrera no encontraba la salida. Se volcó un banco, se cayó una mesa, y lo tremendo, lo inconcebible, lo inexplicable, lo extraordinario de la noche, fué que, al coger el hombre de la memoria la chistera y ponérsela precipitadamente para alcanzar á los que ya salían, sintió un golpe tremebundo en la coronilla y un frío de muerte después. Le pareció el frío de la humedad de la sangre. Quedó inmóvil, pálido, con la mano puesta aún en el ala del sombrero. La inmensa explosión de risa le devolvió al sentido de las cosas. Volvió los ojos y los vió riendo y mirándole. Se quitó el sombrero, y rodó á tierra el objeto durísimo que le hirió, sin duda. Lo miré: era una taza. Sintió á la par una cosa fría chorreándole por la frente, los ojos, las mejillas, la barba y el cogote. ¡Gran Dios! ¡Era chocolate! ¡Mísero de él! ¡Habíanle metido en el sombrero una taza llena!

Cuando supo que no era sangre le sentó muy bien la broma, y dió gracias al cielo, dichosísimo porque no era verdad lo de la gran descalabradura que al principio se figuró. Se lavó como Dios quiso, y fué lo cierto que no pareció el autor de la broma, por lo mismo, tal vez, de habernos parecido á todos algo recalcitrante. Yo estoy por pensar que fué Teresa, pero os lo digo en secreto para que no me descubran Vds. Cuando estuvo el hombre de la memoria en disposición de hablar con la gente, se dirigió á mí con mucho misterio, diciéndome al oído:

—Aquí he apuntado á la ligera los nombres que ese delicioso diablillo no me dejaba enumerarle. Léalos V. luego.—Y me entregó á escondidas un misterioso papelito.





CAPITULO LVIII

El convento de educandas de la Victoria.-La casa de los marqueses de Benamejí.-Siete Revueltas y el Panderete de las Brujas.-La Corredera.

Repito que fué una noche toledana. En quien me iba yo fijando principalmente cuando salí de la choza, fué en María Cabezas. No sé con quién yo iba, pero recuerdo perfectamente que caminaba María delante de nosotros, á muy poco trecho, acompañada de otra amiguita de su misma edad casi.

Yo no oía lo que me hablaban, atento sólo á la conversación de las dos niñas. La hermana de Carmen me pareció apuradísima. Así debió ser, porque la otra no hacía más que decirle:

—Pero ¡hija! me parece que te han dado cañazo.

—¡Ya lo creo!—contestó María prontamente.—¡Si tuvieras tú que ir á encerrarte otra vez con las monjas! ¡Ay, hija! ¡No te puedes tú figurar! ¡Tengo ya unos deseos de ser grande, que de pensarlo nada más me pongo loca de alegría!

—Oye: y ¿para qué?

—¡Toma! Para no ir más al convento. No es que se esté mal allí, porque al

fin se acostumbra una; pero las dos ó tres primeras semanas parece que me voy á morir. ¡Jesús, chiquilla! No quiero acordarme.

Mientras seguían hablando, pregunté yo á quien venía conmigo, por el convento aquel, y me contestó que era el de la Victoria.

—Oye,—exclamó la otra niña que acompañaba á la de Cabezas. No sé lo que le dijo, pero debió ser una pregunta, porque María contestó inmediatamente en su tonillo de persona mayor:

—Pues verás tú. A las seis en puntito nos llaman. ¡Ya ves, levantarse una á esa hora! Y algunas veces hace un frío... Nos despiertan tocando una campanilla. ¡Jesús, qué jaleo! No puedes tú figurártelo. Están las camas á un lado y otro formando unos cuartitos con las cortinas, que son un primor. Pues verás tú. Va una de las madres por entre el callejoncito que forman las camas, haciendo ¡tilín, tilín, tilín, tilín! con la campanilla, y todas nos sentamos. Cuando una no despierta, ¡pum, pum! va la madre y le arma un repiqueteo horrible con la campanilla en las mismas orejas. ¡Ya ves tú qué dolor! Tiene una que despertarse á lo mejorcito del sueño.

—Y después ¿qué se hace?

—Pues verás. Reza la madre Presentación tres salves, que nosotros contestamos; y á la que ve que no reza, va y le riñe. Se me había olvidado decir que, como no se despierte una tampoco con los campanillazos en la oreja, ¡pum! le tira un tirón de la tapa y se queda una en cuerecitos. ¡Ya vés qué vergüenza y qué frío! Porque en el invierno es cuando parece que lo hace más á cosa hecha. Te digo yo que tengo ganas de no ir más al convento.

—Pero anda, hija, sígueme contando.

—Pues verás. Después, cuando hemos acabado de vestirnos, vamos al tocador y nos peinan una á una, y nos lavan antes por supuesto. Ya que estamos todas lavadas y peinadas, llevan las tocas.

—Oye: y ¿quién lleva las tocas?

—La niña á quien le toca de semana.

—Bueno: sigue.

—Nos las van poniendo sobre la cama á cada una. Llegamos cada una y nos las ponemos, y vamos á misa, que se oye por el coro. Salimos después muy formaditas, y llegamos á la puerta de una galería que hay, y una coge las tocas que les vamos dando y se las lleva. Seguimos la galería, formadas, muy formadas, pum, pum, pum, como los quintos, y se entra en el comedor: se almuerza.

—Oye: y ¿qué se almuerza?

—¿También eso? Pues se almuerza una sopa; después de la sopa... otra sopa, porque le dan á una café con pan y es claro, se miga.

—¿Y después?—preguntó la compañera con un tonillo que parecía así, como de compasión.

—Pero ¡mujer!—contestó María airadamente;—¿quieres meternos más sopas todavía? Bastantes hay ya con esas. Y todo con el achaque de que nos enseñemos á ser modestas. Pues mira: yo creía, al principio, que á lo que me enseñaría era á morir de hambre. Pero no: á todo se acostumbra una. Ya ves: cuatro años tengo que comer sopas todavía, porque estaré cinco en el colegio, como los estuvo mi hermana.

—Bueno: sigue.

—Pues verás: damos un paseíto por el jardín.

—Claro, para hacer la digestión de la sopa,—exclamó la muchacha picarescamente.

—Pero no: se me olvidaba,—replicó María de pronto;—después vamos á dar las lecciones. Nos dividimos...

—¿Por dónde?—preguntó la oyente.

—¡Ay, qué guasona estás!—exclamó María, de mal humor.—Ya no sigo contándotelo.

—Ay sí, que me estaré muy callada: yo te lo prometo.

—Pues verás. Nos dividimos en dos secciones, nosotras, las pequeñas: las grandes yo no sé lo que harán; y estamos así estudiando con madre Presentación y madre Consolación. ¡Ay si vieras qué benditas son las pobres!

—¿A pesar de los campanillazos y de la sopa?

—Pues sí, á pesar de eso. Llega después la madre Trinidad, que es la más bonita y la más joven, y, conforme llega, ¡pum! á escribir. Estamos escribiendo hasta las doce y media las que damos francés; las que no, hasta la una, que el francés se concluye; y entonces al jardín. Pero apenitas hemos llegado, ¡pum! campanadas y al comedor otra vez.

—¿Con las tocas?

—No, mujer, sin tocas: eso es para cuando se oye misa.

—Y ¿qué se come?

—Pues sopa.

—¿Otra vez?

—Otra vez, hija: no me hables de eso.

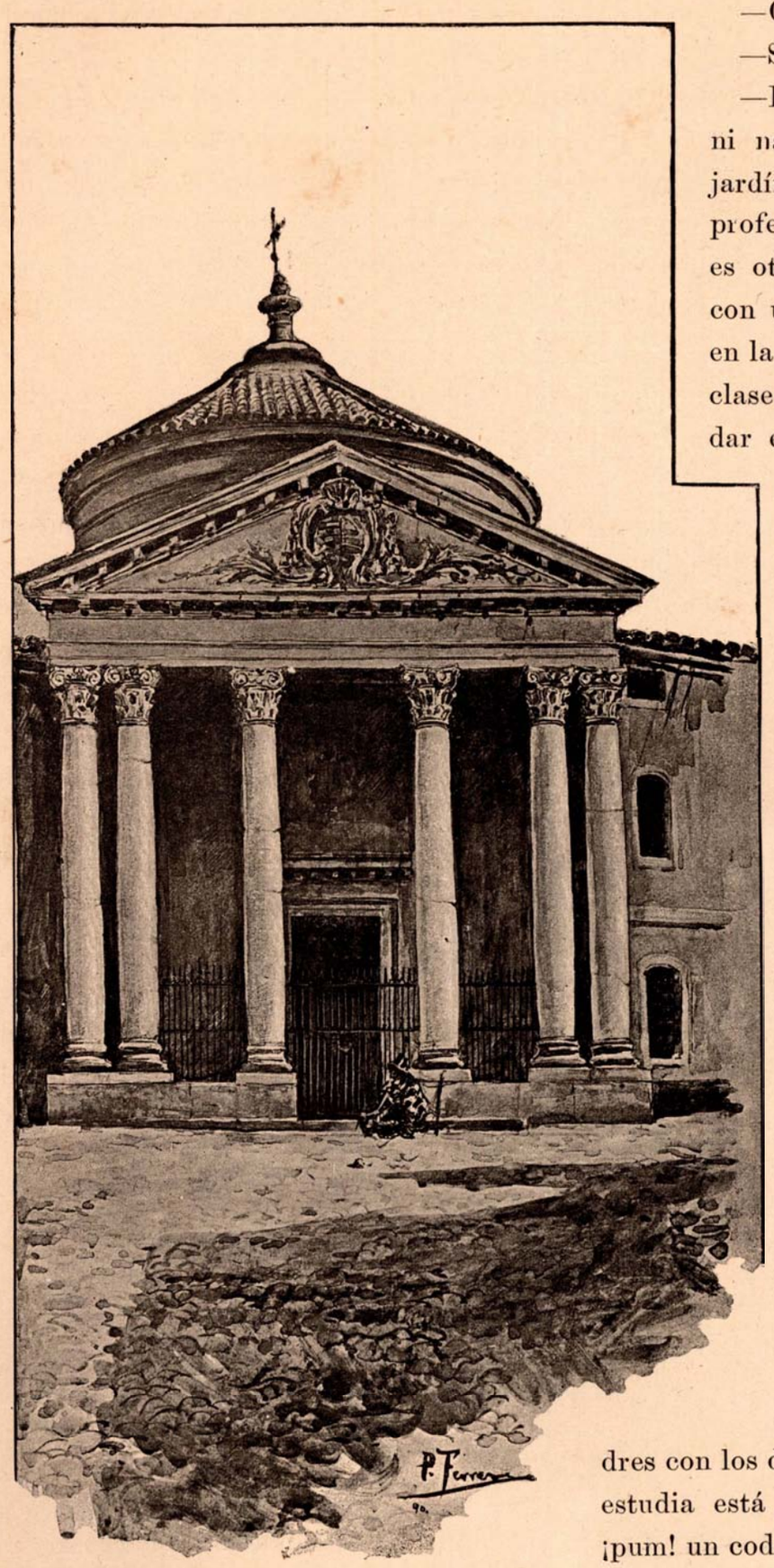
—Y ¿qué más?

—Un principio, un postre y un padrenuestro, para concluir.

—¿Y luego?

—Unas oraciones en latín y en español que nos saben admirablemente.

—Buen provecho, hija.



—Gracias.

—Sígueme contando.

—Después, sin formar ni nada, nos salimos al jardín, hasta que llega el profesor de dibujo. Ya no es otro que había antes, con un grano muy gordo en la cara. A las tres, á la clase de labor: unas á bordar en blanco, otras en seda; en fin, cada una en su cosa; hasta las seis, y á merendar.

—Y ¿qué merendáis?

A esta pregunta no contestó María. Se encogió de hombros, continuando de esta manera:

—Nos vamos al jardín otro ratito, y después llegan dos madres. Una dice: «—¡Niñas chicas!» y otra dice: «—¡Niñas mayores!» Y nos vamos al estudio, cada una con sus libros, y las madres con los de todas. Si la que no estudia está cerca de la madre, ¡pum! un codazo. Si está lejos, una mirada que pone carne de gallina.

Así seguimos, estudia que estudia, hasta las nueve. Entonces se aprovecha un ratillo y se juega. Pero antes de las nueve y cuarto asoma sor Felipa por la puerta gritando: «—¡A cenar!» Tomamos las tocas, que la niña de semana nos reparte otra vez; nos las ponemos al brazo, las ponemos después en un brazo del sillón mientras dura la cena; cenamos, nos ponemos las tocas, y ¡pum! al coro otra vez.

—Y ¿qué se cena?

—Pero oye,—preguntó María adustamente;—¿tú vas á ir al convento á educarte ó á comer?

—A las dos cosas.

—¡Ah!—exclamó María con una inocencia que hizo el epigrama más agudo.—Pues lo que es nosotras vamos á instruirnos. Verás tú. En el coro se reza el rosario. Después nueva formación y al dormitorio: por una escalera las mayores, y por otras las chicas. En el dormitorio, á rezar otra vez; se pone la madre en medio con un crucifijo, y pasa cada una y lo besa, y conforme lo besa se va á su cuartito. Allí se juega otro rato. Las madres buscan á las que alborotan; pero entran por un sitio y nosotras salimos por otro. Poca cosa, un ratillo nada más, mientras nos desnudamos para recogernos. Ya que estamos metidillas en la cama, vienen las madres, diciéndonos á cada una «—Buenas noches,» y nos echan agua bendita, cuando tienen mucha, porque les sobra de haberse rociado ellas. Después del agua bendita, un silencio muy grande, que no se oye ni una mosca, hasta que luego va sintiéndose un ruidito de guitarra, muy dulce, de un vecino de al lado, que toca siempre antes de dormirse. El ruidillo entra hasta nosotras y nos va cerrando los ojos, así, muy tranquilamente, y nos quedamos dormidas,

y se acabó mi cuento
con pan y pimiento
y unas miajillas de pan
para mañana almorzar.

Oyendo hablar á María, fuí sin hacerme cargo siquiera del camino que dejaba atrás. Habíamos dejado la Ribera, entrándonos por la calle del Viento. Frente á esta calle y en la misma Ribera está el molino de Martos, de que ya hablé en el segundo capítulo de Córdoba, que es el molino más importante quizás que existe en la población. Allí, junto al mismo molino, hubo también una puerta que llevaba el nombre de Martos, porque se introdujo por ella Alvar Pérez de Castro y otra multitud de cristianos de dicho pueblo que venían en ayuda del Santo Rey para la reconquista de Córdoba. Esta puerta se llamó

del Sol asimismo, porque miraba al Este, y *de Siete Almenas* por una torre que allí existió.

Casi al mismo tiempo de concluir María nos detuvimos ante la casa de los Benamejí para dejar á esta familia. Sitúase la casa de los Benamejí en la calle del Sol, del barrio de Santiago, que es el más pequeño seguramente de los que componen la algerquía. Es la casa de los marqueses de Bernuy de las mejores, ó la mejor tal vez, del barrio. «Su interior es magnífico, —dice Ramírez de Arellano en sus *Paseos por Córdoba,*—y muy bien amueblada, aunque no se encuentre obra alguna de arte que merezca mención. En pinturas recordamos una santa mártir que hay en la escalera, de regular mérito. En la cochera se guarda la carretela en que entró en Córdoba Isabel II en 1862. Aquel título fué concedido por D. Carlos II, en 23 de abril de 1675, á D. José Diego de Bernuy, y tiene grandeza de primera clase. Es, á la vez, mariscal de Alcalá del Valle y posee muchos patronatos, entre ellos el de la iglesia de San Basilio de Córdoba y el de la parroquia de la villa de Benamejí, ambos con enterramiento. En el término de Montoro posee una gran finca llamada *Escalera,* donde el anterior marqués, D. Francisco de Paula Bernuy y Aguayo, edificó una preciosa iglesia, en la que yacen sepultados él y sus señores padres. Entre los antepasados de esta familia, es, sin duda, el más notable el marqués D. Diego Bernuy, escritor y poeta de gran mérito.» Hasta aquí Ramírez de Arellano en la edición que de su obra se hizo en 1784. Lleva el título de este marquesado el Excmo. Sr. don Juan de Dios Bernuy y Coca, hombre de reconocidos méritos y de muy fino y afable trato.

Seguimos algunas calles del barrio de Santiago hasta dar en la Corredera, que pertenece ya á San Pedro, que es otro barrio, el más importante seguramente de la algerquía, ó sea la parte baja de la población. Compónese de los barrios de la Magdalena, San Lorenzo, Santa Marina, San Andrés, San Pedro, Santiago y los Santos Nicolás y Eulogio. Al barrio de Santiago pertenecen la Fuensanta y otras calles y sitios muy extraños; Siete revueltas, un callejón solitario y tenebroso que hay que volver siete veces como indica su nombre; y el Panderete de las Brujas, que se llama así porque en tiempos antiguos se reunían en la plazuela de este nombre las endemoniadas todos los sábados, á darse sus untos, después de bailar unas danzas horribles alrededor del macho cabrío. Inútil es decir que esta plaza fué uno de los sitios más temidos de Córdoba, no sólo cuando la noche le envolvía sino á la luz del sol. También en este barrio, cerca precisamente de la casa de los Benamejí, estaba la puerta de Baeza, de mucha fama por su mérito arquitectónico.

El hombre de la memoria se despidió poco después, ofreciéndoseme para

decirme, cuando yo quisiera, los discursos de Cánovas y los manifiestos de Zorrilla. Yo le di las gracias, deseándole que no diese un tropezón en aquellos oscuros callejones, y él me recomendó desde lejos que no olvidara el papelito que me dió en la choza. Sería inmenso contar la historia de cada una de las calles que íbamos atravesando y las que quedaban á derecha é izquierda. Siendo las calles muy angostas, iluminábalas la luna dificultosamente. No recuerdo lo que anduvimos así, porque la impresión más grande que hay en mi alma, desde aquella noche, fué la vista, á la luz de la luna, de la Corredera, donde nos habíamos encontrado de pronto. Lancé un grito de admiración, y todos, como á mí me sucedía,

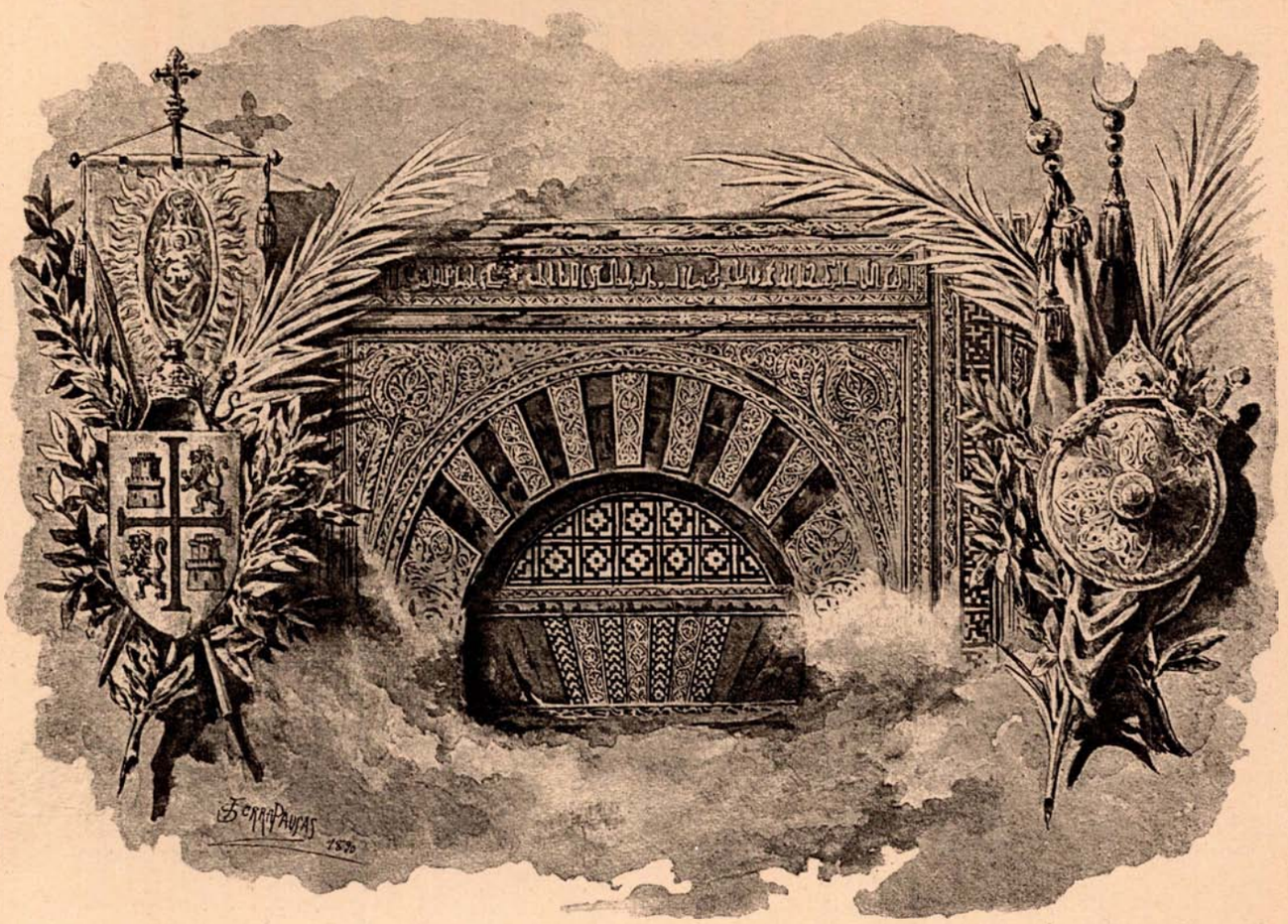


detuviéronse asombrados. Yo no sé lo que pensé ni lo qué dije. Yo me hice cargo, desde el primer instante, de que había otro punto desde donde el espectáculo era más sorprendente aún, y corrí allá como un loco á ponerme bajo el arco de la puerta de Espartería. Fuera imperdonable no hablar aquí de la Corredera de Córdoba, por ser uno de los más famosos lugares de la población; y hay muchísimos datos que pueden ilustrar en verdad sobre su historia y hasta de la historia de cada una de las piedras de sus edificios. Yo no haré tanto, ni mucho menos: me contentaré con poco. La Corredera tiene una superficie de 7,496 varas cuadradas y mide 372 pies de longitud por 138 de latitud. Tiene tres órdenes de balcones que suman entre todos 435. Los arcos de los soportales son 59. En el tiempo de los árabes eran más pequeños. A mediados del siglo XIV tuvo D. Pedro, cuando le rechazaron los cordobeses, una frase muy famosa aludiendo á las mujeres de Córdoba y á la Corredera, prueba de que ya existía. El corregidor Garci Tello la mejoró en 1551 quitándole estrafalarios ajimeces que tenía. Otro corregidor, llamado Zapata, la mejoró también en 1568, haciéndole construir los primeros portales, quitando de allí el teatro. Llamábase así una especie de estradillo de piedra de altura de 3 varas. En el centro había un mármol donde colocaban al delincuente para entregarle á todo género de suplicios. Con motivo de la victoria de Lepanto hiciéronse allí grandes fiestas, muy famosas en todo el reino, donde hubo simulacros de guerra en castillos, peleando los arcabuceros unos con otros, fingiéndose moros unos y cristianos los demás. Las fiestas duraron los tres días de Pascua de Navidad, y el Ayuntamiento ó la ciudad, como entonces se le llamaba, señaló como premio once piezas de terciopelo Damasco y tela de Nantes de todos colores: dos para los que más corriesen á caballo, cuatro para los hombres de á pie que más lucieran, otras dos para las mujeres de las mancebías, y tres para las tres mejores compañías de infantes que se formaron con los gremios. Preparáronse cohetes que en su lugar y hora armaron mucho estruendo, y por el alto pico de uno de los arcos de la fortaleza que se improvisó en la plaza, salía vino tinto para todo el que quisiera beber.

El corregidor Gastón de Ayala hizo construir allí la cárcel en 1583; el corregidor Balda y Cárdenas le hizo unos poyetes, en 1604, para que el pescado no se vendiera en el suelo; y en 1687 el famoso corregidor Ronquillo dispuso las cosas de tal modo, venciendo obstáculos grandísimos, para darle la amplitud y la hermosura que hoy tiene. Se llama Corredera, como se llamaba en todas las poblaciones á los sitios destinados á fiestas públicas por su grande extensión. Este fué el lugar de Córdoba donde se presenciaron, como en ningún otro, grandes regocijos y muchas imponentes ceremonias, proclamaciones de reyes,

autos de fe, juegos de cañas, suertes de toros y ejecuciones de horca, garrote y decapitación. Para todos estos espectáculos alquilábanse aquellos centenares de balcones, por muy grandes sumas á veces. Sería pavorosa la cifra, si intentara alguien sacarla, de los hombres y mujeres que aquí perecieron y de los hombres y de las mujeres que aquí se regocijaron.





CAPITULO LIX

Confrontaciones.-Los Abderrahmanes.-Lo que fué la ciudad de los califas.-Sigue la historia de Córdoba.-Reflexiones de Miguel.

Los libros que se han publicado de la historia de España son un sarcasmo. El último rincón del último pueblo de España necesita más volúmenes, para su historia no más, que los que se publicaron para la historia general española. Por eso yo no podría, aunque quisiera, extenderme más en ciertos detalles. Mi libro es de costumbres más bien que de otra cosa, y con honda aflicción me dejo atrás muy rico granel de historias y tradiciones, de las que tengo numerosos datos. Hay algunas muy largas que no caben aquí: hay otras cortísimas, muy sosas, que no tienen cabeza ni pies. Voy, por lo tanto, al asunto, lector mío, diciéndote que aquella noche llegué á mi casa á la hora que debes suponer, aunque esto no te traiga con gran zozobra.

Pero á Miguel sí: á Miguel le traía apuradísimo, y yo le tranquilicé muy

pronto contándole todos los incidentes de la noche. Acordándome en aquel punto del papelito del caballero de la memoria, di á Miguel el curioso documento para que lo leyese. Conforme leyó algunas líneas se echó á reir y fué á un estante, de donde sacó un libro. Miguel era un punto también en la cuestión. Buscó, sin vacilar, una página, y estuvimos confrontando la lectura del papel con la del libro: no cabía más, ni faltaba un punto siquiera. Yo, en cambio, no me acuerdo del título de la obra de referencia. Decía el papel que florecieron además, después de la reconquista, Juan de Mena, secretario de D. Juan II y célebre poeta, apellidado *el Homero español;* Juan Ginés de Sepúlveda, cronista del emperador Carlos V, matemático, teólogo y orador: le apellidaban *el Cicerón cristiano;* Pedro de Soto, confesor de Carlos V, teólogo pontificio en el concilio tridentino; Fernando Pérez, fundador de la universidad de Evora, discípulo de Juan de Avila; D. Diego de Simancas, jurisconsulto; D. Fernando Colón, filósofo, hijo del descubridor de las Américas; Ambrosio de Morales, cronista mayor de Castilla; Juan Gutiérrez Rufo, poeta, autor de *La Austriada* y de los célebres *Sesenta apotegmas;* y D. Luis de Góngora, racionero de esta catedral y poeta, llamado *el gigante Apolo del Parnaso español.* Había puesto también en el papelito, el hombre de la memoria, que, entre los que hubo como celebridades de la guerra, se contaba á D. Alonso Fernández de Córdoba, adelantado mayor; D. Gonzalo Yáñez de Aguilar, rico-hombre de Castilla que con su oportunidad en socorrer al rey decidió el glorioso éxito obtenido por las armas cristianas en la batalla del Salado; D. Martín Alfonso de Córdoba, alférez mayor de esta ciudad, que con sesenta caballeros cordobeses y muy pocos peones hizo una gloriosa defensa de la Villa de Castro del Río contra un ejército de ciento veinte mil hombres mandados por Mahomad, rey moro de Granada: bien á pesar suyo, se vió obligado este rey á levantar el cerco; D. Alonso Fernández de Córdoba, hijo del anterior, adelantado mayor de la frontera y valeroso defensor de Córdoba, en 1368, contra los ejércitos reunidos del rey don Pedro y Mahomad de Granada, por lo que fué calificado de restaurador de la cristiandad en España; D. Gonzalo Mesia, maestre de Santiago, y D. Pedro Muñiz de Godoy, maestre de Calatrava, valerosos capitanes á quienes debió D. Enrique II la corona de Castilla; D. Gonzalo Fernández de Córdoba, alcalde mayor de esta ciudad, que obtuvo gloriosa muerte en la batalla de Aljubarrota; D. Martín López de Córdoba, capitán general del rey D. Pedro *el Cruel.* Después de la desastrosa muerte de D. Pedro, sostuvo López de Córdoba, por dos años, á favor de sus hijos, la plaza de Carmona contra el poder de su sucesor y hermano bastardo. Al entregarla, fiado en la palabra real de D. Enrique y salvoconducto que se facilitó para conducir á Bayona á los hijos de don

Pedro, fué inicuamente decapitado en la plaza de San Francisco de Sevilla, después de cortarle las manos y los pies. D. Gonzalo Fernández de Córdoba, cono-



cido con el dictado de *el Gran Capitán,* gran condestable del reino de Nápoles, que por dos veces conquistó, y célebre por la noble manera que tuvo de contestar á las exigencias dictadas por la avaricia de un rey que le era deudor de gran parte de sus reinos; D. Diego Fernández de Córdoba, segundo conde de Cabra, que en la batalla de Lucena hizo prisionero al rey moro de Granada; D. Luis Fernández Portocarrero, señor de Palma, famoso por su bizarría y caballerosidad; D. Gonzalo Fernández de Córdoba, nieto de *el Gran Capitán,* ven-

cedor en las Alpujarras; otro D. Gonzalo Fernández de Córdoba, á quien apellidaron también *el Gran Capitán,* príncipe de Marátea; D. Pedro Fernández de Córdoba y Figueroa, favorito poderoso de Carlos I; D. Lope González de Hoces, almirante que obtuvo gloriosa muerte peleando contra las armadas de Francia y Holanda en 1637; y Juan Pérez de Zurita, conquistador de Chile y Tucumán, donde fundó la nueva Córdoba que hoy existe, como cariñoso y dulce recuerdo á su país amado. Decía, por último, el hombre de la memoria, en el papelito, que había dejado para la postre, como *respetuosa* señal de acatamiento, los nombres de los santos, que eran los que siguen: San Eulogio, á quien degollaron por haber auxiliado á Leocricia, joven cristiana: fué su muerte el 859; San Alvaro, de la orden de Santo Domingo, cuyos restos se conservan en el monasterio extramuros de Scala-Cœli; San Francisco Solano, natural de Montilla, de la regla de observantes de San Francisco; el beato Francisco de Posadas, de la de Santo Domingo, cuyo cuerpo existe en la iglesia del ex convento de San Pablo; el beato Juan Bautista de la Concepción, fundador de los trinitarios descalzos, cuyos restos se conservan en la iglesia del ex convento de los mismos, designada vulgarmente bajo el nombre de *los Padres de Gracia;* San Gumersindo y San Siervo de Dios; San Rodrigo; San Salomón; Santa Leocricia, virgen y mártir; San Elías, San Pablo y San Isidoro; San Perfecto, San Amador, San Secundino, San Isaac, San Sancho, San Pedro y San Walabonso; San Sabiniano; San Wistremundo, San Havencio y San Jeremías; Santa Benilde, matrona mártir; San Fandila, San Anastasio, San Félix y Santa Digna; San Pelagio, San Zoilo y San Argimiro; San Abundio; San Sisenando; Santa Aurea, virgen y mártir; Santa Sabigotho y San Aurelio; San Jorge y San Félix; San Teodomiro, San Cristóbal y San Leovigildo; San Sandalio; Santa Columba, virgen y mártir; Santa Emila y San Jeremías; San Rogelio; Santa Pomposa, virgen y mártir; San Adulfo y San Juan; San Fausto, San Jenaro y San Marcial; Santa Flora y Santa María, vírgenes y mártires; y quedan, últimamente, los hermanos Acisclo y Victoria, patronos de la ciudad.

—Bueno,—dijo Miguel, terminando la lectura.—No hay que decir una palabra. Tiene una gran memoria; pero como yo no dejo de tenerla también, voy á concluirte, ahora mismo que se presenta la ocasión, la historia de Córdoba, el compendio, mejor dicho, de la historia. Ibamos por el reinado de Mahomed I, que tuvo que predicar la guerra santa para contrarrestar la invasión del rey Ordoño, auxiliado por los franceses. Se alió con el rey de Francia y murió el año 886, dejando treinta y tres de los cien hijos que tuvo. Sucedióle uno de ellos, Almondhir, muerto en la batalla de Huete. Se proclamó emir su hermano Abdallah. Los otros treinta y un hermanos levantáronse contra éste. Un hijo de

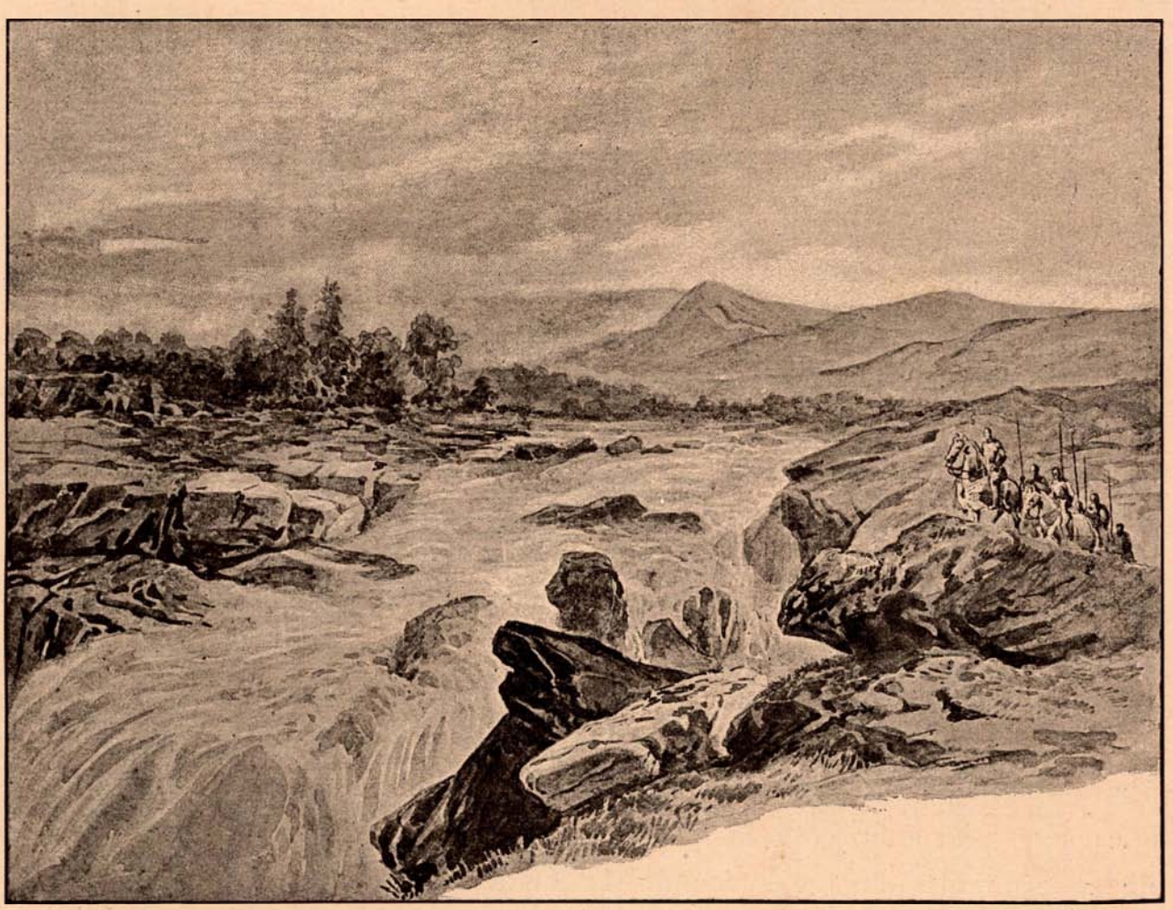
Abdallah, el nuevo emir, se puso á la cabeza de la rebelión, mandando á todos su tío. Otro hijo de Abdallah, Abderrahmán, combatió en favor de su padre contra los hijos y contra el hermano: los venció, los desterró y su hermano murió prisionero. Un hijo de éste sucedió á su abuelo Abdallah: llamábase Abderrahmán también. Fué queridísimo del pueblo, afable, generoso. Venció las sublevaciones de Toledo y Zaragoza y conquistó el Magreb, en Africa. Luego de haberse restablecido la paz se dedicó al embellecimiento de Córdoba, aumentando las ya extraordinarias bellezas de la población. Hizo labrar el palacio y los jardines de Medina Zahara, aumentó las mezquitas, surtió de aguas la población, estableció numerosos baños públicos. Fué el primer emir de Córdoba que se llamó *califa*. Hay un rasgo, en la historia de Abderrahmán III, que da testimonio de la entereza de su carácter. Tenía dos hijos predilectos muy amados: llamábanse Alhatren y Abdallah. Abderrahmán señaló, para heredarle en el trono, al primero. Abdallah conspiró, le aprisionaron, se arrepintió de su delito, pidiendo perdón fervorosamente; pero no pudo valerle: se cumplió la justicia, y Abdallah, el hijo queridísimo de Abderrahmán III, fué decapitado. Enterráronle en el cementerio de la Ruzzafa. Entre muchas anécdotas, además de las de sus cartas á Othon *el Grande,* emperador de Alemania, y la historia de la embajada que éste le envió, está la de haber dejado un documento con su firma, á su muerte, que ocurrió en Medina Zahara en 861, donde manifestaba que en toda su vida, que fué de setenta y dos años, de los cuales reinó cincuenta y seis, tuvo solamente catorce días de felicidad. Aquel fué el período de mayor esplendor en el califato de Córdoba, porque llegó á contar con 85 ciudades importantes, entre ellas cinco capitales de capitanía; 300 de tercera clase é infinidad de aldeas, lugares, torres y alquerías, conteniendo la capital en su radio 200,000 casas, 600 mezquitas, 50 hospitales y 900 baños públicos.

Esto se supo por un empadronamiento general que mandó hacer Alhakem II, sucesor de Abderrahmán; empadronamiento donde constaba la población y riqueza respectivas á cada una de las localidades dependientes de Córdoba. Este Alhakem fué un gran rey asimismo. Combatió mucho con el célebre conde Fernán González de Castilla, y fué el único rival que le tuvo á raya repetidas veces, tomándole, en una serie de victorias seguidas, las poblaciones de Simancas, Coca, Osma, Coruña del Conde y Medina de Zamora. Con sus victoriosas tropas, mandadas por otro invencible guerrero y famoso literato, que se apellidaba Galeb, aseguráronse del Magreb, seriamente comprometido por las tropas del califa de Bagdad. La corte de Alhakem II fué espléndida de literatos, de filósofos, de historiadores. Tenía una biblioteca de 400,000 volúmenes, riquísimo tesoro para el monarca, que custodió siempre su mismo hermano

Abdelaziz. Reinó Alhakem quince años, cinco meses y tres días, muriendo en 976. Le sucedió su hijo Hixem II, bajo la tutela de su madre Sobeyha, pues el nuevo rey contaba diez años. Aquí empezó á decaer ya la dinastía Omniada de Córdoba. Se posesionó del mando un favorito de Sobeyha que se llamaba Muhamad-ben-Abdallatz-ben-Abi-Amer-el-Moaferi. Era éste un antiguo secretario de Sobeyha, y su nacimiento fué de muy ilustre cuna. Era hombre de carácter valeroso, decidido, emprendedor, de grande ingenio. Se hizo amar de las tropas. Salió victorioso en muchas batallas, y le reconoce la historia con el glorioso dictado de *Almanzor*. Hizo triunfar las armas cordobesas en cien combates. También éste hizo degollar á su hijo porque conspiró contra las instituciones. El hijo se llamó Abdallah, como el otro hijo degollado de Abderrahmán III. Lo único que empaña la historia de Almanzor fueron las maquinaciones de que se valió siempre, en compañía de Sobeyha, para regir como soberano verdadero, condenando al califa Hixem á un abandono vergonzoso.

Murió Almanzor en la célebre y horrible batalla de Kalat-al-Nozor, que llaman los historiadores *de Calatañazor,* ocurrida en 9 de agosto de 1002, y fué sepultado en Medinaceli. Le sucedió en el favoritismo, con el cargo de Hagib ó primer ministro, su hijo Abdel-Melik, é Hixem II quedó entregado á sus vergonzosos placeres. Abdel hizo noblemente lo que pudo por parecerse á su padre. Ajustó algunas treguas convenientes, verificó gloriosas expediciones á los campos de Galicia, y falleció á su regreso en 1007. Le sucedió como primer ministro un segundo hijo de Almanzor llamado Abderrahmán, que obtuvo con sus vilezas, del débil Hixem II, el ser declarado como su heredero para la corona. Mahomed, el nieto de Abderrahman III, lo supo: se metió en Córdoba con buenas huestes, aprovechando la ausencia del ministro se apoderó del califa, y al volver el ministro fué decapitado. Son muy curiosas las maquinaciones infames de este Mohamed durante su reinado, haciendo desaparecer á Hixem, á quien sus súbditos creyeron muerto. Después de grandes luchas y vicisitudes murió Mohamed degollado por el rey legítimo Hixem, que apareció nuevamente. Un hijo de Mohamed, Obeidallah, intentó vengar á su padre levantándose contra Hixem, y fué, como su padre, decapitado. Después de grandes vicisitudes de este reinado, murió Hixem misteriosamente, porque así fué su destino: no se supo cómo desapareció. Sucedióle Ali-ben-Hamud. Rebeláronse los pueblos contra éste á favor de Abderrahmán-ben-Mohamed bajo el nombre de Abderrahmán IV. Preparábase Alí para una salida en contra de Abderrahmán, y ahogáronle sus esclavos en su mismo lecho para favorecer al descendiente de los Omniadas. Anticipáronsele otros, partidarios de Atrassín, valí de Algeciras, hermano de Alí, que fué proclamado y fué un déspota y asesino, captándose des-

de el primer momento la antipatía y el odio general: levantáronse contra él y huyó. Se decidieron los vencedores por el virtuoso Abderrahmán IV, que ya estaba antes para subir al trono; pero se supo, á la par, que había muerto, y subió al trono otro Abderrahmán, biznieto de Abderrahmán III, llamado Abderrahmán-ben-Hixem-ben-Adelgia-bar-ben-Abderrahmán-Alhasir, que murió asesi-



nado por su misma guardia porque intentó corregirla en sus desmanes. Le sucedió su caudillo Mohamad, que fué el impulsador del levantamiento de la guardia; y éste murió por otra conspiración á causa de las grandes contribuciones que puso á sus pueblos. Se refugió en el castillo de Uclés, y allí murió envenenado en 1205. Desde la muerte de Alhakem hasta esa fecha, señalóse el imperio de los califas con una serie de sangrientas catástrofes, y buscaron ansiosos los cordobeses un rey entero y justo. Encontráronle en Yahaya, hijo de Alí, que accedió por súplicas y fué muerto de un golpe de lanza, inmediatamente de su subida al trono, en el combate que presentó al valí de Sevilla, que se le había rebelado.

Procedióse á nueva elección de rey, y recayó en Hixem-ben-Mohamed, último de los Omeyas que reinó. Subió al trono en fuerza de reiteradas

peticiones. Fué excesivamente generoso. Intentando corregir los desmanes de tan turbulentos valíes, al contrario de respetarle y obedecerle más, destronáronle y se alejó de Córdoba dando gracias al cielo porque así le libraba de las penosas fatigas de reinar. Iba siendo angustioso el estado de los reinos. Los valíes de Toledo, Sevilla, Zaragoza, Málaga, Granada y Badajoz declaráronse independientes, habiéndose reducido el poderosísimo imperio de los Abderrahmanes al territorio cordobés. En este calamitoso tiempo subió al trono el valí Gedwhar-ben-Mohamed-Abul-Harán, que adoptó medidas de mucho saber y prudencia que retardaron, ya que no pudieron impedirlo, el hundimiento del califato. Falleció con gran dolor de sus pueblos en 144, sucediéndole su hijo Gedwahar-Abul-Walid, de grandes méritos. Combatió con el rey de Toledo muy desgraciadamente. Enfermó de las penas de la derrota, cercaron á Córdoba sus enemigos, y con ayuda del rey de Sevilla, que rechazó á los sitiadores, se apoderó entonces este rey del de Córdoba, le aprisionó y murió de la horrible pena que le produjo aquel comportamiento de su aliado, Aben-Abu, rey de Sevilla y dueño ya de Córdoba y sus posesiones; pero tuvo que sucumbir, á su vez, al rey de Toledo, que se posesionó de Córdoba y de Sevilla. Vienen después asuntos de poco interés para la historia, hasta que Alonso I de Aragón cercó á Córdoba sin resultado, y hasta que Fernando III después se propuso su reconquista, que consiguió después de grandes esfuerzos; y tal vez no la hubiera conseguido sin una infame traición de un cristiano que sería el entonces rey Aben-Hud; traición que los historiadores castellanos llaman designio providencial, colmando de elogios al traidor. Aquí pierde ya Córdoba su carácter particular en la historia al convertirse en una de las tantas poblaciones reconquistadas por Fernando III. Todavía tuvo alguna importancia hacia mediados del siglo XIII, porque fué cuartel general de todos los ejércitos cristianos que peleaban por la reconquista. Cuando la rebelión de Sancho *el Bravo* contra su padre, fué Córdoba su lugar de refugio, saliendo de allí rey de Castilla en las guerras civiles de D. Pedro I con su hermano el conde de Trastamara. Rechazó gloriosamente á D. Pedro y al rey de Granada, que le ayudó en la empresa, siendo aquél uno de los combates de más empuje que se han librado en tierra cordobesa. De aquí proviene el famoso doble de *cepa*. Sigue después, como fecha memorable, el 1791, en que se verificó el gran levantamiento contra los judíos, que costó mucha sangre. Reproducido en 1477, fué causa de la expulsión de los judíos de aquella localidad. En el reinado de don Juan II fué Córdoba teatro de muchas turbulencias. En esta catedral se verificó el enlace de D. Enrique IV *el Impotente* con D.ª Juana de Portugal, famosa por sus amores con Beltrán de la Cueva. En el reinado de los Reyes Católicos

fué de las primeras en combatir y en ayudarles, siendo también cuartel general de las tropas cristianas. En 1570 convocó Cortes D. Felipe II en esta población. En 1575 descubriéronse las reliquias de los mártires. Queda ya la historia de Córdoba confundida como un dato solamente en la general de España, hasta la guerra de la Independencia por el asombroso valor desplegado contra los invasores, y en 1868 regáronse últimamente sus campos con la sangre de los que pelearon en Alcolea.

Ya sabes,—añadió Miguel,—aunque á grandes rasgos, la historia de Córdoba. Es árido su estudio, pero no debe pesarte conocerla, aúnque sea solamente por la filosofía que se desprende de todas las grandes vicisitudes por que atravesó un país emporio de las artes y de la grandeza, que llegó á florecer por la sabiduria de los hombres que le gobernaron generosamente, y que hoy se ve reducido á la miserable condición de un pueblo sin acción, sin actividad, sin aspiraciones, sin industrias, débil, miserable, y sosteniéndose con el recuerdo no más de lo que fué en otros siglos.



ÍNDICE

Capítulos		Páginas
I.	—El sol de Andalucía y la dama belga.	5
II	—Coche, cochero, caballo y viajero.—Córdoba en cinco minutos.—La hermana de caridad.—Sueños y fantasmas. — La noche eterna.— ¡El sol! —A Sevilla.	19
III.	—En marcha.—De la estación de Córdoba á las Cuatro Naciones.—*Salle à manger*.—La alegría de la tierra.—El de las cosas de oro, el de la carta, el de la barriga y el de los mondadientes.	29
IV.	—La venta de la Eritaña.	39
V	—Caminito de la gloria.—Un cuento de Chano.	49
VI.	—Aznalfarache.—Las turbaciones y las alegrías de un encuentro.—Un cachiyo e pan pa esto churumbele.—Manolita.	59
VII	—Supersticiones de Manolita.—Despechos de su acompañante.—El fin de la fiesta.	71
VIII	—Alarmas y confusiones de un autor medio dormido.—Rubio y Mecha.—La viuda de Mechotas.—*La Villa de Coria* y su cargamento.—Estudios del natural.	81
IX	—El diagnóstico de Ceferino.—Mis comensales y el sabio de la barriga.—El viejo de la nariz.—Los combatientes.—Lápidas é inscripciones. .	91
X	—La mujer del escobón.—Desde lo alto.—Una familia de *touristes*. . .	101
XI	—La familia de *touristes*.—Los palomos de la torre.—Venganza de un malvado.—¡Horror! ¡Terror! ¡Furor!	113
XII	—Otra heroicidad de Chano.—Toma la palabra la dama de la nariz. . .	123
XIII	—La fiesta del Guadalquivir, y el nido encantado.—Unos aristócratas andaluces y el misterio de una sorpresa.	133
XIV.	—La gloria de vivir.—En el campo.—Las melodías de una muchacha andaluza.	143
XV.	—Al soto de la *Rosca*.—El Campesino andaluz y el alma de Manolita.—¡Tocayo!	153
XVI.	—Confidencias de Manolita.—Quién era Pepito.—Angela y Luis. . . .	161
XVII.	—Comentarios de la historia.—El cuadro de la Virgen del Campo.—Pedrón y el cuento de Pedrón.	171

Capítulos	Páginas
XVIII.—La verdadera dama de la nariz.—Esquilón y caracola.—¡A misa!—Amagos de una tragedia.	181
XIX.—Andaluzadas.—Las mejores extravagancias de Gúdula.—La heroína de una tragedia.	191
XX.—Manuela y Mariquita.—Un andaluz de verdad.—Morón y el peñasco de Algemitas.—El cochinito de Jesús.	201
XXI.—¡Loor á los burros!—Camino de los Camuesos.—El tálamo.—Las agonías de Ramón y las inquietudes de Manolita.	213
XXII.—Coplas, vino y lágrimas.	223
XXIII.—La tragedia de la copla.	233
XXIV.—El camino de la *Rosca*.—Intenciones de Manolita.—Un cadáver y un beso de la luna.	243
XXV.—Anatema sobre los andaluces.—Una visita á Utrera.—Los pueblos sevillanos..	253
XXVI.—El palacio de San Telmo.—Bibliotecas y archivos.—El maestro barbero.—El Orden Público.—La Felipa y Aguadillo.—Hecatombe.	265
XXVII.—En Semana Santa.—Disputas.—Procesiones.—Procesiones y más procesiones.—La plaza de San Francisco y la mantilla española.	277
XXVIII.—Un poco de historia sobre las cofradías.—Digresiones sobre lo mismo.—En los corrales.—¡Ya vienen!	289
XXIX.—El andaluz en la procesión.—El misterio de la saeta.—Trasgos y duendes.	299
XXX.—De la iglesia á los toros.—La Plaza de Toros y el Hipódromo.—Las ferias.—¡Ni aun á media noche!	309
XXXI.—La Fábrica de Tabacos.—Calles y casas célebres.—Historia de los teatros.—Las columnas de Hércules.	317
XXXII.—A la luz de la luna.—La romería de Torrijos.—Al pie de la cruz.—Los sepulcros de la Capilla Real.—El callejón del Agua y la vieja del candilejo..	329
XXXIII.—Historia de un chinchón.—El Alcázar y la casa de Pilatos.—Malas impresiones.—Ultimos paseos.—Estrellas sevillanas.	339
XXXIV.—Un escritor de Sevilla.—Itálica.—La gratitud de un gitano.—Alcalá de Guadaira.—Ultimas pinceladas.—Manolita... ¡adiós!	351
XXXV.—Córdoba.—Mis amigos.—Historia de una cruz.—La Ribera, el pescador de caña y el molino de Martos.	363
XXXVI.—Los Mártires y el Custodio protector.	375
XXXVII.—Santa Marina: su iglesia, sus mujeres, sus calles y sus tradiciones.—Colodro y Malmuerta.	383
XXXVIII.—Un encuentro singular.—San Nicolás de la Villa.—La velada de San Lorenzo.—¡Oh mujeres!	391
XXXIX.—Un poco de todo.—Emilio Cabezas.—El Gran Capitán y algunas estrellas de Córdoba.	401
XL.—Pepe Cruz.—Lamentaciones de Teresa.—María Carrillo y Anita Romero.—Paseo nocturno.—La corredera.	411
XLI.—Ricos pobres y ricos ricos.—Lamentos de la agricultura.—La colonia de Santa Isabel.—La turbina, la presa y el portillo de la presa.	423
XLII.—Mis esperanzas en el destierro.—El aperador de Pan-Jiménez.—Vicente y Lola.—La francachela.	431
XLIII.—Mme. Luisa y M. Ernesto.—Después de la cena.—Los chozones andaluces.—Paisajes.—La colona Brígida.	439
XLIV.—El aperador toma la palabra.—Fantasías nocturnas.—El muerto del Puente.—La batalla de Alcolea.	447

Capítulos — Páginas

XLV.—La batalla de Alcolea. 455
XLVI.—La sinagoga cordobesa.—Un poco de la historia de los judíos.—Tránsito, su ventorrillo, su pañuelo, su cama, sus pies y su copla. . . 465
XLVII.—San Álvaro y su romería.—Tradiciones.—La sierra y sus huertas. . . 475
XLVIII.—A las ermitas.—Los siete borricos de la excursión.—Mojino, Bernarda y Antonia.—Antesala de las ermitas.—El alambre, el ermitaño y el monumento. 489
XLIX.—La ermita de San Judas Tadeo.—El ahorcado.—La tentación.—Desde el sillón del obispo.—Pudores. 497
L.—Natividad Menacho y María Ceballos.—París y el joven de Siracusa.—El Barba de la botica.—Los farolillos del Angel Salvador. . . . 505
LI.—El patio de D.ª Carmen.—Etimología del nombre de Córdoba.—Algo de la historia cordobesa: Fenicia, Cartago, Roma y los árabes hasta Mahomet I. 513
LII.—El relato de D. Anselmo.—La plaza de la Magdalena.—Tradiciones.—La carta de D.ª Angustias.—Los dos rivales. 521
LIII.—Entrevista de Pepito con el autor.—Un párrafo de cierta carta de Manolita.—La Plaza de Toros.—En el patio de los Naranjos.—En la Torre.. 531
LIV.—Desde la torre.—La palabra de Ramón.—En la catedral.—El Mirhab.—La capilla Mayor y su historia.—Antonio Pons y los coros de las catedrales españolas. 539
LV.—Algo más sobre la catedral de Córdoba.—Capillas y altares.—La custodia.—El caño gordo y la Virgen de los faroles.—El convento. . . 549
LVI.—La feria de la Fuensanta.—La iglesia.—Historia de la aparición de la Virgen.—La galería de los milagros.—El huerto de la iglesia y Teresita Bernuy. 555
LVII.—Del real á la buñolería.—Elucubraciones juveniles.—El cuadro de la mesa.—El caballero de la memoria.—Cordobeses célebres.—La catástrofe. 565
LVIII.—El convento de educandas de la Victoria.—La casa de los marqueses de Benamejí.—Siete Revueltas y el Panderete de las Brujas.—La Corredera. 573
LIX.—Confrontaciones.—Los Abderrahmanes.—Lo que fué la ciudad de los califas.—Sigue la historia de Córdoba.—Reflexiones de Miguel. . . 583